ALFAGUARA

Vicente Herrasti

Las muertes de Genji

Narrativa Hispánica

Vicente Herrasti

Las muertes de Genji

ALFAGUARA

Para Carmen, origen, centro y destino
de todas mis historias.

Para Eugenio, Diana y Sofía,
estrellas.

Su belleza no requiere de mis palabras para ser elogiada…

Diario de Murasaki Shikibu

Esfumado entre las nubes

Castiglione aterrizó en el aeropuerto de Schiphol cuatro días antes de la fecha estipulada para la reunión. Los analgésicos que solía combinar cuando el principal no derrotaba a la migraña en un tiempo razonable, le inducían un estado de lucidez vacilante, atrabiliaria, ideal para la reflexión creativa mas insuficiente si quería progresar en los asuntos que le ocupaban desde que la mujer aquella se había aparecido en su vida dos inviernos atrás, con su dulzura de colegiala y la extranjería evidenciada por la indumentaria, por la palidez absurda de su rostro en contraste con la negra insolencia de sus dientes. Nunca antes había visto a alguien con la dentadura completamente teñida de negro, a la usanza antigua de la tradición sino-japonesa. La limadura de hierro mezclada con vinagre y té molido produce un tinte insoluble en agua muy duradero si el tratamiento se repite con regularidad. *Ohaguro*, le llaman los orientales a la extravagancia y Ohaguro se hizo llamar la dama desde el primer comunicado. Al ver la foto que adjuntaba la desconocida, Castiglione se descubrió alborozado sin entender bien a bien por qué. Tras pensarlo un poco, optó por evitar aclaraciones que pudieran considerarse intrusivas o de mal gusto. Ya tendría la oportunidad de ahuyentar las muchas dudas que le sobrevolaban. "Su atractivo es tan especial", se dijo repentinamente sin poder definirlo con claridad. El estilo impecable de su correo, el peso que atribuía a cada palabra, la boca diminuta y el excelente poema de 31 sílabas con que sellaba la despedida a modo de posdata, evidenciaban tal finura que la remitente terminó por convencer al profesor de lo que quiso. Mas los dientes en sonrisa eran el centro de gravedad, la esencia de ese rostro indeciblemente bello por transgresor. "Ohaguro", murmuró Castiglione sin darse cuenta de que su vida había cambiado para siempre.

Y como todo cambia para siempre cada día, querámoslo o no, a ciegas o a sabiendas, la esquiva disposición del recién llegado empezó a mejorar conforme el tren semivacío lo acercaba al centro de Ámsterdam.

Eran las siete de la noche. El domingo, ya maduro, parecía contar las horas para convertirse en día siguiente. Dos negros y una pelirroja cabeceaban al ritmo del vagón mientras Castiglione se dejaba llevar por la suave exaltación que dejaba tras de sí el dolor agudo. Tan acostumbrado estaba a padecerlo que tardó un rato en percatarse de que la migraña y su tortura ya no lo acompañaban. De ahí la languidez, la calma, la certeza de que ahora sí la dolorosa estaba vencida y no solamente maniatada por el coctel de pastillas. Esperó diez minutos para no echar campanas al vuelo antes de tiempo. Nunca se sabe si al dolor le van a entrar ganas de volver. Pero no esta vez. Aliviado, el profesor ordenó sus pensamientos para luego anotar un par de datos interesantes en la libreta azul que comprara años atrás para llevar un registro milimétrico de su dolencia. Uno de los negros empezó a roncar mientras el tren reducía la marcha aproximándose a la plataforma de desembarco. Tres minutos después el sonido ambiental lo despertó anunciando el fin del viaje. Castiglione lo ayudó a bajar su maleta del portaequipaje y luego echó a andar animoso gozando la sensación que ciertos opiáceos brindan cuando su demasía entra en contacto repentino con el aire frío. La piel estremecida dio de lleno con el centro de la ciudad al salir de la estación. Sin duda, la vuelta era mejor que la primera llegada. Algo así pensaba al caminar por la avenida Damrak en busca del "simpático hotelito" que Ohaguro le había recomendado. A juzgar por el detalle y la calidad de sus sugerencias, era obvio que la peculiar señora conocía Ámsterdam como la palma de su mano. Mucho mejor que él, en todo caso.

Una cuadra más adelante encontró una puerta confundida entre varios locales de comida rápida que no se daban abasto para atender a la clientela en la zona de embarcaderos. Dudó en subir las empinadas escaleras que lo recibieron al franquear el número 34. Efectivamente, la localización del Hotel Van Gelder era inmejorable, pero Castiglione no creyó que la ventajosa ubicación fuera pretexto suficiente como para alojarlo ahí. Nadie atendía en el escritorio que hacía las veces de recepción y la pinta del mobiliario le recordó los albergues para estudiantes en que residían algunos de sus alumnos en la Universidad de Catania. Además, en la supuesta recepción dominaba un olor a humos mal ventilados mezclado con el suave y persistente hedorcillo de los cuerpos jóvenes. Hasta entonces notó el profesor que la calefacción hacía pesado el ambiente. Temió que la combinación de factores provocara un resurgimiento de la migraña, pero el miedo se diluyó rápidamente al escuchar el saludo de una joven altísima con largo cabello negro y piel

aceitunada. Tenía un bolígrafo en la oreja y jugaba nerviosa con un mechón azul que bajaba por el costado izquierdo del cuello hasta enredársele en los dedos. Devolvió el saludo, mostró su pasaporte comunitario y completó el registro gratamente sorprendido por la noticia de que el coste de su estancia había sido cubierto por adelantado, incluyendo el desayuno. Siendo así, Castiglione capituló al cabo con las limitaciones del Van Gelder, agradeció a la guapa del mechón y arrastró su maleta escaleras arriba. Dos pisos más tarde encontró la habitación y, al abrir la puerta, comprendió el entusiasmo de Ohaguro. El cuarto en sí nada tenía de especial. Al contrario, quizás. Los muebles hacían juego con la baratura ya descrita en la zona de recepción y la peste a humo y humanidad se reconcentraba. Tres camas individuales pintadas de blanco daban la impresión de haber sido puestas en su sitio sin plan ni concierto; las cortinas estaban cansadas de tanto colgar su añeja y traslúcida existencia, pero detrás de éstas empezaba la fiesta. Los embarcaderos de Damrak, a reventar de turistas y otras monsergas, contagiaban alegría aun estando cerradas las ventanas. Luego de abrir los tres ventanales con que contaba la habitación, el profesor acercó una silla y se dispuso a embobarse con los ríos de gente que transitaban tres pisos abajo. El rumor de cientos al paso inventaba una especie de lengua extraña que nada podía significar para él ni para nadie. No obstante, la expresión era más que ruido y azar. Algo en ella le contaba todas las historias en simultáneo, procurándole un sosiego que sólo puede hallarse donde la bastedad de lo humano suma sus diferencias hasta empequeñecerlas. Al otro lado del canal brillaba en verde la emblemática fachada del *Grasshopper*, punto de referencia que Ohaguro había destacado entre otras *coffee shops* dignas de ser visitadas. Castiglione conocía la mayoría de ellas, como Barney's, la pequeñísima Grey Zone o el Dampkring, famoso por la escena en que Pitt, Damon, Clooney y otro ríen contagiosamente en una de sus mesas después de fumar la potente marihuana local en *Ocean's Twelve,* esa mala película llena de cosas buenas que invariablemente hacía salivar al profesor. A no ser por la migraña recientísima, seguro que Castiglione se hubiera dirigido ahí de inmediato, pero… "Al diablo con la migraña. Vamos", exclamó animadísimo a pesar de encontrarse a solas. Guardó sus valores en la maltrecha caja de seguridad que languidecía en el armario, se lavó la cara con agua helada y marchó en busca del Dampkring enfundado en el gabán azul que se había comprado unas semanas antes del viaje sólo porque en la tienda sonaba "Famous Blue Raincoat" de Leonard Cohen.

Al dejar la llave en la recepción, la mujer, único ser vivo que hasta

ese momento había visto en el hotel, suspendió la partida de Minecraft que la embobaba ofreciendo a Castiglione una disculpa espontánea por tener que servir el desayuno del día siguiente entre las siete y las siete treinta de la mañana, esto a causa de una inspección sanitaria de rutina que obligaba a suspender las actividades en la cocina y el área del comedor. Para compensarle las molestias, el hotel mandaría una canastilla de frutas frescas a su habitación. Ave nocturna por naturaleza, el profesor no recordaba la última vez que se había levantado a esas horas. Agradeció el detalle del Van Gelder, pidió algún consejo a la del mechón y bajó por la escalera principal con la impaciencia de los niños que dan por terminado un día de clases insoportable.

El frío y el gentío seguían ahí para escoltarlo en el paseo. El solitario Castiglione agradeció la compañía espontánea de un nutrido grupo de jóvenes que muy pronto torció el camino hacia el mercado de las flores. Bromeaban en tres lenguas mientras compartían una desmesurada ración de papas fritas con mayonesa servida en un cono de papel. De eso había vivido el profesor por días enteros en su primera visita a la ciudad, mas no estaba de ánimo para hundirse en la consabida nostalgia por aquel fin de semana con Martina, su primer, último y único amor, la culpable, la provocadora de la memoria infalible, la fanática de la literatura que en poco más de un año lo persuadió de haber llegado a su vida para inocularle el vicio de la poesía oriental. Y es que un vicio era ya lo que entonces se le presentara como una pasión inocente. "Vaya con la inocencia", se quejó Castiglione para sí. Aquella pretendida inocencia lo había llevado a mudar el departamento, las amistades, la especialidad y hasta los remedios contra la migraña, todo a partir de unos meses de relación. Y llegado el último mes la instigadora de tanto cambio desapareció y punto. Ni rastro de ella en la escuela, en el albergue estudiantil. Era como si Catania la hubiera engullido al meterse en una de sus vetustas callejuelas, como si su temperamento de ménade la hubiera condenado al fuego del agrio e intolerante Etna. A sus faldas acudían los fines de semana pertrechados con poemarios, vinos y besos. A sus faldas se presentó luego el miserable Castiglione durante otros seis meses con la esperanza de encontrarla ahí tendida bajo un tilo gigante. Nada. De los poemarios, los vinos y los besos quedaron solamente los poemarios, pues el vino, pasado el extravío de Martina, empezó a escatimarle el placer multiplicando las cefaleas. Vaya regalo de despedida le había dejado la novia. Tan intensos eran los dolores que el profesor llegó a considerar la posibilidad de arrojarse a un cráter del Etna, pero un lance semejante hubiera sido francamente mierdoso para un siciliano

ilustrado.

Dueño de sí desde muchacho, Castiglione había tenido la frialdad de disponer su vida en torno al dolor. La alimentación, el régimen de ejercicio aeróbico, los ciclos de sueño, cada detalle nimio de la existencia cotidiana había sido trastocado en alguna medida por el mal. Los datos registrados en la libretita que invariablemente lo acompañaba fueron la clave para el nuevo diseño de su vida. Estos le permitieron irse convenciendo de que los dolores físico y emocional eran sólo uno en realidad, de que el dolor era entidad viva, independiente y hasta dotada de una inteligencia superior que se valía de las personas, los objetos y las situaciones para lograr sus objetivos torciendo los destinos a la mala. Si los fines valían o no la pena, eso no lo sabía, pero Castiglione quiso resistirse a la noción del dolor abstracto, inespecífico, gratuito. No. Un dolor como el suyo no era un accidente estadístico ni mera obra del azar. Para arruinar la vida de alguien, igual que la migraña amenazaba con arruinar la suya, era indispensable que la ruina fuera fértil, que formara parte de un diseño universal en que Castiglione participaba como humilde pero arrojado peón. Él no era ni sería una víctima; era discípulo, puesto que lo suyo era un aprendizaje. Esta suerte de animismo emocional fue entretejiéndose con su innata obsesión por el análisis estadístico y así, en pocos años, la vida del maestro fue creciendo concéntricamente alrededor de su mal o, mejor dicho, de su guía espiritual. Y dado que el guía se presentó asiendo de la mano a su Martina, la mujer, la enfermedad, el aquejado y las letras conformaron una superestructura que, anclada en la desdicha, generaba viabilidad, conveniencia, conocimiento. Así, el régimen fue aprendiendo a hacerse pasar por la vida. Funcionaba.

El Dampkring estaba lleno a pesar de ser domingo. Las bicicletas de los clientes dejaban poco espacio para los peatones que circulaban frente al local. Por suerte, el maestro consiguió lugar en la barra y no tuvo que esperar hasta que una de las mesas se desocupara. La memoria se había permitido embellecer y agrandar el establecimiento. El decorado decepcionaba al compararse con el impacto de la vez primera, y ni hablar de las dimensiones, que parecían mucho menores a las insinuadas por el cuento hollywoodense. Era lógico: no sólo él envejecía. Los años iban suavizando el natural contestatario del Dampkring y el profesor había perdido capacidad de asombro, pero no se le escapaba que al centro de toda esta degradación perceptiva se hallaba la ausencia de Martina, tan lacerante, tan abrumadora como la muerte. En nada se diferenciaba de ésta a efectos prácticos, porque el tiempo había arrasado

también con la esperanza de un reencuentro. La desolación estaba ya tan extendida que ni la posibilidad real de volver a verla le interesaba genuinamente. Nada recuperable encontraba en el Dampkring. Y no es que lo buscara, pero algo dentro de Castiglione mantenía el olfato aguzado por si acaso. Quizá por eso había elegido sentarse en el mismo lugar de entonces, teniendo a la vista la entrada, el pasillo de los baños y el mostrador, pero no lo sabía. Igualmente, después de analizar por diez minutos el menú, decidió que mejor era optar por lo conocido y compró un costoso gramo de hash obtenido de su cepa favorita, la de Masar-e Sarif. Según él, dicha cepa tendía a ahorrarle la paranoia típica de los consumidores ocasionales y, sobre todo, le permitiría gozar al menos un par de horas sin que reapareciera el dolor que recién había logrado extinguir. Más aún, se relamió al imaginar el efecto de su Masar en combinación con los analgésicos y se creyó entusiasmado por la aventura. Pero no. El eje de la ilusión era ella. Aunque lo negara, por ella había aceptado la invitación de Ohaguro; por ella corrió el riesgo de una crisis de salud demoledora, pues los viajes solían detonar los ataques más intensos; por ella estaba ahí sentado entre nubes perfumadas, soñando con una experiencia límite que le allanara la vida hasta el día siguiente. Quién sabe: a lo mejor despertaba para constatar que Martina seguía tendida a su lado y que la desaparición había sido un efecto colateral de los excesos de entonces.

El abanico de motivaciones inconscientes fue desplegándose hasta mostrar la totalidad de su estampa. Llegado el momento, a Castiglione le resultó imposible seguir negando lo obvio. Se sintió patético y fuera de lugar, dejó una propina excesiva sobre la barra a pesar de no haber consumido nada todavía y se dirigió al mostrador principal en busca del Masar. Tesoro en mano, el profesor se hizo de una pipa colorada y emprendió el camino de regreso al hotel. Pasaban de las diez al cruzar la puerta del Van Gelder. Tras remontar la escalera, vio que la guapa del mechón atendía a una mujer de cierta edad que le tendía un pasaporte comunitario expedido en Francia. No era fea, pero el cansancio evidente y el malhumor le ajaban el rostro. Saludó sin obtener respuesta de ninguna y apuró la marcha para encerrarse cuanto antes en la fea habitación. Necesitaba estar solo.

El perfume del Masar inundó el cuarto poco a poco, dándose tiempo para familiarizarse con el entorno. Castiglione estaba tendido en la segunda de las tres camas, tapado hasta la barbilla y mirando de frente los grandes ventanales abiertos. Desde esa perspectiva ya no se veía el *Grasshopper*. En su lugar, el profesor alcanzaba a distinguir los últimos

dos pisos de un raro edificio público rematado en minaretes. Al verlo con detenimiento, advirtió que una cámara de seguridad apuntaba directamente a su habitación sin que esto le pareciera incómodo. No estaba en Italia y aquí no se perseguía a la gente por procurarse un poco de placer e introspección. Aspiró una segunda bocanada de hachís y al expirar saludó con ambas manos a la cámara de enfrente. Un minuto después repitió la ocurrencia y se echó a reír. Ámsterdam, la libre, le permitía recuperar una frescura que creía agotada. Era como si el calor de Martina la hubiera exiliado por una buena causa. Porque, aunque dolieran, las causas de Martina siempre serían nobles. Ni los años de separación ni el dolor le harían cambiar de opinión, porque dudar de ella era dudar de sí y no se creía capaz de culparla sin venirse abajo. A la inversa que la mayoría de los amantes, Castiglione bendecía la miseria que la separación acarreaba. Bien mirada, la idea tenía sustento tomando en cuenta que jamás le había dado Martina motivos de queja. ¿Quién era él para juzgarla cuando ni siquiera tenía idea de sus razones? La fuerza mayor era una posibilidad que cancelaba cualquier reclamo; de no ser el caso, seguro estaba de que su literata lo había abandonado justificadamente. La amaba más que a sí mismo.

Igual sucedía con la literatura, pero esa pasión databa de mucho antes. A diferencia del caso de Martina, no recordaba el primer contacto con la letra impresa. Era como si siempre hubiera estado ahí para él, cerca, tibia, atrevida, capaz de todo y también disfrazada de inocencia. A la mano. Dispuesta a someter en lectura o a ser sometida en escritura, o ambas cosas a la vez, porque es posible. Traspuesta cierta línea divisoria, llegado el momento o de plano por capricho, la vida le intercambiaba los términos, pues la lectura lo hizo escribir y la escritura lo llevaba a leer. El círculo virtuoso lo formó sin que el niño se diera cuenta y un buen día, ahí estaba él, incapaz de saberse o conocerse sin los libros, sin el lapicero y la libreta… "La literatura es una garza que anida en el alma", pensó Castiglione de pronto sin que la imagen viniera a cuento. El Masar le metía mano en la vida después de tantos años… Abrió los ojos. El ventanal, ya de por sí grande, le había crecido. Los rumores provenientes de la calle parecían aclararse antes de cruzarlo. Si se lo proponía, lograba aislar cierto tipo de voces, por lo regular femeninas, entre las del barullo y este juego lo divertía. En cualquier momento le daría por encontrar alguna semejante a la de Martina, y la posibilidad de asustarse o deprimirse lo estremeció. Precavido, dejó de pensar en eso y regresó a la garza de la digresión. Por eso prefería el hachís a la hierba. Iba y venía a voluntad. Decíamos que no sabía ser sin la literatura. Ni se

acordaba ni quería. Aferrado a ella como una rama a su pino, creció cercanísimo al único tío materno, quien le adoptara cuando el invierno sepultó a sus padres y a su abuelo durante una excursión a Courmayeur, en el Mont Blanc. La única avalancha registrada en cuarenta años se llevó todo lo que adoraba. Menos la literatura. Esa le siguió a casa de su tío materno, fanático de los libros igual que su hermana. Sin embargo, aunque la literatura lo perseguía, no era igual lo que de él había quedado. El día fatal había permanecido en casa vigilado por la sirvienta. Amainaba una de las muchas fiebrecillas que le provocaba la rubeola y la mujer fue a traerle un helado de la cocina con tal de que cenara algo. A su vuelta, nada de helado; la que estaba fría era ella por el espanto. Le acababan de avisar que sus padres y su abuelo estaban sepultados desde el día anterior en una cornisa inestable del Mont Blanc. No había nada por hacer. Los equipos de rescate esperaban encontrar los restos en cualquier momento. Abajo estaba su tío; se quedaría en la casa para atender los asuntos indispensables en un momento como ese, por lo menos hasta que el pequeño Castiglione de diez años sanara de la rubeola. Porque de la noticia jamás sanaría. De hecho, cuando la criada se olvidó del helado el niño se entretenía buscando la mejor rima consonante de una estanza bastante ambiciosa sobre el dolor y la muerte, un dolor y una muerte imaginarios, por supuesto, pero en un segundo se habían concretado ante sus ojos tronándole la vida. El penúltimo endecasílabo quedó inacabado. Ése y todos los que nunca escribió, pues aquella noche juró que nunca más iba a componer poesía. La leería, la enseñaría, la traduciría, pero nada de escribirla. Esa magia era peligrosa para él. Prefería ser testigo que volver a invocar la cosa negra que estaba seguro de haber invocado con su poema. Ya no. Ya no más. Algo así dijo a la sirvienta y la abrazó para llorar largamente hasta que el tío se apareció en el cuarto con la intención de dar el pésame al sobrino. Cumplió su juramento. El cuaderno con el verso inacabado quedó cerrado de una buena vez. Discutiendo el asunto con el tío unos dos años después, aceptó que era más sano deshacerse de él. Lo echó al mar desde el malecón cercano al antiguo mercado de pescados de Catania, acompañado de su mentor y amigo. Enseguida, aceptó de muy buena gana la invitación a comer en la Polpetteria, el restaurante favorito del tío, mas no aceptó su consejo de volver a escribir la poesía que tanto amaba. Ya decíamos que también la amaba más que a sí mismo.

Al día siguiente de la comida le sobrevino la primera jaqueca. Aunque no había sido muy fuerte o pertinaz, le probaba la existencia de

una segunda dimensión del dolor, incomparablemente más seria que los dolores físicos experimentados hasta ese momento de su vida (que los raspones, que una caída, que un coscorrón en la escuela, que la quemada ocasional o el balonazo en la nariz, por ejemplo). Terminada la crisis, le vino una sensación de alivio rayana en el éxtasis. Otra primera vez en sólo dos días. Inmerso en el bienestar le entró miedo de que el dolor pudiera volver. Algo en su interior le decía que cargaba raíces, que no sería la última vez. Pero como todavía creía, se animó rezando todos los días por el alma de sus padres, del abuelo y porque no regresara el dolor. Le resultó por mucho tiempo.

No obstante, justo veinte años más tarde, volvió llevándose la poca fe que la tragedia de Mont Blanc había dejado intacta. El alud, la estanza, el cuaderno con el poema incompleto, la mujer primera y el dolor derivado de su ausencia formaron una cadena de causa-efecto que no cuestionó más y que paulatinamente fue atándolo a su propia circunstancia. En suma, el dolor de cabeza en racimo que se le anunciaba era consecuencia directa del accidente en Courmayeur, y esta noción fue extendiendo sus tentáculos en todas direcciones. Cualquier hecho posterior de cierta importancia fue atribuido a su horror personal. Hasta Martina y su partida. O el correo de Ohaguro. Ya nunca quiso liberarse el profesor del incidente. A fin de cuentas, era como sepultarse con el trío fallecido en solidaridad.

La cámara de vigilancia se había movido hacia la izquierda. Quienquiera que manejara el artilugio había perdido el interés en él. Hasta ese momento logró sentirse verdaderamente a solas en el cuarto, "como el nido que abandonan las garzas", se animó a pronunciar en voz alta. La cursilería de las garzas y los nidos se le hizo evidente unos segundos después de inhalar por tercera, cuarta y quinta ocasión. La bolita de hachís se había consumido en la pipa, pero le quedaba suficiente para seguir fumando hasta quedarse dormido. Menos mal. Tres minutos después, se le generó desde el ombligo la primera oleada de placer intenso y se fue extendiendo al resto del cuerpo. El Masar trababa amistad con los opiáceos y la reacción era de una potencia inusitada. Por un momento, creyó que el placer lo llevaría al desmayo. Era un reto soportar ese estremecimiento delicioso que de tan extremo terminaba por parecerse al dolor, su opuesto. Confundido por una dicha capaz de contener incluso su mal crónico, el profesor dejó de pensar, flotando en una experiencia que lo alejaba del mundo por las buenas. Los suaves gemidos de placer sustituían a las palabras. El diálogo constante que tenía lugar en su cabeza se convertía en un flujo que lo llevaba y lo traía.

Ni el pasado ni el futuro tenían sentido en esa amalgama de sensaciones aleatorias. Todo presente. Todo ahora. La sensación esa no era nueva; si Castiglione así la percibía era debido a la ausencia de pensamiento crítico. La cresta de esa ola cálida y benévola lo había transportado también en su primera visita a la ciudad, sí, exacto, de la mano de Martina. Treinta y dos años tenía cuando aceptó probar ciertas drogas con ella. La verdad era que los estupefacientes en sí le importaban un comino, pero la insistencia de su mujer en lograr una fusión espiritual completa le llevó a aceptar la propuesta. El valor de la experiencia era innegable, sí, pero el profesor exageró las virtudes de la misma para dar gusto a su compañera. Y cómo no iba a hacer hasta lo imposible si ella era la primera en treinta y dos años de vida. Porque antes de Martina, las mujeres lo dejaban tan impávido como los hombres. La pulsión sexual estaba ausente. Ni siendo muchacho padeció el deseo carnal. Ese mundo raro que dominaba las conversaciones y vivencias de cuantos le rodeaban no existía para él. El hecho no tuvo consecuencias de cuidado en la formación de su carácter porque el tío era tan asexual como el sobrino y había sabido teñir de normalidad aquello que no lo era. Dado que el mundo de Castiglione se limitaba a los estudios y al intercambio con su ilustrado y queridísimo pariente, la ausencia del deseo no repercutió en la confianza. Su mundo no estaba dividido en dos, igual que el de casi todos; las diferencias obvias entre hombres y mujeres era meras individualidades, idénticas a las que encontraba al comparar a un varón con sus iguales o a una mujer con las suyas. La paz interior, derivada de su anafrodisia, le permitió concentrarse en los estudios y avanzar a un ritmo mucho más veloz que el de sus condiscípulos. Fuera de la escuela, Castiglione no hacía otra cosa que leer y escuchar música. La sensibilidad que demostraba para el análisis de textos era inversamente proporcional a la inspirada por el sexo puesto. Las polémicas entre el tío y el sobrino fueron ganando en encono y llegó un momento en que el tío propuso que la discusión ganara también en seriedad y estructura poniéndola por escrito. Surgieron de este modo sus primeros ensayos críticos. Al cumplir los 16 años envió dos textos ambiciosos a una revista literaria que llevaba siglo y fracción siendo publicada por la Universidad de Catania. Ambos fueron aceptados una semana más tarde y así comenzó su carrera literaria propiamente dicha. Y la académica también, pues al enterarse los editores de que el autor de los ensayos no llegaba a la mayoría de edad y, lo verdaderamente grave, que ni siquiera estaba matriculado en la universidad, tuvieron que retrasar la publicación de los textos hasta que lo estuviera. En compensación, le ofrecieron trabajo

externo como corrector de la revista con la promesa de incluirlo en el grupo de intelectuales que integraba el consejo de redacción al comenzar el segundo año de su carrera, contando a partir de la inscripción formal. Sería el más joven en sumarse a este órgano en la historia de la publicación. La calidad de su pluma lo justificaba. Aprobó el examen de admisión sin problemas y en cosa de un año y medio sus mentores cumplieron lo prometido luego de publicarle once ensayos que respaldaban la excepción. Lo demás llegó con el tiempo: el niño maravilla la hizo de maestro sustituto el día en que el titular de la cátedra tuvo un imprevisto, y el resultado convenció sobradamente a los alumnos. Se perfilaba la leyenda de Castiglione en la Facultad de Filosofía y Letras.

Recordó la pomposidad del noveno ensayo de aquella serie, el dedicado a *L'airone*, de Giorgio Bassani, y le entraron ganas de reír. "Veintisiete páginas profusamente anotadas cuya lectura en voz alta era capaz de inducir el coma en animales pequeños", se dijo mirando fijo el techo de la habitación. Sabía reírse de sí mismo. Era un sello de la familia. El trío difunto era particularmente afecto a ello; bastante más que el tío, hombre aislado de buen corazón al que le gustaba estar solo pero no le molestaba la compañía de sus semejantes. En los días de juventud, Castiglione se había prometido ser como él y hasta cierto punto lo había logrado. Con el paso de los años el tío se había convertido en un cincuentón simpático, razonable, soltero por supuesto, adicto a su soledad pero flexible, lo que le daba un toque de inaccesibilidad más semejante a un *pathos* que a una genuina tendencia misantrópica. Y en consonancia con el natural benévolo del tío, Castiglione era feliz aquella noche en Ámsterdam. Todo funcionaba. Las pastillas y el Masar se habían llevado bien. Estaba en paz, en esa paz indolora de la que se acordaba muy rara vez para no adentrarse por contraste en la miseria del abandono. Vaya que los contrastes de su vida eran simples: antes del derrumbe, después del derrumbe; antes de Martina, después de Martina.

*

Llovía en una tarde de octubre. El auditorio de la facultad estaba prácticamente lleno y faltaban minutos para dar inicio a la presentación de los ensayos reunidos de Castiglione. El moderador le comentaba su intención de adentrarse en el ardor crítico de los textos juveniles

mientras el decano de la facultad repasaba mentalmente las líneas generales de su participación. Situado entre ambas personalidades, el maestro fingía interesarse en el ardor crítico mientras hojeaba distraído las páginas preliminares de la edición.

—La mordacidad de los primeros textos es destacadísima. Me refiero, por ejemplo, a pasajes como el de la descripción satírica de la garza en el texto sobre Bassani, tan irreverente y lúcida que me recuerda los versos juveniles de Montale o de Saba, por decir —abundaba el moderador al oído del maestro, cuidando que lo dicho no fuera captado por el micrófono abierto.

—Es usted más que generoso —agradeció ausente Castiglione, dándose tiempo para inventar una respuesta plausible cuando vio que en la primera fila, a unos tres metros del estrado en que se encontraban, una joven se entretenía leyendo un libro cuando menos dos veces más grueso que el del profesor Castiglione. En la portada, dos garzas levantaban el vuelo y otra más observaba medio oculta entre juncos. La estampa, de origen japonés seguramente, estremeció al maestro cual ráfaga helada a la estancia tibia. ¿Cómo era posible semejante sincronismo?

El desinterés de Castiglione resultó chocante al moderador, hombre dado a la venganza inconsecuente que se resarció del profesor dando inicio al evento sin pedir su anuencia y sí la del decano. "Maleducado", increpó mentalmente a Castiglione sin que éste se percatara de absolutamente nada, pues su atención era ya una de las garzas que volaba. Vaya ilustración aquella.

Los asistentes, la aburrida intervención del decano, los certeros comentarios del taimado moderador y el estrépito de la lluvia que se abatió sobre la universidad formaron una suerte de música ambiental para la obsesión de Castiglione. De ser una garza, ¿cuál de las dos que volaban le representaría mejor? Porque la de los juncos nunca le llamó verdaderamente la atención. Algo en su inmovilidad desaprobaba el vuelo de las otras. ¿O era al revés, siendo el vuelo de la pareja una audacia frívola junto a la serenidad de la quieta? Sea como fuere, ni una vez se le ocurrió a Castiglione pensar en la detentora del libro, esto a pesar de que la mujer se la pasó leyendo groseramente sin mirar una sola vez al estrado. Su mentada anafrodisia le ayudó a pasar por alto el detalle, pero una vez llegada la sesión de preguntas y respuestas, la mujer cerró al fin el grueso volumen y fue la primera en levantar la mano. Se presentó como Martina Vitali, estudiante de segundo año de letras italianas, y procedió a enumerar las inconsecuencias en el aparato crítico

del volumen, incluyendo al final un venenoso e incontrovertible comentario sobre el absurdo de equiparar los cuellos de las garzas a las flechas en vuelo. "Una imagen imposible, descuidada, si se toma en cuenta que la garza jamás estira el cuello al volar, pues a diferencia de los gansos, pelícanos o cigüeñas, mantiene en el cuello la forma de ese característica. Por lo demás, el libro funciona", concluyó la joven de repente, volviendo a la lectura puesto que su intervención no necesitaba respuesta por carecer de preguntas. Castiglione se dio unos segundos para improvisar una réplica y lo logró de maravilla al acordarse de que el cuello equivocado venía directamente de una entrevista otorgada por Bassani para conmemorar el décimo aniversario de la publicación de *L'airone.* El recurso fue tan oportuno que el autor olvidó referirse a las justas reservas metodológicas de la tal Vitali. Ni quien se acordara.

Pero de las garzas no pudo olvidarse el protagonista de aquella tarde memorable. Terminado el evento, tras la firma de unos cuantos ejemplares, Castiglione buscó con la mirada a la exigente lectora para averiguar lo mínimo sobre la portada del libro aquel. Al no encontrarla, el profesor sintió un vacío intenso en la boca del estómago más por la nueva duda que lo asaltaba que por la ausencia de la alumna: ¿eran dos o tres las garzas que volaban? De la tercera no estaba seguro. Temía que el trazo más discreto de la parte superior fuera nube en lugar de ave. A la distancia nada se podía colegir y menos lo lograría ahora que la mujer se había marchado. El dato era importante para él, pues el mundo se le iba llenando de garzas que parecían significar algo trascendente. Si las aves que se alejaban volando eran tres, el simbolismo le quedaría claro al fin: los tres sepultados por el alud de Mont Blanc se hacían presentes en ese día especial. La madre, el padre y el abuelo estaban con él a pesar de haberlo dejado a solas entre juncos. La muy remota posibilidad de que esto fuera cierto le provocó un estado de exaltación que ya no le abandonó hasta bien entrada la noche, cuando el tío se despidió luego de celebrar justamente los logros de su muchacho —un muchacho de más de treinta años, pero muchacho al fin para el tío del cobijo, de la amorosa paciencia—. "Martina… Vitale", murmuró casi seguro de que tal era el apellido de la mujer. Igual le daba, o eso creyó Castiglione al descartar la posibilidad de buscarla en la universidad para evitar las maledicencias de las que ha de cuidarse un catedrático responsable, "sobre todo en los tiempos que corren". Y al enredarse en el susodicho lugar común, se dio cuenta de que no recordaba la fisonomía de la alumna o, más bien, de que nunca se había fijado en su aspecto. Juraría que era delgada y con cabello oscuro; si largo o corto, lo ignoraba.

Luego dedujo que la piel de sus manos tendría tonos oliváceos, esto a partir del contraste entre las uñas coloridas y las tonalidades azulosas de la portada. Vaya estampa.

A la mañana siguiente el profesor modificó la ruta que normalmente seguía para ir de su casa a la universidad. Estacionó su motoneta enfrente de la librería mejor surtida de Catania y se dispuso a buscar entre las novedades aquella fascinante ilustración de las garzas. Ni idea tenía del nombre de la obra, pero estaba cierto de que la edición era reciente a juzgar por el diseño y por el hecho de que la camisa del volumen lucía inmaculada. Sobra decir que la intentona resultó infructuosa. Qué remedio. Estaba a punto de preguntar por el dueño, un bibliófilo con el que intercambiaba recomendaciones de vez en cuando, pero recordó que los viernes el hombre se presentaba en su negocio hasta después del almuerzo y faltaban tres horas para ello. Inexplicablemente desanimado, Castiglione cogió al vuelo una novela de Henning Mankell y se dispuso a perderse en ella hasta el lunes por lo menos. Ah, los placeres culpables. Salió del local con una sensación de derrota que ya no pudo sacudirse en todo el día.

Le quedaba algo de tiempo que perder antes de comenzar su primera clase de la mañana, y decidió invertirlo entre los puestos ambulantes que de unos años a la fecha se instalaban en cierta calle próxima a la facultad de ciencias. Los ánimos del viernes se anunciaban en la algarabía gratuita de los jóvenes. Los pequeños cafés estaban a reventar y un nutrido grupo cantaba en las escaleras frontales de una iglesia en desuso. La pieza terminó y los muchachos aplaudieron la notable versión de "Ball and Chain" que una joven había interpretado muy a la Janis, con su guitarra acústica y la voz desgarrada. Castiglione se aproximó para cerciorarse, sí, de que la muchacha era quien era y no Martina. Lo constató sabiéndose profundamente ridículo y deambuló entre los puestos fijándose principalmente en los que vendían libros por si acaso daba de frente con las garzas. Nada, por supuesto. El rosario de menudas apuestas perdedoras se fue nutriendo sin que la mujer de las uñas coloridas, el cabello oscuro y la piel aceitunada apareciera por ninguna parte. Claro que muchas, cientos, tenían características similares, mas Castiglione quiso creer que sería capaz de reconocerla aún sin contar con alguna referencia adicional. Su ingenuidad enternecía.

Horas después, los nubarrones provenientes del mar avanzaban sobre la ciudad en dirección al Mongibello. A diferencia de la tarde anterior, la lluvia se entretendría en otra parte, allá por Mesina. Unas gaviotas se disputaban las sobras de algo bueno en un costado de la plaza Cutelli.

Los graznidos subieron de tono y ni así sacaron al profesor de su ensimismamiento. Acababa de dar una clase inspirada sobre *El difunto Matías Pascal*, de Pirandello, y en ocasiones como esa el aura mística de la literatura tardaba horas en disiparse. Pensaba en todo y en nada a la vez. Incapaz de manejar la motoneta en semejante estado de liviandad, el profesor caminaba con las manos a la espalda y la mirada fija en el cielo. Aunque estaba a tres cuadras de su café favorito, prefirió entrar en uno bastante feo con tal de no encontrarse con los alumnos o colegas que colmaban los establecimientos mejor ubicados en los rumbos de la universidad. Se sorprendió gratamente al notar que era el único cliente. Eligió una mesa desde la que se podía observar la puerta vidriera de la entrada, pidió el expreso acostumbrado y se puso a hojear sin muchas ganas la novela que había comprado aquella mañana. El párrafo introductorio era efectista pero eficiente, combinación harto difícil de lograr que despertó admiración y recelo simultáneos en el profesor. Unas páginas después, el recelo terminó por ganarle la partida al entusiasmo sin que existiera una razón objetiva para ello. De una cosa estaba seguro: ni Pirandello ni Mankell ni el cafetín eran culpables del suave desasosiego que lo distraía. Aceptando lo inevitable, cerró el libro, lo guardó en el portafolios y se dijo que ya llegaría el momento indicado para empezar la lectura, pero no esa tarde. Se percató entonces de que la inercia positiva generada por la clase magistral se había diluido mucho antes de lo esperado sin dejarle nada a cambio, a no ser por un vacío discreto, colateral y rotundamente incómodo por indefinido. El malestar, por llamarlo de algún modo, era comparable a los primeros efectos de una sobredosis de cafeína, con su toque de angustia, de tremor, de inevitabilidad. Pero ni siquiera le habían traído el café recién solicitado. Buscó al camarero para saber si todavía era posible cancelar la orden y, a espaldas de éste, tras la vidriera de la puerta principal, vio que una mujer se detenía para rebuscar en un bolso de mano anormalmente grande. Mientras esperaba Castiglione a que el mesero levantara la mirada, la mujer de la acera terminó el rebusque, se acomodó la bolsa en el hombro izquierdo y echó a andar despreocupada. Estaba a punto de salir del campo visual del maestro cuando éste noto el particular colorido de las uñas. Tardó unos segundos en identificarlo con el patrón que la tarde anterior había observado en manos de la lectora de las garzas y el corazón le dio un vuelco. Habría dado mucho por corroborar su impresión antes de echar campanas al vuelo, pero la mujer ya no estaba. Pensó en reírse de sí mismo y seguir con el café ya nada apetecido, mas al segundo entrante cambió de parecer, sacó un par de

euros del bolsillo, los dejó sobre la mesa y tomó sus cosas para dar alcance a la peatona de las uñas sospechosas. ¿Sería?

El gentío del viernes hizo difícil el seguimiento de la mujer. Estuvo a punto de perderla al salir de la plaza Cutelli, pero al cabo de unos instantes vio que el gran bolso avanzaba decididamente por la Vittorio Emanuele II con rumbo a la estación ferroviaria. Una cuadra antes de dar con el malecón, la perseguida dobló a la derecha y se internó por callejuelas que derivaron en un lote baldío mal iluminado por el sol vespertino. Castiglione fingió amarrarse las agujetas para dar tiempo a que la mujer atravesara el solar sin sospechar que la seguían. "Tan fácil que sería alcanzarla a la carrera y preguntarle si es ella o no", pensó sabiendo que las posibilidades de haberse equivocado eran muy altas, pero lo misma daba ya. La fina emoción que el seguimiento proporcionaba le resultó gratísima. Nunca antes había sentido esa fusión de temor ligero y creciente avidez. Sospechó que de una materia similar estaba tejido el impulso erótico que no echaba en falta. Sin embargo, en ese momento, al mirarla internarse en un callejón inadvertido, le sobrevino la angustia de perderla. A ella. Nada de uñas o cosas raras. Daría puñados de oro con tal de que la extraña fuera Martina.

Dejó en paz las agujetas, caminó rápidamente y luego empezó a trotar por impaciencia. Al doblar en el callejón, vio que no lo era en realidad. Era el fin de la ciudad. Tras unos metros, se distinguían una veintena de escollos gigantes de concreto que protegían el puerto de los temporales. A la derecha, los escollos se multiplicaban por mil formando una barrera rompeolas de dos o tres kilómetros de largo. A la izquierda de los bloques, las vías del tren doblaban en dirección a la terminal. Y enfrente estaba el mar vestido con el sol de las cinco de la tarde que, en días propicios, embriaga dulce como un anís. Como el ajenjo.

Porque no se trataba de un anís cualquiera. Ahí, subida en el mayor y más alto de los escollos, estaba ella sentada al borde de la piedra. Descolgaba las piernas con una frescura digna del mar que la enmarcaba. Estaba descalza. Arremangaba la segunda pernera de sus pantalones, pues la otra ya estaba por encima de la rodilla. A golpe de vista, uno podía pensar que la muchacha se disponía a meter los pies en el agua, pero esto no era posible dado que el escollo se elevaba unos cinco metros sobre la superficie. En esa época del año, y predominando el buen clima, las olas apenas se insinuaban en la base de las piedras, como niños que juegan a asediar una fortaleza. Era prácticamente imposible imaginar los estruendos, las ráfagas o las espumas para los que la escollera estaba diseñada si se juzgaba a partir de esas aguas claras, dóciles. Ajena por

completo a las intemperancias de su observador, la mujer se allegó el bolso y extrajo de éste un cuaderno de dibujo, un frasco y una caja tan colorida como las uñas. De la caja sacó un pincel grueso cual dedo medio, una piedra de tinta y un juego de acuarelas. La candidata a Martina destapó el frasco para dar inicio a una sesión de pintura que se prolongó algo menos de dos horas.

Ni una sola vez volteó la joven a ver en derredor. Ni una sola vez en el tiempo referido levantó la mirada para fijarla en otra cosa que no fuera el mar. Su concentración entera permitió que Castiglione se ocultara medianamente a unos diez metros de su espalda. El ángulo de su escondrijo le permitía observar sus trazos con claridad aceptable. En aquella ocasión, la mujer se dedicó a investigar las posibilidades de la piedra de tinta. Mojaba la punta del pincel, lo frotaba contra la piedra negra y luego hacía trazos amplios en el escollo mismo que le servía de asiento. Varias pruebas después, aparentemente satisfecha con la intensidad del negro, ensayó el primer trazo sobre el papel. Primero fue un semicírculo que se esfumaba hacia la izquierda y luego otro que completaba la circunferencia, pero diluyendo el trazo hacia la derecha. Así en cuatro ocasiones, variando solamente la amplitud de las pinceladas y la dilución de la tinta. Antes de emprenderla contra la quinta hoja del cuaderno de dibujo, la joven limpió el pincel todo lo posible en el agua ya bastante renegrida y se dio a calcular una nueva intensidad del negro. Tardó más que en las cuatro ocasiones anteriores, y al fin, después de un cuarto de hora de probar en la roca gris de la escollera, trazó de un tirón un círculo amplio de perfección sorprendente. La tinta absorbida por el pincel era justamente la necesaria para terminar el círculo allí en donde se había comenzado, como si se tratara de las aguas calmas que lamían los pies de la escollera. Partiendo de la negrura absoluta, el círculo se agotaba en sí con una delicadeza traslúcida rayana en la perfección. “El sol de esta tarde”, pensó Castiglione. Qué sobriedad. Qué carácter reflejaba la mujer, fuera quien fuera. Y ahora que se fijaba después de mirarla sesgo desde atrás, sí, llevaba el cabello negro y lacio por debajo de los hombros. Después del tercer boceto, se hizo una cola de caballo para atajarle las correrías al viento y la mantuvo hasta terminar el círculo definitivo, el perfecto. Luego de soltarse el pelo rompiendo la liga, rasgó por la mitad los cuatro dibujos preparatorios guardando luego los pedazos en el bolso. El círculo resultante corrió con mejor suerte y quedó doblado por la mitad sin que la hoja fuera desprendida del cuaderno. Guardó en la caja de colores las acuarelas intactas, la piedra ya seca, el pincel agotado y el frasco vacío,

cuyo contenido había arrojado al mar. Cerraba con dificultad el bolso grande cuando frente a ella, a unos veinte metros de la escollera, comenzaron a emerger millones de burbujas que formaron una mancha blanca de espuma. La efervescencia tenía unos quinientos metros cuadrados de extensión. Cuando parecía llegar a su máxima intensidad, comenzó a desdibujarse para dar paso al salto repentino y simultáneo de un banco de jureles que subían y bajaban del agua al aire y viceversa, en un caos maravilloso a su manera, como la noche estrellada o la espuma que el chapaleo de los peces prodigaba. Eran miles. El espectáculo visual aparejaba a la escena un escándalo abrumador e indescriptible, como el que produce una multitud exacerbada. Repentinamente y sin justificación, el cardumen dejó de saltar llevándose el ruidero consigo. Unos veinte segundos permaneció el mar en sosiego y luego el banco de jureles comenzó a emerger a la superficie de esas aguas someras, prístinas. Pero esta vez el caos cedía a la belleza del orden. Dios. Los jureles se volteaban para nadar de costado, todos en la misma dirección, formando un círculo de unos treinta metros de diámetro. Se movían lentos, discretos. Nada de chapoteos o niñerías en estos mares. Los jureles miraban con un ojo al cielo y con el otro el fondo de las aguas. Todo a un tiempo. Era como ver a las criaturas dilucidar en simultáneo las promesas celestiales y las amenazas del abismo. Su nado silente era procesión, desfile y adoración. Sí: los jureles adoraban al cielo mismo y a su espejo de agua. Este parsimonioso nadar en círculo a la derecha se convirtió de pronto en lo mismo pero a la izquierda. Además, danzaban los primorosos. Algo o alguno los sincronizaba, y su proceder era para los dos que lo miraban una revelación, una instancia mística, la máxima ofrenda de la vida a la vida. Olvidado de su escondite, Castiglione se arrodilló y empezó a orar entre dientes. La gratuidad de ese hecho incomprensible lo había convertido en un hombre distinto de un momento a otro. Punto. Sin avisar y punto. Para eso había entrado en el café de la plaza Cutelli, por eso había elegido la mesa cercana a la vidriera. Gracias a las uñas la siguió hasta la escollera. Los jureles lo constataban. No supo el huérfano en qué momento desapareció el prodigio de las aguas, pero jamás se le borró del alma. Llevaría consigo la adoración de los jureles como prueba de la existencia de algo superior e inteligente hasta el final de sus días. Cuánto sentido.

Tampoco supo Castiglione en qué momento lo descubrió la joven arrodillado a sus espaldas. Se le acercó y le dijo muy quedo al oído:

—¿Qué haces aquí?

—Buscaba tus garzas —balbuceó el maestro hondamente

avergonzado por sus excesos.

Era Martina.

Los meses de dicha empezaron a correr desde esa tarde de octubre que pasaron en un restaurante discreto muy cercano a la estación ferroviaria. Ella habló la mayor parte del tiempo. Había nacido en Lentini, uno de los asentamientos de origen griego más antiguos de Sicilia. El poblado estaba a unos 50 kilómetros de Catania, por lo que cada viernes la joven regresaba por la tarde a la casa familiar hasta el siguiente lunes, temprano por la mañana. Durante la semana vivía en una posada para estudiantes barata y no tan limpia como hubieran deseado sus huéspedes, pero la localización era magnífica. Nada mejor que eso se podía conseguir por menos en el barrio en que se encontraba la universidad. Los estudiantes extranjeros encarecían tanto los servicios que el asunto ya empezaba a preocupar a las autoridades, pero ese era un tema que tocaron al paso pues en esa primera tarde muy poco les incumbía si no estaba relacionado con los orígenes o los intereses principales. Así, volvieron a Lentini para entretenerse un rato en la infancia feliz de la niña. Su padre, teniente de la fuerza aérea italiana, vivía fuera de casa la mayor parte del año, en la base aérea de Sigonella, a medio camino entre Catania y Lentini. Su ausencia consuetudinaria no obstó para que madre e hija vivieran cómodamente rodeadas siempre por la familia paterna, cariñosa hasta el exceso y rica en naranjales. La situación de la madre era peculiar. Oriunda de Kioto, la mamá había conocido al teniente durante unos ejercicios militares que la aviación italiana realizó con fuerzas de la OTAN en tierras japonesas. La pareja se comprometió dos meses antes del término de las maniobras conjuntas y entonces comenzó a arder el infierno personal de la futura madre. Todo por culpa de su abuelo. Viejo agrio y necio, el hombre sumaba a sus defectos un nacionalismo rancio que ya no tenía cabida en el Kioto de la modernidad. A la menor provocación sacaba a relucir su cercanía con el círculo de Mishima, escritor célebre en el mundo entero, cuya mano había estrechado el abuelo seis semanas antes del famosísimo desentrañamiento que el autor se autoinfligiera por *seppuku* en el Cuartel General de Tokio del Comando Oriental de las Fuerzas de Autodefensa de Japón. Una vez mencionado el suicidio ritual, el viejo se dejaba ir en diatribas interminables que acompañaba con una buena cantidad de sake. Mal bebedor desde muchacho, el anciano se tornaba insolente y violento. El Japón valioso había muerto con Mishima dejando pura mierda a las generaciones posteriores. Nada podía reparar la indignidad de la capitulación japonesa en la Segunda Guerra

Mundial; en todo caso, un hijo fiel del emperador, como lo era él a diferencia del resto de la familia —perros—, debía educar a su descendencia en un respeto total a la tradición. Y entonces nace la niña de sus ojos, hija de su primogénito, vivaracha y alegre. Y años después se le enamora de un extranjero asqueroso, un europeo para colmo de males. El prometido de la nieta fue siempre un invasor a ojos del abuelo y de casi toda la familia radicada en Japón, que no por aborrecer al vejete quería al forastero intruso. Al enterarse del compromiso, a celebrarse en Kioto si los trámites lo permitían, el anciano montó en cólera. Entre insultos y amenazas declaró en el pleno familiar que tamaña deshonra era la muerte en vida para un hombre de cepa como la suya. Escupió a su hijo, a su nieta y dedicó un tercer escupitajo al pretendiente. Maldito su hijo. Maldita su nieta. La serpiente en que el viejo se había convertido lanzó veneno a diestra y siniestra. Imprecó hasta bien entrada la noche sin permitir que nadie del círculo cercano se retirara. Qué vergüenza tan honda le hacían pasar. Las lágrimas le rodaban por las mejillas cuando se puso de pie para ir a encerrarse en su amada biblioteca. Acompañado por sus libros, el radical imitó a Mishima y se quitó la vida rompiendo la de toda su familia. Maldito. "Viejo cabrón", murmuró la joven en remate al episodio. "Para manchar su memoria, mi madre siguió adelante con los planes de casamiento sin dejar pasar el periodo de duelo tradicional." Cuánto dolor innecesario heredó el bisabuelo de Martina a sus descendientes. "La sangre", añadió Martina, "escurrió por debajo de la puerta del estudio, encharcando la mitad del pasillo". Al día siguiente de la tragedia, la mujer del servicio seguía restregando la duela tratando de borrar las huellas. Sólo ocho personas acudieron al sepelio del radical y ninguno era familiar directo. Los hijos prohibieron que su nombre volviera a pronunciarse. La madre de Martina y el entonces capitán se casaron en Kioto y viajaron de la mano hasta Roma en un avión militar que no tenía ventanas. Una semana más tarde llegaron a Lentini. Martina alegró genuinamente la vida de ese matrimonio con su nacimiento. Era lo mejor que podía surgir de una tragedia como la ocurrida.

Incluso un hombre abyecto como el bisabuelo era capaz de legar a los suyos cosas importantes. Por loco que estuviera, el tipo era un genio cuando se trataba de inculcar la tradición literaria japonesa en su familia. Bien podría afirmarse que la lectura de poesía era una especie de culto en esa casa. Cada noche, después de la cena y antes de irse a acostar, el radical tomaba ceremoniosamente alguno de los tomos de la *Manyoshu* —una colección de poesía japonesa de los siglos VII y VIII—,

consultaba ceremoniosamente los índices y entonces daba inicio a la lectura del poema elegido. Después, empezaba la discusión. Qué felices eran todos cuando el viejo se dejaba llevar en sus exposiciones. Afloraba el maestro de la vida entera. Todo en él era agudeza, buen humor y poesía salpimentada con historia, geografía, ciencias, religión… hasta la entomología los atrapó en una de esas noches de fiesta intelectual, de celebración sensata. A nadie se criticaba en caso de error u olvido. Los hijos y las nietas (la madre de Martina tenía una hermana) se preguntaban qué demonios invadía el alma de aquel cuerpo en otras ocasiones, las más, en que se mostraba pendenciero, amenazante ante cualquier nimiedad. Amargo. La maldad y su hermanastra, la crueldad, huían de la casa en cuanto la literatura se hacía presente. Comenzaba la lectura y el aire se tornaba respirable. Lo mismo daba si leía con fluidez algún fragmento traducido o si se empeñaba en desentrañar sobre la marcha los antiguos caracteres chinos en que estaban escritas originalmente un buen número de obras. Ya se tratara de la luna, las mieses o de las melodías de un *koto* de trece cuerdas, el señor se encargaba de aclarar el papel de la poesía como portadora de la esencia de las cosas, los animales y los hombres, para luego ir a demostrarlo con otros poemas de tema semejante, hallando homenajes en las líneas en que los demás no hallaban nada y trazando parentescos intelectuales a través de los siglos como si tal la cosa. El viejo tenebroso amaba cada palabra que salía de sus libros y de su boca. Se embriagaba con los buenos versos mientras la familia rezaba porque el expositor permaneciera en ese estado de gracia. Ay, los buenos tiempos.

Cuando no lo eran, ya podemos imaginar cómo se las gastaba el letrado. Cada uno de los hijos tenía historias sórdidas que referir. Los pobres aguantaban lo indecible por una lealtad mal entendida que el verdugo mismo les había inculcado. Pero ese nunca fue el caso de la nieta querida, al menos durante sus primeros diecisiete años de vida. Con la futura madre de Martina era distinto. Le hablaba de los logros grandiosos de sus antepasados mujeres, de lo bien que habían entendido lo humano para escribir sus joyas. “Siendo conservador hasta lo más hondo de mi alma, soy también un feminista profesional”, afirmaba siempre que venía a cuento la obra de las autoras indispensables del periodo Heian, por ejemplo. “Las mejores. Las más enteras. Y ya te he dicho, mi princesa, que en la Shikibu sola cabe el genio sumado de todas ellas… y de todos los demás”, remataba el viejo clavándole la mirada a la chiquilla, que asentía por puro instinto a sus ocho años.

A esa edad tan tierna le enseñó los rudimentos de la caligrafía

japonesa, de los papeles ideales para la misma, de las tintas, los pinceles, los aglutinantes, los claroscuros. Los fines de semana el abuelo se encerraba con la nieta y le extendía en el piso de madera papeles preciosos traídos de lejos, con colores que parecían sacados de las alas de las mariposas. El calibre, el color, en su caso la blancura, el sentido de las hebras, su capacidad de absorción, la calidad del teñido y muchísimos detalles más afloraban en esas sesiones que paulatinamente se convirtieron en talleres particulares de caligrafía, de literatura, de pintura. Pasadas las décadas, a la madre de Martina le costaba trabajo creer que sobre la misma duela de los pliegos extendidos se hubiera derramado la sangre de ese hombre odioso y genial, esclavo de pasiones mucho más poderosas que él.

Curiosamente, los detalles de esta historia no habían llegado hasta Martina por vía de la mamá, sino del padre. Para el teniente era imposible que su mujer, directamente implicada en los hechos, lograra comunicar su verdad sin endilgarle a la niña un rosario de penurias que no le correspondía. Además, a la afectada le costaba un gran esfuerzo referir lo sucedido sin echarse a llorar al abordar el pasaje del suicidio. La madre de Martina era una mujer quebrada que había aprendido a mantener unida la pedacería en que el viejo la convirtió antes de llegar a la mayoría de edad. Esta obra de reconstrucción también era mérito del teniente y así lo reconocía su esposa. Entre los dos lograron matizar los actos innombrables para seguir adelante como personas, como pareja y como padres. El objetivo final era separar la paja del trigo para que la niña tuviera un asidero firme, porque si algo temía la madre de Martina era que entre tanta bajeza se perdiera la belleza, el valor indiscutible de la instrucción que en ella vivía y que en algún momento debía transmitir a su niña. El orgullo por los orígenes, el feminismo delicado e inteligente, la comprensión profunda del fenómeno poético, la trascendencia de la caligrafía como expresión sublime de lo humano y el complicado juego de la historia en el conjunto eran temas valiosos para la formación de casi cualquiera, pero todavía lo eran más en el caso de Martina, pues a no ser por el esfuerzo de sus padres, nada del precioso sentido japonés de la vida habría llegado hasta ella, dado que el contacto con la rama oriental de la familia estaba roto. Por si no bastara, existía otro motivo de preocupación que la pareja no solía discutir abiertamente: ni una de las facciones de la madre se había replicado en el retoño. Martina tenía un aspecto netamente occidental que tranquilizaba a la familia italiana mas no a la mamá. Los grandes ojos verdes, una altura mayor a la media, la complexión y el tono oliváceo de la piel eran típicamente

mediterráneos. Tres veces se hubiera matado el bisabuelo de haberlo sabido, o no tantas si a la sumatoria agregamos el carácter. En más de una ocasión la pequeña había mostrado los arrestos, el apasionamiento, la terquedad, el ímpetu descarrilado del viejo. Y no es que algo grave surgiera de dichos arrebatos incipientes, pero la posibilidad de que la niña incubara los monstruos heredados del ultranacionalista aterraba a ambos padres. Tácitamente, el papá dejó que fuera su mujer quien se encargara de enfrentar esta amenaza y, tácitamente también, ella aceptó el reto valiéndose de la tradición japonesa como arma y escudo en simultáneo. Muy lógica era la reacción si se considera que la antigua literatura nipona y su herramienta más ambiciosa, la caligrafía, habían sido piedra de toque al suavizar la aspereza del bisabuelo suicida. Si la madre procedía con tiento era muy probable que lograra convertir en otra cosa los matices peligrosos del carácter de Martina. A eso se había dedicado la buena mujer hasta el día de los jureles. El resultado estaba a la vista.

Como tantas otras veces, la vida se encargaba de unir destinos disímbolos, al menos por unos meses, pero eso ni Martina ni Castiglione lo sabían. Para ellos, la adoración de los jureles era un emblema de la vida que merecía celebrarse con cena y vino, ese vino que el catedrático se atrevía a beber sin el temor a una migraña repentina. Confiaba. Y la confianza le devolvía el favor. Las copas chocaron tres, cuatro, cinco veces sin que el aura maldita de la enfermedad viniera a anunciarle derrota. El vínculo que los unía, la fuente de la confianza, se llamaba poesía. Para ella, era la tabla de salvación, la única manera de evitar parecerse a lo que era. Para él, era lo mismo siempre y cuando se limitara a su estudio y enseñanza, porque de escribirla ya sabemos que el maestro no quería saber nada. "Cada quién sus perversiones", observó Castiglione, provocando anuencia y sonrisa en su nueva amiga.

Pasaban de las once cuando Castiglione miró el reloj. El último tren a Lentini había partido a las 21:40. Martina llamó a casa desde la mesa para mentir a los suyos diciendo que una tarea urgente la mantendría en Catania hasta el próximo fin de semana. Los cómplices acordaron después que él la acompañaría hasta la puerta del albergue en que vivía. "Te pido desde ahora que no rompas el encanto tratando de besarme o algo así. Por favor." El profesor asintió creyendo que la solicitud de Martina se debía al puro recato, mas pronto lo sacaron de su error. "Vaya: eres el primero que no me pone cara de 'carajo con la mojigata'. La verdad es que no logro sentir lo que otros sienten todo el tiempo. Jamás he experimentado atracción física ni por los hombres ni por las

mujeres. Bien. Ahí tienes. Ya lo he confesado desde la primera… ¿cita? Ahora puedes huir si lo deseas." A Martina le extrañó que Castiglione se limitara a sonreír sin pedirle mayores explicaciones. Eran el uno para el otro. Aunque ella había monopolizado la palabra, ambos tenían la impresión de conocerse hasta lo más hondo. Ya la pondría él al corriente de lo suyo.

Brindaron una vez más, pidieron la cuenta y luego rehicieron el camino hasta los rumbos de la universidad siendo personas completamente diferentes a las de la tarde ya extinta. Frente a la puerta del albergue, Martina extrajo el cuaderno de dibujo del famoso bolso, arrancó el círculo perfecto y se lo regaló a su amigo.

—Muchas gracias. Es el sol más hermoso que he visto en mi vida.

—Por nada, pero no es un sol. Soy yo rogando por un milagro que los peces quisieron concederme.

Diez horas después, Castiglione pasaba en el auto del tío por su nueva amiga. Acordaron ir juntos al Parque del Etna para recoger castañas silvestres, una de las aficiones milenarias de los lugareños. El segundo tercio del otoño solía ser el más espectacular en el paraje, sobre todo en las faldas y en las zonas de altitud media por la abundancia de abedules, hayas, robles, olivos, tilos y castaños que alternaban con los cítricos, los manzanos y las vanidosas orquídeas de las áreas bajas, todo ello coronado por el titán humeante, severo, impredecible. Un viento ligero los acompañó al adentrarse en un bosquecillo dominado por las hayas, las comadrejas y los zorros. En un claro desde el que se veía la parte oriental de Catania, Castiglione enteró a Martina de la trascendencia que lo literario tenía en su vida desde la infancia, del triste episodio de Mont Blanc, del tío precioso y de las migrañas que había logrado mantener a raya cuidando la dieta y un par de costumbres perniciosas que ni al caso venía contarle. Vaciaron ahí la segunda botella de vino. Al terminarla, él le contó que no entendía, que durante casi toda su vida consciente el vino le había producido cefaleas fulminantes que duraban de uno a veintiún días. Tenía los registros; podría informarle con exactitud cuánto tiempo transcurría entre el primer trago de vino y el inicio del mal. Pero vaya, la importancia de todo eso era que no, que con Martina el vino parecía comportarse a la altura. Para él era una revelación el beber tranquilo sin esperar castigo. Se llevó la botella a los labios y bebió a pico. Luego, animado por la bebida, se aventuró a sugerir que él tampoco conocía las instancias del deseo que a ella le incomodaban. Los unía la anafrodisia, ese diablo de los hielos. Martina tardó en entender los circunloquios del maestro, pero al cabo supo

desentrañar. Nunca pensó encontrar a alguien así. Si Castiglione hablaba verdad, acababa de hacerle realidad el sueño de la intimidad desinteresada, porque era un hecho que intimidad tenían sin que ésta llegara a caricias o tocamientos excesivos. No. No besaría a la pobre Martina, le prometió. A los veinte minutos rompió su promesa a causa de la misma curiosidad que la otra sentía.

—A ver: me besas o te beso —planteó ella. Ante la duda del maestro, la mujer tomó la iniciativa y ambos se quedaron mirando profundamente desilusionados.

—Seguro lo hicimos mal —justificó Castiglione, acariciándose nervioso la barbilla—. Te digo que no sirvo para esto —abundó.

—Ni tú ni yo. Dame acá esa botella y luego volvemos a intentarlo —mintió ella sin saberlo, porque al acabarse el vino se apasionaron por temas diferentes y ninguno se acordó de los besos forzosos. El caso es que ese día se quisieron como quisieron quererse. Volaron porque ninguno sabía cortar las alas del otro. Ni se cuestionaban ni los cuestionaban. Ah, la libertad.

A su regreso, los achispados cantaron a voz en cuello algunas de las canciones más conocidas de Leonard Cohen.

—Qué Dylan ni qué Dylan —fanfarroneó el profesor.

—Pues es mejor poeta que tu admirado Bassani —escurrió como si nada la joven de las uñas coloridas, la que para Castiglione todavía no tenía nombre ni apellido ni madre ni bisabuelo ni teniente ni nada de eso. La de la presentación de los ensayos reunidos. La de las garzas.

En cierto sentido, la puya de Martina lo había regresado a la primera casilla de ese juego peculiar. El profesor sintió que todavía la miraba desde el podio acompañado por el decano y el moderador protagónico. Quiso confesarle que la portada le había gustado más que ella misma, pero supo detenerse a tiempo. Tras un silencio incómodo que rompía con la tendencia general de aquella jornada, Castiglione preguntó por la edición que lo obsesionara desde dos días antes.

La ilustración de las garzas era una acuarela que Martina había realizado a modo de camisa para la edición de su amada *Novela de Genji*, su obra favorita entre todas las que conocía hasta ese día, su piedra de toque formativa, la clave de interpretación para una visión del mundo que el bisabuelo neurasténico le heredara en buena lid por la vía materna, la fuente original de su feminismo, de sus ideales estéticos, de la mayoría de sus convicciones. Para Martina, el *Genji Monogatari* era un sendero por el cual transitarle los lomos a la vida. ¿Qué opinaba de la obra Castiglione? ¿Existían versiones italianas que pudieran compararse

con la insustituible traducción al inglés de Arthur Waley? Porque seguro sabía que buena parte de las versiones japonesas modernas partían de esa traducción fastuosa. ¿No? Los italianos cultos eran tan pedantes, tan pagados de sí mismos que no sabían distinguir la verdadera grandeza aunque la tuvieran frente a las narices. Empezó de este modo un debate desequilibrado entre el erudito profesor especialista en poesía italiana del siglo XX que ignoraba absolutamente todo sobre la literatura japonesa y esa alumna que parecía conocerla a detalle desde la cuna. ¿Cómo podía Castiglione defender la poética occidental en comparación a la del Genji si no conocía ni el Genji ni la poética oriental a fondo? La intentona era francamente patosa, según Martina. El término humilló profundamente al profesor. Era la primera vez que alguien se atrevía a tacharlo de ignorante, de chauvinista. Cada argumento improvisado en favor de lo conocido por Castiglione era desmembrado inmediatamente por la joven, elemento a elemento, incontrovertible. La arrogancia del catedrático crecía con el castigo al mismo ritmo que la suficiencia de Martina. "Eres de esos que cree saber de literatura oriental por haber leído un libro de Mishima y otro de Kawabata. Es penoso", le espetó aquella muchacha que ni pasaba de la veintena. Su orgullo justamente herido supo reconocerse a tiempo. Entonces, en un acceso de humildad que parecía imposible segundos antes, Castiglione capituló aceptando ya sin chistar un vapuleo que se alargó innecesariamente hasta adentrarse en los barrios perimetrales de Catania. Notando tardíamente que el rival era un vencido, Martina cambió el tono arrepentida de tanta vehemencia. "Me disculpo por las formas, pero no por el fondo", remató para luego sumirse en un silencio pesado. Tenía las mejillas arreboladas. Apretaba los dientes. "Mejor enséñame lo que sabes como te lo enseñaron a ti siendo una niña… si quieres." Al decir lo anterior, el profesor Castiglione bajó la mirada hasta que la luz verde de un semáforo se lo permitió. Afloraba de pronto el niño desvalido, y esta versión amable del erudito ablandó a Martina más que cualquier argumento. Antes de responder, la joven tomó su bolso del asiento trasero, sacó el ejemplar que el profesor había visto en la presentación de sus ensayos, retiró la portada de las garzas que ella había pintado a modo de camisa y se la puso en las piernas al profesor. "Es tuya si te gusta." El regalo funcionó como una suerte de armisticio, como una declaratoria de paz. La garza de los juncos seguía observando el vuelo de las otras, pero la imagen ya no transmitía a Castiglione una sensación de desamparo.

La noche sabatina celebraba porque sí a las puertas del albergue.

Antes de bajarse, Martina cogió una pluma que el tío de Castiglione solía traer consigo en el coche y le dedicó la extraordinaria acuarela. "Para mi primer alumno, con algo semejante a la amistad." Tomó sus cosas, bajó del auto y se encaminó a la entrada del hostal. A medio camino se detuvo y volvió para decirle al profesor que sí, que aceptaba ser su Virgilio en el universo del Genji. "Mañana a las once, en la escollera."

"Pensé en ti casi toda la noche. Trataba de inmiscuirme en tu mundo de la mejor manera posible, inadvertida, sigilosa, porque hoy quiero perder corporeidad, convertirme en una idea, en tu migraña, en el vino que te anima dejándote las orejas encarnadas. Necesito perder el cuerpo, te decía, porque siento a veces que, para acceder a ciertas materias, a ciertos mundos, nos estorba. Tú eres un hombre de ideas y puedes entenderme. Me dieron las cuatro pensando en la manera de entrar a tu mundo no para compartirlo, sino para sacarte de él y llevarte conmigo a otro que no se parece a Sicilia ni a Italia ni a Europa ni a nada de hoy. Es complejo irnos a vivir a ninguna parte por quién sabe cuánto tiempo si seguimos metidos en el cuerpo. ¿Me hago entender? Qué buena idea tuviste al seguirme el viernes hasta aquí. Ningún lugar es mejor que la escollera para pensar en esta época del año en que las mareas no azotan tan fuerte por las mañanas. El ruido es poco y nadie se aparece. El lugar ideal para desprendernos, Castiglione. Vamos. Suelta tu valiosísima carga de conocimiento adquirido. Aligérate. A los hombres les cuesta trabajo, pero pueden. Primero da por hecho (no imagines, da por hecho) que lo que tienes a tu espalda no es Catania ni éste es el Mediterráneo. Respira y da por hecho que el mundo que te rodea ha desaparecido o mejor, que nunca ha existido. Estamos al otro lado de la Tierra, en las islas de Japón cuando no se llamaban así todavía. Tus ropas no son las que conoces; buena parte de lo que sabes de historia no ha sucedido, las ideas de tus grandes hombres no han sido hilvanadas. Las grandes religiones de salvación no han llegado hasta aquí. El infierno de estos lares es distinto al de tu Dante. Mucho de lo que hoy asociamos con Japón, todavía no existe. La cultura madre de estos rumbos es la china; la cultura abuela es la india y la cultura prima es la coreana. Japón es un niño creyente, supersticioso, ávido de aprender, dispuesto a imitar, pobretón, rústico, inteligente, imaginativo, aislado. En lo que hoy es la bahía de Tokio había algunas aldeas y lo de siempre, tres o cuatro monasterios, shintoístas de seguro, aunque con toques de un budismo incipiente. El poder político se aviene al modelo chino, lo que a veces resulta y a veces no. Lo mismo sucede con casi todos los rubros de la

actividad económica y comercial. Para darte una idea, en ese tiempo los japoneses ya tenían tres siglos enviando embajadas a China para observar y aprender. Luego, este conocimiento era importado, aplicado, remodelado y vuelto a aplicar, en ese orden. Sin embargo, la corte de los T'ang empieza a hacer agua y los japoneses, los mejores observadores del mundo, supieron ver la caída con década y media de anticipación. Según nuestro calendario, corría el año de 894. Uno de los hombres más influyentes del reino, Sugawara no Michizane, fue designado para una embajada que, por infinidad de motivos, ya no se llevó a cabo. No era el momento para ausentarse, pues cualquiera de las familias poderosas, especialmente los importantísimos Fujiwara, podía tomar las riendas administrativas del imperio. Además, las embajadas ya habían cumplido sobradamente su encomienda. Empezaba el periodo Heian. La casa imperial tenía su sede en Heian Kyo, nombre que podríamos traducir laxamente como Ciudad de la Paz y la Tranquilidad, la actual Kioto. Éste es el mundo-universo en el que quiero adentrarte, el que nos importa. Ya sé que pasado han tenido todos los pueblos, y eso en sí no es especial, pero el caso del periodo Heian es otra cosa. Su primera particularidad es que, a lo largo de los cuatrocientos años que dura, a *grosso modo*, no hay enfrentamientos bélicos de consideración. Si tu recuerdas algún otro periodo de paz semejante, dímelo, porque yo no lo conozco. Si Octaviano llevó a Roma a niveles de poder nunca antes visto, fue en buena parte gracias a su *pax romana* que duró apenas veinte años. El punto es que a veces se nos olvida que no sólo la guerra es agente de cambios sustanciales. La paz, si se le da la oportunidad, también tiene lo suyo. Nunca se la dan, pero eso es otra cosa. Ya vuelvo a lo mío. No pongas caras ni tuerzas la boca, porque me sale el carácter del bisabuelo cuando no enseñaba. Bobo. Octaviano aparte, la etapa de paz que te menciono llegó a sus mejores momentos bastante pronto. Pasan cien años exactos contados a partir del 894 y llegamos al apogeo. El emperador solía encargarse de las funciones de estado, del ceremonial, de los nombramientos esenciales. Parece poco, mas no se daba abasto. El calendario de celebraciones, ceremonias religiosas y otras efemérides insoslayables ocupaba la mayor parte del año. La administración real, la pura y dura, la llevaban magistralmente los ahora sí encumbrados Fujiwara. El poder político y el económico-administrativo estaban así divididos y, aunque no lo creas, se respetaban. La alianza duró y produjo cosas buenas. El emperador Ichijo gobernaba y Fujiwara no Michinaga administraba como el mejor, y lo hizo por treinta años, hasta el 1020, creo. El círculo imperial, en sentido amplio, estaba conformado por la

rama sagrada del emperador y la de los esforzados y brillantes Fujiwara, quienes solían casar a sus mujeres con la familia real para garantizar que el siguiente emperador tuviera de madre a una Fujiwara con las ventajas obvias. Los poderosos se dividían el mismo pastel de siempre pero mejor que otros. Este ambiente de paz y bonanza no necesariamente beneficiaba al pueblo, pero sí produjo un universo alterno en la historia universal. Las reglas que por lo común aplican en estos casos, en el Japón del periodo Heian fueron otras. No para todos, insisto, pero sí para ese uno por ciento de la población que participaba en algún grado del círculo imperial. Los afortunados vivían holgadamente, ya fuera en la corte o en los palacios de los más importantes. Lo principal para ellos era la belleza en todas sus formas, y nada más propicio que el arte para abarcarla. Amaban el arte. No es que formara parte de sus vidas: era su vida. Se valoraba la educación de hombres y mujeres por igual, se fomentaban sus habilidades literarias. Todo bien nacido sabía de poesía china y japonesa y la escribía. Se comunicaban en notitas cuidadosamente perfumadas —los aromas y el vestido son obsesiones en esta literatura, ya verás— con poemas perfectos de 31 sílabas; los improvisaban en el cotidiano y hacerlo mal era debacle. La escritura era otro sello de clase, de casta, de cuna. Los hombres cultos lo hacían en el venerado chino, las mujeres en japonés incipiente al que le sobraba gramática y le faltaba vocabulario, pero funcionaba. Era más sencillo, flexible, dúctil. Igual los hombres que las mujeres estudiaban a fondo el arte de la caligrafía. Cada trazo tenía significancia a partir de la intensidad de la tinta. Por la caligrafía, un hombre era capaz de desechar a una belleza y viceversa. Quien no sabía escribir bien, quien no sabía poesía, quien no tocaba hábilmente un instrumento, valía mucho menos que otros. Y ya que la mencioné, vamos con la música. La música era una invitada permanente. A la menor provocación, sacaban las flautas, los kotos chinos o japoneses de 9, 13 o más cuerdas según el gusto y la conveniencia, y se daban a improvisar días y noches. Tocaban competentemente desde el emperador hasta el noble de más bajo rango. Las mujeres solían ser extraordinarias ejecutantes, y los conciertos públicos y privados se convertían en excelentes oportunidades para salir del encierro crónico al que se encontraban sometidas las pobres por usos y costumbres. Claro que las abusaban. Ustedes no pueden vivir sin hacernos menos, pero nunca les hemos creído la versión de nosotras mismas que nos endilgan cada día. Ahí vas con tus caras. Qué lata. Me haces perder el hilo. ¿Qué te decía? Ah, sí. Las abusaban, pero no las consideraban inferiores. Al contrario en muchos sentidos. En la etapa

dorada de que hablamos, los treinta años de Fujiwara no Michinaga, el Japón Heian dio al mundo una de las mejores literaturas de todos los tiempos que, curiosamente, era escrita por mujeres, aunque no en exclusiva. Entre las obras que han llegado hasta nosotros no destaca, sino que impera, la de una cortesana perteneciente a la familia Fujiwara y que vivía en el palacio imperial: el *Genji monogatari* o *La novela de Genji*. Tú, que cuando no encuentras error te equivocas, como decía Dryden, insistías ayer en el coche en compararla con tal o cual obra maestra. Ahí comienza el error. No puedes comparar al Genji con nada porque el periodo Heian en el que fue escrita y que retrata no se parece a nada. Contiene 795 poemas *waka* de 31 sílabas. ¿Qué otra novela puede competirle en la vertiente poética? Léela de cabo a rabo y me dices si estás de acuerdo con la Yourcenar, quien dice que nada mejor se ha escrito en ninguna literatura, o con Bloom, quien lleva las cosas más lejos afirmando que después de su lectura nunca se siente igual el amor ni el enamoramiento. Pero bueno, ya que parece indispensable, sigamos con esa tendencia a compararlo todo. Es mucho más larga que *Guerra y paz*, evocadora como Proust, honda como los Karamazov, desoladora como el mejor Balzac, perfecta como Sor Juana, trunca por esto o por lo otro, o inacabada o extraviada como si también hubiera surgido de la mano de un Gogol, sabrosa como el Jones de Fielding, abisal como el relato de la ballena e ignorada como ninguna de las antes mencionadas en occidente. A ver, Castiglione: ¿dime tú por qué nadie le hace caso a esta joya mágica, compleja, que escribió la mejor de todos los tiempos, Murasaki Shikibu? ¿No será porque es mujer? Ya te veo haciéndote el chulo y diciendo que por cualquier cosa encontramos las feministas motivos para aplicarle machete al machote, pero ya me dirás conforme vayas aprendiendo. De acuerdo. Hagamos a un lado eso que llamas mis 'militancias'; te parecen excesivamente notorias porque las tuyas están tan pegadas a tu ser, tan incrustadas que ya ni las adviertes. El Genji es también una militancia para mí y de esa no te has quejado. Congruencia y Castiglione no coinciden más que en la 'c'… y en el número de letras… buena observación, Casti. Seguro fuiste un alumno pesadísimo. Volvamos a la novela. Yo creo que la autoría femenina, la peculiaridad del universo que refleja y la gran extensión han sido factores para que occidente haya tardado mil años en acercarse a este monumento a lo humano. A los mismos japoneses les resulta hoy complejo entrar al Genji original, el escrito en japonés hiragana. Las mejores versiones en japonés moderno parten también de la traducción guía, la clásica de Arthur Waley al inglés. Presenta sus conflictos, pero es extraordinaria, y

gracias a él la burbuja histórica Heian ha ascendido hasta la superficie de este occidente anegado por el gusto de sí mismo. Sí, hay otras, te digo, pero son un homenaje a la primera. Desconozco las versiones italianas; creo que no me interesan. Vienen de la de Waley, si no me equivoco. Otro de los asuntos polémicos es la autoría. Existen documentos paralelos que confirman la existencia y la mano de Murasaki Shikibu. Hay un diario en que relata su vida en la corte, las actividades y capacidades de sus rivales literarias y demás. Casi nadie duda de que esta mujer históricamente identificable fue la generadora del Genji. El problema empieza al analizar con mediana competencia el texto, que ha llegado a nosotros en 54 capítulos. La primera mitad, aproximadamente, mantiene el estilo y el tono; la segunda parte es mucho más oscura y fatalista. Hay quienes prefieren la segunda mitad a la primera, pero yo no coincido. Lo he pensado desde niña y creo que hay por lo menos tres manos en esos 54 capítulos. Sería inútil entrar ahora en esa polémica, pero ya verás en cuanto te adentres. Vamos a pelear. Qué dicha. Me gusta que seas mi rival. Claro, es lógico pensando que han pasado mil años. Mil. Qué número tan redondo, tan dócil. Ha ocurrido de todo en ese milenio. Algún deslumbrado pudo haberse empleado en seguir una obra trunca; o puede que los cambios de tono y perspectiva en ciertos asuntos sean producto de la evolución narrativa lógica. No se es el mismo al redactar la página uno que la mil ochocientos de un texto. Los relatos cambian a la gente más de lo que se cree. Escribirlos es una apuesta ciega; no se sabe en qué terminará uno convertido. Y esa es una de las polémicas. Los capítulos individuales también dan mucho qué decir. Los hay incontrovertibles y otros son sospechosos por muy diversas razones que iremos descubriendo al avanzar. Los enigmas se van multiplicando, mas lo raro es que en la misma medida se multiplican las certezas. Cada quién se aferra a lo que le gusta, le conviene o le atañe en el Genji. En esta novela cabemos todos, Castiglione, y ese es el sello de las obras grandes. Mira, ven, que hay lugar para ti y para mí. ¿Me dejas tomarte de la mano? Es consecuente."

La escollera y el bosquecillo de las hayas fueron aula. Refugio. Ahí ningún inoportuno tenía fácil encontrarlos, lo que era un riesgo constante pensando en las estrictas políticas de la universidad. Por supuesto que el caso de Martina y Castiglione era atípico, lo que facilitaba las cosas al semejar una relación estrictamente pedagógica. Lo era a su modo. Una o dos veces a la semana escapaban para debatir a fondo, leer y releer. Cada línea, cada verso, cada giro era analizado con paciencia oriental y arrojo occidental. Ella aportaba una sensibilidad que

parecía correrle por la sangre y el profesor el espíritu crítico que lo había hecho famoso siendo un jovencito. Lo fascinante de esta dupla era su capacidad de adaptación: un detalle, un verso, un giro e invertían los papeles. El profesor se tornaba en el sensible y ella en la rigurosa. El caso es que no les faltaba nada estando juntos. El Genji era además su celestina, pero los fríos tenían ideas ingenuas del amor y sus principios, ideas que a ambos convenían. Las aventuras amorosas de Genji, el príncipe resplandeciente, hallaban su correlato en estos dos que ignoraban el impulso erótico. Era como si la novela estuviera pensada para irles marcando el camino a la manera de un perro guía; el Genji era un hilo de Ariadna tendido para adentrarlos en el laberinto.

La colaboración funcionó desde el principio. Castiglione decidió adaptarse. Era un viajero anonadado por la novedad, por la belleza que parecía espiarlo desde las líneas del texto sin mostrarse a las claras, remolona, dispuesta a darse, sí, pero no a cualquier precio ni a las primeras de cambio. Martina o el profesor proponían, y el ánima de la novela disponía. Porque cada obra arranca a quien la crea un pedazo de alma que transforma y convierte al lector en algo que antes no era. Nadie es lo que era cuando se ha adentrado en una obra maestra, y el caso de la pareja helada pero avenida fue ejemplar. El hombre, la mujer y el libro convivían como una familia, en parte por la buena disposición ya apuntada en el maestro, y en parte también por la humildad genuina con que Martina se daba al redescubrimiento. "Con el Genji es siempre la primera vez", apuntó ella antes de afirmar, negar o especular cualquier otra cosa. "Lo que te mueva me moverá en sentidos que antes ni sospechaba y lo mismo pasará contigo. Decía el bisabuelo que en este libro hay corrientes de densidad, de arrastre, superficiales, subterráneas y varios remolinos. Ya decidiremos quién es el capitán y quién juega de barca según el clima y los detalles del recorrido."

El capítulo inicial fue muy emocionante. Lo leyeron dos veces, primero ella y luego él, en dos sesiones de cuatro horas cada una. La brújula crítica que Castiglione había desarrollado desde criatura servía también en estos lares y la guía oportuna de Martina supo conducir sin arrebatos ni impertinencias. Ahí nadie era experto, porque las grandes historias dejan de ser lo que eran cuando se les transita en serio y se convierten en otra cosa impredecible, inalcanzable ayer pero hoy quién sabe. Ay, la literatura. Qué contenta se le veía entre aquellos dos jugando a la enamorada, a la que te da todo y mañana te da nada. Sus juegos, no siempre inocentes, afinaron la intuición de la pareja a grado tal que el observador desinteresado no sabría bien a bien si la novela les

funcionaba como argamasa, pretexto, sucedáneo o espejo de lo que se iba cocinando entre esos dos. Código a fin de cuentas, la obra les fue entregando significado y significancia a cuentagotas, lo que lejos de empantanar la experiencia la magnificaba. Por ejemplo, antes incluso de comenzar, fue necesario advertir a Castiglione que las características de ese universo Heian diferían en asuntos tan básicos como la denominación. Los nombres de los personajes derivaban de sus características. Así, "Genji", que significa "el resplandeciente", no era un nombre sino una cualidad que después se convertía en sustantivo propio por tradición. Las tres manos que Martina decía advertir en la factura del Genji eran en realidad muchísimas más, pues en el milenio de vida casi exacto que la obra celebraba, algunos habían decidido titular los capítulos aludiendo al personaje presentado o la situación principal o usando algún motivo de los versos más discretos, recurso muy en vena con la sensibilidad japonesa.

Cada línea era más de lo que parecía ser, se desdoblaba. Y lo mismo sucedía al tratarse de los lugares, el vestido, los aromas, el trato personal, el discurso, la feminidad, la masculinidad, el poder o lo que fuera. Ahora bien, lejos de confundir, el natural maleable, elástico del Genji era tan armónico que no desviaba. Aunque las cosas eran distintas a lo que semejaban, la armonía evitaba la confusión. Nada de extrañeza. Era como si Castiglione llegara de súbito a un territorio conocido en la infancia temprana. La experiencia de Martina no era tan distinta al adentrarse de la mano, por así decirlo, del profesor. Él modificaba lo aprendido por vía materna del bisabuelo y se lo entregaba renovado. La lectura tenía pues algo de rescritura. Porque a diferencia de otras obras más tradicionales a los ojos de occidente, el Genji obligaba a una reinterpretación derivada de tantos intereses, placeres, gustos, manías y obsesiones que terminaron conformándolo luego de mil años. Mil. El copista que hace siglos ponía lo suyo en ese monumento, se aunaba a la empresa del traductor, del ilustrador, del poderoso, del literato que novecientos, quinientos o trescientos años antes sumaran al conjunto. Así, *La novela de Genji* llegaba a las manos de la pareja con una carga de misterio insalvable, con un aura construida entre tantos anónimos que pronto los incluyó a ellos. Ningún otro monolito literario abría los brazos y cerraba las puertas como el Genji. O viceversa. Porque así como una línea llevaba a la confusión, otra aclaraba sin que uno pudiera indicar la frontera entre lo confuso y lo claridoso. Igual que toda gran literatura, el Genji contenía la vida de la que había surgido como el corazón vivo contiene latidos.

Y los poemas. En el momento preciso, la Shikibu genial insertaba sus 31 sílabas para ampliar un sentido, para reducirlo a su mínima expresión, para delinear a un personaje o desdibujarlo según las necesidades del relato. Protagonista de las cartas, de los amores y de otros ires y venires, la poesía daba un centro de gravedad que Castiglione empezó a echar en falta en otras obras más familiares para él. Lo de menos era entenderla. Independientemente del sentido, hasta cuando el *waka* oscurecía daba la impresión de iluminarlo todo, igual que la flama menuda en la negrura inmensa prefiere acentuar lo negro a derrotarlo. Mariposa, la poesía oriental sobrevolaba las escenas con la aparente espontaneidad de una hoja al viento.

El amor de Castiglione estaba en marcha. En sus primeros estadios, la pasión del erudito por la poesía oriental daba la sensación de ser idéntica al arrobo que Martina le inspiraba, pero no lo era. Los caudales de ambos ríos se entremezclaban, sí, mas no llegaban a confundirse. En cierta medida. Y a pesar de la extrañeza que pudiera inspirarle, la poesía del Genji seguía perteneciendo al mundo letrado del maestro y por eso le fue fácil convertir estos versos en un asidero que terminó resultándole útil a ambos. El olfato del académico se aguzaba para develar. A diferencia de la prosa, la poética del texto cumplía funciones semejantes a las de la poesía latina o medieval o renacentista o contemporánea. Las peculiaridades de la oriental eran eso, accidentes, pero la esencia permanecía inalterada entre las tradiciones que se quisieran comparar. El verso-mago hacía de las suyas jugando al hilo conductor, a la sonda, a la cometa. Ascenso o descenso, hundimiento o sobrevuelo, la poesía era como la estrella polar que, sin ser la misma para cada época en cada hemisferio, cumplía con la idéntica función de orientar a los viajeros.

Es dable preguntarse si es posible confundir pasiones aledañas, refiriéndonos aquí a la romántica y la literaria. Siendo que no existían episodios eróticos en esa amistad flagrante, la alegría, la aceptación, la pertenencia, el descubrimiento, la sobrestimación, la complicidad, el sobresalto y la transustanciación habitaban el territorio del Genji. La novela era su isla, o mejor, su continente. En éste se regodeaban por más que los sentidos les dijeran que no, que estaban frente al mar en la escollera o a las faldas del volcán ronco. Es curioso, pero de haber podido cuestionar a los testigos involuntarios sobre la pareja, cien de cien hubieran apostado su resto al amor y no a la amistad por más que los momios favorecieran a esta última juzgando a la distancia. En cambio, si preguntaran a los directamente involucrados, lo más seguro es que ambos se tomaran unos segundos para sacudirse la extrañeza y

responder que no, que el nexo entre los dos era el mismo que entre el profesor y cualquier alumno avezado o el de Martina con un profesor nato. Feliz de engañarse y, no obstante, ajena a su engaño, la pareja atribuía su algarabía o la repentina necesidad del uno por el otro a la simple exaltación del descubrimiento literario. Si de pronto se le ocurría a Castiglione que Kiritsubo, la madrastra de Genji, jugaba un papel equivalente al de Yocasta, el profesor se ponía a redactar un largo correo electrónico que enviaba a las tres o cuatro de la mañana, por ejemplo. Fundamentados hasta la fantasía, los correos eran las cartas de amor y reconocimiento que el maestro no sabía escribir fuera del universo genjiano. Igualmente, si a Martina le daba por argumentar que To No Chujo, contertulio del joven príncipe resplandeciente, cumplía un papel semejante al de cierto envidioso de Moliere o al de muchos antihéroes discretos en el teatro isabelino, se ponía a trazar complicados cuadros sinópticos a modo de prueba. Esta prueba y las variadas contrapruebas que incluía la joven en sus correos, también enviados de madrugada, integraban un epistolario en que Martina traslucía apego, deferencia, respeto y admiración. Tenían una vida en común pero no se daban cuenta. Creyéndose profundamente independientes, dependían.

Sin embargo, a pesar de que el vínculo crecía ajeno a la voluntad de sus protagonistas, ni Martina llevó al amigo especial a su casa en Lentini ni Castiglione la invitó a departir en la del tío. Lo suyo se parecía a los grandes secretos infantiles, que derivan su importancia no tanto de aquello que encubren, sino de la exclusividad del encubrimiento compartido. Aquél era su mundo; en él ya no cabía nadie más. A diferencia del corazón de Genji, eternamente insatisfecho, el de Castiglione experimentaba una saciedad difusa acorde con la falta de deseo precedente. Por su parte, Martina tendía a atribuir la maravilla a una afinidad intelectual también difusa que no interesaba más que a su contraparte. Se bastaban. Es curioso señalar que, cada uno por su lado, sufría accesos de angustia injustificada que se calmaban recordando la largueza del Genji —casi el doble del Quijote— y sus 430 personajes. Bien administrada, la obra les daba la sensación de poder albergarlos infinitamente. Así, los ilusos comenzaban a dotar lo suyo con algo semejante a una eternidad venida de la obra, de su milenio. El Genji eterno era el territorio de un amor transfigurado por los amantes, discreto, genuino a pesar de su heterodoxia e infinito, como todo lo que alguna vez se propone serlo.

Fue Martina quien llegado el mes de octubre hizo notar que había pasado un año justo desde la presentación aquella tan aburrida de los

ensayos de Castiglione. El profesor ni se acordaba por tan absorto que estaba en su Genji. Y con Martina aunque, como ya hemos dicho, ni ella ni él estuvieran muy al tanto. Pero algo en la mujer sabía que los ciclos importan y si no se celebran se van, se desvanecen. ¿Por qué no jugar a los amigotes y viajar unos días a Ámsterdam? Ella había probado ciertas drogas y la verdad le habían gustado. Decían que los fumaderos de Holanda hacían distinta la experiencia. "Vamos, a lo mejor te enteras de que estás hecho con maderas que ni imaginas. Yo invento en casa que me voy por ahí con unas amigas y tú dile al tío cualquier cosa. Por favor. Eres un adulto. Veamos qué se siente hacer a un lado la literatura. Ni tú ni yo lo hemos hecho nunca. Guardaremos el secreto." Nada de esto hacía gracia a Castiglione, pero además había museos, gente, vida. Viajar con una mujer tenía lo suyo en el imaginario del maestro. Tras días de hacerse el remolón, terminó aceptando y fue… fue lo que Martina entreveía y mucho más. Qué secreto tan hermoso. Cuánta ilusión cumplida y también cierta desilusión. El vínculo no romántico probó ser tan hondo como el otro. Se constataron, pues ya se conocían muy bien. También pelearon, cosa que jamás fuera de Ámsterdam volvió a sucederles. Y las drogas suaves sedujeron más a ella que a él, pero a ninguno dejaron indiferente. Crecieron.

Las primeras lluvias del invierno dieron al traste con la rutina que la pareja había diseñado sin proponérselo. Las mañanas tendían a ser más grises en la escollera y el viento silbaba entre las piedras tan ufano que podía llegar a hacer imposible la conversación. En el Parque del Etna el cambio era drástico pero llevadero; solían visitarlo los sábados o los domingos, según lo permitieran las actividades del profesor o el recelo de la familia de Martina ante las cada vez menos frecuentes visitas a la casa paterna. Las lluvias repentinas hicieron impracticables los recorridos por el bosquecillo de las hayas, su paraje favorito, mas no así por otros senderos más concurridos de aquella zona en la inmensa reserva.

Por uno de estos caminos transitaban Martina y Castiglione la mañana del sábado que nos interesa. A diferencia de otros paseos, ninguno de los andantes cargaba con su grueso volumen del Genji ni con los cuadernos de notas. En lugar ello, Martina llevaba a la espalda la mochila con su cuaderno de dibujo y con la caja de colores en que guardaba sus acuarelas. El profesor caminaba unos pasos atrás procurando acallar las tres botellas de vino que entrechocaban al ritmo de la marcha en su bolsa de plástico. En la otra mano, dos bocadillos de pavo, servilletas y un par de copas completaban el discretísimo servicio de mesa preparado para ese 24 de diciembre. Llegaban al parque mucho

más temprano de lo habitual para permitirse unas tres horas de despedida antes de volver a Catania. El día festivo y las celebraciones familiares de Martina les obligaban a regresar antes de la hora acostumbrada para salvar el típico embotellamiento vespertino a la entrada de la ciudad y llegar a tiempo a la estación ferroviaria para que la joven viajara a Lentini. La bruma matinal estaba a punto de desaparecer cuando Martina encontró una piedra ideal para dedicarse a esa última acuarela del año. A unos tres metros de la piedra, Castiglione halló un lugar seco en el que podía servir el vino mientras observaba a Martina trabajando en sus aguadas. Luego de llevarle su copa, el profesor regresó a su puesto y se entregó al recuerdo especialísimo de los jureles. El ángulo desde el que miraba Castiglione era semejante al de aquella vez medio oculto en la escollera; ella parecía tan embebida en la montaña como entonces lo estuviera en el mar que se le tendía enfrente con la languidez de un futuro cualquiera.

Martina sacó la piedra de tinta negra, le dio un par de vueltas ennegreciéndose los dedos y la volvió a guardar para mejor ocasión. Luego de dudarlo, tomó el juego de acuarelas, empapó el pincel para después restregarlo en el rojo. En el amarillo. Ahora un toque de blanco. El trazo horizontal anunciaba un horizonte o algo así, pero no. Castiglione se equivocaba. El horizonte fue adquiriendo poco a poco la silueta de una criatura larga y baja. Era un zorro visto de costado. La imagen del animal incomodó al profesor, ya que la semana anterior, en el bosque de las hayas todavía, había surgido una polémica muy viva relativa a las supersticiones que plagaban el universo Heian con su animismo. El tema central del debate había sido el zorro, encarnación de la maldad misma para los antiguos japoneses, capaz de arruinar la vida de mujeres, hombres o niños con un encuentro casual, con una mirada sesga. En un descuido, el animal siniestro podía desplegar lo suyo para posesionarse del cuerpo de cualquiera. A placer. Por mera crueldad. Sacarlo de ahí era tan difícil que ni los ritos de diez monjes, ni sus inciensos, ni sus rezos lograban en ocasiones deshacerse del cabal enemigo. La malicia de los zorros era tal, que un pelo de sus colas servía para descarrilarle la vida a un ministro poderoso o al más humilde de los criados. Contra todos la emprendían esas criaturas aviesas. Cruzarse con uno casualmente empantanaba la existencia, pero pobre del que se convirtiera en enemigo franco de estos seres. Acaso los monjes más poderosos y ciertas hechiceras podían romper sus encantamientos en esos episodios extremos, pero no era raro que hacerlo costara la vida a las víctimas o demás implicados.

El zorro, mejor detallado ahora, atravesaba la escena de derecha a izquierda. El hábil pincel de Martina lo hizo ocupar casi toda la anchura de la hoja en primer plano. Luego, como si de pronto recordara la piedra de tinta que antes dejara para otro momento, la sacó de la cajita colorida aplicándole el pincel sin lavarlo antes en la aguada. Entonces, detrás del zorro, en segundo plano, trazó rápidamente una silueta sentada en una piedra dando la espalda a la criatura y otra un poco mayor que parecía atisbar a la figura de la piedra. Los nuevos personajes daban la espalda al zorro sin reparar en su presencia y éste parecía por completo ajeno a la existencia de los otros dos. En ese momento, Castiglione sintió que el frío aumentaba metiéndosele por la espalda. Por instinto, se volvió para echar un vistazo. Y sí: medio escondido entre los árboles vio a un típico zorro del Etna que al notar su atención huyó para evitar males mayores. El profesor trató de decir algo, pero la voz se le atoró en la garganta porque en ese instante la tierra empezó a rugir por lo bajo. El rugido amainó hasta convertirse en un temblor mediano que duró unos treinta segundos. Terminada la sacudida, el profesor vio a la distancia una gruesa columna de humo elevándose hacia las nubes que encapotaban Sicilia aquella mañana. El Etna daba los buenos días con una de sus exhalaciones recurrentes y Martina seguía pintando tan tranquila. Entonces dejó el pincel en el frasco del agua entintada, tomó su copa, se volvió y brindó desde lejos con un Castiglione estremecido.

Regresaron a Catania antes de lo previsto. Se dijeron poco en el camino de regreso y nada de ello tuvo que ver con zorros o linduras semejantes. "Figuraciones", pensó Castiglione al abrirle la puerta del coche a su Martina en la estación. Se abrazaron, se felicitaron y prometieron encontrarse en ese mismo lugar el segundo día del año entrante.

"Una historia de garzas, jureles y zorros", consideró divertido el maestro. "Aire, agua, tierra", añadió para sus adentros imaginando que sólo le faltaba una salamandra para completar el juego de los animales y los elementos. De estas consideraciones absurdas pasó a otras todavía más insensatas. Se sentía de maravilla. La euforia le duró hasta bien entrada la cena navideña en casa de una pariente anciana, redonda, bondadosa y cocinera magistral. En cada familia las hay. Todos las conocemos.

Las vacaciones decembrinas abrieron un paréntesis delicioso en la vida de Castiglione. Nada le apremiaba; nadie le incomodaba. Disponía de la casa para él solo, pues el tío ya volaba a Lombardía en ese día de Navidad para visitar a una rama lejana de la familia, mientras la criada

que atendía a los solterones paseaba en Agrigento con una sobrina llegada de Roma para las fiestas. El propósito que año tras año se trazaba el profesor se cumplía al fin: ni un examen por corregir en casa, ni un programa académico que enmendar. Las pruebas de la revista estaban listas en manos de los impresores y el único artículo pendiente de redacción debía entregarlo hasta la tercera semana de enero. La ausencia de Martina formaba parte de la ecuación. Desde su arribo a la vida de Castiglione se habían visto al menos dos veces por semana para adentrase en el Genji, ya fuera en la escollera o en las faldas del Etna. Aunque dicha frecuencia era todo menos excesiva, al maestro le pareció indispensable darse un poco de aire no tanto para descansar de Martina sino para descansar del espíritu crítico que gobernaba las lecturas conjuntas de ese Genji excepcional. En tres ocasiones la beligerante Martina había arropado sus argumentos en la perspectiva de género, territorio cenagoso que el maestro recorría de mala gana por considerarlo anacrónico e intrusivo para la comprensión de un texto añosísimo, pero sus primeras objeciones se habían encontrado con una oposición denodada a la que Castiglione se allanó sin convicción con tal de no enturbiar una relación incipiente. Pero lo incipiente, por naturaleza, deja de serlo al poco tiempo. Al profesor le desagradaba cada vez más sentirse en desventaja frente a la joven por desconocimiento, así que se propuso emplear la libertad novísima de aquel diciembre en adelantar una lectura personal que no derivara exclusivamente en la glosa de Martina. Didáctico al cabo, Castiglione diseñó argumentos y contrargumentos aplicables a las polémicas más obvias de cada pasaje. Desde antes del amanecer hasta bien entrada la noche, el maestro se abismaba en el Genji comiendo lo mínimo y ausentándose todavía menos de su cuarto de trabajo. Sólo el pan lo hizo salir del encierro al notarle a su bocadillo un regusto a cieno, pero una vez repuesta la dotación con panes frescos de centeno, regresó a sus notas, a las referencias cruzadas, a las objeciones imaginarias y a todo lo necesario para reconstruirse después de la deconstrucción que Martina impulsara. Se parapetaba en el universo conocido para enfrentar esa andanada de novedad, de heterodoxia. Era la vida enfrentándolo a la ola arrolladora de la existencia mientras él se entretenía ajustándose el visor, el respirador y las aletas como si eso importara, como si esa previsión bobalicona le fuera a ahorrar algún dolor o cierta vergüenza o la constante sensación de extrañeza que Martina le inspiraba por desbocada. Por atrabiliaria. Por esa ligereza de andantino que exhibía a su paso el adagietto del maestro.

El último día del año lo encontró sin rasurar en el encierro. Había pasado la noche leyendo el capítulo 41 de ese Genji insondable que parecía oscurecerse como si fuera el ocaso de un día invernal. Las andanzas de juventud, los amoríos ligeros, el drama pleno salpicado de travesura se tornaba amenazante. Los años transcurridos en la novela se acumulaban triplicados en el ánimo del profesor. El meollo fatalista del relato se anunciaba desde mucho antes, pero los acentos discretos eran ahora declaración de principios. La volatilidad de lo humano, su gratuidad, anunciaban un desenlace trágico a poco más de la mitad de la obra. Un Genji prematuramente envejecido miraba a su nieto intuyendo que muy pronto dejaría de verlo. "No he contado los meses ni los días por culpa del dolor… pero hoy se acaba el año y mi vida toca a su fin", se leía cuatro líneas antes del final del capítulo. La referencia al día postrero convirtió esa mañana en un sincronismo inexplicable de los que suelen abundar entre la literatura y los lectores. Desencajado, desvelado y malcomido, Castiglione cerró el tomo con ganas de sentir mucha lástima por sí mismo, prerrogativa fascinante que los libros importantes otorgan a sus devotos favoritos, pero la curiosidad pudo más que el desconsuelo y pronto volvió el maestro a la página siguiente dejando para luego el desayuno, la bañada y los parabienes obligatorios en esa jornada. A las primeras de cambio, una nota al pie lo puso en su lugar descorazonándolo ahora sí por el resto del día: Genji ya no era. El protagonista amable, amado, era historia, y la novela seguía adelante como si tal la cosa, omitiendo todo detalle de su muerte. Mil páginas de Genji para saberlo muerto al paso y seguir por otras ochocientas ya sin él, sin su resplandor único. Qué injusto le pareció. Hasta cruel si se quiere. Era como leer el antiguo testamento y buena parte del nuevo para enterarse de que Cristo había muerto quién sabe cómo, quién sabe en dónde y quién sabe por qué, sin Poncio Pilatos, sin crucifixión ni viacrucis ni látigos ni espinas ni madre plañidera. Nada de nada. Así y ya. Al carajo. Su primera reacción consistió en aventar el libro y dar tres vueltas alrededor de su escritorio. Bien podía haberle advertido Martina que lo adentraba en una obra trunca, coja, manca. Nadie sabía de cierto si el capítulo trascendental de la muerte se había escrito siquiera. Unos opinaban que no, que Murasaki Shikibu nunca había escrito el pasaje de la muerte por buen gusto, por superstición. "Baladronadas", se dijo malhumorado Castiglione. Los más creían que la muerte de Genji se había perdido en alguno de esos mil años que traía a cuestas. La tradición incluso asignaba un nombre al episodio faltante: "Esfumado entre las nubes". Y precisamente así se sentía el maestro Castiglione,

como esfumado, como difuminado entre las líneas del Genji que lo rodeaban formando una red de la que ya no podría liberarse. La Shikibu, la Vitale, la historia y sus mansiones oscuras, desoladas, lo condenaban a imaginar esa parte fundamental del relato que ya nunca sería contada. Cuánta fuerza adquiere lo irremediable cuando nos muestra sus credenciales arbitrarias. Míralo burlarse una vez más. Otra. Helo ahí encogiéndose de hombros y diciendo: "Es lo que hay".

Lo que había era poco. Lo poco era injusto. Y demás. Su reacción era exagerada, lo sabía, pero los días de desvelo le pasaban la factura a ese hombre que no sabía cansarse si tenía un buen libro entre manos. Ya no lo tenía. Miró de reojo el ejemplar que hace unos momentos lanzara contra la pared y volvió a inflamarse con una ira muy semejante a la que le sobrevino cuando la muerte de sus seres queridos. Ningún sentido tenía comparar la gravedad de ambas situaciones, pero la ira que le nacía entre el pecho y el vientre era parecida. Si aquella vez le había dado por echarle la culpa a la poesía, en ésta la culpable era Martina. ¿Cómo se atrevía a hacerle perder el tiempo? ¿Qué se creía la petulante? Vaya, que hasta pensó en llamarla para pedir una explicación y entonces cayó en la cuenta de que ni su teléfono de casa tenía. Era ella quien le marcaba a la extensión de su oficina en la universidad, ya fuera desde la escuela misma o desde la casa de estudiantes. La omisión lo hizo sentir ridículo. Más de un año debatiendo la antigua literatura japonesa con esa alumna prodigiosa sin que se le hubiera ocurrido pedirle el número de casa o de la residencia. Peor aún era darse cuenta de ello luego de seis días y justo en Año Nuevo. ¿Cómo haría para felicitarla si ella no tomaba la iniciativa? La ira se le iba transformando en culpa. Un cuarto de hora más tarde llegó la angustia para no salírsele de las venas en todo el día.

A las ocho de la noche se metió a bañar temiendo que el teléfono sonara mientras él estaba ocupado. Apuró el regaderazo, se vistió y no. Luego sonó el teléfono, pero era el tío medio achispado por el grog y la convivencia con la familia lombarda. Se desearon lo mejor y después de colgar el profesor se quedó sentado junto a la mesita del teléfono hasta la medianoche. Cientos de campanas despidieron el año viejo para dar paso a los fuegos artificiales y a la algarabía propia de lo nuevo mientras Castiglione fantaseaba con echar mano de la moto o del auto del tío para aparecerse en Lentini dando la sorpresa. A la una de la mañana le escaseó la ilusión de que Martina llamara. "Hoy se acaba el año…", recordó Castiglione omitiendo por instinto la segunda parte de la cita. La ira y la angustia habían remitido, pero no la culpa. A la una y media recogió su Genji del suelo y se puso a hojearlo medio arrepentido por

sus exabruptos. La cubierta de las garzas que el profesor le colocara a su ejemplar se había maltratado. Alisó cuidadoso una arruga que afeaba a la garza que oteaba el vuelo de las otras dos desde los juncos, fue a su estudio, apagó las luces y se acostó sin desvestirse. Empezaba a quedarse dormido cuando memoró el precioso círculo de jureles que había visto surgir de las aguas. Se equivocaba. Era el aura de la indeseada, el aviso inoportuno que le mandaba la primera migraña de ese año. Maldita.

Despertó poco después de las ocho de la mañana sin que la cabeza lo torturara. La primera crisis del año era de corto aliento. Menos mal. Se dio unos minutos para asegurarse de que el dolor no acechaba. Mejor todavía. Estaba verdaderamente solo. Y es que el dolor, a su manera, era una presencia, una mala compañía que solía interponerse entre el profesor y su visión del mundo. Animado por la ausencia de su perseguidor, Castiglione descorrió las cortinas, gozó del sol en el pecho y supo que aquel no era día para esconderse entre los libros. Cualquier otra cosa prefería y para cualquier otra cosa estuvo listo en tres cuartos de hora.

La ciudad seguía durmiendo. Su holganza era tal que el profesor imaginó a Catania sometida por el día de descanso obligatorio para recomponerse de la agitada noche anterior. Lo mismo le sucedía a él. Se rehacía tras una noche penosa a su modo. La ira, la culpa y la angustia, perras bravas, dormitaban en otra parte. Dispuesto a cuidarles el sueño, el profesor prefirió caminar por las calles desiertas del centro. Qué distinta era la urbe sin el ruido de motores. Y pensar que ese había sido su talante por más de dos milenios y medio. La serenidad se acentuó en su merodeo por la catedral. A diferencia de otros días, Santa Águeda parecía orgullosa de ejercer su patronazgo en Catania, la joya desgastada de Sicilia. La isla entera era una burbuja que flotaba por el mundo sin estallar jamás. Siracusa, Messina, Palermo, Agrigento, Marsala, Lentini, cada ciudad, cada pueblo estaba contenido en esa paz medio transitoria y medio eterna en que transcurre la vida cuando nadie se fija. Cuando a nadie le importa. Cuando los más duermen y los menos les velan el sueño para quedarse con el oro.

Una sensación muy similar a ésta secuestraba a Castiglione al adentrarse en el Genji. "La eternidad cabe en todas partes", se dijo el profesor intuyendo un hilo conductor, una correspondencia íntima entre la vieja y dignísima Catania y la Heian Kyo de la novela. Acaso la misma burbuja todopoderosa que abarcaba a Sicilia contenía a la ínsula extraña del Japón. A todas las islas. Porque la literatura genuina es una isla que vuela en una burbuja eterna y caduca a un tiempo; sin más,

viene y se posa en nosotros como un ave en la roca. Y anida si el paraje le conviene. El *Genji monogatari* le había tejido al profesor toda suerte de nidos, en el pecho la mayoría y varios más en la testa. La nidada, algo en él lo sabía, era destino.

Antes de volver a casa, el profesor se paseó por el malecón resistiendo el impulso de hacer escala en la escollera. Pensó seguir a la estación y montarse en un tren cualquiera pero la idea, aunque atractiva, era en el fondo un pretexto para seguir a la ausente y Castiglione no se engañaba. ¿De qué le serviría ir hasta Lentini? Mejor volvió a los rumbos de la catedral procurando recuperar el estado de gracia en que había deambulado, pero era imposible. La vida despertaba y la ciudad ya no era ensueño. La basura de la noche anterior empezaba a ser barrida; los turistas se procuraban desayunos en los dos o tres establecimientos abiertos. Cerca de su casa, un vendedor de castañas le recordó que no había piscado ni una de las silvestres con Martina en el Parque del Etna. Sonrió. En desagravio, le compró al hombre un cucurucho repleto para desayunarlo en casa.

El resto del día lo ocupó Castiglione en leer cualquier otra cosa que no fuera el Genji. Le costaba imaginar la obra sin el príncipe. Lo que hubiera dado ese hombre de libros por abrir la ventana y constatar que sí, que el resplandeciente se esfumaba entre las nubes como un sol en retirada. "Esfumado entre las nubes", se repitió. Qué hermoso título para un pasaje inexistente. Porque esfumarse entre las nubes es morir volando, ascendiendo, fundirse para siempre con lo alto. Qué pertinencia. La muerte de Genji no podía ser menos. En su caso.

La última noche en soledad completa fue de las peores. Le sobraban ganas de quedarse dormido cuando, mientras encendía la tele de la sala, empezó a sonar el teléfono por primera vez desde la felicitación del tío. Corrió a responder, pero el aparato dejó de sonar en el momento en que Castiglione estaba a punto de coger la bocina. Inquieto por la posibilidad de que la llamada fuera de Martina, el profesor esperó junto al teléfono por si sonaba de nuevo. El segundo día del año en curso era el siguiente y muy lógico parecía que, ahora sí, Martina le llamara para decirle a qué hora pensaba regresar de Lentini. El volumen de la televisión estaba demasiado alto. Molestaba. Pensaba en buscar el control remoto cuando el teléfono repiqueteó de nuevo. —¿Damiano? —preguntó una mujer que a duras penas pudo el profesor identificar como Martina. Nunca antes le había llamado por su nombre de pila.

—Claro, soy yo. ¡Feliz año nuevo! —improvisó emocionado Castiglione.

—Te pido que no me busques.

Y colgó.

El profesor se quedó con la bocina pegada a la oreja durante un minuto y medio. A sus espaldas, la televisión insistía en molestar con el volumen altísimo. Al volverse, palideció. Desde la pantalla, un zorro lo miraba fijamente. Entonces el locutor siguió adelante con el guion: "Para el zorro gris…" La toma cambió a un plano mucho más abierto. Medio minuto más tarde, la cortinilla del canal lo devolvió a la realidad, si es que aquello que contenía a Castiglione podía llamarse así en ese momento.

"Pero hoy se acaba el año y mi vida toca a su fin", recordó el profesor asido de la bocina y poniendo cara de tonto.

Jamás volvió a verla.

Por supuesto que desoyó el exhorto de Martina. A la mañana siguiente fue a preguntar por ella a la casa de estudiantes. Era lunes. El trajín de los muchachos en la recepción estaba en su punto máximo. De haber tenido cabeza para ello, Castiglione se habría reprendido por la indiscreción de presentarse ahí abiertamente, pero ya podemos imaginar el desgobierno en que se encontraba después de la noche en vela y en semejantes circunstancias. Nervioso, preguntó al empleado de guardia por Martina Vitale y éste, luego de verificar en su pantalla, le respondió que ya no la esperaban de vuelta en el hostal, pues había liquidado su cuenta el 23 de diciembre. "Si te debe algo mejor dalo por perdido", bromeó el tipo haciendo gala de mal gusto, pero el desliz se le resbaló a Castiglione, quien ya se encaminaba a la universidad para impartir una clase inaugural que no había preparado. Ya se las arreglaría.

Terminada su competente improvisación, el profesor se apuró hasta llegar a la oficina de servicios escolares. La guapa cuarentona que atendía le dijo, ajustándose los lentes, que Vitale Martina estaba dada de alta como oyente en tres asignaturas, pero que al no ser una alumna regular faltaban ciertos datos en el expediente. No, no podía mostrárselo a menos que el superior le autorizara. Estaba a punto de ensartar un rosario de mentiras, pero en un instante lo pensó mejor, dio las gracias y se fue sin notar la sonrisa amplísima que la encargada le dedicara. "Qué segundo semestre ni qué nada", refunfuñó el maestro recorriendo el pasillo a zancadas con la mirada hundida en el enlosado. Diseñaba una estratagema para sacarle a la de servicios escolares la dirección de su amiga cuando el desconcierto llegó a su punto más alto. No entendía el desenlace de… aquello. Porque no estaba seguro de que se tratara de un amor o una amistad o un noviazgo o una simple colaboración. Sea como

fuere, se había topado con pared en los primeros estadios de su investigación y, lo supo en cuanto puso un pie fuera de la universidad, no llegarían los segundos. Él era un hombre digno. Sabría reponerse. Seguiría brillando. Solo. Como siempre.

La tarde de ese lunes fue al aeropuerto para recoger a su tío. El vuelo llegó a tiempo pero no se salvó el maestro de esperar una hora la salida del viajero. Al saludarse, Castiglione no pudo ni quiso aflojar el abrazo. El tío contó hasta el quince sin decir palabra. El dieciséis quedó ahogado por un sollozo muy quedo del sobrino. "Ya, mi niño, ya", lo consoló el buen hombre enternecido.

No hizo preguntas el viejo ni Castiglione dio explicaciones. Estaban el uno para el otro. Qué más daban los porqués.

La vida después de Martina fue un suplicio que Castiglione aguantó estólido. Al dolerle su falta, el profesor trabajó más y mejor que nunca. En esos días, los peores, se propuso hacer lo necesario para emprender la gran versión italiana del Genji. La definitiva. Ya. Si había que aprender japonés hiragana lo aprendería. Cabeza le sobraba y Martina lo había encaminado mejor y más hondo que cualquiera. No podía guardar rencores porque la mujer nada le había prometido. Nada le debía. Más bien era él quien tenía una montaña que agradecer a su loca del pincel, la de los peces.

Hombre de ley, Castiglione apuró el trago a sabiendas de que la vida no le iba a quitar nunca el amargor. Trato hecho. También, desde la primera crisis sufrida tras la partida, estuvo cierto de que las jaquecas se redoblarían. Era su cruz. Venga. Ya encontraría la forma de cargarla.

Eso sí, jamás regresó al café de la Plaza Cutelli ni volvió a confiar en las mujeres con las uñas coloridas.

*

Rompía el alba. Castiglione despertó helado a pesar de seguir cubierto hasta la barbilla. Se había quedado dormido con las ventanas abiertas y ahora pagaba el precio. Se levantó de mala gana, las cerró y entonces vio la canastilla de frutas prometida que no notara la noche anterior. Tomó un manzana para no tener que esperar hambriento hasta las 7:30. Pasaban de las seis.

El letargo del Masar tardó en diluirse con el rocío matinal, pero sucedió al cabo. Las gaviotas graznaban allá en el canal cuando Castiglione salió del baño con una toalla en la cintura. Se vistió, revisó

los contenidos de su pastillero para verificar que no le faltara ninguna de las píldoras esenciales y bajó al comedor del hotelito ilusionado por todo lo bueno que Ámsterdam podía obsequiar a un hombre como él.

La joven del mechón azul y la piel aceitunada atendía solvente los preparativos para el desayuno en el restaurante. Sólo una mesa redonda tenía puesto el servicio para cuatro personas. Uno de los lugares estaba ocupado. El suéter en el respaldo de la silla y la taza humeante lo dejaban en claro, pero Castiglione no vio a nadie más en el comedor. Confundido, saludó a la empleada y preguntó en qué mesa podía instalarse.

—Sólo hay una lista —afirmó señalando a la mesa redonda de la taza.

—Pero está ocupada.

—Es su compañera, la francesa, pero fue al tocador hace un momento.

—No tengo ninguna compañera.

La empleada lo miró confundida unos segundos, sacó una libreta casi idéntica a la que Castiglione llevaba en el bolsillo para anotar los datos relativos a su mal y, tras consultarla con cara de extrañeza, confirmó que los cuatro debían estar juntos.

—¿Cuatro? —repitió el profesor sin tener idea de qué hablaba la guapa de la altura—. Debe haber algún error.

—No mío. ¿Café? —preguntó la recepcionista-mesera dando por terminado el intercambio.

Ninguna de las otras mesas tenía mantel. La mujer ya había volteado una de las tazas vecinas al sitio que ocupaba la francesa ausente y servía el café como si el maestro le hubiera contestado.

—Aquí le dejo el azúcar. En unos minutos le traigo el pan, la mantequilla y algo de fruta. ¿Melón o piña?

—Le digo que yo no…

La mujer del pasaporte francés entró en el comedor visiblemente descansada. Las ojeras y las líneas de expresión se habían atenuado gracias al sueño. La señora dio los buenos días en un inglés sin acento y, toda sonrisas y amabilidad, tomó el suéter del respaldo de la silla y se lo puso en las piernas después de sentarse. La mesera seguía con la libretita y el lápiz en las manos esperando la decisión de un Castiglione que respondía confundido al saludo de la recién llegada con un suave y mudo asentimiento. La excelente disposición de la francesa hizo que Castiglione se sentara, pues seguir discutiendo con la empleada en ese contexto hubiera sido grosero.

—Piña, si me hace favor —dijo Castiglione con tal de que la insistente mesera lo dejara en paz. Inmediatamente después, se presentó a su compañera de mesa con la propiedad de un italiano bien nacido—. Soy Damiano Castiglione; mucho gusto en conocerla, señora. Y perdone el que me haya sentado antes de estrecharle la mano. Fue un descuido.

—¿Damiano Castiglione, me dice?

—Sí.

—¿El traductor del Genji?

—Me ha descubierto —bromeó el profesor.

—Mire nada más: el mítico Castiglione en persona. Es mucho más joven de lo que imaginaba. Yo soy Marion de La Rochefoucauld, esclava en la Universidad de Lille Nord-de-France.

La confusión de Castiglione aumentaba, pero no era el momento de poner cara de idiota. Afectando naturalidad, el profesor respondió:

—Mítico su apellido, Marion. Supongo que está de más preguntar si hay relación con el duque.

—Son pocos quienes soportan los apellidos tan largos, querido. Tratándose del mío, todos somos familiares en mayor o menor grado. Su apellido, por cierto, no es tan corto.

La mesera volvió con el plato de piña y la canastilla del pan. Dispuso las cosas en la mesa y se metió otra vez en la cocina informando con retraso a algún colaborador invisible que el segundo de la mesa había llegado.

—Veo que esperamos a más personas. ¿Le paso el pan o aguardamos a que lleguen dedicados a nuestro café? —preguntó el profesor olvidando la referencia a la extensión de su apellido.

—¿Los conoce? —cuestionó a su vez Marion bajando la voz y mirándolo fijo, como si alguna complicidad nacida en los últimos minutos los uniera—. Yo no tengo ni idea.

—Yo tampoco. Debe ser una confusión del personal. En todo caso, es una confusión feliz, pues me permite conversar con usted —agregó Castiglione con un tono agradabilísimo. Si estaba de vena, podía ser encantador.

—Ustedes los italianos sí que saben darle sentido a una taza de café. Por cierto, éste no es tan malo como pensé —apuntó la dama del apellido célebre y largo.

—Sorprendentemente bueno, sí. Me decía, Marion, que conoce a algún Castiglione que le merece buena opinión. Espero que sigan así las cosas después de este desayuno.

—No. Lo conozco a usted, Damiano, igual que prácticamente

cualquier especialista en letras japonesas de esta Europa moribunda. Su primer tomo anotado del Genji ha sido una revolución, y no sólo para los italianos. Conozco a su traductor en Flamarion. Somos amigos y me ha consultado en un par de ocasiones, lo que resulta incomprensible cuando se le puede preguntar a usted directamente.

—Hemos intercambiado algunos correos, pero no lleva mucho tiempo trabajando en la versión francesa. ¿Tres meses quizás? Y muchas gracias por sus comentarios. Es generosa al referirse al trabajo ajeno. Otro punto a su favor —remató Castiglione.

—Soy objetiva. El generoso es usted con ese cuerpo de notas que puede enterrar vivo a un… a una La Rochefoucauld por ejemplo.

—Su antepasado, siendo quien era y sabiendo lo que sabía, hubiera usado mi pobre traducción para calentarse en invierno. En fin. Qué gusto y qué casualidad conocerla aquí. El hotel es tan…

—Juvenil, digamos —interrumpió la francesa dándole a entender que hablaban de lo mismo—. Pero tiene lo suyo. La localización es de ensueño. Mi habitación da al embarcadero. Al asomarse por la ventana uno tiene la sensación de que podría suceder cualquier barbaridad, como en las novelas olvidadas de Verne.

—Justamente olvidadas muchas de ellas —añadió el profesor con la intención de mencionar a continuación las dos o tres novelas que menos le gustaban del visionario y prolífico francés, pero antes de que se permitiera el comentario, su interlocutora abrió los ojos desmesuradamente sorprendida por algo que sucedía a espaldas de Castiglione.

Un hombre alto y gordísimo se descubría cortés al acercarse al comedor. El profesor no supo si el sombrero era ridículamente pequeño o la mano asombrosamente grande, pero el efecto era pasmoso. El meñique de esa montaña humana era dos veces más grueso que el pulgar de Castiglione. Sudaba. Hizo una pausa para recuperar el aliento que había perdido por una vida consagrada al sobrepeso, sacó un pañuelo gris y se enjugó la frente con la mano libre. La ropa le quedaba chica sin ser vieja, señal de que los últimos kilos de más eran recientes. Pero los dedos: el meñique era un chiste comparado con el grosor de su vecino, el anular de la mano izquierda. La argolla matrimonial que usaba el hombretón parecía diseñada para un dedo la mitad de grueso, otra señal de que al momento de su matrimonio (cuarenta, cincuenta o siete años atrás, quién sabe) el sudoroso pesaría unos 70 u 80 kilos menos. Era obvio que esperaba la llegada de alguien que le asignara mesa y se notaba confundido al ver que sólo una estaba en servicio.

—¡Sevri! *¡Mon cheri!* —exclamó Marion agitando una servilleta para llamar la atención del gigante, gesto innecesario considerando que no mediaban entre ellos más de cuatro metros. El hombre metió la mano al bolsillo del que extrajera antes el pañuelo y, en lugar de éste, sacó ahora unos lentes cuyas varillas estaban excesivamente abiertas por el uso en una cabeza de espectacular circunferencia también. Los limpió con el sombrero antes de ponérselos. Luego de deliberar con cara de extrañeza, aventuró un "Marion" tan alegre que el semblante medio asfixiado le cambió para bien en un segundo.

—No, no, no. Esto no puede ser casualidad, mi amor —dijo la francesa mientras el descomunal Sevri se abría paso entre unas mesas para acercarse a su amiga—. Parece más bien un congreso de marginales. ¡Sevri, tesoro! No te veo desde hace cinco, no, seis años. ¡Tesoro! —repitió la mujer unos momentos antes de tomarle el rostro con ambas manos y plantarle dos besos, uno por mejilla. Para lograrlo, ella se paró de puntas mientras Sevri se agachaba como si fuera a cargar a una niña. El cariño que se profesaban conmovía—. Ésta debe ser la mañana más emocionante desde el desembarco en Normandía: primero me toca conocer a la estrella ascendente y ahora me reencuentro con mi precioso vikingo, ilustre también pero no tan joven. Tiene una gran ventaja sobre usted, Damiano: le repele lo que huele a academia menos yo, y eso lo hace raro e interesante. Inespecífico, a diferencia de nosotros.

Hasta ese momento, Sevri se había dedicado a asentir. Ni una palabra corroboraba o negaba lo dicho por Marion. La locuaz decidió presentarlos con escasa formalidad para después llamar a la empleada del mechón azul y solicitarle discretamente una silla sin descansabrazos para el caballero. Instalados ya en la mesa, servido el café y dirimido por tercera vez el asunto de la fruta, Marion abundó: Sevri Rudi era un noruego de Tromsø dedicado desde niño a la talla de madera, igual que su padre y el padre de su padre. "Y el padre del padre de mi padre", agregó divertido el noruego con una voz un pelín demasiado aguda, abriendo la boca por primera vez para algo que no fuera engullir grandes pedazos de pan con mantequilla. Castiglione seguía a Marion muy atento en apariencia, pero no dejaba de pensar en el pobre dedo anular que parecía a punto de serle amputado al enorme por la sortija matrimonial. Era increíble que el dedo resistiera.

Sevri terminó el tercer bollo integral y alejó unos centímetros su canasta de pan dejando en claro que ya había comido lo suficiente… hasta ese momento. Bebió su café de dos tragos sin importarle la temperatura, jugó unos segundos con las migajas y entonces sí se animó

a quitarle la palabra a la mujer.

—Mejor sigo yo, porque ella puede arruinar la reputación hablando bien de uno. Me dedico a la madera y a los libros antiguos. A su matrimonio, de algún modo. La madera la conocí por la familia, como ya ha dicho Marion, y la impresión en plancha a la antigua la conocí por casualidad en una exposición de xilografía que, todavía me pregunto por qué, hizo escala en el Nordnorsk Kunstmuseum, un museo simpático y muy bien llevado que se especializa en artes visuales.

—Es una joya, Damiano. Cuando visites a Sevri, no dejes de ir. Es casi tan bonito como las auroras boreales cerca del invierno. Pero qué digo invierno si siempre es invierno en Tromsø. A fin de año, mejor —interpuso Marion.

—Tenemos el verano más bonito del mundo; el problema es que dura un minuto y medio —corrigió el gordo de muy buen talante haciendo después una pausa para recuperar el aliento que ya le volvía a escasear—. En el mundo de la xilografía…

—Muy bien eso de explicar sin que te pregunten, Sevri. Los intelectuales italianos nunca aceptarán una carencia en su formación —interrumpió de nuevo la francesa notoriamente incapaz de mantenerse al margen por más de unos minutos. Luego, en lugar de dar pie a que Sevri Rudi se explicara, tomó de nuevo las riendas de la conversación—. En resumen, se toma una plancha de madera, se retira con un buril lo que ha de quedar en blanco al imprimir sobre el papel y ahí tienes. Sevri lo hace parecer arcano, pero es tan simple como eso. Los chinos lo hacen desde el siglo IV.

—Desde el II —corrigió el hombretón bastante divertido por la francesa—. Técnicas y detalles aparte, me dedico a la ilustración y a la xilografía antigua desde que entré a la exposición que le refería. Busco las planchas mismas o sus impresos mejor conservados por todo el mundo. Investigo, sigo las pistas, y encuentro. Luego, si puedo vencer mi apego natural por las piezas, las vendo de muy mala gana.

—Vende una por cada diez que encuentra. No hay remedio. Tiene dinero venido de antaño, la familia, ya sabe. Pero no hablará de ello. En el fondo de su alma es desconfiado como un campesino. Su colección es hoy mayor a la que el museo exhibió cuando mi Sevri era pequeño. Si es que alguna vez fue pequeño —agregó Marion guiñando un ojo a Castiglione—. Una amiga en común dice que éste debió nacer por generación espontánea, porque de mujer, imposible. Pero ese es otro tema. Decía de su colección: es la más importante del mundo en manos de un particular.

—Exageras.

—Yo nunca exagero, querido. Pecas de humilde, salvo con los colegas de la academia, a quienes destruyes en tu revista por mero entretenimiento.

—Sigue exagerando —intervino Sevri, temiendo que el profesor se sintiera ofendido por el supuesto repudio a los académicos que Marion le achacaba—. Tengo opiniones a las que he llegado después de pensar la vida entera y las defiendo. Eso es todo.

La conversación siguió adelante bajo la batuta de Marion, una de esas personas que saben promover la convivencia de los retraídos. Gracias a ella, y a las oportunas intervenciones del pantagruélico noruego, se enteró Castiglione de que el hombre estaba en Ámsterdam para una asesoría. Una conocida le había sugerido darse unos días libres en ese hotel, igual que al profesor, y la idea le había parecido excelente. "El café es bastante bueno", agregó el señor Rudi al tiempo que solicitaba a la mesera el reabastecimiento de su taza. Porque a un hombre de ese tamaño no se le rellena la taza, se le reabastece.

—Lo mismo le comentaba al maestro antes de que aparecieras por esa puerta con tu pinta de ogro escandinavo. Ahora déjame hablarte de él, del distinguido profesor Castiglione, porque sospecho que, así como él no sabía nada de xilografía, tú tampoco sabes nada de lo que este hombre ha dado al mundo a sus… ¿50 años, calculo?

—Cincuenta y dos —enmendó Castiglione.

—Mínimo le faltan veinte para justificar lo que sabe sin levantar sospechas —continuó alegre la francesa.

—Exagera —dijo ahora Castiglione, divirtiendo a los otros dos, para luego dejar que la mujer se extendiera en la maravilla del primer tomo de su Genji, versión que superaba incluso a la clásica traducción inglesa de Waley, según ella.

—Con la salvedad de que Waley la terminó y a Castiglione le falta todavía la mitad de la suya, por decir lo menos —agregó como corolario la simpática pero abrumadora Marion.

Entretanto, la recepcionista-camarera daba por hecho que no llegaría al desayuno el cuarto comensal previsto para aquella mesa. Retiró la taza, el platito, la cubertería y las tres cestas de pan que el noruego había vaciado casualmente. Sin embargo, la alta del mechón azul se equivocaba. Pasados quince minutos de la partida de Marion, Sevri y Castiglione, un oriental despeinado y con los ojos enrojecidos traspuso la entrada al pequeño restaurante. El panorama debió parecerle desalentador, ya que de inmediato se retiró bajando las escaleras de tres

en tres escalones. Ningún otro cliente se presentó a desayunar aquel día.

*

Poco antes, al descender por la escalera que llevaba de la recepción a la banqueta, Marion tomó del brazo a Castiglione y declamó:

—"He bajado tomado de tu brazo por lo menos un millón de escaleras / Y ahora que no estás cada escalón es un vacío."

—¿Así que le gusta Montale?

—No sólo le gusta. Insiste en que su *Xenia* es el mejor poemario italiano de la segunda mitad del siglo XX. Con dos martinis lo recita completo —abundó Sevri, quien los precedía en el descenso.

—Son groseros en Tromsø, Damiano, rústicos. No necesitan beber para demostrarlo. Fíjate que, después de enamorar a una mujer, les da por perderse… cinco, no, seis años. Ni una carta. Ya ves cómo se las gastan los casados.

La flecha dio en el blanco y Sevri hizo una pausa faltándole un escalón para dar con la acera.

—Por la espalda, profesor, a traición —dijo el gordo sin volverse, pero asegurándose de que Marion lo oyera con claridad.

—Sevri, primor: si te das por aludido el profesor va a pensar que tenemos historia tú y yo. La historia es con mi hermana. Pero no hablemos de eso porque se pone pesado, *no pun intended*, como dicen todo el tiempo los americanos para sentirse interesantes.

—Marion, Sevri: yo los dejo ventilar sus asuntos. Ha sido un placer y espero volver a encontrarlos —se despidió el profesor evitando intervenir en el intercambio de sus nuevas amistades.

—Listo, Damiano. Mañana a las siete y media, en el mismo lugar. Eres un encanto —concretó Marion tomando por sorpresa a Castiglione y no tanto al noruego, quien ya conocía sus truculencias.

—Claro, sí, perfecto. Muy buen día, señores —terminó el profesor, mientras Sevri tocaba el ala de su sombrero a forma de despedida.

*

Castiglione vivió un día maravilloso, de esos que se gozan hasta el tuétano creyendo que los recordaremos la vida entera, pero nada en especial le sucedió. Digamos que se sentía feliz porque todo había salido bien (poca gente en las atracciones, buena comida por poco dinero,

policías sonrientes, tarde templada y seca, asientos libres en el transporte público) y confundía su bienestar con lo memorable. Mas no. Si la vida estuviera compuesta únicamente de días así, todos seríamos felices sin tener nada que contar a nuestros hijos. Pero son esta clase de días los que nos permiten reponernos, seguir, sanar, reconstruirnos, entender, recapacitar. Si la vida estuviera compuesta únicamente de días como ese, se insiste, terminaríamos sin poder distinguir el hoy del mañana del ayer, porque de una forma u otra el tiempo se detendría confundido. Las cosas serían sin suceder o transcurrir. Se trata de días sin miedo posible, indoloros, aptos para dar propinas generosas porque se tiene dinero, pero no se piensa en ello ni se necesita la gran cosa. Nadie nos espera en ninguna parte y tampoco se nos hace esperar. Con qué alegría te quitarías, lector, el reloj de pulso para echarlo por una alcantarilla. Y entonces, sin el lastre del tiempo, tendrías tiempo para todo. Todo el tiempo del mundo. Así, con el alma de asueto, con el ánimo del otoño en Roma o el de las muchachas en París o el del cisne en el agua te dirías con certeza: vivo.

A las cinco de la tarde se recargó en un parapeto sin pensar en las consecuencias y terminó haciendo las paces con las cosas que la vida no explica. Su lugar en el mundo estaba en todas partes. El parapeto, las faldas del Etna, Catania misma o la escollera, lo mismo daba el sitio. A las cinco y veinte rio en sus adentros al concluir de una vez por todas que no tendría compañera. La verdad sea dicha sin pizca de soberbia: no la necesitaba. Y quien no necesita está mal equipado para el amor, para la vida en común. La suya estaba dispuesta en otro sentido; ni mejor ni peor, sólo distinta. Ay, esos días en que no pasa nada la verdad es que te engañan: sucede más bien que cambian la vida por las buenas, por las calmas, como cuando una madre paciente nos enseña a ponernos los zapatos, a amarrar las agujetas, a hacernos el peinado, el primer huevo o la primera ilusión.

La segunda noche en Ámsterdam se lo encontró en un restaurante pequeñito especializado en comida española. El plato de jabugo con queso manchego había quedado vacío hacía un buen rato. Castiglione pensaba en rematar la cena con un jerez y un turrón suave de Alicante, pero dudaba en correr semejante riesgo a causa de la migraña, especialista en aparecerse a la llegada de los vinos dulces. Si a esa posibilidad se sumaba el turrón, casi siempre hecho con almendra Marcona, una crisis sería el resultado seguro y no estaba para esas en una noche temprana y calma como aquella. Según los apuntes de la libreta, en el último año había comido turrón dos veces (el tío y su pasión por lo

ibérico) y el resultado había sido el mismo. Pero el profesor se encontraba en esos estados de ánimo que, derivados de una epifanía reciente, exigen para terminar un revulsivo mediano. Ni el jerez ni los turrones daban el ancho. Por un momento quiso desear para aventurarse por la zona roja, pero ya sabemos que ese territorio no era el suyo. El Dampkring estaba lejos y tampoco quería arriesgarse a echar todo por tierra probando una nueva cepa de otra fuente que lo sumiera en el dolor por quince días. Claro que ahí en el cuarto tenía más de medio gramo de Masar-e Sarif que le había sobrado de la noche anterior, pero al no haber consumido analgésicos ese día, dudaba de cuál pudiera ser el efecto. Aunados, el principio activo del hachís y la bruma opioide del tramadol le habían llevado medio a la fuerza hasta el vórtice del torbellino llamado Martina. Ningún motivo de queja tenía, pues le gustaba abismarse de vez en cuando, pero dos noches en fila no. Medio desilusionado por su pobre audacia, Castiglione liquidó la cuenta y enfiló sus pasos al Van Gelder. Sin darse cuenta le estaba tomando cariño al hotelito barato; no le sobraba nada pero tampoco le faltaba. Y estaba limpio. Si en un mes tuviera que volver a esa Babel holandesa, se hospedaría en el Van Gelder siempre que le garantizaran la misma habitación. Era mucho mejor que un hotel estandarizado como los de las cadenas, más amable, con sello local. Además, lo supo en ese momento, el hotel le había gustado porque su entrada era casi igual a la del albergue estudiantil en que residiera Martina en Catania, veinte años atrás.

Caminaba ya por Damrak y estaba a media cuadra de su objetivo. Lo supo por la larga fila de clientes que esperaban sus papas recién fritas con mayonesa en el local adjunto a la entrada del hotel. La fila era mayor que la noche pasada; tendría que abrirse paso para llegar a la empinada y estrecha escalera que ya lo reconfortaba como sucede al llegar a casa. Calculaba en qué sitio de la fila sería más fácil cruzarla cuando vio que del establecimiento salía el monstruoso Sevri, con el sombrero inclinado hasta las cejas y llevando cuatro conos de papel tamaño familiar llenos de papas y rematados con una buena parte de la mayonesa disponible en los Países Bajos. Sintió una gran alegría al verlo. Acostumbrado a la soledad en casa, lo contrario le pasaba estando fuera. En un día como ése, tal vez el revulsivo indispensable no fueran el jerez o los turrones, sino un par de horas en compañía del hombre aquel, tan singular y tan afable. Apuró el paso para darle alcance antes de que se confundiera con la multitud, pero le tranquilizó recordar que eso era prácticamente imposible tratándose de Sevri.

—¿Listo para cenar? —preguntó a modo de saludo el profesor estando aún a espaldas del coleccionista, como cuando bajaba detrás de él por la mañana cogido del brazo de Marion. Al verlo, Sevri se volvió todo sonrisa. Con las manazas sostenía los cucuruchos de papas que ya manchaban de grasa el papel. Trataba de desembarazarse de ellos para saludar con propiedad al maestro, pero no hallaba la forma lograrlo—. Descuida, descuida —lo tranquilizó Castiglione, dando a entender que no era necesario ni quitarse el sombrero ni estrecharle la mano. Aliviado, Sevri siguió aferrado a sus papas sin sentir ni la mínima vergüenza por ser sorprendido con tan esperpéntica dotación para seis cuando menos.

—Yo siempre estoy listo para cenar… a cualquier hora del día. Je je je —comentó el ocurrente tallador de madera y coleccionista, manteniendo la sonrisa amplia que parecía no borrársele aquella noche —. ¿Quieres acompañarme? Alcanza para los dos. Je.

—Vengo de cenar, pero me daría mucho gusto acompañarte. Podemos ir a mi cuarto si quieres. Tiene espacio para tres y la vista es un lujo.

Sevri se le quedó mirando al profesor en silencio con la sonrisa imborrable. No respondía. Los ojitos azules y rojos parecían hundírsele en ese rostro blandengue capaz de engullir cualquier facción. Entonces, sin poder aguantar por más tiempo, al noruego le estalló la risa. Echaba su corpachón para adelante embarrándose parte de la mayonesa en la camisa, pero no pareció notarlo. Lloraba de tanto reírse y era obvio que, de tener las manos libres, habría acudido al pañuelo de la mañana para secarse las lágrimas. Castiglione le ofreció ayudarlo con la carga, pero el grande, sin recuperarse aún del ataque de risa, se inclinó para confesarle al oído que se había permitido fumar un "cigarrito" en su cuarto. Si a Castiglione no le molestaba el humo, estaba cordialmente invitado a departir. Je je je.

—Qué casualidad —respondió el profesor confesándole a su nuevo gran amigo que la noche anterior había hecho lo mismo y hace rato pensaba en repetir la experiencia con los sobrantes.

—Si alcanza para los dos, vamos a tu cuarto. Tú pones la diversión y yo el sustento —dijo refiriéndose a las papas—. Pero vamos ya porque me queman. Je je je.

Animosos, remontaron las escaleras el oso noruego y su compinche, el siciliano. Vaya pareja de amigos. Quién lo diría: era una de esas amistades incipientes que sin problemas podía durar toda la vida.

Sevri fue la estrella de la noche. Dejó las papas en el cuarto del profesor y se fue para reaparecer unos minutos después con unas bocinas

portátiles en una mano y seis latas de cerveza holandesa en la otra. En su opinión, la fama de la marihuana local relegaba injustamente la calidad de su cerveza. "Ya se ve que soy una autoridad en todo lo que se come, se bebe y se fuma", dijo acercando una lata a Castiglione y reservando otra para sí. Vaya que lo era. Mientras daba cuenta del primer cono de papas y de la primera cerveza, fueron desapareciendo sus reservas para mostrar a un hombre excepcionalmente fino, culto y ocurrente. Su padre, el tallador, era también dueño del único sello discográfico noruego dedicado por entero a la ópera, pasión que la madre había contagiado primero al marido y después a su hijo. "Aquí tengo mis pistas favoritas." Se ocupó en la pantalla de su teléfono por unos segundos, apagó la luz de la habitación, se paró frente a la cama que ocupaba Castiglione y, de cara al ventanal, exclamó solemne: "Antes que nada, *Fuck the police!*", para después dedicar una seña obscena a la cámara de seguridad que, atenta a la escena, apuntaba fijamente a la habitación como un espectador en su butaca. Entonces se quitó el sombrero, lo arrojó sobre una cama, separó las piernas a la altura de los hombros, extendió los brazos como si quisiera abarcar con un abrazo a toda la escena holandesa que se tendía frente a él y, acompañado de una pista excelente, comenzó a cantar la barcarola de Offenbach con una tesitura de contratenor que por momentos daba la impresión de ser una voz netamente femenina, una *mezzo* muy a la Elina Garanca. *Belle nuit / Oh nuit d' amour*. El volumen que lograba Sevri era digno de su corpulencia, pero lo más sorprendente era ver el contraste entre el ser ingente y su voz de cuento.

Mas no sólo cantaba. Actuaba lo cantado con un desparpajo y un arrobo que en un tris le anegó los ojos al profesor. El embrujo de la voz se adosaba al lento avance de los barcos que a esa hora todavía recorrían el canal. A los dos minutos y medio, Sevri ya apoyaba una rodilla en el piso preparándose para la salida de la escena. Era un enamorado de dos metros con cinco y doscientos kilos entonando uno de los pasajes más sutiles con la mirada perdida en el cielo; su voz tenía la cristalina transparencia que somete al entramado de emociones que llamamos corazón. Terminado el canto, Sevri permaneció con la rodilla en el piso, las manos pegadas al pecho y los ojos cerrados. Castiglione aplaudió de pie sinceramente conmovido, sumando sus "bravo" a los que algunos espontáneos dedicaban desde abajo. En su momento, Sevri se incorporó con liviandad, asomó su enorme cabeza por la ventana y agradeció la espontánea ovación proveniente de la calle. Luego giró sobre sus talones, agradeció a Castiglione con media reverencia y dijo ufano:

—Así se conquista a una francesa arrogante como la hermana de Marion.

Ni sudaba ni le faltaba el aire.

Cantó dos arias más, la primera de Lensky en *Oneguin*, y el *Vesti La Giubba*, de Leoncavallo, en honor a su amigo italiano. Castiglione bebía la segunda cerveza y el cantante exigió el Masar prometido, justa recompensa por tamaña exhibición operística.

Sentado en el piso con la espalda recargada en la tercera cama, Sevri dio un par de caladas largas a la pipa del profesor. La media hora de silencio que compartieron a partir de entonces fue inquietante para ambos. En el caso de Castiglione, los efectos iniciales eran desconcertantes sin la red de seguridad que los analgésicos tendieran para él la noche anterior. Era tal su pericia para encauzar las veleidades de los opioides, que su falta en esta ocasión le representaba una pérdida de control incipiente. La agradable convivencia que empezara una hora antes se enturbiaba artificial, pero inequívocamente, conforme los efectos se iban acentuando. La idea de compartir el cuarto con un gigante estrafalario y casi desconocido afloró en toda su insensatez. Si el hombretón lo decidía, podía quebrarle el cuello como quien rompe un palito de pan. La escena le recordó las primeras andanzas de Ishmael y el arponero Queequeg en *Moby Dick*. Los paralelismos entre aquella posada de New Bedford y el Van Gelder era absurdos, pero Castiglione y su miedo lograron llenarlos de sentido. El temor a sí mismo, difícilmente asequible o comunicable, hallaba cauce en el miedo al inofensivo pero amenazante Sevri. Éste, por su parte, procuraba imprimir regularidad a su respiración para controlar el ascenso sin pensar ni lo mínimo en el profesor. La hermana de Marion le agitaba el alma desde aquella mañana en el restaurante, por lo que el noruego alternaba entre apologías y reclamos imaginarios para lidiar con la soledad que el recuerdo le endilgaba. Compartía con el profesor, pero su soledad seguía intacta. En fin, que Sevri era uno de esos hombres que ya no sabían estar realmente acompañados. Pasados veinte minutos, el miedo de uno y el desamor del otro por la amante fueron buscando la manera de tender puentes, igual que hacen los niños en los primeros encuentros al transformar las reservas por medio del juego. El tiempo, cada vez más lento y notoriamente acompasado, los distrajo de sus respectivas obsesiones depositándolos en una suerte de territorio extraño, sí, pero común a ambos.

La segunda media hora de la experiencia partió de una pregunta espontánea del tallador-ilustrador, quien rompió el silencio sacando a

Castiglione de un estupor más bien indefinido.

—¿Has notado que somos los únicos huéspedes del hotel?

—Además de Marion, supongo —contestó redundante Castiglione.

—Sí, claro, además de Marion.

—No he tenido mucho tiempo para fijarme, pero ahora que lo mencionas, tampoco he visto a ningún otro empleado aparte de la recepcionista.

—Será la manía de ahorrar que tienen los hoteles baratos.

—Pues tiene pinta de serlo, pero la verdad es que no tengo idea de cuánto cueste, porque mi estancia ya está pagada, según me dijeron.

—¿También la tuya? Pregunto porque Marion me comentó algo parecido hoy por la mañana.

—Incluyendo el desayuno según dijo la del mechón azul.

—Es muy guapa —agregó Sevri desviando sin querer la conversación, mas no tardó en enmendar—. Lo mismo me dijo a mí.

—Qué curioso. Yo pensé que la cortesía de mi empleadora era excepcional, pero veo que más bien es la regla por estos rumbos.

Sevri meditó en silencio unos momentos al tiempo que mesaba ausente su barba escasamente poblada.

—Y si pregunto sobre el motivo de tu visita apuesto a que me responderás que te han pedido ser discreto y que no sería prudente hablar de ello en este momento.

—Palabras más o palabras menos —respondió Castiglione dándose tiempo para pensar. Los señalamientos del tallador lo habían intrigado lo suficiente como para olvidar la desconfianza espontánea de unos minutos antes—. Y tú, Sevri: ¿A qué vienes?

—Palabras más o palabras menos… No estoy tan seguro. Venirme a encontrar con Marion en esta pocilga ya era tan improbable como encontrarle alma a un conservador americano.

La evasiva cumplió su cometido. Sin ánimo de adentrarse en el tema, Castiglione optó por lo seguro y distrajo al suspicaz de sus embrollos, recordándole el inevitable enfriamiento de los dos conos de papas restantes que descansaban reclinados contra la cafetera de goteo, cerca de una jarra pequeña y de dos tazas de plástico muy probablemente desechables, parecidas a las que ofrecen en los vuelos comerciales. El garlito funcionó de maravilla. Sevri dio cuenta del tercer cono y, por pudor, dejó el cuarto para más tarde, alegando que esas papas no perdían gran cosa a temperatura ambiente. Tomó entonces una manzana de la canasta que le habían enviado a Castiglione y dio cuenta de la mitad con un mordisco. La manzana parecía ciruela al ser sujetada por aquella

mano. Pasó el bocado trabajosamente y, luego de limpiarse la frente y la boca con el pañuelo de la mañana, continuó:

—Y si te pregunto por una tal Ohaguro, apuesto a que pondrás cara de sorpresa para después inventar una buena evasiva, tipo la de las papas.

—O también puedo proponerte que terminemos lo poco que queda del Masar.

—Es una joya. Ni hablar. Tu segunda victoria en una sola noche —contestó Sevri, acabando con el aire especulativo de la escena—. Je je je.

Hora y media más tarde, cuando el último cono de papas reposaba junto a los otros en el basurero y la canasta de frutas estaba vacía, Sevri terminó la quinta cerveza, destapó la última para el profesor, y prometió contar en otra ocasión las partes más sabrosas de su historia con la hermana de Marion. "Son las mujeres más difíciles de Francia", remató poniéndose de pie. "También las más divertidas, hay que aceptarlo." Se inclinó lo necesario para abrazar al profesor mientras éste se ponía de puntas igual que lo había hecho Marion para corresponder al abrazo del grande por la mañana. "Descansa", dijo antes de cerrar la puerta y dirigirse al piso superior por las escaleras solitarias.

*

Soñaba con construirse una casa en el árbol más viejo del jardín de sus padres, cuando el dolor lo obligó a despertar antes del amanecer. En mala hora le asaltaba esa migraña. Sería larga. Lo sabía porque el epicentro del dolor se encontraba por encima de la cuenca del ojo izquierdo, al borde de la ceja, y en esos casos la dolencia era difícil de vencer, aunque no muy aguda y duradera. Tal vez fuera la cerveza en inusual combinación con el hachís, o la mayonesa barata de la cena que le compartiera Sevri. Igual daba. El caso era que contra esta variedad del dolor de cabeza que lo sorprendía durmiendo no valían los opioides ligeros, sino que la mejor y más segura apuesta era la sencilla: tres combinados de aspirina con cafeína más 250 mg de paracetamol. En cinco o seis horas, completar el tratamiento con 250 mg de clonixinato de lisina o con una tableta sublingual con 30 mg de ketorolaco. Todo eso estaba muy bien, pero la clave era el registro puntual. Buscó su libreta en los bolsillos del saco que usara el día anterior para escribir a lápiz los detalles episodio: fecha, hora, localización del dolor, intensidad, prognosis, hora de las tomas proyectadas y resultados. Cerró la libreta y fue a vérselas con su bolsa de medicamentos, la que tantos problemas le

causaba en los controles migratorios de sus viajes. Tuvo la precaución de anteceder el coctel con un antiácido específico pues, de no hacerlo, la tortura de la cefalea podía transformarse en una tortura gástrica. Y no. Eso no.

La vida del maestro Castiglione tenía muchos días que comenzaban así o que se veían interrumpidos por alguna de las diez variantes que detectara con los años a partir del agravamiento de su mal. Algo más de veinte habían transcurrido desde aquel Año Nuevo desdichado en que oyó la voz de Martina por última vez, y la verdad era que su denodado esfuerzo estadístico no era en vano. Sabía abatir o controlar casi cualquier dolor de cabeza con base en ocho principios activos y sus combinaciones. En su caso, no era exagerado decir que la automedicación había alcanzado la categoría de arte, pues existían otras variables no farmacológicas que Castiglione barajaba para redondear los diagnósticos y el tratamiento: el tipo de actividad intelectual a realizar, por ejemplo. Si se avecinaba una clase o conferencia, mucho mejor el tratamiento ortodoxo como el descrito en el párrafo anterior, aderezado en caso de intensidad muy alta con un cuartito de miligramo de lorazepam para relajar la tensión. Si la intensidad o duración exigían medidas más severas, el o los opioides se afinaban con un comprimido de 10 mg de metilfenidato para mantener la profundidad, la hondura y la concentración. Nada de somnolencias extrañas o delirios encubiertos con sus combinados.

En efecto, Castiglione era un hombre gobernado por sus remedios en la misma medida y proporción en que otros son dominados por las drogas duras (legales e ilegales) como el alcohol. La gran diferencia estaba en que el sometimiento del profesor no tenía como consecuencia la replicación del dolor propio en los demás. La analgesia fungía como una centrípeta que derivaba en y sólo en Castiglione. Acentuaba su soledad, pero también le iba conformado un natural sereno, en plena consonancia con su vida de libros y libros y libros. Porque los libros seguían serenándolo como lo habían serenado desde muy niño. Dado que los libros son la parte del mundo que vale la pena contar a los demás, Castiglione se había propuesto enseñarlos y aprenderlos como nadie. Sin amores, él, hombre inteligente, había sabido hallar consuelo en la enseñanza. Si podía enseñar cosas tan bellas como los libros, su ser en el mundo era correcto. El indicado. De ahí la serenidad de quienes tienen un propósito claro; hasta el amor les llega a ser innecesario. Es su condena y es su prebenda. El universo de la analgesia, decía, lo llevaba a su centro y el centro era armónico en general. El hombre había logrado

armar el rompecabezas de sí mismo. De algún modo, las últimas dos noches en Ámsterdam habían ajustado las piezas porque a nada que el profesor conociera bien se parecían. Igual que Sevri. O Marion, a su manera.

Logró volver a dormir hasta cerca de las siete. Al levantarse hizo ejercicios respiratorios y corroboró que la migraña había cedido a un nivel muy tolerable. El día pintaba bien. Se bañó, se vistió y media hora más tarde se encaminó al desayuno de buen humor, pero pensativo. Las preguntas de Sevri le habían revoloteado por la cabeza buena parte de la noche. En efecto, el hotel parecía desierto a no ser por los personajes que hallara en el restaurante la mañana anterior. Por lo común, este tipo de hoteles solían estar abarrotados en las grandes ciudades europeas, pero entre eso y juzgar la baja ocupación como una anomalía había un abismo.

Al llegar al restaurante se encontró con un panorama semejante al de la mañana anterior. La única mesa lista era la redonda, con cuatro lugares dispuestos. Sin embargo, a diferencia de la primera mañana, un hombre esperaba ya con el café humeante y el pan mordisqueado. Qué manía tenían los del Van Gelder con la mesa única a las siete treinta de la mañana. La supuesta inspección sanitaria de rutina no debía haber adelantado gran cosa. ¿En qué beneficiaba a las autoridades tener las mesas ociosas o buena parte de las sillas acomodadas en un rincón? La pregunta murió sin respuesta, igual que la mayoría de las que nos formulamos.

El hombre del pan se ocupaba de sí mismo. Debía ser japonés o coreano por la suavidad de los rasgos. Era bastante más joven que Castiglione, veinte años al menos, pero nunca se sabe en el caso de los orientales. Lucía atildado y era bastante más guapo que el común de los hombres. Nada en él parecía fuera de lugar, pero Castiglione no estaba de humor para compartir mesa otra vez con extraños. Aprovechando que nadie le daba la bienvenida y que el hombre ni siquiera lo miraba, el profesor se volvió para dirigirse a las escaleras con la intención de desayunar fuera. Pero no pasó de la intención, pues en ese momento la alta del mechón salió de la cocina cargando la canastita de pan con bollería miscelánea. Le dio los buenos días, dejó la cesta frente al oriental y retiró la silla aledaña al comensal para indicar a Castiglione en dónde sentarse. El profesor negó con la cabeza y se volvía para dirigirse a la calle cuando la voz melosa de Marion le dio los buenos días antes de plantarle los consabidos besos en cada mejilla. Estaba excesivamente arreglada para la hora del día y la verdad es que lucía muy bien con el

nuevo estilo. Las luces en el cabello la hacían parecer más joven y el vestido rojo, ceñido en el talle por un cinturón a juego, destacaba una silueta delgaducha, sí, pero atractiva en una mujer de su edad.

—Damiano, Damiano, Damiano. Haces que el día se ilumine por segunda vez. Nos han ganado la mesa principal, según veo, y en este lugar eso equivale a tener un lleno absoluto —comentó la cáustica Marion saludando con un rápido movimiento de los dedos al comensal solitario de la mesa redonda, quien volteaba a la entrada por primera vez desde la llegada de Castiglione. Devolvió el saludo casual y se puso de pie como si estuviera listo para presentarse formalmente. Con el brazo izquierdo señaló los asientos libres en la mesa ofreciéndolos a Marion y al profesor.

—Siéntense, por favor —dijo al fin el cortés oriental—. No hay por qué esperar si cabemos todos —remató sonriente con un inglés perfecto en el que Castiglione distinguió un toque de velada galantería dirigida a Marion quien, notando el detalle, se mostró halagada y aceptó la invitación sin consultar al profesor. A Castiglione no le quedó otra que aceptar por extensión. Los planes para el desayuno libre quedaban cancelados.

—Soy Daichi Fujiwara —se presentó el apuesto de la mesa redonda —, nacido en Kioto, criado en Kioto y malcriado luego en un exilio holandés autoimpuesto.

—Un apellido antiguo y notorio —aventuró el profesor dándose a notar.

—Antiguo y notorio, sí, pero tan común en nuestros días que ya no garantiza lustre ni distinción —acotó el educado japonés.

—Damiano Castiglione, nacido en Catania, criado en Catania y malcriado todavía en Catania por una falta de audacia que no habla bien de mí —improvisó el profesor antes de presentar a Marion como "la francesa más bella de la Universidad de Lille Nord-de-France", poseedora de un apellido tan célebre como el del japonés.

—Imposible comparar, señor Castiglione. El apellido de la señora ha resistido los vientos democráticos mucho mejor que el mío —repuso Fujiwara al escuchar que la distinguida dama del vestido rojo era una La Rochefoucauld—. Pero siéntense, por favor. Si se llega a aparecer de nuevo la mesera, verán que el café es muchísimo mejor de lo que cabría esperarse.

—Por lo que veo, el hotelito no habría sido la primera opción de ninguno, pero aquí nos tiene. Nuestra exigencia es más bien nominal. ¿A qué se dedica usted? —preguntó Marion intrigada por los modales

del nuevo compañero de mesa.

—Soy un diletante ambicioso, Marion, Damiano. ¡Café para los señores! —interrumpió de pronto Daichi al ver que la mesera asomaba por la puerta de la cocina. La autoridad que imprimió a la orden contrastaba con el natural afable y refinado que dedicaba a sus compañeros de mesa—. Mi oficio lo exige. Simplificando, diría que coordino investigaciones para conocedores excepcionales. Imagínense el abanico de posibilidades que eso implica.

—Ay, señor Fujiwara: menos mal que tengo la edad que tengo, porque con treinta años menos hubiera quedado prendada de esa presentación suya tan calculadamente enigmática. En las investigaciones aludidas caben desde el tráfico de órganos hasta la búsqueda del Grial, así que si desea tener algún éxito conmigo ha de contarnos algo más concreto, más jugoso —repuso Marion con un dejo de impaciencia venido del café que no llegaba.

Medio desconcertado, el japonés se disponía a abundar, pero las palabras se le atoraron en el cuello al ver que se acercaba a la mesa un hombre mucho más grande que el mismísimo Taihō Kōki. Por supuesto que se trataba de Sevri, quien pasadas las presentaciones de rigor se quitó el sombrero, buscó en los alrededores la silla sin descansabrazos del día anterior y, contento de encontrarla muy a la mano, la levantó como quien toma una servilleta de papel para colocarla junto al cuarto comensal de la mesa redonda.

—Veo que hoy sí estamos completos —declaró en cuanto estuvo instalado—. Y por favor, sigan en lo que estaban. No quiero interrumpir.

—Sevri, ángel mío, ya te dije una vez que tú no llegas, irrumpes, aun cuando quieres ser discreto como dices. El pobre señor Fujiwara sigue mudo por la impresión y hace dos minutos no paraba de hablar. Esperemos a que le vuelva el alma al cuerpo y siga hablándonos de sus misterios.

—No, no —enmendó el japonés sin saber interpretar los retruécanos de Marion—. La señora se refiere a los asuntos de mis clientes, no a los propios, aunque sí, es cierto que a veces termino confundiendo las pasiones de otros con las mías. Es la única forma de avanzar en algunos casos.

—¿Y qué lo trae por aquí, señor Fujiwara? Supongo que se tratará de algún asunto que exige discreción —preguntó Sevri con tono cansino.

—La misma que se les exigió a ustedes tres. De eso puede estar seguro, señor Rudi.

La franqueza inesperada de Daichi cambió el tono de la reunión. Castiglione dejó de pensar en la evolución de su benigna migraña; Marion se olvidó de la apostura del japonés y Sevri se dispuso a escuchar con interés renovado, acomodándose en esa silla que ponía nervioso a los otros tres con sus quejidos recurrentes. Entonces salió de la cocina la mesera-recepcionista seguida por una mujer de baja estatura que daba órdenes inaudibles al oído de la primera. La del mechón azul, muy seria y reconcentrada, asentía con la jarra de café en una mano y un platito con edulcorantes de todo tipo en la otra. Dejó el platito al alcance de los cuatro ocupantes de la mesa, sirvió el café a los tres que no lo tenían aún y volvió a la cocina sin pérdida de tiempo.

—El café no era perfecto. Por eso la tardanza. Una disculpa —dijo sonriente la mujer de los dientes negros.

Sevri, Castiglione y Marion se pusieron de pie para saludarla mientras Daichi elegía una silla entre las que estaban arrumbadas a un costado. Eligió una con la tapicería impecable y la acercó a la mesa para la recién llegada. Era Ohaguro.

*

El primer correo electrónico de Ohaguro llegó a la bandeja de entrada del profesor unos dos años antes. La firmante se presentaba como una dama nacida en Kioto y dedicada a la literatura japonesa antigua. Se especializaba en el periodo Heian y le escribía al profesor en su calidad de experto de renombre internacional en el tema que a ella más le interesaba: el Genji. Desde que Castiglione había presentado el primer tomo de su traducción profusamente anotada de *La novela de Genji*, este tipo de correos se había multiplicado.

Tanto los estudiosos del tema como los lectores entusiastas solían contactar a Castiglione para hacerle llegar comentarios de todo tipo sobre su versión, la más ambiciosa emprendida en una lengua romance por tener su origen en tres fuentes complementarias: la primera era el trabajo de Ikeda Kikan, quien revisó y clasificó cerca de 300 manuscritos y fragmentos antiguos para ordenarlos en tres categorías importantísimas para la traducción y análisis del profesor: los basados en la edición de Minamoto no Chikayuki (realizada entre 1236 y 1255, conocidos como *Kawachibon*); los que tienen su origen en la edición del poeta y erudito Fujiwara no Teika (también del siglo XIII, considerada la más cercana al supuesto original y conocida como edición *Aobyōshibon*) y los

manuscritos conocidos como Beppon, en que se clasifican fragmentos a veces más antiguos que las versiones ya mencionadas pero incompletos, u otros que no tienen relación con el trabajo de los dos eruditos del siglo XIII. Un universo de contradicciones y misterios se encontró Castiglione en el colosal trabajo del erudito Kikan. Para acceder a dicho universo había estudiado japonés hiragana bajo la guía a distancia de un grupo académico basado en la Universidad Femenina de Konan. La segunda gran fuente de la que abrevó Castiglione fueron las versiones en japonés moderno de la legendaria poeta Yosano Akiko y del novelista Jun'ichirō Tanizaki. La tercera, por supuesto, fue el análisis microscópico de la traducción al inglés en seis tomos de Arthur Waley, punto de referencia obligado para cualquier estudioso serio del Genji. El nivel de detalle al que había llegado Castiglione investigando estas tres fuentes, convertía al primer tomo de su versión italiana en uno de los más completos, en cualquier lengua. Ahora bien, entre las muchas virtudes que los estudiosos y los lectores atribuían a la traducción del profesor, destacaba la sublime interpretación y traducción de los poemas waka de 31 sílabas. En este campo, su pericia había superado a todos sus antecesores. Los entresijos de cada poema eran analizados en notas al pie que incluían una versión casi directa que no tomaba en cuenta el metro y otra en italiano también, mucho más libre pero con las 31 sílabas reglamentarias. Castiglione había provocado, según sus críticos, un renacimiento de la exégesis poética del Genji.

Y era esta vertiente poética que había dejado al mundo académico patidifuso la que más interesaba a la mujer del correo electrónico. Por azares diversos, y gracias a media vida de investigación, ella disponía de versiones alternas a las que el profesor había documentado, analizado y traducido. Sospechaba que muchas de ellas pertenecían a manuscritos y fragmentos Beppon, es decir, los independientes de las dos ediciones eruditas del siglo XIII, pero le faltaban elementos de juicio para corroborar sus dudas. ¿Estaría dispuesto el profesor a darle una opinión enterada y todo lo extensa que el caso requiriera de los poemas que la remitente tenía en su poder? Ella le enviaría sus versiones a un ritmo lógico que no interfiriera demasiado con la cotidianidad del maestro y, a cambio de su opinión experta, estaba dispuesta a remunerar una cantidad mensual acorde a las complejidades del caso. La suma propuesta era generosa y los términos parecían sensatos. Además, como ya se ha dicho, el correo incluía una fotografía de la mujer sonriente con la dentadura ennegrecida y un perfecto poema waka que no dejó indiferente al profesor. Conmovía. De este modo, Ohaguro entró en la

vida de Damiano Castiglione. Con el paso del tiempo, los intercambios epistolares fueron conformando un tratado de dimensiones considerables que se adentraba en la exégesis a una hondura excepcional.

Llegado a cierto punto del intercambio, Ohaguro, para entonces muy cercana al profesor a pesar de no haberse visto nunca, le propuso un encuentro en Ámsterdam que Castiglione aceptó sin dudar. La intención era adentrarse en cuestiones de difícil trato por vía epistolar y tener el gusto de conocerse personalmente. Sobraba decir que ella se haría cargo de los gastos si el profesor aceptaba hospedarse en un hotelito que ella conocía bien. Es más: le sugería llegar tres o cuatro días antes de lo pactado para que se sintiera a sus anchas en la ciudad. "A nadie le caen mal unos días de descanso en nuestra Ámsterdam agobiadísima, profesor", le había intimado Ohaguro. "Sólo le pido discreción respecto de los motivos del viaje si es que alguien llega a preguntar. Ya le explicaré mis razones." Aceptado.

*

La llegada de Ohaguro al restaurante del Van Gelder tomó a los cuatro por sorpresa. Antes de sentarse en la silla que le había dispuesto Daichi, saludó con entusiasmo a cada uno de los reunidos, llamándolos por su nombre de pila y dedicándoles un prolongado y sincero abrazo. Quedaba en claro que la relación individual, fuere la que fuere, era estrecha, principalmente en el caso de Marion y de Sevri, a quienes la mujer de los dientes negros dirigió varias preguntas de corte personal que fueron respondidas en voz baja, como si trataran de evitar que alguno de los otros escuchara, más por deferencia que por genuina secrecía. Siendo el último de los cuatro en recibir el abrazo entusiasmado, Castiglione tuvo tiempo de observar las pequeñas diferencias en la reacción de los involucrados. La extrema atención con que Daichi seguía cada detalle de los intercambios, la inusual fijeza de su mirada, hizo pensar a Castiglione que el hombre se esforzaba por retener los detalles idiomáticos para valorarlos después, a sus anchas. Llegado su turno, el japonés antecedió el abrazo a la occidental con una ligera reverencia que pareció agradar a la recién llegada.

Toda sonrisas, Ohaguro deslumbraba al instante con su belleza de mujer madura enfundada en un elegante kimono negro de corte moderno que le llegaba a la rodilla. El cabello, cuidadosamente recogido alrededor de ese rostro casi redondo, y los dientes negros, eran la

expresión perfecta de esa obsesión del japón antiguo por el contraste rotundo del negro sobre el blanco. Los ojos, los dientes y el peinado sentaban reales en ese rostro empolvado a la perfección. Un pequeño tocado de flores silvestres adornaba el lado derecho de la cabeza, mientras que del izquierdo caían unos flequillos dorados que equilibraban una belleza atípica pero innegable, venida de otras latitudes, de otros tiempos. Sin embargo, como ya hemos dicho en alguna parte de este relato, la negrura de los dientes era el indiscutible centro de gravedad de ese rostro. Desde la primera imagen que Ohaguro había adjuntado en su correo de presentación, la negrura enmarcada por los labios finamente delineados en rojo hacía que el occidental tendiera a evocar no los dientes renegridos que en realidad vivían en la sonrisa, sino la boca desdentada de un anciano. El efecto visual era extremo en los primeros momentos, pues la boca vacía en rostros adultos, pero no decrépitos, llevaba a pensar en lo monstruoso. Luego de algunos minutos, la belleza general de Ohaguro comenzaba a imponerse a la anomalía. Los labios encarnados, el rostro y el cuello blanquísimos de polvos y los dientes negros empezaban a resaltar las facciones armónicas. Los elementos independientes se sumaban para dar una suerte de nueva naturaleza a la cara de esa mujer provocadora y recatada a un tiempo. Además, el improbable pero innegable toque de recato llevaba aparejada una pizca de coquetería intrínsecamente femenina que, bien analizada, no lograba sobrevivir sin la sonrisa negra. El foco de suspicacias, la fuente de las reservas, se tornaba de pronto en el centro mismo de una cara excepcionalmente atractiva por atrevimiento, por la imposición de un sello distintivo que terminaba convenciendo de su natural apostura por medios poco ortodoxos. Ohaguro, mujer de edad indefinida (cincuenta, cincuenta y cinco años, quizás) mantenía el atractivo y la jovialidad de una muchacha sin sacrificar el temple de la mujer madura. De este modo, el recato, el temple y la jovialidad integraban una estampa de difícil clasificación, pero válida, convincente. Mirándola bien, uno estaba seguro de algo, completamente seguro sin saber de qué. Porque algo en esa mujer inspiraba confianza sin hacerla confiable. Su belleza era un cepo para cualquiera, pero nadie lo intentaría jamás. Gustaba, mas no como gusta un hombre de la mujer o la mujer del hombre. Gustaba como gusta un paisaje único a cualquiera de los sexos. Como la comida o la bebida en el momento oportuno. Y todo irradiando, o casi, de los dientes. Porque los dientes, sí, una vez más, eran el centro. Sin ellos, nada de lo antes dicho aplicaría. De ahí el justo apelativo, el nombre perfecto para la dama: Ohaguro. Qué palabra.

*

La dama removió el café comentando medio ausente las varias razones por las que había decidido prescindir definitivamente del té verde. Sacó la cucharilla de la taza, la limpió con una servilleta y la devolvió a la mesera, que permanecía a sus espaldas atenta a cualquier necesidad. Ésta la envolvió en una seda negra que tenía guardada en el mandil y luego se marchó del comedor por donde había llegado.

—Espero que mi sobrina los haya atendido como merecen. Es una muchacha excepcional. Hace poco puse el hotelito éste en sus manos y las cosas funcionan, no todo lo bien que una desearía, pero funcionan. Nuestra clientela común no es muy exigente y me preocupa que por ligereza o desparpajo pudieran ustedes, mis invitados, padecer su inexperiencia —comenzó Ohaguro antes de hacer una pausa que ninguno de los presentes aprovechó para intervenir. Luego de dar un trago pequeñísimo a su café, retomó el discurso en un tono menos formal—. Me sienta muy bien verlos aquí juntos. Fue precisamente mi sobrina quien sugirió servirles el desayuno en esta mesa única y parece que tuvo razón. El cuento de la inspección sanitaria les permitió conocerse sin recelos, con una naturalidad difícil de lograr por otros medios. Claro, claro: Marion y Sevri tienen una historia en común.

—Mi hermana es la historia en común. Yo soy prácticamente una tabla rasa —acotó Marion pensando secretamente en evitarle una confusión al nada desagradable Daichi.

—El chiste se cuenta solo —intervino Sevri, aludiendo a la delgadez de Marion sin que ésta ni Ohaguro se dieran por enteradas.

—Pueden pensar lo que quieran, pero una presentación formal conmigo de por medio hubiera acabado con las ventajas de descubrirse afines paso a paso, sin distractores más allá de la ciudad misma, nuestro escenario. Marion, Sevri, Damiano, Daichi…

—Un congreso de marginales; qué razón tenía yo —interrumpió la francesa mirando alternativamente a Castiglione y a Sevri, mientras Daichi sonreía visiblemente divertido por el comentario.

—Marion, Sevri, Damiano, Daichi —recomenzó Ohaguro obviando esta vez el comentario de Marion—: hace alrededor de dos años comenzó una relación epistolar con cada uno de ustedes. Hoy creo poder afirmar, sin temer equivocarme, que la amistad genuina ha crecido enredándose en los temas profesionales. Imposible seguir adelante con mi proyecto sin conocerlos personalmente. Más

importante todavía, imposible avanzar sin que se conozcan. Lo que saben y me han enseñado da para rumiarlo varias vidas, pero es momento de que lo individual obre al fin en conjunto. Hoy, después de algunos años de trabajo, tenemos un objetivo común del que hablaremos a partir de mañana en nuestras reuniones. Su aportación es indispensable e irremplazable. Nadie en el mundo sabe más que ustedes cuatro del tema que nos interesa. Todos, cada cual a nuestra manera, hemos dedicado la vida al Genji, y el trabajo de todos estos años está a punto de rendir frutos. Me emociona hasta las lágrimas —declaró Ohaguro antes de que la voz se le quebrara. Tras una breve pausa, la dama de la negrura jovial se sosegó sin que ninguno de los demás se atreviera a intervenir—. Me disculpo por mi rudeza. Hay cosas que no se pueden impedir. Ya hablaremos en concreto. Por ahora, basta con decir que verlos juntos es un acontecimiento mayúsculo, irrepetible y feliz, redomadamente feliz para quienes amamos al Genji. Disponemos del hotel para nosotros solos, así que podemos estar tranquilos. Mañana por la mañana, a eso de las diez si les parece, nos reuniremos en mi casa del último piso. Tiene una vista espectacular. Trescientos sesenta grados de panorámica holandesa para abrir boca. Ya lo verán. Y ahora los dejo en paz para que disfruten de su día como mejor les convenga, amigos. Amigos queridos —agregó Ohaguro al ponerse de pie para salir por donde había llegado. El aroma que dejaba a su paso era delicioso.

La inesperada aparición de Ohaguro modificó el ánimo de los comensales de la mesa redonda. En unos minutos, la anfitriona había revelado mucho sin decir apenas nada, lo que terminó dejando confundido al cuarteto que recién se conocía. Tras su partida, la mesa quedó en silencio durante unos minutos. Lo dicho implicaba a los cuatro en un supuesto asunto del que nada sabían concretamente, a no ser por el común denominador del Genji. En lo individual, cada uno conocía la naturaleza de su relación con Ohaguro pero, al ignorar casi todo sobre el vínculo de la mujer con los demás, nadie se atrevía a mostrar sus cartas antes que el resto. Para romper el incómodo silencio que se había adueñado de la sobremesa, el japonés apostó a que el magnífico café con que los obsequiara su paisana era un Blue Mountain de altura jamaiquino, ni más ni menos, pero los otros tres pensaban en algo distinto o simplemente no estaban interesados en el tema. Así pues, pólvora mojada fue la intentona de Daichi por librarse de la inercia en que Ohaguro los había precipitado. Por su parte, Sevri manoseaba uno de los consabidos bollos integrales sin saber qué demonios pensar de una situación tan anómala, lo que no puede extrañar al tomar en cuenta que,

aparte del vínculo con la anfitriona, el noruego se enfrentaba a sus fantasmas personales encarnados en la figura de Marion. En situación semejante se hallaba la única mujer del grupo pero, siendo mucho más mundana que los demás, sabía evitar los vericuetos en que los hombres se enredaban por mera inseguridad y se sentía cómoda arropada en el silencio. A ella, la presencia impensada de Castiglione la había llevado a meditar las cosas tranquila durante la noche anterior, por lo que el vínculo entre la misteriosa, el erudito italiano, el gigante, el Genji y ella misma no le resultaba disparatado o abrumador. Algo muy distinto le representaba Daichi Fujiwara, pues al ser el último en presentarse a la escena durante la mañana, casi nada había revelado sobre sí a no ser por el apellido ilustre, tan ilustre en el contexto del Genji que inquietaba. A esto hay que agregar la apostura, que si no gusta lleva a la desconfianza natural y Daichi, siendo guapo, no terminó de gustar realmente a la catedrática de Lille. Ya tendría tiempo para desentrañarlo. Y lo mismo pensaba Castiglione, pero con una curiosidad mucho menos afilada que la de Marion y sin la vehemencia personal de Sevri. Para él, lo preocupante en ese momento era anotar las peculiaridades de esa migraña cansina, llevadera e invencible que lo asía de la mano como una esposa cruel, apegada, más o menos fiel y más o menos avenida. La libretita estaba en el cuarto y el profesor no se lo perdonaba.

En un momento dado, los comensales clavaron la vista en el mantel con ganas de estar en otra parte. Fue Daichi quien tomó al toro por los cuernos y se despidió primero sin mucha ceremonia. “Ya tendremos tiempo para conocernos mejor, señores. Es una pena que no pueda acompañarlos más”, dijo haciendo una reverencia casi imperceptible que Sevri aprovechó para secundarlo. Y luego Castiglione. Y luego Marion. El comedor quedó desierto en un instante, mas no vacío: el perfume de Ohaguro lo habitaba.

El Puente de los Tiempos

Una ligera tormenta nocturna sopla
Diciendo 'La caída es la esencia de una flor'
Que precede a los que dudan.

Con estos versos se despidió Mishima de la vida. Su poema de muerte, uno de los mejores entre los que nos ofrece la tradición a partir del siglo VII, fue compuesto poco antes de tomar por asalto la oficina del comandante del Campo Ichigaya, sede del Comando Oriental de las Fuerzas de Autodefensa de Japón, el 25 de noviembre de 1970. El ultranacionalista había planeado meticulosamente la irrupción desde un año antes. La servidumbre de facto en que cayera su país a raíz de la derrota en la Segunda Guerra Mundial, la dilución del poder imperial, de las tradiciones, el cúmulo de protestas de corte izquierdista que cimbraron Tokio durante la segunda mitad de la década de los sesenta, fueron algunos de los motivos que el genial literato aducía para justificar una medida tan extrema. Tenía que sacudir la conciencia del pueblo japonés a como diera lugar. Con esta idea había fundado su *Tatenokai* (sociedad del escudo), una milicia privada conformada principalmente por jóvenes radicales de la Universidad de Waseda y con otros que respondieron a anuncios desplegados en periódicos derechistas. De entre los militantes, unos cien en total, cuatro fueron elegidos para acompañar a su líder aquella mañana. El plan era sencillo: una vez sometido el comandante de la zona, se atrincherarían en la oficina. Entonces Mishima saldría al balcón para convencer a los soldados de dar un golpe de estado que restituyera el poder original del emperador y, con ello, la dignidad del pueblo japonés. Si la intentona fallaba, él y otro de sus acompañantes se realizarían el *seppuku*, es decir, se enterrarían en el vientre una espada ritual para después ser decapitados por uno de los tres compañeros supervivientes. Los planes marcharon conforme a lo anticipado hasta que, al emprender su arenga en el balcón, los soldados reunidos en el patio se burlaron del escritor negándose a apoyar su

iniciativa. Profundamente decepcionado, Mishima procedió al golpe de efecto enterrándose el filo y esperando a ser decapitado según el ritual. Pero el encargado de hacerlo era bisoño en el manejo de la espada: lo intentó tres veces sin lograrlo y fue otro de los asaltantes, Hiroyasu Koga, quien dio fin a la faena con un golpe rotundo. Los tres supervivientes fueron detenidos, juzgados y condenados a cuatro años de prisión por los delitos de lesiones, violencia y posesión de armas de fuego y espadas.

Mishima había dejado en orden sus asuntos personales. Unas horas antes había terminado de redactar la última entrega de su tetralogía novelesca: *El mar de la fertilidad*. El manuscrito estaba ya en camino a las manos del editor. Nada dejó al azar: incluso había destinado recursos financieros para solventar la defensa legal de sus compañeros de causa supervivientes. El "incidente Mishima", como se conoce al sangriento episodio de aquel otoño, cimbró al país sin lograr mucho más que eso. Unos meses antes de cumplir la sentencia original, los tres encarcelados fueron puestos en libertad por buena conducta.

Sólo el puñado de asaltantes entre la centena involucrada en la milicia conocía los planes de Mishima. El resto quedó tan sorprendido como el pueblo japonés en su conjunto, por no hablar del mundo que lo rodea, factor que llevó a la paulatina disolución del Tatenokai. O casi, pues en 1977 un grupo nacionalista tomó las instalaciones de la Federación Japonesa de Organizaciones Económicas con doce rehenes durante once horas para denunciar las actividades cuestionables de las grandes empresas. Los captores dialogaron con la esposa de Mishima, Yoko, y los rehenes fueron liberados al cabo indemnes. Aunque no lograron confirmarlo, los servicios secretos japoneses sospecharon que al menos dos de los extremistas pertenecían a la Sociedad del Escudo.

De los tres excarcelados muy poco se supo después de los hechos. Entre las habladurías alusivas al caso, se decía que Hiroyasu Koga, el decapitador eficiente, se había ocultado en un monasterio sintoísta ubicado en la isla de Shikoku tras adoptar un nombre falso, o que era el líder regional de una secta en Hokkaido. Nada se confirmó. Unos años después, el corresponsal en Japón de un periódico alemán escribió a sus empleadores sugiriendo que había descubierto a Koga haciéndose pasar por carnicero en la ciudad de Kumamoto, pero el dato no emocionó a los editores del diario por considerar el caso como una antigualla de interés muy limitado.

Desde el punto de vista legal, Koga no era un forajido, pues había saldado cuentas con la justicia cumpliendo su condena, pero el saldo del

incidente iba mucho más allá de la sentencia judicial. Lo sucedido encendió las alarmas de la Agencia de Inteligencia para la Seguridad Interior, dependiente del Ministerio de Justicia, encargada de vigilar a decenas de grupúsculos radicales menos notorios que el de Mishima, pero verdaderamente peligrosos para la estabilidad política de la nación. Además de la agencia, las organizaciones de izquierda, menos numerosas pero extremas y habituadas no sólo al acoso de las autoridades sino también al de los ultranacionalistas, se dieron a la tarea de seguirle la pista a Koga por considerarlo un foco de infección en el contexto de la lucha de clases. Ni el estado ni los izquierdistas tuvieron éxito en sus pesquisas. Las redes de colaboración tejidas por la Tatenokai (por Mishima en persona, para ser exactos) se anticiparon a la reacción de ambos grupos para encargarse de los tres conspiradores de aquella mañana trágica. En el caso de Koga, un discreto impresor del barrio de Harajuku recibió al recién excarcelado en las instalaciones de su taller, ocultándolo ahí durante unos meses. Nadie fuera de Mishima, su amigo el impresor y Koga tenían idea de los planes, por lo que no resultó difícil confundir a la familia, los amigos, las autoridades, otros miembros de la agrupación y demás interesados. Los recursos económicos para solventar las necesidades de Koga habían sido entregados en mano al impresor por Mishima en un café cercano a la estación de Harajuku y al taller en cuestión tres meses antes de los hechos. Con ello se garantizaba la puesta en marcha de la segunda parte del plan. Luego de cuatro meses de encierro entre papel, prensas y tinta, Koga pasó a ser Sasuke Goto, gracias a los finos documentos de identidad que el impresor se había encargado de elaborar. El ahora Goto salió del taller en una madrugada de julio cargando una maleta pequeña, un envoltorio rectangular bastante más grande y caminó discretamente las cuatro cuadras que mediaban entre el taller y la estación para abordar un vagón de clase estándar con dirección a la ciudad de Kioto. Siete horas después, bajó del tren en una mañana brumosa. Nunca había estado en Kioto y su primera impresión estuvo teñida de melancolía. Había dejado atrás una vida por ideales que cada vez le parecían más difusos estando lejos de los otros cófrades, del taller y, principalmente, de Mishima, su guía, su benefactor, su ídolo. El mejor escritor japonés del siglo y de quién sabe cuántos más ya no existía, y parte de la existencia de Goto se había marchado con él. La vida nueva se le representaba como un vacío a llenar cuanto antes. Y así lo hizo sacudiéndose la tristeza al cabo de unos días de recogimiento en un hotelito del centro. Nadie lo seguía.

No imaginó lo difícil que le resultaría prescindir de todos los

vínculos establecidos en su vida. Hasta los más nimios echaba en falta: su gusto por los pantalones de mezclilla, por ejemplo, era ahora un desliz de Koga que poco debería emocionar al recién nacido Goto; la manía de sonarse la nariz al despertar por la mañana fue suprimida de golpe, al igual que el uso de pañuelos blancos o la costumbre de rasurarse cada tercer día. El té verde que le ahumaba el desayuno dejó su sitio al café no tan caliente, de preferencia importado de muy lejos. Tardó meses en olvidar aquella tetera antigua que la familia le reservaba para algún día especial y aprendió en cambio a aquilatar la fea cafetera italiana en que apenas una taza podía alistarse. Se dejó crecer el cabello un tanto más de lo acostumbrado y paró de ser maniático con el recorte de las uñas a que se entregaba cada quince días desde que era niño. Nunca más bebió ni sake ni rones ni ninguna otra bebida destilada. Adoptó el vino de Yamanashi de mala gana, pero era mejor que nada para el nuevo Goto. Igual le sucedió con la barba, pues no llegaba a juntársele con el bigote en las zonas indicadas. Y qué. Si a Goto le convenía, importaba un bledo que a Koga le gustara. Se propuso subir de peso y en unos meses logró redondearse las facciones lo indispensable para dejar de parecerse tanto al otro, al de antes. Hizo cambios en la dieta, en el balanceo de los brazos al caminar, en el tipo de zapatos que compraba, en la forma de silbar las canciones que ahora le emocionaban y luego, haciendo un esfuerzo tremendo, procuró no volverse a mirar a las mujeres rollizas que antaño le enardecían y le tomó adrede el gusto a las flacas. Un buen día le dio por comprarse un tornamesa y discos de Cream, de Buddy Miles, de un grupacho llamado Ohio Express, el excelente Sargent Pepper's y el sabrosísimo *Frampton Comes Alive!*, ocurrencias occidentales que unos años antes ni siquiera habría volteado a mirar. Se propuso desayunar antes de las siete, comer a la una y cenar a las seis. Adoptó la costumbre de sestear veinte minutos después de la comida y procuró dejar de leer al mediodía, según acostumbraba el extinto Koga.

Fue inclemente consigo mismo en casi todo lo mencionado y poco a poco se fue adaptando a la nueva piel, a no ser por un acceso de debilidad que le secuestró la voluntad al pasar frente a la vidriera de una librería cualquiera del barrio de Gion: *El mar de la fertilidad* le salió al paso con sus cuatro novelas y ochocientas veinticuatro páginas en un solo tomo. Lo vio de reojo y siguió andando, convenciéndose de que podría seguir maniatando el recuerdo del venerado, del divino Mishima, pero no. A la media cuadra se inventó un motivo para rehacer sus pasos y estuvo a punto de entrar a la librería. Tenía la mano derecha metida en

el bolsillo de su pantalón y apretaba nervioso los billetes capaces de pagar sobradamente por el volumen. Indeciso en el umbral del establecimiento, notó que se le perlaba la frente. Siendo uno de esos hombres que apenas perspira, Goto supo que algo más fuerte que él se despertaba. De la nada le entraron ganas de llorar y se alejó cruzando la calle en busca de un parque solitario que estaba cerca de la librería. Ahí se sentó en una banca y lloró lo que no había llorado desde el día en que recobrara la libertad tras el incidente. No lloraba por Mishima, sino por el muerto que cargaba dentro y que a veces extrañaba. Koga traicionaba a Goto y ese día no pudo hacer nada para evitarlo. Recompuesto luego de una hora en el parque, Goto volvió a la librería, tomó un ejemplar del *Mar…* y pagó al dueño con el dinero arrugadísimo y húmedo por los aprietos. Al salir miró a la derecha y a la izquierda para luego echar a andar con el libro bajo el brazo y la mirada clavada en la acera. Pensaba en el desliz y trataba de justificarlo, igual que había hecho para conservar una réplica de la espada con que había rematado a Mishima, forjada por el mismo herrero que hiciera la original. Era un regalo que otros cercanos a Mishima le dejaron en casa de sus padres unos días antes de ser liberado. El impresor había mandado a recogerla. La conservaba en su estuche, envuelta en un par de sábanas azules, al fondo de un armario que dedicaba a guardar los blancos. Muy rara vez, siempre después de la medianoche, la sacaba para practicar los ejercicios rituales que le enseñara un entendido a él y a otros a las faldas del monte Fuji. Algo parecido hizo con la última obra de Mishima. Guardada junto al envoltorio que contenía el estuche y la espada, cada dos o tres semanas se daba la oportunidad de leer entre diez y quince páginas con tal de que no se le acabara. Fuera de estas excepciones a las reglas generales de su nueva existencia, ninguna otra se permitió. Así cobró vida Sasuke Goto, mientras Hiroyasu Koga fue muriéndose en el armario, entre ropa de cama y toallas.

Cuatro meses después cambió de domicilio y se estableció en el tercer piso de un bonito edificio recién erigido en el ya mencionado barrio de Gion, a unas cuadras de la librería. El dueño planeaba convertir la planta baja en un local comercial para aprovechar la afluencia de peatones en esa zona, rodeada de oficinas, de pequeños restaurantes y bares que solían llenarse por las tardes y las noches, especialmente durante el fin de semana. Las nuevas generaciones atestaban ciertos negocios aledaños al edificio y Sasuke tuvo la idea de instalar un bar atípico en el nuevo local de su edificio. La idea era que el bar, con una barra y una selección de cocteles típicamente americanos,

conviviera con mobiliario antiguo, preferentemente de origen japonés. Salvo la barra misma, cualquiera de las antigüedades que adornaban el establecimiento estaría a la venta. Nada tendría etiquetas ni precios, ya que Goto consideraba de mal gusto tasar los objetos sin tomar en cuenta la naturaleza y disposición del comprador. Si alguien mostraba interés por, digamos, un tintero, Goto en persona evaluaría al comprador decidiendo en el momento la pertinencia de la venta y, en su caso, el precio a pagar. Si el comprador en potencia no le parecía idóneo para el objeto en cuestión, se negaba en redondo a ponerle precio al objeto y la transacción quedaba en nada. Dado que oficialmente el establecimiento era un bar, y dado que no había ni etiquetas ni precios visibles, Goto podía reservarse el derecho a vender sin caer en incumplimientos a la reglamentación comercial de aquella época. Con este modelo comercial atípico, y valiéndose de los últimos recursos que Mishima le había dejado para establecerse tras el incidente, Goto inauguró El Puente de los Tiempos luego de nueve meses invertidos en recorrer Kioto y medio Japón haciéndose de las más exquisitas piezas antiguas que pudo encontrar. La fama del establecimiento no dejó de crecer desde la inauguración. La música, la bebida y, sobre todo, la delicadeza del más mínimo elemento decorativo, fue labrándole un nombre al negocio, destacándolo entre los muchos otros dedicados a la bebida o a las antigüedades en exclusiva.

La idea funcionaba aún mejor de lo previsto. A lo largo de los primeros seis meses, logró vender una *biwa* del periodo Meiji; un bellísimo tambor *taiko* que había pertenecido a la leyenda japonesa del jazz Daihachi Oguchi; un antiguo arcón *keyaki karuma* hecho con madera de zelkova sólida y deslumbrante herrería decorativa, fabricado a fines del siglo XVII; una cómoda con once cajones y tres puertas corredizas tipo *fusuma*, del periodo Edo temprano, en cuyos paneles figuraban escenas de la caza del ciervo realzadas con crisantemos en hoja de oro. Las rarezas que adornaban el local, el peculiar estilo de compraventa y el excelente estado de conservación en que se hallaba la mayoría de las piezas, fue pasando de boca en boca hasta hacer que la clientela de El Puente se distinguiera de cualquier otra. No era raro que llegaran hombres de elegancia excepcional y pocas palabras que, tras pedir una cerveza se daban a recorrer el bar con una paciencia rayana en la obsesión. Luego de mirarlo todo, la emprendían con dos o tres objetos específicos que estudiaban al detalle. Uno de estos clientes, el que a la postre terminó comprando las puertas corredizas, acostumbraba entremezclarse con los jóvenes de la barra para chacharear mientras

calculaba cuál sería una oferta respetable por tal o cual artículo. Goto era muy sensible a la primera oferta, que invariablemente provenía del interesado, pues consideraba de mal gusto ser él quien hablara de dinero a los clientes antes de conocer sus inclinaciones particulares. El hombre referido ya había intentado sin éxito comprarle a Goto una extraña mesa fabricada con astas de venado, pero el dueño del local se había negado amablemente aclarando que el impedimento no era lo ofrecido, sino la falta de armonía que detectaba entre el objeto y la persona.

—Si yo aceptara venderle a usted esa mesa, estoy seguro de que su suerte empeoraría. He visto suceder esas cosas y es mi deber aconsejarle que no, que encuentre lo suyo. Claro, si piensa en revenderla el asunto de la suerte quedaría cancelado para usted, mas no así para su eventual cliente y la falta a fin de cuentas sería mía.

—Ya, ya —murmuró el afectado acariciándose la barbilla para enseguida reponer—. ¿Y qué me dice de esas puertas primorosas, las de los crisantemos dorados? Tres millones de yenes estaría dispuesto a darle a sabiendas de que las puertas esas no pueden tener precio. Por eso agregaré a mi oferta un consejo muy oportuno para alguien como usted.

La oferta era excelente, pero aún parecía mejor la franqueza con que el cliente mostraba sus cartas. El hombre fijaba la mirada a cabalidad y hablaba con el tiento que da un alma robusta. Mientras Goto consideraba la propuesta, un ligero estremecimiento en el pecho le indicó aceptar. Meditó durante al menos treinta segundos si lo sentido era en realidad motivo de anuencia y nada lo alertó en contrario. Entonces le dio un par de vueltas al asunto del consejo. Nunca es poca cosa aceptar un consejo espontáneo y menos viniendo de un hombre distinguido como lo era el de aquella tarde. ¿Por qué no? Las puertas eran para el interesado y el consejo adjunto al pago debía llegar a él. Quedó convencido.

—Las puertas dicen que sí, que le pertenecen, que nacieron para usted y su familia desde hace mucho, señor…

—Antes de decirle mi nombre para cerrar el trato, señor Goto, permítame darle el consejo para que usted valore justamente la situación: a unos cincuenta kilómetros de aquí hay un monasterio ruinoso habitado por un puñado de monjes que apenas tienen lo necesario para vivir. Han pasado por épocas tan duras… Cuentan que en las peores llegaron a comer de las hierbas que crecen por ahí, mas no por ello han dejado de cuidar algunos objetos preciosos que estarían dispuestos a vender a la persona indicada, especialmente ahora que una parte del techo de sus recintos más antiguos se ha venido abajo por falta

de mantenimiento. Ya le digo que hay objetos de valor, pero lo mejor para usted lo he visto bajo mis pies: el piso del monasterio ha resistido el desgaste por tres siglos cuando menos. Sé que los monjes estarían dispuestos a venderle una parte por una cantidad honorable. Mire usted: lo único que falla en su negocio es este piso que no tiene alma ni historia. Piénselo. Si se decide, yo lo llevaré a mis amigos con la gratitud de un cliente extraordinariamente satisfecho. Mañana le traeré el dinero y entonces dígame si le interesa mi oferta, pues ya sabe que considero el consejo como parte del precio. Aprovéchelo. El piso es para usted. Me lo dice la voz que hoy me cedió las puertas. Ya la conoce.

Al día siguiente, antes de recibir o dar cualquier cosa, Goto dijo al desconocido que sí, que estaba interesado en conocer el monasterio. Sonriente, el hombre propuso dos fechas que se avenían a las necesidades de los monjes y que serían propicias para cualquier empresa comercial, según explicó. Quedando de acuerdo, el cliente pagó los tres millones de yenes en efectivo y ordenó a dos acompañantes que procedieran a embalar las puertas para el traslado.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted —afirmó haciendo una reverencia.

—Sólo intervengo para que lo excepcional llegue a las manos indicadas.

—Mi gente lo recogerá aquí en la fecha convenida —dijo el comprador antes de dar las últimas instrucciones a los empacadores—. Soy Tadao, y mi corazón es noble —declaró antes de salir por donde había llegado.

Una semana después, siendo domingo al mediodía, uno de los empacadores estacionó un coche de lujo a la entrada del negocio. El ahora chofer se bajó, saludó a Sasuke con extrema cortesía y le abrió la puerta trasera del vehículo. Se dirigieron al poniente por la vía Meishin, y una media hora después tomaron una desviación que conducía a un centro vacacional cercano a las montañas. Antes de llegar al conocido lugar, el vehículo viró a la derecha, entrando a un camino de terracería que apenas se distinguía entre los árboles. Goto dominó el resquemor que la ruta aislada le inspiró en los primeros instantes. Confiaba sin saber por qué en el hombre del corazón noble y sus instintos nunca habían fallado. Algo en su interior le decía que se acercaba a donde tenía que llegar por fuerza, por destino. El día era propicio para afrontar lo nuevo. Los calendarios antiguos que consultaba para disipar sus miedos y dudas habían sido claros en este sentido. Mientras no llevara consigo objetos de oro o lo acompañaran animales rumiantes, la jornada

favorecería los intereses comerciales y las amistades incipientes. Los oráculos de antaño que había aprendido a consultar bajo la guía de su abuelo materno, el de Koga para ser exactos, servían a Goto con idéntica precisión. Más aún, al girar por los vericuetos del camino, vio en la copa de un árbol un nido de garzas que era remozado a picotazos por el ave, augurio prometedor siendo muy blanco el animal y estando el sol en lo alto. Se acordó entonces de la incredulidad de Mishima ante sus presciencias y de cómo, poco a poco, fue quedando convencido por las evidencias incontrovertibles. "En el alma de ese hombre cabían montañas", se dijo emocionado por los recuerdos, por el cielo despejado, hermoso y simple como la sonrisa de un niño o la caída de las hojas en otoño.

El camino terminó abruptamente pasados unos seis kilómetros contados a partir del nido, al pie de un risco rodeado de coníferas y adornado con gladiolos silvestres de tonos púrpura, mucho más hermosos que los cultivados pero imposibles de replicar fuera de su entorno. Nada que recordara a los hombres se distinguía en los alrededores. El paraje daba la impresión de haber existido desde siempre, igual a sí mismo, engastado en esa tierra por voluntades añejas e incompatibles con el capricho humano. El chofer apagó el auto y descendió para abrirle la puerta a Goto. Ceremonioso, evitaba prudentemente el contacto visual, mostrando al tabernero-anticuario un respeto cálido que combinaba a la perfección con la serenidad emanada del sitio. Hasta ese momento se fijó Sasuke en los guantes negros que calzaba el hombre. "Un detalle hermoso", pensó al tiempo que descendía del vehículo en medio de un profundo silencio promovido en buena medida por la falta de viento. El conductor inició la marcha dando por sentado que el anticuario lo seguiría. Era como si evitara romper con las palabras esa quietud estanca y retraída. Caminaron entre los árboles alrededor del risco hasta dar con un sendero que ascendía suavemente para luego quebrar a la derecha. Pasados quince minutos, Goto escuchó el rumor de agua que corría en las proximidades. No tardó en constatar que sí, que un arroyuelo daba al sitio su talante de encantamiento. La brisa sopló entonces como si ya no pudiera contener el aliento y el sonido de las hojas se sumó al del agua acentuando y no rompiendo ese silencio.

El paseo en sí hubiera bastado para que el momento fuera inolvidable. Ya ni en el monasterio ni en el piso de madera reparaba Goto cuando una cerca desvencijada les salió al paso. Al principio costaba trabajo saber si en realidad era lo que era o si un par de troncos

habían caído transversales llenándose de musgo para cancelar discretamente el sendero, pero el chofer se dio a manipular unos alambres gruesos y oxidados, primer indicio de los hombres, que al poco tiempo le permitieron abatir la puerta de esa cerca tan discreta que parecía no haberse movido en años. Unos veinte pasos después, mientras la pareja se acercaba al arroyuelo, Goto vio a la izquierda una gran estructura de madera enclavada ahí como si nada. En ese mismo instante distinguió un olor a incienso que provenía de la estructura, ubicada a unos cien pasos de donde el anticuario y el chofer se encontraban. La escena recordó a Goto pasajes de su libro favorito, la incomparable *Novela de Genji*, en que se mencionaba varias veces al incienso de los cien metros, el más fino, el que anunciaba desde lejos su bienvenida cuando se llegaba a los lugares propicios. El olor le devolvió una vez más al abuelo paterno, al maestro Mishima, y a algunos episodios memorables vividos con los compañeros de la Tatenokai en la otra vida. Koga y Goto convivían sin excluirse como hasta entonces lo habían hecho, y esa convivencia le regaló una armonía que ya no recordaba pero que buena falta le hacía. Goto respiró hondo a ojos cerrados y al abrirlos vio que un hombre de cabeza rapada y vestidos negros les abría los brazos a lo lejos, en lo que parecía ser la entrada misma del monasterio o templo o lo que fuera que nacía ahí, paralelo al arroyo. Un brasero mínimo ubicado a los pies del monje arrojaba los humos del incienso excepcional. Por instinto, Goto abrió los brazos también para responder al amable gesto de bienvenida, pero entonces la quietud del momento se quebró al venírseles encima cinco perros, dos grandes, cruza de Akita, y tres pequeños que parecían Shitzus de raza pura. Alarmado, Goto pensó en echarse a correr, pero un grito oportuno del monje contuvo a la jauría que volvió a internarse por donde había salido. El monje parecía divertido y sonreía volviendo a abrir los brazos. Medio avergonzados por su miedo, el chofer y Goto apuraron la marcha confiando en el talante alegre del rapado.

Noventa y dos pasos después, el monje los saludó con una reverencia e hizo sonar una campañilla.

—Bienvenido. Perdone usted la reacción de nuestros guardianes, que no están acostumbrados a recibir visitas —dijo el personaje cerrando al fin los brazos una vez concluido el saludo.

—Mientras no corra la sangre…

—Soy Jo, el principal de este recinto y líder de nuestra comunidad de nueve. A nombre del resto, le doy la bienvenida. Sígame por favor —dijo el monje dándoles la espalda para abrir una puerta baja y angosta

que nada tenía que ver con las dimensiones del pórtico, teniendo que agacharse para cruzar el umbral. El chofer cedió el paso a Goto y luego fue a sentarse cerca del incensario.

La galería era mucho más grande de lo que cabía esperar calculando las dimensiones desde afuera y carecía de las divisiones típicas en ese tipo de construcciones antiguas. Con unos veinte metros de frente y al menos el doble de largo, el rectángulo era interrumpido por docena y media de columnas que a intervalos regulares cooperaban para mantener el techo en su sitio. A decir verdad, Goto esperaba que el monasterio se encontrara en peores condiciones, aunque claro, nada impedía que la galería en la que estaba diera paso a otra más ruinosa. El monje Jo le llevaba la delantera, por lo que Goto apuró la marcha haciendo crujir la duela. Hasta entonces se fijó en los largos tablones casi blancos. Podría apostar a que estaban hechos con abedul de Hokkaido, el mejor que se podía conseguir en las islas. Sus quince centímetros de ancho hablaban de la época en que habían sido aserrados, pues en la actualidad rara vez se podían conseguir árboles que dieran más de diez centímetros. Los fuertes chirridos eran prueba de una instalación antigua, pues los carpinteros de antes solían dejar cierta holgura entre los tablones para que estos hicieran las veces de alarma. Era un arte dejar el espacio justo para que el desgaste no fuera mayor al habitual, logrando conservar el ruido necesario para la alerta. Mientras Goto analizaba someramente el entablado, Jo volvió sobre sus pasos para comentarle divertido al visitante que ese no era el piso que, creían, podía interesarle.

—Éste de aquí tiene lo suyo, no hay por qué negarlo, pero espere a ver el del tercer pabellón. Según los registros, el que ahora pisamos tiene unos 140 años. El del fondo pasa de los 250 y ni el tiempo ni la humedad han podido con él. Ya lo verá. Pero sigamos. Los compañeros nos esperan en el oratorio del sudoeste.

—Sí, claro, muchas gracias. Si me permite preguntar, ¿cuándo fue fundada su congregación? —inquirió Goto por cortesía más que por curiosidad, pues en realidad no tenía mucho qué decir y el silencio podía interpretarse como desinterés.

—El primer grupo recibió estas tierras y otras que las complementan más arriba en la montaña del mismísimo Tokugawa Ieyasu, en 1604. Aquellos pioneros eran hombres duros que todo lo soportaban y no les importó avecindarse en lo más alto a pesar de las inclemencias. En esos tiempos, la seguridad estaba antes que las comodidades, por medianas que estas fueran. A no ser por los cimientos de dos edificios pequeños, nada queda de nuestros pioneros. Dicen que un incendio acabó con

todo aquello, pero hemos encontrado tantas puntas de flecha en el lugar que estamos seguros de que el incendio, de haber ocurrido, fue producto de un ataque y no accidental. Así se las gastaban los monjes guerreros que habitaban en las vecindades. Los nuestros eran pacíficos como mujeres —abundó Jo al tiempo que caminaba rápidamente saliendo de la galería antes descrita por una puerta lateral para avanzar por un corredor húmedo y frío—. No sabemos qué pasó entre ese ataque y la fecha en que las tierras nos fueron restituidas, unos 130 años más tarde. Entonces se construyeron dos pabellones medianos para la estancia y la meditación de los compañeros y uno un poco mayor para recibir a los poderosos que generosamente nos proveían con todo tipo de artículos básicos a cambio de nuestros servicios de exorcismo, de las plegarias comunes y de nuestra tradición oracular, la que nos hizo famosos y nos permite vivir hasta hoy. Los compañeros del segundo ciclo fueron más pragmáticos construyendo aquí cerca, en la zona baja. Es en uno de estos edificios remozados en que nos reuniremos con los demás para presentarlo formalmente, señor…

—Sasuke Goto —aclaró el anticuario ligeramente incomodado por la insistencia del monje en caminar a gran velocidad sin volverse a mirarlo siquiera. Llegado el final del pasillo cubierto, Jo retiró una cortina y cedió el paso al invitado.

Goto dio entonces con un jardín excepcional. Al mirar al sur se percató de que una pequeña capilla había sido adosada a la parte posterior del gran risco en que terminaba el sendero, el que le había dado la bienvenida unos momentos atrás. Fijándose bien, entendió que el jardín era más bien un santuario de árboles sagrados. Contó seis entre los más hermosos. Uno de ellos, el mayor, seguramente era muy viejo y estaba protegido por una cerca dorada que le circundaba la base. Los demás tenían formas caprichosas y no parecían ser de la misma especie. El conjunto era tan armónico que las palabras estaban de más. Enmudecido, agradeció con un movimiento de cabeza la pausa que su guía se dignaba hacer para dar tiempo a que el invitado hiciera un reconocimiento. La belleza del paraje era tal que hasta los cantos de las aves que resonaban a la distancia parecían fuera de lugar, lo mismo que el rumor del arroyo que en alguna parte corría ocultándose de nuevo a la vista de Goto. Estremecido, el ahora anticuario se acercó al árbol viejo y saludó al dios que lo habitaba. Invirtió un par de minutos en rendirle sus respetos y luego pasó a hacer lo mismo con otros dos que estaban cerca del primero.

—Al caer la tarde —habló al fin el monje cuando notó que la

reverencia del huésped terminaba— el santuario se vuelve irreconocible. Según la época del año llegan entre diez y cientos de aves que se posan casi siempre en los árboles sagrados. Su alegría es tanta que no nos dejan conversar. Es un espectáculo que, espero, pueda ver hoy mismo. Nunca se sabe, pero la estación es propicia y el clima también.

—Me gustaría presenciarlo, mas no creo que sea buena idea quedarme hasta el atardecer. El camino tiene sus dificultades y mi idea es regresar a Kioto lo antes posible.

El monje asintió torciendo ligeramente los labios. El gesto parecía contradecir la anuencia; era como si aquel hombre se hubiera inventado una especie de mohín que significara sí y no al mismo tiempo. La sensación de ambivalencia incomodó al visitante, pero el malestar, por llamarlo de algún modo, se disipó al escucharse un sonido muy ligero que, a pesar de la escasa intensidad, alteraba la serenidad del paraje. Al escucharlo por segunda vez, Goto imaginó espontáneamente una mancha diminuta en un vestido de blancura perfecta. Era un cascabel. El retintín se le fijó en la cabeza como si una campana le hubiera tañido demasiado cerca. Al volverse, el anticuario vio que un hombre bajo y ancho llevaba una cabra gris atada con una cuerda muy larga a su cintura. El solitario cascabel pendía del cuello del animal que caminaba sin rumbo fijo a unos seis o siete metros de su custodio. La escena hacía pensar en uno de esos perros nerviosos que parecen buscar algo concreto sin estar seguros de qué camino tomar para hallarlo. Goto se disponía a comentar sobre la inusual largueza de la correa cuando el animal fijó la vista en él y se dirigió resuelto hacia donde ambos hombres se encontraban. Cuando la cuerda se tensó, el recién llegado echó a andar tras la cabra como si se tratara de un ciego que obedece las decisiones de su lazarillo. Y es que sí: el hombre bajo y ancho era en efecto un ciego de ojos blancos por tener cataratas hipermaduras. El andar de la cabra se convirtió en una carrera que el ciego emuló cuanto pudo con una sonrisa en los labios. Por un momento, Goto temió que el animal quisiera embestirlo e instintivamente retrocedió unos pasos hasta que Jo lo tranquilizó poniéndole una mano en la espalda. Cuando estaba a poca distancia de la pareja, el animal redujo la velocidad de la carrera y se acercó cauteloso hasta quedar a menos de un metro de Goto. Olisqueaba estirando el cuello e hinchando exageradamente las fosas nasales. Tras unos instantes, la cabra recobró la compostura y baló una sola vez antes de ponerse a mordisquear la hierba como si nada hubiera pasado.

—Me disculpo por los modos de la cabra —improvisó Jo bastante

divertido—. Le presento a los guardianes del santuario. Nuestro compañero es ciego, casi sordo y habla poco o lo hace sin parar, según su estado de ánimo. Hoy parece estar de buenas. Lleva 25 años evitando que los impuros pisen este prado. Odia a los perros y, no sabemos por qué, pero estos lo evitan con un temor que no muestran ante nadie más. Permítame —dijo el monje principal acercándose al custodio del santuario para hablarle al oído—. Es el amigo de Tadao —informó casi gritando. El bajito asintió muy complacido y saludó inclinándose levemente. Después de un silencio considerablemente largo, el guardia dejó de sonreír.

—Al manzano —indicó el ciego.

—Venga conmigo señor… Goto.

El visitante obedeció mientras Jo lo tomaba del brazo para llevarlo a un costado del santuario en donde se distinguían algunos árboles frutales. Entre un toronjo y un durazno se levantaba un manzano feúcho con frutos pequeños, notoriamente inmaduros y descoloridos. El líder le pidió al visitante que eligiera dos. Hecho lo propio, la pareja regresó al lugar donde esperaba el ciego acariciando a su cabra.

—Tome una manzana en cada mano y ofrézcalas al animal comenzando por la de la mano izquierda.

—Puede morderme—, objetó Goto acobardado ante los dientes de la cabra.

—Vamos—, impelió el monje desoyendo la objeción.

El anticuario hizo lo indicado y la cabra comió gustosa de la mano izquierda. Luego, repitió la faena con la mano derecha y el animal volvió a engullir la fruta vorazmente. Animado por el aparente éxito en la prueba, Jo informó los resultados al oído del guardián.

—Es él. Está limpio aunque no nos gusta su barba—, declaró groseramente el ciego antes de dar un tirón a la cuerda indicando a la cabra que había llegado la hora de marcharse. El animal obedeció.

—Me disculpo por los modos del compañero —dijo muy serio el monje Jo—. Está solo casi todo el tiempo y ha perdido el tacto, pero la soledad lo ha hecho indeciblemente exacto en sus predicciones. Es nuestro vidente, el más poderoso que usted haya conocido. Mira por los ojos de su cabra y lo ha demostrado en cientos de ocasiones. Tanto lo respetamos que nadie pasa del santuario al tercer pabellón si él no lo acepta. Mi recomendación es que se quite usted esa barba en cuanto pueda. Yo sé lo que le digo. No me lo tome a mal. Pero vamos, que los demás nos esperan y se va haciendo tarde. Por favor —dijo el líder rapado de la comunidad iniciando la marcha sin soltar el brazo de Goto,

quien optó por guardarse las preguntas para mejor ocasión.

Dejaron atrás el santuario de los árboles internándose en la maleza. El monje soltó al fin el brazo de Goto para dirigir la avanzada entre la espesura. El contraste entre la armonía del santuario y lo agreste del camino por el que transitaban incomodó al visitante, que sentía a cada momento el desagradable contacto de las telarañas y las advertencias de algunas ramas espinosas.

Caminaron por cinco minutos sin que fuera posible mirar más allá de unos cuantos metros a la redonda. El invitado empezaba a lamentar la visita a tan extraño y aislado lugar cuando por fin salieron a un claro desde el que se distinguía el pabellón aludido. Era más bien pequeño y daba la impresión de estar abandonado. Conforme se acercaban escucharon el sonido de una flauta, el de un koto y el de un címbalo muy discreto que acentuaba la melodía cada cuatro compases. Ya cerca de la entrada, Goto percibió un rumor delicioso. Eran las voces de los monjes que seguían la ruta marcada por el koto. La puerta principal se había hinchado e impedía el libre abatir de la hoja. Jo cargó dos veces con el hombro y fue hasta la tercera que la puerta les granjeó la entrada. De inmediato, el líder se sumó al coro produciendo un rumor grave idéntico al que entonaban el resto de los piadosos. El sahumerio impedía ver con claridad. El anticuario notó de inmediato que al incienso de la entrada se le habían agregado otros elementos que no logró identificar, pero el efecto era exquisito. Avanzaron diez pasos para llegar al centro del pabellón. Ahí, cuatro monjes entonaban de pie y tres, los instrumentistas, lo hacían sentados. Los siete formaban un corro en cuyo centro se colocó Jo sin que el resto pareciera reparar en su llegada. Todos cerraban los ojos. Todos menos Goto, quien se acercó discretamente a uno de los costados para no molestar. Pasaron unos minutos y, cuando su visión ya se había adaptado a la oscuridad, notó que al otro lado del pabellón y en idéntica actitud, estaba de pie un seglar vestido con pantalones claros de algodón y una chaqueta de cuero color marrón. Al mirar con atención se dio cuenta de que era Tadao, el comprador de las puertas corredizas y el responsable de la aventura en que se había embarcado Sasuke aquel día. Pensó en acercarse caminando por el perímetro del pabellón con tal de no interrumpir a los cantarines, pero pensándolo bien, decidió esperar mejores condiciones para el reencuentro. Mientras tanto, se esforzó en no mirarlo para evitar alguna falta de cortesía con sus anfitriones y se concentró en la ejecución.

Los cantos se repitieron una y otra vez a lo largo de dos horas. La humareda, la reiteración de una secuencia melódica y rítmica cada 54

compases, la penumbra en que se realizaba la ceremonia y, en especial, el melancólico sonido de aquel koto tocado magistralmente, hundieron al anticuario en un estado alterado de conciencia cercano al éxtasis místico. Aunque Goto era inexperto en temas y situaciones semejantes, Hiroyasu Koga sabía adentrarse en esos estados excepcionales. Los había experimentado durante su formación en los cuerpos de élite de la Tatenokai, bajo la guía de religiosos sintoístas y budistas que templaban el carácter del grupúsculo elegido para acompañar a Mishima hasta la muerte si era necesario. Uno de estos maestros le había enseñado a manipular correctamente la espada ritual en sesiones de entrenamiento que llegaban a durar hasta catorce horas, durante las cuales estaba prohibido comer, permitiéndoseles beber únicamente cuatro tazones de agua mineral proveniente de un manantial cercano que brotaba en un bosque sagrado. El agua era traída por dos monjes guerreros que llevaban una vida prácticamente idéntica a la de sus iguales del siglo XII, salvo por la falta de batallas.

El ensueño de Goto pasaba la estafeta a las reminiscencias de Koga. Al principio del trance, cuando Sasuke todavía se resistía al abandono que exigía la experiencia, el terror a la locura empezó a dominarlo. Los músculos de la quijada, del cuello y del vientre se contrajeron en un espasmo que casi le impedía respirar. Angustiado por creerse esquizoide, se le ocurrió refugiarse en el canto de los monjes. Para entonces, el cuarto ciclo de 54 compases empezaba y Goto se unió a los otros ocho a un volumen casi inaudible. Por supuesto que erraba en la secuencia, pero no se daba cuenta y la eficiencia del ejercicio era la misma que entonando a la perfección. Entonces el terror fue quedando atrás, lo mismo que los espasmos. De un momento a otro, lo que antes era una tortura muy próxima a la asfixia se transformó en liviandad. Una suerte de anchura espiritual le permitió olvidar a los dos hombres que lo habitaban desde que el impresor le entregara los papeles falsos, la nueva identidad. El esfuerzo por ser lo que no era mostraba ahora su completa inutilidad. La inconsecuencia, lejos de devolverlo a la angustia previsible, lo dejó en un estado de quietud que ya conocía pero había olvidado. Estaba con su mentor malencarado en los límites del bosquecillo sagrado, el del manantial. Frente a él habían dispuesto un abedul, el tronco de un abedul joven para ser precisos. En su parte más ancha, el tronco debía tener unos 10 centímetros de ancho. En cuanto al largo, no más de cuatro metros calculó el entonces Koga. Tenía dos horas para realizar 100 cortes limpios al tronco con la espada. Cada corte debía realizarse con un único tajo siguiendo los lineamientos

aprendidos durante la semana anterior en las prácticas exhaustivas. En caso de fallar, la espada del maestro le azotaría las nalgas con toda la fuerza de que era capaz. Para ilustrarlo, fue obligado a recibir un espadazo dado con la zona de la acanaladura que le hizo revolcarse por el suelo con las manos en el trasero. Chillaba como puerco, según describió el severísimo monje aguantando la risa mientras a él se le salían las lágrimas por el dolor. Superó la prueba de los cien cortes ganándose únicamente cuatro espadazos que no olvidaría jamás. Paradójicamente, el dolor, el cansancio y la concentración requerida por la prueba lo sumieron en un estado de beatitud parecido al que disfrutaba cantando con los ocho místicos en aquel monasterio desvencijado. Era difícil de explicar, pero ambas experiencias, siendo radicalmente distintas, conducían al mismo lugar.

Tras la prueba del Monte Fuji le sangraron las manos cerca de media hora. El maestro invirtió lo suyo en curarle las heridas usando emplastos especiales. Esta vez, al fundirse en alma con los cantores le costó más de una hora salir del trance. Al término del último ciclo de 54 compases, le sobrevino un ataque de llanto que no paraba. De nada valieron los exhortos, las regañinas, las burlas. Temiendo ya una crisis definitiva, el maestro Jo echó mano de un remedio que probó ser eficaz. Le pegó los labios al oído y en voz muy baja, inaudible para los demás, ordenó: "Pare ya, señor Koga". El lloroso dejó de serlo. Jo conocía su secreto.

Minutos después de recobrarse, supo que Tadao también estaba al tanto. Y el ciego. De hecho, le permitían estar ahí por ser quien era antes de su visita al impresor, por su devoción a Yukio, el iluminado, ejemplo espiritual para todos los que allí vivían. Los monjes y Tadao bendecían esa mano que había sabido brindarle el reposo definitivo a su Mishima bienamado.

Cuando al fin desapareció la bruma que emborronaba la percepción de Goto, tuvo la sensación de haber caído en una trampa, aunque no sabía bien a bien qué ventaja querían obtener de él, si es que deseaban o podían obtener alguna. Conforme Jo y Tadao se explicaban, fue cobrando sentido la maniobra del comprador de puertas corredizas. Había sido compañero de escuela y amigo de Mishima desde niño. A pesar de que no comulgaba plenamente con las ideas extremistas del escritor, también podía ser clasificado como un nacionalista, aunque moderado. Tadao apoyaba muchas de las ideas que su famoso amigo defendió en vida. Sin pertenecer a la Tatenokai, la había financiado sin protagonismos y estaba al tanto de los planes para tomar por asalto las instalaciones del comando oriental. Por todos los medios a su alcance

procuró convencer al inflexible Mishima del error que cometía al emprender una acción como la del aquel noviembre de 1970. No era él quien pudiera sentenciar para la historia si el acto era o no un error, pero no dudaba en señalar que el mundo había perdido infinitamente más de lo que había ganado con la muerte de Yukio. De hecho, conforme pasaban los años, el incidente iba adquiriendo visos de extravagancia que a todos los involucrados lastimaban. Cada vez eran menos las referencias serias en los periódicos y otros medios de comunicación. A lo más, las manifestaciones de corte izquierdista escaseaban en número y en participantes, pero eso era sin duda una ganancia marginal. El sometimiento a la cultura occidental seguía desbocado y nada en el horizonte político daba la impresión de poder meterle freno. La juventud japonesa lo era menos cada día. La música tradicional, el vestido, la praxis religiosa, los valores nacionales, el papel del emperador y cualquier otra expresión originaria seguían desdibujándose, pero la lucha nunca estaría perdida si quedaba gente como ellos, aunque se tratara ya de unos cuantos. El papel de Koga en la Tatenokai y su conducta durante los años de encierro eran ejemplo de reciedumbre y estolidez para los adeptos del movimiento en pro del Japón esencial.

—Es más —destacó Tadao cuando ya conversaban a solas Jo, él y Goto en un rincón del pabellón maltratado—, he de confesar que días antes del incidente llegué a sentir celos profundos de ti, Hiroyasu, pues Yukio (no toleraba que se le llamara Kimitake) me comentó que entre sus discípulos, amigos y allegados, tú eras el más querido, el más parecido a un hermano de alma por la fuerza de tu convicción. En el fondo, a mí me reprochaba la distancia con el movimiento militante y no hubo apoyo económico que resarciera esta falta ante sus ojos. En cambio tú… —Tadao hizo una pausa para recobrar la compostura, pues Mishima se le había agolpado en la garganta—. Disculpen. A veces me porto como un niño. Me pidió que te ayudara si las cosas no resultaban como él lo esperaba el día siniestro. Sé que él también proveyó para tu defensa y sostén, por lo que no he podido obrar como él hubiera querido en el sentido económico, pero sin que nadie lo supiera, me tomé cierta libertad de la que ahora te pongo al tanto. Mientras estabas en la cárcel, logré sobornar a un empleado menor en la sección de custodia de bienes incautados y pude recuperar la espada con la que cumpliste el deseo último de Yukio. Sus superiores notaron la falta año y medio más tarde y prefirieron no agitar las aguas con tal de que nada se supiera del hurto. Ni siquiera investigaron al que me hizo el favor. Esa espada es tuya porque fuiste el valiente que lo acompañó en el trance de

muerte, el que pagó en el presidio por un acto de amor a la patria. Es mi regalo y te espera en la cajuela del auto.

—No sabes lo que significa para mí —dijo Goto emocionado tomando la mano de Tadao y poniéndola sobre su pecho, en la zona del corazón—. Quedo obligado de por vida. Alguien mandó forjar una copia exacta que ya entrañaba muchísimo para mí. Imagina lo que la espada original implica. Disculpen, pero apenas puedo hablar —advirtió antes de callar para tragarse un par de lágrimas rebeldes.

—Aprecio no ser el único vencido por las emociones en este día tan especial —comentó Tadao poniendo ahora la mano de Goto en su propio pecho.

—Si me permiten, creo que es mi turno de explicar el papel que el monasterio y yo jugamos en esta historia —interrumpió Jo con tono firme—. El hermano Tadao conoce parte de la misma, pero la que ignora es, creo, más interesante todavía. Su Yukio me permitía llamarle Kimitake, por haberlo conocido desde niño, antes de haberse inventado el pseudónimo. Éramos primos. Obviamente yo no había optado por la vida religiosa en ese tiempo y solíamos coincidir con cierta regularidad en la casa de campo de una tía muy querida para ambos. Nos amanecíamos discutiendo los temas hondos que ya desde entonces nos preocupaban. La relación entre nosotros tuvo altibajos, pero cuando él ya era un escritor famoso, acudía a mí en estos montes para procurarse soledad e introspección. No era raro que se presentara aquí medio disfrazado para que no lo reconocieran por el camino. Solía ayunar unos días para luego romper el ayuno y unirse a ceremonias muy semejantes a las que acaban de atestiguar. Por así decirlo, se aislaba del mundo en este lugar solitario y mágico. Esto sucedía dos o tres veces al año. En una de esas ocasiones hablamos durante días sobre los libros fundacionales del Japón. Yukio (que ya lo era) se enfrascó en una discusión apasionante con un compañero de erudición insospechada. Los demás, al sabernos inferiores en esos temas, callamos y optamos por aprender algo de esos gigantes que discutían con una pasión intelectual, con un conocimiento que nunca ha vuelto a presentarse en igual medida por aquí. La amistad se estrechó con cada visita, al grado de que a veces venía casi exclusivamente para discutir con el compañero. Los demás solíamos dejarlos a sus anchas en el santuario de los árboles. No era raro que pasaran ahí las noches calurosas de verano tendidos al fresco con sus papeles, un par de quinqués y la mirada puesta o en las letras o en la luna. Entonces el destino metió la mano en nuestros asuntos. Me explico. Tres días después de una de estas visitas imprevistas decidimos

en pleno levantar la duela del pabellón más antiguo para venderla y así financiar los costos de una reconstrucción. Calculábamos que el piso tendría unos 250 años, y todavía ignoramos de qué madera se trata, pero lo más probable, según logramos averiguar, es que proviniera de una especie preciosa traída de China. Estaba intacta; ni la polilla ni la humedad la habían afectado y teníamos la certeza obtener por ella el doble de lo que nos costarían las reparaciones, incluyendo duela nueva sacada de estos bosques. Con el remanente dejaríamos más que utilizable el pabellón siendo que nosotros mismos aportaríamos la mano de obra. Nos pusimos a trabajar a mediados de mayo. Habíamos levantado unos noventa metros cuadrados de los cerca de 400 que integraban el piso del pabellón cuando el erudito y confidente de Yukio se me acercó para informarme de que había hallado en el entresuelo lo que parecía ser una pequeña cámara oculta hecha con pizarra, de unos dos por tres metros, con la altura suficiente para poder entrar y moverse a gatas. Hombre intachable, el compañero esperaba mi anuencia para remover las piedras que nos granjearían el paso y explorar el hueco aquel. Lo hicimos a solas una noche lluviosa. En la cámara encontramos tres arcones, dos de madera recia con hierro forjado y uno hecho enteramente de hierro con remates de plomo. La forja nos indicaba que los arcones tendrían cuando menos unos 450 años de haber sido construidos, probablemente en esta zona, por carpinteros y herreros expertos. Los candados que los cerraban eran de bronce, operados por cerradura, varillas y resortes a la usanza china antigua. Estaban prácticamente deshechos por el tiempo y la humedad, pero los arcones parecían intactos. En uno de ellos, el más chico, encontramos dieciséis copas de oro macizo, cuatro jarras también de oro y siete exquisitas talladas en cristal de roca. En el segundo y más grande de los arcones de madera hallamos cuatro espadas y partes de una armadura adornada con piedras semipreciosas. El tercer arcón, el de hierro y plomo, contenía otro arcón maravilloso hecho con cedro del Líbano primorosamente adornado con incrustaciones de concha, corales y plata. Al levantar la tapa de esta joya encontramos 54 manuscritos en piel, cosidos con hilo también de plata y escritos en japonés medio tardío, posiblemente del periodo Muromachi, según supimos después, y un rollo con ilustraciones de ensueño. Mi compañero tomó uno de los rodillos en cada mano y muy lentamente trató de extender el rollo sin forzarlo. Lo que vio casi lo llevó al desmayo. Al pedirle razón, se limitó a decirme que sólo Yukio podía ayudarnos a tener certeza de lo que nos traíamos entre manos. A nadie contamos del hallazgo. Sacamos los arcones esa misma noche, los escondimos en una cueva que está en la

parte más alta del monasterio, rellenamos la cámara y detuvimos los trabajos de levantamiento de la duela con un pretexto cualquiera por sospechar que podría no ser la única cámara oculta. Juramos callar el hallazgo y al día siguiente viajé a Tokio para encontrarme con Mishima. Quedó boquiabierto cuando le conté sobre los descubrimientos. Me pidió tiempo para pensar las cosas. Dos semanas más tarde, a principios de junio, llegó un mensajero con una carta de Yukio en la que nos pedía permiso para visitarnos con dos amigos de confianza. Uno era profesor en la Universidad Imperial de Tokio y el otro era enviado personal del emperador Hiroito, ni más ni menos. Dimos nuestra anuencia y unos días más tarde se presentaron los tres a las seis de la mañana. Esperamos el amanecer compartiendo refacciones preparadas especialmente para esas visitas importantes y cerca de las ocho comenzamos el ascenso hacia la cueva. Luego de una hora llegamos al lugar y les mostramos los arcones y los restos de los candados que, como ya he dicho, quedaron destruidos por el tiempo y nuestra impericia. Los especialistas nos informaron que, por alguna razón desconocida, los candados eran mucho más antiguos que los arcones. El experto de la universidad los revisó con lupa; aseguró al representante del emperador y a Yukio que ciertas marcas en los candados no eran resultado del uso continuado, sino deictogramas chinos casi borrados seguramente más antiguos que los candados y, obviamente, que los arcones. Se trataba de una inscripción muy antigua ya al fabricarse los candados. Era imposible hablar de fechas, pero en casos semejantes se especulaba diciendo que los caracteres eran guiños para indicar la edad del contenido. Luego de una viva discusión, abrieron el primer cofre quedando deslumbrados por el oro y más aún por las tallas en cristal de roca de las que ya hablé. Su estado de conservación era extraordinario. Ni la menor falla pudieron encontrar los invitados con sus lupas. El contenido del segundo arcón dejó indiferentes a los expertos y no así a Mishima, quien insistía en acariciar las espadas hablando del valor y del miedo que contenían. Sin embargo, los tres parecieron olvidarse del oro, del cristal y de las espadas al abrir el arcón de cedro de Líbano, el contenido en el de hierro y plomo. Nunca olvidaré el brillo en los ojos de Mishima cuando el experto de la universidad reafirmó dos horas después lo que nuestro compañero, el erudito, ya me había sugerido. A reserva de una revisión más cuidadosa, estábamos ante la única versión completa del *Genji monogatari*. Los 54 capítulos estaban ahí, en un estado de conservación que sólo la voluntad divina podía conceder. De confirmarse la versión del experto, se trataba del descubrimiento arqueológico más importante

del siglo, un hito para los estudiosos de la literatura, pues sospechaba que podía provenir del periodo Kamakura temprano y no del Muromachi como habíamos creído. Esto hacía a la colección hasta un siglo más antigua. Yo noté la falta del rollo ilustrado. Pensé en comentar el hecho, pero entonces mi compañero, el que se había convertido en amigo íntimo de Yukio, me tocó la rodilla discretamente y entendí que era mejor callarme la boca. Vaya que hice bien, pues un momento después, el representante del emperador cerró la tapa del arcón de cedro y declaró a dos de los tres arcones propiedad del emperador, del enviado del cielo. Luego dijo que por gracia del *Shōwa Tennō* estaba dispuesto a ofrecer cierta cantidad por los objetos de oro y cristal. La graciosa oferta era ocho veces mayor a lo que pensábamos obtener por la duela antigua y se liquidaría al monasterio en efectivo un mes más tarde, por lo que no tuvimos motivo de queja. Las armas no tenían valor especial para él, por lo que podíamos hacer con ellas lo que quisiéramos. En cuanto a los manuscritos, eran invaluables. Punto. Propiedad absoluta de la Casa Imperial. Punto. Por si fuera poco, se nos exigía silencio total. Punto. Por la autoridad que el emperador le transfería, nos ordenaba a los monjes bajar los objetos de interés en ese mismo momento. Yukio se sintió traicionado por el funcionario, le reclamó su proceder, pero lo único que logró fue que el tipo nos dejara el cofre de cedro con sus conchas y corales. Sacamos las armas de su contenedor, metimos los libros ahí y esa tarde el especialista de la universidad y el representante de la Casa Imperial se fueron por donde habían llegado. Yukio permaneció entre nosotros unos días más. Durante la primera noche, después de tomar un refrigerio, mi compañero nos confesó haber sustraído el rollo ilustrado y un documento extenso y muy extraño que había hallado entre los capítulos 42 y 43 de la copia antigua del Genji. Lo había revisado furtivamente y estaba seguro: era el mítico capítulo perdido, *Esfumado entre las nubes*, el que daba cuenta de la muerte del príncipe Genji. Si sus conocimientos no lo traicionaban, la caligrafía correspondía a la del hiragana del siglo XII. De las ilustraciones no podía estar seguro, pues no sabía lo suficiente. Como fuera, Yukio y yo éramos, además de él, los únicos enterados del hallazgo. El primo Mishima se puso de pie, bendijo a nombre del pueblo japonés la iniciativa de nuestro compañero y le besó la frente. Éste no conocía el contenido completo del rollo ni del documento, pues sólo se había atrevido a revisar el principio del texto con tal de no afectar una pieza tan antigua. Nos confió la ubicación del tesoro y los tres juramos silencio so pena de muerte. Dedicamos los siguientes dos días a tramar

nuestro proceder. Necesitábamos agenciarnos a algún experto en conservación que ayudara a extender el rollo para fotografiarlo profesionalmente. El documento suelto en hiragana debía copiarse por triplicado para luego traducirse al japonés moderno; el descubridor se encargaría de la fotografía y de la traducción bajo la supervisión personal de Mishima. También era indispensable realizar al menos tres copias exactas del rollo, un juego sería para nuestro hermano, uno para Yukio y uno para mí. Cuando las copias estuvieran listas guardaríamos los originales en un lugar seguro y haríamos arreglos para que en el momento preciso el rollo y el documento invaluable llegaran a manos de la Universidad de Tokio, dando noticia pública de lo sucedido a pesar de la prohibición que Hiroito nos imponía por interpósita persona. Yukio emprendió el vuelo gracias a tus actos, Hiroyasu. El traductor ha seguido su trabajo y yo he dispuesto para que las cosas se realicen como juramos los tres en su momento. Respecto a las copias del rollo y a las caligráficas del original de *Esfumado*… Mishima me pidió personalmente que su juego le fuera entregado en mano a su amado Koga —en ese momento, Tadao rompió a llorar por el despecho que la deferencia de Mishima hacia Koga le provocaba. No estaban las cosas para disimulos, pero Jo le consoló inmediatamente al declarar que su copia personal era para Tadao, hombre en quien confiaba y al que quería sinceramente. Él se recompuso y agradeció muy emocionado enjugándose las lágrimas—. La copia de nuestro compañero, el estudioso, permanecerá en el monasterio junto a los originales.

—¿Y qué más puede decirnos de quienes se encargaron de extender el rollo y de las réplicas exactas? —preguntó Goto.

—El técnico que ayudó a extender el rollo no tenía idea del contenido y, obviamente, evitamos ponerlo al tanto. Su nombre no importa. Del ilustrador que hizo las copias no puedo hablar, pero sé que hasta hoy ha cumplido con su voto de silencio. Es una persona honorable. Nuestro compañero se encargó de realizar las copias caligráficas del documento como ya he dicho y a las primeras de cambio se encontró con que no era una sino varias las versiones contenidas. Ni siquiera empezaba a traducir en forma y el misterio ya se desdoblada.

Al caer la tarde, Goto, Tadao y Jo acudieron al santuario de los árboles para mirar embelesados la llegada de miles de aves que, en efecto, se posaron casi exclusivamente en los árboles sagrados. Orgulloso, el ciego los miraba a la distancia por los ojos de su cabra. Sonreía.

A la mañana siguiente, habiendo dormido poco después de tantas

emociones, Goto y Tadao subieron al auto de este último llevando sus regalos en bolsas idénticas de papel de estraza. El chofer, quien había tenido que dormir en el vehículo, ni siquiera imaginó lo que los hombres llevaban disimulado en aquellas bolsas. Y sí: Goto compró a un precio muy razonable (los monjes ya no necesitaban el dinero) 150 metros de aquella duela antigua que, unos días más tarde, llegó a su establecimiento transportada en un camión. Con ella remató la construcción de un hermoso tapanco en su local y entabló el piso de su dormitorio. Sólo Tadao, su ahora amigo íntimo y confidente, era admitido en el tapanco. Les fascinaba hablar de literatura.

Una precisión: en efecto, Tadao era el único admitido en el tapanco del piso especial, eso hasta que, durante una tarde de agosto, el gran amigo se presentó acompañado de su hija Ichika, una joven veinteañera que al saludar conquistó a Goto. La pareja se enamoró en días y contrajo matrimonio unos meses más tarde en el monasterio, con la bendición del monje Jo y del ciego. La vida continuaba.

*

En efecto, el café que recién les convidara Ohaguro en la mesa del Van Gelder era un Blue Mountain genuino. A cambio del sabor único que obsesionaba a los conocedores principalmente japoneses y de otras partes del mundo, la neblina eterna de las Montañas Azules de Jamaica escamoteaba el contenido de cafeína, situación que Sevri lamentaba. Como sucedía con todo en la vida, no había ganancia sin pérdida aledaña. El sabor de esa delicia solía prendarse a la boca durante horas, pero esa cualidad tan apreciada no bastó para que el noruego lograra sacudirse la molesta bruma que las cervezas y el Masar-e Sarif de la noche anterior le provocaban. Tenía que librarse de ella y del perfume de Ohaguro, que se adhería a la ropa como una idea fija a los necios. Para esto último bastaba el fresco de aquella mañana holandesa; para la bruma, tendría que conseguirse por ahí cerca un buen vaso de café barato, a la americana. Luego de caminar unos minutos por Damrak dio al fin con lo buscado, hizo fila de buena gana, le tomaron la orden y salió del establecimiento armado con sus 20 onzas de café, un bocadillo dulce, uno salado y otro vegano que nunca había probado. Debía tener la mente clara si quería que las cosas le salieran bien. Al poco tiempo de acabar se sintió al fin despejado. Otros se adormilaban con las comilonas, pero a Sevri solía pasarle lo contrario. Era cosa de familia,

pues lo mismo le sucedía a su padre, el tallador cuyo padre y abuelo también lo eran. Claro que, así relatada, la historia era una burda simplificación.

Doy para que des

La estirpe de talladores era también dueña de un astillero muy exitoso ubicado a unos quince kilómetros de Tromsø. Fabricaban barcos pesqueros de calidad desde 1896. Los cangrejeros de la zona estimaban las embarcaciones Rudi más que a otras por la resistencia legendaria que, aderezada con un poco de suerte, limitaba los naufragios de esas barcas a solamente tres. Tres en el Mar de Noruega y el de Barents a lo largo de siglo y fracción era un récord que ningún otro astillero de la zona igualaba, sin importar el tamaño. De hecho, el primer barco de talla armado por el fundador, posteriormente modernizado y rediseñado para el placer, aún flotaba y en él, presumían, había viajado Amundsen. En julio de cada año, el jefe de familia, que en nuestros días era el padre de Sevri, salía del puerto con su único hijo para costear por el mar de Barents hasta los límites de las aguas territoriales rusas y de vuelta, en un viaje que solía tomarles entre 10 y 15 días, según el ritmo de avanzada. El recorrido estaba pensado para estrechar las relaciones entre la cabeza del astillero y su heredero, quien mostraba interés por la marinería, mas nada comparable a la pasión del padre. A pesar de ello, el señor Rudi y su hijo eran grandes amigos que disfrutaban la mutua compañía. Desde que Sevri cumplió los doce años se había instaurado entre ellos esta tradición que además servía para que la empresa probara en los hechos sus motivos de vanagloria: a una barca Rudi no la derrotaba nada; siendo de un tamaño importante, podían operarla entre dos individuos bien entrenados; la más vieja de todas iba y venía igual que la botada la semana anterior. Por esta razón, al zarpar se realizaba una ceremonia en la que la empresa ofrecía un desayuno extraordinario a base de cangrejo imperial a sus empleados e invitados. El retorno se documentaba ampliamente para promocionar la firma en dos periódicos nacionales y en los principales de las regiones costeras. Desde el primer recorrido, la fotografía de Sevri con su padre y la nave llamó la atención por el hecho de que el niño igualaba ya la altura del señor Rudi, superándolo en

anchura a pesar de tener, como decíamos, sólo doce años. Los pantalones cortos del crío habían sido motivo de burla entre los compañeros de escuela de Sevri, pero nunca mientras él estuviera presente, pues ninguno se arriesgaba a que el gigantón se pusiera de malas y decidiera aplicar un correctivo. Las precauciones eran en vano, ya que el niño era amigable, igual que lo sería después el adolescente y el adulto. A los veinte años, el hijo del tallador y armador Rudi era conocido por todos como el oso Sevri, apodo más bien ramplón que no disgustaba ni a la familia ni al enorme aludido.

En estos viajes los tripulantes, bajo el mando del más viejo por supuesto, alternaban las labores indispensables para la conducción, que entre dos no escaseaban. Sin embargo, como sucede comúnmente en los viajes por mar, tampoco faltaban los días de calma que padre e hijo dedicaban por lo general a la talla dulce de planchas de madera, es decir, con buril, disciplina que les aquietaba el espíritu uniéndolos como ninguna otra. Sobre una mesa especial atornillada cerca de los mandos de navegación, el par invertía horas conversando sobre los asuntos personales, los de empresa o los formativos. Así, durante el décimo de los viajes, unos meses antes de que Sevri cumpliera 22 años, reía la pareja burlándose de un tío tartamudo teniendo como escenario uno de los fiordos más hermosos de la región. El papá se secaba con un pañuelo las lágrimas de risa que le provocaba la estupenda imitación del hijo cuando éste vio una bengala aérea que dibujaba un arco bastante más allá de los límites del fiordo, a unas tres millas náuticas. De inmediato, el señor Rudi ordenó que Sevri buscara la pistola lanza-bengalas para responder a los necesitados. Hecho lo propio, izaron el pabellón noruego y orientaron la proa hacia el noroeste poniendo la máquina a toda velocidad. En quince minutos divisaron una embarcación de recreo bellísima, bastante mayor a la suya, que ondeaba un pabellón en apariencia ruso, lo que inquietó a los Rudi sin que por ello dieran marcha atrás a sus planes de auxilio. Por precaución, el mayor ordenó al hijo que tuviera a la mano los rifles que solían llevar consigo para un caso de emergencia y un par de arpones que también podían resultar útiles. Nunca se sabía. Al aproximarse, un hombre de unos sesenta años y dos mujeres mucho más jóvenes les hicieron señas agitando telas de colores. Gritaban en ruso, supusieron. Precavido, el señor Rudi saludó y dio una vuelta a la embarcación buscando anormalidades. Nada fuera de una pintura de calidad inferior pudo notar, pero lo cierto era que nueve de cada diez naves de recreo la utilizaban. El exigente armador detuvo la marcha a la altura de los tres que les llamaban. Entre la borda de estribor

de los Rudi y la de babor de los necesitados mediaban unos seis metros. Sevri se acercó para hablar con ellos mientras el padre operaba el barco. Cuando el hombre de la otra embarcación vio el tamaño del joven que sostenía sin disimulo el rifle, palideció pensando que tal vez hubiera sido mejor no encontrar ayuda. Las dos mujeres que viajaban con él optaron por desaparecer bajo cubierta previniendo cosas peores. En efecto, eran mucho más jóvenes que su acompañante. Pasados unos minutos, las muchachas volvieron a la borda por órdenes del otro. Primero en ruso y después en inglés, los tripulantes de ambas naves se fueron poniendo al tanto de las circunstancias. Una hora antes del amanecer, el hombre y sus dos nietas habían sido despertados por el abordaje de cinco extraños que, cautelosamente, se habían acercado a remo en una lancha inflable con el motor fuera de borda apagado. Hablaban ruso a la perfección. Pistola en mano pero sin violencia, les exigieron todo lo que traían, incluyendo los víveres y la ropa de cama. Luego se dieron el lujo de desmontar el sistema de radio, el de navegación satelital, el lavavajillas y hasta el refrigerador. Tres de ellos regresaron a la lancha de abordaje cargando lo robado; los restantes tomaron algunas piezas del motor, inutilizaron con barretas las lanchas de emergencia y después montaron en las motos de agua que llevaban consigo los desafortunados paseantes robando incluso los equipos de buceo. En ese momento se percataron de que arrastraban detrás de las motos a sus dos marineros atados a una cuerda y con los chalecos salvavidas puestos. Dudaban de que los pobres sobrevivieran por mucho tiempo en esas aguas heladas. Monstruos. Por gracia de dios, según exclamó una de las muchachas, la que mejor hablaba inglés, se marcharon tan rápido como habían llegado sin hacerles daño.

Terminada esta sucinta versión de los hechos, el señor Rudi propuso avisar de inmediato a la guardia costera de Noruega, pero el abuelo de las jóvenes se negó procediendo a desnudarse para mostrar que no estaba armado e hincándose después para rogar. Mientras el hombre permanecía encuerado y de rodillas, una de las nietas pidió lastimosamente que se le permitiera a su abuelo acercarse al barco de los Rudi para hablar personalmente con ellos. Padre e hijo discutieron unos minutos y decidieron que primero alejarían su barco del otro unos veinte metros para garantizar la seguridad. Luego, Sevri bajaría armado en la lancha pesquera que estaba adosada al bote familiar a la espera de que el otro descendiera por una escala de cuerda y saltara en la lancha, siempre y cuando se mantuviera desnudo y con las manos en alto. El señor Rudi cubriría a su hijo con el segundo rifle. Las muchachas

miraban para otra parte con tal de no avergonzar al supuesto abuelo. Una de ellas se mordía las uñas temblando por los nervios y por el frío de la mañana; la otra, la que hablaba un inglés casi perfecto, conservaba la ecuanimidad que la emergencia exigía.

El viejo cumplió con lo pactado. Una vez en el bote, Sevri le ofreció una manta enternecido. Era escuálido y medía a lo mucho un metro setenta. En el pecho se le veía una cicatriz quizá producto de una cirugía. Ya tranquilo, el joven gigante se dio a conducir el bote en esas aguas relativamente calmas acercándolo a la emblemática embarcación de la familia. Sin soltar el rifle, el papá descolgó la escala de cuerda y el rescatado subió con la manta enrollada al cuello. Pudoroso, el hombre trataba de que los extremos de la manta le cubrieran el sexo y las nalgas, pero el viento lo impedía. Cuando al fin estuvo a bordo, Sevri ató la lancha a estribor de su reliquia y trepó con sorprendente agilidad por la escalera que recién había usado el viejo. Las muchachas, pendientes ya de lo que sucedía al no estar su pariente desnudo a la vista, murmuraron algo relativo a la resistencia inconcebible de la escala y ahogaron las risas para no hacer enojar al descomunal si por descuido se volvía a mirarlas.

El papá servía al extraño una taza de café en espera de que Sevri se les uniera; no quería que las explicaciones comenzaran sin que su hijo estuviera presente. Aunque nada hubiera podido el hombre desnudo contra el fuerte armador y su calibre .270 con carrillera elevable, la presencia imponente de su "niño" le hacía sentir más calmo.

—Soy Ole Rudi y éste es mi hijo Sevri. Disculpe las precauciones que debimos tomar para su abordaje, pero cuando se negó a que interviniera la guardia costera, se dispararon las alarmas.

—Entiendo. Yo hubiera hecho lo mismo. Soy Bogdan Plotnikov. Vivo en Severomorsk y de ahí zarpé con mis nietas en un viaje de descanso—, comenzó a explicar en un inglés bastante accidentado pero funcional—. Lo demás ya se lo dijeron mis nietas, que se expresan mejor que yo. Insistí en que no llamaran a las autoridades por… porque… Mire, señor Rudi: no estoy en condiciones de ponerme a inventar historias ante un hombre inteligente y generoso como usted. Tengo mucho que perder si la policía se pone celosa con este episodio.

—Me gusta la sinceridad. Explíquese.

El hombre dudó por unos momentos acariciándose la barbilla y mirando al suelo. Entonces enderezó la espalda y miró alternativamente a los Rudi.

—Sea, pues. Sin rodeos: soy un hombre de sobrados medios que ama el arte más que a cualquier otra cosa. La colección pictórica que

conservo en casa rivaliza con las mejores y es sumamente valiosa, pero aún mejor es la que cuelga en los muros de ese barco. En él hay cinco cuadros extraordinarios que los piratas ni voltearon a ver por ignorantes. Nadie salvo mis niñas y ahora ustedes saben que esas obras están ahí. Pagué lo justo por ellas, pero no a sus dueños originales. Estoy hablando de mucho dinero, el doble de lo que vale mi barco. No me considero un ladrón, sino un hombre sensible y apasionado que hubo de tratar con intermediarios. Usted me entiende. Si la guardia costera se fija en las pinturas, puedo perderlas y también el barco y mi libertad. Yo le propongo abiertamente, de hombre a hombre, que me ayude y se quede usted con una, la que más le guste. Si acepta, contará con mi amistad eterna y con una obra maestra que, en circunstancias distintas, defendería con mi propia vida, pero la vida de mis nietas también está en juego. El motor está inservible, las bengalas se agotaron y no tenemos comida. Por eso le ofrezco lo que le ofrezco. Algo me dice que puedo confiar en usted y su hijo. Permítame pasar los cuadros a este barco y luego llame a la guardia o remólqueme hasta el puerto más cercano o al que más le convenga. Así los guardias pueden averiguar lo que quieran. Ya me encargaré yo de lidiar con ellos, pues nadie me busca ni soy malviviente. Después regréseme cuatro de mis cinco tesoros, ya veremos cómo. Somos hombres de palabra. Yo lo soy y sé que usted también. La decisión es suya. Estoy en sus manos.

Padre e hijo se miraron confundidos. Tenían tantas preguntas que formular al ruso, pero antes se apartaron sin quitarle los ojos de encima para deliberar en corto. La reacción inicial de ambos fue en sentido negativo. La estrambótica petición de aquél los ponía a la defensiva pero, siendo el mayor hombre de negocios nato y coleccionista de nivel, había instigado en su impresionante retoño el amor al arte desde niño y la costumbre de meditar hondamente toda posibilidad comercial que sumara al patrimonio de la familia.

—Hay amigos míos y de tu madre, personas exquisitas, que usan los barcos para guardar lo que no conviene exhibir en sus casas. Eso no es nada nuevo; muchos en el negocio lo sabemos. Negarse en redondo sin investigar es de pescadores, hijo. Los buenos negocios siempre entrañan riesgo. Antes de decir que no, debemos asegurarnos de que no haya más gente en su barco, de que no se trate de un trasiego de drogas, de la calidad de las pinturas y, sobre todo, de la estrategia a seguir con los de la guardia, que no son tontos aunque se empeñen en parecerlo.

—A mí esto me huele a mafia rusa. Si no, ¿de dónde saca éste que le regresaremos los cuadros así como así? Algún poder paralelo ha de tener

para arriesgarse.

—Cierto, pero la cárcel noruega es un aliciente, mi niño. No se te olvide. En Rusia el dinero lo puede todo, aquí casi todo. Si posee obra robada o la trafica, lo último que le interesaría es vérselas con los oficiales. De entre 10 y 25 años de prisión no se salvaría. En aguas internacionales, otro cuento estaríamos contando. Su situación, si es verdad lo que dice, es desesperada. Déjame hablar con él un rato y tú dedícate a observar su barco por si ves algo raro. Yo a este viejo no le tengo miedo, Sev, y menos si te mantienes bien atento.

—Como digas, papá —respondió Sevri, dispuesto a seguir las instrucciones del padre que tanto admiraba por su frialdad.

El señor Rudi se sirvió un whisky con agua y otro para el huésped, mientras Sevri, con el rifle al hombro, fue a la borda para cumplir con la vigilancia. Las muchachas, muy guapas por cierto, parecían ansiosas porque el viejo volviera a asomar la cara. Al notar que su abuelo no salía y que Sevri las vigilaba, prefirieron volver al interior del barco, aunque seguramente seguían atentas mirando desde alguna ventana. Por lo demás, nada llamó la atención del gigantón.

Entretanto, el señor Rudi se dio su tiempo para interrogar al otro con severidad y audacia. A ninguno le gustaba andarse por las ramas y les quedaba claro que la situación propuesta era muy seria y riesgosa para ambos. El ruso no dudaba en las respuestas y todas tenían sentido. Su barco valía al menos dos millones de dólares y era estúpido pasar de largo una oportunidad como la que ofrecía. A pesar de estar semidesnudo, se notaba que era un hombre refinado. Las manos tersas denotaban que no había realizado trabajos manuales en su vida. Sus modales eran buenos y, a pesar del inglés deficiente, pensaba con claridad, con audacia. Por su parte, el interrogado se percataba de que el tal Rudi no era una persona común, sino un hombre sofisticado acostumbrado a mandar y a tratar con gente inteligente. De este modo, conforme el interrogatorio se extendía, ambos participantes iban haciéndose una idea cada vez más positiva del que tenían enfrente.

—Ahora háble me de los cuadros, señor Plotnikov. En detalle.

—Me pongo en sus manos a ciegas. Ojalá no me arrepienta. Hay un Valentín Serov de 1889 que representa a un niño jugando con su perro. Fascinante. Es de formato mediano y puedo pasar horas frente a él. Hay un Petrov-Vodkin de 1929; muchos creen que dejó de pintar en 1927, pero no es cierto. Es tan bello que a veces creo que llegó a mis manos por voluntad divina (dios me quiere, señor Rudi, y me ha dado a manos llenas). En formatos menores que no llaman tanto la atención, tengo un

Miró que no me gusta, pero vale lo que vale; un Kandinsky de juventud, de 1904 para ser exactos, que le deja a uno con la boca abierta, y una yegua con potrillo de 2002 nada menos que de Lucien Freud… delirante y buscado, usted me entiende. Ahí tiene mis cartas sobre la mesa. O pierdo todo o confío en usted. La vida no me ha dado opción.

—¡Sevri! —exclamó el señor Rudi después de pensar las cosas un rato largo.

—Dime, papá —respondió el hijo acercándose a los dos mayores rápidamente.

—Tengo algo que contarte —y relató al hijo lo que el ruso le proponía. Al terminar, los tres cavilaron sorbiendo whisky. Luego de un rato, Ole se explicó—. Mire, Bogdan, si me permite llamarlo por su nombre —el otro dio su anuencia asintiendo en silencio—. Se me ocurre lo siguiente: quédese aquí con mi hijo mientras mi rifle y yo vamos en la lancha a su barco. Me juego el pellejo para cerciorarme de que no hay nadie más que sus niñas y para mirar las joyas que me ha descrito. Estaría de regreso en una hora a lo más. Si usted está de acuerdo y mi hijo también, haremos el trato y el cuadro será para éste, que ya tiene edad para empezar a lo grande su colección particular. ¿Qué me dicen, señor Plotnikov, Sev?

—Le pido que no asuste a mis nietas ni se propase con ellas, así, francamente.

—Jamás he molestado a una mujer y no pienso comenzar a esta edad. Lo juro.

—Yo te pido que no te arriesgues por mí, papá.

—Por favor, Sev, no seas cursi: es lo que he venido haciendo desde que naciste. A diario me la juego por tu madre, por ti. Yo estoy dispuesto.

—Entonces yo también —respondió Sevri animado por la actitud de su padre.

—Sea —dijo el ruso extendiendo la mano.

—Sea —respondió Ole Rudi estrechando la mano de don Bogdan Plotnikov.

Los tres fueron a la borda para hacerle saber a las nietas que el señor Rudi iría en la lancha hasta el barco. La más entera de las muchachas hizo un mohín demostrando cuánto le desagradaba la idea, mientras la otra trataba de animarla hablándole al oído. "Todo está bien", gritó en ruso Plotnikov que, al lado de Sevri, parecía un escolar que enfrenta el primer día de clases sin estar muy convencido de los argumentos paternos. En cuanto Ole estuvo listo luego de echarse en los bolsillos

municiones extra por si acaso, bajó por la escala y saltó a la lancha que permanecía atada al barco de los Rudi. Las aguas seguían en calma a pesar de que el viento soplaba un poco más fuerte que antes. En cuestión de minutos, el mayor de los Rudi ascendía por el costado del hermoso barco de los Plotnikov. En efecto, la pintura no estaba a la altura del resto que, a simple vista, era un trabajo de calidad indiscutible. "Seguro lo armaron italianos", pensó el señor Rudi, conociendo la mar de bien a los colegas de la bota, tan dados a ahorrarse unos dólares en la pintura de naves que valían millones. Contrario a sus expectativas, las nietas del ruso no se arredraron al verlo saltar armado por la borda. Al contrario más bien, saludaron educadamente y siguieron al recién llegado a una distancia ideal para escucharlo sin correr demasiados riesgos dispuestas a resolver las dudas del noruego. Sabían de marinería, pues al responder las preguntas de Ole utilizaban los términos exactos sin ambages. Lo acompañaron en un recorrido perimetral. Luego, cuando el explorador decidió que era tiempo de meterse al puente de mando para verificar los daños achacados a los piratas, las jóvenes prefirieron permanecer afuera, a la vista de su abuelo que, vigilado estrechamente por Sevri, atestiguaba a la distancia la inspección de su barco.

En efecto, la electrónica del navío había sido arrancada groseramente. Los cables aún colgaban de los paneles y no quedaban más que restos de la instalación que bastaban para hacerse una idea de la calidad de los aparatos robados. Eran de los mejores. Al salir del puente, las niñas esperaban con la curiosidad propia de la edad. Ellas le indicaron el camino a la cocina y a la zona de camarotes, tres en total, según dijeron. La situación en la cocina cazaba con la versión de los hechos: faltaban el refrigerador y el lavavajillas. Los platos rotos y el desorden generalizado también coincidían con el relato. Satisfecho y con el rifle siempre a punto, don Ole se animó a bajar al fin a la zona de cabinas, la más peligrosa exceptuando el cuarto de máquinas y las bodegas, según su instinto. Las niñas, prudentes en cuanto se acercaban a las zonas cerradas, lo dejaron solo como antes al revisar el puente. Un pasillo distribuidor de unos seis metros de largo llevaba a una pequeña sala de televisión en la que ya no había tele ni nada semejante. Entonces el señor Rudi se estremeció: frente al mueble en que seguramente habían estado los aparatos de video, sobre un sillón elegantemente tapizado, colgaba el Lucien Freud como un diamante solitario del cuello de una diva. La boca se le abrió al también coleccionista: la yegua y el potrillo eran más grandes que el barco entero a los ojos de un hombre educado,

sensible, esto a pesar del formato discreto. El marco dorado, de talla espectacular, estaba a la altura de lo enmarcado. El armador sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¿Qué designio de la providencia le llevaba allí, ante tal perfección susceptible de pertenecerle, si es que aquello podía pertenecer a alguien? Ahora entendía el riesgo que el ruso corría al tenerlo. "Delirante y buscado." La advertencia de Plotnikov resonó en la memoria empañándole una pizca el arrobo en que se extraviaba. Sacudió la cabeza para devolverse al estado de alerta que la situación exigía. No convenía demorarse innecesariamente. Revisó el entorno una vez más apuntando en derredor con su rifle tan preciado y pasó al primer camarote, el de las niñas a juzgar por la ropa femenina que los ladrones habían desperdigado. El Miró, también pequeño y menos impactante, colgaba sobre una cómoda de roble como si fuera un pajarillo juguetón que saluda ingenuo desde una rama deliciosa. El marco parecía obra de la misma mano que el otro y daba la impresión de haberse cambiado para no desentonar con la maravilla de la salita de televisión. O quizá fuera a la inversa. Imposible saberlo, pero qué importaba. En la segunda cabina encontró el sensacional niño jugando con el perro del que hablara el ruso. Se supo ignorante al no tener idea de quién era el gran maestro Serov, porque de que era un titán de la plástica, no cabía duda. El trazo era magnífico. Y la expresión del perro era un imán; le hizo recordar el mesmerismo, ese magnetismo animal tan llevado y tan traído. Pieza maestra. Otra más. En la recámara principal colgaban las dos restantes. "Dios, dios, dios", se repitió al encontrarse de frente con el Petrov-Vodkin, influido tal vez por el comentario de Bogdan Plotnikov. Y sí: hay cosas que sólo pueden llegar a uno por voluntad divina. Curiosamente, siendo el que más le gustaba, jamás se hubiera permitido don Ole quedarse con esa obra. "Hacerle eso a un hombre es criminal, como quitarle un hijo", sentenció para sí mismo convencido de que no, de que él no era así. Valerse de la desdicha ajena para apoderarse de ese tesoro era una crueldad, una bajeza. En contraste, el Kandinsky que colgaba en un murete cercano lo dejó indiferente. No era malo ni mucho menos, pero junto al de Vodkin parecía una joven guapa que se cruza por casualidad con una reina. Se sentó unos minutos en el colchón desnudo de la recámara, tan desnudo como lo había estado su dueño al rogarle el favor. Quería fijarse para siempre en la memoria la paleta, la fuerza del motivo, la armonía de las partes. Vaya aventura le reservaba la vida para el viaje de ese año. Si las cosas le salían bien, lo sucedido era como encontrarse de buenas a primeras en la isla del tesoro con el mapa en una mano y la pala en la

otra. Ahí decidió que sí, que asumía los peligros gustoso. Listo. Hombre de decisiones firmes, Ole Rudi salió de la recámara principal, buscó el cuarto de máquinas, verificó lo dicho y pasó a las bodegas sin encontrar nada que sugiriera dobles fondos ni nada semejante (siendo armador las tenía todas consigo).

Las jóvenes que el señor Rudi veía como niñas lo esperaban justo en donde lo habían dejado.

—Se tardó usted demasiado —reclamó la más compuesta, detalle que agradó al noruego sacándole una sonrisa.

—Tienes razón; discúlpame, chiquilla —contestó el armador admirando el temple de la mozuela.

Se descolgó por la escalerilla de cuerda, saltó otra vez a su lancha y se acercó a su barca igual que el hijo momentos antes. Bien fijas las amarras, ascendió volviendo a su mundo como quien retorna de un planeta extraño y rico en novedades. En la sala del puente encontró a Sevri con el rifle en la diestra y un vaso de whisky en la siniestra. Reía con el cautivo. Habían discutido de arte el tiempo entero que su padre había invertido en las investigaciones. Bogdan estaba sonrojado por la bebida. Vaciaban el segundo trago. Los tres serían amigos para siempre.

El plan era el siguiente: don Ole iría de nuevo al yate del ruso para envolver las obras en sábanas que él mismo proporcionó, ya que las del otro habías sido robadas. Una vez embaladas, las llevaría a su nave para esconderlas en el armario de blancos. Entonces regresaría al ruso a su barco y llamarían a la guardia. Su nave tenía un motor de 1500 caballos, más o menos lo mismo que un remolcador de puerto promedio, pero despertaría sospechas el remolcar la nave del ruso sin dar aviso antes a las autoridades, sobre todo tratándose de un grave asunto de piratería en aguas territoriales noruegas. El incidente podía levantar ámpula en los círculos diplomáticos y lo último que querían los ahora socios era verse envueltos en ese tipo de líos, pues con los propios les sobraba por el momento. El señor Rudi esperaba convencer a la guardia de remolcar el barco de Plotnikov hasta Tromsø con el pretexto de ser él mismo quien se encargara en su astillero de las reparaciones del buque de don Bogdan, quien ya estaba enterado de la ocupación del noruego y quedó encantado con el trato, pues conocía la fama de reciedumbre, de durabilidad, que los barcos Rudi tenían por toda Escandinavia y en los puertos rusos cercanos a Noruega. En principio consideraron que los Plotnikov se alojaran en casa de los Rudi, pero la familiaridad podía despertar sospechas y no había necesidad de ello, así que las muchachas y el abuelo se quedarían en un hotel de Tromsø como correspondería a

cualquiera que llegara a puerto en condiciones semejantes. Las reparaciones durarían unos diez días, tiempo mínimo que los italianos tardaban en enviar refacciones de sus excelentes motores. Durante ese lapso, Sevri se encargaría de sacar las obras con discreción para llevarlas todas menos la suya (sin ver había elegido la de Freud) al astillero paterno evitando dar motivos de sospecha. Ahí, él mismo se las arreglaría para devolver las pinturas unas horas antes de que los Plotnikov emprendieran el viaje de regreso a casa, minimizando las posibilidades de una revisión sorpresiva. El contacto entre las familias sería nulo, pues el ruso trataría lo relacionado a las reparaciones con uno de los gerentes del astillero.

Una vez de acuerdo, pusieron manos a la obra. Cuando las pinturas estuvieron a buen resguardo en el barco de los Rudi, procedieron a devolver al ruso a su yate para completar el plan. El ruso subió a la lancha envuelto en la misma manta por si acaso se presentaba alguna eventualidad y sí, justo cuando el señor Rudi transportaba a Bodgan a su nave, sonó una sirena que ellos no lograban ver desde la lancha. El corazón se les detuvo unos momentos, pero por fortuna el padre de Sevri cargaba aún con su rifle y el otro seguía medio desnudo, lo que justificaba bien las cosas ante los oficiales. El problema eran las nietas de Plotnikov, a quienes no habían aleccionado, pero confiaban en su aguda inocencia.

Los efectivos de la guardia costera habían sido alertados de la bengala por vecinos del fiordo en que se encontraban los Rudi divirtiéndose a costa del tío tartamudo, antes de los hechos referidos. En cuanto llegaron, subieron al ruso y al noruego a la patrulla naval para interrogarlos mientras otros oficiales abordaban primero el yate del ruso y luego el de los Rudi, quienes ya se habían identificado y eran más que conocidos en toda la región costera, tanto por sus naves como por los reportajes que publicaban año con año para promocionar la marca con sus viajes familiares. Uno de los agentes participantes en las primeras averiguaciones, declaró a los demás que había visto en el periódico el artículo sobre la partida del dueño del astillero y su hijo. Para suerte de los involucrados, las nietas del ruso, con su miradita angelical, hicieron un trabajo perfecto en callar lo necesario y explicar una y otra vez lo pertinente sin caer en contradicciones. Al enterarse en la capitanía de Tromsø de que el famoso Ole Rudi, dueño del astillero que llevaba su apellido, estaba involucrado en los hechos, se giraron órdenes para facilitar las cosas a uno de los más eminentes y respetables personajes de la ciudad. Por su parte, las averiguaciones sobre Plotnikov refrendaron

que se trataba de un hombre de negocios en toda ley que no tenía antecedentes ni con la policía rusa ni con la noruega ni con la Interpol. Al contrario, ciertos funcionarios de peso fueron despachados por amigos de don Bogdan hasta Noruega para facilitar las denuncias y demás trámites legales. Siendo que el yate de los Plotnikov había pedido permiso para internarse en aguas noruegas el día anterior, lo que constaba en los registros de la capitanía de puerto, nadie tuvo motivos de sospecha. Asentadas las declaraciones de hechos e iniciadas las averiguaciones por los delitos de piratería en alta mar, en su modalidad de robo con violencia (el secuestro de los marineros se adaptaba al tipo previsto por la ley) ante la Interpol y las dos policías, los Rudi y los Plotnikov fueron liberados de cualquier responsabilidad en los hechos.

A los cinco días, Sevri llegó al puerto, saludó a los veladores y demás empleados y subió a la nave familiar para llevarse buena parte de sus herramientas de carpintería, incluyendo la mesa de trabajo desarmada y otros objetos que ya no se necesitaban. Los guardias, siempre dispuestos a ganarse una buena propina ayudaron a bajar las cosas para llevarlas a la camioneta del generoso grandulón, conocido entre ellos desde que usaba pantalones cortos. Por supuesto que entre el menaje se hallaban las obras que pronto quedaron a resguardo en la casa de los Rudi. Al día siguiente, regresó al barco con una mesa a estrenar y herramientas mucho mejores que nuevamente le ayudaron a transportar e instalar. Nadie se fijó en el eficiente disimulo. Entretanto, los cuadros esperaban el momento de ser llevados al astillero, lo que hizo Sevri en una visita típica al negocio familiar sin que nadie sospechara absolutamente nada. Quince días después de los hechos (los italianos y sus retrasos), el motor estaba listo y todo lo demás fue sustituido o reparado. El señor Plotnikov y sus guapas nietas fueron a la capitanía con regalos sencillos para los oficiales que los habían atendido y luego agradecieron en el astillero a los Rudi por los favores recibidos. Unas horas antes, de madrugada, Ole en persona, siendo mucho menos corpulento que su "niño" y, por tanto, menos visible, subió las cuatro pinturas restantes al barco de Bogdan Plotnikov. De esta manera, el ruso conservó la mayor parte de su colección secreta y Sevri inauguró la propia con una obra que jamás mostraba a nadie pero que le llenaba de alegría y orgullo el corazón. El pacto de silencio fue cumplido a cabalidad y, cinco meses más tarde, los Plotnikov aparecieron con su yate impecable en el puerto de Tromsø para pasar unos días con sus nuevos amigos noruegos. Era como si las familias se conocieran de toda la vida.

En más de un sentido, la aventura de los piratas rusos fue un hito en

la vida de Sevri. La afición a la estampa y el gusto por la pintura se transformaron en una pasión vitalicia que, eventualmente, lo llevaría a convertirse en uno de los máximos conocedores. Parte de su colección privada de ilustración antigua era exhibida en el museo de Tromsø y viajaba de cuando en cuando a otras instituciones de renombre. Los afortunados que habían visto el grueso de la colección particular, que era conservada en la casa paterna, admiraban el gusto exquisito que el gigante tenía para la elección de los artistas y los temas. A insistencia de ciertos amigos adinerados de la familia y del propio Ole, Sevri aceptó desprenderse de algunas pinturas y estampas extraordinarias pero no excepcionales en el contexto de su colección. Así fue estableciendo casi involuntariamente un negocio lucrativo en el mercado del arte, a nivel nacional primero e internacional después. Su fama crecía porque los interesados debían rogar al gigante para que aceptara venderles, pues le costaba muchísimo desprenderse de aquello que amaba. Con el tiempo, y con la asistencia de los conocidos que el tío Bogdan tenía en Rusia y en otras partes del mundo, llegaron a sus manos obras que habían estado perdidas durante siglos o cuya existencia de plano se ignoraba. Los tesoros de Sevri, aunados a los del papá, exigieron una sede propia para su exhibición y también por motivos de seguridad. De esta forma nació la idea de fundar el Museo Rudi en Oslo, mismo que don Ole administraba gustoso sabiendo que la empresa armadora se beneficiaba indirectamente con ello. La sede era pequeña, la colección excepcional y la museografía fascinante. El conjunto logró que la empresa del museo fuera incluso redituable y todos los involucrados, de una forma u otra, se vieron beneficiados.

Catorce años después del episodio de la bengala, las nietas de Bogdan, ahora mujeres cercanas a la treintena, establecieron un negocio de comercio en arte en San Petersburgo. Los Rudi fueron invitados a la inauguración. Alentado por un vino excepcional y por el ambiente cálido del evento, Sevri improvisó un aria de Tchaikowsky acompañado de una orquesta de cámara de siete miembros que supo estar a la altura del entrañable y dramático aficionado. La ovación duró un par de minutos que hicieron llorar al gigante y a muchos de los asistentes. Aquel hombre inusitadamente alto y gordo tenía algo que llegaba al fondo del alma. Su franqueza interpretativa, el descaro y la voz que la madre le había educado, se ganaron el corazón de los presentes. La mayor de las Plotnikov, la más serena, se enamoró perdida e inesperadamente del gordo que años atrás viera trepar ágil por la escalera de cuerda. Quién lo hubiera pensado: los Rudi y los Plotnikov

terminaron emparentados. Ole y su consuegro Bogdan estaban fascinados, aunque este último lamentó que los recién casados decidieran establecerse en una casa campestre ubicada en las afueras de Tromsø. Muy pocos sabían de la colección privada que la pareja conservaba en tan discreta propiedad rodeada de bosques y vigilada por un quinteto de Pastores del Cáucaso, regalo de Bogdan, famosos por el celo guardián y por su tamaño acorde al del dueño. En la recámara de la pareja, colgado encima del tocador de la esposa, la yegua con el portillo de Lucien Freud volvía hasta cierto punto a las manos de las que había partido. Era la fracción inconfesable del patrimonio familiar y el símbolo de unión entre dos familias afluentes, conocedoras.

Una noche de noviembre en que Sevri se desvelaba poniendo en orden su catálogo personal de obras, llegó a su computadora un correo electrónico que lo intrigó. En él, una japonesa rara y exquisita llamada Ohaguro le contaba una historia casi increíble relacionada con un documento antiguo. El mensaje, impecablemente escrito, estaba acompañado por dos fotografías de colores cremosos, típicas de las cámaras no muy buenas de los años setenta. Los ejemplos representaban ilustraciones orientales excelsas sobre las cuales la mujer pedía una opinión experta. Se trataba de una simple muestra, pues el proyecto completo aspiraba al largo aliento. Ella sabía que Sevri tenía los contactos y los conocimientos para ayudarla. ¿Le interesaba ser su asesor? De más estaba aclarar que la remitente correría con los gastos de la consulta. Eso sí: le rogaba que, tanto en el caso de aceptar como de no hacerlo, mantuviera el asunto en el más estricto secreto. La curiosidad, las fotos de muestra y la extravagancia de adosar a uno de los correos subsecuentes una foto de sí misma, llevaron a que el noruego aceptara el exhorto de la dama de los dientes negros. “Habrase visto algo igual en nuestros días”, pensó el noruego descomunal, recordando estampas orientales antiguas en las que figuraban sonrisas semejantes.

*

Las veinte onzas de café barato y poderoso lograron espabilar por fin a Sevri. Hacía media hora que había dado cuenta también de los bocadillos tradicionales, tirando a la basura el vegano junto con la bolsa y el vaso extra grande. La mañana aquella en Ámsterdam era tan fría como las templadas en su Noruega natal, pero la caminata le había hecho entrar en calor. Sudaba profusamente al internarse en un barrio

entre bajo y clasemediero guiado por una aplicación de su teléfono celular. Damrak parecía tan ajeno a aquellos rumbos como podía serlo un pueblo japonés o sudamericano. Con la respiración agitada, dobló en una calle que no admitía ya aceras. Acaso un auto pequeño podía transitarla. Unos minutos después se detuvo frente a una puerta amarilla. Era el número indicado. No había timbre ni campanilla, por lo que dio tres golpes a la puerta con la mano abierta. Nada. Insistió. Entonces una voz femenina muy queda preguntó "¿Quién?" con tono melifluo. "Soy amigo de Bogdan", contestó el gigante para luego echar una mirada a la derecha y a la izquierda. Descorrieron un pasador, zafaron una cadena y la puerta amarilla se abrió.

Un libro para adultos

El ilustrísimo antepasado de Marion, el duque de La Rochefoucauld, fue tan visionario, tan adelantado a sus tiempos, tan universal, que pudo definir el carácter de su familiar habiendo vivido 350 años antes que ella. "Se suele ser maledicente más por vanidad que por malicia", escribió como dedicándole la máxima a esa niña que nació siete minutos antes de que su gemela le siguiera los pasos en la vida. En cuanto tuvo edad para reconocerse en la individualidad, en la diferencia de su hermana, en ese universo de atributos que definitivamente no la conformaban y que por exclusión la definían, Marion se asumió distinta, mejor que la de enfrente, más capaz de convertirse en lo que fuera, en lo que eventualmente quisiera, en lo que necesitara. Con el paso del tiempo fue extendiendo esa idea fija más allá del círculo íntimo y así, antes siquiera de darse cuenta de lo que hacía, Marion estaba segura de ser justo lo que otros no podían. Y no gustándole mucho lo que veía, asumió que ser distinta era lo bueno, o lo ideal, o la única opción asequible para alguien como ella. No se trataba, como interpretan algunos, de una reacción defensiva venida del sentimiento de inferioridad ni nada de eso que fascina a los psicólogos chabacanos. Era la genuina convicción de que lo suyo valía más, gustaba más y convenía más que lo posible para todas esas gentes que parecían incompletas, diseñadas para tiempos venideros que nunca llegarían. Pero los amaba por una especie de piedad… no, por lástima. Sabía que no tenían la culpa de ser distintos a ella los pobrecillos. Si pudieran se las arreglarían al punto para semejársele, pero la vida era la vida; ¿qué sentido había en discutirle los caprichos como le encantaba hacer a su padre, a su madre, a su hermana?

De los cuatro, sólo Marion aceptaba lo que fuera. Por ejemplo, la madre se quejaba del encierro que el cuidado de las niñas le imponía; la criada contestaba que sin quejarse la mitad ella tenía que cuidar a esas dos aparte de las suyas; el marido se callaba porque desde hacía años lo

que dijera se le refutaba y la hermana, la hermana sólo miraba a Marion para repetir exactamente lo que ella vistiera, dispusiera, comiera, jugara, inventara, usara, rechazara o discutiera. Por supuesto que muy poco de todo esto se notaba pues, siendo clara, la niña por instinto sabía que esas cosas se callaban porque el daño gratuito derivaba en rencor y éste terminaba por volverse contra ella. Así, la vanidad, ese supuesto vacío, derivación de la soberbia, hijastra de la arrogancia, se justificaba y justificaba su vida siempre y cuando los demás no la advirtieran. Para ello, había que disfrazarla de risa, vestirla de ocurrencia, tapizarla de ironía. Tal manera esquiva de aprender el mundo se le hizo carácter. Con inteligencia, la niña supo convertir su vanidad en un bien no sólo llevadero sino plausible. Bastaba con no confesarla y ahí tienes: ah, qué fina la ironía, qué agudeza, qué se le va a hacer naciendo francesa de sangre vieja.

Las hermanas La Rochefoucauld supieron de su diferencia genealógica desde muy pequeñas. El primer día de clases, debacle emocional que en el fondo nunca logramos superar, fue para ellas doblemente pernicioso. Su nombre no figuraba en las listas debido a un error administrativo, por lo que Marion y su hermana tuvieron que repetir el apellido, largo y difícil de escribir correctamente incluso para una maestra de la escuela elemental. Tratándose de dos hermanas de la misma edad, la solución al trabalenguas fue explicada doblemente por Coraline, la menor, y una más por Marion, quien medio desesperada por tanta pregunta en un momento de tensión, rompió el tono indicando a la estupefacta maestra que se escribía igual que el del "inmortal duque", su antepasado. "¿No lo conoce? Debía darle vergüenza." La maestra tardó unos segundos en digerir el rapapolvo de la escuincla que a sus seis años se atrevía a ningunearla. Por suerte, la educadora tenía el temperamento que su profesión exige y reprendió cariñosa y pacientemente a la mayor de las gemelas. Sin embargo, el desplante no pasó inadvertido para sus compañeros, que de inmediato empezaron a burlarse de las "duquesas flofloflo", apodo que arrastraron las hermanas los primeros tres años de escuela. A partir de ese día, el apellido les pesó como un lastre en el ámbito de la educación oficial, no muy dado a respetar abolengos. Aunque después les abriría muchas puertas, el mundo infantil no conocía ni se plegaba a esas etiquetas que la historia antigua adosa a algunos como una culpa antecedente al nacimiento mismo.

La reacción de los compañeritos vino a refrendar esa noción de superioridad de que ya hemos hablado. En Marion, para ser exactos,

pues Coraline, igual que la mayoría de los niños, había desarrollado otros recursos menos sofisticados y más acordes a su edad. Su naturaleza avenida fue diferenciándola de Marion desde aquel día primero en la escuela. Si se burlaban de ella, se ponía a inventar canciones con el mentado floflofloflo, bailoteaba y reía, con lo que las puyas perdían efecto y terminaban por obrar en su favor. Sus payasadas la hicieron popular, lo que no sucedía con la cáustica Marion, quien fácilmente daba con la fórmula humillante que denostaba a su contrario incubando rencores por aquí y por allá. La pedante y la graciosa eran a fin de cuentas dos caras de la misma moneda. Estando a solas, en el cuarto de tareas o jugando en el jardincillo de su casa en Le Marais, las hermanas festejaban sus mutuas ocurrencias: Marion se reía de las gracejadas de Coraline y ésta se enorgullecía del veneno que su hermana repartía para poner a los ordinarios en su lugar. Se complementaban, pero en el fondo Coraline deseaba ser como su hermana y Marion ni lo pensaba. Ella orientaba las baterías a convertirse en una versión refinada de sí misma.

Esta tendencia de Marion se agudizó durante una visita familiar al Palacio de Versalles. Las niñas estaban a un par de días de cumplir los nueve años y sus padres pensaron que era una excelente oportunidad para celebrarles el cumpleaños en los jardines con algunos allegados. La mamá, su hermana y la nana prepararon dos canastas grandes para departir con los invitados terminado el recorrido. Los críos se aburrían en las galerías del edificio prefiriendo espiar desde los balcones los jardines interminables con ganas de echarse a correr en ellos, todos menos Marion, quien seguía la explicación del guía con atención extrema. Llegados a una de las salas menos ostentosas, el guía aclaró la garganta para darse a enumerar las obras que colgaban de las paredes. De repente, cuando Marion estiraba la cabeza para ver mejor entre una taiwanesa y un connacional vestido con saco raído, el guía dijo que un cuadro, el tercero de derecha a izquierda contando a partir de una columna muy fea, representaba al grandísimo escritor François VI, duque de La Rochefoucauld, gloria de las letras francesas y del ingenio universal. La etiqueta dejó a la niña confundida, pues era la primera vez que alguien hacía alusión no sólo a los títulos nobiliarios sino al oficio de su pariente.

—Papá, papá —insistió Marion tirando de la chaqueta a su padre que, distraído, ni siquiera se había dado cuenta de que hablaban del prócer—. ¿Qué es una gloria de las letras?

Confundido por la pregunta, el hombre pensaba cómo responder convincentemente, cuando el guía tuvo a bien sacarlo del apuro con una

respuesta típicamente republicana.

—Es una persona que escribe cosas tan bellas e importantes, que todos sus conciudadanos deberían leer para conocerse mejor como seres humanos y como miembros de una sociedad. El duque de La Rochefoucauld escribió un libro muy importante lleno de reflexiones que han hecho pensar al pueblo francés y al mundo. Por eso está aquí su retrato. Lo pintó Théodore Chassériau en 1836, basado en otros retratos pintados cuando el duque todavía estaba vivo.

El guía acarició la cabeza de la niña con una sonrisa amable y siguió explicando los cuadros que acompañaban al del escritor.

—Papá: yo quiero leer su libro. ¿Por qué no me habías dicho que era un escritor de esos?

—Es un libro para adultos. No lo entenderías.

—Claro que sí. ¿Verdad mamá que sí puedo entenderlo?

—Si le dedicas el tiempo necesario y te ayudas con un buen diccionario, no dudo que lo hagas, mi amor —respondió la madre orgullosa de su niña.

—Yo también quiero leerlo —se sumó Coraline para congraciarse con la hermana.

—Pueden empezar hoy mismo cuando lleguemos a la casa, aunque no estoy seguro de que tengan la edad suficiente —remató el papá contagiado por el orgullo materno, pero comprensiblemente escéptico.

En retrospectiva, para Marion ése fue el día más importante de su vida. La lectora, la aristócrata, la feminista, la profesora, la ensayista formidable, la experta traductora de cinco lenguas al francés, la intelectual poliédrica, todas provenían de aquella tarde en que los libros se adueñaron de sus días. Elegantemente cubierta con su linda bata de seda roja jaspeada en negro, Marion se sentó muy seria en el escritorio de su padre, quien la dejó estar a solas en su estudio, intuyendo que algo importante sucedía. Los pies no le llegaban al suelo y la mesa se alzaba por encima de su pecho. En el alma se le gestaba lo que luego calificaría de serenidad: la certeza de estar en donde debía, de haber llegado a puerto, de abordar al cabo una barca que podía llevarla hasta el sitio que ella eligiera, el debido, el que no admite dobleces ni baratura ni sandeces ni porquería. Cinco hojas de papel en blanco, un lápiz nuevo, un diccionario no abreviado, una enciclopedia alineada en los estantes a su espalda y las *Reflexiones o sentencias y máximas morales* escritas por esa gloria de las letras francesas tan cercana a ella como el apellido al nombre, le esbozaron en unas horas de aquel sábado la parte sustancial, la rectora, de su destino. Desde poco antes de las siete hasta pasadas las

once la dejaron estar a solas en el cuarto de los libros. Nunca antes había dedicado más de cuatro horas seguidas a algo que no fuera dormir; nunca antes le habían permitido desvelarse tanto. El momento estaba lleno de "nunca antes". Era la primera vez de tantas cosas lindas, serias, hondas. Supo lo que era un prólogo. Conoció el que Sainte-Beuve dedicó al libro de su pariente, y hemos de aceptar que entendió muy poco y lo encontró aburrido, pero supo enfrentarlo. Lo acabó como fuera cuatro horas después de comenzarlo y muy cansada pero ávida. Leyó entonces el epígrafe que apareció hasta la cuarta edición de la obra: "Nuestras virtudes no son, la mayoría de las veces, sino vicios disfrazados." *Mon dieu*. No pudo más. Terminó en ese momento la lectura y empezó la reflexión. Las preguntas se arremolinaban en su cabecita infantil alebrestándole la inteligencia regia que la habitaba. Sabemos que Damiano Castiglione había vivido un momento semejante en su Catania, pero aunque las similitudes existían, eran vagas. Aquel estudioso entraba al mundo de las letras con el ánimo del invasor, dispuesto a conquistar y Marion no: ella llegaba a su mundo propio, el que la había esperado desde siempre. El niño conquistaba aquello que a esta niña recibía como a una dueña; aquél domaba al perro guardián de las letras que ante ella movía el rabo para lamerle después el dorso de la mano.

Como decíamos, no fue más allá del epígrafe. No pudo. Pensó y pensó y luego salió del estudio que ya no perteneció al papá más que nominalmente. El vicio y la virtud, lo blanco y lo negro, lo bueno y lo malo, el cuerpo y el alma, la bendición y la maldición, la victoria y la derrota, el mundo de los opuestos, el mundo que la rodeaba, el tú y el yo, el del amor y el desamor, el de ella y el de su hermana y un sinfín de cosas dispares que se apareaban la desarmaron y la armaron para volverla a desarmar y a armar y así indefinidamente. Eso le representó la frase a la pobre niña que, en cierta medida, dejo también de serlo ese día.

Al siguiente era domingo. Despertó más tarde de lo habitual y en lugar de irse a corretear en pijama con la hermana por el jardincillo de su casa, volvió a meterse en la biblioteca hasta que Coraline tocó la puerta y entró para estar cerca de Marion, calladita, respetuosa, confundida, sin cuestionar, sin atreverse a intervenir. ¡Cuánto la quería! Un mundo miraba girar a otro mundo.

Eran las diez de la mañana cuando mamá las llamó a desayunar. Marion se levantó del escritorio y tomó a su hermana de la mano. Coraline se atrevió entonces a abrir la boca y preguntó:

—¿Es divertido ese libro?

—Al rato te explico —respondió hambrienta Marion.

Nacía la profesora que llegaría a ser emérita de la Universidad de Lille Nord-de-France.

El lunes siguiente, 13 de mayo de 1968, sería un día que tampoco olvidarían las gemelas. Por alguna razón que no lograban entender, el papá les informó que no podían ir a la escuela. Las calles de la ciudad eran más peligrosas que nunca porque estaban llenas de estudiantes furibundos. La explicación del padre atribulado no fue más allá de eso y la de la madre pecó de didáctica y cuidadosa. Las dos supieron que se les ocultaban cosas graves. El papá procedió a encerrarse en la biblioteca con varios periódicos y una jarra de café humeante que el servicio le llevó junto con la amada taza de porcelana rosa y blanca. A Marion ni se le ocurrió interrumpir para seguir con sus estudios. Por instinto supo que, aunque ellas eran estudiantes, estaban muy lejos de tener cabida en la furia mencionada por el padre. Ni a Coraline ni a ella se les había ocurrido que las calles pudieran ser peligrosas para alguien como su padre, para mamá. En el caso de los niños, se sabía que había personas malas que podían lastimarlas y demás, pero todo se remediaba si las acompañaba un adulto. Ahora no, por lo visto. El peligro debía ser gravísimo si hasta los grandes optaban por esconderse en sus casas con cara de angustia.

Pocas horas después, mientras el papá seguía encerrado y la mamá distraía los nervios con la sirvienta en la cocina, Marion y su hermana se asomaron al balcón del tercer piso de la casa. Algo raro sucedía del otro lado del Sena, en el barrio latino. Un rumor indefinible les llegaba desde allí; era parecido al de los restaurantes que estaban llenos pero lejano, ronco, amenazante. De pronto, la calle en la que estaba su casa, de estar vacía, comenzó a poblarse con jóvenes que corrían en dirección al río con los rostros cubiertos llevando palos, cadenas y piedras en las manos. Se apuraban unos a otros. A la distancia se levantaban columnas de humo en al menos seis puntos. "¡A las barricadas!", gritaron unos muchachos desenfrenados echando a correr a toda velocidad. "¡Por la libertad!", exclamaban otros que les seguían. A los pocos minutos, uno con un bote de pintura se detuvo enfrente de la casa, pintarrajeó rápidamente "prohibido prohibir" y se alejó en la misma dirección que los demás ocultando el bote de pintura y la brocha entre sus ropas. Azorada, Marion propuso entonces de la nada:

—Vamos afuera. Yo quiero ver un poco. ¿Qué puede pasarnos si vamos hasta la esquina y ya?

—No sé. Hay estudiantes y es peligroso —respondió medrosa y

prudente Coraline.

—Acompáñame un rato. Nadie se va a dar cuenta.

Coraline dijo que sí. Se pusieron los abrigos que colgaban de un perchero. Calladitas tomaron las llaves que la mamá dejaba pendiendo de un gancho cerca de la puerta principal y salieron a la calle cerciorándose de que no pasaba nadie en ese momento. Cerraron la puerta tras de sí. Frente a ellas, el "prohibido prohibir" escurría goterones de tinta que afeaban la pinta complicando su lectura. Dos de los chorretes llegaban ya al piso. Se calaron la capucha de sus abrigos con tal de parecerse a los jóvenes que corrían con el rostro cubierto. No sabían exactamente para qué, pero lo hacían. Caminaron lentamente, pegadas a la pared. El corazón les palpitaba. Era la historia agolpada en el pecho de dos niñas que, muy en el fondo, obedecían un mandato: el de ser testigos presenciales de sus días.

Avanzaron mano con mano por la Rue des Nonnains d'Hyères. La cuadra vacía les dio la impresión de ser mucho más larga que cuando la mamá las llevaba por ahí a divertirse en el jardín del Hòtel-de Sens. El parque estaba desolado. Ni una mujer empujando la carriola, ni un vendedor de nada. Al otro lado del parque, la puerta principal del hotel estaba cerrada. La mayoría de las ventanas que deban a la calle tenían los postigos echados. Coraline tuvo un mal presentimiento al imaginar el interior del hotel en la penumbra. Nunca lo había visto así. Era como otro edificio sin el botones, sin el portero, sin las señoras que salían elegantes tomando el brazo de los señores. La soledad de las calles les hizo caminar más rápido. Entonces vieron que un grupo nutrido de jóvenes que venían por la Quai de Célestins, quince o veinte, doblaban a la izquierda para seguir su carrera en la dirección que ellas llevaban, hacia el Puente de María. Las chiquillas dudaron: si se aventuraban por el puente cruzando el río, llegarían a la Isla de San Luis, zona que conocían bien por estar cerca de casa pero que les despertaba resquemores por ser tan populosa. Jamás habían ido solas a ninguna parte y no se explicaban ni ellas mismas qué diablos hacían ahí, mirando a un lado y al otro en busca de no sabían qué, con actitud sospechosa. El grupo nutrido se internó en la isla y ellas no se atrevieron, prefiriendo sentarse un rato junto a una jardinera llena de basura que les dio la sensación de estar protegidas quién sabe por qué. Entonces vieron que un grupo de policías caminaba junto a tres o cuatro uniformados que montaban. Llegaron al puente por la misma ruta que el grupo nutrido. Esto les dio confianza, pues donde había policías no podían hallar peligro. Bajo esta premisa falsa se aventuraron detrás de los oficiales, a

una distancia prudente. Marion notó que las manos le sudaban. A medio puente sopló una ráfaga que se les metió debajo del abrigo helándolas. Eran las rachas que en París suelen soltarse el pelo sobre el río, tan incómodas, tan impertinentes.

—Aquí hace frío. Mejor vamos junto al teatro para calentarnos un poco y luego regresamos a la casa —propuso Marion a lo que su hermana respondió:

—¿Y nada más? Si no hemos visto nada de eso… las barri…

—Las barricadas —completó Marion sin tener idea de qué se trataba.

Paralizadas por la culpa, por el miedo y por el amago del viento, las hermanas La Rochefoucauld dudaron unos minutos sin decirse nada. Entonces, no muy lejos, a unas tres o cuatro cuadras, se levantó una columna de humo nueva y con ella un griterío parecido al que se escuchaba a la distancia desde el balcón de la casa, pero más inquietante. Los policías que las precedían, detenidos unos cien metros después del puente, ya en la isla, echaron a correr y ellas hicieron lo mismo para no quedarse solas. Corrieron una cuadra y al darse cuenta de que a la siguiente terminaba la isla y volvía a extenderse otro puente, trataron de volver sobre sus pasos, pero un nuevo grupo de policías mucho más numeroso entre los que había unos veinte de caballería, venían a la carrera a sus espaldas bloqueándoles el regreso a Le Marais. Llevaban porras y gritaban palabrotas que aturdieron a las niñas. Por instinto, las dos echaron a correr de frente cruzando el puente de la Tournelle casi sin proponérselo. Los cascos de los caballos se oían cada vez más cerca. Se acabó el puente y entonces se dieron cuenta de su error: un mar de jóvenes iracundos las envolvió. Estaban a una cuadra escasa de la Sorbona, del campus Pierre y Marie Curie para ser exactos, el centro de la revuelta, el germen de la insurrección. Trataron de huir pero la policía montada que venía detrás ya repartía golpes a los muchachos. La turba se movía en todas direcciones. Junto a ellas, dos mujeres pasaron gritando "¡Asesinos!" con la cabeza rota y la hemorragia escurriéndoles por las manos mientras un grupo barbado se defendía con las pancartas que tenían a la mano. Marion gritó a su hermana "¡Por aquí!" y enfiló hacia el Boulevard Saint Germain, que por ser más ancho daba una falsa sensación de seguridad. Y lo pagaron caro las chiquillas. La policía y los civiles se enfrentaban en una lucha más cruenta aún. Los jóvenes golpeados se ponían de pie para retar llorando de furia a los policías que les pegaban porque sí, porque podían. Cabrones. El insulto lanzado por los agredidos se le metió a Marion en la sangre y lo gritó a su vez todo lo

fuerte que pudo. Coraline no entendía a su hermana. Nunca la había visto así, roja de ira y convertida en una furia chiquitina pero tan genuina como la de los heridos. Hijos de puta, escuchó por ahí Coraline y entonces fue ella la que repitió al momento encarnándose igual que la otra. "Por aquí", gritó Marion y ambas corrieron por su vida doblando en la Rue de Poissy, donde todo parecía más calmo. Pero no. La revuelta se metía por las vías secundarias aledañas a la universidad, y lo que parecía una calle tranquila pronto fue bloqueada en un extremo por una barricada de palos y tubos y ladrillos y mesas y sillas y lo que fuera y por el otro por un nuevo grupo de gendarmes y caballos y perros que echaron a correr sin importarles que en medio de los bandos las chiquillas sólo pudieran hacerse a un lado, cubrirse la cabeza, pedir a dios y esperar llorosas a que algo más concreto las salvara de la refriega.

Transcurrieron diez o quince minutos en que el mundo se compuso de golpes, alaridos, cascos, relinchos, quejidos, insultos, resoplidos, amenazas. Marion logró refugiarse detrás de un basurero enorme que daba servicio a un bloque de apartamentos y ahí, entre una inmundicia indeciblemente mayor que la de la jardinera, al lado de un gato muerto acompañado por moscas y botellas vacías, miro a su alrededor buscando a Coraline. No estaba. Y la vanidad aquella de que hablamos para describir el carácter de la niña, ese supuesto vacío, se colmó de tristeza, de arrepentimiento y de llanto. La criatura berreó ahí solita sin que nadie tuviera tiempo de fijarse en ella. "¡Cora! ¡Cora! ¡Coraline!", se decía cubriéndose el rostro con las manos sucias, rogando porque mágicamente le llegara una respuesta de la hermana, una palabra siquiera que pudiera aliviar la angustia, el dolor inmenso, el desamparo. Y las moscas que sobrevolaban al gato le dijeron nada.

Unas dos horas después de la tragedia, Marion se atrevió a salir de su escondrijo. Hacía rato que no lograba llorar. ¿Qué caso tenía si las lágrimas no drenaban esa sensación horrible, la impotencia? Cuánto hubiera dado la chiquilla por echar atrás el tiempo y enmendar así lo errado. Se sentía responsable única de la suerte de su hermana. Por unos instantes deseó haber muerto en el enfrentamiento para no tener que dar la cara a su padre, a la mamá. ¿Cómo explicar el impulso idiota que la había llevado a obrar así? Siendo la mayor —siete minutos bastaban— tendría que haberse portado a la altura.

Los lamentos estaban de más. Era hora de regresar a casa. Por tensión tomó la ruta equivocada y en lugar de volver al Sena se internó en el barrio latino. Todo era humo, tiradero, cristales rotos, sillas a medias, mesas quemadas y otras maderas. Un par de veces miró charcos

menudos, negruzcos. Supo lo que eran. Tenía hambre y miedo. Tanto miedo. Siendo brillante no se le había ocurrido pedir ayuda. En el fondo no quería salvarse o salir de la desdicha sino encontrar a Coraline. Caminar y caminar la tranquilizaba. Como sonámbula andaba por las calles a media tarde cuando una señora la tomó del brazo diciendo "¡Niña, por dios! ¿Qué haces aquí sola?" No supo qué responder. La buena mujer evitó más preguntas y la condujo medio a la fuerza hasta una estación de policía. El consuelo que debió sentir se le mudó en pánico. Ya sabía de lo que eran capaces esos hombres. Pero no. No le pegaron ni la insultaron. Uno de ellos, muy dulce, le lavó la cara, las manos, le prestó un gabán para taparla y le ofreció un panecillo con leche que le trajo de por ahí un subordinado. Atajada el hambre y la sed, se atrevió a hablar sin que le preguntaran gracias a la confianza que le daba el hombre bueno. Al fin dio su nombre y dirección. Media hora más tarde, el papá entró a la comisaría palidecido. Era un fantasma que se echó a llorar cuando la vio en la silla del rincón tapada con esa cosa gris. El oficial lo atajó para interrogarlo antes de dejarlo acercarse a Marion. Por precaución. Por protocolo. Nunca se sabía. Aclarados ciertos puntos y plenamente identificado, se le entregó a la niña. El pobre hombre la abrazó primero, cargándola después. Mientras caminaban, Marion sintió que se le mojaba el hombro. Su padre lloraba sin parar, en silencio. Atardecía.

Ni una palabra cruzaron en el camino de vuelta. Al llegar a casa, el padre la entregó a la sirvienta pidiendo que la atendiera, la consolara y la acostara para luego irse de inmediato. Al preguntar a la mujer por su mamá, ésta le dijo que tanto ella como el papá debían acompañar a Coraline en el hospital. Marion quedó desencajada.

Años después se enteró de que Cora había sido violentada.

La relación entre las hermanas siguió adelante sin modificarse la gran cosa, pero el carácter de ambas se tornó sombrío. La mayor dejó de exhibirse y de exhibir a los demás a la menor oportunidad, y Coraline pasó de la risa fácil a una que más bien se dificultaba. Ya no veía directo a los ojos; rehuía el trato con los extraños a menos que fuera inevitable. La vida ideal era estar acompañada de su Marion, de preferencia solas. La escena se fue repitiendo cada vez más: Marion embebida entre páginas y hojas y lápiz, mientras Coraline dibujaba echada sobre la alfombra del estudio. A veces la menor le pedía a su hermana que le leyera el pasaje que en ese momento la ocupaba para ponerse a ilustrarlo, tratase de lo que tratara: una referencia a la conquista de América, la naturaleza depredadora de los gatos, el sistema solar o una escena de *El*

avaro. El dibujo a lápiz se le daba tan fácil como a la otra se le pegaba lo leído. Cada una a su modo, las dos creadoras sabían prestarse oído, cabeza y corazón. Sumado al hecho de ser hermanas-compinches, eran ahora socias, porque no siempre la iniciativa era de Marion. Muchas veces Coraline dibujaba alguna escena en apariencia aleatoria y Marion la escribía. Era un deleite ver a las hermanas comportarse como artistas, criticar severamente sus creaciones sin que la otra resintiera, o aplaudirse cuando la obra merecía celebración. Eso sí: nada más salir de casa, Marion se ponía nerviosa y la hermana bajaba la vista. Una buscaba en los alrededores amenazas que evitar a tiempo y la chica se sometía a lo que fuera enclavando la mirada en el suelo porque resistirse, había aprendido, no sirve de nada.

Siguiendo el consejo de la policía y de algunos amigos de la familia, los padres las llevaron al consultorio de profesionales en traumas severos; las llevaban a las dos, cada una por su lado, pero el recurso estaba pensado para Coraline. No funcionó. Se negó a permanecer a solas con un varón adulto en donde fuera y luego extendió su animadversión a las mujeres. Por ningún motivo se avino a los ruegos y de plano los padres prefirieron no insistir. Cada quién terminaba por vivir la vida que le tocaba y Coraline sólo quería estar cerca de la hermana. Marion era feliz con ese estado de cosas. Era su manera de calmarse la culpa por haber propuesto la salida aquella, la desobediencia fatal que, por supuesto, ya no se repitió.

Pasó el tiempo y las heridas de aquella jornada cicatrizaron. Marion recobró hasta cierto punto la confianza en sí misma y Coraline recobró hasta cierto punto la confianza en los demás. Los padres tuvieron la sensibilidad indispensable para tratar los temas acres en el momento preciso y las hijas, perceptivas como eran, aquilataron el cariño, la prudencia, la pureza en la intención. También les quedó claro que, a pesar de la buena voluntad, la vida era arbitraria, a veces justa y a veces perversa. En ciertos momentos convenía luchar para encauzarla; en otros era mejor plegarse a sus insanias. Nadie las tenía todas consigo. Era duro de tragar, pero entendieron que para sobrellevar los días se habían inventado las religiones que posponían la justicia para otros mundos, para otras vidas, porque en ésta no. Su dios y otros dioses eran paliativos, mentiritas blancas, cuentos de pastores venidos a más cuando se les sumaba el miedo de generaciones. Sin embargo, fácilmente podríamos caer en el error de pensar que la concepción del mundo que les formaron los padres, la experiencia y los libros derivaba en cinismo. No. O no precisamente. Era una plataforma sólida para ir vadeando el

vacío. Un día Coraline dijo en una discusión matutina que la fe católica era un mapa dibujado por los ciegos. La madre quiso escandalizarse. Marion agregó:

—El mapa de una isla que no existe.

—Una isla sin tesoro —añadió pensativo el padre. La señora de la casa, muy airada, se puso a lavar los platos por primera vez en meses sin intentar refutarlos.

La escisión inevitable en la vida de las hermanas comenzó, en efecto, aquel mes de mayo de 1968, pero ellas no se percataron hasta que llegó el momento de pensar seriamente en la prueba de acceso a la universidad. Marion no tenía dudas en dedicarse a la literatura francesa y comparada en la Universidad de la Sorbona, mientras que Coraline tampoco sorprendió al elegir la carrera de pintura en la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes de París. La sorpresa llegó cuando la menor logró el ingreso a Bellas Artes con una puntuación superior, mientras que la sesuda Marion fue rechazada por la Sorbona. El padre estaba tan molesto como la hija y se propuso mover cuanta influencia tenía para que las autoridades escolares reconsideraran, pero no logró nada para Marion ni por las buenas ni con desplantes ni sugiriendo bajezas al encargado de admisiones. Por fortuna, no todo estaba perdido. Seis meses antes, la señora La Rochefoucauld se propuso hacer valer las excelentes notas de sus hijas en el instituto para solicitar becas completas en tres universidades del interior, en donde tradicionalmente era más sencillo ganarse un lugar. Además, los apellidos nobles enfrentaban una animadversión menor en las provincias que en París. Factor decisivo o no, el caso es que la Universidad de Estrasburgo y la de Lille Nord-de-France enviaron cartas de aceptación en la misma semana en que la Sorbona notificó la negativa. Al no haber realizado el examen de admisión, pero tomando en cuenta las calificaciones excepcionales que la aspirante había obtenido desde la educación elemental, ambas instituciones condicionaban la entrada al resultado de una entrevista a realizarse en tres fases de dos horas cada una. La de Lille tenía la ventaja de ofrecer alojamiento en sus residencias y un apoyo mensual que, sin ser nada del otro mundo, ayudaría a sufragar parte de los gastos. Ni el papá ni las hijas estaban al tanto de los trámites iniciados por la madre, así que la sorpresa fue mayúscula para todos. Marion se sulfuró al sentirse menospreciada por la iniciativa de la mamá, pero el resto de la familia la aplaudió argumentando que había actuado en nombre de las dos, por lo que de desprecios nada. La orgullosa Marion se extralimitó en cierto momento y terminó por tragarse un regaño bien merecido en

que el papá la llamó idiota por sus pretensiones exorbitantes y su escaso pragmatismo. Justamente humillada, la mayor se disculpó para luego aceptar que su futuro no estaba en la Universidad de la Sorbona sino en la de Lille. Coraline escuchaba en silencio deseando no haber sido admitida en Bellas Artes. La vida en Lille le parecía indeciblemente más interesante y aventurera que la de París, por mucho prestigio que la institución tuviera. La verdad era que tenía miedo de vérselas a solas con la vida, igual que la otra.

Con miedo o no, la grande marchó a Lille un sábado cualquiera. Se veía tan madura cargando la maleta de cuero negro por el andén de la estación de trenes… La mamá disimuló bien las lágrimas y el papá no pudo. Coraline le dio un abrazo más largo que el sitio de Candía y luego, a nombre de toda la familia, le entregó un regalo tan bien envuelto que la viajera optó por echarlo en el bolso de mano para abrirlo más tarde ya en el tren, pues el tiempo apremiaba.

Hay días en que el destino confabula para cambiarnos el rumbo, y aquella mañana clara era uno de esos para nuestra Marion. Convenientemente instalada en su asiento de primera clase, respiró hondo y miró pasar los barrios feos de la ciudad. El viaje sería corto en duración pero largo en secuelas. Atrás iba quedando París cuando Marion recordó el regalo de la familia. Deshizo el envoltorio para encontrarse con una sorpresa inesperada: *The Tale of Genji* en la edición inglesa traducida por Arthur Waley, el discreto encargado de grabados y manuscritos orientales del Museo Británico que, tras aprender por sí mismo chino y japonés de época, se convirtió en uno de los traductores más célebres de su tiempo.

Lille y el Genji le llegaron la misma mañana. Por si fuera poco, la ronda maratónica de entrevistas comenzó a las doce y terminó pasadas las ocho. Aceptada. Qué felicidad. Al carajo con París. Su primera noche a solas transcurrió en un hotel cercano a la estación. Cenó un bocadillo malo que le supo a gloria, se lavó los dientes, se puso el camisón, llamó a la familia para darles las buenas noticias y al colgar sintió que le quitaban un peso de encima. Se tiró de espaldas en la cama y hasta entonces se le ocurrió leer. Tomó el grueso volumen y leyó. Y leyó. Y leyó. Y olvidó todo lo demás. Y leyó hasta las seis de la mañana. Y sin dormir se dio un regaderazo y volvió a la cama para leer otro rato. Se vistió, liquidó la cuenta, caminó a la estación, se sentó en un cafecito desierto esperando la salida y leyó hasta que llegó su tren. Y leyó durante el camino de regreso. Y tuvo que parar de leer para abrazarse al clan entero que la esperaba con todo y la mujer del servicio en la estación. Y

ya en casa, no pudo leer más. Le ganó el sueño hasta la madrugada siguiente, pero qué importaba si soñaba con el Genji. Ay, la vida. Ay, la pasión.

Y junto con Lille, la aceptación, el Genji y la algarabía familiar, le nació un orgullo íntimo por ser mujer como esa señora que mil años antes recortaba la pluma para escribir ese homenaje al mundo. Agradeció a Murasaki Shikibu quitarle para siempre el resquemor que los hombres le imponían a la mujer de todos los tiempos. Nada podía temer si una de las suyas había escrito así. Claro que había otras, pero ninguna le restregaba a los varones su grandiosidad indiscutible como la Shikibu. Desde la primera página se declaró su devota, su promotora, su defensora. La nueva Marion encontraba en la vieja novela japonesa lo que ningún francés, ni el pariente flofloflo, le había brindado. Gracias al Genji, a su autora, a Kiritsubo, a Fujitsubo, a Suetsumuhana, a Murasaki y a cuanta heroína conoció en esos días, recuperó la lengua ahusada que el episodio de los estudiantes le hiciera roma.

Dos semanas antes de terminar los estudios universitarios, le ofrecieron ser profesora adjunta de literatura comparada. Para entonces, además de su lengua natal y de la inglesa, Marion dominaba ya el italiano y era fluida en japonés. Un día después de aceptar el puesto, supo que una de sus maestras la había recomendado ampliamente como candidata para una estancia de un año en la Universidad de Waseda. La idea era perfeccionar su japonés y ahondar en el feminismo militante en la época de la revista *Seitō*. Optó por la estancia en la isla con el beneplácito de las autoridades de Lille, que supieron esperar a la incipiente luminaria. Su examen de grado mereció una mención honorífica y la publicación en el sello de ensayo literario más respetado de la editorial Kodansha.

Ya de vuelta en Lille, seis años bastaron para ser adjunta, titular, llegando luego a inaugurar el seminario de literaturas orientales. Estuvo al frente del mismo durante trece años. A Marion nadie la frenaba. Los éxitos se sucedieron sin hijos ni parejas conocidas. Amigos le sobraban por medio mundo y lo demás le importaba un comino. Todo menos la familia, en especial su hermana.

Coraline era tan exitosa como Marion, pero más discreta. También se graduó con honores y pasó a formar parte del equipo docente y de investigación de Bellas Artes. Con el tiempo, llegó a ser la encargada de la inmensa colección de grabados del instituto que sumaba unos cien mil, según cálculos conservadores. Invirtió diez años en la catalogación de semejante patrimonio, convirtiéndose al cabo en una autoridad

indiscutible a nivel mundial. Sus prácticas de archivo, las novedosas técnicas de restauración y conservación por ella implementadas le valieron dos doctorados honoris causa, uno por la Universidad de Lorena y otro por la de Padua. Seguía viviendo con sus padres en la bella casa de Le Marais y tampoco se le conoció pareja… hasta que fue invitada por el gobierno noruego a dar cátedra de estampa por seis meses en la Universidad de Oslo. Ni idea tenía de la marejada emocional que la esperaba.

Sevri Rudi, el gigante del sombrero pequeño le esperaba sentado en primera fila. Alertado por buenos amigos cercanos al ámbito académico, no había desaprovechado la oportunidad apuntándose como oyente en el curso que, para él, venía a ser casi milagroso. Era raro que pisara Noruega una personalidad de la talla de Coraline en el rubro del grabado. Sus ensayos publicados en revistas especializadas eran coleccionados por ese monstruo de curiosidad y hambre insaciables. La doctora era doce años menor que él, pero en erudición vaya que le competía.

Desde el primer día le fue imposible a ella quitarle los ojos de encima. El móvil no era la lubricidad ni el deseo, sino que simplemente jamás había estado cerca de un ser humano de semejantes dimensiones. No cabía en las bancas. Sus zapatos de talla 50 extra anchos parecían los de un payaso a no ser por el color discreto. Y las manos, que movía insistentemente al preguntar durante la clase, parecían trampas diseñadas para capturar animales peligrosos. Al verlas, lo primero que pensó Marion era en quién podía casarse con un hombre así de voluminoso, tan gordo. ¿Por qué no mandaba a agrandar esa argolla matrimonial que estaba a punto de cercenarle el dedo anular de la mano izquierda? Eso sí: por monstruoso que fuera, no había palabra surgida de su boca que no conllevara inteligencia, humor, conocimiento, sencillez y un toque de ingenuidad que no estaba segura Coraline de que fuera auténtica. El tipo sabía convertirse en centro de atención. Dos minutos le bastaban. Parecía agradar a todos y, según se enteró después, era curador en jefe del pequeño pero excelente Museo Rudi e hijo del fundador.

Acabada la jornada inaugural, llamó a Marion y le contó del personaje que le había tocado como alumno. Las La Rochefoucauld solían telefonearse al menos tres veces por semana para contarse prácticamente todo. Si las obligaciones profesionales les exigían viajes largos o compromisos especiales que les impusieran llamarse menos, se ponían al corriente en tandas sabatinas que podían durar hasta tres

horas. A su estilo, eran aún las inseparables que la academia había desunido. El caso es que, gordo o flaco, era la primera vez que Cora le hablaba extensamente a Marion de un hombre que no fuera compañero de trabajo y el detalle le llamó la atención, aunque se reservó el comentario para otro momento. La último que quería era inhibir a la hermana tímida y muy probablemente célibe (aquello no contaba, por supuesto). A los tres días volvieron a hablar: Sevri la invitó, junto con buena parte del grupo, a una visita privada al Museo Rudi. Cuando un joven preguntó a qué hora era la cita, el inmenso respondió que a la hora que conviniera a la señora Coraline. Él mismo haría de guía y los guardias de seguridad podían abrirle a la hora que fuera necesario.

La cita fue fijada para las ocho del día siguiente, una hora después de terminar las actividades en la universidad. Siendo noche de viernes, muchos de los jóvenes se disculparon por tener compromisos imposibles de cancelar. Además, siendo de la capital, la mayoría de ellos ya conocía la colección. A fin de cuentas asistieron tres alumnos de intercambio, una alumna peinada con trenzas que escondía las manos todo el tiempo para disimular su vitíligo, y un jefe de departamento que era amigo de Sevri desde años antes y quien mantenía al coleccionista al tanto de las actividades especiales en el centro de estudios. Los siete fueron agasajados con bocadillos suculentos y vino español, "toda una provocación para una invitada francesa", comentó Sevri de muy buen humor, vaciando la copa entre risa y risa. Luego comenzó el recorrido, no en la sala principal, sino en las bodegas climatizadas, pues ahí se iba almacenando material muy interesante que no daba la talla para formar parte de la exhibición permanente. Les mostró cerca de 60 grabados provenientes de 16 países y tres continentes, que iban del siglo XIII a la primera mitad del XX. Sabía de memoria la procedencia, las fechas seguras o probables, las técnicas de impresión, la autoría en caso de serle conocida, la descripción de lo representado y al final se adornaba con una breve valoración crítica que nunca fue mediana, aunque sí polémica. Si alguno de sus invitados terminaba la copa, una seña muy discreta de Sevri lograba que la copa fuera sustituida por otra llena de inmediato. La de Coraline duró todo el recorrido por las bodegas y se agotó cuando el grupo empezaba a deambular por las galerías del primer piso. En ése y en el cuarto se encontraban las obras más importantes, casi todas con historias que desbordaban la imaginación, ya fuera por los avatares de la autoría o por el rosario de aventuras que las había llevado hasta las paredes del Museo Rudi. Por decir, relató cómo su bisabuelo había obtenido una marina con pescadores simplemente extraordinaria

del propio Hans Gude a cambio de repararle la quilla quebrada a su vieja barca por una mala maniobra en un día neblinoso, a noventa millas de Tromsø. El artista celebraba que un armador tuviera la sensibilidad para aceptar de mil amores una obra suya en pago por la compostura cuando el bisabuelo sacó una bolsa de terciopelo verde y puso sobre la mesa cuatro monedas de veinte coronas de oro. "¿Cree usted que pienso robarle, señor Gude? Sólo su visita vale el doble para mí. La quilla la pago yo a cambio de haberle estrechado la mano. El oro es por el cuadro." Así se las gastaban los Rudi cuando trataban con un genio. Entonces Sevri pedía al encargado que le trajera tal o cual sobre y remataba la anécdota mostrando ahí mismo las cartas intercambiadas entre el bisabuelo y Hans Gude, en cuyo caso leyó una entera que nadie conocía. "Una primicia para mis invitados", dijo repartiendo sonrisas muy pendiente de que a nadie le faltara libación.

El recorrido duró tres horas memorables. Para culminar, Sevri invitó al grupo a la oficina de su padre, y poniendo sus pistas sacadas de quién sabe dónde en el McIntosh del viejo, los deleitó con un aria del *Pelleas y Melisande* de Debussy con voz de barítono agudo impecable. Qué placer era escuchar y ver al gordo poseído por la música. No sólo eso: era un estupendo actor, como ya hemos apuntado por ahí. Hasta los meseros que los atendían dejaron a un lado sus charolas para aplaudir al hijo del patrón. Y Sevri agradecía poniéndose las manos en el pecho con los ojos húmedos como si fuera una diva que pasaba de dos metros recibiendo una ovación en la Ópera de París. El hombre vivía para momentos como ese y se le notaba. Repuesto ya, se negó a interpretar otra pieza para no abrumar a sus "pobres espectadores cautivos". A la salida del museo, los esperaban siete taxis que llevaron a cada quién a donde quiso.

Coraline había bebido dos copas de vino, lo que para ella era casi un extravío. En el camino a la estancia de la universidad se descubrió tarareando fragmentos de la representación y reviviendo mentalmente el dramatismo del noruego. "Se necesitan arrestos para hacer lo que hace con su talla, con su cuerpo", pensó sonriendo al tiempo que miraba la noche estrellada por la ventana del taxi. Nunca había conocido a un hombre así. El embrujo de Sevri la acechaba.

El noruego supo por casualidad que la doctora había nacido un diez de octubre. Faltaban unos días para el cumpleaños y Sevri le propuso viajar a Tromsø para enseñarle maravillas que París nunca tendría. Se refería a la aurora boreal, extravagancia de la naturaleza que casi nunca decepcionaba en esa época del año. Ella podía hospedarse en la casa de su padre quedándose en la ciudad cuanto quisiera. La experiencia era

única y merecía la pena ser vivida por cualquiera que amara la belleza. "Nada se le parece", declaró convencido. Coraline meditó unos momentos. Dudaba en aceptar por el sesgo que podía atribuírsele a la visita. Sevri notó el titubeo y le mostró la salida con una habilidad envidiable: "Se me ocurre que también podemos invitar a tu hermana para que te sientas más cómoda. Sabemos que el cielo no tiene palabra, pero si estamos de suerte les juro que no van a olvidar el espectáculo". Ahora sí que el camino le pareció despejado a Coraline. Sólo era cuestión de verificar la disponibilidad de Marion. En efecto, era una oportunidad única que sería tonto desperdiciar. Esa noche llamó a la hermana y en cinco minutos quedaron de acuerdo para verse en el aeropuerto de Oslo. Marion quedó encantada con la oportunidad de conocer al personaje del que tanto le hablaba Cora. Si a esto sumamos la emoción de visitar el círculo polar y presenciar la aurora, podemos darnos una idea de por qué la mayor de las hermanas comenzó a empacar esa misma noche aún faltando varios días para la partida.

Marion era la encarnación de la alegría cuando su hermana la saludó llegando al aeropuerto de Oslo. El abrazo le recordó aquel tan largo en los andenes de la estación ferroviaria, cuando estaba a minutos de partir a Lille. No pararon de hablar en el trayecto desde el Gardermoen a la capital. Los cerca de 50 kilómetros les quedaron cortos para ponerse al día. Las hermanas compartieron habitación en un lujoso hotel céntrico y sintieron que la vida les devolvía la época en que hablaban como tarabillas hasta bien entrada la noche en el cuarto de Le Marais, tan querido, tan extrañado. Se desvelaron, tomaron vino, rieron y se quedaron dormidas como atrapadas por un ensueño que amalgamaba mágicamente el ayer, el hoy y el mañana.

Al día siguiente se levantaron muy temprano, igual que cuando niñas, para desayunar panqueques con aires de travesura. El frío de la mañana no hizo mella en el contento. Al contrario. La boca no les paró tampoco en el taxi que las condujo al Museo Rudi, donde Cora explicó a Marion buena parte de lo que el gordo estrella les había referido once días antes. Gozaron la exhibición, la comida, las calles, el trajín de los oslenses, la guapura de sus hombres y mujeres, el orden, la limpieza, las tiendas y hasta la extrañeza de esa lengua conformada por el *bokmal*, el *nynorsk* y otras truculencias. Llegada la noche, se durmieron con la tele prendida y ninguna despertó hasta que el alba las levantó con las noticias para ponerse otra vez al día.

A las diez de la mañana documentaron el equipaje con tiempo suficiente para comprarse un par de cosas lindas y revistas bobas para

entretenerse las dos horas del vuelo. Mil kilómetros más tarde aterrizaron en Tromsø, ese mundo más allá del mundo que las recibió con un grado escaso sobre cero. A la salida estaba ese hombre inmenso como pícea. Al verlas sonrió de cara entera y abrió los brazos en bienvenida. Cinco como ellas cabían en el abrazo. Ni dudarlo. Era tan cálido en el frío que el saludo fue también cobijo. En la camioneta les conto de todo haciéndolas reír y mirar esto y aquello. El corpulentísimo sabía su cuento como guía de turistas. Lástima que apenas siete kilómetros los separaban de la casa del papá, la gran cabaña de troncos y cristal rodeada por diez hectáreas de bosque, a unos trescientos metros del mar.

Eran las tres de la tarde y la mesa estaba puesta. Tras instalarse, bajaron a saludar al dueño grande y barbado como correspondía a un armador noruego. La mamá de Sevri era encantadora, lo mismo que la esposa rusa, bellísima, discreta, a todas luces inteligente, con aires de manul en la mirada.

Cuando don Ole presidía desde la cabecera, el hijo pasaba gustoso a un segundo plano que el mandamás y su mujer aprovechaban sin desperdicio como los refinados anfitriones que eran. Comer en esa mesa, rodeados de madera y cristal entre tanto bosque helado estando tibios, era una experiencia formidable. La belleza era tanta que Marion deseó que sus anfitriones se callaran un rato largo para poder verlo todo tranquila. Ya habría tiempo para ello. El postre fue sencillo y delicioso: las naranjas rellenas las cautivaron por su franqueza indefinible y luego fue el café, un geisha de origen etíope, tan arbitrario en esas tierras polares. A las cinco se levantaron de la mesa para conocer la colección pictórica de la familia: el ya mencionado Hans Gude, Oda Krohg, August Cappelen, Harald Kihle, Henrik Sørensen, Dagny Tande Lid y un dibujo pequeñito pero sensacional de Munch constituían el orgullo del señor Rudi. El conjunto era tal vez mejor que la colección del museo. Terminado el recorrido, el señor y la señora se disculparon dejando a las invitadas a cargo de Sevri y su mujer, Livia. Veinte minutos después, los Rudi propusieron que las La Rochefoucauld descansaran hasta las ocho para cenar algo ligero y esperar el espectáculo nocturno. Ya verían.

En punto bajaron las hermanas a la sala y ya esperaba Sevri jerez en mano con su Livia al lado. Al verlas, los anfitriones se disculparon por no explicarles bien los planes. Debían cubrirse más y mejor, llevando consigo ropa para dormir y lo necesario para pasar la noche afuera. Ni Marion ni Coraline entendieron bien hasta que Livia les aclaró que la

gran experiencia se redoblaba si la aurora se les presentaba en alta mar. Tenían la suerte de que las aguas estuvieran tranquilas, pero el viento solía encapricharse y mejor estar preparadas. El barco de la familia esperaba en el muelle. Verían qué deleite. Las hermanas cogieron lo requerido y en veinte minutos estuvieron listas para la aventura. Salieron de la casa y caminaron por un sendero iluminado discreta pero eficientemente a lo largo de los trescientos metros que los separaban de la costa. Sevri portaba en el hombro un rifle por si acaso; el bosque de noche no era para juegos. Los acompañaban dos hombres con abrigos largos. Uno de ellos también iba armado y el otro alumbraba el camino con una linterna muy potente. El embarcadero era sencillo. Los desconocidos pasaron primero para ayudar a que abordaran las mujeres. Sevri subió al último y dio una serie de indicaciones en noruego que las francesas no entendieron.

Vieron alejarse las luces de la costa desde la sala cubierta del barco. En los últimos tiempos, el papá de Sevri había colocado un techo de cristal en esa parte con el único fin de mirar el cielo. La calefacción les permitió quitarse los abrigos y sentirse más libres al irse por las aguas. Media hora más tarde, el barco desaceleró y al cabo las máquinas fueron apagadas. Nada debía interrumpir el silencio de aquella noche.

No esperaron demasiado para los primeros resplandores. Una estela naranja y azul se fue dibujando sobre ellos como si la creación ensayara pinceladas en el cielo. Y luego, salidas de una imaginación descabellada, llegaron las oleadas de verdes, morados y naranjas. El creador no podía estarse quieto. Inspirado, reinventaba el colorido, las formas, las evanescencias. Coraline propuso salir a la cubierta. Sentir el frío era un complemento lógico en aquel momento. Todos estuvieron de acuerdo. Enfundados en sus abrigos, sintieron el roce gélido de un viento moderado. Las hermanas se echaron a llorar sin saber por qué. Ya sabemos cómo se las gasta la belleza cuando no se parece más que a sí misma. Imponente. Onírica. Sevri abrió los brazos al cielo. Como casi siempre, la ropa le quedaba chica pero qué importaba. Los demás lo imitaron y entonces supieron lo que se sentía estar vivo. Lo otro era otra cosa. Esto que les entregaba la noche era la vida en sí. La médula. El centro. La cabeza de lo vivo, de lo que respira, lo que nos hace despertar todos los días.

El paraíso se fue de pronto, casi tan rápido como había venido y no volvió ya más aquella noche. Esa belleza absoluta les dejaría un hueco en el alma porque una vez observada, permanecía en la memoria transformándose en deseo que ningún otro avistamiento podía satisfacer.

Si diez minutos antes las hermanas lloraban por plenitud, veinte después lo hacían por añoranza, cada una a su manera. De plano, Livia se disculpó para entregarse a sí misma en su camarote. Los demás la entendieron. Luego fue Marion la que dijo buenas noches para ser conducida por uno de los marineros hasta donde le correspondía. Entonces Coraline tembló de miedo y de deseo, un deseo que no conocía. Sevri lo sintió y entonces la cubrió con ese cuerpo inabarcable, cálido, suave, seguro. El abrazo fue insoportable, tanto que Cora lo interrumpió para cerciorarse de que seguía viva. Segura de lo evidente, se arrojó de nuevo a la inmensidad de Sevri. "Levántame. Acaríciame toda", pidió una Coraline que no era ella o que lo era al fin. Quién sabe. Extasiada, le pidió a ese hombre que la bajara de nuevo a donde estaba antes de elevarla, de volarla como una cometa. Eso fue todo. La despidieron con un beso en los labios. Estaba enamorada.

Al día siguiente desayunaron en el barco pasadas las diez de la mañana. Las aguas y el cielo eran amasijo de grises. "Otro lienzo", murmuró Cora. Desde el pequeño comedor vieron los cuatro que los abrigos y las bufandas de los marineros se agitaban más que la noche pasada. Sevri le preparó a Livia un pan con mermelada como si anoche no hubiera pasado nada. Coraline se disculpó al minuto y fue a su camarote sintiéndose indispuesta. El baño era igual al de un avión, pero con la regadera adosada. Se lavó los dientes mirándose en el espejo. Sabía que era la reina de ese ayer indeciblemente especial y nada más. La chiquilla que desconfiaba de todos se le vino a la garganta. No hubiera cambiado la experiencia de la aurora por ninguna otra, eso no. Algo dentro de ella hubiera sacrificado todo menos la noche anterior por volver a sentirse arropada en los brazos gargantuescos de ese hombre nacido para figurar en los cuentos. Se lavó la cara con agua helada y en tres minutos se sintió recompuesta. Entonces Marion entró al camarote, tocó la puerta del baño y preguntó por ella. "Todo bien", mintió Cora. Le costaba trabajo definir el vínculo entre la sensación de engaño de ese mayo desdichado y la de hoy. Ambas sensaciones eran distintas, pero sabían darse la mano. Estaba loca; comparar a Sevri con aquello era de idiotas. Sacudió la cabeza, se arregló el pelo, retocó el maquillaje ligero y salió convencida de algo abstracto, informe, absurdo pero cierto. Marion lo notó.

—Cuéntame, Cora —le pidió con la sonrisa alegre y los ojos tristes. Y Cora le contó.

—Es el amor que llega y se va.

—Lo que daría yo —terminó lamentando Marion mientras Coraline

la consolaba. En ese momento se encendieron los motores del barco para emprender el regreso. Algo se les quedaba a las hermanas en el mar, en ese sitio indefinido de las aguas.

Esa tarde dijeron adiós a los Rudi en el pórtico de la casa de troncos majestuosa. El armador, la esposa y Livia agitaron las manos en alto mientras Sevri conducía su camioneta por el sendero que llevaba al camino y luego a la carretera. Ya dijimos que era corto el recorrido al aeropuerto, pero a los tres les pareció inusitadamente largo. El abrazo de despedida entre Coraline y Sevri fue largo también, aunque desabrido. Era el último, pues el noruego no volvió a Oslo ni a ser el oyente que llegaba antes que nadie a las clases. La noche boreal lo había conmovido.

*

Voló el tiempo. Marion seguía en Lille y Coraline iba y venía de París a todos lados, a veces por las obligaciones del instituto y otras embarcada en trabajos eventuales de los que muy rara vez hablaba. Al abundar en estos un poco más, Marion se quedaba con la sensación de que Cora se reservaba lo esencial. Nada concreto podía reclamarle a no ser por una distancia que antes no existía. Pero eran tantas las cosas que con el paso del tiempo se ponían a existir y que antes no vivían: las arrugas, el tedio de la academia, el dejo agridulce que le causaban los asuntos que antes la entusiasmaban… En una de las llamadas acostumbradas Marion le notó a Coraline un tono de urgencia. Se expresaba más rápido de lo normal.

—Tengo que hablar contigo. En persona.

—¿Qué sucede? ¿Están bien mis papás?

—Sí, claro. A ellos nunca les pasa nada —la calmó Cora.

—A ti sí, supongo.

—Supones bien. ¿Te sería muy difícil venir a París?

—No especialmente —respondió Marion al tiempo que consultaba su agenda.

—¿Puedes mañana?

—A ver, tranquila. Mañana tengo una reunión del seminario, pero creo que puedo cancelarla. ¿De veras urge tanto?

—Es importante. Anda, dime que sí —insistió la más joven de las gemelas.

—Necesito hacer unas llamadas y mover dos o tres asuntos para la semana entrante. Te confirmo por la tarde —propuso Marion, con lo

que su hermana estuvo de acuerdo.

—Otra cosa, Mar: sería mejor que no llegues a la casa. Ya te explicaré por qué. Te propongo que te quedes en un hotel cerca de la estación; yo me encontraría contigo ahí o en algún café… no, mejor en el hotel, el que tú quieras.

—Ya me estás preocupando. ¿De qué se trata esto? —preguntó Marion inquieta. Antes de que la hermana le respondiera, escuchó unos tonos de advertencia por la línea: Cora le llamaba de un teléfono público y se le estaba agotando el crédito.

—Te cuento mañana. Ahora me tengo que ir. Llámame a la oficina cuando sepas algo, ¿sí? Te mando besos, Mar. Mua.

Colgó.

La mayor se quedó preocupada. Mejor cancelar la reunión del seminario, mover las citas y preguntar a una compañera de trabajo por el hotelito monísimo del que siempre le hablaba, uno ubicado atrás de la ópera, a unas cuadras del Metro. Consiguió los datos, reservó y dio por terminadas las actividades de esa jornada. Por la tarde llamó a Cora para confirmar la cita y darle la dirección del hotel. Ya no se escuchaba tan apremiada. Todo estaba bien.

Llegó a París poco antes de las nueve de la mañana y tomó el metro hasta la estación de la Ópera, cargando un discreto maletín de viaje que solía utilizar para estancias de uno o dos días cuando más. Caminó unas cuadras hasta llegar al hotel, y al entrar se encontró a la hermana esperándola ya en uno de los tres sillones que adornaban la recepción. Luego de registrarse subieron a la habitación del piso tres que se le había asignado a la recién llegada.

El cuarto era mediano, el decorado agradable y lucía un ventanal que daba a una calle angosta pero atractiva. Marion desempacó las pocas cosas que llevaba y casi al terminar vio que Coraline se levantaba de la cama para abrir la ventana. Se puso a fumar en la misma postura que adoptaba para hacerlo a escondidas en la casa de Le Marais, cuando apenas habían dejado de ser niñas.

—Pensé que lo habías dejado —dijo Marion con cierto aire de reproche, típico de una hermana mayor, aunque ya sabemos que sólo siete minutos le otorgaban esa prebenda.

—Lo retomé la semana pasada. Bendito cigarro. No sabes cuánto lo extrañaba. Después de años de abstinencia lo gozo más que antes de dejarlo —contestó la hermana expulsando el humo al exterior del cuarto para no activar la alarma contra incendio, cuyo foquito rojo parpadeaba regularmente en el techo.

—No creas, a veces también se me antoja retomarlo. Era un buen compañero. ¿Te acuerdas cuando nos sorprendieron fumando en la casa? —comentó Marion con cara de traviesa que la hermana no correspondió.

—Claro, cómo olvidar. Mar. Tengo algo que contarte.

El abrupto cambio de tema puso en alerta a Marion. Tomó asiento en la sala de la habitación dispuesta a escuchar lo que Coraline tuviera que decirle. Luego de arrojar a la calle el cigarro a medio consumir, Cora cerró la ventana y se sentó seria en el sillón contiguo al que ocupaba su hermana mayor.

—En junio del año pasado se apareció un hombre extraño en el instituto preguntando por mí. La recepcionista dijo que el tipo no quería identificarse, pero que debía hablar conmigo de un asunto personal. Mis colegas suelen ser poco convencionales, así que no me alarmó la falta de nombre y le pedí a la mujer que lo dejara pasar. Unos minutos después, el hombre llamó a la puerta de mi oficina. Era delgado, más alto que yo sin hacerme sentir chaparra y vestía con pantalones de mezclilla un pelín demasiado cortos, tenis y un saco a cuadros que no venía al caso. Era bien parecido y, a lo mucho, tendría unos cuarenta años. Se presentó como Luc Masson. Trabajaba para la Dirección General de Seguridad Exterior, que está en el Boulevard Mortier y que depende del Ministerio de Defensa. No tenía un cargo normal, sino que se desempeñaba como "corresponsal honorable". Yo no tenía idea de qué diablos era eso y, al preguntarle, se limitó a responder que eran puestos que no aparecían en las listas de servidores públicos por "lógica discreción". Usó esa frase. Había muchos como él trabajando en Francia y en el extranjero. El hombre hizo una pausa, y antes de seguir, me advirtió a las claras que, si quería seguir escuchando, tendría que prometer solemnemente guardar en secreto lo que a partir de ese momento conversáramos. Me quedé fría. Mi primera reacción fue abrir la puerta de la oficina para que mis compañeros pudieran ver el interior. El señor Masson esperó a que me volviera a sentar, se paró, fue a la puerta y la cerró. "¿Entonces qué me dice, señora La Rochefoucauld? No represento ningún peligro para usted, pero sin su promesa no puedo seguir hablando de lo que he venido a proponerle. Son formalidades que me exige el cargo." El hombre metió la mano al bolsillo interior de su saco y extrajo una grabadora portátil que puso sobre mi escritorio después de encenderla para tener constancia de mi respuesta. "¿Será usted discreta, doña Coraline?" Me sentí agobiada. ¿Te acuerdas de que cuando éramos niñas no podía estar a solas con ningún hombre después

de la violación? Pues el miedo me regresó tan fuerte como si nunca se hubiera ido. Me faltaba el aire. El tipo notó mi nerviosismo y me tranquilizó una vez más diciendo que no temiera, que, al contrario: con él estaba yo mucho más segura de lo que pensaba. Logré calmarme un poco y, tras analizar la situación, me di cuenta de que no tenía muchas opciones. Respiré hondo y dije que sí, que prometía guardar el secreto que la autoridad me exigía. "Diga su nombre, edad y cargo", ordenó luego de la promesa. Lo hice. Apagó grabadora y la volvió a meter en ese saco tan feo. "Gracias, doctora", dijo. El tono de su voz era más familiar que un minuto antes. Siguió diciendo que personalmente me felicitaba por la decisión y que también lo hacía en nombre de sus compañeros, a los que llamó "humildes peones de Francia" —etiqueta que estuvo cerca de hacer reír a Marion sin que se atreviera a hacerlo abiertamente. Le venían a la mente varias preguntas obvias, pero algo le dijo que no era el momento de interrumpir a Cora, quien siguió con su relato—. Él y sus colegas integraban una unidad operativa encargada de investigar el tráfico internacional de arte y de combatir la falsificación de obra francesa realizada tanto dentro como fuera del país. Ya sabes tú que esa plaga está tan extendida como la gripe, sobre todo en los museos de Europa y Estados Unidos. En resumen, Luc Masson me explicó que mi nombre había salido a colación como experta indiscutible en grabado y plástica en general. Y no era la primera vez. Al contrario: tanto se mencionaban mis atributos que la dirección le había encargado a él hablar conmigo para proponerme una colaboración. No se trataba de algo muy difícil. Simplemente solicitaban mi opinión profesional en diversos casos que les ocupaban, además del análisis pormenorizado de ciertas obras y situaciones especiales que ya me explicarían en caso de aceptar. "Mire, Coraline: se divertirá mucho si se aviene a las reglas, nada del otro mundo. A cambio recibirá cuatro mil euros en efectivo libres de polvo y paja que yo mismo le entregaré los primeros días de cada mes. Por supuesto, habrá meses en que el trabajo será mucho, pero no faltará la ocasión en que se le pagará por nada. Así es esto de la vida tras bambalinas. A cambio debe jurar que nadie sabrá ni de los asuntos ni de su papel en la dirección. Francia se lo agradecerá", terminó diciendo el hombre.

—¿Aceptaste? —intervino en voz muy baja Marion, fijándose discretamente en que la ventana estuviera bien cerrada. Coraline asintió.

—¿Hablar conmigo viola las reglas?

Cora volvió a asentir.

—Gracias por confiar.

—Al principio me consultó Luc hasta seis veces al mes en la oficina. Se trataba de cosas muy puntuales como dictaminar firmas, técnicas de impresión, análisis de papel, probables autorías y cosas así. Desde la primera ocasión en que volvió se presentó a la entrada del instituto como mi contador para justificar las visitas recurrentes. Llevaba con él un grueso portafolios del que sacaba las obras, en copia o en original, sobre las que debía opinar. Nunca abundaba en el contexto de los casos. Se limitaba a hacer tal o cual pregunta, anotaba, se despedía y así hasta la siguiente visita. El segundo mes me pidió viajar a Lyon con otra chica del servicio que me esperaría en la estación. Juntas fuimos a ver al director de un museo importante que también trabajaba para la dirección y allí analizamos un portafolios de obra muy interesante del siglo XVI. He visto unas cosas increíbles, tanto las reales como las copias. No sabes cómo se las gastan los falsificadores. Son unos genios; algunos terminan siendo mejores que los falsificados. Es un mundo raro.

—No sé aportar a esta conversación, Corita. Quisiera saber qué esperas de mí, en qué puedo apoyarte.

—Ya aportaste: no me decías así desde hace 35 años, Marita —bromeó Coraline relajando el ambiente con esa referencia suave al pasado remoto. Luego se levantó de la sala, caminó hasta la televisión, la encendió en un canal de esos que no dejan de transmitir caricaturas y subió el volumen antes de continuar.

—Hace dos semanas me citó Masson fuera de la oficina, en la banca de un parque, como en las películas. Llegó media hora tarde, cuando yo ya estaba a punto de irme. Se disculpó, dejó sobre la banca el periódico que cargaba bajo el brazo y sin preámbulos me preguntó si estaba dispuesta a conocer a otros miembros del grupo. Dijo que era indispensable para poder coordinar una investigación que se encontraba en pañales, pero que podía conducir a algo importante. Agregó que la Interpol sugería tirar de ciertos hilos. Con su voz ronca siguió diciendo muy serio: "Puede que lleven a una madeja grande o que pasado mañana quede todo en el olvido, lo que sucede en más de la mitad de nuestras pesquisas". Sonaba innecesariamente dramático, como queriendo impresionar. Si me interesaba, tendría un estatus más alto, pues el asunto requería tratar con gente de la Interpol y de otras policías de investigación especial. Ya no todo dependería de nosotros, los franceses, y una no podía estar segura del tipo de situaciones o de personajes con los que podríamos toparnos. "Algunos son detestables y otros dignos de admiración, doctora Coraline", aclaró el tal Luc. Luego dijo que lo pensara y que me localizaría en un par de días para conocer mi decisión.

Le comenté en el acto que no, que no me interesaba. Se despidió amabilísimo y se fue por donde había venido.

—Bien hecho. Lo que me dices me da mala espina. ¿Y quién puede darla buena con ese saco a cuadros que describes? Lo tuyo suena a Le Carré y dios me libre existiendo Henning Mankell, que aun estando de moda puede leerse en los trenes sin dañar la reputación. ¿Ya leíste *La quinta mujer*? Es mejor que ese título de macho relativo que en toda su vida ha estado con cuatro —bromeó Marion gratuitamente.

—Paz, Mar: ahora no.

—Ya, ya. Banderita blanca. Te escucho.

—Me quedé un buen rato pensando qué hacer, si debía contarte sabiendo que no era lo pactado y esas cosas. ¿A quién más podía pedirle consejo?

—Qué pesado eso de los consejos. Peor darlos que recibirlos, pero aquí vamos.

—Tenía que regresar a la oficina y ya era tarde. Al tomar mi bolsa me di cuenta de que Luc había dejado el periódico con el que había llegado a la cita.

—El que traía bajo el brazo.

—Ése. Por curiosidad lo tomé y casi me voy de espaldas: era un ejemplar de un periódico noruego llamado *ITromsø.* No estaba abierto en la página principal, sino en una de las intermedias y allí estaba una foto de Sevri con su padre frente al barco en que estuvimos aquella vez. No tenía idea de lo que significaba ni podía entender el texto, pero obviamente era un mensaje dirigido a mí.

—Un exhorto. Una forma de dejarte ver que sabían más de ti de lo que pensabas o también un recurso para picarte la curiosidad.

—Eso pensé. Hice traducir el texto y resultó ser un reportaje pagado de esos que no lo parecen en que padre e hijo hacían publicidad al negocio con un viaje anual. El barco en que estuvimos es el primero que construyeron. ¿Sabías?

—Hay tanto que no sé. ¿Y qué decidiste?

—No he tenido noticias de Masson desde entonces. El par de días se ha convertido en más de dos semanas. No sabes cuánto he rogado para que no se vuelva a aparecer y esto quede en una provocación. Lo bueno, Mar, es que no tengo cola que me pisen. Ni debo ni me deben nada, ni tuve nada importante que ver con Sevri aunque me haya enamorado como una loca, ni soy casada.

—A excepción de que has cobrado 4000 euros mensuales de alguien que no sabes a ciencia cierta quién es o si es verdad lo que te ha dicho.

Un detallito, vaya.

—Apenas me han pagado tres meses. No creo que 12000 euros vayan a costarme demasiado por ser una operación trascendental de lavado de dinero o algo por el estilo.

—Cobrar vincula, así sean dos euros o cien mil. ¿Quieres mi consejo? Si el hombre del saco y los pantalones zancones te vuelve a buscar, regrésale el dinero y niégate de una vez. Hay mucho por perder y poco que ganar. Es lo que yo haría. Y quita ya esas caricaturas que ni de niña me gustaban.

—Gracias. Sueles hacerme pensar.

—¿Vamos a comer a la casa? Puedo decirles a mis papás que vine a París por unas horas y que debo regresar hoy mismo. Hace mucho que no los veo.

—Les va a dar gusto tenernos juntas. Pero antes acompáñame al banco.

Y Marion acompañó a Coraline, comieron en la casa familiar y a las siete se despidieron yendo cada una a su respectivo destino.

Eran las diez de la mañana cuando el desaliñado contador se presentó en el instituto. Coraline lo hizo esperar adrede unos minutos y al cabo le granjeó el paso a la oficina saludándolo con cierta frialdad.

—Mis disculpas por el retraso. Las obligaciones, ya sabe usted, Coraline —comenzó Luc Masson al tiempo que volvía a sacar su grabadora del bolsillo de una chamarra marrón, dando por hecho que la mujer conocía los preliminares a cualquier intercambio de cierta importancia.

—Ningún problema. No creo que sea necesario grabarme esta vez, señor Masson —dijo sin dar tiempo a que el hombre encendiera el aparato—. He decidido que no me conviene seguir adelante con su propuesta por razones personales. También le comento que, siendo justa, me parece excesivo el pago que se me ha hecho por mis servicios. Tras pensarlo bien, estoy segura de que Francia puede invertir mejor este dinero —comentó con firmeza mientras sacaba un envoltorio del cajón de su escritorio acercándolo a Masson. Eran los 12000 euros recibidos hasta entonces—. Es demasiado por el trabajo realizado.

—Oh, claro. La entiendo. Le confieso que para nosotros es una pérdida importante, pero respetamos su decisión —repuso Masson notoriamente sorprendido, pero rehaciéndose de la sorpresa en segundos para devolver el aparato al bolsillo de la chaqueta y guardarse también el sobre con el dinero. Estuvo a punto de decir algo más, pero se arrepintió y comenzó a ponerse de pie para marcharse, momento en que Coraline

abrió otro cajón de su escritorio para sacar el periódico que Luc había dejado sobre la banca en la cita pasada.

—Esto también es suyo. Se le olvidó en la banca la vez pasada. Seguro lo echó de menos, pues no creo que sea fácil conseguir aquí periódicos provinciales noruegos.

—Se consigue de todo sabiendo buscar en el sitio correcto, señora La Rochefoucauld. Pero no lo olvidé en la banca por descuido. Empezábamos a ser colegas y me pareció justo indicarle de algún modo quién había sido, directa o indirectamente, el principal promotor de sus virtudes entre nosotros. O también podría tratarse de… Ya no lo recuerdo. Ha sido un placer conocerla.

Luc Masson se puso de pie, sacó el envoltorio que Cora le había devuelto un minuto antes, lo puso entre las hojas del periódico noruego en que aparecía la foto de Sevri y al salir preguntó en voz alta a una investigadora joven que trabajaba a metro y medio de la oficina de Coraline: "¿Me permite tirar esto en su bote de basura?" La muchacha respondió afirmativamente y le acercó el bote al extraño con naturalidad. "Muchas gracias. Buen día", agregó Masson después de arrojar a la basura el dinero y el ejemplar del *ITromsø*.

La reacción de Luc Masson dejó a Coraline enfrentada a un manojo de preguntas sin respuesta posible ahora que el hombre se había marchado. Después de repasar mentalmente la escena de la renuncia y la devolución de lo cobrado, le parecía en ese momento que el tono había sido injusto y la urgencia innecesaria. Mientras esperaba a que la asistente se ausentara de su sitio se le ocurrieron mil formas de hacer mejor lo que había hecho. Esa tendencia a precipitarse le cobraba factura. ¿Qué le costaba preguntar antes de devolverle el dinero o de rechazar la oferta? ¿Se rompía verdaderamente el vínculo señalado por Marion al regresarle el efectivo ya devengado? ¿Qué pensar de las referencias a los Rudi? ¿Hablaba de Sevri, de su padre o de ambos? Las preguntas se multiplicaban y eran tantas que, cuando la asistente se ausentó para rellenar por ahí su taza de café, Coraline tardó en reaccionar por enredarse con tanta duda. Pronto salió de su marasmo y aprovechó la ausencia de la joven para retirar el periódico y el sobre del bote de basura. Regresó a su oficina, metió el sobre y el ejemplar del *ITromso* en su bolso de mano, esperó a que la chica regresara con el café recién servido, le inventó que debía ausentarse por no sentirse bien y se marchó del instituto.

Al salir del edificio se aseguró de que Masson no estuviera en las inmediaciones. Caminó hasta una calle secundaria con la intención de

llamar a Marion desde un teléfono público, pero en ese momento un taxi se acercó a la acera para que su pasajero descendiera. "Mejor", se dijo Coraline tomando al vuelo el taxi recién desocupado para dirigirse a la estación de trenes. Una vez ahí, le marcó a su hermana desde una cabina mucho más discreta que las de la calle. Marion llegaba apenas a la oficina procedente de París y quedó estupefacta cuando la hermana le dijo que estaba hecho, que todo había salido muy bien, pero que tenía cosas que hablar con ella. Eran tantas las preguntas que no podía sola. "Te espero en la oficina; tengo asuntos que atender", respondió lacónica e inquieta la mayor de las gemelas. La menor abordó el tren a Lille siendo las 11:23 de la mañana.

Coraline se dio cuenta de que cada vez que viajaba a Lille para ver a su hermana —lo cual no sucedía con la frecuencia debida desde hacía algunos años— la estación le parecía más chica y desabrida. Había poca gente y no le costó mucho encontrar un taxi que la llevara al campus Lille III, el dedicado a la literatura y el arte. Ya no recordaba cómo llegar al Centro de Estudios en Civilizaciones, Lenguas y Literaturas Extranjeras, pero un jardinero bien enterado supo orientarla en ese laberinto académico. Se anunció a la entrada y al poco tiempo bajó un alumno malencarado que la condujo hasta la oficina de Marion. La calma imperante en el seminario contrastaba con el trajín del instituto. Qué bien se sentía estar ahí. Se tranquilizaba.

Estuvo a punto de quedarse dormida en lo que Marion la atendía. Los días transcurridos a partir de la cita del parque le habían robado la tranquilidad y con ella el sueño regular. O tal vez fuera el tabaco que volvía a apremiarla como en los viejos tiempos. "No sé qué hago aquí", se dijo tratando de espabilarse, cuando Marion abrió la puerta de su despacho invitándola a pasar para luego servirle ella misma una taza de café que le llevó hasta la pequeña mesa de juntas que estaba cerca de su escritorio. La ingente cantidad de materiales impresos en lenguas orientales que estaban en la mesa, en los libreros, sobre un par de sillas, en el escritorio, la agobiaron al punto de pararse a abrir una ventana.

—No sé cómo puedes trabajar entre tanto papel —se quejó Coraline con un malhumor evidente que parecía empeorar a cada momento.

—Ahora vas a desquitarte con mi muladar que ninguna culpa tiene de tus asuntos extraños. Mejor cuéntame qué sucedió en las horas que te dejé sola.

Cora le refirió hasta el mínimo detalle de la reciente visita, invirtiendo en ello un minuto y medio cuando más.

—Por lo que me dices, las cosas te salieron de maravilla. No

esperabas que el hombre se tragara el rechazo sin sembrarte siquiera un par de dudas. Yo tengo la impresión de que no volverás a saber del tal Luc ni de tu desliz sobredimensionado. Y lo peor de que te hayas puesto a pepenar en la oficina es que andes por las calles cargando en la bolsa esa cantidad de dinero. En tu lugar, tiraría el periodicucho y me iría con mi hermana adorada a gastar buena parte de esa pequeña fortuna. Con lo que quede, cómprale algo a mis papás y asunto arreglado.

—No imagino que Sevri…

—Ya. Por favor, Cora. Olvídate de ese hombre que nada tiene que ver contigo. Lo más probable es que nunca volvamos a saber de él y es lo mejor. Si nunca te llamó después de aquella noche, entiende el mensaje: es casado y no piensa dejar de serlo por ti. No hagas de esto un pretexto para enredarte. Ahora deja de mirarme como adolescente regañada y vamos a que me compres un abrigo nuevo. En dos meses debo ir a Ámsterdam y ya sabes que los holandeses pueden presumir de mucho pero no de su clima, igual que los parisinos.

—Tienes razón: ya estaba pensando en buscar al gordo desgraciado. Me conoces demasiado bien. Mejor vamos a consentirnos.

*

Un par de años antes de la escena que nos ocupa, era Marion quien había estado a punto de confiar a Coraline algo que no debía y que la inquietaba de igual manera. Había decidido comer cualquier cosa en la oficina para adelantar trabajo atrasado, cuando un correo electrónico la distrajo de la ponencia que redactaba. Una mujer japonesa que firmaba con el sobrenombre de Ohaguro se presentaba con gran formalidad para ofrecerle un trabajo muy bien pagado que sólo ella y un puñado podían realizar. El mensaje explicaba que, por azares diversos, había llegado a sus manos una copia reciente de un documento muy antiguo, casi con seguridad escrito en japonés hiragana del siglo XII. Las ilustraciones que acompañaban al documento y otros factores indicaban que el original, en caso de existir realmente, provendría de la región de Kioto, de la antigua Heian Kyo, para ser precisos. Si Marion estaba de acuerdo, le mandaría fotografías de algunos fragmentos de la copia y otras fotografías, muy probablemente tomadas al supuesto original unos años atrás, en la década de 1970. Era todo con lo que contaban, pero su opinión experta era indispensable para ser comparada con la de otros conocedores. Si le interesaba la propuesta, estaría en condiciones de

enviarle las primeras fotografías en alta resolución en cuestión de días. Por razones de seguridad, mandarían fragmentos aislados y se reservaba ciertos antecedentes para tratarlos en un mejor momento, probablemente en persona, si las condiciones eran adecuadas. Con el temor de parecerle insensible y hasta un tanto ordinaria, le rogaba que no fuera tímida en indicar si, por inexperiencia, Ohaguro había quedado corta en lo referente a los honorarios de su oferta inicial, que era precisamente eso: una oferta inicial. Por último, pedía discreción extrema en lo referente a este asunto. Y firmaba con ese pseudónimo tan raro.

A diferencia de los correos recibidos en su momento por Castiglione y por Sevri, la mujer no incluía la consabida foto con los dientes teñidos de negro ni el poema de despedida.

Marion leyó el comunicado tres veces y decidió que se trataba de una broma inquietante. Ignoró la propuesta, pero no pudo olvidarla. Cuando estaba a punto de lograrlo, pasada una semana del correo de la tal Ohaguro, llegó un segundo mensaje en que la oferta económica se duplicaba. Además, la remitente agregaba que insistía con tal de no permitir que la relación entre ambas "se esfumara entre las nubes". El guiño estremeció a Marion. Respondió afirmativamente tras meditarlo dos días. El asunto le había afectado el sueño, igual que a Coraline, tiempo después.

Cerezas de Yamagata

El largo viaje de mamá había comenzado una semana antes de que el niño acudiera al primer día de clases. A sus cuatro años, Daichi supo que algo no estaba bien al notar que los demás alumnos, sin excepción, iban acompañados por ambos padres. Él no. Casi nunca y menos en los últimos tiempos. La mano de su padre, tibia a pesar de la frescura matinal, le brindó algo de seguridad conforme se acercaban a la mujer que recibía a los niños en el centro de educación prescolar. Amable y risueña, la empleada dedicaba un par de minutos a cada chiquillo para explicar que los zapatos de calle nunca debían ensuciar el piso de la escuela, igual que sucedía con el de una casa. Por eso tenían que dejarlos en un sitio especial del patio para luego calzarse los indicados y proceder a cambiar la ropa normal por el uniforme. Si podían hacerlo solos, perfecto. En caso contrario, la señorita Nyoko, la del moño amarillo en el peinado, les ayudaría gustosa. A pesar de la dulzura y las sonrisas, los críos terminaban rompiendo a llorar tras aguantar la angustia hasta que les llegaba el turno. Entonces las caritas serias pasaban al desconsuelo rogando a gritos por la mamá con el gesto encarnado y torcido. Las madres se tragaban las lágrimas, alentando a que los hijos emprendieran ese rito de paso brutal que no por incipiente lo era menos. Para Daichi fue distinto. ¿Qué sentido tenía llamar a mamá si ella no estaba? Lejos de estirar los brazos en busca del papá, el niño explicó a la empleada de la bienvenida que su madre estaba de viaje y que su ausencia sería larga. Pero conocía bien las reglas del jardín de niños y sabía vestirse solo. “Adelante entonces, mi cielo”, dijo la mujer dedicando una mirada de sorpresa al papá de la criatura sin que ésta se diera cuenta. “La serenidad suele venir de la cuna”, comentó la educadora dedicando una breve reverencia al orgulloso padre, quien respondió a la gentileza con un saludo atento y equivalente antes de marcharse. Ni el niño ni el papá se volvieron para un vistazo postrero. Más que la serenidad, lo que un Fujiwara genuino llevaba estampado en el alma era la dignidad.

“Tan fáciles de confundir en los primeros años”, se dijo el señor Fujiwara comparando lo sereno con lo digno mientras recorría los cerca de trescientos metros que mediaban entre la escuela y el estacionamiento más cercano. “Tan difíciles de conservar por el resto de la vida”, completó sin estar muy seguro de que dichos atributos pervivieran en él en la misma medida que lo hacían en su niño. El desgaste implícito en la vida adulta se burlaba de las convicciones familiares que alguna vez habían sido útiles. Ya no. El supuesto viaje de su esposa le llenaba los ojos de lágrimas como a un niño en el primer día de clases. Cuando la expresión se le descomponía por la tristeza, se recompuso secando su debilidad con el dorso de la mano. Nada de desvariar en plena calle. A ninguna edad. Cada día le costaba más trabajo tenerse ecuánime luego de años infelices, malditos, años que irrumpieron en su vida llevándose buena parte de lo que sabía, de lo cierto, de la serenidad, de la dignidad.

*

Cuando ni el mínimo indicio de esta sombra lo acechaba —en 1985, siete años antes del inicio de cursos ya descrito y faltando tres para que naciera nuestro Daichi—, Kashiwagi Fujiwara, astrónomo especializado en estructura y evolución estelar, fue invitado por su mentor, el célebre Chushiro Hayashi, a asistirle en un curso especial organizado al alimón por la Universidad de Kioto, su alma mater, y por la Sociedad Astronómica de Japón, con sede en Tokio. La eminencia, creador de las Huellas Hayashi en la formación de estrellas y del Límite Hayashi al radio estelar, se había retirado once meses antes, lo que el mundo académico-científico lamentaba, pues a sus sesenta y cuatro años se mantenía saludable y abrumadoramente lúcido. No se supo de qué artes se valieron los interesados para que aceptara dar el cursillo, mas sí trascendió que entre las condiciones Hayashi exigía la asistencia del joven doctor Fujiwara, quien a sus 32 años destacaba ya en la astrofísica japonesa por sus publicaciones sobre las estrellas enanas marrones.

No era la primera vez que Hayashi tenía deferencias con Kashiwagi. La relación entre ambos había nacido gracias a las animadas discusiones que el no tan viejo y el joven sostuvieran en las aulas durante la primera mitad del doctorado de Fujiwara. Luego, la eminencia aceptó dirigir su tesis y al fin, satisfecho con los resultados, propuso al doctorando ser su profesor adjunto para las dos materias que impartía en el área de posgrado, además de su asistente personal en la investigación. La

propuesta fue un parteaguas para Fujiwara, pues nunca antes el doctor Hayashi había sido asistido por alguien menor a la cincuentena. Eufórico en su interior pero sereno y digno en el exterior, Kashiwagi Fujiwara aceptó con una sentida reverencia formal de 45 grados. Era soltero, bien parecido, de familia antigua y casi rica. El futuro le pertenecía.

Por estrecha que fuera la relación en el ámbito académico, sería erróneo suponer que la cercanía era equivalente en lo personal. De hecho, Hayashi era famoso también por el celo enfermizo con que protegía su vida privada. Ni las autoridades de la Universidad de Kioto conocían su número telefónico. En cuanto a la dirección, los administradores tuvieron que conformarse con la vaga referencia de "Barrio Minami, domicilio conocido". Esta excentricidad y algunas más fueron pasadas por alto en la universidad. El tipo era impecable en el trato y el nivel de su cátedra e investigaciones le había granjeado ofrecimientos laborales de catorce universidades e institutos en cuatro continentes. La eterna respuesta negativa del científico era un motivo de orgullo para los de Kioto. Además, desde su nombramiento como profesor universitario en 1957, jamás había llegado tarde a clases, reuniones, conferencias o lo que fuera. El astrofísico era una estrella rutilante. Y un día, nada más porque sí, como ya hemos insinuado, a fines de 1984, se retiró en plenitud de facultades. La sorpresa fue grande para todos los involucrados. Los académicos, las autoridades administrativas, los alumnos y su adjunto quedaron profundamente desilusionados. La aventura de Kashiwagi había durado cerca de tres años, suficientes para presumir a cualquiera, pero nunca bastantes para un hombre de ciencia joven, capaz y ambicioso. No hubo exhorto o rogatoria que hiciera cambiar la decisión de Hayashi. Eso sí: una semana antes de dejar las aulas propuso al comité de astrofísica que Fujiwara le sustituyera en la cátedra, pero los colegas se negaron argumentando edad e inexperiencia. Chushiro Hayashi aceptó el fallo y agradeció amablemente a cada uno de sus colegas del comité por las décadas de colaboración. Se dice que brindaron.

Si tomamos en cuenta estos antecedentes, no será difícil imaginar la sorpresa de Kashiwagi cuando el portero de su edificio echó por debajo de la puerta un sobre rotulado por el benefactor. Conocía la escritura de Hayashi mejor que la propia en razón de las innumerables notas y documentos manuscritos descifrados en los años de trabajo conjunto, pero jamás había recibido en casa ningún comunicado de su otrora jefe. Los números que figuraban en el sobre, en especial el siete, delataban

claramente al autor de la carta. Abrió el sobre y leyó varias veces la propuesta. El cursillo duraría tantos días, a verificarse entre el tal y tal de junio en el auditorio de siempre. La remuneración propuesta era de tanto y los demás términos de la colaboración también eran aceptables. El último párrafo sí que llamó su atención: para discutir los detalles, el profesor lo invitaba a su casa, ni más ni menos. Enseguida figuraba su número telefónico para poder fijar la fecha y hora del encuentro y después su dirección, la mítica dirección del doctor Chushiro Hayashi. El destinatario resguardó la carta en sus archivos, sabiendo que tarde o temprano el documento sería prueba recia en manos del biógrafo adecuado. A continuación, levantó el auricular del teléfono, marcó el número y saludó al benefactor sin disimular su contento. El sábado entrante. A las nueve de la mañana. Por supuesto. Claro, doctor. Muy honrado. A sus órdenes. Que pase una excelente tarde, maestro. Y listo.

La sonrisa que se le dibujaba en el rostro duró tres veces más que la conversación misma. Cierto era que la deferencia del grande hombre lo halagaba, pero también lo confundía. Durante los años de colaboración estrecha abundaron los retos, las tareas complejas, las jornadas laborales de hasta veinte horas cuando apenas se esbozaba el proyecto del que mucho tiempo después sería el magnífico telescopio Subaru y, por importantes o urgentes que fueran los encargos, ni por asomo advirtió Kashiwagi algo parecido a un interés amistoso. Ahora que lo pensaba, aunque creía conocer mejor que nadie el bagaje intelectual del maestro, no tenía idea de su situación personal. Jamás se le ocurrió preguntarle si estaba casado, por ejemplo, o si vivían sus padres. No se lo hubiera permitido. ¿Quién era él para interrogar al preceptor? "De ninguna manera", se dijo extinguiendo la sonrisa que ya duraba demasiado. Se acarició el mentón unos segundos viendo el teléfono de baquelita, una antigualla de los cincuenta que su madre le había regalado en ocasión de ya no recordaba qué. Quizá fueran los remanentes de la sorpresa o el contento por esa especie de reencuentro inesperado, pero creía haberle notado en la voz una calidez disimuladísima, un dejo de camaradería. Al cabo, la extrañeza dio paso a cuestiones prácticas. Al día siguiente conseguiría una caja mediana de cerezas Sato Nishiki y agregaría tal vez un racimo de uvas locales, famosas por su dulzura y tamaño. Bien valdría la pena el gasto.

Diez minutos antes de las nueve y regalos en mano, Kashiwagi llegó a la dirección indicada en la zona residencial de Minami. Esperó unos minutos frente a la puerta para evitar a su bienhechor la molestia de un arribo temprano. A su izquierda se veía el río Kamo, antiguo límite de la

ciudad allende el cual habían estado alguna vez los crematorios. Qué tiempos. Imaginó la pequeña Kioto de entonces sintiendo que esa sencillez perdida le vendría mucho mejor que el trajín incesante de la actualidad. Por cierto, no se advertía actividad en las inmediaciones de la casa de Hayashi. Los trinos, la brisa, el río y el cielo semejaban una escena de otra época entreverada a la nuestra. La cerca de madera adornada por una enredadera roja sumaba al bucolismo del momento. El visitante se llenó los pulmones cerrando los ojos para fundirse a esa estampa beatífica que flotaba como una pompa a través de los tiempos. "Es como una ingravidez", se dijo el astrónomo echando la cabeza para atrás, cuando una voz femenina tan delicada como el instante aquél, tan fuera del tiempo como el resto, preguntó si él era el doctor Kashiwagi Fujiwara. La interrupción, lejos de sobresaltarle, le devolvió al mundo suavemente, como la hoja que viaja al suelo de derecha a izquierda dilatando la llegada, prolongando la caída. Como un trino. Como brisa. Como un río que lleva al cielo en su reflejo-recorrido.

El visitante asintió. "Soy Yumiko, hija de Chushiro Hayashi", aclaró la mujer inclinándose ligeramente para luego abrir una puerta casi imposible de distinguir en la verja aquella, tan llena de hiedra. El contraste de la enredadera con el blanco perfecto del kimono Yukata, casual pero elegante en su simpleza, cautivó a Kashiwagi. La mujer lo supo de inmediato, se sonrojó, esperó unos segundos para que el sonrojo fuera menos evidente y miró de frente a la visita como se mira a una flor. Kashiwagi tardó en reaccionar una pizca más de lo normal, entregó los presentes a Yumiko y luego la siguió en el recorrido por el jardín frontal. En la puerta de la casa esperaba ya la leyenda retirada.

Después de quitarse los zapatos y calzarse las *uwabaki* limpias que halló preparadas en el *genkan*, Kashiwagi saludó formalmente a su anfitrión con una sonrisa contagiosa por su franqueza. El contento le venía del alma y no era para menos, pues conociendo el celo intimista del sabio, su invitado jamás pensó en volverlo a ver y menos en condiciones de mediana familiaridad.

—Le expreso mi inmensa emoción, Hayashi *sensei*, al permitírseme entrar a su bello y noble hogar. Muchos darían una mano con tal de poder estar aquí y departir con usted. Si la fortuna me es propicia, algún día le contaré a mis hijos y a mis nietos sobre esta invitación excepcional. Agradezco su deferencia.

—Fujiwara *san*: usted siempre ha dado con las palabras indicadas en el momento indicado. Eso es señal de buena cuna y de buena cabeza, cualidades que aprecio más cada día. Me alegra verlo de nuevo —remató

Hayashi complacido, sí, pero con una sobriedad contrastante con la honda alegría que el más joven se esforzaba en acotar.

Sobrevino un silencio incómodo de diez segundos a lo más, suficientes para que el pobre Kashiwagi considerara la espantosa posibilidad de haber malinterpretado la petición original del maestro. ¿Qué tal si sólo quería darle personalmente algún documento o algo así? ¿De dónde había sacado que se trataba de una invitación formal como la que se extiende a un amigo de la familia? Cuando estaba a punto de enmendar con un "¿en qué puedo servirle?" que le evitara al dueño de la casa la pena de tenerlo ahí parado sin invitarlo a pasar, apareció Yumiko oportunísima.

—El señor Fujiwara no ha llegado con las manos vacías, papá. Nos hizo el favor de traer uvas de 12 gramos y cien cerezas de Yamagata. ¿Prefieres que las sirva antes o después del desayuno? Yo pienso que es mejor servirlas después. Tanta dulzura opacaría irremediablemente a las verduras encurtidas y al arroz con *shirasu* que les hemos preparado.

—Me parece bien dejarlas para el postre, hija. Ahora, si el señor está de acuerdo, podemos tomar el té en la veranda de atrás. Es temprano todavía y el clima es ideal.

Kashiwagi se tranquilizó al saberse invitado en lugar de entrometido.

La casa era mediana, de estilo tradicional, con los típicos paneles divisorios hechos de madera y papel. El entablado del piso lucía casi nuevo, lo mismo que las puertas corredizas y el mobiliario, sobrio y nada abundante, pero de calidad extraordinaria. Un pasillo lateral los condujo hasta la terraza mencionada. Kashiwagi quedó pasmado por el espectáculo. La sobriedad de la casa en sí era francamente ridícula al comparársele con la exuberancia del jardín trasero. Las plantas de verano estaban en su apogeo dispuestas para ser admiradas simultáneamente. Ninguna bloqueaba la belleza de las otras. Flores y hojas fantásticas alternaban con los aromas, los colores, las luces y las sombras, con los zumbidos de insectos casi amables que se hacían escuchar por encima del silencio dominante. Pequeños túmulos de piedras lisas adornaban por aquí y por allá esa suerte de escenario que enmarcaba la panorámica central. El Kamo, que en la entrada se veía a la distancia por la izquierda, viraba a la derecha formando un recodo cuyas aguas corrían parsimoniosas a unos cien metros de la veranda. La altura de la casa era ideal para observar sin ser observado. El terreno, las plantas, la pequeña capilla que se advertía apenas a un costado y la disposición exacta de cuanto elemento conformaba el jardín, esa maravilla viva por decir lo menos, todo ello podía resumirse en una palabra: armonía. Nada

sobraba ni faltaba. Y nada, por bello que fuera, intentaba siquiera disputarle la supremacía al río. Sensible de por sí y con la sensibilidad redoblada por la tensión previa y la distensión que el espectáculo aquel le prodigaba, Kashiwagi se estremeció sintiendo un nudo en la garganta.

—Me queda claro, sensei, que usted no se conforma con la belleza del cielo. Ha sabido bajarla a la Tierra y ponerla a sus pies. Es mucho más que admirable, pero no hallo el término exacto. Disculpe mi simpleza.

—Es el triunfo de un hombre que ha sabido aprovechar su tiempo libre durante los últimos 23 años. Cada árbol, cada planta, cada piedra, es culpa mía. Y del río que todo lo determina. Me siento orgulloso —repuso pletórico el doctor Hayashi con la mirada extraviada por ahí entre las aguas y las manos metidas en los bolsillos. Era la primera vez que Kashiwagi lo veía usando pantalones de mezclilla—. ¿Le interesaría caminar unos minutos por el jardín en tanto que alistan el té? Así le puedo presentar a mis plantas consentidas.

Kashiwagi aceptó de mil amores, pues su familia era devota de la jardinería estacional y desde niño sabía apreciar las plantas de ornato principales y muchas de las menos conocidas. Ya completamente relajado, acompañó a su guía poniendo atención a cada detalle. El jardín, al igual que la casa misma, no era muy grande, pero sí lo bastante como para permitir la alternancia de las plantas de verano con las de otoño y primavera. Primero, a su izquierda, vio un durazno en cuya base abundaban las violetas. A su derecha estaba un cerezo dignísimo rodeado de tres macizos de tulipanes rojos y uno de *sakurasou*, todas ellas especies primaverales que parecían reprochar a Kashiwagi el presentarse recién terminada la época de primor absoluto.

—El cerezo debe ser espectacular en combinación con los tulipanes —aventuró el visitante para retomar el diálogo.

—Es un placer verlo frente al durazno, que suele adelantarse una semana a la floración del cerezo. Mi mujer los llamaba centinelas de primavera, porque en sus meses de gloria parecen guardar la entrada al jardín mismo si se miran desde la terraza. Son los árboles más viejos de mi pequeño paraíso sin ser destacables por ello. Tienen casi los 23 años que le mencionaba hace unos momentos. Llegaron a casa siendo esquejes apenas enraizados. Me los regaló un viejo monje que ha dedicado toda la vida a cuidar el jardín sagrado de un monasterio escondido en las afueras de la ciudad. Todo un personaje. Es curioso, pero al dármelos afirmó que les gustaba mirarse, que los pusiera uno enfrente del otro, ya que si no lo hacía ambos morirían de tristeza. Están

enamorados, según dijo. Yo le creo. No sé qué piense usted, Kashiwagi san, pero los árboles miran como dice mi amigo, que por cierto es ciego. De los arbustos y las hierbas no estoy tan seguro.

—En mi familia se dice que las plantas escuchan cuando se toca el koto cerca de ellas. Hasta los insectos callan si la música es buena. De la mirada no sé, pero su amigo debe estar mejor enterado que yo.

—Que usted y que yo. Cuando vuelva la primavera el año entrante constatará la sensación que dan estos dos floreando. Es parecida al amor. Los separan quince metros a lo más y cada año sus ramas se acercan. Las ramas del costado opuesto han crecido mucho menos. Es fascinante.

La voz del doctor Hayashi sonaba distinta. Toda su persona daba la impresión de ser una versión amable del seco compañero de trabajo, dispuesto a extenderse por horas al explicar una hipótesis o cierta ecuación compleja, mas parco al referirse a temas ajenos a su oficio. El andar también había cambiado, quizá como resultado de que en su jardín el hombre caminaba con la cabeza en alto mientras que en la universidad solía ir por ahí mirando reconcentrado al piso y siempre frunciendo el ceño. En el jardín su rostro ganaba lozanía. El retiro le sentaba maravillosamente a Chushiro Hayashi.

Tres túmulos de idéntica altura probablemente integrados por el mismo número de piedras, de acuerdo con el shinto, demarcaban sutiles el paso de la sección primaveral a la veraniega, que se pavoneaba en todo su esplendor al correr el mes de junio. Los grupos de flor globo, girasoles y lavanda formaban una especie de sendero que doblaba a la derecha primero y luego a la izquierda llevando a una capilla shintoísta miniatura tipo *hokora*. El maestro y su antiguo asistente se detuvieron unos minutos a presentar sus respetos al *kami*. Al terminar, Hayashi relató que otro amigo radicado en el mismo monasterio del ciego le había facilitado una copia más vieja que antigua del famoso censo de capillas shinto realizado en el año 927.

—Según mis cálculos, una de las 2861 capillas relacionadas estaba situada aquí mismo. No es tan difícil calcular la localización tomando en cuenta que las tierras de los crematorios fueron un punto de referencia por siglos y todavía hay restos de las cimentaciones de los hornos más grandes. Por allá estaba el principal —dijo Hayashi señalando a la distancia sin mayor precisión—. Como sea, me gusta pensar que mis cálculos son exactos y que la capilla está donde debe estar conteniendo el kami que le corresponde. Ya le hablaré de mi reliquia. No quiero aburrirle.

—No, nunca, sensei. Eso no —repuso Kashiwagi de inmediato y

ligeramente sobresaltado.

—A partir de este punto comienza el jardín de otoño, especial para mí —continuó el maestro sin prestar atención a la rotunda negativa de Kashiwagi—. Me las arreglé para que el trébol local surgiera junto a las piedras que ve usted ahí dejándose caer como una cascada morada. A fines del verano empieza su espectáculo y llegado octubre es una delicia verlo junto al pasto plateado que dispuse en la base. No es raro que también se sume el *kudzu* con sus agradables florecillas también moradas, pero siendo una hierba invasora, no permito que prospere más allá de dos semanas. Eso sí, año con año vuelve surgido de quién sabe dónde. Es terco como usted, Kashiwagi.

El discípulo no supo cómo interpretar la pulla, así que guardó silencio mirando el sitio al que Hayashi se refería. Pasados dos o tres segundos, éste enmendó con una sonrisa amplia y dando una palmadita en la espalda a Fujiwara. "No me lo tome a mal, por favor, pero debía soltarlo algún día." Kashiwagi asintió no muy convencido.

—Y llegamos al final de mi jardín. Su límite es este macizo largo de *fujibakama*. No hay zona de invierno. En invierno me resguardo entre los libros de la biblioteca y apenas se me ve el pelo fuera de ella, así que no me molesté en buscar especies de frío. Además, dice Yumiko que las plantas de invierno, con su estoicismo melancólico, terminan por agrisar la suerte de quienes las frecuentan demasiado. Yo no coincido con ella, pero vaya usted a saber.

—Es la primera vez que le escucho hablar de la fortuna, sensei. No pensé que creyera en ella o en cosas equivalentes, pero este paseo me deja en claro que apenas lo conozco o que, más bien, conozco una mínima faceta de su personalidad. No imaginé que fuera un hombre piadoso y versado en la religión antigua, o que gustara de la jardinería.

—Empieza a conocerme. Es un hecho que lo conozco mucho mejor que usted a mí. Ya verá. Pero ahora volvamos si no quiere que mi hija nos reprenda por permitir que se enfríe el *matcha*. Mire, ya nos hace señas.

El kimono blanco de la mujer brillaba como una estrella bajada del cielo a la terraza. Rehicieron el camino lentamente, entreteniéndose un poco aquí y allá. Aunque las pausas eran mínimas, muy largas se le figuraron a Kashiwagi, quien estaba ansioso por llegar a la veranda antes de que Yumiko volviera a perderse en el interior de la casa. No la recordaba bien a pesar de haberla visto poco antes. Nunca se había topado con una mujer de rostro volátil y creía que con mirarla una segunda vez las facciones inasibles quedarían prendadas a la memoria,

pero no. Ese tipo de personas, casi siempre mujeres, exigen que se les conozca desde cero siempre que se las mira. Toda ocasión es la primera. Son pocas y desconcertantes. Quienes las padecen suelen echarse la culpa aduciendo desmemoria, insensibilidad, distraimiento propios, mas la verdad huidiza radica en ellas. Sus formas no se someten al primer golpe de vista. Las facciones, casi mutables, se reorganizan en un descuido exigiendo la vuelta al inicio, el reconocimiento constante. Estando frente a ellas, cada rasgo es lógico, claro, armónico, natural. "Jamás la olvidaría", se dicen los afectados cuando ya han empezado a olvidar. "Es cosa de poner atención", se justifican mientras fijan la suya en otra cosa, permitiendo que la inmanencia de aquello se les escurra por segunda, tercera o cuarta vez. Y no, no entienden que la culpa es del sujeto observado y no de quien observa. He ahí la estratagema, el meollo: su volatilidad es una de las mejores defensas porque ni ellas mismas la notan. Los rostros inasibles no saben de su desapego porque nadie se ha atrevido a afirmarles "te me olvidas en cuanto dejo de verte". Eso no gusta, eso no sirve, pero a veces les conviene. Los inasibles se aprovechan de ello ignorándolo todo. Como benditos.

Ya de vuelta en la terraza los esperaba una tetera humeante, dos tazas pequeñas con sus platitos, dos cucharillas, un par de servilletas de lino crudo y algunos terrones formando un túmulo miniatura semejante a los tres que dividían el jardín primaveral del veraniego. Pero nada de Yumiko. "¿Cómo era su boca? ¿Las cejas? ¿La nariz?", se preguntó Kashiwagi sintiéndose estúpido mientras Hayashi le servía. La mesa estaba dispuesta de modo que los comensales pudieran ver el Kamo entre las maravillas del jardín, por lo que el anfitrión y su invitado daban la espalda a la casa misma, dificultando el juego de las miradillas a que Kashiwagi se sentía especialmente propenso aquella mañana.

—¿Le hace falta algo? —comentó a la ligera el doctor Hayashi al notar que el invitado miraba sobre su hombro derecho cada que podía disimularlo.

—Nada, doctor. Sólo me preguntaba si esperamos a alguien más. No quisiera empezar sin estar seguro —improvisó Fujiwara con mediana habilidad, prometiéndose ser discreto en lo sucesivo.

La conversación siguió cauces previsibles durante la media hora que transcurrió entre su inicio y el desayuno propiamente dicho. El curso que los ocupaba duraría cuatro días, con dos sesiones de trabajo por jornada, la matutina dedicada a los antecedentes teóricos de las estrellas enanas marrones y la vespertina girando alrededor de dos hipótesis principales que tenían el potencial de revolucionar el conocimiento que

de esas entidades se tenía. El evento era organizado por la división de estudios de posgrado, pero eso no era garantía de que los asistentes fueran especialistas. "Más bien lo contrario", advirtió Hayashi con un gesto desdeñoso que su discípulo recordaba la mar de bien y que sólo utilizaba al estar con entendidos. "Y cuando se mete la Sociedad Astronómica, ya sabe usted que la divulgación lleva la voz cantante", remató la luminaria. Por eso proponía repetir el gustado método expositivo en que ambos se turnaban para aclarar la necesidad teórica de las llamadas "enanas negras", según las ideas del indio Shiv Kumar, para llegar a los aportes incipientes de Jill Tarter. Faltaban diez años para que Teide 1, la primera estrella enana marrón, fuera una realidad fáctica, pero los especialistas de la talla de Hayashi y Fujiwara hablaban ya de las marrones como un hecho que la física y las matemáticas anunciaban a gritos desde los años sesenta del siglo XX. El resto era cuestión de tiempo y desarrollo tecnológico.

Las líneas generales de la colaboración quedaron agotadas antes de que el desayuno fuera servido por una mujer mayor ligeramente encorvada. Los vapores de la cocina se le habían pegado al cuerpo con el paso de los años. Ni el aire fresco ni las ropas nuevas podían disimular ya un olor perenne a verduras, a vinagres, a pescados salados, todo en uno. Se notaba que conocía las preferencias del anfitrión por la rapidez con que disponía cada elemento sin decir palabra, en el lugar preciso, sirviendo las cantidades justas. "Un poco más para el señor", indicó al ver que la empleada servía escasamente en la salsera de Kashiwagi. "Cada día me conformo con menos, pero usted no tiene la culpa", bromeó Hayashi para dejar en claro que la cantidad era una cuestión de gusto personal y no tacañería. La mujer obedeció y se retiró en silencio haciendo mucho más ostensible la ausencia de Yumiko.

El incómodo silencio de casi diez segundos que el invitado padeciera al encontrarse con su mentor en la entrada de la casa tuvo su réplica durante el desayuno. Fuera de algunas frases de cajón alabando la calidad de la comida o la belleza del paisaje, nada se dijo. De no ser por el arroz con alevines de sardina y otros distractores equivalentes, la falta de intercambio hubiera resultado intolerable. Por momentos, el mutismo de Hayashi pudo interpretarse como desdén, pues un decoro elemental obliga a que sea el dueño de la casa quien dirija la conversación, pero en esta ocasión el mayor de los astrónomos se limitaba a llevar la mirada del Kamo al plato y del plato al Kamo, todo en silencio, como si deseara que la reunión terminara lo antes posible o, al contrario, cual si pretendiera extenderla con tal de no abordar un

asunto penoso. Ninguno de los casos beneficiaba al pobre Kashiwagi, quien optó por sumarse al mutismo del doctor asumiendo que el curso pretextado no daba para más y que el silencio era preferible a las palabras hueras.

—Usted es un hombre inteligente, Fujiwara san —dijo al fin el dueño de la casa rompiendo el mutismo—. Como le decía, sabe hallar las palabras indicadas en el momento indicado pero, más importante aún en nuestra calidad de observadores profesionales, sabe dialogar con el silencio, entretenerlo, darle la vuelta, engañarlo o consentirlo, lo que sea con tal de obligarle a manifestarse. Desde niño tuve la certeza de que el cielo prefiere callar a confesarnos lo suyo y que, cuando lo hace, es más bien movido por el hartazgo que produce la insistencia. Aunque nunca hemos hablado de ello, apuesto a que ha sentido ese miedo repentino surgido de una fórmula trunca, de una hipótesis inoperante o de una ecuación que no termina de sonsacarle cierta verdad al cosmos, ese mundo de mundos en que vivimos. El silencio inofensivo se convierte entonces en un filo, en una trampa, en una red o en cualquier otra cosa que atrapa, que hiere. El diálogo del conocimiento involuciona para convertirse en soliloquio y entonces la vida de quienes piensan, sienten y viven como nosotros, pierde cauce. El silencio reflexivo, hasta alegre si se quiere, calla en serio ahora sí. Se va y deja nada. Estoy seguro de que ha sentido ese frío, Kashiwagi.

—Dos veces, si es que hablamos de lo mismo. Por fortuna, ambos episodios fueron breves.

—Lo son hasta cierta edad, pero luego duran más —sentenció Hayashi mirando primero al cerezo y después al durazno como si esperara de ellos una anuencia que no se concretaba.

La mujer encorvada apareció con parte de la fruta dispuesta en un par de canastas individuales. Tres flores provenientes del jardín veraniego decoraban cada cesta. Sus tonos rosáceos exaltaban el rojo visceral de las cerezas y el morado negruzco de las uvas. Kashiwagi acertó al imaginar las manos que habían dispuesto la fruta, las flores. Delicadezas.

La lentitud con que la mujer manipulaba los elementos de la mesa hizo que la pausa fuera desesperantemente larga, en especial para el doctor Hayashi, quien manifestaba su impaciencia apretando la mandíbula y los labios. La tensión parecía descender por los músculos del cuello hasta derivar en los hombros. Era la primera vez que Kashiwagi notaba una alteración semejante en su benefactor. No se requería ser un gran observador para darse cuenta de que el profesor trataba de abordar un tema que se le atoraba en la garganta

enturbiándole el carácter, mas nada se le ocurría a Fujiwara para dulcificar el trago amargo a su anfitrión. O tal vez sí.

—Es curioso, pero ahora mismo siento ese frío del que me hablaba hace unos instantes —improvisó hábilmente Kashiwagi cuando la mujer del servicio se alejó por fin de la mesa devolviendo a los comensales la intimidad que les había escamoteado—. Sólo dos veces he sentido algo así, le decía, y ésta es la tercera. Perdone la repentina sinceridad, sensei, pero creo que los años a su lado la justifican: para mí, usted es hoy ese silencio que no responde y lo es en la misma medida que lo soy yo para usted. Nada le reclamo, pero acepte que es preciso reinventarnos para volver a hacer contacto, para colaborar. No tengo duda de estar en el lugar correcto con la persona indicada. Ahora sólo falta un lenguaje común, una disposición. Yo estoy dispuesto a servirle, a ayudarle, porque haciéndolo me sirvo y me ayudo, porque se lo debo. Ahora déjese ayudar por este ayudante que no le llega ni a los tobillos, pero que puede entenderlo mejor que muchos. Por eso estoy aquí. Ande, profesor: coma algo de fruta mientras se decide a confiar.

—¿Sabe, Kashiwagi? Si esta conversación fuera un capítulo de novela antigua se llamaría "Cerezas de Yamagata".

—Y si fuera moderna estaríamos ante "Los silencios de Hayashi". No suena mal.

—Nada mal —aceptó la luminaria divertida por las ocurrencias del colega. Entonces tomó su canasta, se disculpó con el invitado y sin más se puso a deambular en la sección veraniega de su jardín mientras daba cuenta de las cerezas y las uvas. Su talante era muy otro comparado con el de antes. Más fresco. Aligerado.

Fujiwara gozó de sus delicias en la relativa soledad de la terraza. Las uvas casi no le cabían en la boca. Eran grandes como limones.

Unos minutos más tarde, cuando Kashiwagi había terminado el postre a solas, escuchó la voz del profesor que le llamaba desde la frontera del jardín de primavera y el veraniego. Había dejado su canasta sobre uno de los túmulos e instaba con señas a que el invitado se le uniera. Cuando la distancia que mediaba entre los dos era ya muy poca, Hayashi echó a andar por el sendero de los girasoles, las flores globo y las lavandas, el tramo más bello de todo el jardín, el que derivaba en la capilla. Una vez llegado a ésta, el profesor se detuvo para esperar a su acompañante.

—Henos aquí con el lenguaje común y la disposición que nos hacían falta. Las cerezas de Yamagata y los silencios de Hayashi se fundirán en un capítulo que comenzaré a narrarle aquí frente a la hokora. Sólo

espero que no me considere un loco o un pobre tonto luego de escucharme. Sea tolerante con este viejo que ha sabido tolerarle lo suyo en la academia.

—Aquí me tiene terco, tolerante y ansioso por escuchar su relato, sensei.

—Sea pues. Pero antes prometa que dejará el "sensei" para hombres mejores que yo. Hace muchísimo que nadie me llama Chushiro y es buen momento para recomenzar, querido Kashiwagi. ¿De acuerdo?

—No, sensei —replicó de inmediato el eterno discípulo del profesor Hayashi, gesto que el aludido agradeció tocando brevemente el antebrazo de su invitado. El vínculo crecía.

—Alguna vez tuve unos diez años menos que usted. Recuerdo que en mi cumpleaños 22 me felicitaban por estar a punto de graduarme en la Universidad Imperial de Tokio. Corría el sábado 25 de julio de 1942 y celebrábamos con la familia y algunas amistades aquí, en Kioto. La algarabía con que el pueblo celebrara la victoria en la batalla de Singapur había quedado ensombrecida por la derrota que los estadounidenses asestaron a las tropas del emperador en Midway, a principios de junio, por lo que mi festejo, discreto de por sí, se llevaba a cabo casi a oscuras por el terror a un bombardeo como el que los aliados habían lanzado sobre Tokio unos tres meses antes. Dos quinqués nos bastaban para iluminar la parte de la casa que menos había sufrido en aquellos tiempos de guerra y pobreza, mas eso no obstaba para que mis invitados cantaran a voz en cuello tonadillas licenciosas que deleitaban a la mayoría y combatían la penumbra en que se iba adentrando Japón sin que muchos reparáramos en ello.

El tono, las inflexiones, el ritmo, la dicción, las pausas recordaban al catedrático excepcional que había sabido ganarse la admiración de generaciones y también al expositor engolado que criticaban los detractores. Si las estrellas se alineaban, sobrevenía entonces un lúcido estado de abandono que revelaba el verdadero talento del expositor, su capacidad de guía, de inspiración. Estas epifanías repentinas, su sello, solían anunciarse con una mirada a lo alto que duraba una pizca más de lo normal. Era como si el hombre solicitara permiso a las alturas para revelar una fracción de sus secretos. Pero ese momento tan especial para la cátedra no se presentaba en la intimidad del jardín. El Hayashi de aquella mañana, el de los pantalones de mezclilla, olvidaba al discípulo, pero no buscaba la aprobación celestial sino más bien el valor para hablar de sí mismo, algo a lo que no estaba acostumbrado. La duda y la memoria jugaban a las vencidas cuando el profesor se sentó en la hierba

perdiendo la mirada a un costado de la capilla. Luego arrancó dos hojas de pasto y comenzó a trenzarlas como si hacerlo fuera requisito para continuar su relato.

—Hace un rato decía que nunca me refiero a la fortuna. ¿Se acuerda? Tiene razón, pero eso no equivale a negarla. Si lo piensa bien, la descalificación de los imaginarios que tanto aman los hombres de ciencia es pura superchería. Sin imaginarios la ciencia se agota, pues en el fondo *es* un imaginario. La especulación que no imagina no especula, así como la imaginación que no especula acaba por no imaginar. Todos pierden con los reduccionismos, Fujiwara. Y no es pura retórica —aseveró Hayashi unos segundos antes de tirar a un lado la hierba trenzada para luego embeberse en las nubes con el abandono de un pastor—. Le contaba sobre mi cumpleaños 22, el de los quinqués. Habíamos bebido media tarde y en la conversación abundaban los desplantes típicos de los jóvenes. Uno de los más achispados, también originario de Kioto y estudiante en la Imperial, discutía con el primo de mi padre, un cultivador de rábanos agudo y arisco como Diógenes. El tema central era la religión antigua. Mi amigo denostaba al shinto por ingenuo, mientras que el tío la emprendía contra la ciencia. Nada nuevo, vaya. El caso es que los lugares comunes se cruzaban como espadas mientras buena parte de los congregados luchábamos para no bostezar groseramente. El tío comenzaba a arrastrar las palabras cuando una ráfaga especialmente intensa casi extingue la poca luz que nos acompañaba aquella noche tranquila hasta entonces. El inexplicable latigazo del viento me hizo pensar en que el papel de los muros no resistiría. Mi madre se apresuraba a cerrar una puerta corrediza cuando el tío comentó visiblemente divertido que ni lo intentara, que no era el viento común sino un kami lo que azotaba la casa. Las risotadas de mi amigo y otros dos no se hicieron esperar. "¿Te gusta burlarte de la esencia de las cosas?", cuestionó el primo de papá en un tono amenazante que no esperaba respuesta. El otro, un tipo pacífico por naturaleza, se acobardó y guardó silencio, pero el tío estaba rojo del coraje (condición ideal para un rabanero si lo piensa uno bien), y no quiso dejar las cosas ahí sino que se incorporó y salió de la casa para volver unos segundos después llevando a la espalda un ato mediano sacado de quién sabe dónde. Era un regalo. Mi pariente lo había escondido entre las plantas de la entrada para darme la sorpresa en el momento ideal, pero la sorpresa se la había llevado él, según comentó al tiempo que dejaba su pesada carga junto a mí. Al revisarla encontré una piedra jaspeada bastante mayor que un melón de los más grandes, pero

menor que la sandía promedio. ¿Ha visto las de Densuke, esas negras como balas de cañón cuando llegan a los 12 o 13 kilos? Algo así semejaba la piedra. En principio no supe hallarle gracia; ni yo ni nadie. El silencio general estaba muy cerca de transformarse en risa. Temí que la burla de algún invitado volviera a encender los ánimos de mi pariente e intervine a tiempo para evitarlo. Al pedir una explicación, mi tío se puso a narrar una historia estrambótica que entretuvo a la mayoría e inquietó al resto, por decirlo de algún modo. A las cuatro de una madrugada cualquiera el tío se dispuso a preparar un pequeño sembradío de yuca que alternaba con los de sus adorados rábanos. El terreno nunca había sido arado, lo que obligaba a ser doblemente cuidadoso al hundir el cincel en la tierra. A las primeras de cambio la yunta topó con algo duro que echó a perder la vertedera del aparato. Los bueyes, muy tranquilos por lo regular, empezaron a bufar como si todavía estuvieran enteros. El tío los calmó a silbiditos y caricias para después averiguar qué le había arruinado la jornada. La antorcha que un peón sostenía no revelaba nada especial hasta que, al remover la tierra un poco más hondo, el tío descubrió la causa del desperfecto. Y sí, Kashiwagi, adivinó: ahí estaba la piedra jaspeada junto a otras muchas que parecían formar una fila. Eran los cimientos de algo que luego, al salir el sol, demostró ser pequeño para usarse como vivienda o establo y muy somero para ser parte del brocal de un pozo. Entre la poca tierra que habían logrado remover antes del desperfecto, encontraron siete figurillas de terracota, varias cuentas talladas en malaquita y otras en cristal de roca con un peculiar tono violáceo. Probablemente habían formado un collar en su momento. El sol iluminaba ya en pleno cuando el peón, medio en broma, comentó que la bonita piedra jaspeada parecía un oso japonés con las patas rotas. Sí y no, Fujiwara. La piedra parecía un oso, pero no estaba tallada. Los muñones que semejaban patas eran parte de la formación natural, pues no había marcas de cincel o pulido distinguibles a simple vista, a no ser por una marca de medio centímetro en la supuesta frente del animal. Al comentarla, el tío pasó la yema del dedo índice sobre la marca y entonces los acometió una ráfaga impresionante venida de la nada que por poco los hizo caer. Los bueyes se encabritaron y echaron a correr arrastrando el arado que todavía no les retiraban. El peón los alcanzó y sólo pudo hacerlos andar en dirección a los establos, pues los animales se negaban a volver por las inmediaciones del descubrimiento. Azorado, el peón comentó a la vuelta que no tenía dudas, que lo desenterrado formaba parte de una antigua hokora y que el oso era un objeto capaz de albergar a los kami, un

yorishiro. Mi tío quiso burlarse de la imaginación de su empleado, pero algo en su interior lo disuadió. Mejor consultarlo con los monjes. El tío y otros solían destinarles parte de las cosechas a cambio de bendiciones y cantos sanatorios. Habitaban un monasterio ruinoso y semioculto en las colinas del norte. Avisados del hallazgo por una carta redactada entre mi pariente y su vecino, enviaron a dos de ellos para un reconocimiento. El más joven era casi un niño; veía muy poco a causa de unas cataratas congénitas que le daban un aspecto siniestro. El otro inspiraba la confianza que el joven ahuyentaba. Era un viejo y murió semanas después con dolores espantosos, si hemos de creer en las versiones de los lugareños, tan dados al cuento como las ancianas. Nada más llegar al sitio, los monjes corroboraron la hipótesis del peón: la hokora era muy antigua y sí, podían apostar a que la piedra era un yorishiro consagrado a Fūjin por la muesca en la frente del oso. Dos meses después de la muerte del monje, éste se apareció en sueños a mi pariente. Vestía con puro andrajo y llevaba el oso jaspeado a la espalda, igual que mi tío en ese 25 de julio de 1942. Palabras más o palabras menos, la entidad señalaba una y otra vez un mapa de Kioto desplegado en una pared de aquel sueño. Antes de desaparecer, el monje se acercó al oído del soñador y susurró mi nombre. Al día siguiente, poco antes del mediodía, un muchachito entregó al primo de mi padre un mensaje: la invitación para celebrarme los veintidós. ¿Qué mejor oportunidad para cumplirle el encargo al espectro del sueño? Yo era el primero de los míos en llegar a la universidad, a la Imperial de Tokio por si fuera poco, y la familia, por muchas privaciones que la situación política impusiera, se desvivía gustosa para celebrarme a la menor oportunidad. Así llegó a mis manos el yorishiro de esta hokora. Pero la historia apenas comienza, querido Kashiwagi, y no es decente espetársela entera sin ofrecerle un poco más de té. Mire: ahí viene mi hija con la charola.

La sonrisa del doctor comunicaba una franqueza especial si la provocaba Yumiko. Las facciones duras, angulosas, se matizaban. Entonces, la sonrisa iba arribando por partes, cual flota mal coordinada que se aproxima a una cabeza de playa. Las mejillas hundidas dibujaban como por error un esbozo que paulatinamente se iba transformando en la sonrisa entera, en una alegría de las que no se extinguen ni con las adversidades mayores. Kashiwagi Fujiwara se maravilló al pensar que el rostro de Yumiko, inasible como nube, pudiera surgir de uno tan hosco como el de Hayashi. La joven era etérea; su viejo, ígneo. Lo irreconciliable quedaba conciliado al ver aquellos rostros lado a lado. Era todo un espectáculo para el observador consumado en que Kashiwagi se

había convertido con el paso de los años.

—Una disculpa a nombre de mi padre, señor. Mire que tenerlo ahí en la hierba… pero no ha querido poner una banca por más que se lo pido. No, no y no. Ni banca ni mesita ni tatami. En el fondo mi padre es un montañés igual que su familia paterna.

—Un rabanero para ser exactos —agregó Hayashi de buen talante al tiempo que dedicaba un vistazo cómplice a Fujiwara. La hija no lo notó por ocuparse en la repartición de las tazas que, servidas de antemano, contenían no el té previsto, sino un fino sake hábilmente atemperado. Además de las tazas, Yumiko proveyó a la pareja con un *tokkuri* mediano capaz de reabastecerlas al menos tres veces. Antes de retirarse tomó la canastita que Hayashi había dejado sobre el túmulo haciéndose luego con la del visitante. Lo que hubiera dado Kashiwagi por invitarla a sentarse con ellos.

—Le sugiero que antes de probarlo se concentre en el sabor de las cerezas, que si son tan finas como las que nos trajo perdura horas en la boca. ¿Ya? Ahora sí. Verá —advirtió el anfitrión dando un sorbo a su bebida con los ojos entornados.

—Fascinante —concluyó Fujiwara luego de paladear unos segundos.

—E ideal para adentrarnos en el resto de la historia. ¿Le parece? —cuestionó el dueño del jardín mientras un viento amable despeinaba al invitado para recordarle el punto en que el profesor había interrumpido la narración—. La animosidad entre mi familiar y el compañero de estudios se disipó luego de aquella intervención, pero aún flotaba en el ambiente la duda ante la pertinencia del regalo. ¿Qué esperaba que hiciera yo con aquella roca? Considere, Kashiwagi, que en mi radar no aparecía la menor referencia a la religión antigua, pues mi padre, aun siendo primo del rabanero, tenía una cosmovisión distinta, mucho más moderna por haberse mudado a la ciudad escapando a la vida rural que llevaba su familia. Además, desde muy pequeño el estado notó mis dotes y optó por financiarme una educación cuyo nivel estaba muy por encima del común en aquella época o de la que hubiera podido proveerme la familia con sus medios. Resumiendo, el jovenzuelo de 22 años que era yo entonces calificaba como escéptico redomado con tintes de agnóstico a pesar de la corta edad. Le confieso que no fue fácil disimular la sonrisa mientras mi tío detallaba su hallazgo, pero jamás me hubiera permitido ofenderlo o contradecirlo en público. En donde estés, te abrazo, hombre bueno —soltó de pronto un Hayashi sentimental, cimbrando las ideas que el alumno se había fabricado sobre el carácter del maestro. La celebridad adusta conmovía al conmoverse.

—*Kanpai* —brindó en respuesta Fujiwara, alzando su taza a menor altura que la del anfitrión, como exige la etiqueta, para vaciarla después de un solo trago. La pausa se extendió hasta que Hayashi terminó de rellenar las copas empeñado en no derramar ni una gota. Su perfeccionismo era tan legendario como el celo por su intimidad.

—Le hablaba de la suficiencia intelectual que me contaminaba siendo un muchacho. Y digo que me contaminaba porque la inexperiencia y la soberbia, dueto miserable, al coincidir en un alma joven pueden descomponer incluso a los temperamentos más logrados. El mío requería de matices, de flexibilidad, y la vida se encarga muchas veces de arreglar las cuentas que nosotros dejamos pendientes. Así sucedió la noche del cumpleaños. Le decía que no tenía idea de qué hacer con mi regalo. Fui cuidadoso al averiguarlo, pues era famosa la susceptibilidad del único primo de mi padre, especialmente si el sake sobrevolaba el terreno como ahora. La misma duda le surgió a él apenas constatada la naturaleza de su descubrimiento. Los monjes habían sido muy parcos al explicarle las cosas. Ante la insistencia, el de las cataratas le reprochó "la turbia ansiedad por el conocimiento" en tanto que el otro, sin refregar, apoyó al ciego y añadió que el yorishiro se bastaba a sí mismo o, más bien, que el kami residente en él se las arreglaría para hacerse entender, para cambiar la vida y orientarla debidamente en caso de necesidad. ¿Quién iba a pensar que el monje mismo regresaría en sueños después de muerto para sugerirle el destino correcto de la piedra? Vaya usted a saber si el recurso onírico fue o no verdadero, pero lo que sucedió en mi cumpleaños justo después de exponerle mis dudas al tío dejó en claro que no sabemos nada a pesar de los alunizajes, los aviones, las computadoras y bla bla bla. Le extrañará escucharlo de mí, pero la ciencia no basta, Kashiwagi. Créame: mi turbia ansiedad por el conocimiento, la que me ha guiado desde niño hasta hoy, necesitaba un correctivo que se anunció unos segundos después de que mi pariente se refiriera a las advertencias de los monjes: alguien llamó a la puerta y no era un invitado más sino un mensajero. El hombre llegó montado en bicicleta; vestía con ropa vieja seguramente desechada por algún militar y vuelta a poner en circulación. Tras el saludo de rigor entregó a mi padre un telegrama dirigido a mí y se marchó sin decir palabra. Papá me lo entregó y al leer sospeché que sí, que el yorishiro podía cambiar destinos con o sin ráfagas imprevistas. La marina anunciaba mi reclutamiento a partir de la semana siguiente.

—Podría escucharlo todo el día, sensei. Hemos trabajado juntos miles de horas y hasta hoy voy conociéndolo como hombre. Le decía

que no lo imaginaba piadoso y menos como un militar.

—Todos lo fuimos, Kashiwagi. Si uno era varón mayor de edad, de algo serviría en el frente. Lo triste fue que el mundo castrense irrumpió en el mío en uno de los peores momentos. Le decía que la batalla de Midway acababa de poner a nuestro país en su lugar muy poco tiempo atrás y usted sabe que ese fue el principio del fin. A un hombre educado de su generación le parecerá absurdo que Japón desoyera las reservas del almirante Yamamoto, pero los mandamases insistían en que el poderío industrial estadounidense podía compensarse con una serie de victorias menores que no llegaron o que, si llegaron, de nada sirvieron. Mi sensación al tomar las armas era que los jefes se empeñaban en creer, mientras que los oficiales de menor rango descreían y la tropa desconfiaba de los otros dos. Un esquema semejante no puede terminar en algo bueno. Estará de acuerdo conmigo —constató el doctor Hayashi aprovechando la pausa para brindar por segunda vez.

—Hasta donde puede hacerlo un hombre educado de mi generación.

—¡Ah! Ya sospechaba que usted era de los que se volvía ingenioso con un par de tragos —exclamó Hayashi con las mejillas ligeramente encarnadas—. No es el único que redescubre excolegas por estos lares.

—Ingenioso y terco… no está mal para un mediodía de julio —bromeó Fujiwara disfrazando el reproche de camaradería ante el inesperado adjetivo que su maestro le había endilgado a su llegada.

—Padece la maldición de los hombres con buena memoria: no pueden olvidar, y a veces el olvido conviene más que el recuerdo. Pero no sigamos esa vía si quiere usted conocer el resto de la historia, pues a ambos nos conviene continuarla antes de que el tokkuri se vacíe. No vaya a ser que me dé por contarle una sarta de mentiras.

—Confío en Chushiro Hayashi, sobrio o ebrio. Me da igual.

—Gran muchacho sin duda —dijo para sí el astrofísico—. No me equivoco con usted.

—Muy halagado —agradeció Fujiwara conmovido también por el repentino acceso de sinceridad de Hayashi.

—Vinieron los tiempos de muerte, los del miedo. Aunque supe ingeniármelas para que mis capacidades me salvaran el pellejo durante año y medio, nada pude cuando las campañas de fuego aéreo se redoblaron sobre la capital. El equipo de intercepción de comunicaciones al que me habían sumado se desbandó unos diez días antes del primer ataque a baja altura con napalm. Estar ahí fue una condena, Fujiwara. Del cielo nos llegaba fuego como antes lo hacía el

agua. La lluvia maldita incendió media ciudad para acabar con los muy pequeños núcleos industriales que se camuflaban entre los barrios residenciales. La madera de las construcciones fue yesca para el enemigo y supo aprovecharla. Durante una semana vagué por la ciudad en ruinas sin tener dónde dormir o qué comer. Bebí de los charcos y comí hierba igual que un caballo. Recuerdo que no era posible encontrar un solo animal doméstico en el Tokio desastroso que iba yo atestiguando. Todo lo comestible era intercambiado en segundos, pues la compraventa prácticamente se acabó o porque no había dinero o porque el dinero no valía. Se respiraba dolor. Vivir dolía —añadió el jubilado conteniendo la emoción. Tardó lo suyo en recomponerse. Fujiwara le rellenó la copa esperando que Hayashi correspondiera, pero no fue así—. Y dolía más por la noche. Perseguir el sueño era tan complejo como conseguir comida. Una vez oculto el sol, la ciudad era una cueva. Podía uno caminar kilómetros sin encontrar un destello, sin escuchar el rumor de una conversación. Millones de japoneses callaban aterrados, ateridos, hambreados. Recuerdo que durante mi última noche en la capital no lograba encontrar un solo techo bajo el cual echarme a dormir. Caminé sin dar con algo que pudiera protegerme de ese cielo amenazador que vomitaba fuego sin el menor aviso, pues las alarmas antiaéreas habían dejado de funcionar. Claro que no era el único. Decenas de miles buscaban lo mismo que yo en la oscuridad total, en el silencio de muerte. Los espectros deambulábamos por ese infierno de los hombres soportando la carga de nuestra conciencia, de nuestra historia personal y yo sin encontrar refugio. La angustia crecía cuando un claro de luna me permitió distinguir una silueta que se acercaba saltando cascajo y vigas quebradas. Se detuvo a unos metros de mí y desapareció repentinamente, lo que de plano me causó risa. Estaba perdiendo la cabeza. La idea me estremeció hasta hacerme temblar incontrolablemente. Entonces quise constatar que me engañaba, que la razón no podía mentirme así. Tenga en cuenta, Kashiwagi, el natural escéptico que ya le había mencionado. Ni para entretenerme daba crédito a las supercherías que fascinan al pueblo, a no ser por la noche del yorishiro. El que temblaba no podía ser yo. Respiré hondo y pude controlar la tembladera en unos minutos. Luego cobré arrestos y caminé hasta el punto en que el espectro se esfumara y encontré una alcantarilla destapada. Agucé el oído y percibí el rumor del agua confundido con murmullos claramente humanos. Entendí que eran otros como yo hacinados en un recodo del alcantarillado, el único refugio disponible por ahí a juzgar por la indignidad a que mis compatriotas se sometían.

Ratas. Yo prefería la muerte a convertirme en una rata, muchacho. Esa convicción tuvo el efecto inesperado de devolverme la dignidad, la esencia y el amor por la vida. El caso es que, si me daban a elegir entre el napalm y las aguas negras, pues que venga el fuego. ¡Al demonio! —exclamó Hayashi alterado a partes iguales por el recuerdo y por el sake. Hasta ese momento notó el sexagenario que Fujiwara le había escanciado la copa y se puso a hacer lo propio con la del invitado.

—¡Al demonio! —respondió vivamente el más joven brindando por tercera vez.

—Así que la alcantarilla me devolvió la dignidad, el aplomo y la certeza de que la mente no me gastaba bromas idiotas. El que se acuclillaba ante el desagüe era Chushiro Hayashi, el de los cálculos matemáticos precisos, el de los chispazos anonadantes, el que había aprendido inglés en el cuartel con un diccionario y una colección de cuentos infantiles que alguien obtuvo entre las ruinas de cierta biblioteca pública, el que había partido su vida en dos o en tres o en más por culpa de esa guerra y de una piedra jaspeada. La menciono porque en ese instante me acorde del yorishiro y le pedí con toda mi alma que si existía me permitiera volver a mi terruño. Algo me dijo que sí, que ni el hambre ni la sed ni la desdicha iban a derrotarme. Escupí en la alcantarilla y eché a andar con las botas rotas y el espíritu recompuesto. Caminé seis días, a veces por la ruta principal, otras por el monte con tal de evitar posibles retenes o aglomeraciones sospechosas. Fui tan feliz en ese viaje de mierda, Kashiwagi —declaró el de la aventura usando por primera vez un término semejante, detalle que no pasó desapercibido al atento escucha de piedra en que el invitado estaba convertido—. Me dolían la cabeza, el estómago, los pies, pero nada me borraba la sonrisa. Ni la hambruna, que pude combatir gracias a hierbajos, moras y dos ardillas que cacé a pedradas. ¿Sabe, Kashiwagi? Sobrevivir da a quien sobrevive una confianza de hierro. Y fui un sobreviviente. La última noche, la sexta, estaba tan ansioso por llegar que preferí caminar sin descanso hasta las afueras de Kioto. Rompía el alba al internarme en las calles más céntricas de esa ciudad casi abandonada mas no destruida. Por supuesto que los enemigos la habían golpeado, pero el daño no podía compararse con el de otras ciudades y mucho menos con el desastre de la capital. Los edificios antiguos seguían en pie. En mi camino encontré gatos, perros que buscaban comida entre la basura con la tranquilidad de no convertirse ellos en el desayuno de los lugareños. Miraba contento a los animales cuando me di cuenta de que ya no tenía miedo al cielo abierto, de que había caminado toda la noche sin pensar en un techo y

menos lo hacía en ese momento, el de la sensación verdadera, el de la vida que se asoma para guiñarnos un ojo y perderse en el rocío. Reanimado, aceleré el paso para llegar cuanto antes a la casa. Chushiro, el ingenuo, ignoraba que una leva generalizada se había llevado a mi padre, que los vecinos habían saqueado las miserias que quedaban obligando a que mi madre se internara en los bosques para dejarse morir sin sufrir ultraje, que los saqueadores usaban el mobiliario, los paneles y todo lo combustible para calentarse alrededor del fuego por las noches. Ese cúmulo de verdades me abofeteó a la llegada. Yo, que no olvido nada, había olvidado el llanto y su capacidad reparadora. Ni llorar pude, vaya. Me dejé caer sobre las rodillas para despedirme de mis viejos. "Gracias por todo", les dije. Luego me puse en pie, caminé por ahí con la mirada gacha y di con los restos de una fogata, una de tantas. La diferencia era que en el caso de ésta los saqueadores habían derramado cocimiento por accidente, supongo. La tierra había absorbido el caldo, pero quedaban cuatro papas y unas seis mitades de zanahoria en el suelo. Fui voraz. Ni siquiera perdí tiempo en retirar a las hormiguillas negras que exploraban la cáscara de la papa mayor. Suculenta. La mejor de mi vida. Al limpiarme los labios con el antebrazo vi que entre los objetos utilizados por los pillos para contener la fogata estaba la roca. El oso japonés, bastante mayor que un melón de los grandes, me miraba con la muesca en su frente de piedra. Me miró, Kashiwagi. No supe cómo, pero estoy seguro de que me clavó esa mirada que ni ojos necesita para ver. Ríase si quiere. Cargué con el yorishiro, insistí en que volviera a cambiarme la vida y me encaminé a los sembradíos de las afueras en busca de mi tío, el rabanero. ¿Qué otra cosa podía hacer? —cuestionó Hayashi guardando silencio después, como si se extraviara entre la multitud de respuestas posibles sin optar por alguna. Su contertulio respetó la pausa evitando incluso mirar directamente al colega con tal de no interferir. Pasados los primeros instantes, Fujiwara se puso a trenzar dos briznas de pasto igual que lo había hecho su maestro poco antes, recurso discreto que sacó al anfitrión de su ensimismamiento—. Lo encontré campante mientras desabejaba a cepillo los panales de las colmenas que le enorgullecían por ofrecer la mejor producción de la zona. Si se alegró al verme, eso no lo sé, pues el viejo era poco inclinado a expresar sus emociones estando sobrio. Se limitó a ofrecerme un pedazo grande de panal que escurría su miel hasta el suelo. "Nada mejor para recuperar las fuerzas. Se ve que las necesitas", dijo parco mientras yo devoraba el manjar. No recuerdo haber obtenido un placer tan puro de ningún otro bocado, pues la dulzura era una gratuidad inesperada

que remataba mi contento por la verdura hallada en el suelo unas horas atrás. Esa miel encendió repentina y simultáneamente mis sensaciones, mis sueños, mis deseos, todo aquello que la guerra había entumecido. Lloré por primera vez desde que me consideraba adulto, cosa que me había prohibido mi padre cuando empezó a cambiarme la voz. Pero qué importaba si papá ya no vivía y mamá tampoco estaba ahí para recordármelo. El tío se metió entonces a su jacal y salió con un banco de ordeña, un pedazo de pan y un cuenco lleno de leche. Un segundo banquete en el mismo día. La vida me refrendaba la bienvenida valiéndose de mi tío. La guerra, aunque pasaba por su momento más trágico, estaba a punto de convertirse en otra cosa.

La sirvienta medio encorvada apareció entonces por el camino de los girasoles y las lavandas. Traía consigo las dos canastitas debidamente reabastecidas con cerezas y uvas, además de una nueva jarra de sake. Hayashi agradeció con un leve movimiento de cabeza y esperó hasta que la mujer se fuera por donde había llegado para seguir con su historia. De Yumiko, ni sus luces.

—Espero que no me considere grosero, pero ni la fruta excepcional que nos regaló esta mañana puede compararse al banquete aquel. En cuanto me repuse, el tío se puso a contarme buena parte de las versiones que ya me habían ofrecido los vecinos de mis padres. Cosa rara: las hordas de hambrientos y desertores no se habían cebado en las zonas rurales, sino que optaron por buscarse sustento en la ciudad. Gracias a esto, buena parte del campesinado conservaba provisiones que, hábilmente ocultas, les permitían vivir mucho mejor que sus iguales citadinos sin despertar recelos o envidias. Usted sabe que sin hambre la miseria ya no es tan miserable, y tal era el caso de mi familiar. Entre él y otros dos vecinos ocultaron en las colinas la harina disponible y catorce cabras; de ahí llegaban la leche, el queso y el pan clandestinos que me devolvieron la vida junto con la miel. Así se apoyaban los de abajo para sobrevivir los ataques aéreos y las incursiones de los menesterosos. También me enteré de algunos detalles alusivos a la desgracia de mis padres que francamente hubiera preferido ignorar. Cuánta injusticia… pero bueno, ese es otro tema. Estaba a punto de caer la tarde cuando mi tío me ofreció quedarme con él el tiempo que fuera necesario para recuperarme, para reencontrarme. “O quédate cuanto quieras, pero un cerebro como el tuyo nunca se conformará con esta vida, Chushiro querido”, completó entre dientes el viejo. En la cabaña sobraba espacio para dos, pero las cabras escondidas habían dejado libre el establo e insistí en alojarme ahí para no molestar a mi pariente, tan acostumbrado

a vivir solo como un farero. Luego de convencerlo, nos dimos a buscar costales que rellenar de paja para hacerme un lecho. En esas estaba cuando el tío entró al establo cargando el saco en que llevaba las pertenencias y la famosa piedra. Tomé el saco de sus manos y empecé a sacar mis cosas, entre ellas el yorishiro. Al verlo, mi rabanero enmudeció y abrió los ojos con desmesura. Luego de unos segundos, logró articular: "¿De dónde sacaste eso?" "Tú me lo diste", respondí pensando que al pobre ya le estaba fallando la cabeza. "No seas tonto; eso ya lo sé. ¿Por qué lo tienes tú?", insistió sin que yo entendiera su repentina exaltación. Le conté entonces que la piedra estaba en una de las fogatas extintas, a lo que él respondió que no, que no me burlara, que tratar así a un viejo era una canallada. Al cabo supe que, enterado de la desgracia de mis padres, el tío se había presentado para conocer los detalles y recuperar para mí lo que pudiera, pero el fuego había consumido prácticamente todo lo deseable. O casi. Estando ya cerca de irse, reparó mi tío en la piedra, que estaba medio oculta debajo de una manta tatemada. No podía dejarla ahí, así que cargó con ella y la enterró en el mismo sitio en que la había descubierto, en su propiedad, junto a los restos de su antigua hokora. "¿No me crees?", preguntó molesto y se dirigió afuera del establo. "Ven conmigo", ordenó. Caminamos un trecho hasta llegar al sembradío de yuca. En mitad del mismo estaban los viejos cimientos de la hokora y hasta la vertedera del arado que la piedra había estropeado el día del hallazgo. "Yo mismo la enterré aquí", dijo señalando una zona en que la tierra había sido removida. El agujero abierto era del tamaño exacto. "Tienes que creerme, Chushiro, si no quieres faltarme gravemente al respeto", advirtió mi tío con solemnidad extrema. "Lo juro por la memoria de tus padres", agregó llevándose una mano al pecho. Y yo le creí. Así comenzó mi estancia de seis meses entre los rábanos, las yucas y las cabras escondidas. Fueron los mejores meses de mi juventud, aunque no era ya un muchacho. Ahí cumplí los 25 años celebrando con leche de cabra y pan de centeno. Ahí nos enteramos de los bombardeos oprobiosos a Hiroshima y Nagasaki (lloramos a nuestros muertos toda una noche, Kashiwagi). Y ahí, en el labrantío de yucas, concluimos que nuestros conocimientos eran insuficientes para obrar con rectitud en el caso del yorishiro. Los únicos que podían aconsejarnos eran los monjes que ya he referido. El mayor estaba muerto, pero el joven de las cataratas vivía aún en el monasterio. Sus dones para la videncia eran cada día más famosos entre los lugareños. Imagine la presión a las que se vieron sometidas mis convicciones científicas al enterarme de que se ayudaba de una cabra para ver el futuro. Los monjes nos recibieron con cariño,

pues todos los años, le decía, mi tío se allegaba al monasterio para donar parte de sus cosechas y esas cosas nadie las olvida. Terminamos quedándonos un par de días en ese lugar diseñado para encantar, para soñar despierto. El jardín sagrado que el ciego tenía a su cargo parecía salido de un cuento. Nunca olvidaré que, faltando muy poco para que el sol se ocultara, cientos de aves llegaron al jardín para posarse exclusivamente en los árboles sagrados. Hay cosas que nadie, ni nosotros, Kashiwagi, podremos explicar. Durante esos días en el monasterio fui testigo de muchas, pero ninguna tan impactante como la presciencia del jardinero. Luego vendrían otras; hablaremos de ellas más tarde —advirtió el físico metiéndose en la boca la última uva gigante de su canasta. Masticó lentamente, cual si deseara regalarse tiempo para pensar. Después, rellenó el vaso de Kashiwagi y esperó a que éste lo hiciera con el suyo.

El brindis de los colegas fue más emotivo que los anteriores. El alcohol empezaba a aligerar las cargas y emociones de cada cual. Ahora que lo pensaba Kashiwagi, era la primera vez que compartía un trago con Hayashi, quien en la universidad tenía fama de abstemio. Él mismo solía beber muy poco, aunque no negaba que los efectos le fascinaban. Pero si de fascinación hemos de hablar, la del alcohol ha de hacerse a un lado para resaltar la belleza cada vez más pronunciada del jardín veraniego. Con el sol en lo alto y la brisa suave las plantas, los insectos, las aves, los hombres y su fermento iban construyendo un mundo en común que no se parecía al que diseñaran los astrofísicos durante años en la universidad. Cada aspecto de ese mundo era nuevo para Fujiwara sin serlo tanto para Hayashi, pues en el más joven seguía predominando la admiración, mientras que el otro se sometía a una inercia discursiva totalmente alejada de su reserva natural. El asistente descubría a cada momento, mientras el viejo daba la sensación de ir constatando algo que su invitado no alcanzaba a comprender. ¿De dónde o por qué la sinceridad repentina cuando el maestro nunca antes había hecho una confidencia? En cualquier caso, Fujiwara estaba embelesado por la nueva versión de sí mismo que el protector le brindaba. Le costaba un enorme trabajo representarse al hombre como un campesino en el trance de la guerra, pero todavía le costaba más imaginarlo en un monasterio shinto alternando seriamente con los monjes para determinar qué hacer con una piedra jaspeada. El hombre de ciencia con su talante impertérrito, el de los cálculos finísimos, el gran conocedor de las marrones enanas que jamás se permitió un exabrupto abundaba en ellos ese mediodía memorable, en ese jardín también memorable. El intérprete de los cielos

convivía con la religión antigua sin que el contraste fuera artificioso. Más bien al contrario: el Hayashi del relato, suave, llevadero, daba sentido al de toda la vida en el aula. Por alguna razón que Fujiwara no comprendía, la frialdad rayana en la aspereza daba la mano a una ingenuidad enternecedora que tornaba asequible a su maestro. El que ambas versiones del gran hombre convivieran armónicamente fue, en principio, una paradoja. No obstante, conforme la historia avanzaba, la sensación de incongruencia iba cediendo y, a ese ritmo, terminaría por extinguirse. Es más: llegado este momento de la visita, Fujiwara no atinaba ya a explicarse al colega de antes. El paradójico no sólo tenía más sentido, sino que iba excluyendo la pertinencia del otro. Cuánto hubiera dado Fujiwara por documentar esta versión íntegra del profesor, tan humana comparada con la de siempre, tan coherente gracias a las dudas y las ambigüedades.

—En aquella tarde de las aves le contamos al ciego el extraño suceso del yorishiro y los detalles que podían serle útiles para una valoración del caso, muchos de los cuales desdeñaba con un "bah" que le dejaba la boca torcida por un rato. Cuando terminamos, el cuidador del jardín acarició a un cabrito que llevaba consigo a todas partes y le susurró al oído. El animal interrumpía la perorata dando balidos. Se notaba incómodo por la excesiva cercanía del monje mas no hacía por alejarse. Entonces monje y cabra callaron durante un rato muy largo. Pasearon por los alrededores sin hacernos caso hasta que el animal se echó a dormir a los pies del ciego como si fuera un perro, luego de lo cual el monje nos llamó a señas. Cuando nos acercamos pidió guardar silencio y nos habló en voz baja cuidando de no despertar a la mentada cabra. Hágame usted el favor, Kashiwagi: le velábamos el sueño al animal como si fuera un recién nacido. Unos momentos más tarde, la cabra despertó, se incorporó y se puso a pastar igual que cualquier otra. El cascabel que llevaba al cuello debía carecer de escrupulillo, pues el objeto se balanceaba sin producir sonido alguno. En eso pensaba yo cuando el monje me reprendió fuertemente por perder el tiempo en tonterías. Si tanto me interesaban los cascabeles sería mejor que me largara; él no estaba para juegos. Me quedé frío. Su tono me recordó al de mi madre poco antes de darme un coscorrón. "Me compara con su mamá… ¡Compórtese como adulto!", exigió muy molesto el vidente mientras yo procuraba dejar la mente en blanco. "Mejor así. No es momento para juzgar ni para distracciones. El yorishiro que me traen tiene un fuerte poder de atracción para todo tipo de entidades. No sé cuál es la que quiere hacerse entender, pero dudo que se trate de un kami primordial,

como ustedes sugieren. Los vientos repentinos no son su lenguaje sino un recurso fácil para hacerse notar entre los hombres. Es una especie de esencia, un alma muy antigua que no logro identificar. Ha de estar cerca de usted siempre", afirmó dirigiéndose a mí. "No quiere revelar más. Yo sugiero que desentierren cada piedra y objeto que pueda formar parte de su hokora original y que los guarden hasta poderle alzar una nueva en el sitio correcto. Las piedras y objetos que se encuentren deben formar parte de la nueva estructura, que no tiene por qué ser grande ni nada parecido. Lo importante es el lugar y aprender a tener los oídos abiertos, no como les enseñan en las universidades esas. Estamos rodeados de voces que quieren ser escuchadas; debemos poner atención. No tengo nada que agregar", concluyó el de las cataratas, dándome un pañuelo azul que sacó de entre el brazo y la manga. "Para que se limpie", dijo antes de alejarse con la cabra. El tío y yo nos quedamos ahí parados rumiando qué hacer o decir. En ese momento escuché el zureo de una paloma encima de mi cabeza. Alcé la cara para mirarla y sus excrementos me cayeron en la mejilla, a un centímetro de la boca. El tío se doblaba de risa y luego vi que el monje se divertía a mis costillas también. Reí con ellos al tiempo que me limpiaba la cara con el pañuelo —remató un Hayashi alegre, de sonrisa amplísima, que delataba al niño de sesenta y pico años atrás.

—Déjeme adivinar, sensei. Esta hokora es la que usted le construyó al oso jaspeado.

—Así es. Me tomó mucho tiempo dar con el lugar preciso. Sin la ayuda de los monjes todo hubiera sido en vano. Por cierto, que el ciego es mi amigo hasta hoy. Él fue quien me regaló los esquejes del cerezo y el durazno, los que le mencioné a su llegada.

—Ojalá quisiera presentármelo algún día. Debe ser un hombre de lo más interesante.

—Algún día, Fujiwara, algún día —respondió ausente el anfitrión —. Pero volvamos a la terraza, que el calor ya va siendo insoportable. Ayúdeme, por favor.

Cuando el viejo estuvo de pie tomó del brazo a su invitado y regresaron a la veranda. Al salir del jardín el cerezo y el durazno se agitaron con la brisa, hecho inocuo que adquiría significancia para Kashiwagi Fujiwara.

—Es un alivio poder relajar las formas. ¿No le parece? —preguntó Hayashi dejándose caer en la silla como si fuera un joven exhausto.

—Los años de conocernos, el sake y su jardín ayudan.

—Confabulan. Desde mi retiro tiendo al determinismo. Imagínese

qué sinsentido: Hayashi hablando de destinos cuando la vida entera defendió las probabilidades. Nadie le creería si lo contara en la facultad.

—Nadie creería que me ha invitado a su casa. Sospecho que soy el primero.

—Sospecha bien. Y será el último. Yo no abro el libro de mi vida ante cualquiera. No lo presto. Pero usted jamás ha sido cualquiera. El que lo ignore es otra cosa.

—¿Debo sentirme halagado? Primero terco y luego…

—Deje los retruécanos, Fujiwara. No iba a llamarlo ignorante. Al contrario. Usted es especial, comenzando por el nombre.

—Me confunde, sensei.

—Ya se ve que es de los que se confunde al salir de su elemento. Los físicos reaccionamos así al cotejarnos con otras realidades. Por eso las evitamos, especialmente si rozan las humanidades. ¿Notó que acaba de apretar los puños por instinto? Las ciencias exactas son frías y todo lo que se quiera, pero terminan por convertirse en una tabla de salvación o mejor, en una red de seguridad diseñada por nosotros mismos para paliar la angustia. La vida es angustia si lleva uno los ojos abiertos y las ciencias tienden a abrirlos. Somos nosotros quienes los cerramos de puro cobarde. Mi relación con los monjes ha dejado eso en claro. Son buenos amigos, sobre todo el ciego, que ya no es joven, y el principal, que llegó unos años después del episodio que le refiero. Mi tío ya no lo conoció. Se llama Jo. Fue él quien me consiguió la copia del censo antiguo de capillas shinto que le mencioné. Sin su ayuda, el oso de piedra seguiría esperando su lugar en el mundo. Yo tardé poco en localizar el sitio exacto y dos años más en poder adquirirlo, pero sé que a la entidad le agrada mi elección. ¿Sucede algo?

—Nada, sensei. Es sólo que desde hace rato cobro arrestos para hacerle una pregunta básica.

—Hágala.

—Seamos sinceros, profesor, porque tengo una sensación de incredulidad que no me deja en paz desde que recibí su invitación. ¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Por qué ahora y no antes?

—Son dos preguntas. La respuesta a la primera es: porque le atañe. ¿Y por qué ahora? Porque necesitamos su colaboración.

—¿Quiénes?

—Yumiko y yo.

—Sigo sin entender.

—Porque aún no me he explicado —replicó Hayashi con un dejo de impaciencia que volvía a imponer su autoridad tácita sobre el

excolaborador.

—Tengo todo el día para escucharlo —contestó Fujiwara desactivando la incipiente animadversión del maestro, hombre dado a los cambios repentinos de temperamento. Luego de una pausa en que Hayashi le clavó al otro la mirada por largo tiempo, el profesor continuó.

—Terminaba el sexto mes en el labrantío. Mi vida de físico precoz resultaba lejana, artificiosa, en esa nueva realidad que el país enfrentaba. Lo mismo sucedía con la vida militar que había dejado atrás medio año antes. Ni el físico ni el soldado parecían tener cabida en esos días que alternaban el trabajo duro con el solaz del campo. De cuando en cuando, al bajar a los caminos principales para cumplir algún mandado, me encontraba con grupos de gente hambrienta que se dirigía a la ciudad en busca de trabajo y comida, lo que no abundaba ni en Kioto ni en la capital. De no haber sido por la ayuda llegada luego de la capitulación del emperador con los norteamericanos, la hambruna habría arrasado con millones, Fujiwara. Eran tiempos acres. Faltaba la esperanza además del alimento. La vida del monte, ríspida, sí, pero generosa gracias a la correcta administración de las cabras escondidas y a los cultivos que se intercambiaban entre los cómplices, formaba un mundo paralelo al de la posguerra inclemente. Pude haberme quedado a vivir en él, pero el destino no lo quiso así. Ni mi tío. Ofrecíamos nuestros cultivos en un punto clave del camino a Kioto cuando un vecino de mis padres se acercó para saludarnos efusivamente. Entre las novedades que refirió, dejó caer como si tal la cosa que en días pasados un hombre regordete había clavado una carta en la que fuera la puerta de la casa paterna. No podía asegurarlo, pero lo más probable era que la carta siguiera ahí y tal vez se tratara de alguna noticia importante. Si él fuera yo, iría por ella antes de que desapareciera. "En nuestros días todo desaparece si se le quitan los ojos de encima", dijo el hombre con profunda desilusión para luego retomar su camino. Al día siguiente fui a corroborar su versión y sí, ahí estaba la carta. Era para mí. Luego de leerla quedé atontado por un rato largo. Imagínate, Kashiwagi: la carta estaba escrita y firmada por Hideki Yukawa en papel membretado de la Universidad de Kioto. En ella me invitaba a formar parte de su equipo de trabajo. Aunque todavía faltaban unos años para que le dieran el Premio Nobel, era ya el físico teórico más prestigiado del país. Recibir noticias del estamento científico constituía en sí una novedad digna de celebración, sobre todo luego de esos meses dedicados a la vida rural, pero recibirlas del puño y letra de Yukawa era el más grande honor a que

alguien como yo podía aspirar en esa época. Me puse a dar saltos de contento como si fuera una de las cabras jóvenes que componían el rebaño clandestino, y una vez recobrado el juicio, regresé a la carrera con mi tío para darle la noticia. El hombre se puso tan alegre como yo. Su abrazo hizo que me costara trabajo respirar. Me dio su mejor camisa como regalo de despedida, una que guardaba desde nueva para no gastarla. "Chushiro Hayashi no puede presentarse a trabajar vestido como un campesino", dijo. Lo abracé conteniendo las lágrimas. Ya vas viendo que soy un sentimental. Una mañana me fui de la montaña con la camisa en una bolsa y, sí, con el yorishiro a la espalda en otra más grande. "Ni se te ocurra olvidarlo", aconsejó el tío luego de confesarme que unos días antes le había rogado una vez más que me cambiara la vida para bien. Prometió guardar en el establo los restos de la hokora original que habíamos desenterrado siguiendo el consejo del monje. "Ya sabrás tú en dónde ponerlos cuando llegue el momento", comentó el tío con los ojos vidriosos por la emoción. Nunca volví a verlo. Lo hallaron muerto en el rabanal. Los monjes le organizaron rezos y cantos que fueron la envidia de muchos. Fue un hombre querido. ¿Qué más puede uno desear? —soltó Hayashi sin poder contener las lágrimas. Dejó que le corrieran sin enjugarlas, sin sollozar, mirando fijamente al Kamo como solía hacerlo en momentos de recogimiento. Fujiwara esperó hasta que el relator dijo "kanpai" a un volumen casi inaudible llevándose después el vaso a los labios. El invitado correspondió.

—Si seguimos brindando a este ritmo acabaré tirado en el jardín —bromeó Fujiwara. Hayashi ni se dio por enterado.

—La primera parte de la historia que hoy quiero contarle ha terminado en este punto. Despedirme de mi tío fue despedirme también de la vida penosa que la situación me había endilgado. Quién sabe si el yorishiro tuvo o no la culpa, pero mis días cambiaron una vez más, aunque no hubiera sido yo quien rogara por el cambio. Los once años de colaboración con Yukawa me convirtieron en lo que soy hasta esta mañana. La física y el cielo volvieron a adueñarse de mis horas, de mi universo. Cada vez pensaba menos en los rarísimos sucesos de los tiempos crueles. Ni la carga de trabajo ni mi instinto de conservación lo permitían. El yorishiro estaba siempre cerca, en un armario, sobre un estante, entre mis libros o encima del escritorio convertido en un pisapapeles descomunal. La piedra jaspeada se comportaba igual que cualquier otra mientras yo cursaba el posgrado convertido en un estudiante también idéntico a los demás. Bueno, tal vez un poco más inquisitivo. En este punto quiero aclarar que al morir mi pariente heredé

sus parcelas. Ante la imposibilidad de atenderlas, opté por rentarlas a un grupo de lugareños ambiciosos que por un dinerillo al año explotaban mis tierras sin que yo tuviera que preocuparme. Una de las condiciones para el arrendamiento fue que me guardaran en el establo los costales que contenían los restos de la vieja hokora de las yucas. Nadie los había tocado y yo apenas pensaba en ellos. Eso sí: cuando lo hacía terminaba angustiado, como sucede al recordarse las obligaciones pendientes. ¿Le hace falta algo para seguir aburriéndose con mi historia? ¿Un tentempié? ¿Más sake? —interpuso Hayashi sacando a su compañero de una ensoñación previsiblemente relacionada con la siembra de la yuca.

—No, no y no. Ni me aburre ni necesito nada. Siga, profesor, que me tiene en ascuas —mintió atinadamente Fujiwara, quien en efecto pasaba de distraerse con las yucas a recordar los sabrosos alevines del desayuno.

—Le decía hace unos instantes que los once años de trabajo con Yukawa me convirtieron en lo que soy. Esa etapa se acabó a fines de 1956 o a principios de 1957. La universidad me encargó impartir dos materias en posgrado dejando que el resto de mi tiempo lo dedicara a la investigación. Mis ingresos mejoraban y un aire de viabilidad corría al fin por las islas de este país. Algo en mi interior armonizaba con ese tenor general. Eran días felices porque sí. La gente volvía a reír con el desenfado de quienes, habiendo temido, van alejándose del miedo paulatinamente. Los japoneses habíamos perdido la inocencia, pero algo en nuestro interior confiaba en lo venidero. Lo notaba uno en los mercados, en las oficinas de correos, en los pasillos y jardines de la universidad. Las facultades iban mejorando su oferta académica, sus programas de estudio. Las actividades extracurriculares eran cada vez más numerosas. Las tenazas de la guerra nos habían soltado y la sociedad se reordenaba en un ambiente de libertad benévola, grácil. Por supuesto que un ambiente así también favorecía las polarizaciones, mas eso no entrañaba un peligro real o inmediato, al menos desde la perspectiva de nosotros, los académicos. Las izquierdas, las derechas, los nacionalismos, los progresistas, los conservadores, todos íbamos conformando algo distinto a lo anterior en una sociedad también nueva. Era una distensión. Si ayer las cosas daban la impresión de poder romperse en cualquier momento, hoy parecían tendientes a perdurar. El futuro cabía en el presente. Era un momento delicioso para tener treinta y tantos años, para pasearse en bicicleta, para gozar de la música y los libros. Por cierto, encadenaba mi bicicleta a un poste cercano a la facultad de ciencias cuando vi a una mujer fascinante que pegaba un anuncio en el

muro dedicado a la promoción de eventos y el intercambio estudiantil. Recuerdo que al verla caminar pensé en una tigresa. Vestía una blusa blanca y una falda negra plisada que le llegaba por debajo de la rodilla. Le calculé unos veinte o veintiún años. Apuré el paso para alcanzarla antes de que terminara de fijar su aviso. Promocionaba un concierto de música antigua a celebrarse en la facultad de artes por la Compañía del Oso. El logotipo del grupo experimental era un oso japonés dibujado de costado y mirando al observador. De inmediato me vino a la cabeza el yorishiro y me estremecí. La beldad sintió mi presencia y se volvió muy tranquila para preguntar si estaba interesado. Yo apenas había tratado con mujeres y no tenía idea de qué decir o hacer para llamar su atención. Me quedé mirando esos ojos inexpresivos pero hondos y de la nada respondí: "Lo suficiente como para casarme contigo. ¿O te refieres al concierto?" Ignoro de dónde saqué el aplomo o si llamarlo aplomo siquiera, pero la supe estupefacta a pesar de que no se le movía ni un párpado. "No sé de qué concierto me hablas", dijo esbozando una sonrisa entre burlona y receptiva. Y se alejó andando con la cadencia de las mujeres que se saben observadas. Me sentí pletórico, orgulloso. El recurso improvisado había estado a la altura de mi conmoción. Memoricé la fecha y hora del evento. Unos días más tarde entraba en el auditorio señalado a la hora exacta y vestido con mis mejores galas. Los ocho espectadores que salpicábamos la sala para trescientos aplaudimos vivamente el espectáculo, en especial la actuación de Manami. Así se llamaba la belleza aquella capaz de opacar a todas las estrellas de mi cielo. Si la hubieras visto pulsar las 13 cuerdas de ese koto magnífico, Kashiwagi, seguro te hubieras enamorado al instante como yo. De acuerdo con el programa, ella era estudiante de musicología y se dedicaba a la investigación de la música japonesa antigua. Tocaba el koto desde los tres años. Mi tigresa… —evocó Hayashi buscándole sake al tokkuri vacío. Molesto por su falta, se disculpó para ir por ahí a ajustarle las cuentas a alguien, probablemente a la encorvada.

Fujiwara aprovechó la pausa para estirar las piernas. El juego de luces y sombras que el jardín presumía a la visita era completamente distinto pasadas las horas tempranas de la mañana. Se acercó al cerezo que vigilaba el límite del paraíso aquel frente al durazno y acarició su corteza sintiéndose cerca del árbol por tener una noción vaga de su origen. Quizá fuera porque el ciego del monasterio lo intrigaba o por haberse fundido ya con el universo que la historia de Hayashi le sugería, pero no quedaba en él ni rastro de la extrañeza que tiñera las primeras horas del encuentro. Una levísima aunque indiscutible sensación de pertenencia

iba asentándosele sin que la notara. Estar ahí ya no era una feliz excepción a las reglas cotidianas sino algo natural, previsible incluso. El bienvenido, sabiéndose solo, se puso a murmurarle un saludo al cerezo cuando vio que una mujer acomodaba jarra y vasos en la mesa de la terraza. Al terminar, hizo una reverencia a la visita y se fue por donde Hayashi había desaparecido minutos antes. Pendiente en todo momento de las cortesías sociales por haber sido educado a la antigua, Fujiwara resistió el feo impulso de seguir bebiendo antes de que el anfitrión regresara y se distrajo esta vez con el durazno igual que lo había hecho con el cerezo de enfrente. Sí: parecía que los árboles hacían por tocarse y que eventualmente formarían un arco de entrada al jardín. Era como si la naturaleza aprovechara las iniciativas humanas para transformarlas en belleza ejemplar. Algún día tendría él un jardín estacional como el de su benefactor. Lo supo en ese instante e incluso se prometió averiguar las señas del monasterio para comprarle al ciego esquejes de sus árboles sagrados. Las reglas del buen gusto en la distribución de plantas, flores, coloraturas y demás eran bien conocidas por él y su familia. La rama más antigua de los Fujiwara era famosa por la perfección de sus jardines estacionales y ya era hora de que Kashiwagi se sumara a esta añeja tradición familiar. El proyecto se le metía al alma cuando escuchó la voz de Hayashi que retornaba a la veranda dando instrucciones a la sirvienta. Ella caminaba un par de pasos atrás del patrón cargando la charolita con las copas y la jarra. Estaba seria y rehuía la mirada, como hacen las personas que han soportado un regaño injusto. Al llegar a la mesa de la terraza, el profesor interrumpió la perorata y se quedó viendo el servicio que la otra mujer había dispuesto. Trató de articular algo dirigido a la sirvienta, pero se trabó a la mitad por la confusión que lo invadía. Entonces tomó uno de los vasos, lo analizó y pidió a la encorvada que nos dejara solos. Ella obedeció deprisa, llevando consigo todo lo que traía. Hayashi se quedó de pie con la vista fija en la mesa. No parecía acordarse de Fujiwara ni para buscarlo con la mirada hasta que de pronto se dirigió a él con una pregunta intempestiva:

—¿Ha estado aquí Yumiko?

—No, sensei. Nadie aparte de la mujer que trajo las cosas.

Hayashi sonrió a su acompañante y lo invitó a acercarse. Mientras Fujiwara llegaba a la mesa, el anfitrión fue llenando los dos vasos del servicio. El tokkuri quedó vacío al completar el segundo vaso.

—¿Sabe libar a la antigua? —preguntó Hayashi anticipando la negativa del otro—. Es cuestión de tomar un trago y arrojar el resto a la tierra, en homenaje a los idos o en honor a los kami. Los más ortodoxos

lo hacen tres veces, pero con una es suficiente. ¿Me acompaña?

Fujiwara asintió, brindó con la leyenda y luego arrojó el remanente en el pasto.

—Ahora cuénteme, Kashiwagi, si la mujer que vio llevaba una falda negra.

—Plisada —añadió Fujiwara atando cabos.

—Pues ahí tiene la prueba, amigo querido, de que hay muertos que se las arreglan para volver al mundo de los vivos, porque mi Manami del alma falleció en 1963 luego de parir a Yumiko y fue cremada con la falda esa del primer día. La historia se va contando sola si se fija. Es muy buena señal.

—…

—Lo mismo decía Mishima que le sucedía al escribir sus novelas. Lo conocí en el monasterio un año antes del seppuku. Era primo de Jo y tendía a desconfiar de la ciencia, pero no de los científicos para mi suerte. Debatir con ese genio fue uno de los grandes momentos de mi vida. Pero sigue pálido, Fujiwara. ¿Será que duda de haber visto lo que vio?

—Es que…

—Fíjese bien en los vasos y en la jarra —interrumpió Hayashi.

La cerámica estaba adornada con una escena bucólica en la que aparecía un oso japonés claramente discernible por la marca blanca en el pecho y por las proporciones singulares del cuello y el hocico.

—Es el juego que le regalé la primera vez que salimos después de aquel concierto de koto. Con él brindamos hasta el último día ahí, frente a la capilla. Hacía un frío espantoso.

—No sé qué decir.

—Yo tampoco lo sabría si esta fuera la primera vez. Pero no, ni remotamente en mi caso. Como sea, agradezco a la tigresa que me allane el camino a su credulidad.

—La blusa era blanca —agregó ausente Kashiwagi con un nudo en la garganta y dándose tiempo para paliar el desagrado que de súbito se le venía encima.

Unos instantes atrás comenzaba a sentirse cómodo en la casa de Minami y en un tris se redoblaba la sensación de estar en el sitio equivocado. Minami y Manami, el barrio y la tigresa. La semejanza fonética distrajo a Kashiwagi y de algún modo le reiteró la necesidad de alejarse de esa familia que había elegido burlarse de él por razones que no alcanzaba a comprender. El pretexto del curso hacía horas que se había disuelto entre los pormenores de una historia que no terminaba de

cobrar sentido, o que lo tenía pero no para él. Si las extravagancias de Hayashi se justificaban a fin de cuentas, eso no era asunto suyo. Los matices, cada vez más retorcidos, más inverosímiles, le chocaron al punto de revolverle el estómago. ¿Cómo era posible que un hombre como Hayashi perdiera su tiempo en comadreos más propios de las criadas que de un científico mundialmente reconocido? Tal vez el retiro le había sorbido el seso. La soledad podía echarle el guante a cualquiera, a cualquier edad. Sin embargo, nada fuera de los estrambóticos sucesos relatados apuntaba a un desequilibrio real, a una disociación preocupante entre la realidad y el individuo. Al contrario, si se piensa bien: el Chushiro Hayashi de ese día era más humano, más entrañable que el distante investigador de la facultad de ciencias, pero la cercanía implicaba un costo difícil de asimilar, un costo expresado en fantasmas y habladurías que a Fujiwara jamás le habían hecho gracia, ni siquiera cuando provenían de su propia familia, tan dada a la superstición como la mayoría. O mucho más si se piensa en los siglos que el apellido Fujiwara llevaba rondando por el mundo en aquella, su línea genuina y principal, la más antigua, la única que podía rastrearse con cierta fiabilidad hasta el siglo trece, por lo menos. Más allá del trece la fantasía metía el hombro en los registros genealógicos, pero hasta ese punto de la historia el linaje se sostenía documentalmente al margen de las mitologías familiares.

—Ha llegado el momento de retirarme, sensei, si no quiero convertirme en una molestia. Como siempre, ha sido un privilegio el…

—¿A qué le teme, Fujiwara? ¿Al espectro de una buena mujer que lo atiende a cuerpo de rey por ser usted quien es? ¿A su viudo, por referirle un episodio que no caza con la versión profesional y académica que se ha formado de él? O a lo mejor huye de un peligro mayor, como es la sonrisa de Yumiko. ¿Se cree que no he notado cómo la busca por ahí cada que me asume distraído?

—No me malinterprete —interpuso el invitado sabiendo que no se le malinterpretaba, pero avergonzado por su transparencia ante el mentor.

—Ni usted a mí. Si le cuento lo que le cuento es por algo. Ya le he sugerido que le atañe. ¿O me cree un viejo aburrido que necesita quién le escuche? Soy más y mejor que eso, Fujiwara. Le pido que no se vaya, que no me insulte yéndose, pues sería como dejarme aquí hablando solo y yo nunca le he faltado a usted en una medida semejante.

—Por favor, sensei, ni se le ocurra pensar en esos términos. Es un privilegio escucharle desde el día en que lo conocí. Me cuesta

reconocerlo en las situaciones que me describe, pero ese es mi problema, no el suyo. Ha sido una influencia tal para mí que, por ingenuidad, creí conocerle. Es difícil aceptar que se pueden pasar hasta 16 horas al día en compañía de una persona sin llegar a conocerla.

—Bla, bla, bla. Te asusta Manami. Te asusta el vientecillo frío que no has dejado de sentir en la nuca desde su saludo. Te asusta haber sido Kashiwagi Fujiwara por tantísimo tiempo sin sospechar nada, sin pensarlo dos veces. Uno se acostumbra a ser quien cree ser por comodidad, por ceguera, por pereza intelectual. Es más sencillo. Es conducente —aclaró el viejo arrastrando este último término, primer indicio claro de que el alcohol también era un invitado de honor en el convivio aquel, independientemente de quién lo escanciara. Después de una pausa, el mayor de los físicos continuó—. ¿Te crees, Kashiwagi, que hoy por la mañana me levanté pensando que era el día ideal para quedar en ridículo contigo, mi heredero intelectual en la universidad, si es que hay alguno? ¿Te imaginas que, de la nada, el sake me llevó a decir tonterías de viejo palurdo? Ojalá fuera tan simple. Pero nada lo es. En fin. ¿Se queda o se va? —preguntó abandonando el tuteo tan espontáneamente como lo había adoptado.

—Me quedo.

—Entonces vuelvo a servirle —dijo el anfitrión colmando dos vasos con la jarra que había quedado vacía después de las libaciones. El desconcierto abrumó a Fujiwara, quien se guardó bien de darlo a notar —. Le sugiero que volvamos al jardín para que la criada ponga la mesa. Doy por hecho que nos acompañará a comer, ¿verdad, Kashiwagi? La bebida es veneno si no se come bien y yo ya empiezo a marearme. Nos acompañaría Yumiko, si no le molesta —añadió el viejo con una sonrisilla que incomodó a su invitado.

Pasaban de la una cuando la pareja volvió a adentrarse en el jardín con el beneplácito del cerezo y el durazno. La sección primaveral, aunque no estaba en su mejor momento por ser verano, tenía un encanto mucho más discreto que el de la sección esplendorosa. Los insectos eran pocos y, estando lejos del caminillo de las lavandas y la hokora, Kashiwagi se sintió más relajado. La calma, tan bienvenida para uno, lo era también hasta cierto punto para el otro.

—Tenía yo unos cinco años más que usted cuando Manami irrumpió en mi vida con esa gracia diligente que ronda a las mujeres cerca de la veintena. La diferencia de edades, desastrosa en ciertos casos, no lo fue en el nuestro. Desde el punto de vista emocional yo era prácticamente un crío que apenas había tomado la mano de una mujer

que no fuera su madre. Ella, en cambio, conocía de sobra el mundo masculino que sus seis hermanos varones le refregaban día a día. Mi candor se unió a su experiencia logrando un equilibrio particular. Sin proponérselo, Manami ofrecía lo que me faltaba y esa es una descripción somera pero exacta del amor. Sólo ella podría aclararnos qué le aportaba yo a lo suyo, pero aventuro que mi rigor cazaba de maravilla con su fina naturaleza inquisitiva. Eso sí: yo orientaba las baterías a lo alto y ella las orientaba hacia adentro. Mirábamos el mundo desde perspectivas en apariencia divergentes pero extrañamente complementarias. Estando a su lado, mis ciencias exactas convivían con las elusivas humanidades a las que mi muchacha se dedicaba. Sus grandes pasiones, la historia, la música antigua y la religión arcaica fueron asomándose a mi cielo. Ambos ganábamos. Ambos éramos más ricos que antes. Juntos gozábamos la diferencia que por separado nos agrisaba los días —declaró Hayashi con la voz quebrada por el recuerdo.

Vino entonces una pausa que el anfitrión aprovechó para pizcar las hojas muertas de una planta aledaña como si el invitado no estuviera. Era obvio que se daba tiempo para recomponerse, por lo que Kashiwagi lo dejó entretenido con su silencio. Terminado el paréntesis, el doctor Hayashi retomó el discurso con el pretexto de los grises.

—Es como si tuviera ese cielo frente a mí ahora mismo. El sol se colaba entre la grisura cuando una lluvia matinal nos sorprendió estando muy cerca del departamento que rentaba yo a unas cuadras de la universidad. Divertidos, nos echamos a correr para ponernos a cubierto antes de que se nos viniera encima lo más fuerte del chaparrón. Me acuerdo de que no lograba meter la llave en la cerradura de mi puerta por los nervios que sentía al estar solo con ella por primera vez. Algo en mí sabía que viviríamos un episodio memorable. La voz me temblaba tanto como las manos, Kashiwagi. A los treinta y muchos años mi experiencia con las mujeres se limitaba a dos escarceos más o menos desastrosos que ni a un beso habían llegado, y allí me tenías acompañado por la tigresa y sus ojos hondos. En cuanto abrí la puerta los paseó por el lugar como si quisiera retener los detalles para siempre. Manami tomaba los adornos, los acariciaba y volvía a colocarlos en su lugar. Y no es que mi decoración fuera excepcional, no. Nunca lo es en la vivienda de un profesor universitario, pero a los ojos de mi mujer cada objeto era importante como pieza de museo. La dejé entretenida con los libros que apilaba junto a la mesa del comedor y fui a buscar unas toallas para secarnos después de la carrera. Sólo encontré una de las dos que tenía y obviamente se la di a Manami en tanto yo me metía a mi

recámara para secarme con alguna otra cosa sin que ella se diera cuenta. Al salir de mi habitación la encontré rondando en mi estudio. Según dijo, mi apartamento era todo lo que ella imaginaba a no ser por el tamaño. "Tres recámaras son muchas para un soltero", aventuró a sabiendas de que sus palabras me pondrían aún más nervioso de lo que estaba. Vaya que lo eran en mi caso, tanto que a una de ellas le faltaban las persianas y los muebles. Improvisaba alguna réplica cuando Manami intervino aludiendo a una supuesta extravagancia: "Pero mejor cuéntame por qué te ha dado por poner el mismo adorno en todas partes. Debe tratarse de algo muy especial." "¿Cuál adorno?", respondí extrañado al tiempo que le quitaba de las manos la toalla usada. "Pues la piedra. ¿A qué otra cosa podría referirme?", dijo señalando uno de los estantes de mi estudio. Ahí estaba el yorishiro junto a mi cafetera favorita. Me quedé helado, Kashiwagi. ¿Qué diantres hacía la piedra fuera de su caja y del armario en que debería estar guardada? Ni cuenta me di de que la toalla se me había escapado de las manos. Manami la levantó del suelo para devolvérmela en medio de la confusión que se insinuaba. "¿De dónde sacaste tantas piedras parecidas? Uno juraría que son idénticas", añadió ligeramente consternada, no por el hecho en sí, sino por la dilación en mis respuestas. "Perdóname Manami, pero no sé de qué me estás hablando", aclaré mientras me acercaba al yorishiro para comprobar con mis propias manos que era cierto, que el objeto estaba ahí. Al volverme, noté que ella había salido del estudio y, luego de dejar el pesado yorishiro en donde lo habíamos encontrado, la seguí hasta la sala. "Hasta la marca en la parte superior es idéntica. Si te fijas, parece un oso con las patas cortas. ¿No te recuerda al de mi grupo?", preguntó señalando, sí, Kashiwagi, al yorishiro, que ahora aparecía en la sala, sobre la mesa de centro. Antes de responderle cualquier tontería, regresé disimuladamente a mi estudio: la piedra ya no estaba junto a la cafetera. La confusión inicial se parecía más al miedo conforme pasaban los segundos. Volví a la sala cuando Manami se preguntaba en voz alta si no estaría hecha la piedra con alguna resina excepcional. Yo sabía que no, pero era imposible hallar una manera de explicarle las cosas sin parecer estúpido. Inventaba una respuesta cuando mi tigresa entró a la cocina para cerciorarse de no sé qué y, tal cual se lo cuento, doctor, al seguirle los pasos la vi revisando el yorishiro a un lado de la tarja. Sin decirle nada espié a mis espaldas y la piedra de la sala no estaba donde debería de estar. Jamás podré explicar la magia de esa tarde, pero el yorishiro la seguía. La estrambótica escena se repitió al entrar en mi recámara, en las otras habitaciones vacías, en el baño. En todas partes encontrábamos al

oso de piedra con la muesca en la cabeza. Ya podrá imaginarse que no era sencillo ponerme a explicar la ubicuidad del yorishiro sin hacer el idiota con mi novia. Desde mi perspectiva podía ver tanto la cocina como la sala y no tenía dudas: la piedra de la sala ya no estaba cuando Manami se daba a analizar la de la cocina, pero ella no podía notarlo. "Ven un momento", le pedí con la intención de demostrarle que la piedra de la cocina era la misma que la de la sala, pero en cuanto llegó a donde yo estaba la piedra volvió a hacer de las suyas: si mirábamos a la derecha, hacia la sala, ahí teníamos al yorishiro sobre la mesa de centro. Al volver el rostro para echar un vistazo a la cocina, aparecía el oso de piedra a un lado de la tarja. Nada podía demostrar a Manami. Creí volverme loco y ella notaba mi comportamiento cada vez más errático. No teníamos ni un mes de novios; la confianza no era tanta como para ponerme a contarle historias absurdas que la hicieran sospechar de mi cordura, pero algo tenía que oponer para justificar mi confusión evidente. Entonces se me ocurrió algo interesante: tomé un rollo de *masking tape* y corté dos pedazos que adherí a la cabeza del yorishiro de la cocina formando una cruz. Luego pedí a Manami que firmara los fragmentos de cinta y yo hice lo mismo. La pobre ponía cara de extrañeza al no tener idea de qué pretendía yo, pero evitaba preguntar siguiéndome la corriente por decencia o curiosidad. Salimos de la cocina y, al revisar el yorishiro que ahora encontrábamos en la mesa de centro de la sala, Manami enmudeció. Ahí estaba la cinta adhesiva con nuestras firmas autógrafas. Sus ojos negros se abrieron en redondo alternando entre la piedra y mi rostro. Supongo que esperaba explicaciones que no llegaban. Le tomé la mano y fuimos al estudio. El yorishiro nos recibió con la cinta y las firmas en la testa. Estaba en la misma repisa que antes. También lo encontramos en la recámara y en la habitación vacía, donde Manami le quitó las cintas. Volvimos a la cocina para corroborar que las firmas no estuvieran y en efecto ya no estaban, ni las cintas ni las firmas ni el yorishiro. Tal como le cuento, Kashiwagi: nada junto a la tarja ni sobre la mesa de centro ni en la repisa. Entonces nos echamos a reír divertidísimos sin saber ni por qué. Nos costó trabajo parar, pero lo hicimos eventualmente al verificar que el yorishiro se había devuelto a la caja en el armario. Que me caiga un rayo si le miento, Fujiwara. Lo juro por mi tigresa y por Yumiko. Son lo que más quiero.

El invitado recordaba las viejas teorías que cuestionaban la existencia de los hechos objetivos sin atreverse a intervenir. Sus reservas naturales de sano escepticismo estaban reducidas al mínimo. La mujer de la falda plisada, el sake venido de la jarra ya vacía y la historia de su mentor iban

conformando un universo nuevo que ponía en entredicho las certezas de Kashiwagi. Por supuesto que una naturaleza como la suya estaba equipada para replantearse la realidad sistemáticamente, pues un astrofísico que no puede o quiere hacerlo es un despropósito vivo, pero el contexto y la fuente de los cuestionamientos afectaban la sistematización instintiva que daba sentido a su mundo. Lo curioso era que la incongruencia ya no derivaba en angustia como al principio de la visita. El tiempo, el jardín, su dueño, el relato y el alcohol adentraban a Fujiwara en una realidad ligera, en un mundo flotante novísimo y hasta deleitoso, con reglas propias que poco a poco iba descubriendo.

—Yo le creo, sensei. No tengo opción luego del encuentro con su esposa —afirmó Kashiwagi provocando una sonrisa mínima en el rostro del su mentor.

—Conque le cree a ella y duda de mí, ¿eh? —respondió Hayashi de súbito buen humor.

—Sus recursos son extraordinarios.

—De acuerdo. Pongámonos a la altura de Manami: ¿quiere que le muestre el yorishiro?

La propuesta tomó a Kashiwagi por sorpresa. Aunque la curiosidad era enorme, le costó trabajo dar un sí puro y duro que su interlocutor dio por hecho.

—Vamos. Si se fija, desde aquí se tiene la impresión de que la puerta está entreabierta. Es lo conducente —comentó tranquilo el astrónomo mientras el otro constataba el asunto de la puerta. Sí, parecía entornada, aunque bien podía tratarse de algún juego de sombras.

Hayashi echó a andar hacia el sendero de las flores. Su excolaborador lo seguía a un par de metros sin lograr darle alcance, situación especialmente molesta dado que el mayor seguía hablando mientras caminaba sin que Fujiwara pudiera entenderle a cabalidad. Algo en él se negaba a perderse parte de la historia, por mínima que fuera. De un modo u otro, Kashiwagi había dejado de ser un escucha genérico para convertirse en sujeto interesado, como sucede a todo aquel que no sabe rechazar a tiempo las confidencias que los demás ofrecen sobrados de inocencia.

En efecto, la puerta de la hokora parecía entreabierta pero no lo estaba. Al mirar con atención entre las cintas de colores que la adornaban, Fujiwara notó tres candados que había pasado por alto la primera vez. Un último candado quedó a la vista cuando el dueño del jardín aquel removió las cintas. Cada uno tenía su pasador que asegurar, lo que parecía exageradísimo tratándose de una puerta tan pequeña.

Hayashi metió la mano en un bolsillo de su pantalón y extrajo un juego de cuatro llaves unidas por un listón rojo. A prueba y error fue abriendo tres de los candados. Llegado el último, respiró hondo, musitó un par de frases ininteligibles y abrió el cuarto mostrándose tan expectante o más que su compañero. "Al fin", dijo en voz muy baja cuando el broncíneo candadito liberó la última traba.

—Son de los más finos, pero siempre hay alguno que no quiere abrir. Una de cada diez veces abren los cuatro. El ciego y Jo me lo advirtieron: el yorishiro puede ser extremadamente celoso de su intimidad, pero hoy parece dispuesto a recibirlo —dijo Hayashi mirando en derredor cual si esperara algo que no sucedía. Tras unos segundos de espera, abrió la puerta de la hokora dejando ver un pedestal de madera muy sencillo y sin pintar. Encima de éste figuraba la piedra, de tonos verdosos con vetas renegridas. La oscuridad de la capillita impedía ver más detalles, pero las formas generales insinuaban la silueta de un oso. De hecho, costaba trabajo hacerse a la idea de que aquello no era una talla sino una coincidencia.

—Déjeme a mí —pidió Fujiwara al ver que su mentor se arrodillaba para tomar el objeto con ambas manos. Tras dudarlo un instante, éste aceptó la sugerencia haciéndose a un lado para permitir que fuera el invitado quien sacara al yorishiro de su encierro.

Efectivamente, la piedra era bastante mayor que un melón grande y pesaba muchísimo más de lo esperado. Seguro que en su composición abundaban los metales densos. Los destellos, las vetas y el peso exagerado sugerían que el objeto tenía un origen singular.

—A simple vista, doctor, le aseguro que esto es una mesosiderita, una de las más bellas que me ha tocado ver.

—Lo es; no conozco otro ejemplar con una coloratura tan extravagante como ésta —contestó Hayashi dominando el impulso de quitar al otro el meteorito de las manos, pues no estaba acostumbrado a que un tercero manipulara el objeto—. Fíjese en la marca de la cabeza, ahí, sobre su pulgar izquierdo. Es la muesca de la que le he hablado, el único elemento decididamente humano.

Fujiwara se dio a acariciarlo por unos momentos y poco a poco lo invadió una paz inesperada. Todo estaba bien; las cosas en su lugar. La vida apuntaba en la dirección correcta y no quedaba rastro de la urgencia por irse de hace un rato. Un viento perezoso hizo danzar las cintas de colores que adornaban la hokora, recordando a Kashiwagi las ventiscas que su maestro atribuyera al yorishiro. Vaya diferencia. La delicadeza del soplo recordaba más bien las notas medias de una flauta

de bambú. La confusión, la desconfianza, la extrañeza, quedaban atrás. Incluso la ebriedad incipiente dio paso a una versión dulcificada de sí misma en la que no cabía el desatino o la insolencia. "Nada que temer", se dijo Fujiwara sin una razón objetiva que apoyara lo dicho. Las palabras nacían de una realidad nueva, despoblada por así decirlo, insumisa pero benévola. No era tarde ni temprano. El hambre no acuciaba ni la sed pedía más trago cuando la humedad del pasto empezó a mojarle las rodillas. Entonces cambió la postura sentándose en forma con las piernas cruzadas y la piedra en el regazo como si se tratara de un niño pequeño. Le dio por balancearse un poquito. Disimulaba su necesidad de mecer al yorishiro, mas el disimulo fue perdiendo la partida y no volvieron a topárselo. De atrás hacia adelante y viceversa. Uno, dos. Y ya entregado al ritmo le dio al invitado por silbar una melodía que ninguno había escuchado. Venía de otro lado. "Del otro lado del río", pensó Hayashi refiriéndose en concreto a la orilla opuesta del Kamo, la que todavía albergaba ruinas de los crematorios antiguos incrustadas en el Kioto hipermoderno.

—Su semblante me recuerda al de Manami cuando empecé a relatarle la historia del yorishiro. Sabe usted de mí en este momento muchísimo más que ella entonces, así que imagine su confusión recién terminado el episodio de la cinta adhesiva. Seguro se preguntaba de plano si yo era peligroso mientras le iba contando buena parte de lo que le he referido a usted hoy, Kashiwagi. Ese día me di cuenta de que era imposible hablar de mí fiel e íntegramente sin extenderme sobre la piedra, así que a lo largo de mi vida opté por callar sistemáticamente, salvo en contadas excepciones, y sólo dos de ellas fuera del círculo familiar inmediato: la de los monjes y la de esta tarde —detalló Hayashi ofreciendo el resto de su sake a Fujiwara, quien hacía mucho tiempo había terminado el propio y echaba en falta un trago. Bebió—. La pobre Manami me escuchó atenta sin interrumpir ni una vez. Terminé y ella siguió en silencio por tres largos minutos sin que yo me atreviera a apremiarla. Moría por conocer su reacción y ella no reaccionaba. Hundía la mirada en el suelo dando la impresión de estar a punto de ponerse a hablar sin hacerlo realmente. Pensaba en ir a hacer tiempo a mi estudio cuando Manami me reprendió calma diciendo que era un error haber dejado en el abandono los cimientos originales de la hokora, que esos restos debían volver a formar parte de una capilla sagrada en el lugar indicado. Y nadie mejor que mis amigos del monasterio para orientarnos. Teníamos que ir a verlos cuanto antes. Así lo hicimos. El ciego se mostró huraño con mi compañera y se perdió en su jardín

seguido a unos metros por la cabra. Muy distinta fue la actitud del líder, Jo, quien de inmediato simpatizó con Manami dando inicio a una amistad que se prolongaría hasta el último día de mi tigresa. Se reían, cuchicheaban, hacían planes y desdeñaban amistosamente mis reclamos ante la repentina complicidad de que hacía gala el par. A ella le mostró antes que a mí el antiguo inventario de santuarios y juntos decidieron encontrar el lugar exacto en el que se debía reconstruir la hokora. Manami actuaba como si fuera una esposa, como si el yorishiro y mi vida le pertenecieran por derecho. Y le pertenecíamos —afirmó Hayashi con la voz quebrada. Guardó silencio unos segundos y continuó—. Pasada una comida muy sencilla que nos convidaron los monjes se me ocurrió proponer a Manami una visita al rabanal que había heredado de mi tío. Estábamos a media hora del lugar, así que el desvío no era muy significativo. Ella aceptó encantada de ponerle los ojos encima a mis humildes reliquias y yo pude al fin ocuparme del engorro que me representaba atender medianamente mis terrenos. Los arrendatarios habían hecho un buen trabajo de manutención general con las estructuras que quedaban en pie. Di una moneda a un chiquillo del rumbo para que fuera a llamar a mis socios y en menos de una hora terminé de ventilar pendientes con ellos. Mientras discutía con los labriegos, vi de reojo que Manami se metía al pesebre desocupado que años antes me sirviera de habitación permaneciendo ahí sin que yo pudiera verla hasta el final de mis entrevistas. A diferencia del resto, mi antigua habitación estaba ruinosa por decir lo menos. Las cabras de mi posguerra nunca habían regresado de su escondite en las alturas y los arrendatarios, más dados a las zanjas que a lo pecuario, visitaban apenas el comedero de las bestias. Ahí me dirigí en cuanto pude. Hallé a Manami sentada en un rincón sobre la paja que me había servido de lecho años antes. Frente a ella estaban las piedras desenterradas en la zona de yucas. Eran doce. Los costales que las habían guardado por década y media estaban doblados a la izquierda de mi compañera, junto a las toscas figurillas de terracota y las cuentas de malaquita y cristal de roca. Con dos de estas cuentas se entretenía cuando me senté a su lado en silencio. La luz que alcanzaba a colarse entre los tablones y la techumbre le descomponía las facciones a mi compañera dándole un aspecto entre siniestro y cómico. “Hicieron muy bien en desenterrar todo esto. No debemos permitir que los elementos se desperdiguen, pues han estado juntos tanto tiempo… Son el complemento natural del yorishiro, como advirtió Jo. Pronto hallaremos el lugar ideal para esta reliquia que te ha caído del cielo como buena parte de tus virtudes”,

concluyó Manami con un tono de voz que no le conocía. La verdad es que hasta esa tarde empecé a conocer realmente a mi tigresa. Su personalidad se iba desdoblando ante mí, provocándome una fascinación comparable a la que mi hija ha despertado en usted. No, no se angustie, Kashiwagi. Yo entiendo las cosas —declaró el dueño de la casa sin que el otro hiciera por explicarse.

La pausa superveniente se alargó hasta que Hayashi tomó el yorishiro de las manos de su protegido para devolverlo a su tripié en el interior de la hokora. Se tomó su tiempo para correr los cerrojos y poner los cuatro candados en su sitio original. Luego de reacomodar las cintas coloridas que alegraban el exterior de la capillita, ayudó a que Kashiwagi se levantara y, tomándolo del brazo una vez más, lo condujo discretamente a la veranda.

—Devolvimos los objetos a sus costales y echamos a correr para evitar los primeros goterones de una tormenta que nos acompañó de regreso a Kioto. La ventisca de aquella tarde me hizo pensar en las ráfagas que nos gustaba atribuir al yorishiro. Me burlaba en mis adentros de tamañas ocurrencias cuando los limpiaparabrisas se detuvieron abruptamente impidiéndonos avanzar en medio de la tromba. Me estacioné a un lado del camino aguardando a que escampara. La descompostura era indignante tratándose de un coche prácticamente nuevo. Empezaba a echar pestes cuando mi señora tuvo a bien callarme con un beso fugaz que no se repitió ese día. Nada me dijo ni nada dije yo mientras las miradas se encontraban. Nos preparábamos para un segundo beso cuando los limpiadores volvieron a funcionar como si nada. "Si al señor no se le ocurre el auto debe tomar la iniciativa", bromeó Manami acomodándose el cabello como si el beso aquel pudiera haberla despeinado. Volvimos a la carretera y ya no sufrimos contratiempos. La tarde languidecía al devolver a Manami al sitio en que la había recogido. Ella insistió en que fuera así para evitar que su padre pudiera vernos si nos acercábamos a su casa. Era noche cerrada al llegar a mi departamento. Descargué el auto, puse los costales en el armario que contenía la caja con el yorishiro y me eché en la cama vestido, sin apagar la luz. Empezaba a quedarme dormido cuando escuché el sonido del interruptor que se accionaba. Al abrir los ojos estaba todo oscuro. Quise ver la hora en mi reloj de pulso pero la noche cerrada lo impedía. Conforme pasaba el tiempo crecía mi inquietud, pues no podía asegurar si habían pasado dos o cien minutos, si la luz se me había apagado o la había apagado yo. ¿Dormía y mi despertar era sueño en realidad? La figura de un hombre encorvado vino con la respuesta. Su desaliño era

acentuado por el mal estado de sus vestidos. Llevaba el pelo largo, suelto, sucio. Le pregunté algo que no recuerdo y el mugroso respondió algo que tampoco recuerdo, pero lo hizo con la voz de mi tío. Eso sí que no lo olvidaré jamás. Llevaba en la mano derecha algo semejante a una tiza y con eso se dio a dibujar un mapa en mi pared. El hecho me hizo pensar en el monje muerto del sueño de mi tío y la sola idea de poder estar soñando me tranquilizó. Pronto pude identificar la zona de la ciudad que el mapa esbozado por la aparición representaba. El quiebre del Kamo era buen punto de referencia. "Aquí hallarás los crematorios", dijo la voz del tío mientras el desaseado trazaba un círculo en el lugar indicado, a unos trescientos metros de la otra orilla, la de allá —señaló Hayashi apuntando con el índice de la mano derecha al Kamo—. "Aquí hay un peñasco", continuó el aparecido dibujando una crucecita en el mapa improvisado. Estaba de este lado del río. Es ése que se ve por allá —indicó el viejo astrónomo llamando la atención de Fujiwara hacia un promontorio que asomaba entre dos edificios de altura mediana, a unos trescientos metros del jardín estacional—. Luego marcó el último punto señalando dos referencias más que ya no existen desde que construí mi jardín, pero en su momento fueron indispensables para definir el sitio exacto. Cuestionaba al aparecido cuando la luz se encendió con un nuevo clic del interruptor llevándose al espectro y al sueño entero. Ahí estaba yo sobre la cama, vestido y con la luz prendida, tal como la había dejado al acostarme. Mi confusión era tanta que me puse a buscar las marcas de gis que el espectro había trazado en la pared. Nada, por supuesto. El sueño lúcido se había esfumado sin dejar rastro. No pude dormir durante el resto de la noche. Apenas podía esperar al amanecer para constatar las señas del viejo cochino que hablaba igual que mi pobre tío. Despuntaba el alba. Encendí el auto, probé innecesariamente los limpiadores y, ya sabiendo que funcionaban normalmente, me dirigí a la zona en que debían estar los supuestos hornos crematorios. Vaya estupidez. Ahí estaba yo a las seis y media de la mañana en un crucero. El sitio era idéntico a cualquier otro punto de la ciudad, con su verdulería, su taller mecánico y sus casas de medio pelo para abajo. Cualquiera sabe que en esa orilla estaban las instalaciones funerarias y demás, pero sólo a mí se me ocurría ir a buscar vestigios de crematorios que bien podían haber desaparecido ochocientos años antes. Por supuesto que nada encontré. Era lógico. Sin embargo, al mirar casualmente desde ésa a esta orilla del río, vi el peñasco. Ni los edificios que hoy lo flanquean ni las casas de por aquí estaban todavía. Era difícil calcular la distancia hasta la peña, pero no parecía estar muy lejos, por lo

que eché a andar sin acordarme siquiera de que había llevado mi auto. Caminé una media hora y, ya habiendo cruzado el río y estando bastante cerca del peñasco, reconocí la primera de las tres señas ya borradas que le decía: un árbol partido en dos por un rayo. De acuerdo con el sueño, a unos veinte pasos del árbol chamuscado, yendo al norte, encontraría un estanque. Estábamos en época de secas y en donde debería estar el agua quedaba puro lodo, mas éste me permitió corroborar que sí, que en alguna época del año ese punto pudo haberse encharcado lo suficiente. Llegado a este sitio, sólo restaba caminar veinticinco pasos en línea recta con dirección norponiente. Lo hice. Nada especial encontré ahí a no ser por un letrero grande que anunciaba la inminente urbanización de la zona: "Un paraíso en el corazón de Minami", rezaba la campaña publicitaria, pero mi cabeza adaptó el lugar común a mis deseos y circunstancia: "Un paraíso para el corazón de Manami". Quizá tampoco lo haya sabido hasta hoy, Fujiwara, pero el frío Hayashi es en el fondo un sentimental. Esperé por ahí hasta las ocho y media de la mañana, busqué un teléfono público de los que empezaban a instalarse por la ciudad, marqué el número de Manami y quedé en pasar por ella a las cuatro de la tarde. Estaba impaciente por contarle del sueño y de mis descubrimientos. La vida me daba vueltas en la cabeza. Como ya le he dicho, tenía treinta y siete años, pero en lo sentimental era todavía un muchacho inmaduro y se me notaba. De no ser por eso, dudo que Manami se hubiera fijado en mí. Le gustaba mi candor tanto como mi genio. Era una mujer de extremos, igual que yo. Kanpai —remató el viejo brindando con la copa vacía al tiempo que buscaba en los alrededores con los ojillos enrojecidos. Ni la hija ni la criada estaban a la vista. La luz vespertina traía consigo una calma que parecía extenderse por la casa entera. Ni un zumbido, ni los ruidos típicos de las cocinas, ni un ladrido. El tiempo se daba su tiempo.

—¿Coincidían las señas con el viejo inventario?

—El peñasco apenas se ha movido —ironizó Hayashi—. Los crematorios hace tiempo que no están, pero su ubicación es segura gracias a las muchas fuentes que los mencionan. Por ahí quedan los cimientos que no pude hallar el día que di con este terreno —comentó el anfitrión señalando vagamente a la orilla opuesta del Kamo—. Puedo asegurarle, mi querido Kashiwagi, que hace un milenio había una hokora muy cerca de donde está ahora la mía. No tengo forma de probarlo, pero algo me dice que la localización es exacta. Créame: la piedra sabe darse a entender y hubiera reclamado en caso de error. Yo nunca tuve dudas, pero Manami las tuvo igual que usted. Como le

decía, pasé por ella a las cuatro y estuvimos caminando por aquí durante una hora más o menos. Fue ella quien propuso traer a Jo para cerciorarnos, con lo que estuve de acuerdo. También recuerdo que ese día comenzó a adentrarme en una parte de su vida que hasta ese momento ignoraba. No se le olvide que entonces éramos mucho más discretos y prudentes por instinto. La guerra nos había enseñado a tomarnos las cosas con tiento y no estábamos acostumbrados a cuestionar directamente. Era de mal gusto. El caso es que nos pusimos a conversar sentados en el árbol requemado que hacía de referencia en mi sueño y ahí me habló ella de su vida, de su familia y de la Compañía del Oso, el grupo experimental dedicado a la música antigua. Conforme se explicaba iba yo pensando en una cofradía más que en una sociedad de estudiantes universitarios. Sí, la música de época era la parte más visible de la compañía, pero no necesariamente su centro de gravedad. La religión primitiva era el eje que realmente daba sentido a la agrupación. Integrada originalmente por cuatro estudiosas de la Universidad Femenina de Konan, la compañía se había propuesto ahondar en las raíces del shinto como fuente primigenia de la identidad japonesa. La música, la poesía, la literatura conformaban una especie de código interpretativo de la "fe pura", que así le llamaban las primeras cuatro a esa fuente única, indeleble, autosuficiente. Así pues, el arte venía a ser el portavoz de los orígenes, la única expresión posible de una verdad inmanente. A estos elementos básicos hay que sumar otro sin el cual los demás pierden sentido: la feminidad. Una de las cuatro fundadoras de la compañía era descendiente de Kiuchi Teoko, feminista que con otras valientes formaron *Seitō*, la revista que vino a cimbrar a la sociedad japonesa y su machismo desbocado.

—La conozco, sensei. Las Fujiwara de mi familia veneran a las pioneras de *Seitō*. Siempre que mi padre o algún otro hombre de la familia venía con alusiones sexistas, mi mamá respondía con el lema que la revista puso de moda en…

—1911: "En el inicio la mujer era el sol".

—Exacto. La frase lo dice todo. Mamá la citaba cada vez que se disponía a leernos la cartilla a los varones de la casa. A mi padre por lo regular. Eran tan diferentes que no entiendo cómo es que podían llevarse bien.

—¿Y cree usted que Manami y yo nos parecíamos en algo? Bueno, ninguno tenía plumas —interpuso Hayashi haciendo reír al invitado—. Ya hablando en serio, el feminismo de mi mujer fue una segunda educación para mí, tan importante o más que la recibida cuando niño.

Su visión del mundo alteraba la mía casi por contacto y lo mismo le pasaba a ella con mi rigor metodológico y mi cuna campirana, combinación peculiar que le parecía afortunada cuando estaba de buenas. Pero qué digo, si siempre estaba de buenas.

—Igual que usted, sensei —ironizó esta vez Kashiwagi.

—La compañía empezó a dar de qué hablar desde sus primeras presentaciones públicas —continuó Hayashi obviando el comentario de su discípulo—. Un año después de su formación, el grupo de Kobe se extendió a Kioto y después a la capital. Nunca sumaron más de una veintena. Eran mujeres excepcionales con formaciones excepcionales para la época. No les interesaba el número sino la fuerza de su expresión. Como es lógico, con el paso del tiempo cada uno de los tres grupos fue adquiriendo su carácter particular. El de Manami se distinguía por el rigor en la ejecución de los instrumentos antiguos y por su tendencia a concebir las manifestaciones artísticas como un código interpretativo dedicado a los espíritus afines de cualquier tiempo. A las mujeres de cualquier tiempo, porque lo femenino era la constante que ellas privilegiaban. El shinto encarnaba la manifestación más sutil, más honda del ideal femenino. El budismo era un derivado continental que percudía la finura de las islas, su eterno femenino. Ninguna contradicción encontraban con el orden natural de las cosas, pues no se cuestionaba la trascendencia de lo masculino sino que se privilegiaba el elemento rector de la feminidad. Si lo piensa bien, lo femenino incide en el mundo como una gran madre, sometiendo la fuerza masculina a su autoridad, a su infinito amor, a su pasión generadora. Nada nuevo hasta aquí. La diferencia estriba en que esta dependencia jamás termina. El varón adulto, el emancipado, es un imposible conceptual, una mera simulación, pues su naturaleza íntima es la amorosa dependencia, la eterna dependencia. A cambio de su esclavitud, el varón obtiene la fantasía irrestricta de su fuerza, de su libertad, y la garantía enternecedora de escapar a la orfandad. Porque en este feminismo benigno, omnisciente y conciliador, cualquier varón es hijo de todas las mujeres. Les pertenece. Imagine qué ironía, Kashiwagi: las mujeres, esas víctimas propiciatorias de nuestra virilidad, terminan siendo dueñas y señoras de su pesadilla. Lo triste en esta metafísica del género, la gran injusticia, es que ellas nacen solas, viven solas y mueren solas. Si nuestra fantasía es la fuerza y la libertad, la de ellas es el amor. Saben amar desde antes de nacer y tardan la vida entera en percatarse de que jamás serán amadas en la misma medida. Los hombres les pertenecemos y a las mujeres les ilusiona pertenecer pero no, nunca será porque al pertenecer

a un hombre se deja de amar al resto y eso no puede ser. La gran madre se sacrifica, se realiza al amar sin ser amada. Es la condición más trágica que existe —sentenció un Hayashi lúcido pero afectado por el alcohol a su manera. Ni arrastraba las palabras ni se le derrumbaban las ideas, pero acabado su discurso cayó en un sopor que lo hizo cabecear antes de que el invitado pudiera responderle cualquier cosa, oportunidad que Kashiwagi aprovechó para ausentarse de la veranda y mojarse la cara en el cuarto de baño. Al regresar, Hayashi estaba de pie, tan campante como al principio pero ocupado en reprender a la sirvienta por la falta de atención al invitado.

—Le garantizo que ya no faltará nada. Es usted la primera persona que recibimos en más de dos años. El servicio pierde la costumbre. Una disculpa —ofreció Hayashi visiblemente descansado por la brevísima siesta—. Venga: déjeme mostrarle la biblioteca mientras disponen las cosas para la comida. Le va a gustar.

—Indudablemente. Todo en esta casa me gusta —respondió solícito Kashiwagi.

—Lo sé. La simulación no es su fuerte —apuntó divertido el profesor echando a andar por un costado de la veranda.

El terreno no formaba el rectángulo casi perfecto que Kashiwagi intuyera a su llegada. El costado izquierdo del mismo, aquel en que estaba la hokora, lindaba en realidad con una extensión que las plantas disimulaban. Se adentraron en un pasaje de unos ocho metros que iniciaba cerca de una linterna de pedestal hecha con piedras naturales apiladas sin gran ciencia. Su rusticidad destacaba en el conjunto del jardín estacional, pues ningún otro elemento daba la impresión de hallarse en él como por descuido. La vegetación había ido formando con los años una techumbre que impedía casi por completo el paso de la luz, por lo que el suelo se sentía resbaloso bajo las suelas.

—A Manami se le ocurrió enclavar mi estudio en esta zona. Las enredaderas eran dueñas y señoras por aquí y le parecía que retirarlas era atentar contra la esencia del paraje. La hiedra que ve usted ahí fue sembrada por ella misma en una tarde similar a esta. Me gusta sentarme a su lado e imaginar que la dulce me acompaña —añadió Hayashi refiriéndose a una hiedra igual a la rojiza de la entrada pero mucho más robusta. La planta ascendía por el tronco de un árbol para dividirse en la copa pasándose a las ramas vecinas. Junto al tallo central de esta grandulona había una mecedora vieja pero recia, probablemente construida con la famosa teca tailandesa que parece resistirlo todo. A un costado de la silla había una puerta, única seña que delataba al pabellón

que el profesor había incrustado en una elevación natural del terreno. La caótica vegetación circundante jugaba con los rayos de sol tejiendo un escenario que no por sombrío dejaba de tener un gran atractivo. Nada más se vislumbraba de la construcción. La puerta lo era todo.

—Qué difícil es recordar que estamos metidos en un barrio céntrico de Kioto. Si la humedad y el calor fueran mayores, apostaría a que me encuentro en Vietnam o Camboya —comentó Kashiwagi recordando instintivamente las locaciones que el *Apocalipsis ahora*, de Coppola, había puesto en su imaginario unos seis años atrás.

—Cierto. Hay una semejanza, pero más bien traté de reproducir el ambiente de las celdas del monasterio. Siendo el principal, la de Jo es especialmente atractiva. Está enclavada en una ladera. Aquella es más cueva que la mía, pues realmente fue excavada mientras que ésta sólo lo simula, pero el efecto es el mismo —explicó muy orgulloso el astrofísico. ¿No le parece que el ambiente recuerda mejor las salvajes descripciones antiguas de Uji? Es mucho más cercano a lo nuestro que Vietnam. Usted, siendo nada menos que Kashiwagi Fujiwara debe saberlo mejor que nadie.

La referencia sacudió al visitante. Su vida entera había estado ligada a los parajes de Uji por voluntad materna. Orgullosa de su linaje hasta el ridículo, la mujer había insistido en dar a su primogénito el nombre de un personaje trágico del Genji. Hijo de To No Chujo, compañero de correrías juveniles para el príncipe y eventual mandamás de los poderosos Fujiwara, Kashiwagi aparece en la segunda parte del monumental relato, aquella que la crítica empezó a reconocer con el sobrenombre de "los libros de Uji" por el sitio alrededor del cual gira la trama. Páramo triste y violentamente azotado por el viento, Uji da el tono perfecto para que la oscuridad vaya echando el manto que recubre poco más de la segunda mitad de la obra, la desesperanzada, la que presagia decadencia, soledad, muerte y grisura. Genji conocía bien la desoladora naturaleza de Uji por haberse exiliado ahí en la primera parte de la novela. Sin embargo, es la tercera generación de personajes la que en verdad sufre las maldiciones a que estas tierras parecen estar ligadas. Las tumultuosas aguas de su río dan la impresión de existir para barrer con la felicidad que por desventura va a parar en las proximidades. La de Kashiwagi es una de las primeras en sucumbir, y los pormenores de su derrota son especialmente inquietantes pues la miseria surge en su caso de un enamoramiento culpable, análogo al que el mismo Genji padeciera por aficionarse a la mujer de su padre, el emperador. Cruel consonancia es el destino de Kashiwagi: se enamora de la Tercera

Princesa, una de las esposas de Genji, quien es como un padre para el muchacho. La mujer lo rechaza pero él no se contenta con la negativa y la somete. La bajeza queda en secreto y su fruto, el príncipe Kaoru, ignora ser hijo de Kashiwagi por asumirse descendiente de Genji. La trama eventualmente se encarga de revelar el entuerto, pero sólo después de que el culpable sufre al hallarse descubierto por el engañado. La culpa sabe vengarse y el pobre Kashiwagi presiente su derrumbe. La desesperación crece. El traidor…

—Recordará que el traidor es invitado a una fiesta en casa del príncipe resplandeciente y que éste deja entrever al joven que conoce su secreto.

—Recuerdo, sí. Recuerdo cada pasaje de ese libro, los jardines, los vestidos, las fiestas, los conciertos, los desfiles, el fasto. Recordarlo era la única forma de estar seguro cuando mi madre se ponía severa —confió Kashiwagi a su maestro en un arranque intimista que sorprendió a ambos por igual.

Hayashi supo que su invitado, hermético por naturaleza, le abría una vía de comunicación inédita hasta entonces y decidió acallar para aprovecharla. Abrió la puerta de su estudio y presentó al visitante el último reducto de su vida privada. Ahí se habían generado las ideas que dieron a Hayashi celebridad mundial. Ahí se habían redactado los trabajos de investigación descollantes, los proyectos más ambiciosos de la astrofísica japonesa. En ese estudio, lóbrego, desordenado y extraordinariamente acogedor se habían gestado las cátedras que la universidad resguardaba en versiones estenográficas por su calidad inusual. Y qué decir de la mesa de trabajo, caótica, sobredimensionada. Era menos vieja de lo que parecía y daba la impresión de sostener a duras penas los cúmulos de papeles que recubrían casi toda su superficie. A dos metros de la mesa por el costado derecho, siete escalones ascendían hasta una plataforma de madera. Sobre ésta, una silla, una mesita también atiborrada y los controles del precioso telescopio que esperaba a asomarse por la cúpula de observación. Vaya mirador se había construido el maestro. Qué improbable le pareció a Kashiwagi el procurarse un observatorio parecido con su sueldo de profesor asociado. Quién sabe. Con la ayuda de la familia tal vez fuera posible.

Hayashi franqueó el paso a su colega y con una seña lo invitó a sentarse en la silla contigua a la mesa de trabajo mientras él bajaba la del observatorio.

—Me hablaba de su madre…

—De mi madre, sí —confirmó Kashiwagi olvidándose del

observatorio sin quitarle los ojos de encima—. Ella también era una genuina Fujiwara. Mi padre la eligió más por la pureza de su linaje que por la belleza, pero fea no era. Quienes la conocieron de joven dicen que conquistaba por la vehemencia con que defendía sus ideas, sus obsesiones. *La novela de Genji* era la mayor de ellas. No exagero si le digo que para ella la obra no era literatura sino una especie de escritura sagrada. Es curioso, pero cuando habla de la Compañía del Oso me da la impresión de que estuviera hablando de mamá y sus amigas más radicales. Si cambiamos los instrumentos antiguos por los viejos libros de las autoras Heian, tenemos una equivalencia casi perfecta. Se reunían los martes y los jueves en nuestra casa del barrio de Gion. Todas tenían pretensiones nobiliarias. Se habían conocido en un grupo de estudio liderado por un nacionalista tan genial como inestable. Mi madre decía que el viejo era el mejor profesor de literatura en el país; muy pocos sabían lo que él de poesía oriental y ninguno lo igualaba cuando se trataba del Genji. Su pasión por Murasaki Shikibu pasaba más por enamoramiento. La veneraba. La defendía. Y de esta veneración fue surgiendo una rara doctrina feminista y conservadora no tan distinta a la de la Compañía del Oso. El grupo de estudio creció hasta reunir a unas quince aficionadas recalcitrantes que sabían más que la mayoría de los profesionales. Sin embargo, el círculo de estudio se extinguió repentinamente cuando el maestro se suicidó en presencia de su familia por un asunto doméstico. Vaya usted a saber qué pasó en realidad. El grupo llevaba once años sesionando. La inercia creada por su líder durante ese tiempo permitió que las cosas funcionaran sin él los martes y los jueves como le digo, por las mañanas. Una a una iban llegando las emperifolladas con sus libros, muy serias, saludándome al paso para luego meterse a la sesión con las demás. Yo era niño y pensaba que no me dejaban acompañarlas por serlo, pero era el género lo que en realidad obstaba. Me enteré después, ya siendo adolescente —comentó Fujiwara retirando por fin los ojos del domo para dirigirlos a los de su anfitrión —. Según cuenta mi padre, las sesiones fueron cambiando sin la guía del viejo erudito. La fe antigua se adueñó de lo que antes pertenecía a la literatura. Sé muy bien que este tipo de obras totales, definitivas, terminan conteniendo sociedad, religión, política, filosofía y hasta algunos rudimentos de la ciencia si se es laxo en los criterios, pero las cófrades llevaron las cosas demasiado lejos. Se creían herederas, sacerdotisas de una tradición no extinta pero sí recubierta por las más nuevas. El círculo literario se transformaba en un círculo ritual. Las cófrades que los tenían llegaron al extremo de proponer a sus maridos

que los hijos se educaran bajo su supervisión personal y no en la escuela común, pues las acometidas democráticas resecaban el alma de los críos echándolos a perder con sus pretensiones de modernidad. La ciencia era una de esas pretensiones, sensei. Piense en la ironía que entraña ser quien soy viniendo de donde vengo.

—Confieso que algo conocía de sus antecedentes. Pero siga —instó Hayashi sin dar tiempo a que su interlocutor desviara el tema.

—Cuatro de las quince, dos de ellas viudas, aceptaron la propuesta de una educación especial para sus niños. Mi papá escurre el bulto cuando le pregunto de qué argumentos se valieron para convencerlo de tamaña ocurrencia, pero yo mantengo que el tránsito de la literatura al culto había ido infiltrándose también en los maridos por el roce continuo. Y la vanidad aportó lo suyo, por supuesto. Éramos los pequeños elegidos. Los predestinados. No me pregunte por quién ni para qué, pero lo éramos y nuestros padres terminaron tan orgullosos de la empresa como sus esposas. Así empezaron los años de encierro ilustrado. Cada día iniciaba con la lectura del algún pasaje del Genji, de preferencia escogido entre aquellos que contenían algún poema breve. Analizábamos el texto como si fuera en realidad el marco de referencia para el poema, porque en el poema se encontraba la verdad, la magia, el alma del shinto. La Shikibu había venido al mundo para establecer un parámetro no sólo estético, sino metafísico, y nosotros éramos los últimos representantes de esa tradición. Reavivarla era el objetivo. Debíamos mantenerla para otros iguales a nosotros. Para pervivir. Espero que no me tenga por loco al contarle todo esto.

—¿Después de lo que yo le he relatado? Por supuesto que no. Al contrario. Lo que dice me resulta familiar. Manami y sus secuaces tenían ideas semejantes. Supongo que el corte académico de la Compañía del Oso impidió que el grupo derivara en una versión como la de su madre.

—A veces me pregunto cómo es que pudo surgir un astrofísico a partir de todo aquello.

—Por reacción. Yo viví el proceso a la inversa. La ciencia llegó antes que el yorishiro, mas éste acabó por cambiar el concepto del mundo al que me había aferrado hasta aquel 25 de julio de 1942.

—Algo pierden las epifanías cuando se les pone fecha exacta, doctor —bromeó Kashiwagi con un sentido del humor que rara vez mostraba a su círculo laboral—. Años duró aquel esquema, aunque la verdad no sé muy bien cuántos. Debo reconocer que el trabajo de mi madre y sus amigas era extraordinario. Si quitamos de la ecuación el fanático simplismo de algunas, me atrevo a afirmar que el nivel de estudios

rivalizaba con los mejores de entonces. Las quince mujeres se encargaban de la educación de los cuatro menores, porque éramos sólo cuatro los que recibíamos dicho trato, como ya le había dicho; los demás seguían en el sistema escolarizado. No tengo idea de cómo decidían quién impartía tal materia o de dónde referenciaban sus planes de estudio, pero los tenían. Obviamente que el nivel variaba según la disciplina, pero en general cumplieron sobradamente. Si hemos de objetar el sistema, empezaría yo por el aislamiento y seguiría con la ritualización. Lo literario en sí terminaba degradado al atribuírsele a priori una intención distinta. Cada color, las aves, las telas, las inflexiones de los diálogos, el ritmo de la prosa o los vericuetos de los waka, todo elemento era desmenuzado en busca de significancia alterna. Claro que a veces los descubrimientos eran inusitados, pero en otras la superstición llevaba la mano. Una de las maestras, viuda de un almirante, se desviaba sistemáticamente de la materia en turno para adentrarse en la dimensión mágico-religiosa del Genji. Por decir, si se mencionaba una garza, ahí nos deteníamos horas analizando las implicaciones de su mención en el contexto específico. Cualquier detalle era importante: ¿volaba el ave o se le describía quieta? Si la escena transcurría en verano, por ejemplo, ¿se mencionaban flautas o trompetas? Si las había era casi segura la referencia oculta al kami de la brisa reparadora; si en lugar de verano era invierno, el kami aludido era ventisca y las implicaciones cambiaban. A la viuda del marino le sobraba imaginación y tiempo para urdir significancia e intención a la escena que fuera. En muchos casos, completaba su clase con magia práctica sonsacada a ciertos monjes que la asesoraban o a los manuales que entre todas iban consiguiendo de fuentes supuestamente serias. Y aunque sonría, sensei, la mujer nos borró la sonrisa de la boca al menos dos veces. La primera fue agradable y la segunda aterradora. En un caso nos demostró que una mañana despejada puede convertirse en temporal si se le sabe rogar, y en minutos nada más. Lo vi yo, lo vimos todos. Le aplaudimos. La segunda vez nadie aplaudió. No tengo idea de qué le pasó o de por qué se ensañó conmigo. Es más: no sé siquiera si fue ella en realidad la culpable del miedo aquel. Paralizaba —concretó Fujiwara como si la parálisis lo atacara en el instante de su mención.

—Cuente, por favor —animó Hayashi para sacar a su interlocutor del mutismo repentino en que se refugiaba.

—Lo haré, pero sólo para corresponder a la confianza que depositó en mí al contarme lo que me ha contado hoy.

El mayor asintió.

—Llovía. No sé si me entienda pero los días en que amanece lloviendo arrastra uno cierta pesadumbre que no se puede eliminar a voluntad. Menos si a las diez de la mañana se tienen las luces encendidas para distinguir algo en el salón de clases que mamá había improvisado en parte de la estancia. La viuda del almirante se mecía rechoncha en una silla mientras se refería por vigésima ocasión a las extravagancias de la literatura Heian respecto de los nombres. Ya sabe: que si eran eminentemente descriptivos, que si en realidad aludían a deidades menores de la tradición china continental o a variantes coreanas posteriormente adoptadas en Japón, etcétera. Se extendía en los ejemplos e iba desgranando los nombres de la novela que se le venían a la cabeza. De pronto, exclamó: "¡Kashiwagi!". Me sobresalté al verla señalarme con las mejillas encendidas y la mirada torva. "El roble. No entiendo cómo pudo tu madre ponerte un nombre así", continuó la mujer en un tono que no le conocíamos. "El roble es fuerza, pureza, trascendencia. Su madera es la ideal para fabricar artículos sagrados y su sombra es incomparable si se pretende conocer la verdad en un litigio o la identidad de una adúltera, porque siendo masculino el roble sólo delata a las mujeres encubriendo las cerdadas de los hombres. Es injusto. Sólido, duradero, inspirado, original, generoso pero injusto. ¿Por qué crees que las mujeres fuimos relegando tu nombre propio para convertirlo en un apellido, que al ser inevitable, a diferencia del nombre de pila, pierde las facultades? Kashiwagi… ¿Por qué crees que la señora Shikibu se refirió así a uno de los personajes masculinos más desgarrados de la novela, al violador de una princesa ajena, al que enferma de culpa y contrición sin poder remediar nada con ello? Si yo fuera poderosa, celosa, vengativa como lo era Rokujo, si tuviera sus facultades te haría justo lo que su ikiryo le hizo a la pobre Yugao, a la apática Aoi o a la Tercera ya convertida en onryo. Tu alma-roble se burla de mí. ¿Cómo te atreves? ¿Qué no te das cuenta de quién soy en realidad? ¿Te piensas que la gorda ésta saca lo que enseña de los libros? ¡Idiota! Soy yo. Siempre he sido la misma. Enfermé a tu amor, al que violaste cual si fuera una sirvienta siendo princesa. Aquí me tienes persiguiéndote por siglos, Kashiwagi, roble pretencioso. De mí no te libras y si te libras me voy contra los tuyos porque eres lúbrico como Genji y tu padre. Porque te llamas Kashiwagi y eso me afrenta. Kashiwagi Fujiwara. Ridículo. Ya te cobraré las cuentas. Pagarás a Rokujo lo que le debes o dejo de llamarme así. Insolente. Vendetripas. Y ve quitando esa cara de estúpido si no quieres llevarla puesta tu vida entera porque no pienso dejarte en paz. ¡Ni lo pienses!", gritó la gorda fuera de sí. Luego me atacó. Apenas tuve

tiempo de cubrirme la cara. Las otras cófrades y mi madre intervinieron para quitármela de encima. La saliva le hacía espuma en las comisuras de los labios. Tenía los ojos en blanco y no se movía. Yo me quedé en el suelo revisando mi camisa desgarrada y los rasguños que me había dejado en el antebrazo derecho. Entonces la viuda del almirante exhaló sonoramente, recuperó el semblante, dejó de sudar y se incorporó tratando de hacer sentido de lo que veía. Quiso decir algo, pero las palabras no surgieron a voluntad. Así, tratando de expresar algo inexpresable, se la llevaron a otra parte dejándome solo con mis tres compañeros. Antes de dar por terminada las clases del día, el menos dotado de ellos preguntó qué era un ikiryo. "Lo mismo que un onryo pero vivo", contestó sobrado otro de mis compañeros sin aportar mucho que digamos. Yo eché a correr hasta mi recámara y, una vez estando a solas, me puse a llorar. ¿Qué le había hecho yo a esa mujer para que me tratara así? ¿Qué culpa tenía de llamarme como me llamo? El Kashiwagi del relato se deja morir por el remordimiento. La Tercera Princesa muere torturada por el espíritu rabioso de Rokujo. ¿Me sentenciaba la viuda a una muerte semejante? Lo pregunto porque ni siendo niño creí que la voz de esa mañana perteneciera a la Rokujo del Genji. Búrlese de mí si quiere, doctor, que no resentiré.

—Por pura casualidad, ¿no se apellidaba Takata la mujer que lo agredió? —intervino Hayashi ignorando el exhorto de su protegido.

—¿Cómo lo sabe?

—Es íntima del ciego. Se rumora que hasta llegó a enamorarse de él. Y esa no es la última ni la menor de las casualidades, Fujiwara. Vaya. El mundo cabe en una cáscara de nuez —remató el doctor Hayashi hundiéndose en especulaciones que ya no ventiló de inmediato pero que se relacionaban directamente con la novela de Genji. O, para ser más precisos, con los episodios en que aparece Rokujo, princesa madura que se convierte en amante de Genji siendo mucho mayor que él. El amasiato deviene en amor para la princesa y con el amor llegan los celos. Imposible no sentirlos cuando el día entero la salpicaban rumores sobre las aventuras del príncipe con otras, sí, más jóvenes. Malditas.

Ninguna lo amaba como ella y menos lo odiaba igual, porque los celos de enamorada se debaten entre uno y otro extremos y no hay quien resista a esa carga sin doblar. Rokujo lo intentó. Parte de ella pudo y parte de ella no. La del mundo cotidiano, la noble de carne y hueso, supo envolverse en el manto callado de la conformidad pero seguía habitándole el cuerpo un alma hembruna vuelta loca por la necesidad de pertenecer al picaflor sin que otras pulularan. Y si la tensión se acumula

al grado en que se acumuló la de Rokujo sobreviene un divorcio impensable en otras circunstancias: el alma se le iba a otra parte mientras el cuerpo descansaba. Sin que ella lo supiera, sin que pudiera remediarlo, la Rokujo entera se partía para vengarse de las otras. Su ikiryo iba y venía metiéndosele en el cuerpo a las rivales enfermándolas, exprimiéndoles la vida. No sabemos bien a bien qué sucedía cuando el cuerpo de Rokujo despertaba, pero ella olvidaba las venganzas de su yo volante, de su yo salvaje. La parte vengadora vivía mustia mientras la princesa era consciente y se soltaba el pelo cuando la conciencia se distraía. La que ama y la que odia se dividieron de esta forma para retener al príncipe que tanto gustaba de pastar en otras. Sólo así. Benévola con el culpable, la Rokujo volante no lo era mucho con las rivales. Decíamos ya que se les metía haciéndoles de todo mal, identificándose ante los incrédulos, amenazando, dañando hasta matar. Porque así murió Aoi, la primera esposa de Genji, y también Yugao, otra flor, sin que éste pudiera hacer nada. Ni él ni la misma Rokujo, pues su buena voluntad quedaba maniatada por la brutal. Las cuitas entre estas dos que eran la misma hicieron que Rokujo optara por ser monja hasta su muerte. Cuánto dolor legó la amante despechada a su Genji del alma. Así, la novela de la vida pudo seguir su curso. Ya pocos pensaban en la princesa amante cuando, años después, el resplandeciente vuelve a enamorarse, ahora de la Tercera Princesa. La desposa y al poco de embarazarse a la fuerza de Kashiwagi, la mujer enferma sin que los monjes logren mejorarla a base de rezos, remedios, música, inciensos, hechizos y danza. Que no y que no. La joven empeora. Genji y algunos otros sospechan que Rokujo vuelve a estar involucrada en la desgracia, no ya como un ikiryo sino como un onryo, es decir, como el alma vengativa de una persona fallecida. Ikiryo u onryo, lo mismo da. Aunque en el caso de la tercera la identidad del espíritu enemigo no queda tan clara, el resultado es idéntico al de Aoi y Yugao. Tres muertas. Tres sombras sumadas a la de Rokujo, todas proyectadas en simultáneo sobre la luz del resplandeciente, apagándola sin prisa. Sin pausa. Se gastaba una vez más la pesada broma de la vida.

La singular pareja de físicos permaneció en silencio por largo rato. Ambos necesitaban ordenar sus ideas, buscarle sentido a esa jornada. Las emociones, las coincidencias, el sake amortiguado apenas por algo de fruta y un desayuno ligero, el contraste entre los esplendores del jardín y las penumbras del estudio, todo contribuía a ese recogimiento tibio, candoroso, indeterminado. La extrañeza quedaba por ahí, en otra parte, no gracias al buen sentido o a las cuadraturas de la razón, sino en virtud

de un vínculo inesperado que venía a fortalecer el prexistente. O no. Lo sustituía más bien por uno distinto nacido espontáneamente de la literatura. Porque a pesar de que Hayashi todavía no enteraba a Kashiwagi de cierta vertiente de las cosas, ésta ya dominaba la relación transformándola en algo distinto a lo que era. *La novela de Genji* integraba la mejor parte de la vertiente susodicha porque no sólo era vital para Kashiwagi Fujiwara, sino que también había partido en dos el destino de Chushiro Hayashi. La música antigua, sus instrumentos, la historia, el nacionalismo casi furibundo, la religión originaria y el feminismo moderado eran pilares en la Compañía del Oso, mas ninguno de estos elementos tenía sentido sin la novela de Genji. No había texto de época comparable en su calidad de fuente informativa. Aunque la compañía estudiaba cuanto documento cayera en sus manos, ninguno podía compararse a la riqueza implícita en el diamante de Shikibu. Claro que surgían más diferencias que coincidencias al comparar el círculo de Fujiwara con el de Hayashi, pero el común denominador era innegable. En el caso del viejo, la ciencia se había adelantado a la llegada de la literatura; en cambio, el invitado había accedido a la ciencia un poco en calidad de refugiado, ya que en ésta hallaba la paz que la magia del pasado le escatimaba disfrazada de novela.

—¿Ve ese librero alto que está cerca de la ventana? —preguntó Hayashi repentinamente.

—Sí —afirmó el más joven medio espantado por la súbita intervención de su mentor.

—Carga con medio millar de libros. Ciento noventa y siete de ellos tratan sobre el Genji. Es el elemento de la ecuación al que todavía no había llegado. Se me adelantó, Kashiwagi san. Algún día tenía que adelantarme en algo —bromeó don Chushiro visiblemente repuesto luego del paréntesis—. Casi todos eran de Manami. Mi hija ha agregado una decena y el resto los puse yo. Le presumo que he leído la colección entera; Yumiko se acerca a la tercera parte. A su edad es todo un logro, ¿No cree?

Fujiwara se puso de pie y caminó hasta el librero sin decir palabra. Invirtió veinticinco minutos en revisar uno a uno los lomos de las publicaciones. Las había antiguas y nuevas, coloridas y blanquinegras, enormes y mínimas. Al terminar volvió al principio y fue tomando los libros que más le interesaban para revisar sus índices detenidamente. Otros quince minutos se le fueron en esta faena. Cuando devolvió a su estante el último de los interesantes, Fujiwara reanudó la conversación

con una protesta.

—Dijo que había ciento noventa y siete y aquí guarda sólo ciento noventa y seis. Me escatima alguna maravilla.

—Es cierto. La que falta se guarda en otra parte. Ahora recuerdo el porqué lo elegí entre tantos candidatos a mi ayudantía. Usted es terco pero exhaustivo, y esa combinación vale oro en la astrofísica.

—¿Y la maravilla? —reiteró Kashiwagi aferrándose al hilo de la conversación que su maestro soltaba.

—A esa puede afectarle la luz, el oxígeno, el calor.

—¿Tiene algo especial independientemente de la fragilidad?

—Una edad que la justifica y un tema que, por cierto, le atañe. No puede ser casualidad.

—La casualidad sólo aplica a lo irrelevante, Kashiwagi san —agregó de la nada una voz femenina. Al volverse, el aludido vio que Yumiko acariciaba dulcemente el cabello de su padre. Había entrado al estudio mientras Fujiwara revisaba el librero para avisar que la comida estaba lista, pero al advertir que el invitado se regodeaba en sus obras favoritas optó por no interrumpirle la curiosidad. Sonreía al notarlo absorto en la sección de la biblioteca paterna que más le apasionaba—. Si quita de la colección la infaltable traducción inglesa de Waley, tiene ahí lo mejor de la crítica japonesa sobre nuestra novela. A la occidental le falta peso específico, identidad.

—Lleva nueve siglos de retraso, aunque en uno ha logrado más de lo que Yumiko está dispuesta a aceptar. Sobrestima la idiosincrasia. Para mí, de nada sirve tratándose del periodo Heian.

—El debate nacionalista se hace pasar por discusión historiográfica. Hay que andarse con cuidado —advirtió Yumiko—. Papá y yo hablamos de cosas distintas al cotejar la cultura japonesa con la occidental europeizada. Sus ciencias exactas le siguen marcando el ritmo cuando él cree bailar al son de las humanidades.

La suficiencia de la joven, su calma y el tono admiraron a Fujiwara, dejándole una sensación de difuso desconcierto. A su edad no era común mostrar semejante aplomo. La seda blanca le bajaba por el cuerpo tratando de igualar la tersura de la piel pero no había manera de lograrlo. Sus ojos sonreían más que los labios.

—La niña tiende a creer que la observación astronómica es prebenda occidental. Yo le insisto en que eso es tan absurdo como nacionalizar las aspiraciones democráticas partiendo de los orígenes. Sólo Grecia y los franceses tendrían legitimidad. Andarse con estrechuras en estos tiempos es tan ridículo como salir vestido a la calle con ropas dos tallas menores

que el cuerpo.

—Ni insuficiente ni ridícula, papá. Nunca.

—Perdona, hija. Lo dije sin pensar —reculó Hayashi genuinamente apenado.

—Culpemos al sake para librarte de culpa —propuso Yumiko dedicando una mirada cómplice a Fujiwara antes de ponerse a servir desde una tokkuri recién traída por ella a la biblioteca.

Luego de escanciarle a los hombres, se sirvió ella con la intención de acompañarlos en el brindis, gesto atrevido en un contexto tradicionalista como aquél en el que había crecido Fujiwara, pero perfectamente aceptable en el entorno de igualdad que Hayashi daba la impresión de promover. Estaba lejos el maestro de parecerse a la versión inflexible que se tenía de él en la universidad. Su lasitud, la frescura que se le venía al talante en presencia de su hija enternecían. Cada miembro de esa terna, cada cual a su manera, ablandaba sus durezas por la simpatía que los otros dos inspiraban. Los tres se beneficiaban con la llegada de Yumiko y ella lo sabía. Era como si su presencia les ensanchara la estancia, como si llegara para entibiar la frescura de la tarde venidera. "Que no se vaya", pensó Fujiwara. "Aquí me quedo", pensó la otra mientras Hayashi notaba estas minucias sin darles la importancia que los otros dos les atribuían.

—Kanpai —brindó esta vez la veinteañera anticipándose a los mayores y vaciando de un trago su vaso.

—La etiqueta no es lo suyo —comentó divertido el papá acostumbrado a deslices semejantes.

—Entonces tampoco es lo mío. ¡Kanpai! —correspondió Kashiwagi vaciando el trago al instante igual que Yumiko. Tras pensárselo unos segundos, Hayashi hizo lo propio secándose después los labios con el dorso de la mano creyendo que nadie lo notaba y salió de la biblioteca con el pretexto de avisar a la criada que preferían comer en el estudio y no en la terraza. Lo hizo, se entretuvo pisoteando una fila de hormigas pequeñitas que cruzaban el umbral entre el jardín y la veranda. Pasados tres o cuatro minutos, se olvidó de las invasoras y regresó a la biblioteca. La hija y el discípulo reían como los viejos amigos que no eran. A diferencia de antes, la muchacha sonreía con los labios y no nada más con la mirada. Kashiwagi, fascinado, la imitaba sin querer. Era hermoso ver a ambos ofreciendo al de enfrente la mejor versión de sí mismos. Hayashi se conmovió y puso de su parte entreteniéndose con los controles del telescopio en tanto la sirvienta llegaba para servir la comida en la biblioteca. Nunca antes habían comido allí y la encorvada estaba

nerviosa. No se presentaba espontáneamente en esa parte de la casa. Era la misma Yumiko quien se encargaba de mantener a punto el refugio del famoso. Se quiso morir al ver la cantidad de papeles que cubrían casi toda la mesa de trabajo del doctor Hayashi. Dejó la charola sobre algunos libros pues otro lugar por ahí no había, despejó lo indispensable para tres, jaló de por ahí una tercera silla que puso cerca de las otras dos, cogió de su cintura una seda roja que la acompañaba en los quehaceres de la mañana a la noche, sacudió, sirvió y salió de la biblioteca con ganas de contarle a la mejor amiga sobre los muchísimos libros y otras cosas importantes que vio al abarcar de golpe una buena parte del refugio.

Durante la comida se habló principalmente de una Manami que Yumiko jamás había conocido. Ni ella ni el invitado tenían forma de participar sin arruinar la exclusiva al viudo, así que optaron por escucharlo pasiva pero gustosamente. Pasaban de las tres cuando la encorvada les retiró el servicio. Las anécdotas insustanciales y sabrosas dominaban el convivio. De cuando en cuando Hayashi se permitía algún exceso de confianza con Fujiwara, pero éste ya no trataba de resarcirse como lo hiciera al principio. Las defensas se iban olvidando bajo la mesa o quedaban dispersas entre los libros aguardando días mejores. En un momento dado, la conversación volvió a centrarse en las actividades de la Compañía del Oso.

—Tu madre no quiso introducirme al grupo sin antes estar segura de que mis intenciones eran serias. Unos tres meses después de nuestra primera visita a este terreno (la que le mencioné hace un rato) —acotó Hayashi en voz baja dirigiéndose a Kashiwagi—, se presentó la oportunidad ideal para hacerlo. Cada año, las compañías de Kobe y Tokio se reunían con la de Kioto en el lago Biwa. Era la única oportunidad en que las tres interactuaban fuera de sus respectivas sedes y, además, sólo en estas reuniones permitían la asistencia de extraños, lo que en la práctica significaba "hombres". Según me explicó Manami, el convivio era en realidad una celebración ritual conjunta en honor de Benzaiten, ya sabe, la vieja diosa de la música y la elocuencia. Los asistentes estábamos citados a las seis de la mañana del miércoles siguiente en la parte norte del lago para embarcarnos con rumbo a la isla Chikibu (¿casualidad, Fujiwara?). La tradición dice que ahí vive la diosa porque el lago tiene forma, precisamente, de biwa, el instrumento musical que dio nombre al sitio y que la compañía veneraba cual si fuera una deidad por ser de los más antiguos en llegar a tierras japonesas. En la isla hay una capilla famosa por contener al kami de Benzaiten y la idea era sentarnos alrededor de ella mientras los monjes ciegos bajados del

Hiei entonaban fragmentos del *Cantar de Heike*. Eran quince los que tañían sus biwas, algunos vestidos a la shinto y otros con indumentarias modernas en comparación, venidos de algún monasterio menos riguroso tal vez. Dejando aparte a los monjes, sumábamos unos cincuenta los acomodados en torno a la capilla. La mañana era fría y yo no había descansado lo suficiente la noche anterior. Me dolía un poco la cabeza y esto, aunado a los rigores matinales y al abundante incienso que flotaba en esa mañana sin viento, me tenía más bien de malas. Tu madre cantaba a mi lado el cuento de los monjes con una voz inesperadamente armoniosa. El contraste entre su entrega y mi malhumor me puso a pensar en qué demonios hacía con esa gente devota cuando yo no lo era ni mínimamente. Fuera de los años de crianza y de los episodios que ya he contado relativos al famoso yorishiro, mi fe se concentraba únicamente en la ciencia, por lo que mi mente echó a volar haciendo por resolver ciertos problemas que me planteaba entonces. El codo de Manami me devolvió a la tierra para alertarme de que el monje ciego que le había sacado la vuelta en el monasterio se encontraba entre los cantores. La cabra, echada a un lado del monje, parecía acompañarlo con balidos suaves que podían intuirse más que escucharse entre el ruido. Por instinto me puse a buscar a Jo sabiendo que a éste le placía servir de lazarillo a su compañero en las pocas salidas que se permitían. No estaba entre los espontáneos que cantaban a espaldas de los ciegos ni lo vi con los que ensartaban flores para las guirnaldas a utilizarse en el segundo evento programado: un concierto de tres kotos al estilo del *Genji monogatari.* Las compañías de Tokio, Kobe y Kioto aportaban una intérprete cada una, siendo Manami la elegida para representar a nuestra ciudad. Nunca antes una ejecutante tan joven había sido seleccionada para el evento, pues no era común que se alcanzara la pericia indispensable a corta edad. Cada participante debía elegir entre cuatro y siete poemas waka del Genji, cantándolos mientras improvisaba con el instrumento afinado en la escala principal, la Hirajoushi. Terminado el último waka de la tercera ejecutante, las elegidas improvisarían sobre la base de este poema en una sesión que podía alargarse horas si las mujeres estaban de vena, aunque no era lo más común en las celebraciones públicas. Terminado el espectáculo, comenzaba la fiesta en sí, con la comida, los tambores, las trompetas y el vino. Un grupo de monjes mendicantes dedicado a transitar los caminos medio desnudos, incluso en invierno, se transformaba para convertirse en un divertidísimo tropel de saltimbanquis que interactuaba con el público en un tono absolutamente informal. Ya podrán imaginar que Manami estaba hecha

un manojo de nervios ante su primera intervención protagónica en uno de estos festivales. Había invertido hasta catorce horas diarias del último mes en refinar sus habilidades y en la elección de los wakas perfectos para destacarlas. Serían cuatro nada más y el cuarto era el que más dudas le planteaba a mi tigresa por ser el que definía el tono de la improvisación consecuente. En las semanas previas al evento la vi releer sus pasajes favoritos, casi todos pertenecientes a la primera parte del Genji, la del esplendor, pero cuando más dudaba prefirió dedicarse a la lectura del precioso y oscuro libro 36. ¿Lo recuerda? —cuestionó Hayashi poniendo a prueba al invitado, gesto que Yumiko reprobó implícitamente al interponer ella misma la respuesta.

—¿Te piensas que el roble puede olvidarse de sí mismo, papá? —preguntó a su vez Yumiko en alusión al título que la tradición ha dado al libro 36 partiendo del significado original del término Kashiwagi: "el roble"—.

—"¡Qué historia más inútil y sin sentido!" —citó malicioso Kashiwagi—. "Sin dejar de llorar se puso a contestar el roble a la Tercera Princesa. Hubo de tomar aliento varias veces y las palabras le salían medio quebradas, como si no hubiera conexión entre ellas. Las letras parecían huellas de un pájaro extraño.

Convertido en humo,
me desharé en un cielo incierto.
Y, sin embargo, permaneceré
allí donde sobreviva mi deseo."

Yumiko le clavó la mirada al papá esperando que fuera él quien pidiera una explicación al invitado. Desbordaba extrañeza esa mirada. Confundido por la fría recepción de su ocurrencia, Kashiwagi consideraba ya una disculpa en abstracto para salir del apuro en que él mismo se había metido. Ninguna gracia le hacía a su anfitrión el que su historia pudiera calificarse, aún fuera en broma, como algo inútil y sin sentido. O al menos eso creía nuestro roble.

—Ése fue el cuarto poema que Manami eligió a fin de cuentas. Mejor ni preguntarle sus motivos para recitarnos ese y no cualquiera otro de los casi 800 wakas que tenía para elegir —interpuso Hayashi.

—Yo sí quiero saberlos —acotó Yumiko expectante de la reacción de Kashiwagi, quien se mostraba reacio a intervenir luego de la aclaración de su mentor. En realidad se daba tiempo para inventarse los motivos

que la guapa le exigía.

—El maestro de mi madre y su grupo creía a pies juntillas que el 36 era el mejor libro de los capítulos oscuros, algo en lo que yo no estoy de acuerdo.

—Porque en él se apaga Kashiwagi y eso a usted no le conviene —intervino Hayashi con un simplismo atípico.

—Déjalo hablar, papá —pidió la muchacha mucho más interesada en la versión del joven que en la del viejo.

—El maestro de mi madre, una especie de iluminado que acabó por matarse y del que ya he hablado a tu papá, creía que el poema contenía elementos clave para la discusión del capítulo faltante, el de la muerte del príncipe. Si aceptamos que puede llamarse *Esfumado entre las nubes*, como pretenden algunos, "Convertido en humo" es una fuerte consonancia. El original en hiragana ofrece elementos de prueba que se pierden en las traducciones al japonés moderno o a cualquier otra lengua. Eso opinaba el venerado maestro y, en consecuencia, eso opinaban sus alumnas más adelantadas. Ese hombre es culpable en muy buena medida de que mi madre se hubiera obsesionado con el personaje de Kashiwagi al grado de ponerme su nombre sin importarle el destino trágico a que estaba condenado. Si Kashiwagi era el hijo mayor del poderosísimo To No Chujo, cabeza Fujiwara en la novela, yo lo sería en la vida cotidiana al llevar el mismo nombre, uno que me correspondía por alcurnia al ser nuestro linaje el más puro y antiguo entre los Fujiwara de hoy. Mi madre literaturizaba la vida. Lo hacen todos los entendidos. Pero me disculpo, querido sensei, por robarle la palabra.

—¡Qué historia más inútil y sin sentido! —exclamó Hayashi remedando al exalumno extraordinariamente bien—. Me refiero a la mía. No se exalte.

—Aquí el único exaltado eres tú, papá —reprochó Yumiko molesta por los excesos de confianza que le iba notando a su padre.

—Más bien eres tú la única que no lo está. Llegas tarde a la fiesta y te quejas de las risas. La culpa es tuya, tesoro. Déjanos en paz —espetó Hayashi molesto a la hija. Luego de una pausa casi teatral, el físico volvió a la historia del lago Biwa sin transición alguna—. Los ciegos terminaron su intervención arrancando un aplauso que de inmediato fue acentuado por los tambores del tropel que le decía. Mi dolor de cabeza estaba en su apogeo. Faltaba poco para que empezara la participación de Manami. Debía unirse a las otras dos ejecutantes para afinar el instrumento en relación con los suyos. Caminaba yo unos metros detrás de ella cargándole el precioso koto antiguo en su estuche de madera con

incrustaciones de marfil, hueso y nácar. El estuche en sí era suficiente para que la gente nos mirara con curiosidad al pasar. En un momento en que debimos reducir la marcha para abrirnos paso, se formó un corro de cuatro o cinco admiradores que daban la impresión de no poder sustraerse al impulso de acariciar el estuche. Algo indistinto respondía Manami a uno de ellos cuando vi que Jo caminaba a la distancia llevando a su ciego cogido del brazo. Cargaba la biwa de su compañero igual que yo le cargaba el koto a la mía. Cuando mi tigresa estuvo ya instalada con las otras dos, la dejé en lo suyo y fui en busca de mis queridos amigos del monasterio. Los encontré alejados del barullo compartiendo un pastel relleno de frijoles rojos. La golosina era lo bastante grande como para hartar a ambos, por lo que no consideré de mal gusto unirme a ellos sin aportar algún complemento. Jo estaba de espaldas y era el ciego el que me quedaba de frente. Sin embargo, faltando unos cuatro metros para llegar al sitio en que mis amigos departían, la cabra me miró y el ciego abrió los brazos dándome la bienvenida con la mirada perdida. "Es nuestro amigo del yorishiro, Jo. Ofrécele algo de comer." La cabrita se mantuvo atenta a mis movimientos cual si fuera perro guardián que no termina de comprender la intención de un recién llegado. Al notar que se me recibía de buena gana, la mascota se puso a mordisquear un mechón de pasto que parecía juzgar la escena sin tener las credenciales indispensables. A diferencia de nuestra última visita al monasterio, el ciego dejó a un lado su natural evasivo mostrándose afable. Se encontraba todavía bajo el influjo del Heike, a tal grado que los dedos de su mano izquierda seguían moviéndose nerviosos como si se deslizaran por el traste de una biwa imaginaria. Jo consiguió por ahí un pedazo de papel que la hizo de plato. Se entretenía en la justa división del pastelillo cuando los crótalos de las tres Compañías del Oso retemblaron al unísono exigiendo la atención de los congregados. El silencio se hizo en la pequeña isla de Chikibu. Poco más que un islote era el sitio, pero estando colmado se tenía la sensación de hallarse en un lugar más amplio. Mis compañeros y yo nos abrimos paso para acercarnos a las ejecutantes. Una vez instalados cerca de las tres, nos sentamos en el suelo quedando yo entre Jo y el ciego. Un brindis por mis amigos —propuso Hayashi levantando su vasito en espera de que se le unieran los de la hija y el invitado—. Escuchamos la primera nota de Manami, quien abría la presentación hendiendo aquel aire matinal todavía demasiado fresco como para disfrutar en mangas de camisa. Eran entre las ocho y media y las nueve de la mañana. La bruma apenas insinuada sobre el Biwa comenzaba a

dispersarse sin brisa que la apurara. La siguiente nota terminó de golpe con los ánimos introductorios. Fue la primera de muchas que se encadenaron en segundos hilvanando una escala deliberadamente imperfecta. Nada fuera de la seda bien pulsada se escuchaba aún en el islote. La tensión creada por la escala irresuelta fue liberada al fin gracias a la voz. El canto liberador se adentraba en el alma como la llave indicada en un cerrojo harto de no abrirse. Con esas ganas nos entregamos a esa realidad alterna que Manami proponía. Rechazarla era quedar atrás en el peor momento. Y toda alma limpia en aquella mañana deseaba envolverse en el sonido igual que lo iban haciendo las palabras surgidas de la boca de Manami. O de su pecho. Porque el canto era más hondo de lo que cabía esperar. Gutural. Enrarecido, pero con una rareza que lo ensanchaba, idéntica a la que se le viene encima a un rostro cuando se cala la máscara perfecta. Y en nuestro caso, la máscara era el poema. Siempre lo es, mi queridísimo Kashiwagi.

Hayashi calló para extraviarse en el recuerdo. El pasado iba y venía como una ola tranquila cuando Yumiko se dio a entonar el primer waka del libro cuarto. Su voz honraba la descripción que el papá hiciera del canto de la otra:

La flor que te ha seducido
es sólo la flor de la luna,
la más rara de todas por su túnica
resplandeciente de rocío.

El ensanchamiento que el viejo citara para describir la escena del Biwa obraba una magia idéntica en la biblioteca. La mañana brumosa del pasado y la tarde despejada del presente se daban la mano gracias al verso que Yumiko cantaba obviando la necesidad de acompañamiento. Ni biwa ni nada requería la hija para emular el canto viejo de su madre. Aún sin preguntar, Kashiwagi supo al punto que el poema era el mismo que la madre de Yumiko eligiera para abrir. Pudo incluso sentir el vuelo que las palabras cogían al treparse por la emoción precedente de los monjes.

—Es la voz de la madre —susurró Hayashi al oído del invitado mientras Yumiko permanecía silente y con los ojos cerrados—. Mire cómo le tiembla esa vena de la frente —apuntó el famoso en voz todavía más baja, como si evitara a toda costa interrumpirle el sueño a la hija—. Se le ponía idéntica a la mamá. Lo noté por primera vez en el lago. Y no

lo digo por adornarme, Kashiwagi. Así fue. De hecho, el ciego me hizo reparar en la vena de Manami al tocarse una parecida que se le hinchaba por la sien izquierda. Fíjese en que ya le va palpitando menos. Es la calma —concluyó el astrónomo aprovechando el momento para robar un trago de sake al vasito de su hija. Al devolver el vaso a la mesa de trabajo, Yumiko abrió los ojos y sonriente lanzó un "ni creas que no te he visto" que hizo reír a Kashiwagi y enrojecer al papá. El legendario se iba despeinando conforme avanzaba la tarde.

—Mira que sirvan ya los postres, por favor, hija —pidió Hayashi con la intención evidente de que la muchacha los dejara a solas. Cuando lo estuvieron, el mayor de los físicos retomó la escena del lago sin pérdida de tiempo—. El poema de Manami impuso el tono a la segunda intérprete, que jugó con las armonías hasta irlas disolviendo para dar paso al segundo waka del día, muy inferior en pertinencia al que mi bella había elegido. No recuerdo si la tercera lo hizo mejor o peor que ésta, pero seguramente no desmereció porque, al ceder nuevamente la iniciativa a Manami, los asistentes estábamos ya fascinados. Llegó así el momento de acompañar el cuarto y último waka de mi concertista, el del cielo incierto. Entonces me codeó el ciego las costillas con una fuerza excesiva. Le costaba calcular las distancias, creo —afirmó Hayashi codeando a su invitado para dar el ejemplo—. El aliento le olía a pastel con cebolla. La combinación estuvo a punto de hacerme vomitar, pero lo dicho por el ciego me hizo olvidar la náusea: "Cuídese de la niña", advirtió. "El cuerpo le suelta el alma con demasiada facilidad y cualquier cosa puede entrar en un descuido. Algo la ronda y no sé con qué intención. Fíjese: el pelo le vuela y no hay viento que lo justifique". Corroboré. El pelo se le agitaba como si un caballo la llevara a galope mientras que a nadie más se nos movía. Sólo el ciego y yo parecíamos notarlo. A espaldas de Manami, los listones que adornaban la capilla de Benzaiten estaban tan inmóviles como el largo cabello suelto de las otras dos artistas. "¡Escuche!", dijo de pronto el ciego. "¿La escucha? Esa voz…", se interrumpió al tiempo que Jo se llevaba el índice a los labios para pedirme silencio sin que su compañero lo notara. "Es pura confusión. Odia y confunde. ¿La siente? Es mujer. Que si no. Todo lo que la rodeaba se ha ido dejándole intactos los celos. Pobre. Ni sabe lo que le pasa. Es tan vieja y ha llorado tanto que no distingue ya entre lo ido, el hoy y lo venidero. Flota ajena al tiempo como una de esas ideas que todos tenemos sin poder hacer algo con ella. Es pura hiel y confusión. Su piel amarga al contacto. Cuando viva fue un ikiryo que sin saber ni poder evitarlo hizo de las suyas. El desamor la mató y desde

ese día es onryo que vive para vengar, para acechar. No es a ti a quien quiere. Ni a ella. Viene por el traidor cuya deshonra sobrevive a los siglos. Quiere a tu hijo Kashiwagi". "Yo no tengo hijos", opuse francamente aliviado al loco ese. "Lo tendrás. Dejaría de ser Rokujo si te mintiera", me espetó el monje sin dejarnos claro a Jo y a mí el sentido de esta última frase. Pero ya vienen las mujeres con los postres. La criada arrastra los pies al andar y se le puede escuchar desde el otro lado del mundo —se quejó el dueño de la casa sin dar oportunidad a que Kashiwagi ventilara sus cada vez más numerosas inquietudes.

—¿Rokujo? —alcanzó a cuestionar el invitado sin que la pregunta calara en cualquiera de los otros, que movían, quitaban y ponían sobre la mesa de trabajo llevándose lo usado y dejando a cambio unas charolas de plata con dulces una y con las uvas y las cerezas que sobraban la otra. Antes de irse, la sirvienta se puso a abrir las persianas de unos ventanales para que la luz alegrara la cueva de Hayashi. El doctor se había resignado a soportar intromisiones ese día y esperaba cruzado de brazos a que los reacomodos terminaran, pero el golpe de luz dio la impresión de llevarlo al límite de su paciencia. Se había convertido en un viejo gruñón y cualquier bagatela podía enturbiarle el carácter por el resto del día si la hija no lo colmaba de atenciones. Ella sabía tratarlo y pudo distraerlo de la afrenta imaginada.

Los dos hombres habían bebido más de lo que estaban dispuestos a aceptar y aprovechaban esos momentos para recomponerse. Yumiko los atendió con eficiencia y sin aspavientos, colando uno que otro tema en esa conversación que, sin embargo, languidecía. Los rayos oblicuos del sol vespertino parecían dichosos de poder jugar en el estudio del astrónomo. Era su prebenda en esa tarde y Hayashi los miraba como si se hubiera resignado a permitirlo. De pronto, el anfitrión tomó un pellizco del pastelillo que tenía enfrente llevándoselo a la boca como si fuera un niño travieso.

—¿Le gustan los pasteles rellenos de judías? —preguntó súbitamente Hayashi al invitado—. Yo los prefiero con cualquier otro relleno desde el día que le cuento en el lago. El aliento del ciego me ha seguido como perro triste al que se le regala una caricia. Son tantas las cosas que parecen seguirme desde entonces —añadió medio ausente el profesor dándose tiempo para adentrarse hondamente en el recuerdo—. El cabello en volandas de Manami es una de ellas. El viento que lo agitaba se concentraba sólo en ella y a nadie parecía llamarle la atención. La rareza me hacía recordar el yorishiro y las ventiscas repentinas que le atribuíamos. La música, las inquietudes, el aliento del vidente, el

dichoso pastel y el dolor de cabeza originario formaban un amasijo del que podía surgir lo que fuera. En eso pensaba cuando las concertistas se dieron a la improvisación final. El juego de los kotos nos fue provocando una algarabía, una emoción tan radical que apenas podía uno contener al corazón en el pecho. Jo me buscó la mirada y a señas indicó que me fijara en el ciego. El vidente clavaba los ojos inútiles en la terna femenina que deleitaba al más puro estilo de un milenio atrás cuando menos. Dos gruesas lágrimas le resbalaban por la cara. "Es lo más bello que he visto", murmuraba para sí enterneciéndonos lo indecible a Jo y a mí. Era un niño con la golosina a medio comer entre las manos. Si la madre hubiera llegado en ese instante para llevárselo, el ciego se habría emberrinchado. "Que no se termine pronto", rogó bajito el aludido en el momento en que las tres remataban su presentación. Nunca olvidaré la cara de desamparo que ese niño crecido nos dedicó al constatar que los cielos habían desoído su ruego. El silencio superviniente tardó mucho en ser sustituido por el aplauso. De ese tamaño era el arrobo que las chiquillas nos entregaban. He visto de todo en mi vida, Kashiwagi, pero nada comparable con la entrega de Manami, con su pericia, y también con la de las otras dos chicas, debo aceptarlo. Pero yo tenía ojos sólo para la mía. ¿Quién puede culparme? Era tan jovencita. Tenía el semblante de una flor blanca que apenas se mueve al ritmo de la brisa. Como la falda plisada del primer día en que se coló a mi vida. Ay, tigresita: te quise como nunca a partir de esa mañana. Tu cabello había vuelto a aquietarse. Tu koto vibraba todavía la última nota y yo no pude más. Las lágrimas me brotaron igual que al ciego. La música nos doblegaba y nada más valía. El aplauso a las niñas se prolongaba mientras Jo, el vidente y yo nos preparábamos para ir a felicitarla. "La hokora", musitó el del mal aliento señalando en una dirección equivocada. Al mirar en la correcta, vi que un rayo de sol especialmente vigoroso daba en la puerta de la capilla de Benzaiten. La sincronía fue impactante porque justo en ese momento el encargado de la capilla retiraba los candados frente a buena parte de la concurrencia. Eran cuatro, Kashiwagi, como en mi capilla personal. Al retirar el cuarto y abrir la puerta, bastante más grande que la mía, el cuidador entró unos segundos a la penumbra del recinto y salió de él con el yorishiro de la diosa entre las manos. Era muy parecido al oso del rabanal. Me separé de los otros dos para acercarme y constatar que llevaba también la muesca en la cabeza como mi mesosiderita. La vida era todavía más extraña que nuestras adoradas enanas marrones. Ya me ocupaba de ellas por entonces. Pretendía ver el yorishiro de Benzaiten desde otro ángulo para revisarle bien las patas,

esas que más bien parecen muñones, cuando Manami me tapó lo ojos para anunciarme su llegada. Estaba pletórica. Al abrazarla pude sentir su alegría palpitándole en el pecho al ritmo de la misión cumplida. Los meses de preparación rendían frutos. Algo en ese sentido le decía cuando se fijó en la peculiar forma del yorishiro sagrado que el encargado sostenía todavía para enseñarlo a los piadosos. Nada comentó porque las miradas se dijeron todo al reunirse y lo demás sobraba. Fue Jo quien trajo a colación el hecho luego de llevar a su compañero con los demás invidentes para una última intervención en las ceremonias. "Todos en el monasterio quedaron petrificados cuando tu tío les mostró la piedra por primera vez. Era idéntica a ésta de Benzaiten. Faltaban unos años para que yo me uniera a los compañeros", aclaró Jo sin tener necesidad de ello. En eso sonaron quince cuernos soplados por los ciegos a intervalos regulares y los congregados empezaron a desnudarse. Ni Jo ni Manami parecían sorprendidos como yo lo estaba, pues nadie me había advertido lo que ellos ya anticipaban. Al contrario: él se quitó sus ropas de fiesta, ella los cinco uchikis que la cubrían y yo mis trapos de toda la vida. Entonces resonaron los cuernos por segunda vez y los desnudos, la gran mayoría independientemente de la edad o el sexo, corrieron hasta la orilla del lago para lanzarse a las aguas en una ablución ritual. Nos sumamos a los chapoteos ateridos hasta los huesos, pero contentos. El frío nos hizo reír y salpicarnos. Jo lucía guapo a pesar de sus años (no eran tantos, pero entonces me lo parecían) y mi niña era una diosa pálida de senos menudos y sonrisa agigantada. El mentado dolor de cabeza quedaba olvidado en la orilla entre las ropas, junto con las referencias a Rokujo y al homónimo maldito, Kashiwagi, el segundo traidor mayúsculo de la novela después del propio Genji. Salimos del Biwa con el alma limpia, joven y dispuesta. Los quince ciegos se echaron al agua los últimos; Manami, Jo y yo los vimos retozar desde la orilla mientras nos secábamos al viento. Era lindo ver a esos hombres crecidos haciendo olas, chapoteando, riendo, sumergiéndose para emerger en otro punto asustando al colega distraído que no por ciego reaccionaba menos. Terminada la ablución, siguieron adelante los eventos del día, pero ya en un ambiente alejado de la solemnidad inicial. La comida, la bebida, la música y el baile continuaron hasta el día siguiente según la costumbre, pero nosotros cuatro nos dimos por satisfechos antes del anochecer y partimos entre los primeros. La hermandad entre el ciego, Jo y nosotros era para siempre ya. Juntos nos embarcamos acompañados por el koto bien resguardado en su estuche excepcional. Remábamos junto a otras dos embarcaciones que también se retiraban de Chikibu

para alcanzar la orilla norte del Biwa, cuando el ciego pegó la boca a mi oído y susurró un "no bajes la guardia" que de súbito me devolvió la inquietud que creía haber dejado en las aguas. El muy cabrón…

—¡Papá! —reclamó Yumiko fingiendo escandalizarse por la grosería del padre, que no había tocado su pastel después de darle el pellizco inaugural.

—Ya, ya —terció el viejo sin ganas de justificarse con la hija ni de seguir con el postre que tanto le recordaba el feo aliento del amigo. Alejó de sí el plato y propuso rematar la comida con un buen café en lugar del consabido té que ya alistaba la encorvada en la cocina—. Prefiero algo más fuerte para despejarme la cabeza. Son tantas las emociones y tan distintas que me resulta imposible conciliarlas —confesó el doctor en un tono lastimero que chocaba fuertemente con su reciedumbre habitual. Él mismo debió notar el desliz, pues de inmediato corrigió sin que el registro blandengue volviera a presentarse—. Por favor, hija —remarcó señalando vagamente en dirección a la vieja cafetera que atestiguaba la escena desde un rincón medio olvidado—. El chapuzón del Biwa me pasó la factura. Estuve en cama durante dos semanas y media con fiebres intermitentes que no me dejaban en paz. Me acosaban principalmente por las tardes, siempre después de las seis. Lo mismo podía tratarse de dengue o de una improbable mononucleosis infecciosa, así que decidí esperar al desarrollo de nuevos síntomas antes de ponerme en manos de algún especialista de la universidad. Por fortuna, ni el sarpullido ni los sangrados leves por la nariz o las encías llegaron a presentarse, con lo que el dengue quedaba descartado. Tampoco se me inflamaron los ganglios como sucede por lo común tratándose de mononucleosis. En suma, las fiebres me apabullaban en exclusiva con una puntualidad rayana en la burla. Duraban la noche entera distorsionándome los sueños para dejarme exhausto al despuntar el alba. Y adiós fiebres en cuanto amanecía. Como por arte de magia se esfumaban los dolores en rodillas, muñecas y codos. La temperatura bajaba de los cuarenta grados a los treinta y seis y medio de rigor. Todo en cinco o diez minutos. Del infierno a su ausencia en un respiro, Fujiwara. Cuando viene uno del infierno su simple falta es paraíso. El contraste me reanimaba mejor que los estimulantes poderosos de esos tiempos, al grado no sólo de permitirme trabajar sino de convertir el trabajo matutino en un placer equiparable en intensidad a la tortura nocturna. El entusiasmo y la lucidez eran excepcionales, lo que, aunado al hecho de que la universidad se encontraba en periodo vacacional, permitía quedarme en casa aprovechando el impulso creador. El cansancio me echaba el manto

a partir del mediodía y se iba incrementando hasta hacerse insoportable en el crepúsculo, pero nada conseguía hundirme en el sueño reparador. En lugar de ello, las pesadillas tomaban la rienda con un tenor aterrorizante por su sencillez: las reglas no existían. Si en sueños le hincaba el diente a un emparedado, por decir, me quebraba los incisivos por estar el pan tan duro como el plato que lo sostenía. Si el aire entraba por la ventana, nada se movía o al contrario, se balanceaban las cosas pendientes sin que hubiera alguna corriente que justificara el movimiento. ¿Se acuerda del cabello de Manami en el concierto? Algo parecido me sucedía en sueños, pero no era el cabello la única constante rota, sino que su ejemplo aplicaba para lo que fuera. Mi universo onírico cambiaba a capricho las leyes físicas. Lo pesado se aligeraba al ser alzado mientras que el esfuerzo para levantar una servilleta podía hacerme sudar. El muro de concreto resultaba ser muy suave si se le tocaba. Hasta la gravedad era tergiversada. Imagínese lo que era tirar la ceniza de un cigarrillo para ser testigo de cómo ésta se echaba a volar hasta perderse en las alturas o quedarse "tirada" en el techo. Y no era simplemente que las cosas alteraran su naturaleza en la contraria; eso hubiera permitido a la larga la implementación de un sistema, pero la incertidumbre completa que hoy impedía a los líquidos fluir o a las pelotas botar, mudaba de repente haciendo que los líquidos botaran y las pelotas fluyeran. Sin referencias posibles, sin asideros, mis sueños eran locura y ya. Pero hasta esa locura podía perder sus reglas arbitrarias para volverse normalidad si se le pegaba la gana. Nada era predecible; nada se comportaba como debía. Ni los objetos ni los hombres. Los códigos eran inútiles. Si me acercaba a un tendero en la pesadilla para comprarle dos tornillos o un bote de crema, el hombre me entregaba una botella de aguarrás. Nada impedía que al presentarme cortésmente el otro quedara ofendido o que al regalar una gargantilla la dama me agrediera sin sentir halago. Me volvía loco por las noches al grado de temerle al sueño. Dormir era temer porque cualquier barbaridad podía sucederme en ese territorio sin leyes. Qué pesar. Supe en esos días lo que era el verdadero terror a la locura, a la pérdida definitiva de cualquier referencia. A veces creía morir, como sucedió una noche en que la sed me doblaba y el agua en lugar de calmarla la duplicaba hiciera lo que hiciera. Trago a trago. ¿Y dígame usted cómo puede uno vivir si el beber deshidrata y el pensar idiotiza, por poner el primer ejemplo que me viene a la cabeza? ¿Cómo quitarse la sed si no es bebiendo? Pues vaya y averígüelo si puede, porque yo no pude hacerlo. La noche completa me la pasaba muriendo por una sed inextinguible mientras el agua corría a mis pies. Es un decir,

le insisto. Las situaciones en las pesadillas eran muchos peores, más crueles, más agobiantes. No había razón que las metiera en cintura ni cansancio que las convenciera. Eso no era vivir ni dormir ni morir ni nada. Fueron las peores semanas de mi vida, superando incluso la iniquidad de los años de guerra. Y las pasé completamente solo, con el teléfono inservible y el timbre mustio. Cuando las cosas volvían a la normalidad por las mañanas la euforia orientaba las baterías al trabajo, como ya le decía. Sabe de lo que hablo al referirme a esos momentos de epifanía. Suelen ocurrir de vez en cuando, una o dos veces en la vida. Si uno sabe cogerlos al vuelo puede tirar la hebra día a día hasta el fin. Ahora imagine que eso le sucede cada mañana. El entusiasmo se redobla, Fujiwara, pero no hay recogimiento que permita buscar todo lo que debe encontrarse en esas epifanías. La locura y su contrario, llámese razón, verdad, cordura, lógica, cabalidad o como quiera, me sometían a un juego perverso del que nacieron todas mis intuiciones importantes, desde las huellas que llevan mi nombre hasta los límites al radio estelar. Seré todo lo inteligente que usted quiera, pero las grandes intuiciones que me hicieron famoso llegaron en ciernes por medio de la enfermedad. Fueron días de soledad muy dolorosa y de grandes alegrías intelectuales. ¿Cómo podía la ciencia nacer de ese amasijo? Sin los números, sin los cálculos, creo que hubiera perdido la razón. Era reparador constatar que las ocurrencias nocturnas se iban sometiendo a los rigores matemáticos. Lo que ayer era un imposible hoy por la mañana ya no lo era porque el número susurraba un "sí" o un "por aquí" y así las cosas se medio equilibraban. Ay, mi querido Kashiwagi: cuando oigo que me dicen genio y todas esas cosas que lo llenan a uno de orgullo, de suficiencia, de vanidad, me refugio en esas dos semanas y media para volver a ser el pobre idiota que no sumaba dos más dos sin morirse de miedo a la locura o de gusto por escapársele apenitas.

—Si en lugar de físico hubieras sido artista te habrías acostumbrado muy pronto a esos delirios, papá.

—Te burlas de mí, tesoro. No sabes de lo que hablas.

—Lo sé.

Hayashi ya no respondió a la hija. En su interior deseó que Fujiwara tomara la palabra, que fuera el joven quien terminara de contar su historia, de vivir lo que le quedara por vivir en esa tarde dispuesta a aflojar sus bríos. La edad se le venía encima bajo la forma de un cansancio existencial más que físico. No era la primera vez, pero sí la más perversa por hallarse frente al discípulo y a la niña. Yumiko reconocía la miseria de su padre sin poder explicársela, en tanto que

Kashiwagi se la explicaba como forma de reconocimiento. Para la hija era el científico al que le faltaba sentido mientras que el colega le achacaba lo mismo al hombre de familia. Ambos lamentaban la pérdida del Hayashi conveniente, el llevadero.

—De la calma chicha a la caída libre del sueño en unos segundos. El vértigo llegaba a ser intolerable. No sé qué me ayudó a resistir, porque en los últimos días ya ni siquiera gozaba plenamente la euforia de los descubrimientos, de los chispazos. El cansancio me lo impedía. Como si la vida fuera uno de mis sueños, dormir no descansaba. Era lo peor. Era cruel. Si despertaba bañado en sudor y a grito pleno por el susto, volvía a lo aterrador en cuanto cerraba los ojos. Retomaba las pesadillas en el punto en que las abandonaba. Y no hallaba el modo de salir de la espiral estremecedora. Llegó un momento en que parte de mí esperaba la caída definitiva mientras la otra seguía hurgando en la gloria, porque cualquiera de las ideas que me venían en la miseria era capaz de llevar a la gloria, a la grande, la que todos ansiamos aunque lo neguemos. Algo relativo al triunfo soñaba yo una madrugada. Lo sospecho porque debatía sobre las hojas de laurel con un desconocido. El desconocido cambiaba cada vez que le ponía los ojos encima. Fiel a mi costumbre, creía enloquecer, pues no había manera de adaptar los argumentos a mi escucha si éste demudaba cada vez que volteaba a verlo. Desperté con un asco existencial que me hizo considerar el suicidio por primera vez en mi vida. Me levanté de la cama con miedo a intentarlo. La idea empezaba a convertirse en un impulso real mientras caminaba por el pasillo hacia el cuarto de baño. Abrí la llave del agua fría y entré en la ducha con la esperanza de que helándome pudiera pensar en otra cosa que no fuera matarme. Funcionó. Salí temblando de la regadera. Se me dificultaba respirar. Quise secarme pero vi que faltaba la toalla. Salí escurriendo del cuarto de baño. Los temblores dominaban a tal grado que a duras penas logré llegar a la butaca individual de la sala. Me senté desolado, apoyando los codos en mis rodillas desnudas. El contacto de la tela con las nalgas brindaba un mínimo alivio, pero no bastaba ni de broma. Quise llorar y no pude. Entonces vi mi propio rastro yendo desde el baño a mi sillón. Las huellas eran, sí, como las de un pájaro extraño. "Convertido en humo me desharé en un cielo incierto…" Los versos de Kashiwagi me sobrevolaban cuando noté que las huellas eran mucho más pequeñas que mis pies. Creí hallarme todavía en un sueño vívido. Lo mismo que el resto de mi vida en aquellos días, las huellas carecían de sentido. Me hinqué en el suelo para verificar mis sospechas y sí: era imposible que mis pies hubieran dejado esas marcas en la duela. Eran

unos ocho centímetros más cortas que mis pies y les faltaban unos tres de anchura para coincidir como debían. Revisé una a una las huellas, a gatas y desnudo, temblando de frío, de desconcierto. Llegué así al cuarto de baño y me detuve frente a la regadera. Me incorporé, mojé los pies en la ducha y salí de nuevo para hacer una prueba. Apoyé el pie en la madera con fuerza excepcional y al retirarlo constaté que mi huella parecía la de una mujer. O la de un niño, si usted quiere, pero en ese momento no tenía dudas: una mujer vivía en mí, caminaba a mis costillas. Me seguía los pasos. "Dejaría de ser Rokujo si te mintiera." Las palabras que el ciego me lanzara entre vaharadas de pastel y cebolla volvían a resonar en alguna parte de las inmediaciones. Y digo que en alguna parte porque no estaba seguro de que la voz existiera fuera de mi cabeza. Maldición, esquizofrenia, usted elija. Ya ni me acordaba del frío inclemente o los temblores. Una gota se formó en mi cabello y fue a caer en el talón de la huella esa, la de la prueba. ¡Plop! —exclamó Hayashi imitando el sonido de una gota al caer—. El sonido de la gota pasó de ser nada a reverberar en mi cabeza, en los azulejos del cuarto de baño o por la sala. ¡Plop! ¡Plop! ¡Plop! Gotas por todas partes. Me tapé los oídos instintivamente. "Por favor", rogué desde lo más hondo de mi alma. "¡Ya!", grité a voz en cuello dirigiéndome a la tal Rokujo sin decirlo, como con miedo de que el Genji me la fuera a endilgar de verdad por la razón que fuera como afirmaba el ciego. ¡Por favor! —exclamó Hayashi en la biblioteca dejando pálida a Yumiko que ya volvía balanceando una taza de café en la mano izquierda y otra en la derecha. Entregó ambas a Kashiwagi y se puso a consolar al padre mientras el otro hallaba en dónde dejar el encargo de la guapa. ¡Plop! Las primeras gotas pasaron desapercibidas entre la alaraca, pero las subsecuentes dejaron pensando a los tres por largo rato.

La lluvia se prolongó un cuarto de hora. Nada de particular tenía un chaparrón inesperado en el verano. Sin embargo, el trío del estudio quedó aturdido y ni el café recién hecho lograba espabilarlos. El paréntesis pudo alargarse mucho más de no ser por la campanilla que Yumiko agitó para llamar a la sirvienta. El retintín los devolvió de golpe a esa tarde con olor a lluvia y a café. La conversación, cortada de tajo por la reacción de Hayashi y por la venida de la lluvia, tardó más de lo habitual en volver a la normalidad. Mientras esto sucedía, Yumiko ayudó a despejar la mesa de trabajo convertida en comedor. Kashiwagi deambulaba frente a los libreros sin llegar a detenerse frente al que en verdad le interesaba. Ambos pecaban de prudentes temiendo que cualquier error pudiera afectar el ánimo de Hayashi.

Ninguno de los dos tuvo hasta esa tarde una noción cabal del pandemonio que habitaba en sus honduras. El célebre, el de la intimidad defendida a uñas y dientes, el admirado por el emperador, el que enorgullecía a Japón lucía drásticamente envejecido. La fragilidad que una voluntad férrea y un amor propio rayano en la desmesura habían ocultado hábilmente durante media vida afloraba en el estudio. Ni la hija ni el asistente podían consolar a ese hombre refractario tan acostumbrado a volar solo en sus alturas. Acaso los astros estaban al nivel de esa inteligencia descomunal que no se soportaba ni a sí misma. Esa era su condena: vivir todos los días en un universo infinito que sólo daba cabida a un puñado miserable como él. Pasara lo que pasara, hiciera lo que hiciera, nunca dejaría de ser un genio desolado.

—No le conté a Manami lo cerca que había estado de perder la cabeza, no por vergüenza, sino por temor a alejarla siendo lo único cercano que tenía en mi vida. El día de las huellas advertí el vacío que había ido acumulando desde niño. Mi yo era un hueco ideal para albergar a nadie. Imagínese, Fujiwara —propuso el físico, hablando con su invitado como si Yumiko no existiera—: treinta y siete años respirando y mi círculo íntimo se limitaba a una niña de veinte y a dos monjes. Mis colegas de la universidad estaban cortados con la misma tijera que yo. Nunca me interesaron como personas ni yo a ellos. Íbamos por ahí mirando al cielo o al suelo sin tener idea de lo que teníamos enfrente. Pelmazos. Las cosas no podían seguir así. Jamás me consideré un temperamento suicida, pero aquel día en el cuarto de baño tuve la certeza de que en eso me convertiría si seguía ahí tirado viendo una huella ajena en donde debería estar la propia. Si algo me seguía como sugería el ciego, o si me habitaba como sugerían las huellas, era hora de hacer las paces. Me disculpé en voz alta con quienquiera que esa cosa fuera por cualquier falta cometida, si la había. Rokujo. El frío intenso regresó apabullando. Recordará que estaba en el suelo mojado y sin toalla a la mano. Se me ocurrió volver a la ducha para recuperarme bajo el agua caliente. Lo hice. Funcionó. Ya sin tembladeras fui al armario de la ropa blanca en busca de la toalla. Estaba encima de la caja del yorishiro y se sentía cálida al tacto como si la acabaran de planchar. Observé mi rastro con un nudo en la garganta. Respiré aliviado al constatar que las huellas coincidían con la forma de mis pies. No sé por qué arrojé la toalla lo más lejos posible para luego meterme a la recámara. Las sábanas revueltas eran tan suaves… Dormí sin sueños veintitrés horas seguidas, las más gratas de mi vida. Eran las seis de la tarde al despertar. Dieron las siete y las ocho y la fiebre recurrente ya no

volvió. Nunca he vuelto a enfebrecer, por cierto. Pregunte a mi Yumiko si no cree.

—Lo que me cuenta suena más a rito de paso que a una enfermedad común.

—Más obviedades —lamentó para sí Hayashi con un tono desdeñoso que esta vez molestó hondamente al invitado sin que se permitiera externarlo. Nunca lo haría un bien nacido como él—. Algo parecido comentó Manami al día siguiente, pero teñido con ese sonsonete irritante de los reclamos femeninos. Me había estado buscando todo el tiempo que duró mi delirio sin lograr que le abriera la puerta o que le contestara el teléfono. Consideró llamar a la policía, pero al fin prefirió desechar la idea, pues desde la acera vio una tarde que la luz de mi recámara se encendía. Asumió que no deseaba verla y ella no era de las que ruegan a un idiota que se pone difícil. ¿Qué otra cosa podía interpretar si tampoco le contestaba el teléfono? Desde mi lado de la barda las cosas eran diferentes. Yo nunca escuché ningún timbre, ni el de la puerta ni el del teléfono. Las ocasiones en que había intentado comunicarme con Manami me encontraba con que el aparato estaba muerto y luego de unos días dejé de intentarlo. El caso es que la algarabía por mi recuperación chocaba con un resentimiento que le costaba trabajo superar. El rechazo la vencía y de eso me acusaba sin dejarse convencer de lo contrario por mucho que insistí. Sabía que la universidad prestaba a la compañía un salón de prácticas bastante amplio que el grupo utilizaba aún en los periodos vacacionales y allí fui a buscarla para darle explicaciones por segunda vez. Salió del aula acompañada por otras dos. Al notar que la esperaba me dio la espalda y se alejó en la dirección contraria dejando a las amigas tan sorprendidas como a mí. "¡Cásate conmigo!", grité al ver que aceleraba la marcha. No sé por qué lo hice. Por supuesto que la amaba, pero no era mi intención hablar de casorios. Las amigas aguardaban la respuesta de Manami felices por la suerte de estar ahí. Se negó. Esas no eran formas ni para pedir un lápiz prestado, ya no digamos matrimonio. Siguió su retirada sin que yo hiciera por perseguirla. Una de las amigas me despidió con una risita burlona que caló hondo, más que la negativa en sí, pues ésta se justificaba de sobra. Es curioso, pero ni mi desatino ni el rechazo subsecuente lograron echarme a perder la euforia producto de mi recuperación. La lucidez de las mañanas estaba intacta y no es uno quién para dejar pasar de largo ideas prometedoras cual si abundaran. Diluí el rechazo aquel con horas de reflexión y cálculos. En esas estaba cuando escuché que alguien llamaba a mi puerta. Era ella. Dijo que sí a manera

de saludo y yo me alegré a manera de respuesta. “Si faltas desafino”, argumentó. En un mes conseguimos la anuencia de su familia (a mí no me quedaba nadie), los permisos indispensables y la bendición de Jo y el ciego. Fueron ellos los que me recordaron la pertinencia de hallar el sitio ideal para la hokora de mi yorishiro. Qué mejor momento para hacerlo. Recordé el paseo por los terrenos recién fraccionados, pero ni mi sueldo ni mis ahorros alcanzaban para soñar en adquirir uno en ese barrio. Mi única opción por el momento era resignarme o esperar un golpe de suerte. Llegaron tres. Al inicio del ciclo escolar, las autoridades de la universidad me comunicaron que era yo candidato a obtener un crédito blando especial para facultativos. No me lo esperaba. Tampoco me esperaba que, al enterarse de que su niña se le casaba, el padre de Manami decidiera regalarnos una cantidad suficiente como para cerrar la compra del terreno y empezar a construir. Ya sabe: era uno de esos hombres que parecen no tener gran cosa para luego dar la sorpresa poniendo a todos boquiabiertos. A los cinco días recibí una carta que llevaba por remitente la dirección conocida del escritorio público más cercano al rabanal. Los arrendatarios de los terrenos me hacían una oferta bastante buena por la propiedad. No crea que los labrantíos esos valían una fortuna, pero el dinero se sumaba a los demás golpes de suerte abriendo posibilidades que unos días antes eran puro ensueño. La vida era propicia. Yo sentía que mi carrera apuntaba muy alto luego de tres publicaciones derivadas de las epifanías matutinas. La comunidad astronómica fue generosa conmigo. Tres equipos de colegios amigos y uno de nuestra universidad anunciaron su intención de continuar las investigaciones que había iniciado y eso me tenía feliz. Para colmo de bienes, resultó que el terreno ubicado entre la peña, el árbol partido y el estanque reseco era precisamente el que mejor se adaptaba a la descripción del viejo censo de capillas. Jo y el ciego lo constataron personalmente, aunque este último expresó ciertas reservas por carecer del consejo de la cabra que no lo acompañaba ese día. En sustitución de la compañera, el vidente llevaba consigo a mi yorishiro. Lo había sacado de su caja con una devoción que enternecía. Aunque pesaba muchísimo, el ciego llevaba el meteorito de aquí para allá sin dificultad aparente. Murmuraba, olisqueaba, aguzaba el oído ladeando la cabeza, se escupía en las manos para luego embarrarse la saliva en los ojos. Golpeaba el yorishiro dos veces ahora con un pulgar, otras dos con el otro. Esperaba. Repetía. Esperaba. Insistía. Era un espectáculo seguir al ciego por ese terreno todavía agreste bufando o maldiciendo o recitando, porque ni Jo ni Manami ni yo estábamos seguros de qué era aquello en que se

ocupaba nuestro amigo. "¡Chushiro!", gritó el ciego sin que nadie lo esperara, señalando nerviosamente un punto del terreno con la mano izquierda mientras con la otra cargaba al yorishiro. "¿Hay ahí una piedra?" Las había por todas partes, así que no me extrañó la coincidencia. "Dime si debajo hay un hormiguero." Levanté la piedra señalada, algo mayor que un ladrillo común, y ahí estaba la entrada a un hormiguero con algunas de sus guardianas muy nerviosas por su secreto descubierto. A esas alturas de la amistad ya no nos sorprendían tanto los prodigios del amigo, por lo que esperamos tranquilos a que el hombre nos diera su conclusión. "Es aquí. Siéntelo", dijo el ciego acercándome el yorishiro a las rodillas. Lo toqué sin sentir absolutamente nada. "¿Y bien?", cuestionó mi amigo impaciente. Mi primer impulso fue mentirle pero luego decidí en contrario por la mera pereza de inventar una respuesta. "No sentí absolutamente nada." "¡Perfecto!", celebró el ciego antes de pedirme que volviera a poner la piedra como estaba. Se pegó el yorishiro al pecho y me pidió que lo llevara hasta su caja. "Sólo un detalle: que la hokora se construya antes que la casa." Y así lo hicimos. Eran los años de los grandes descubrimientos para Chushiro Hayashi, en lo profesional, en lo personal, en lo espiritual.

El físico suspiró dando por acabada su intervención. Yumiko y Kashiwagi rumiaban en silencio ideas descabelladas cuando Hayashi dejó sobre la mesa su taza vacía y fue a rebuscar algo en el extremo opuesto de la biblioteca. Regresó muy animado mostrando por lo alto un viejo vinilo de Louis Armstrong. Lo sacó de la funda, se acercó a una ventana para revisarlo bajo la luz natural y luego lo puso en una tornamesa que Kashiwagi no había notado hasta entonces. Subió el volumen y las primeras notas de *When You're Smiling* invadieron con su languidez la biblioteca-estudio-observatorio. La voz de Satchmo borró de golpe cualquier sensación antecedente sustituyéndola con esa franqueza sensual, primitiva, áspera y rica. Cada cual se embrujó a su antojo. Cada cual a su manera. Hayashi cerró los ojos, llevó su mano derecha al pecho, extendió el brazo opuesto como si con él sostuviera la mano de una dama y empezó a bailar en las inmediaciones de la tornamesa con la boca entreabierta por el fabuloso placer que la cadencia, la nostalgia, el alcohol y la música le brindaban. Su gracia hacía pensar en el joven de la casa todavía en ciernes, con el amor igualmente en ciernes y el estrellato en marcha. Era fácil imaginarle a Manami enfrente, su mujer, su confidente. También Yumiko pensaba en la mamá bailando jovencita, vencida de amor, con esa falda negra plisada que tantas veces le había descrito su padre. "…*and the Whole*

World Smiles with You", coreó en su momento el apasionado para después girar dos veces con los brazos en alto, cual si llevara a la tigresa en volandas. Kashiwagi se contagió con el fervor y deseó intensamente ser él quien hubiera danzado con Manami en medio de la aventura esa que el maestro le confiaba en ese día atípico. Cerró los ojos igual que Chushiro. Colocó la mano derecha y la otra en una posición idéntica a la de la leyenda y se extravió en las notas inaugurales y cansinas del solo ese formidable, de esa declaración amorosa que el negro primoroso legaba a todos los amantes del mundo, a los protagonistas de todos los romances. El treintañero emocionado se permitió una lagrimita al girar con su mujer de fantasía por segunda vez. Una mano lo detuvo de repente sosteniéndole el brazo que llevaba al aire. Al abrir los ojos se encontró Kashiwagi con un Hayashi de sonrisa luminosa, resplandeciente. Su otra mano asía la de Yumiko. Valiéndose de un gesto muy discreto instó a que el invitado bailara con su niña. Ella rehuía la mirada de Kashiwagi en un acceso de pudor que enamoraba. Y bailaron los cuatro: Manami, su Chushiro, Kashiwagi y Yumiko. Porque los cuatro se pertenecían a pesar de no estar seguros todavía. La que sí estaba segura era la criada que, espiando a través de la ventana, se imaginaba formando la tercera pareja con quien fuera, real o imaginario, vivo o muerto, pero bailando, bailando así hasta que se le fuera la vida. Y bailó sola ahí afuera como si no lo estuviera, porque quien baila nunca está solo. Aunque quiera.

El viejo clásico fue extinguiéndose sin acabar con el deleite de las parejas. La más joven deseaba secretamente que el dueño dejara correr la música sin interrumpir, pero en cuanto sonó el inicio de la segunda pieza del *long play,* Hayashi bajó el volumen dejando que la voz abrasiva de Armstrong se entretuviera por ahí con mucha mayor discreción que antes. Yumiko soltó oportuna la mano que sostenía su diestra. El romántico Kashiwagi mantuvo la postura de baile unos segundos más que su pareja, detalle mínimo que puso contenta a Yumiko sin que se permitiera externarlo. Mejor optó por tocar la campanilla y se dio a alistar las tazas y platos recién utilizados para que la sirvienta pudiera recogerlos sin que la intromisión se prolongara. La encorvada se dio un tiempo para fingir que venía de la cocina. Entró en la biblioteca con el rostro ligeramente encarnado y la respiración inquieta. La soledad del doctor Hayashi la enterneció por su contraste con la plenitud que la pareja joven disimulaba sin engañar a nadie. Su cabello entrecano y abundantísimo lucía desordenado, como si una mujer cariñosa le hubiera pasado los dedos para peinarle el fleco sin mucho éxito que

digamos. No entendía la sirvienta por qué razón el profesor había optado por estar solo tras la muerte de su esposa, veintitrés años antes, cuando ella era, si no una jovencita, sí una mujer en la flor de la edad que ya le atendía las necesidades. Suspiró por lo bajo reprobando el apartamiento sistemático del mundo al que Hayashi había apostado su resto y salió de la biblioteca con los trastes sucios y con ganas de bailar otro rato en la cocina ahora que la señorita Yumiko estaba ocupada con la visita y el señor.

Curiosamente, Hayashi se enredaba en las mismas sogas que su sirvienta. También le dio por repasar la decisión tan cuestionable de aferrarse a su viudez tras la muerte de Manami. Quien quisiera entenderlo tendría que haber vivido a su lado seis años de lujo sensorial, intelectual, artístico y espiritual, porque eso y más había sido su tigresa linda, su tigresa suave, su cachorra brava. Qué carácter. Qué manera de sonreír con la mirada cuando fue a darle el sí hasta la puerta de su apartamento tras negárselo en la universidad. La reacción de contento había sido idéntica en aquella ocasión: sin decir palabra el físico se había puesto a rebuscar entre sus discos hasta encontrar el de Armstrong para bailar entera la cara A del acetato. Bailaron por primera vez en esa tarde de 1957 y acababan de hacerlo la última en el verano de 1985, frente a la hija y el asistente. Las ocurrencias de la vida podían ser tan arbitrarias como las de los hombres. Hayashi era una prueba viviente, algo de lo que ya no podía presumir Manami.

—Nos casamos en el 57 —irrumpió la voz del doctor Hayashi venciendo fácilmente a la de Satchmo—. La ceremonia civil tuvo lugar en una oficina de nuestro bienamado *koseki*, lo que no gustó nada a mi suegro, quien ya soñaba con abrir la cartera de nuevo para demostrar en el festejo que era muchísimo más rico de lo que pensaban quienes creían conocerlo, incluyendo al círculo familiar inmediato. Era un buen hombre de cuna más humilde que la de la esposa y con un corazón mucho mayor. La mujer le superaba en entendederas, en belleza y en abolengo, pero los años de fidelidad, trabajo, generosidad y buen talante terminaron por equilibrar la balanza en su favor. Los allegados le querían genuinamente y yo no fui la excepción. Además de ayudarnos con la compra del terreno, ofreció solventar los gastos de la fiesta que más ilusionaba a su chiquita: una celebración con las tres Compañías del Oso, los monjes y algunos amigos de la universidad, sí, en la isla Chikibu. Jo, siendo el líder de la congregación, cedió gustoso su derecho a oficiar en favor del ciego, quien lo hizo con una solemnidad y un decoro irreprochables, sin echar mano de la cabra o de otras

excentricidades que le habían dado fama de exaltado. Celebramos a lo grande desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, hora en que volvimos a la orilla norte del Biwa para pasar la noche de bodas en un hotelito muy hermoso e íntimo. Desde nuestro balcón se distinguía Chikibu como un espejismo flotante en las aguas argénteas. Así, con la bendición de Benzaiten, empezó nuestra vida de casados. Pero no estábamos solos. Por consejo del ciego, cada vez más cercano a Manami, llevamos el yorishiro con nosotros a la isla y luego a la recámara. Estaba detrás de una enorme canasta de frutas enviada por el hotel y nos espiaba entre el morado de las uvas, el amarillo de los plátanos y el rojo de algunas manzanas desperdigadas por el arreglo.

—Faltaban las cerezas —deslizó inesperadamente Yumiko dando qué pensar a los dos varones que la acompañaban.

—Un apunte de lo más sugerente, amor. Si te refieres a las de Yamagata, ni tu madre ni yo las conocíamos. La guerra nos había legado un resquemor a los lujos, así que ni conociéndolas nos las hubiéramos permitido. Dada la repentina generosidad de mi suegro, exageramos al tratar con él de mis ingresos para que no fuera a gastar más de lo que tenía tratando de completarlos. Le ocultamos que apenas nos alcanzaba para la renta de mi departamento y para ir construyendo lo básico, que en nuestro caso incluía la famosa hokora. Estaba lista para ser habitada por su kami incluso antes de cercar la propiedad, de conformidad con las instrucciones del ciego. Al día siguiente iríamos Manami y yo a ponerle dentro al yorishiro y a la deidad que lo habitaba. Asumíamos que tratábamos con Benzaiten por obvias razones, pero no se nos escapaba la posibilidad de que un kami distinto, del aire muy probablemente, fuera el huésped de la piedra. U otra cosa, como había sugerido el ciego aludiendo a Rokujo. Manami y yo eludimos convenientemente esta opción a pesar de que el nombre de la vengativa y el suyo, Kashiwagi, nos revoloteaban por la cabeza. Aceptemos que es el onryo de Rokujo el culpable de los males de la Tercera Princesa y que también puede ser ella quien le esté sorbiendo la vida al Kashiwagi original. ¿Cuáles podrían ser sus motivos? Ese tipo de cosas nos preguntábamos Manami y yo en conversaciones previas a la boda al tratar de su pasión por el Genji, cuyas líneas generales iba conociendo aún sin haberlo leído por las constantes referencias al texto que exigía el trabajo de mi esposa como historiadora de la música y ejecutante de instrumentos antiguos (el koto de 13 cuerdas era su favorito, pero las flautas de época no se le daban nada mal). El ataque a la Tercera Princesa se justificaba por los celos. El caso de su famoso homónimo no

quedaba tan claro. Kashiwagi es el hijo mayor del Fujiwara más importante en la novela, casi un hermano para el príncipe resplandeciente. La traición de Kashiwagi al violar a su esposa era el único motivo, según nosotros, para que Rokujo, la antigua amante despechada, regresara a vengar a su Genji, el afrentado. Mencionaba que ni mi esposa ni yo teníamos muchas ganas de pensar en Kashiwagi. Tome en cuenta que el ciego también había deslizado el nombre relacionándolo con un inexistente hijo mío y el detalle incomodaba. Las rarezas del ciego iban cobrando importancia para nosotros, pero no por ello nos quedaban más claras sus referencias arbitrarias al traidor Kashiwagi y a mi eventual paternidad de alguien semejante, que por extensión lógica vendría a ser hijo de Manami. No creo que tenga idea de las telarañas que tejíamos entre mi esposa y yo haciendo un esfuerzo por darle sentido a lo que no lo tenía a primera vista. Sin que nos percatáramos, ese tipo de especulaciones se habían ido convirtiendo en una afición compartida que rivalizaba con temas más lógicos, como mi trabajo o el de Manami.

—Ya que lo mencionas, sí da qué pensar el enamoramiento entre un astrofísico y una mujer dedicada a la música antigua. No parece lo más congruente, aunque estaremos de acuerdo en que la congruencia está lejos de ser el hilo conductor de tu historia, papá.

—El amor nunca tiene sentido. Tratando de dárselo echamos mano de la belleza como causa eficiente y quedamos felices con la ocurrencia, pero en el fondo todos sabemos que ni lo bello ni lo bueno ni lo cierto justifican el capricho de las relaciones —respondió el papá dando la impresión de tener muy claras las ideas en este sentido—. Ahora bien, no pienso que la nuestra haya sido especialmente difícil. La música, la historia y la ciencia guardan finos elementos en común que la gente suele pasar por alto. Quien investiga algo tan abstracto como el impacto del sonido armónico en un pasado específico no está lejos de entender nuestra conversación solitaria con el cosmos. En los dos casos enfrentamos silencios abrumadores: el del pasado y el de la infinitud. Ninguno quiere hablar espontáneamente y debemos ir hallándoles el modo. Hay quien lo intenta inútilmente toda la vida y hay quien lo logra a la primera sin saber ni cómo. Esa es la regla: en ninguna de nuestras disciplinas hay reglas; las imaginamos para tener referentes de la inmensidad y hasta creamos realidades en torno a ellas, pero tarde o temprano debemos desmontar nuestro entramado adaptándolo a nuevas perspectivas. A nuevas realidades, incluso. Tendrá usted la suerte, Kashiwagi, si el destino le reserva una vida larga, de atestiguar cómo

nuestros colegas desmontan la realidad que hemos armado entre todos hasta ahora. Lo hizo Pitágoras, lo hizo Demócrito, lo hizo Euclides… Laplace, Lavoisier, Bohr, Einstein… hasta yo he puesto lo mío en la constante deconstrucción-reconstrucción que gobierna los ciclos del conocimiento. Es la naturaleza íntima del devenir. Del cambio. Y ese no cambia. Es tan necio…

—Como yo —se adelantó Kashiwagi anticipando una variante más de la misma broma.

—…como la historia —modificó hábilmente Hayashi sobre la marcha sin conceder que el asistente le había adivinado la intención—. Pero volvamos al cauce, que me pierdo en estas cosas. A Manami le apasionaban los astros y a mí la música. Ella había optado por navegar el tiempo mientras yo deambulaba en el espacio. Ninguna de las variables existía sin la otra. Éramos una suerte de física tradicional muy bien acoplada a nuestros tiempos. Funcionábamos.

—Pero la física tradicional…

—Lo sabemos todos en esta habitación: esa ya no constituye una aspiración universal y al dejar de serlo se ha convertido en herramienta. Y no nos preocupemos, que algún genio miserable destruirá a la física cuántica para convertirla en algo iluminador a su manera, en su tiempo y espacio particulares. Ay, Fujiwara: el mundo es un juego de luces y de sombras. Igual que Manami y yo. A veces ella iluminaba lo que yo ensombrecía y otras al revés. La interacción entre nosotros era sencilla, llevadera, natural, pero no exclusiva. Entre ella y yo, a nuestra izquierda o a nuestra derecha, por encima de las cabezas o debajo de los pies, entreveíamos el tercer vértice del triángulo: el yorishiro. Ese asunto nos modificaba lo demás; metía miedo en la confianza porque incidía en nosotros sin que sospecháramos cómo. Ni su historia ni mi ciencia se daban abasto, aunque entre las dos trataban de atajar su natural evasivo, subterráneo. Desde que lo pusimos en su nueva hokora al día siguiente de la boda, supimos que nunca estaríamos verdaderamente solos. Nos sentamos frente a la capilla conversando por horas igual que lo hicimos usted y yo esta mañana. También era verano, pero aquel calor resultaba indignante. De no ser por la sombrilla que Manami llevaba a todas partes para cuidarse el cutis, el sol nos habría largado en minutos. Recuerdo que hablábamos en voz muy baja. Lo hice notar y ella se quedó pensativa un rato. "¿Existiríamos sin él?", preguntó al cabo. "Acaso en un barrio distinto", respondí medio en broma, pero al reflexionar me percaté de que mi visión del mundo había cambiado diametralmente desde la primera ráfaga inexplicable, aquella de mi

cumpleaños. El regalo de mi tío, su hallazgo, nos tenía en donde estábamos quince años después de su llegada. De hecho, pasábamos el primer día de nuestra luna de miel sentados en el suelo frente al yorishiro, discutiéndolo, pensándolo. Era un centro de gravedad innegable. Nuestro vínculo era lo que era gracias en parte al meteorito, pues lo sucedido en la primera visita de Manami a mi departamento había fraguado una confianza impensable antes del prodigio. Dele las vueltas que quiera, Fujiwara, pero éramos los que éramos por una piedra. Lo somos hasta hoy incluyendo a la que falta, a la que faltaba por entonces ser nonata y al recién llegado que nos deleita con su visita. Lo mejor de mi biblioteca tan querida, el mundo de Genji, los miedos a Rokujo, a los ikiryos o a los onryos, el jardín estacional, la colección invaluable de instrumentos antiguos que legó la tigresa a Yumiko, las revelaciones entresacadas a las fiebres recurrentes, los cabellos en volandas, los monjes, la literatura antigua, las huellas imposibles, el amor… nada sería sin la ocurrencia repentina del viejo rabanero que, aburrido de sus rábanos, pensó en dar una oportunidad a las yucas. Nos puso aquí siendo quienes somos a cambio de su yunta. Por eso guardo la vertedera estropeada todavía. Está en el fondo de la hokora, tras el pedestal de madera que Jo le talló al yorishiro para ganarnos su voluntad. A diferencia de nosotros con la ciencia de nuestro lado, él sabe lo que hace.

—¿Qué respondió a Manami?

—Que no. No seríamos lo que somos sin la piedra; sin el poder que le atribuimos.

—¿Existe? —cuestionó Kashiwagi.

—En cuanto lo atribuimos, existe. Parece usted biólogo y no físico.

—¡Papá! —reclamó Yumiko en defensa del invitado, quien estaba acostumbrado a los desplantes medio insolentes del viejo investigador, mismos que a la hija le resultaban extraños. También lo era esa confianza repentina al ventilar temas íntimos que, hasta donde recordaba, jamás habían sido tratados con alguien que no fuera ella, la compañera de facto para el brillante Hayashi, su sostén. El instinto le decía que se quedara por ahí para mediar entre su padre y la visita mientras que el más elemental decoro exigía dejar solos a los hombres para permitir que su conversación fluyera libremente. Incapaz de decidir, optó por una solución intermedia poniéndose a reacomodar algunos libros y adornos de un librero distante. Al seguirla con la mirada notó Kashiwagi que Yumiko ya no vestía el kimono blanco informal con que lo recibiera por la mañana, sino una blusa blanca de los más normal combinada con una

falda negra, plisada, que bajaba de la rodilla y era idéntica a la que usaba la misteriosa mujer de la jarra y los vasos aparecida por el jardín estacional unas horas antes. ¿Cómo era posible que no hubiera notado la muda de ropa hasta entonces? La bagatela lo incomodó profundamente sin que pudiera hacer o decir nada para evitar el desagrado. Las inconsistencias a su alrededor, por llamarlas de algún modo, le recordaron el tono de las pesadillas que Hayashi refiriera poco antes al hablar de las fiebres. La cadera de Yumiko pendía de la cintura como una gota que crece al máximo poco antes de caer. Y ya que pensaba en caídas, se entregó a imaginar la de esa falda hasta que Hayashi lo sacó del ensueño retomando la historia interrumpida.

—Usted es soltero y cree que la vida de casado es un poco la misma de antes pero acompañado. Ya le vendrá el desengaño. No lo digo porque me haya ido mal con mi señora, qué va, sino porque las cosas casi nunca se parecen a lo que deben ser, a lo que anticipamos. Por ejemplo, nunca imaginé el entusiasmo que mis investigaciones despertarían en Manami. Su capacidad de abstracción era mayor a la del común. Una vez que pescaba el hilo conductor de mis ideas, podía jugar con ellas noches enteras. La ligereza con que abordaba los temas más complejos terminaba siempre por hallar complejidades que a veces ni yo había imaginado. Lo curioso es que sus hallazgos rara vez provenían del debate o del refinamiento de una idea genérica en sentido tradicional. No, no. A ella lo convencional la lastimaba. Una vez que los ojos se le entrecerraban mirándome de soslayo, quedaba yo seguro de que la velada prometía. Calladita se levantaba para ir a buscar su koto favorito, el del estuche deslumbrante que llevamos a Chikibu para la celebración de Benzaiten. Se sentaba con él sobre un bellísimo tapete de seda verde tejido a mano y en el piso, junto a esta mesa de trabajo, se entregaba a sus exploraciones con la guía del koto. Piense de mí lo que quiera, pero transcurridos algunos minutos el instrumento empezaba a hablarme, a sugerir. Tal o cual nota me hacía pensar en el efecto giratorio de una partícula, por decir, y así nos adentrábamos en el tema, por espinoso que fuera. Ella con el koto y yo con el papel y el lápiz bien dispuestos. A veces no llegábamos a nada en el primer intento. Lo sabíamos sin hablar, por un instinto que se iba desarrollando entre las matemáticas y su alucinación descocada, la música. Entonces Manami alteraba la afinación tradicional del koto en una nueva escala que variaba las coloraturas e intensidades de mis ideas. Ella sostenía lo contrario: que mis cálculos iban afectando la calidad y naturaleza de sus armonías hasta obligarla a afinar distinto o a intentar por otro lado, con otra variante,

con ésta y no con aquella cuerda. El sistema no era infalible, pero cuando funcionaba nada que yo conozca se le parecía. El roce del lápiz contra las hojas era una delicia si alternaba con la magia de ese koto viejo. Ni idea teníamos del desenlace que nos esperaba en una, dos o cinco horas. A veces ella se marchaba sin que yo me diera cuenta dejándome ahí enfrascado; otras era yo el que terminaba primero. Guardaba mis cálculos en una carpeta forrada en seda verde idéntica a la de su tapete y con todo cuidado me retiraba en silencio para no inmiscuirme en el universo de su música. Las estrellas y lo más puro del alma humana se daban la mano. Bailaban como los cuatro bailamos hace rato. Sucedió en el departamento en que vivimos cuando íbamos construyendo este vergel; luego entre vigas, clavos y polvo mientras duraba la edificación y finalmente aquí mismo, en esta mesa, mientras ella tocaba en el piso. El tapete ya no está. Se fue con ella. Lo usaba incluso estando en el jardín cuando nos sentábamos sobre el pasto frente a la hokora. No tocaba si éste no la aislaba del suelo. Ya sabe: era una de esas mañas que uno va vistiendo de costumbre. Todos las tenemos. Una vez me confió que sin el tapete el koto le daba miedo. Era como si el instrumento entrara en contacto con fuerzas telúricas impredecibles quedando ella en medio de una relación contradictoria entre el planeta y la cosa esa. Con la alfombrilla de por medio se facilitaba la relación con los espíritus del aire, los luminosos, los de la creación. Le insisto en que estas cosas eran ideas suyas y nada tenían que ver con las tendencias mágico-religiosas que inevitablemente iban surgiendo de las actividades e investigaciones de la Compañía. O eso quería hacerme creer mi tigresa por pudor intelectual. Algo así le discutía yo en una ocasión mientras trabajábamos de rodillas plantando lavandas en el caminillo que atraviesa el jardín veraniego. Ella se ofendió por algún exceso mío y fue a la casa, regresando al cabo de unos minutos con el koto a cuestas. Estaba tan enojada que se negó a que la ayudara cargándoselo. Se tendió en el pasto frente a la capilla y empezó a tocar con un estilo distinto al habitual. Le quedaba tierra en las manos por no habérselas lavado luego de manipular las plantas, detalle peculiar por ser Manami obsesiva con la limpieza a la hora de manipular su tesoro favorito. Yo tenía en las manos una de las plántulas de lavanda que sembrábamos esa mañana. Todavía no le sacaba las raíces de la bolsita negra cuando sentí que las hojas de la planta me rozaban las muñecas. Al mirar, noté que la lavanda se moría inexplicablemente. El tallo firme que antes sostuviera al resto de la planta se doblegaba sin aguantar el peso mientras las puntas de algunas hojas se marchitaban frente a mis ojos. El rápido marchitamiento de mi

pobre lavanda recordaba esas secuencias de los documentales naturalistas en que la cámara rápida acelera el paso de las estaciones. La impresión me hizo soltar la planta moribunda. Entonces vi que lo mismo le pasaba a las flores que habíamos colocado el día anterior en los flancos de la puerta. Languidecían frente a mis ojos como si estuvieran hechas de cera y el calor las derritiera. Antes de seguir le comento que nada directamente atribuible al yorishiro había ocurrido desde que lo colocamos en la capilla al día siguiente de la boda. Al contrario más bien. Una tensión creciente solía invadirnos cuando el meteorito salía a cuento, pero ésta se había esfumado desde que estaba guardado en la hokora. Tras dos años de matrimonio, las extrañezas de la piedra quedaban, si no olvidadas, sí en el cajón de unos recuerdos cada vez más diluidos en el presente. Y ahora las extrañezas se multiplicaban conforme las oscuras notas del koto vibraban en el aire. Siete mariposas azules salieron de la nada y se pusieron a aletear a nuestro alrededor. Una de ellas fue a posarse en la cadera de Manami que, recostada en paralelo al instrumento, se concentraba intensamente en las cuerdas sin prestar atención a lo demás. Murmuraba. Trataba de encontrarle sentido a los murmullos cuando se soltó una ventisca aún más poderosa e inquietante que la de mi cumpleaños o la otra que nos azotó cuando recogíamos los cimientos de la capilla en el rabanal al término de la guerra. El aire azotó a las mariposas contra la puerta de la hokora y éstas cayeron como si fueran las hojas de un castaño azul que se precipitan en el otoño. Seis de ellas quedaron en el suelo envidiando la suerte de la séptima que seguía quieta en la cadera generosa de mi señora. "Quiero un hijo", soltó de repente Manami provocando la huida de la última azul con la interrupción súbita de la música. Se incorporó, tomó su koto y se fue dejándome solo. En mi cabeza revoloteaba la palabra Kashiwagi como si fuera una de las mariposas azules. Me quedé ahí sentado viendo las plantas marchitas hasta el anochecer. Pobrecitas —agregó Hayashi con la mirada gacha. Unos segundos más tarde, pidió a Yumiko que los dejara solos. Ella obedeció de buen talante y mala gana.

—A mí lo de la paternidad me sacaba ronchas. Ni de chiquillo me hacía gracia si alguien mencionaba el consabido "cuando tengas hijos" aludiendo a un futuro esperanzador. Mi idea de la libertad física e intelectual pasaba por una soledad indispensable. Usted sabe de lo que hablo cuando menciono esos instantes de absoluto recogimiento que los astrónomos solemos vivir en las madrugadas si nos toca velar en un observatorio. El silencio es más tibio que el cobijo allá en las cimas solitarias, con la jarra de café perfumando el ambiente. Si el clima es

idóneo, uno siente que el cielo da la bienvenida en cuanto se le echa el primer vistazo. Nueve de cada diez noches las pasa uno solo para ahorrar recursos y el universo entero nos pertenece. Se toman algunas notas, se come un bocadillo, se olvida uno del mundo y vuela. Yo volaba, no sé usted. Tanto me gustaban esos momentos de intenso aislamiento que quise reproducirlos en mi casa mandando a construir este domo e instalando el mejor telescopio que pude comprar. Era una forma de enraizar esa soledad en casa, de llevarla a cuestas para regodearme en ella a placer. Conforme Manami fue permeando los aspectos esenciales de mi vida, noté que ni ella ni su koto fastidiaban los momentos estos que buscaba, pero una criatura era distinta. La imaginaba corriendo por el jardín con primos o amiguitos, tirando por ahí las envolturas de los dulces o jugando con mis cosas por mucho que yo se lo prohibiera. ¿Ha visto alguna vez lo que pueden hacer unas manitas sin lavar a la delicada óptica de nuestros aparatos? Tácheme de neurótico si quiere, pero todo ese mundo de recogimiento intelectual y espiritual se veía amenazado por la sencilla y consabida fórmula de "quiero un hijo". Así como así y ya. Tuve suerte de que me lanzara la bomba y se fuera para darme tiempo a implementar una respuesta conveniente. Las plantitas resecas de la hokora me daban miedo por obvias razones, y porque de una u otra manera representaban mi temor. Algo me decía que un hijo podía desecarme. Lo imaginé cruzando los campos entre Tokio y Kioto en medio de una guerra atroz y me eché a llorar. Pensar en su hambre, en su sed, era más tortura que haberlas padecido. Después lo imaginé sometido de por vida a las reglas no siempre gratas impuestas por el estado, o por la familia, o por la mujer, o por el trabajo o por los tiempos que corrían. Los argumentos en contra de tener una criatura se apilaban a mi alrededor. Por otra parte, la situación económica era buena y eso favorecía la propuesta de Manami, pues la universidad era generosa con sus facultativos de mayor antigüedad y yo ya tenía mis años trabajando para ellos. Los recursos privados comenzaban a fluir costeando investigaciones especiales, lo que resultaba en otra fuente de financiamiento, eventual, sí, pero nada despreciable. Tampoco lo era el ingreso que Manami recibía en supuesto secreto de su padre y las cuotas que la Compañía repartía puntualmente entre sus miembros luego de algún ciclo de conciertos exitoso y bien remunerado. Además, si los planes se concretaban, Manami y las otras dos intérpretes de koto que habían tocado con ella en Chikibu grabarían dos discos por lo menos, gracias al interés de un sello fonográfico emergente. De acuerdo, los ingresos no eran obstáculo para tener un bebé, pero ¿qué decir de las

grabaciones, las probables giras, mis ciclos de conferencias o las estancias académicas en universidades amigas, por ejemplo? No me engañaba, Kashiwagi: sabía que en el fondo de mis reservas estaba el miedo al compromiso, pero no ganaba nada con saberlo. Me quedé en el jardín un rato más con la vista fija en una de las mariposas azotadas. Bien podría ser yo en unos años. O ella. O el eventual Kashiwagi que el ciego presagiaba cada que se le daba la gana dejándonos una sensación de incomodidad muy particular. Si le reclamábamos, se escurría en evasivas dejando la cuestión abierta. Es un hombre sesgo que oculta su torcedura tras la ceguera. Yo prefiero a Jo, pero Manami adoraba al ciego. A veces sospecho que la conocía mejor que yo y me entran celos aun teniendo la edad que tengo y estando ella tan muerta como el Japón de mi infancia.

—Ni por viejo ni por viudo se deja de ser hombre, sensei. Ahora que lo menciona, cada vez que trae a cuento la obsesión del ciego con mi nombre me entra una angustia equivalente a la incomodidad que describe. Intuyo que mi presencia hoy aquí tiene que ver con ello y no sé qué concluir de lo que me ha confiado.

—Estoy cerca de llegar a ese punto. Su intuición apunta en la dirección correcta —afirmó Hayashi buscando con la mirada algo que no llegó a encontrar—. Manami esperaba mi reacción en la veranda. Su silueta destacaba en la oscuridad como el roble que se anuncia al pasante en una noche clara.

—Juega conmigo, maestro.

—Yo no sé jugar. Lo olvidé después de la guerra. Le digo que me esperaba a oscuras en la terraza. Sus ojos rutilaban al colarse la luz de la luna entre el follaje. Como estrellas. Manami era una estrella —embelleció el viejo cayendo en una trampa emocional que lo obligó a hacer pausa durante unos instantes.

—Su mundo está lleno de estrellas. Es destino.

Hayashi agradeció con una sonrisa, intentó acomodarse el fleco, falló en la intentona y siguió con el cuento de la vida.

—Me senté a su lado y comencé a enredarme con las negativas. Sé que parece mentira, pero nunca antes se nos había ocurrido hablar de algo tan trascendente y obvio tratándose de una pareja. Los ojos dejaron de brillarle conforme iba ensartando argumentos débiles. El silencio que me oponía iba engulléndome como arena movediza y yo haciendo por escaparme. No había manera. Eso de argumentar solo cansa a cualquiera y me cansé de escucharme. Fui a la recámara esperando que tardara un poco en alcanzarme para así tratar de reorganizar mis ideas. Tan pobres ellas, por cierto. Pero no llegó. Me dormí sin darme cuenta. Al despertar

de madrugada y echar el brazo a mi izquierda noté que seguía solo. Eran las cuatro de la mañana. Manami jamás andaba por ahí a esas horas. Salí de la cama, me puse una bata y empecé a buscarla en la terraza, en la cocina, en su estudio y luego aquí en el mío. La noche había refrescado; qué ganas iba yo a tener de meterme al jardín a esa hora. Volví a acostarme y traté de dormir sin conseguirlo. A los diez minutos salí de la cama por segunda vez y me vestí para no helarme. No estaba. La busqué por todas partes. Preocupado, me puse a encender las linternas de piedra para iluminarme en el jardín, pues no tenía lámpara de mano y la luz eléctrica nos parecía lamentable en un jardín tradicional japonés que pretendía emular a los de mil años atrás. Nada. En los terrenos vecinos, aunque vendidos, todavía no construían por lo que me puse a llamarla en medio de la noche sin miedo a molestar. El eco me devolvía respuestas vacías. Inverosímiles. ¿En dónde carajos estaba? ¿Se escondía de mí? Salí a la calle para echar un vistazo. La luz de los postes tristeaba entre brumas y sin ella. Pasé el resto de la noche aquí, tratando de distraerme con el trabajo. Por supuesto que fracasé. Al amanecer recorrí la propiedad sabiendo que no la encontraría y tuve razón. La verdad es que el desencuentro no me parecía tan grave como para que se fuera a medianoche, así que decidí mudar la preocupación en indiferencia para pasar la mañana medianamente. Incluso me convencí de que me importaba un bledo lo que le pasara. Escuincla malcriada. "A otro con sus berrinches", me animaba con una falsía que ni a mí me engañaba. Llegó el mediodía y con él las ganas de llamar a casa de sus amigas del grupo o de ir a buscarla en la universidad. De no hallarla tendría que avisar a sus padres. La perspectiva de agravar la trifulca hogareña me desencajaba, pero permanecer aquí encerrado era peor que avisar a los suyos. El teléfono no servía para esas cosas. Cogía yo monedas de un cenicero para costearme el pasaje a casa de la parentela (el coche se había desconchinflado) cuando sonaron tres golpes en la puerta (recordará que no tenemos ni timbre ni campanilla y eso fue así desde el principio). De milagro escuché el llamado. Al atenderlo quedé estupefacto: era Jo quien la traía a mi puerta cogida del brazo. Manami vestía la misma ropa del día anterior y el monje se cubría con una capa de lana cruda, fea y abrigadora como la de un pastor. El contento, la estupefacción y el rencor se entretejían impidiendo una respuesta coherente de mi parte. La inesperada presencia de Jo me llenaba de vergüenza y confusión. El que Manami lo inmiscuyera en nuestros asuntos íntimos me parecía lamentable, mas no pude ventilar mi enojo como lo hubiera hecho de no acompañarnos el monje. Saludé a Jo ignorando a Manami y ella me

respondió con idéntica grosería metiéndose a la casa sin voltear a verme. Empezaba a sulfurarme cuando Jo me tomó del brazo para conducirme hasta una silla. En el trayecto me tranquilizó afirmando que nada había por lamentar, que todo estaba bien. Eso sí: tenía que hablar conmigo de un asunto delicado. Yo estaba impaciente por ajustarle las cuentas a mi esposa y se me notaba. Lo último que me interesaba en ese momento era sentarme a conversar con una visita, pero fingí disposición por los años de amistad que nos unían. Jo comenzó diciendo que eran cerca de las once de la noche cuando Manami se presentó inesperadamente en el monasterio. Le había llovido por el camino y estaba empapada. De cómo llegó hasta ahí a esa hora, no tengo la menor idea pues no quiso hablar. No pudo más bien. El monje que velaba la encontró vagando a unos metros de la entrada, esa que queda disimulada por la cerca. Los perros avisaron de su llegada sin hacerle daño, por fortuna. Son animales bravos, sobre todo por la noche, y no tenemos idea de cómo es que Manami pudo salir con bien de su amenaza. El velador cubrió a mi mujer con lo que pudo y corrió a avisar a Jo. Manami estaba como ausente y no respondía a pregunta alguna. Jo saltó de la cama, se adecentó y fue a atender el asunto de la extraña aparición. Manami permanecía en la misma postura en que la había dejado el vigilante. Se ocupaba mordiendo un extremo del sayal. La luz de la linterna portátil le dio brusca en la cara. Tenía dos rasguños sin importancia y manchas de lodo en el rostro, las pantorrillas y las manos. Jo riñó al otro por no haberla llevado inmediatamente a alguno de los pabellones poniéndola a cubierto, pero los desatinos del vigilante eran más que comprensibles al ser la primera vez que algo así ocurría. El caso es que Manami ni hablaba ni miraba como siempre. Clavaba la vista en el suelo casi todo el tiempo y sólo la desviaba para dedicar al jefe de la congregación miradillas rápidas cargadas de odio. Al ver que no obtenía respuestas de mi esposa, Jo mandó a que avisaran al ciego de la presencia inesperada. Podría tener mejor suerte al buscarle la verdad. La cabra apareció en la habitación unos segundos antes que el vidente y se puso a balar enfrente de Manami sacándola del aturdimiento en el que estaba inmersa. “¿Qué miran?”, dijo indignada por el corro que le formaban alrededor el que velaba, la cabra y Jo. El animal baló una vez más por el contento de ver llegar a su ciego. “Aquí hay algo raro”, comentó Jo al recién llegado antes de que éste se acercara a mi esposa. “Escúchale bien la voz.” El ciego asintió y fue a sentarse junto a Manami. Palpó para ubicarla, le tomó la mano y recibió un “suélteme” repentino y amenazador. La voz era pedregosa, como la de alguien que intenta hablar sin haber aclarado la

garganta luego del sueño. El ciego quedó pensativo un rato. Al cabo, dirigió a Jo una mirada cómplice y dijo: "Yo en tu lugar le hubiera prohibido salir." "No tuve tiempo. Pensé que estaba por ahí en la casa", respondió Manami. Seguramente puse la misma cara de confusión que usted, Kashiwagi. O lo ocurrido me había vuelto idiota en unas horas o el monje deliraba —observó Hayashi visiblemente alterado por el recuerdo—. Pero no —interrumpió antes de seguir para verificar si le quedaba algo a la jarra de sake. Sonsacó unas gotas que lo animaron a seguir—. Jo dijo que el ciego pasó una hora interrogando a Manami. Los testigos no alcanzaban a entender lo que se decía, pero era notorio que la conversación subía de tono pareciéndose cada vez más a una polémica. Entonces el de la cabra optó por calmar los ánimos y terció de buena gana dejando a Manami en paz. Se fue alejando de mi esposa con sigilo y apartó a Jo para hablarle en privado. "No es la niña. El que habla es el ikiryo del marido", citó Jo dejándome perplejo. "No tolera la idea del hijo. Tiene motivos que considera valederos y está dispuesto a defenderse con uñas y dientes. Es una amenaza para ella", concluyó el vidente proponiendo a continuación despertar a los demás monjes para iniciar rezos y cantos acordes a la situación. Así se hizo. Los ritos tuvieron éxito pocas horas después, cerca de las cuatro de la mañana. Manami volvía. Apenas podía hablar por el miedo. ¿Qué hacía ahí? ¿En dónde estaba su esposo? Le prepararon una tisana para ayudarla a recuperarse. Temían que la impresión de hallarse entre ellos repentinamente la extraviara sin remedio. Las cosas volvieron a la normalidad en poco tiempo y Manami se quedó dormida hasta la mañana siguiente. Ya mucho más tranquila, Jo la subió a la carcacha que usan los monjes y la trajo hasta Kioto sin hacer referencia a los hechos de la noche anterior. "Sólo para corroborar", advirtió Jo tranquilamente, como si me estuviera enterando de una tontería cualquiera. "¿Dormiste ininterrumpidamente entre, digamos las nueve de la noche y las cuatro de la madrugada?" De las nueve no estaba muy seguro, pero sí de haberme despertado a las cuatro. "Me duele decirlo y sé que me juego tu amistad al hacerlo, pero estamos seguros de que eres una amenaza para Manami. Quizá ni siquiera te hayas dado cuenta de la afrenta que representa para ti la paternidad. Se lo dijo tu espíritu a mi compañero. Estás dispuesto a lo que sea para evitarlo." "¿Yo? ¿Un peligro para mi esposa?" De pronto me sentí idiota por aguantar las tonterías de mi supuesto amigo en un día como ése. Las estupideces del monje me distraían de lo principal, que era atender a Manami y procurarle descanso. Ya tendríamos tiempo para hablar. Por ahora lo mejor era que

nos dejara a solas. Lo corrí de mi casa, amablemente, pero lo corrí. Sentía una ira desproporcionada. Le confieso, Kashiwagi, que de no largarse el monje le hubiera propinado un derechazo. Me sentía afrentado por mi mujer, por el ciego, por Jo. ¿Quiénes se creían para meterse conmigo, con mi familia? "Hijos de puta", dije una y otra vez. No sabe el placer que puede obtener uno de los insultos. La última serie la espeté frente a un espejo. Ensayaba para cobrársela a Manami. "¡Traidora!", grité creyéndome solo. "¡Bruja de mierda!", continué maldiciendo. Entonces la vi en el espejo, a mis espaldas. Estaba desconsolada. Qué lejos quedaban esos ojos de la sonrisa. No me reconocía ni yo a ella. Nos miramos fijo sin entender. "Antes de insultarme haz memoria y dime quién contaminó lo nuestro con el yorishiro, y quién metió a los monjes en mi vida. En nuestra vida. ¿Fui yo?" Tenía razón y no pude con ello. Le di una bofetada que la hizo sangrar por la nariz. Me arrepentí hasta el día siguiente. En su momento lo gocé. No éramos nosotros. Quién sabe si alguna vez volvimos a serlo. Algún equilibrio se rompió. Ciertas compuertas se abrieron cerrándonos otras o algo así sucedió aquella ocasión. El mundo y la vida se disfrazaban de normalidad, pero el disfraz se les notaba. Lo nuevo estaba ahí y pretendía confundirse con lo anterior, avieso, disimulado. Dejé de confiar en mí mismo por la simple posibilidad de que Jo estuviera en lo cierto. Si mi alma se atrevía a volar para vengarse de mis seres queridos sin que yo lo supiera o pudiera evitarlo, Chushiro Hayashi, el respetable, el admirado, se había convertido de la noche a la mañana en un peligro, en un perro rabioso capaz de lanzar dentelladas a quienes más amaba y más lo amaban. Si antes de esa noche yo era uno, a partir de ella fui al menos dos: uno era idéntico al de siempre y el otro un desconocido. El astrofísico convivía a la fuerza con el de ese mundo paralelo, mágico, que se iba formando a nuestro alrededor. Y por supuesto que no era yo el único cambiado. Manami se tornó recelosa. Nunca me volvió a sonreír con la naturalidad de la primera vez. ¿Qué fue de nosotros? — preguntó Hayashi cubriéndose el rostro con las manos.

(La luz de aquella tarde pensaba ya en doblar la esquina para irse a extraviar en su noche respectiva, mas siendo apenas las cinco le quedaban tres horas por perder. Así de resignada parecía al entretenerse viendo al dueño y al invitado. Uno le contaba al otro y ese otro consideraba y respondía. A la distancia, tras el vidrio, el intercambio de esos hombres excepcionales adquiría dimensiones fantásticas para Yumiko. Espiaba a través de una ventana no más grande que un libro de cuarto mayor. Desde la mesa de trabajo del papá, su mirador quedaba

disimulado por la luz vespertina. Veía sin ser vista. Podrían ser padre e hijo. Se notaba que vivían en el mismo mundo. En las afueras del mundo. Miraban igual, aunque la fijeza en los ojos de Fujiwara tenía matices más sinuosos. Ahondaba fácil en las cosas, en las personas. Era como si los ojos del joven estuvieran diseñados para hendir más que para otear. Para hendir la realidad y exhibirle las tripas. Cabía la posibilidad de que estos contrastes fueran golpe de efecto atribuible a la diferencia de edad, teniendo la juventud un vigor, una prestancia, que era menos patente en el viejo. O quizás el matiz viniera de cuna, pues nunca mirará igual un hombre del campo que uno refinado en la ciudad. Papá era un labriego encumbrado y se le notaba. El otro vivía con el salvoconducto de la alcurnia. Ambos tendían a levantar la mirada, a perderse en lo alto antes de hablar largo. Los años de trabajo en conjunto los habían llevado a compartir ciertos ademanes, ciertos gestos, cierto balanceo al caminar, por ejemplo, como sucede por lo común entre padres e hijos, se insiste. También compartían una chispa de perplejidad fácil de encontrar en quienes se asumen dotados de una inteligencia excepcional sin saber ni por qué ni para qué. Con el tiempo habían aprendido a disimular ese desconcierto, pero estando lado a lado éste volvía a ser patente. Ah, suspiró Yumiko. Eso de mirar sin escuchar puede ser tan cruel para una; qué caro termina siendo el mirar sin ser vista. Una por otra, mujer. Invéntale palabras a lo que ves. Ideas. Es prebenda también. Te emociona adivinar qué parte de la historia transitan esos dos, pero la emoción por la adivinanza cede entera cuando es él quien interviene. Fujiwara. Si se extiende, se extiende a la vez la angustia de no saberle el dicho, los vericuetos. Podría escuchar toda la vida a ese hombre bello. Podría, pero no puede. Yumiko no sabe ni qué pensar hasta que su padre retoma y la ubica con el movimiento de los labios, con la respiración conocida, con las expresiones de todos los días. Así padece la joven el vaivén de emociones. Desde la ventana. Desde su escotilla. Yumiko espía encandilada. Ya pronto ha de llevarles sake y café para equilibrar. Todo en punto. En su punto. A punto. Hace dos años que no venía nadie y ahora la casa está llena. Su padre calla y el invitado habla. Se pone de pie. Explica un poco y se dirige a la puerta. El corazón se le para en el pecho a Yumiko. No sea que lo visto haya sido despedida y el llegado no regrese. Eso no. Lo piensa yéndose sin despedirse. ¿Qué barbaridad habrá dicho su padre? ¿Qué grosería? ¿Se habrá hartado Kashiwagi de escucharle el día entero? Bien podría haber ido al tocador. O a buscarla para pedirle algo. Para decirle cualquier cosa. Y al no hallarla por estar Yumiko en la ventana terminaría por ventilar su asunto con la criada. Y

ella ahí parada como tonta. La luz se revuelve con el abre-cierra de la puerta. Retorna Fujiwara moviendo las manos ligeramente para terminar de secarlas. Qué alivio. Nada faltaba en el cuarto de baño la última vez que revisó. La criada tenía la orden de cambiar la toalla de manos cada vez que el señor Fujiwara usara el tocador, pero se distraía. Tendría que ir a supervisar personalmente, pero eso implicaba alejarse de la ventana, de la biblioteca. De los hombres. Yumiko quiso partirse para ir allá sin irse de allí. No pudo. Lo lamentó y decidió olvidarse de la toalla al ver que su padre revolvía papeles como si buscara alguno trascendente entre un montón sin importancia. No daba con el objetivo. Cambió de cúmulo y tampoco pareció hallar lo que buscaba. Entonces se fijó en el que la criada había puesto sobre unos libros al despejar la mesa. Quitó, apartó, revisó y volvió a apartar hasta que encontró una carpeta bastante más avejentada que el resto de los papeles desperdigados. Desató el listón que aseguraba el contenido y se puso a revisar la primera hoja del legajo. La caligrafía era algo mayor al común y, desde la perspectiva de Yumiko, parecía escrita con tinta violácea, detalle que revelaba una autoría distinta a la del papá, quien jamás usaba tintas por preferir la franqueza llana de los lápices. Tras pedir al invitado algo que Yumiko interpretó como su anuencia, Hayashi se puso a leer en voz alta. Fujiwara atendía reconcentrado. Apenas se permitía desviar la mirada del lector por unos segundos y volvía a dedicarle la atención indivisa por un rato largo. De una u otra manera, ambos volvían a su elemento, el mayor llevando la batuta y el menor atendiendo al mínimo detalle. Y ella mirando sin poder escuchar. Diantres. Diablos. La curiosidad llegó a doler como una herida conforme la lectura se alargaba. Y ella al margen. Harta de mirar nada más, Yumiko aprovechó que la criada se dirigía a la biblioteca con su inseparable charola para relevarla de la labor que fuera y ser ella quien atendiera a los señores en esa sesión de lectura. Giró el pomo de la puerta y ésta se abrió sin ruido. Yumiko entró discreta, con el oído bien aguzado, pero también lo estaba el del papá, quien al advertir el rumor de la llegada detuvo su lectura en espera de que la hija volviera a ausentarse. Yumiko se tragó la indignación, renovó las dotaciones de bebida y se retiró fingiendo indiferencia. Al salir escuchó que su papá retomaba la lectura impostando la voz para recuperar la atención de su oyente.)

El legajo era una carta que Jo había escrito a Hayashi luego de la noche aquella en que Manami llegara al monasterio por sorpresa. Iniciaba advirtiendo que se valía de ese medio para evitar las emociones que hechos tan recientes podían desbordar en los involucrados.

Comprendía la hostilidad de Hayashi al tratar el asunto de su esposa, la extrañeza, pero eso no ayudaría a atajar la situación. Los días transcurridos luego de los acontecimientos le habían permitido ordenar sus ideas para exponerlas con cierta claridad al amigo, al hombre, al científico. No era fácil satisfacer a esas tres versiones de Chushiro, por lo que pedía comprensión. Las fuerzas que jalonaban a la chiquilla no eran síntomas. En su vida había visto muchos casos de sugestión por vehemencia religiosa y no se parecían al que tenían enfrente. Nunca, por decir, había visto que dos fuerzas de distinta naturaleza disputaran en un mismo cuerpo. Porque en Manami entraba el alma de Hayashi como ikiryo y luego le sucedía casi siempre otra entidad más reacia, más reactiva, extraviada en el tiempo que no corre para nadie, el que se estanca si la amargura se pone a correr en círculos, esperando, acechando, burlando. La noche de la huida, el ikiryo de Hayashi se explicó sin más al ciego como si continuaran una conversación interrumpida. Ventilada la aversión a la paternidad, el cuerpo de Manami resbaló lentamente de la silla en que estaba sentada para levantarse del suelo con un talante distinto, confundido, irreverente pero absurdo a diferencia de la primera versión. La congruencia del ikiryo contrastaba seriamente con la locuacidad casi idiota de lo que, supusieron, era un onryo muy antiguo, amargo y poderoso. Iba y venía por el tiempo y el espacio ayudándose del yorishiro, la piedra sagrada, la piedra de toque. En Chikibu la presencia era nada menos que Benzaiten pero no así en las otras ocasiones. El ciego estaba seguro y Jo no tanto, pero terminó imponiéndose la opinión del vidente. Cuando éste hablaba en serio no quedaba más que callarse y acatar. El no hacerlo solía repercutir gravemente en el ofensor y bien lo sabían los pocos del monasterio. En vida, la entidad había respondido a un nombre ya olvidado que cierta joven talentosa sustituyó por el de Rokujo, mucho más literario y contundente que el real. Como siempre, el personaje sobrevivió a su fuente de inspiración y llegó a sustituirlo. La tal Rokujo se fue hallando a gusto en su ficción y ni sabe ya cuál era su nombre de origen. Mil años vagando por las entretelas de la existencia, mil años reviviendo su pasión demoledora por Genji el picaflor, el generoso, el traidor y el traicionado. Mil años celando al amante y mil vengándole de enemigos y otras ruindades. Mil años buscando a un Genji que sólo tenía ojos para otras, para las jóvenes. Ay, la ficción. Ay, su crueldad, mayor y más duradera que la vida cuando se le cuece a fuego lento. Nada la vence entonces: ni la muerte ni esa vida antecedente de la que va quedando nada que no sea letra. Porque la literatura nació para

colmar los vacíos que la muerte deja en nuestra historia. Para ser el vino de copas que, sin ella, estarían vacías, huecas. Solas. "Ay, la ficción", murmuró Kashiwagi intuyendo que su murmullo era un hechizo tan poderoso como el nombre que venía siguiéndolo, persiguiéndolo, acosándolo como si fuera el culpable, el personaje, el traidor que lleva su impudicia de acá para allá sin escapar a su perseguidora, a la justiciera. A la ciega que se ocupa de dolores muertos. Inútiles.

"Amar es delirante, Chushiro, y el que ama termina por aficionarse al delirio tanto como a los besos. Si de repente el amado se va o muere, queda el amor por ahí desperdigado y hay que ir a recogerlo hecho pedazos, marchito, reseco, caído, polvoriento. Caducifolio. Entonces, Chushiro, o se le entierra o se le padece hasta el fin de los tiempos. Si no, se va y se viene absurdamente, mecánicamente, sin llegar a ninguna parte porque llegar es detenerse y detenerse es, en última instancia, renunciar a la infinita búsqueda del objeto amado. Imagina la miseria de ser ave y volar eternamente buscando rama, piso, barda, piedra o cualquier otra cosa revestida de destino, de objetivo. Y nada. Y sigues buscando y nada. Y te caes de cansancio y ya no tienes ni a dónde caer porque a tus pies, igual que sobre la cabeza o a tus costados, encuentras nada. El desamor, pues. Y éste puede durar así, te advierto, hasta el último día. Hasta la última hora. O más. Muchísimo más. Como sucedió a la pobre Rokujo. Porque el amor, Chushiro, es demasía y su ausencia un yermo, un estúpido, un rotundo vacío. Ámala y cae si es necesario, porque amando la caída es mucho más dulce que el vuelo."

Así terminaba la carta de Jo. De repente. Sin firma.

El silencio. Al fin. Cada uno a su manera, cada cual por sus motivos, celebró el advenimiento. Callaron uno junto al otro como árboles vecinos, sabiéndose cerca, independientes pero ligados bajo tierra. Las raíces de esos dos conformaban un amasijo indiscernible desde la luz. Como el durazno y el cerezo en los linderos del jardín-primor. Inseparables y escindidos. Paradójicos y complementarios como el ave y el vuelo, como el tiempo y el espacio, como un hombre que mira a su igual averiguando qué le sobra a él faltándole al otro. O a la inversa. O quién es quién. O para qué. Ve tú a saber. El caso es que se estaba bien en esa realidad alterna por mucho que careciera de sentido. De sonido. Su afonía era rica como una lengua escrita. Fértil. Útil. Dúctil. Capaz de convertirse en lo que fuera igual que las ideas. Igual que las letras, las palabras, los números. Igual que los encuentros de miradas o las casualidades. Igual que sucede con esas cosas de las que uno cree saberlo todo cuando en verdad nada se sabe. Estrellas. Distancias. Cálculos.

Densidades. Movimiento. Nébulas. Nebulosas. Velocidad. Elipses. Trayectorias. Giros. Latencias. Pesos específicos. Frecuencias. Ondas. Partículas. Gravedades. Y demás.

Una hora y fracción se les fue en el abandono. El viejo miraba al frente y el discípulo al suelo. Se estaba bien así mientras el mundo rodaba afuera de la biblioteca-observatorio. Raro en ellos, pero ninguno pensaba. Se dedicaban a estar ahí y punto. La bebida seguía intacta desde que Yumiko la repusiera. Su efecto amortiguador era ya dispensable entre esos dos. Lo mismo sucedía con esa necesidad que tiene cualquiera de emprenderla con la cháchara ligera en cuanto se agota un tema principal. Nacía por fin la naturalidad que permite un trato liviano, constante, llevadero, sin que nadie deba dedicarse a ello. Aunque lo ignoraban por no darse a pensar como ya se señalaba, eran por fin amigos. Después de convivir años, luego de tanto respeto y deferencias y solemnidad, Chushiro y Kashiwagi se entregaban a una paz inesperada. La ansiedad del joven por dar a notar su valía fraguaba, mientras que el viejo se apartaba por única vez de esa manía suya, reprobable sin duda, de exhibir su extraordinaria competencia en lo que fuera a la hora que fuera. Siempre. Y ya no. El alivio era inmenso para ambos. Después de mucho entenderse se abrían a la posibilidad del cariño desinteresado, abstracto, casi genuino, parecido al amor romántico, pero sin ansias, deseos, uñas, celos, vuelos y dientes. Indistinto. Afable. Paradójico y complementario.

Hayashi retomó el hilo de sus pensamientos y se dio a especular si valía o no la pena romper ese silencio de oro. La pregunta carecía de sentido bajo las nuevas reglas, así que se dejó de larguezas y prosiguió ya inmerso en una penumbra que ninguno tenía prisa por ahuyentar:

—Cuando leí la carta me di cuenta de que nunca comenté a Jo sobre el episodio de las huellas en mi departamento. Cierto pudor me impidió hacerlo y luego quise olvidar el asunto convenciéndome de haberlo logrado, pero me engañaba. La entidad femenina que me habitó esa noche nunca se fue del todo. Merodeaba en mi vida. La sentí varias veces al estar cerca del yorishiro, aunque nunca con una intensidad comparable a la del primer día. La carta dejaba en claro que algo semejante le había ocurrido a Manami durante su evasión nocturna de la casa. Lo suyo era más extremo, pero el común denominador estaba ahí y era innegable. Nos invadían. Debíamos cerrar filas para establecer nuestra resistencia, pero la cuestión del hijo se interponía dificultando los objetivos comunes. Las discusiones dejaban secuelas acres que ni el tiempo ni la buena voluntad podían enmendar ya por entero. Una cosa

era segura: no nos parecíamos a los que se habían conocido en la facultad de ciencias. El cambio, paulatino pero irrefrenable, descomponía una versión de nosotros que en esos días creíamos recuperable. No lo fue. Uno nunca recupera nada, Kashiwagi. Es la verdad.

—Les oscureció —apuntó muy quedo el invitado atrapado aún en el reflujo del silencio antecedente.

—Nos oscurecieron. Era como si la luz no alcanzara zonas extensas de mi yo; como si el día estuviera plagado de eclipses. Supongo que algo semejante le sucedía a mi tigresa, pero los canales que nos comunicaban se iban volviendo innavegables. Poco a poco fui encontrando pretextos para quedarme en la universidad hasta tarde. Era un alivio llegar aquí y encontrarla dormida o despertar antes que ella para escurrirme de la casa alegando obligaciones atrasadas. Por supuesto que ella también se volvió distante. Dejó de compartirme sus andanzas con la compañía. Ni un proyecto en concreto. Nos hablábamos lo mínimo, no para hacer patente el enojo sino porque en realidad nada teníamos que compartir en el sentido tradicional de la palabra. Su deseo incontrolable por una criatura cimbraba cualquier otro aspecto de la relación. Y mi resistencia se redoblaba. Era una cuestión de principios, según yo. Puros cuentos. La verdad es que me aterraba perder a Hayashi. Era todo lo que tenía antes de Manami y no me hacía a la idea de ser más rico que antes. El imbécil que puedo ser si se me da la gana se comportaba como si el pequeño fuera a arrancarle lo más valioso. En mi caso, lo único valioso era Manami y me la estaba arrancando día a día. Mira tú este sinsentido, pero los hombres que no tenemos ni idea de qué hacer con nosotros mismos solemos caer en este tipo de trampas autoimpuestas.

—Voy por el mismo camino —asumió Fujiwara con la mirada ausente.

—Te falta muchísimo gastar de suelas. Tu circunstancia es parecida a la mía, pero son más las diferencias que las semejanzas. Fuera de la inteligencia anormal y de las pasiones que compartimos tenemos poco en común. Por suerte. La zozobra que te refiero no se la deseo a nadie. Menos a ti, querido Kashiwagi. Cada quién trae su miseria particularísima bajo el brazo. La mía en aquella época se redoblaba al estar en casa a solas con mi mujer. Sin el consuelo del trabajo volvía al desconsuelo de Manami. Era una tortura vivir así. Me la pasaba deambulando por lo que hoy es el jardín o metido aquí. Ella salía a ocuparse de sus asuntos por las mañanas volviendo cerca de las tres. Comíamos lo que fuera intercambiando frases de cortesía para luego

meternos a nuestros estudios. Manami se ponía a tocar el koto con la puerta de la habitación abierta. El sonido inundaba la casa. No sé cómo, pero las trece cuerdas de seda mandaban su quejido hasta la hokora y más allá incluso. Todos los días. Toda la tarde hasta la caída del sol. Hoy sé que mi gema, en su infinita dulzura, reclamaba a gritos valiéndose del instrumento. Su clase, su altura espiritual le impedía hacerlo de otra forma. No he conocido persona, hombre o mujer, que la supere en delicadeza. Dicho esto, imagine lo que lograba su genio en esta etapa crítica. Nada musical puede comparársele sin pecar de simplismo. Lo manado de aquel koto sublimaba para luego convencer. Era como si el sonido se fuera transformando en una idea concreta y luego en argumento. Acaso en el estudio me libraba tocando los discos a un volumen considerable, pero aunque no lo oyera, el koto se daba a entender en mí. Sírveme mientras busco un par de aspirinas —pidió Hayashi señalando el juego de jarra y vasos que Yumiko había dejado en la biblioteca hacía rato. Encontró lo que buscaba revolviendo un cajón cercano a la mesa de trabajo, tragó las aspirinas sin ayudarse con agua y continuó el relato sin hacer caso de la bebida que Kashiwagi acababa de escanciarle—. Esto duró unos tres meses que me parecieron el triple. Incapaz de concentrarme en el trabajo y sin recuperar el trato pleno con Manami, un domingo por la mañana decidí empezar la lectura del famoso Genji. Llevaba varios meses posponiéndola y creo que de alguna manera decidí emprenderla para congraciarme un poco con mi esposa y su mundo. Busqué una piedra que sirviera de asiento allá por donde ahora está el macizo de fujibakamas, y empecé una lectura que letra a letra iba transformándome no sólo el mundo, sino la noción del hombre y del universo que hasta entonces me había fabricado. Ni la lejanía me salvaba del koto, pero el reclamo que yo le interpretaba en los últimos tiempos ya no lo era en la misma medida que antes. Con la novela entre las manos la venganza de mi esposa se fue convirtiendo en música de fondo. Así conocí al resplandeciente y al séquito de personajes que entraban y salían de escena con una prodigalidad desconocida. A Rokujo. Mi pobreza y la guerra habían impedido una formación estructurada como la que recibe cualquiera en nuestros días, por lo que mi experiencia literaria era nula a no ser por los clásicos poemas antiguos que nos obligan a aprender de memoria en la escuela, con o sin guerra de por medio. Tú mamaste literatura, música, historia, Kashiwagi Fujiwara. Yo nací comiendo tierra, pero el impacto de una obra tipo Genji obvia las diferencias para aglutinar las semejanzas. Me cuesta aceptarlo, pero mi cabeza y la suya se parecen si restamos privilegios y el

Genji no los exige. En dos horas terminé el primer libro para descubrir que lo había aprendido de memoria sin proponérmelo. La literatura se prestaba a la mnemotecnia mucho mejor que los tratados de astrofísica. El detalle es importante, porque memorizando me involucraba hondísimo con el relato y su contexto. Podía repasarlo a voluntad en cualquier momento para distraerme de los números, para acompañarme en las tensas comidas con Manami o en los trayectos desde y hacia la universidad. Al paso de los días, la riqueza del tesoro se multiplicaba. Los fraseos, el aliento, los waka delicadísimos, cada giro, cada matiz fue siendo mío. Leía una vez y repasaba mil. La de cosas que encontré y sigo encontrando si me dedico. Esto fue hace veintitantos años; todavía tengo muchos de los capítulos en la punta de la lengua. He cotejado mis hallazgos con los de varios especialistas y no son menores. Siendo quien eres estoy seguro de que nos vamos a divertir hallándole retruécanos a ese libro que viene a ser una especie de autobiografía para ti, el primogénito de los Fujiwara. Es una broma, por favor —aclaró Hayashi divertido por las reacciones del discípulo. Tras una pausa breve, retomó —: ¡Qué tiempos! La desesperación se codeaba con el arrobo. Yo, que prácticamente nunca presté atención a lo literario, quedaba prendado a ese universo ajeno y propio a la vez. Vuelta a la paradoja, pero así fue. La extrañeza del Heian obraba una magia en mí, pues a partir de ella iba encontrándome más a gusto conmigo mismo y con el koto de Manami, que mandaba en mi lectura igual que un jinete manda en la cabalgadura. Entre la música y el texto me secuestraron. Porque fue un secuestro. Uno más en el milenio que la cosa esa llevaba metiéndose a la cabeza de la gente. Fue un embrujo también. Las tradiciones que me acompañaban desde niño sin que me fijara en ellas se me iban presentando una a una en toda su amplitud, con su lógica floja y su tirada larga. La religión antigua cobraba un sentido nuevo sin el afán teológico que le hemos puesto en épocas posteriores. El jardín del monasterio, los listones de colores, los árboles sagrados, los cantos que le había escuchado a los monjes, las supersticiones tontas, las inquietantes que suelen perpetuarse en el pueblo, mi estupefacción, todo le cabía adentro a la novela de Shikibu, a ese telescopio que me llevaba lejos, Kashiwagi. Nunca he viajado tan lejos en los años que llevo vivo. Mi jardín, que ya iba teniendo forma, cobró al fin sentido pleno. Entendí las fijezas de mi esposa en la ubicación de tal o cual especie, la división estacional como una forma de integrarse al tiempo solar, sideral. Lo que era arriba era abajo, como dijeron por su lado los hermeneutas occidentales oliendo apenas la idea que el Genji escudriñara siglos antes.

Y la música. La novela me la reveló por fin como lo que era: una vía de acceso a lo más puro de las cosas. "La ruta de las esencias", le llamé desde que supe andar en ella. La música antigua a que mi esposa dedicaba su vida se me representó todopoderosa, divina en sí. Igual que Manami. El lamento de su koto unía piezas sueltas en mí, en mi comprensión del mundo, de los mundos, Kashiwagi, porque el mundo está hecho de mundos que se contienen unos a otros y así hasta que la mente no puede más. Ni la nuestra, compañero. Ninguna. Pero el alma de Manami podía ir más allá de las ideas valiéndose del arte, la llave que sabe abrir todas las puertas si se lo propone, si uno merece, si se justifica. Entendí, pues, de dónde venía la dimensión mística del libro, de mi esposa, esa dimensión sin la que no existe lo grande ni lo duradero. La maternidad era una extensión lógica de esa dimensión generadora. Manami tenía razón. El palurdo de Chushiro lo aceptó una tarde cerca de las seis. La luz se había esfumado como ahora y tampoco me animaba a encenderla. En la penumbra me percaté de que el koto insistente se esfumaba también con la luz natural de la jornada. Entre las nubes. Tres meses de atardecer con música llegaban a su fin abruptamente. Tenía el ánimo muy ancho, Kashiwagi, y todas las ganas de allanarme ante la niña dejándome de estupideces. Las estrellas se alineaban. Envalentonado por el silencio eché a andar en busca de Manami. Ni una luz estaba encendida en la casa. "Mejor", pensé. La busqué como ladrón hasta encontrarla tendida junto al koto, callada, convencida de algo que compartíamos pero que no tenía nombre. "Estoy embarazada", soltó tranquila barriendo con la ecuanimidad que me animaba esa tarde-noche. Llevábamos meses sin tener relaciones íntimas. Nunca me había pasado por la cabeza que mi esposa pudiera traicionarme. Me quedé ahí parado sin responder. Mil posibilidades, todas denigrantes, se me vinieron a la cabeza, desde las más descabelladas hasta las más obvias, desde el amante común y corriente hasta la inquietante hipótesis de un abuso en la noche de la desaparición. Nada dije porque hacerlo hubiera sido irremediable. Me largué a la biblioteca una vez más y no salí en tres días, los únicos que he faltado a mi trabajo en la universidad. La verdad es que ya no pensaba salir de ahí. Leí sin parar, obsesivo, compulsivo. No entendía, pero seguía leyendo como si el Genji pudiera darme la explicación que no encontraba por mis propios medios. Necesitaba aferrarme a algo, pero ese algo se me iba de las manos en cuanto lo atenazaba. Y leía. El koto brillaba por su ausencia. Vaya suerte la mía. Estaba loco ya cuando Manami entró en el estudio sin llamar a la puerta. Vestía con un camisón blanco manchado de rojo hasta las

rodillas. La sangre le escurría debajo de la ropa llegándole hasta los pies. Esos pies menudos… "Ya está. No te preocupes", dijo Manami volviendo a sonreír después de mucho tiempo. Se había provocado un aborto con unas agujas de tejer que le había regalado su abuela. De milagro no se desangró. Gracias a ese episodio lastimoso me evadí de la locura, que ya me tenía encandilado como serpiente al conejo. En el hospital, varias horas más tarde, un médico bajito me explicó entre caladas a su cigarro que no, que el aborto no lo había sido en un sentido estricto, pues lo de Manami no había sido embarazo sino mola. Era imposible saber si el deseo exacerbado por la maternidad era la causa de la anomalía hormonal o si la anomalía hormonal era la causa del deseo exacerbado. El daño al aparato reproductivo podía ser definitivo, pero para saberlo era indispensable esperar. Me da vergüenza aceptarlo mas la verdad es que la noticia me alivió. Las implicaciones de lo sucedido apenas se ponían en marcha, pero las palabras del médico cancelaban la miseria de una supuesta infidelidad. Sentí que se me daba una segunda oportunidad para recuperar a Manami y la iba a aprovechar. Si sus heridas tenían remedio y en cuanto la salud lo permitiera, Manami y yo buscaríamos al fin el dichoso hijo que sin haber sido concebido le doblaba el brazo a nuestras vidas. Ventilamos el tema estando ella internada todavía en el hospital. Su tristeza se combinó con una alegría enternecedora y dijo que sí sonriendo y con los ojos llenos de lágrimas. Creímos recuperar algo irrecuperable, puesto que nunca había existido, pero la ficción nos permitió seguir con el cotidiano. Confiar. O casi, porque el día que volvimos a casa me confesó la niña que no lo sabía de cierto, pero creía recordar que yo mismo había entrado a la habitación provocándole el sangrado a fuerza, como en un delirio, como en un sueño. Lo cierto era que en un momento se descubrió con la aguja de tejer en las manos y la sangre llegando al piso. Estaba enloqueciendo. "Ayúdame, Chushiro", rogó desconsolada. Aunque ninguno lo mencionó, el ikiryo nos sobrevolaba. Si alguna duda tenía, ésta quedó resuelta a los pocos días, unos dos quizás. Me disponía a cambiar las flores de la hokora cuando vi que los cuatro candados estaban abiertos. Sólo yo tenía las llaves y estaban en el bolsillo de mi pantalón casi todo el tiempo. Al abrir la puerta vi que faltaba el yorishiro. Su base seguía ahí y también la vertedera estropeada, pero ni rastro del meteorito. La crisis era reciente y dudé que fuera prudente abrumar a Manami con asuntos de esa naturaleza, por lo que decidí guardarme la noticia para mejor ocasión.

Hacía un buen rato que Yumiko había dejado de espiar por la

ventana cuando Hayashi se puso de pie para buscar el interruptor. La repentina iluminación del estudio recordó a Kashiwagi lo mucho que le disgustaba el que encendieran la luz en el cine al término de las películas. Vaya cinta extraña la que se representaba ante sus ojos en esa noche recién nacida.

—El daño de Manami fue mayor a lo esperado. De nuevo el sarcasmo de la vida: ahora que deseaba al hijo ya no se podía. A los seis meses de intentarlo creímos tener suerte, pero no. Otra mola nos tomaba el pelo. Fueron tres en total repartidas en cinco años de matrimonio. Mi tigresa adelgazó por tan triste que estaba. A mí me costaba un trabajo enorme dividir la vida entre la miseria doméstica y el deber profesional. No sé cómo hice para mantener las apariencias en la universidad, pero el caso es que nada traslució entre mis colegas. Por instinto me fui volviendo receloso de la intimidad y llevé las cosas a grados extremos que me dieron fama de excéntrico en la escuela. Hayashi se dividía. Lo laboral empezó a correr a una velocidad distinta a la de la vida personal. Esta última permaneció como estancada mientras aquella se aceleraba. Dos de las ideas esbozadas en las mañanas lúcidas de la época de fiebres salieron de mi cajón con bríos renovados. Les di vueltas y cuando menos lo esperaba surgieron los chispazos que en su momento me dieron fama internacional. Por un lado, la celebridad llegaba al fin colmando una necesidad que había negado siempre y, por el otro, se adelgazaba mi vida interior como una capa de hielo que se derrite en cuanto se anuncia la primavera. Algo semejante ocurría con la vida profesional de mi esposa. El disco recién grabado con las colegas de la compañía abría puertas que ni siquiera sabíamos que existían. Se recibieron alrededor de ciento cincuenta cartas escritas por conocedores y aficionados a la música, a la historia, a la investigación y esto sólo en la sede oficial de Kioto. Consejos, invitaciones, ofertas laborales, arengas feministas, insultos, felicitaciones, arengas nacionalistas, declaraciones amorosas… era increíble la cantidad de cosas que surgían de aquellos sobres que semana a semana llegaban a la facultad de artes. Los jueves por la tarde se leían las cartas y entre todas decidían el sentido de la respuesta, si es que era necesaria. Invariablemente se contestaba a mano y siguiendo al pie de la letra las formalidades caligráficas. Si alguien sabía del tema era Manami, por lo que se le asignó la tarea de la respuesta. De esta forma llegaban a casa las cartas más importantes cada jueves por la noche para ser respondidas durante el fin de semana. Manami y yo las comentábamos en la cena, lo que ayudaba a distender el ambiente que vivíamos. Uno de esos jueves mi mujer regresó a casa desencajada. "¿A

dónde quieres llegar con esto?", preguntó sin saludar. Extrajo de su bolso un sobre blanco de tamaño carta y lo arrojó sobre la mesa del antecomedor antes de marcharse airada encerrándose en su estudio. Yo no tenía idea de qué la importunaba. La sorpresa me dejó mudo y no atiné a pedirle una explicación antes de que se fuera. Tomé el sobre, lo abrí y extraje un documento bastante extenso escrito a mano, con lápiz. La letra era muy pequeña y apretada: "36. El roble. *Kashiwagi*. Llegó el año nuevo sin que se apreciara cambio alguno en la salud de Kashiwagi. Todos temían un fatal desenlace y el propio enfermo no deseaba evitarlo." Las primeras líneas del capítulo estaban en inglés y eran tomadas directamente de la traducción de Waley. Luego, sin nada que lo justificara, la transcripción continuaba en japonés moderno alternando con lo que parecía ser una versión más antigua prácticamente ininteligible para mí. Seis páginas enteras ocupaba el galimatías para después, también repentinamente, volver al inglés. Mi primera lectura del Genji era reciente y te recuerdo que me sabía de memoria los capítulos que me parecían esenciales. Sobra decirte que el de Kashiwagi se me fijó mejor que la mayoría por razones obvias. Lo había repasado mentalmente hasta el cansancio y de inmediato noté que el segundo bloque de traducción inglesa tenía variantes capitales comparado con la versión de Waley. De hecho, el capítulo se apartaba descaradamente de la versión clásica sugiriendo que Kashiwagi sería el autor intelectual de la inminente muerte del príncipe Genji, lo que no pude constatar porque de nuevo el autor de la carta pasaba a una versión ininteligible de nuestra vieja lengua. El cuento seguía hasta el final, añadiendo pasajes, sustrayendo otros, cambiando sentidos, nombres, presentando personajes desconocidos en lo que consideramos la novela original y dando seis desenlaces en japonés de nuestra era, dos en un inglés que definitivamente no cazaba con el de Waley, para terminar con un bloque de texto muy largo escrito en la variante incomprensible. Se omitía cualquier clave de interpretación que pudiera dar sentido a ese conjunto de posibilidades argumentales. Los estilos de los fragmentos diferían entre sí en la misma medida que se apartaban de la versión comúnmente aceptada. Por último, te comento dos detalles que menciono hasta ahora para acentuar el efecto dramático: la letra era muy pequeña, apretada e idéntica a la mía en todos los aspectos; además, la carta estaba escrita en papel membretado con mi nombre que empecé a usar poco antes de mi boda con Manami. Aún conservo millar y medio de esas hojas.

—Las recuerdo. Me hacían la vida de cuadritos cuando pasaba en limpio sus anotaciones —apuntó el asistente acordándose del número

siete tan peculiar en la escritura de Hayashi.

—¿Es todo lo que se te ocurre comentar? Contentémonos con ello si no queda de otra. Hay veces que te envidio la ecuanimidad. La mía esa noche era endeble, por cierto. ¿Qué podía concluir de los enredijos que me achacaba justamente Manami? ¿Qué aducir cuando me pidiera una explicación a eso que de ningún modo podía explicar? No lo hizo. Al día siguiente era 3 de marzo. Los monjes nos habían invitado a la celebración del día de las muñecas, lo que no me hacía gracia por estar directamente relacionado con las niñas y la maternidad, pero en las circunstancias que te describo cualquier cosa era mejor que someterme a un interrogatorio como los que emprendía mi esposa al sentirse agraviada. Logré sortear las primeras avanzadas de Manami en busca de una explicación y llegamos al monasterio a las 10 de la mañana relajados por el paseo. Parecía otro el desvencijado lugar. Los adornos, las farolas, las niñas, las madres y las muñecas alegraban con su candor el jardín sagrado, enclave de recogimiento que ese día lo era de la fiesta. Siete tablas de unos dos metros de largo y medio de ancho formaban un altar de siete niveles ubicado en la orilla del arroyo que bajaba por un costado del jardín. Las niñas de los alrededores llevaban sus muñecas favoritas ataviadas de acuerdo con sus posibilidades y las colocaban en alguno de los siete niveles. Pasados los cantos y los ritos de purificación, las muñecas eran regresadas a las propietarias sin mucha dilación para evitar el peligro de que las niñas no se casaran por la sobrexposición de sus juguetes al poder del altar. Los monjes repartían entre los chiquillos dulces de arroz colorido que combinaban con los vestidos de fiesta. Entonces cada niña o madre escribía en un papel la fórmula específica que le dictaba el ciego y lo colocaba en un barco miniatura de pino rojo que luego se echaba a las aguas del riachuelo para alejar la maldad que acechaba al año entrante. El rito purificatorio tenía arraigo entre la población y la ceremonia, breve en sí, solía convertirse en fiesta que duraba hasta las cinco de la tarde para permitir que el mujerío volviera a casa a una hora prudente. Al diez para las cinco logré apartar a Jo de los fieles que lo rodeaban y a grandes rasgos le expliqué el enigma de la carta. ¿La tenía yo conmigo? La guardó entre sus ropas de fiesta, me pidió unos días para estudiarla y permiso para consultar la cuestión con un compañero del monasterio famoso por su erudición. Acepté y nos fuimos dejando a Jo entretenido con los originales vestidos que una chiquitina le había diseñado a sus muñecas. Pasaron dos semanas sin que tuviéramos noticias de los religiosos. Al comienzo de la tercera recibí una llamada de Jo en la universidad. Había consultado al colega y tenía

noticias. Me propuso una reunión con el erudito en mi oficina. Cuatro días más tarde se presentaron en el seminario vestidos a la usanza tradicional. Ya te imaginarás la cara de los atribulados hombres de ciencia al verme acompañado por los religiosos. Se pitorreaban de mis amigos los muy idiotas, pero qué le vamos a hacer si la vida no enfrenta a todos con la refutación de sus propias teorías como lo había hecho conmigo. Kanpai —interrumpió abruptamente el doctor Hayashi para vaciar de un trago el sake que les esperaba en los vasos.

El invitado no correspondió al brindis esta vez. El cansancio le mellaba el ánimo, lo mismo que la luz artificial, demasiado intensa comparada con la penumbra deliciosa de antes. Demasiado blanca. Bajo su férula el rostro de Hayashi parecía tener los años que verdaderamente le correspondían. Congestionado por el alcohol y ligeramente febril por el alud de los recuerdos, daba la impresión de no cazar plenamente con los pantalones de mezclilla y la camisa informal que tan bien le sentaban por la mañana. La edad, el sinsabor que no para de correr hasta que un día se detiene por completo, se le agolpaba en las ojeras, en las comisuras de los labios y los párpados. La mirada tenaz de unas horas antes tendía a extraviarse con facilidad, como si entre frase y frase buscara refugio para pasar la noche. Si el día es en cierto modo una versión sucinta de la vida, el que nos ocupa se adentraba en la ancianía con las ropas arrugadas, con los pies a rastras. Fujiwara, siendo joven aún, confundía el cansancio con el hartazgo en espera de un aire segundo que tarde o temprano llegaría, certeza que al otro le faltaba. El futuro no era muy confiable para el viejo ni el pasado lo era todo para el joven. Abrevaban en aguas distintas para saciar la misma sed. Uno lo sabía y el otro ni idea. He ahí la diferencia primordial que los unía.

—El experto que Jo me presentaba era un hombre de pocas palabras y trato miserable. Lo había visto antes en el monasterio, pero no llegaron a presentármelo por ser el más arisco de sus residentes. Pasaba semanas metido en su celda trabajando en las traducciones que le encargaba cierto editor de Tokio o anotando ediciones especiales de los antiguos clásicos valiéndose únicamente de su biblioteca personal, unos ciento cincuenta tomos de consulta que le bastaban para resolver las cuestiones más complejas. De dónde le venían las habilidades y la erudición, eso nadie lo sabía ni a nadie interesaba siempre y cuando el sueldo ingresara puntual a las arcas del monasterio. Jo era el único que se llevaba relativamente bien con el gruñón y esto en consideración a su parentesco con Mishima, único visitante frente al que el erudito humillaba. A él sí que le prestaba oídos durante días si era necesario.

Verlos juntos emocionaba, Kashiwagi. Según Jo, parecían estrellas gemelas que no pueden vivir solas a causa de su gigantismo (le gusta usar referentes astronómicos al conversar conmigo). Lo importante es que el tipo tenía credenciales sobradas para opinar sobre filología japonesa y a eso se dedicó en una intervención que duró dos horas con dieciséis minutos. En esencia, explicó que los textos contenían fragmentos de El roble, pero en versiones que no había logrado identificar y que divergían de las conocidas en el estilo y el contenido. Cualquiera podía haber redactado versiones alternativas a un capítulo del Genji, pero no cualquiera podía hacerlo reproduciendo a la perfección la sintaxis y los giros idiomáticos del antiguo hiragana. Dos versiones aparecidas en el extenso documento que le entregara Jo coincidían con pasajes conocidos del apartado, pero las seis restantes se alejaban de lo regular narrando situaciones inverosímiles a los ojos de un lector moderno del Genji. Por decir, en una se relataba un violento intercambio entre Genji y Kashiwagi al enterarse el primero de la violación a la Tercera Princesa; en otra, el primogénito de To No Chujo amenazaba de muerte a Genji en un arrebato que terminaba con el estrellamiento de un valioso jarrón contra la duela del palacio del príncipe. Lo más curioso era que a continuación se presentaban tres fragmentos idénticos salvo por el uso de variantes históricas del término "jarrón" o sus equivalentes. Estudiadas a fondo, las variantes reflejaban distintas etapas de composición que iban del siglo XII al XVIII. Una de ellas era inclasificable por incongruencias obvias, y otro más de los fragmentos no tenía relación con el argumento salvo por la mención de Kashiwagi y de un jarrón reparado con oro al estilo *kintsugi*, lo que dejaba en claro que se trataba de una redacción posterior al siglo XV. Así se extendió el sabio en detalles sorprendentes que los vocablos, la estructura, la sintaxis y la historia exhibían por contraste. Al final de su intervención el acompañante de Jo hizo hincapié en el único waka que se citaba en el escrito. Nada similar había encontrado en fuentes japonesas, chinas o coreanas. Se refería a la extraña noción de que un espíritu agreste pudiera soterrarse en un yorishiro como si fuera kami primordial. Carnavalesco, de acuerdo. Ahora bien: ¿de dónde había sacado yo todo eso? Si tenía las fuentes originales poseía yo un tesoro excepcional que pertenecía a todos los japoneses. "Si no, me cuidaría las espaldas día y noche porque estos fríos vienen de otros inviernos", dijo. Son voces que hablan cuando ya no deberían hacerlo y esto revienta el orden del mundo. "Si te decides a hablar, hazlo primero conmigo", pidió el sabio colocando su mano sobre la mía como un padre cariñoso. "Eres el alma

más solitaria que me he encontrado jamás", terminó diciendo con profunda ternura, una que no he vuelto a encontrar salvo en la voz de Yumiko.

Cierto. Ahora que el joven lo pensaba bien, la primera idea en venir a la mente al encontrarse con el astrofísico Hayashi era la soledad. La inteligencia, la severidad, el malhumor ocasional, su memoria, la precisión de sus cálculos mentales pasaban a segundo plano al verlo por los jardines, por los pasillos extraviado en sus especulaciones, solo, siempre solo. Igual que Fujiwara. Ninguno era consciente de su soledad ni la sufría por considerarla un estado natural de las cosas, pero esa noche la del anfitrión helaba. No había manera de acompañarla y menos de negarla. Era una condena, como afirmaba el pueblo llano sabiéndole a la vida cosas que otros mejor dotados ignoran. Una condena sin delito que le diera cuerpo a no ser que la diferencia en sí lo fuera. La monserga de ser distinto lo regía como madrastra extremando el aislamiento. A ambos. Porque Kashiwagi notaba en el otro lo que el otro había notado en él desde el principio. Gemelos por gigantismo, como esas estrellas descomunales. Y solos a pesar de todo.

Desde la cálida esfera de la normalidad, los amigos (recordemos que ya lo eran) parecían acompañarse mas no: se atestiguaban. Nadie mejor que Hayashi para dar fe de Fujiwara y nadie mejor que Fujiwara para interpretar al colega hermético que dejaba de serlo en ese día excepcional. ¿Quiénes, si no? Acaso los monjes, ubicados en el otro extremo de la misma escala, podían notarles las peculiaridades a estos dos por hallarse a una distancia tan grande de la misma inmensidad. También ellos eran solitarios que hacían por tocarse sin lograrlo. Deambulaban por el cosmos buscando lo mismo que los físicos pero vestidos con indumentarias simbólicas. Polos opuestos de la misma esfera, los religiosos y los de ciencia le encuentran cinco pies al gato y ninguno sabe qué hacer con el sobrante.

—¿Qué hubieras hecho en mi lugar? —preguntó retóricamente Hayashi sin esperar una respuesta—. El sabio confirmaba el absurdo de ser habitado por algo que no debía estar ahí. El intruso iba y venía sin que yo me diera cuenta y eso me restaba humanidad, porque el hombre no está hecho para ser más de uno sin convertirse en un caso clínico y yo estaba a punto de serlo. Mi cabeza, densa como pirita, se quebraba de tanto absurdo. Por una parte, yo me había convertido en el ikiryo que atormentaba a mi esposa, y por la otra, un onryo se cebaba en mí. ¿En dónde quedaba Chushiro cuando las cosas estas merodeaban? ¿Era yo paranoide y el monje esquizoide? ¿Le sobraba el tornillo que me faltaba

o nos faltaba a ambos? El quinto pie del gato me volvía loco sin que pudiera apoyarme en mi esposa. Y sin ella, ¿qué hacer? ¿A quién acudir? ¿En busca de qué? Si por casualidad daba con algo similar a una respuesta, la pregunta se multiplicaba en vez de cancelarse. Eso sí: el universo nuevo al que se enfrentaba mi realidad era fértil. Me permitía quitar capas renegridas a lo comúnmente aceptado para analizarlo bajo una óptica nueva. Sin embargo, esa nueva óptica tardaba en explicarme las líneas generales de su interpretación y sin ese código la fertilidad en potencia se tornaba estéril. Me refiero al ámbito personal, el que asfixiaba mi vida con Manami. El laboral seguía con su trillada ruta de éxito. Mi vida transcurría a dos velocidades distintas que parecían llevar en direcciones opuestas. La situación de mi esposa era justo la misma: el desvarío blandengue por un lado y la estela del reconocimiento por el otro, también blandengue pero con pretensiones. Piénselo, Kashiwagi: cuando la ambigüedad echa sus redes ni se goza lo gozoso ni se sufre al cien por cien. Era yo un hombre partido. Siempre lo fui, pero en esa época pude reunir mis fragmentos para repasarlos con justicia. Los triunfos académicos quedaban emporcados por los fracasos personales en idéntica medida.

—Parece que cuenta las líneas generales de mi historia. Somos como esos jarrones rotos que se reparan con oro. Destacan la ruptura en vez de disimularla y eso conforta, satisface absurdamente. A veces creo que toda satisfacción es un absurdo.

—Entonces la carencia es reina y quedamos en las mismas. Y ahí vamos, Kashiwagi, saltando de una incongruencia a otra, de un imposible conceptual a otro. No sé cómo pude elegir este oficio para ganarme la vida habiendo otros más francos. Pienso en mi etapa de campesino en el rabanal del tío y se me antoja un paraíso. Dormía pesado al caer la noche en vez de velar hasta la aurora siguiente, como hago desde que el tío me regaló su camisa de gala.

—Yo nunca viví un paréntesis comparable. Lo envidio.

—El contraste redobla la angustia. No te equivoques. Ya encontrarás un buen motivo para alimentar la tuya. A todos se nos asigna alguno. A lo mejor lo tienes al alcance de la mano y pierdes el tiempo buscándolo allá arriba. Ve tú a saber. El caso es que los días iban ensanchando la distancia entre mi esposa y yo. Con tal de no abordar los temas espinosos, tapizábamos la convivencia con fórmulas de cortesía y otros disimulos. El tema de temas seguía siendo el hijo, pero ninguno lo abordaba. Un día se anunció la cuarta mola interrumpiéndole el periodo a mi tigresa. Ya nos sabíamos la película de los embarazos psicológicos,

así que fuimos al consultorio del especialista con la vergüenza de aquél al que se le descubre la misma mentira por enésima ocasión. Al principio, el médico la revisó displicente. Algo encontró que justificaba una inspección pormenorizada que duró cerca de veinte minutos. Nos tenía dos noticias, una buena y una mala. Sin darnos opción pasó a abundar en la buena: no era mola sino un embarazo genuino, el que tanto habíamos buscado. La mala: creyendo mola al niño el médico se había extralimitado en la revisión afectando el cuello del útero y poniendo en grave peligro el embarazo. Se disculpó asumiendo las consecuencias que fueran y procedió a explicar la vía de acción para casos como el nuestro. Manami tendría que guardar reposo absoluto hasta que los órganos de la criatura terminaran de formarse dándole viabilidad, a los siete u ocho meses probablemente. Necesitaría atención constante y cuidado especializado, por lo que decidimos contratar a una enfermera que acabó quedándose en la casa encargada del servicio. Es la jorobada que nos ha atendido cuando Yumiko lo permite. Ella cuidó de Manami con un esmero irreprochable, pero ni así contuvimos la desgracia. Nuestro primogénito murió a los cinco meses de gestado. Era un niño. Manami, por miedo al desenlace que de todos modos tuvo lugar, se aferraba en ponerle Kashiwagi. Decía una y otra vez que era la única forma de calmar a Rokujo sin que yo encontrara forma de serenarla. Ya se sospechaba lo del aborto venidero y trataba de evitarlo con desesperación. Pobrecita mi tigresa. Nunca recuperó el color. Fue desde entonces una sombra de sí. Atardeció en su ánimo y sus ojos ya no sonrieron ni casualmente. Una parte de mí se resignó a perderla sin estar seguro de haberla tenido. La otra creía recuperable lo perdido. ¿A cuál hacerle caso? La esperanzada tuvo razón. Aunque la palidez ya fue perenne según decía, parte de su vitalidad sobrevivió al episodio. Para no hacerle el cuento aún más largo de lo que ya es, le adelanto que medio año más tarde volvía la tigresa a quedar embarazada. Hay algo en la pulsión vital que no se muere tan fácilmente aunque uno lo dé por perdido. Las mujeres lo saben; nosotros no. Mi sorpresa era mayor que la suya. Yo insistía en cambiar de ginecólogo en vista del desastre anterior, pero Manami desoyó confiando de nuevo su cuidado al incapaz, que en esta ocasión se cuidó de los excesos y trató a mi esposa con esmero. El embarazo era casi milagroso tomando en cuenta los antecedentes de las molas. Una sola era bastante para dificultar los embarazos subsecuentes o para impedirlos de plano y mi Manami había padecido tres. Las posibilidades de tener un embarazo normal luego de tres molas y un aborto eran prácticamente nulas, pero sabemos por el

oficio que todo puede pasar y a veces pasa. La criatura se lograba conforme mi esposa se malograba, pero nadie sabía de esto último. Contra el pronóstico de Manami, nació una niña. Respiré aliviado al no tener que llamarla Kashiwagi. Yumiko es un nombre hermoso. ¿No le parece? Manami lo eligió cuando llegamos a casa del hospital con la niña entre los brazos. Dos días después yo arrullaba a mi chiquita mientras la madre tocaba el koto a nuestro lado. Pulsó una nota larga que se interrumpió inesperadamente para dar paso a la caída. Manami quedó muerta sobre el piso. Una mezcla de sangre con saliva empezó a resbalarle de los labios. Y yo con Yumiko en los brazos. La supe muerta nada más verla. Tenía los ojos abiertos. Puse a la niña en su cuna, cerré los ojos de la tigresa y rompí a llorar hasta que el llanto análogo de la recién nacida me avisó que era tiempo de preparar el siguiente alimento y seguir adelante. Ya ves cómo son las cosas, Kashiwagi. Yo que no quería ser padre, tuve que serlo. No sé qué hubiera hecho de no ayudarme la encorvada. Le subí el sueldo para que dejara la enfermería con tal de ser la nana de Yumiko y de su padre. Le debo mucho a esa vieja buena pues la familia de mi esposa, tan dispuesta en épocas de bonanza, lo estuvo menos en la desgracia. La muerte de la hija hundió en el remolino a los padres de Manami. Yo me moría por hundirme con ellos, pero la niña era una boya que lo impedía. Maldita es la vida que se vive a fuerzas y la mía lo fue desde ese día. Nunca me recuperé. La palidez de Manami se me incrustó en la piel. La llevo puesta hasta hoy, dicen los que me conocieron antes de la calamidad. Les creo.

—Hay muertes que no podemos quitarnos de encima; se notan aunque las maquillemos. Como la edad en las mujeres guapas o la envidia en las más feas. Decía mi madre que esos muertos lo matan a uno sin darnos cuenta. Su muerte salpica.

—La muerte salpica siempre. Toda muerte. A todo lo vivo. Por eso se nos hunde un tanto el ánimo cuando nos topamos con un pajarillo muerto al andar distraídos por la calle. O con un árbol caído. Si te fijas, la muerte vive aludiendo a la vida y viceversa. Son de esas cosas que no existen sin su contraste, sin lo contrario.

—¿Hubo otra mujer después de Manami? —se atrevió a preguntar Fujiwara.

—¿Usted ha tenido otro nombre?

—Un par de apodos.

—Pues nada equivalente tuve yo desde entonces. Ni lo busqué ni llegó por sí. Hace veinte años le besé la frente por última vez en el crematorio. Una mosca nos revoloteaba sin que pudiéramos alejarla. Me

entregaron las cenizas horas después. Regresé con ellas a la casa, las dividí en dos partes, tomé una de ellas y la deposité en la hokora. El yorishiro había vuelto a su lugar quién sabe cuándo, quién sabe por qué. No estaba para azorarme por sus prestidigitaciones, así que cerré la puerta, puse los candados y sin pensarlo mucho subí al coche con la otra mitad de Manami. Hacía frío. Lloviznaba. La lluvia me acompañó fiel hasta el Biwa. Eran las tres de la tarde y con semejante clima no hallé al barquero que solía llevar a los visitantes de la orilla a la islita de Chikibu. Preguntando di al fin con un hijo del remero que aceptó llevarme por estar su padre enfermo. Sacó de entre los juncos una canoa suficiente para dos. Los tres cupimos sin problema y poco a poco nos fuimos acercando al islote. La capilla de Benzaiten lucía triste sin los adornos, sin la música, sin el gentío. Sin Manami. Dejé al remero en la orilla asegurando la canoa, fui hasta la capilla, abrí la urna, saqué la bolsita de plástico que contenía a la segunda mitad de mi esposa y recité el poema con que Manami inició su presentación aquella mañana de la ablución:

Convertido en humo…

Esparcí entonces las cenizas sin poder evitar que parte de ellas me diera en la cara. Me sacudía a ojos cerrados cuando sentí arenillas entre los dientes. Parte de la tigresa se me metía a la boca. Tragué, abrí los ojos, me despedí y vi que el hijo del barquero me ofrecía un pañuelo para terminar de limpiarme. Le adelanté el pago y la propina antes de volver a la orilla. Sentí su mirar apesadumbrado a mis espaldas mientras caminaba de vuelta al auto. La llovizna insistía en cantarme una historia triste porque, como alguien ha dicho ya con tino encomiable, el amor feliz no tiene novela.

Kashiwagi asintió. Al hacerlo creyó notar movimiento en una ventana pequeña que se veía apenas desde la mesa de trabajo. "Figuraciones", se dijo luego de esperar en vano unos segundos por si el movimiento se repetía.

—La pobre Yumiko creció sola. A los seis meses le dijo "mamá" a la criada y yo no tuve los arrestos para corregirla. La encorvada lo hizo por mí diciendo a la bebé que no, que su mamá de verdad había emprendido un viaje largo. Por supuesto que la niña no entendía de viajes pero yo sí y no se me olvidó el recurso. Funcionó hasta que Yumiko cumplió cuatro años. Era vivaz y no se tragaba el cuento del viaje interminable. No del todo. Un día me animé a explicarle el difícil

tema de la muerte. Lo hice mal, pero ella entendió rápido facilitándome las cosas. Así lo creí porque la niña no volvió a preguntar por la mamá en un par de años. Había cumplido seis cuando se apareció de madrugada aquí en la biblioteca. Venía descalza, con los piececitos enlodados. Muy tranquila me avisó de una música que no la dejaba dormir. No le puse mucha atención al comentario pues, como buen papá, me angustiaba que la niña fuera a enfermarse por salir de la cama a esas horas y sin las pantuflas obligatorias. La cargué y regresamos a la casa. La metí a bañar y le di unos minutos para que se enjabonara sola, lo que solía dar a Yumiko una sensación de independencia. Mientras esperaba, escuché una nota breve seguida por otra larga. El sonido del koto reverberaba por la casa entera sin molestar. Era imposible saber de dónde venía porque llegaba de todas partes. Eso era completamente nuevo para mí y creo que lo hubiera sido para cualquiera. Imagínate un sonido que no llega de aquí o de allá sino desde todos los puntos en simultáneo. La mente recurre a lo conocido y seguro que te lo representas como venido de numerosas bocinas, mas te equivocas, amigo querido. Las bocinas, por cerca o bien ubicadas que estén, proyectan el sonido desde una dirección a otra, pero el de esa noche no iba de aquí para allá o a la inversa. Surgía de todas partes y resonaba sin distingos para luego esfumarse a la derecha, por la izquierda, hacia arriba y hacia abajo, todo al mismo tiempo, todo en un instante. No sé tú, pero yo no puedo comenzar a definir algo que no tiene nombre. Hasta un número aleatorio vale, pero la cosa ha de ser nombrada. Lo de esa noche era "omnisonancia". Con eso te digo todo. Una fabulosa omnisonancia. ¿Te acuerdas de la desquiciante omnipresencia del yorishiro el día que se le presentó a Manami? Pues la sensación de incredulidad era igual o mayor ante el koto omnisonante. La ilusión se mezclaba con el miedo. Era ella. ¿Por qué así? ¿Era ella? En fin, que las preguntas engendraban preguntas y no respuestas. Como en una teología. Como la física cuántica. La voz de Yumiko me sacó del remolino que me hundía en la confusión y el sinsentido. Había terminado de enjabonarse y esperaba a que le revisara el enjuague. Lo hice, la sequé y entonces me di cuenta de que el sonido se acallaba. Yumiko no parecía acordarse de eso que la había sacado de la cama y yo hablé de otras cosas para distraerla. Lo logré hasta cierto punto, pues al arroparla luego del baño la niña preguntó de la nada: "¿Quién es Kashiwagi?" Tardé unos segundos en salir del asombro y respondí que se trataba de un nombre como cualquier otro. La niña me miró con una condescendencia que yo asumía imposible a esa edad y comenzó a aplaudir como lo haría un devoto del shinto para alejar a los

malos espíritus antes de encomendarse. Yo no le había enseñado a hacer esas cosas. Di por hecho que la criada era la causa y me retiré de la habitación de la niña dejándola tranquila. Imposible dormir esa noche. No es que tuviera miedo. Necesitaba tiempo para ajustarle las tuercas al mundo conocido. Créeme: es más complejo de lo que parece, sobre todo para un hombre como yo. Como nosotros.

—Lo mismo siento en este momento. Su historia me da vueltas por la cabeza sin darme tiempo para considerar qué hacer con ella. Es un vértigo. Si no fuera usted quien me la cuenta…

—¿Te habrías ido ya riéndote de mí? ¿Pensarías que soy un loco presumiendo su juguete favorito? No podría culparte. El peso de toda esta insensatez ha estado muy cerca de doblarme varias veces. Tener que soportarlo solo ha sido tan difícil como la situación en sí, aunque ahora que Yumiko es una mujer y yo me he retirado, las cosas van por un camino muy distinto al de hace años. En retrospectiva, no entiendo cómo pude sobrellevar esa forma de vida sin alguien que me ayudara fuera de la enfermera. Su trabajo fue impecable. Ella misma sugirió conseguir a Yumiko un tutor que pudiera ayudarle en los estudios, pues para eso la mujer no se sentía capaz. La escuela me ayudó a resolver el problema dejando que la niña se quedara por las tardes en un programa de apoyo académico centrado en la supervisión de los deberes. Funcionó bien. Al salir de la universidad pasaba por Yumiko, le compraba alguna golosina o juguete y nos íbamos a casa en donde ya esperaba la cena y la cama bien dispuesta. A las ocho acostaba a mi chiquita y me entregaba al encierro solitario que elegimos como forma de vida ciertos insensatos. Las noches que he pasado aquí… las ideas con las que he coqueteado, Kashiwagi, podrían ocuparte la cabeza el resto de la vida. ¿Ves ese altero desordenado que está junto a la máquina de escribir? Son unas doscientas hojas de ideas aisladas que prometen si se les dedica la atención necesaria. Las más trabajadas incluyen una ruta de comprobación y algunas fórmulas que, insisto, deben atenderse con más ahínco para empezar a dar frutos. Ahí tienes una ruta crítica para la astrofísica de los próximos veinte años. Ya no me tocará a mí desenredar esa madeja.

Kashiwagi tuvo que reprimirse para no ir a ojear el altero. El estudioso se excitaba genuinamente al imaginar ese futuro delineado nada menos que por Chushiro Hayashi, el genio recóndito, pero hubiera sido de mal gusto desviar la conversación por la vía de las hipótesis coleccionadas a pesar de que el anfitrión daba pie a ello con sus devaneos. De seguir las cosas como hasta ese momento, no tardaría el

profesor en retomar el hilo de esa historia que parecía tenderse como una cuerda floja sobre el vacío. Los físicos la transitaban centímetro a centímetro basados en la confianza mutua, en la admiración irrestricta que sentían el uno por el otro a pesar de que el mayor fuera reticente al expresar la suya por el joven. Vanidades. Dejándolas a un lado, el observador neutral descubriría un vínculo nuevo que ni los protagonistas de este relato advertían todavía. Las horas de confianza y descubrimiento cambiaban en un día la nota de esa relación compleja llevándola primero a la amistad para transformarla después en intimidad. Y ahora esa intimidad se ocupaba de las personas y no exclusivamente de sus ideas. Este tránsito cotidiano para la mayoría no lo era ni en lo mínimo para Chushiro y Kashiwagi. En su caso, la valoración de las ideas obstaculizaba seriamente la valoración de las personas por mero desinterés. ¿Para qué ocuparse del mensajero si lo importante era el mensaje? Sin embargo, la sensación general de ambos en ese momento era distinta. No la reconocían. El mensaje comenzaba a adquirir sentido a partir del mensajero y no independientemente de él. Matices.

—Nos vamos llenando de madejas y al final no tenemos ni idea de qué hacer con ellas —retomó Kashiwagi—. En mi escritorio hay un altero parecido. No es que me atreva a comparar sus alcances con los míos, sino que lo entiendo. Hasta hoy entendía al profesional; empiezo a comprender al hombre que lo acompaña.

Hayashi sonrió al notar que él mismo experimentaba el aprecio inédito que el invitado describía, pero omitió expresarlo abiertamente por falta de hábito.

—Las esporádicas apariciones de la familia de Manami se fueron haciendo más frecuentes conforme la niña crecía. Mi sensación de que la culpaban por la muerte de la madre no era tan intensa como antes. Una tarde de domingo acepté que sus padres vinieran a casa para celebrarle los doce años a la niña. Además de algunas compañeritas de la escuela, invitamos a Jo, quien era lo más cercano a un amigo o pariente para mí. Entre risas y carreras infantiles me llevó el monje a un costado para comentarme que el erudito que alguna vez me había ayudado a traducir los inexplicables fragmentos relacionados con *El roble*, los que estaban escritos con mi letra, había encontrado algo excepcional en las partes más altas y antiguas de la propiedad. Entre otros objetos de enorme valor figuraban los 54 capítulos del Genji en una copia íntegra llegada probablemente del siglo XII. Además, hallaron un rollo ilustrado excepcional que parecía dar crédito a la leyenda de un supuesto capítulo

que abundaba en la muerte de Genji —dejó caer Hayashi para luego extenderse en el hallazgo del documento en hiragana—. De corroborarse esa posibilidad, estábamos ante uno de los descubrimientos literarios más importantes de todos los tiempos. Jo, su primo Mishima y el erudito del monasterio acordaron el proceso a seguir para desplegar el rollo y hacer tres copias exactas. También copiarían el original del documento anexo por triplicado y el erudito se pondría a traducir del hiragana al japones moderno. Sin embargo, la terna cometió un error que más tarde lamentarían. Por iniciativa de Mishima habían conseguido la asesoría de ciertos conocedores entre los que se encontraba un representante personal del emperador. Lo que en principio parecía una buena idea terminó siendo nefasta, pues el funcionario de Hiroito decomisó los 54 libros de la colección maravillosa, compró las joyas más valiosas para el imperio y se fue sin saber del rollo ni del documento, pero sospechando que no le habían revelado la verdadera magnitud del hallazgo. Celoso como un perro de presa, el funcionario llevó sus inquietudes hasta el emperador, quien encontró justificadas las reservas de su empleado y ordenó un cateo judicial al monasterio para aclarar las cosas. El traductor había anticipado esta posibilidad, por lo que a la llegada de las autoridades los tesoros clandestinos estaban bien ocultos en algún recoveco del Monte Hiei. Las dos o tres personas que por su cercanía con Mishima sabían del hallazgo eran de toda confianza y nada había que temer, pero nunca se sabe. Muerto Mishima las lealtades ya no serían tan extremas como al tenerlo vivo, temía Jo. Además, las condiciones en la montaña distaban de ser ideales para conservar el documento, oculto por siglos en un arcón de cedro de Líbano. Jo sabía que Manami guardaba los instrumentos antiguos más valiosos en un cuarto climatizado y con humedad controlada. ¿Podía ayudarlos a resguardar correctamente la joya? Los lectores del mundo entero me lo agradecerían mientras el hombre existiera. La cuestión era tan importante como mis investigaciones astronómicas. “Por Manami”, rogó mañosamente Jo obteniendo de mí un sí dubitativo. Ocultar al emperador bienes nacionales podía tener sus consecuencias, pero no hacerlo podía tenerlas peores. “Por Manami”, le respondí dando por sentada mi anuencia. “Bien. Vamos entonces”, dijo Jo. “¿A dónde?”, repuse previsiblemente. “El arcón está en la cajuela del coche. Contaba con tu aceptación”, aclaró Jo guiñándome un ojo. En ese momento llamaron a la puerta los tres titiriteros que había yo contratado para entretener a Yumiko y a sus amiguitas. Empezaba la función cuando Jo y yo cargábamos el pesado arcón por las escaleras sin que nadie se

percatara de la maniobra. Al monje se le escapó un suspiro al ver de nuevo el fabuloso estuche con incrustaciones que guardaba el koto de Manami. Junto a él quedó el arcón de cedro libanés conteniendo a las reliquias.

—Apuesto a que se trata de la obra número 197 de su colección, la que guarda aparte en condiciones especiales.

—Ni el ciego hubiera adivinado mejor, aunque en estricto sentido no pertenece a mi colección. Hace años que la tengo en depósito porque no hemos encontrado un lugar más seguro para conservarla. Desde aquel día no sale de esta casa por una prudencia que cada vez se parece más a una condena. El funcionario del emperador recordaba bien el arcón de cedro y notó su falta en el cateo. Eso encendió las alarmas, mismas que no se apagaron ni con los pretextos que Jo se inventó para justificar su ausencia. La famosa traducción se completó aquí mismo, en la habitación climatizada y en presencia de Jo, quien convirtió el cuidado del rollo en una cuestión personal. "Para eso vine al mundo", le gusta decir. Hasta ahora los involucrados hemos sido discretos. Cualquier error puede costar caro. Sé todo lo discreto que puedas, Kashiwagi, especialmente cuando yo ya no esté.

—¿A qué se refiere, sensei?

—A que la edad me da 89.43 por ciento más posibilidades de morir antes que tú. Puro pragmatismo.

—¿Y qué ha sido de la traducción?

—El erudito la completó y lleva ya dos años anotándola minuciosamente. También para él es la labor de una vida. Nunca hemos logrado ponernos de acuerdo sobre qué procederá una vez terminada la anotación del texto. Darlo a conocer en círculos académicos nos puede costar la libertad y el prestigio.

—Si lo hacen en Japón. Es más seguro publicarla en el extranjero. El impacto terminaría por ser idéntico y los hilos a tirar para la investigación tardarían muchísimo más en llegar hasta nosotros de ser el caso. Piénselo, maestro: si nos guardamos el dato nadie se enterará de que el texto proviene del documento y el rollo. El arcón de cedro libanés es la única referencia concreta en este embrollo y si nadie lo menciona, asunto resuelto —argumentó Fujiwara asumiéndose plenamente como parte de la estratagema.

—Tiene sentido. Ahora que lo pienso, las feministas de la compañía en Kobe han tejido una red de iguales por medio mundo. Bien podríamos aprovecharla para sacar a la luz la joya, aunque tendríamos que involucrar a más personas y eso representa un riesgo obvio. La idea

promete y bien ejecutada puede ser la solución.

—No se me ocurre otra mejor sin conocer el contenido del documento —comentó Fujiwara transformando el apunte en un velado reproche que Hayashi captó de inmediato. Se quedó pensativo unos segundos antes de responder.

—Ya te llegará el momento. Todo gira alrededor del roble. La culpa es tuya, Kashiwagi.

El recurso molestó lo suyo a Fujiwara.

—Mía y suya por tenerme aquí escuchando lo que tal vez no quiero oír.

—Pero el castigo es sólo para ti. Se dice textualmente: "Mientras exista el roble vivirá la falta y lo perseguirá el castigo. Después también". Yo nada puedo hacer.

—Desvaría.

—Desvariamos. Sabiendo lo que sabes ya nada me atañe en exclusiva.

Kashwagi omitió la respuesta. Necesitaba tiempo para pensar, para pensarse. La carga del nombre le pesaba sobre los hombros desde niño y helo aquí que siendo mayor volvía la monserga. Era como si la viuda del almirante Takata siguiera frente a él reprochándole lo irreprochable en un salón de clases improvisado en la casa paterna. La de los Fujiwara. El clan de clanes. Ni la ciencia pudo alejarlo de ese destino que la literatura le había asignado con su magia imprevisible. Porque sí: la astronomía comenzó siendo un paliativo para él, un amortiguador entre la novela esa y su vida. Funcionó, mas no lo suficiente, como una cobija demasiado corta para acalorar el cuerpo entero, como el plan que permite hacerse con la amada y no con el amor. Si Fujiwara no fuera un Fujiwara otro gallo cantaría. ¿O no? ¿Quedaría algo de él si restamos nombre y apellido? Nadie es mucho más que eso en el recuento final. Un nombre.

El de Kashiwagi Fujiwara asomó en la vida de Hayashi antes de que el hombre en sí se apareciera. De acuerdo con Chushiro, el primer aviso le había venido revisando la corta lista de alumnos inscritos en su curso de mecánica cuántica, el único que alguna vez ofreció a los estudiantes de licenciatura y eso con tal de suplir a un profesor moribundo que solía tener deferencias con él. El corazón le había dado un vuelco. Calculó las posibilidades de que un Kashiwagi Fujiwara estuviera inscrito en su curso especial y el resultado lo hizo doblarse de risa. Al conocerlo notó que el joven era inusitadamente brillante para hacer las cosas todavía más inviables desde el punto de vista estadístico. Su memoria parecía tan

buena como la del maestro y ni hablar de la capacidad para calcular mentalmente sin falla. La puso a prueba varias veces sin que el involucrado se diera cuenta. Era ingenuo y justificadamente pretencioso como todos los de su talla aunque lo disimularan. Y disimulaba mal la admiración que el maestro le inspiraba. El cuadro quedó completo al enterarse Hayashi de que el muchacho se interesaba en las hipotéticas enanas marrones igual que él. Kashiwagi Fujiwara era en todos los sentidos el hijo que hubiera querido tener en caso de desearlo. Sabemos que no lo deseaba ni remotamente, pero aun así decidió adoptarlo a su manera. Le siguió los pasos mientras terminaba la carrera y en la maestría se le metió todavía más adentro sugiriéndole cátedras, catedráticos, libros, investigaciones. Así se fabricó al asistente ideal, al que le correspondía por un derecho incomprobable pero innegable a esas alturas. Kashiwagi Fujiwara: el heredero, el adoptado. Las estrellas se alineaban entre esos dos.

Kashiwagi atribuía las deferencias a su tremenda capacidad y a los intereses comunes. No le faltaba razón, pero sí parte de la verdad como bien sabemos. A nadie extrañó que en su momento el legendario Hayashi se decantara por el joven Fujiwara para ocupar el puesto de profesor asistente e investigador, pasando por alto a candidatos también aceptables por decir lo menos. Parecían nacidos para trabajar en conjunto. Los resultados de la colaboración fueron evidentes al poco tiempo. Tres años más tarde, cuando el célebre optó por el retiro inexplicable, apoyó el nombramiento de su segundo para sustituirlo, aunque la intentona no fructificó en razón de la edad, como ya se ha dicho antes.

—Te apoyé siempre que pude, todo cuanto pude.

—Se lo agradezco desde lo más hondo. Fueron los tres mejores años de mi vida. Lo único que siempre lamentaré es que no hayan sido más. Su retiro fue un golpe inesperado para mí. Creo estar hoy en posición de reclamárselo abierta y justamente.

—Yumiko me necesitaba más que tú. Criar a una adolescente como ella no fue fácil. Es genial, volátil y guapa, una receta caótica para los años confusos, aunque todos lo fueron a su modo. Mientras fue una niña la nana pudo con el encargo, pero con el paso del tiempo Yumiko empezó a salírsele de las manos. Y a mí también. Era la época en que echamos a andar el proyecto Subaru y yo no pensaba en otra cosa. Llegaba tarde y me iba temprano. Si acaso le plantaba un beso a mi hija ya estando dormida o cerca de estarlo, lo que no favorece la convivencia. Pero eso fue sólo una parte del problema, la más previsible siendo yo

viudo. La que lo era menos empezó a asomar la cabeza pocos meses después del cumpleaños que le referí, precisamente. Las sospechas recaídas sobre el monasterio nos obligaron a extremar precauciones. Una de ellas consistía en traducir el documento aquí y no en el Hiei. Los sábados por la mañana Jo y el otro se presentaban en la casa para trabajar en la traducción del tesoro. Un mínimo de doce horas se encerraban en la habitación climatizada. A las diez u once de la mañana llegaba yo, los saludaba y me ponía a jugar con Yumiko procurando compensar el tiempo que el proyecto del telescopio me robaba. Un sábado cualquiera me encontré con que la niña, la sirvienta y los monjes improvisaban una ceremonia en el cuarto de los instrumentos. Yo había malpasado la noche contigo en la universidad y llevaba puesta todavía la ropa del día anterior. Mi aspecto debía ser desastroso luego de quién sabe cuánto tiempo de trabajo ininterrumpido, a no ser por una siesta de un par de horas que había podido sonsacarle a la interminable jornada laboral esa misma mañana, en el sofá de mi oficina. Al verme llegar, Jo me pidió silencio a señas y se apartó de los demás que, rodeando a Yumiko, repetían las oraciones que el traductor pronunciaba. Contra todo sentido común, habían prendido incienso en el conservatorio. Cada dos o tres frases el monje y la criada agitaban por lo alto unas caracolas reinas sin prestarme atención. Tampoco Yumiko hizo caso de mi llegada. Se le veía reconcentrada, con la vista perdida al frente. Así la había encontrado la nana al entrar en su cuarto a las seis de la mañana. Estaba sentada en el suelo rodeada de papeles y tenía un lápiz en la mano. Al revisar, la nana se dio cuenta de que los papeles tenían apuntes idénticos a los míos pero que salían de la mano de Yumiko en ese mismo momento. Lo escrito le resultaba incomprensible. Esperó a que los monjes llegaran unos diez minutos más tarde y los llevó al cuarto de la niña. Los religiosos tampoco lograron hacer sentido de los apuntes, pero reconocieron la anomalía que la criada les señalaba, la de mi letra. Jo y el otro sospecharon de inmediato que algo no estaba bien. La actitud de Yumiko les recordó aquella que había mostrado su madre la noche de su inesperada aparición por el monasterio y no perdieron el tiempo. Cogieron del jardín dos o tres elementos necesarios para iniciar la oración, pidieron incienso a la sirvienta y empezaron los ritos purificatorios. Luego de aproximadamente una hora mi hija se puso a acompañarlos en el canto con normalidad. Repitieron las fórmulas tradicionales cuatro veces y a mi llegada transcurría la quinta. Yumiko estaba bien aparentemente. Calma. Dócil. Entonces reparé en los papeles que seguían desperdigados por el suelo de la habitación

climatizada. Levanté tres o cuatro de las hojas y sí, era mi letra. Al analizarla vi que estaba ante los cálculos para la magnitud límite del Subaru. M = 6.8 + 5log (D). La fórmula no dejaba dudas y los cálculos mismos eran correctos. Lo sabía porque me había dormido en el sofá de la oficina repasándolos. Recordé entonces que al quedarme dormido pensé en corregir una variable dudosa y ahí la teníamos aclarada. Se me vino encima el miedo más grande: la vuelta del ikiryo. Ahí estaba otra vez la sensación demoledora de ser sustituido por una versión dudosa de mí mismo al quedarme dormido. Sentí ganas de arrojarme por el balcón al imaginar que me volvía yo ahora contra Yumiko igual que lo había hecho contra su madre por la cuestión de la paternidad, precisamente. ¿Qué clase de criatura descarriada era yo en el fondo? ¿Cómo es que no lograba anclarme a mi propio ser como cualquier otra persona? Te juro, Kashiwagi, que si no me eché a llorar ahí mismo fue porque estaba con nosotros mi Yumiko. Temía no poder aguantarme las ganas cuando ella se paró del suelo y corrió a abrazarme como cualquier otro día. Se portó como si ninguno de los monjes nos acompañara. Pidió a la nana que nos preparara el desayuno favorito de ambos y me llevó después al jardín con el pretexto de enseñarme unos brotes inesperados de *kosumosu*. Ya a solas me confesó que llevaba meses sufriendo episodios semejantes. Habían empezado a presentarse unos días después de su cumpleaños. Ella sólo recordaba ver las cosas muy distinto y tener las propias manos mucho más grandes de lo normal. De hecho, tenía la impresión de que las manazas pertenecían a otro cuerpo. Seguro pensaría que estaba loca, pero las manos eran idénticas a las mías. "Las pecas tienen la misma disposición", agregó para ser más convincente. Por esas fechas había empezado a tener un sueño recurrente en que una mujer que se decía amiga de Manami la instaba a iniciarse en el koto con las integrantes de la Compañía del Oso, "no por elección sino por destino". Yumiko mencionó a la compañía sin conocerla. Yo nunca se la había mencionado como tal, limitándome a contarle de la pasión con que su madre estudiaba la música antigua y su historia. Por supuesto que la fuente de esa información podía ser la jorobada o alguno de los monjes, pero dudaba que la mujer, Jo o el otro se dieran espontáneamente a tratarla. Evité comentar el detalle con Yumiko y los monjes me confirmaron después que no recordaban haber mencionado el nombre de la compañía en presencia de la niña. Jamás interactuaban con la joven cuando yo faltaba y no era decente ponerse a tratar temas delicados sin mi consentimiento. Sea como sea, lo sucedido encendió las alarmas que llevaban medio apagadas casi una década, igual que el viejo koto de

Manami. El instrumento había pasado años sin salir del estuche. Ante la insistencia, prometí a Yumiko encontrarle un buen maestro de koto. Por supuesto que sabía en dónde encontrarlo. O encontrarla, mejor dicho. La Facultad de Artes seguía siendo el reducto principal de la compañía en Kioto y ahí me presenté un día acabadas mis obligaciones en el observatorio. Nunca había vuelto a ver a las osas, como les decía cuando mi tigresa vivía. Me recibieron con reproches cariñosos y brazos abiertos. Lloraban seguido la partida de Manami igual que lo hacía yo. Para ellas, la tigresa era una hermana y yo su hermano por extensión. Ninguna de las osas tenía el talento de la mía para pulsarle las trece cuerdas a la reliquia. Qué va. Para prueba estaba el disco grabado con las otras dos del concierto en el Biwa. El koto de Manami parecía construido en un cielo distinto. Qué gusto daba a las amigas que la niña de la niña quisiera parecerse a su mamá. Era un regalo para ellas. Lo que sí no perdonaban era que les hubiera privado de verla crecer. No tenía derecho a hacerles algo así. Me disculpé con la *troupé* en pleno, humillando la mirada. Aceptaron las disculpas, me abrazaron y quedé en presentarles a Yumiko al sábado siguiente. Ninguna era Manami tocando el koto, pero entre todas pondrían a la niña en la dirección correcta. Nos despedimos con gran emoción. Me hicieron sentir amado. A su modo, las osas me espantaron un poquito la soledad que se me iba juntando doblándome la espalda. Por si fuera poco y sin saberlo las involucradas, me ayudaban a darle mundo a una hija que ya no se conformaba con verlo desde el interior de su castillo. Mi princesa. Era más bella todavía que la tigresa y apenas dejaba de ser una niña —afirmó orgulloso Hayashi haciendo que, por instinto, el invitado echara un vistazo alrededor, aun sabiendo que la chica no estaba con ellos—. Llegó el sábado siguiente. Yumiko estaba emocionada. Pidió que se la vistiera con uchikis de colores apropiados para las ocasiones especiales. La noche anterior habíamos estado revisando el koto de la madre, que llevaba años sin salir del famoso estuche, y desde entonces mi hija se encargó de él permitiéndome apenas un poco de ayuda para llevarlo del auto al cubil de las osas. Nos esperaban vestidas de gala para la ocasión, lo que me enterneció al instante. Una nueva integrante de la agrupación a la que no conocía fue la encargada de darnos un discurso formal de bienvenida. Se llamaba Ichika Goto. Era unos diez años mayor que Yumiko e hija de un importante hombre de negocios. Se había casado unos meses antes con el dueño de un peculiar establecimiento dedicado a la venta de alcohol y antigüedades en el barrio de Gion, sitio que se había convertido en una especie de sede alterna de la compañía cuando las

instalaciones de la universidad no les convenían o no estaban disponibles. Sasuke Goto se llamaba el marido y lo menciono porque el hombre y su mujer tendrían un ascendiente muy especial para Yumiko. No es que el tipo fuera mi amigo, pero no me molestaba tomar un café con él mientras su mujer y mi hija se dedicaban al koto en el tapanco del negocio. Era un hombre interesante, ilustrado, de mediana lucidez y trato excepcional. Solía conversar con el suegro en la barra del local y yo me les unía de buena gana cuando coincidía con ellos. El vínculo entre Ichika y Yumiko nació fuerte. Desde su discurso de bienvenida noté en la mirada de mi hija un brillo especial, ese que se presenta sólo cuando estamos en el lugar correcto en el momento exacto. Ichika era la mejor ejecutante del grupo y, aunque nunca estaría a la altura de Manami (sus palabras, no las mías), sería la guía para Yumiko en los primeros años de aprendizaje. Más que una maestra fue la madre que le faltaba a mi pequeña. Trataba a la mía como si lo fuera. Yo estaba encantado con la nueva amiga de la niña, a no ser por un par de situaciones que revelaban extremismo en los temas feministas, tan caros a las damas de la compañía. Tampoco me hacía gracia el tenor cada vez más concentrado en la religión antigua; resultaba dominante comparado con el de antes, pero después de todo lo sucedido yo tampoco me parecía al que se había encontrado con Manami una mañana en la Facultad de Ciencias. El caso es que las reservas fueron cediendo a la confianza. Tenía su lógica: la Compañía del Oso hizo sentir especial a mi hija. La trataron como si por nacimiento tuviera derecho a algo y esas cosas calan hondo en la formación. Nunca fue una extraña entre las osas y yo nunca había dejado de serlo al cien por ciento, así que poco a poco me fui apartando de ese mundo para dejar que Yumiko lo viviera en plenitud. Ella iba necesitando su espacio y yo me sentía a gusto recuperando el mío. En general, mi sensación en esa época era de alivio. Ichika y las osas me relevaban a ratos de una carga muy pesada para un solitario. Su irrupción en la vida de Yumiko iluminaba, como el primer rayo de luz que se cuela entre las cortinas pasada una noche difícil de observación reconcentrada. Tenía esperanza. No sé bien en qué, pero la tenía. El ikiryo, mi abyección, pertenecía a una vida pasada, caduca por inverosímil, lo mismo que el yorishiro. La piedra daba la impresión de haberse convertido al fin en una, inerte de verdad, pesada e indiferente desde que la mitad de las cenizas de Manami habían entrado a la hokora. Hacía tanto que no me angustiaba pensando en el meteorito… Fueron buenos tiempos. Se respiraba ancho. Se caminaba largo. Se miraba alto. La bonanza quedaba acentuada al constatar azorados el

talento innato de Yumiko. Día a día mostraba ser digna cachorra de la tigresa. El avance en la técnica interpretativa era abrumador para las demás. Las osas que habían escuchado a Manami (casi todas) coincidían en que Yumiko había venido al mundo para transformarlo en belleza, en sublimidad. Si entendía así el instrumento a los meses de empezar, imagínate lo que podía esperarse conforme la práctica fuera asentándosele en el alma. Porque los instrumentos todos se tocan con el alma y no con el cuerpo, pero dejemos el tema para otra ocasión porque no quiero desviarme.

Fujiwara asintió agradeciendo el nuevo tono que el entusiasmo de Hayashi daba a la conversación. Era como si efectivamente se librara de una herrumbre que lo anquilosaba, como si dejara atrás pesos muertos que entorpecían la marcha de las cosas. La nueva vida de Yumiko se proyectaba en la de su padre sin importar que hubieran transcurrido diez años de aquella bienvenida de las osas en la Facultad de Artes.

—Tres veces a la semana se veía mi hija con la tutora en la universidad y los sábados improvisaban en el negocio del marido. A veces me costaba trabajo prestar atención a la conversación de Goto o de su suegro, Tadao, por lo difícil que era escuchar a las mujeres sin extraviarse en esas zonas liminares a las que sólo se llega a través del arte. Las sesiones de improvisación comenzaban desde las ocho de la mañana, por lo que no había en el establecimiento clientes habituales que nos distrajeran de lo que tramaban esas dos en el tapanco. Las notas cancelaban el sinsentido que afea a los bares por las mañanas. Goto nos halagaba con un café de altura jamaiquino que echaba a andar la conversación en un parpadeo. Estimulaba sin angustiar con la inocencia del tabaco. Con ellos me enseñé a fumar a destiempo. Fue divertido hacerle al jovenzuelo en ese café-bar-museo-tienda de antigüedades que también era sala de conciertos. El aislamiento, connatural en mí y aprendido en Yumiko, salía de nuestras vidas expulsado por las mujeres de la compañía y por esos dos tan divertidos en la conversación seria o en la charla casual. Por cierto, querido Kashiwagi: Ichika era la nieta del famoso profesor de literatura y poesía antigua que ya ha salido a relucir un par de veces en la conversación, el que inspiraba también al grupo de tu madre. Te será familiar la devoción con que se refieren a él quienes lo conocieron. Todos insisten en que nadie enseñaba la letra tan bien y hondo como él. Lo lastraba un nacionalismo que terminó siendo su perdición y la de la familia entera. Su suicidio estremeció a la compañía. No hace falta ser muy ducho para adivinar que su nieta Ichika quedó afectada por la tragedia repentina, más incluso que Tadao siendo el hijo.

Es fácil saber por qué: el viejo se había dado muerte reclamando los planes de boda de la hermana mayor de Ichika, quien de todos modos acabó casada con un militar italiano y viviendo en el extranjero, la peor pesadilla para un círculo denodadamente conservador. Tadao no sentía la reverencia de otros por el viejo loco. Lo había padecido más que gozado durante su vida y la falta le venía mejor que a las otras. Lo más curioso es que con el paso del tiempo me enteré de que el famoso Tadao también estaba relacionado con el monasterio, los monjes y Mishima, esa estrella alrededor de la cual parecían girar las cosas en última instancia. En una ocasión, a cuento de nada, mencioné a la Sociedad del Escudo, la Tatenokai fundada por el novelista, pero la cosa no pasó de ahí por una reserva que de pronto invadió a Goto y a su suegro. No quise averiguar y Goto tampoco estaba ansioso por explicarse. Mejor me rellenó la taza con Blue Mountain y aguzó el oído para deleitarse con la práctica de las chicas. Formidables las dos —remató Hayashi extraviando la mirada en los anaqueles que tenía enfrente como si allí estuvieran las aludidas pulsando las cuerdas a los días. Se le notaba menos atribulado que unos momentos atrás, como sucede con las personas que calman la sed después de aguantarla mucho tiempo. Eran las nueve de la noche. A pesar de ello, la pausa en el consumo del alcohol y la camaradería brindaban un segundo aire a los conversadores. La noche era joven y por ello trataba con desdén al viejo día que se les iba.

La memoria de Kashiwagi se extraviaba por rumbos distintos luego de aquella nueva alusión al nacionalista suicida. Su forma de ver las cosas había transformado radicalmente a las mujeres del grupo de la madre y eso terminó por definir también la vida de sus hijos. Si Hayashi parecía buscar a Ichika y Yumiko en los anaqueles que tenía enfrente, Fujiwara daba la impresión de estar otra vez en el salón de clases improvisado en la estancia de la casa paterna. Escudriñaba en los recuerdos por estar seguro de haber visto no una sino varias veces a Ichika, la desafortunada nieta del energúmeno. Nunca la trató personalmente a pesar de tener más o menos la misma edad que él pues no se mezclaba con los demás niños ni a la hora del descanso que se permitían cada tres horas de clases. La niña los miraba desde un rincón mientras jugaban sin que ninguna de las otras chiquillas se le acercara. Era distante, reservada. Solía tener en las manos una manzana que jamás mordía. Le clavaba la vista para ausentarse debidamente cuando las clases aburrían más de lo habitual. La niña daba la impresión de hacer un esfuerzo sobrehumano por meterse en la fruta y desaparecer de la

vista de todos. Su timidez no menguaba ni ante los temas entretenidos, como la vida animal o las discusiones sobre la tradición olímpica en la patria, por ejemplo. Pensándolo bien después de tantos años, la reserva de Ichika no necesariamente dependía de su carácter, sino del hecho de ser ella para los demás estudiantes una oyente excepcional y no una compañera que asistía todos los días como cualquiera. Entre los niños, la de la manzana era un enigma que ninguno quería investigar, un enigma que volvía a presentarse ante Kashiwagi inesperadamente. Por un instante creyó sentir los ojos de la pequeña aprendiz en la piel de la nuca y se estremeció. Echó un vistazo a sus espaldas por si acaso. Vaya sorpresa el recordarla en esa ocasión especial. Llevaba un par de décadas extraviada en las escenas de infancia, colateral, aleatoria. Su presencia había sido música de fondo, esa que nadie puede o quiere recordar por desgana, y ahora volvía protagónica, convertida en el único vínculo real, palpable, de dos historias que convergían desde quién sabe cuándo. El detalle lo cambiaba todo. Probaba de alguna manera que el universo estrambótico de Chushiro Hayashi alternaba realmente con el de Kashiwagi Fujiwara. El relato en abstracto pasaba a tener cuerpo y cara. Lo tocaba. Y con ese cuerpo y esa cara asomaban al presente escenas perdidas, olvidadas, igual que surgen de las inundaciones objetos flotantes que sepa dios de dónde vienen pero que calan, pero que aprietan como tuercas del pasado enroscándose en el hoy. En resumen, Ichika corroboraba a su manera la historia que el legendario Hayashi espetaba a su discípulo como si la mereciera, como si le correspondiera. El testigo de la vivencia ajena protagonizaba los hechos por azar. La maestra de Yumiko le daba la mano a la niña de la manzana y entre las dos se inventaban un mundo común diseñado en exclusiva para el principal Fujiwara del linaje. Porque eso era en el fondo el astrofísico más joven: *el* Fujiwara. El de cepa. Así se le trataba en el círculo familiar, en el formativo. Él era distinto. Tan distinto a los demás como la tímida Ichika, como la dotada Yumiko o el calamitoso Hayashi. En un instante Kashiwagi entró de lleno al relato del maestro, protagonista, exultante, de pleno derecho. El observador imparcial era ya innecesario. Hasta idiota si se quiere. Cada arista del cuento ese se tornaba personal, igual que sucede con los síntomas de una enfermedad si quien escucha su enumeración los padece. Y con este ensanchamiento se ensanchaba también el contexto del relato. El *Genji monogatari* se expandía engulléndolo como si fuera una gigante roja que en el trance de muerte arrastra también a todo aquello que la rodea. Como el arte genuino con los espíritus afines. El Genji de la vida entera, el que le había dado

nombre igual que un padre, trababa conocimiento con el Genji del otro, el impuesto por los hados se quiera o no la imposición. Caras distintas del mismo dado, mínimo común múltiplo de dos números naturales. Eso era el Genji en el caso de esos dos y en cualquier otra cosa podía convertirse adaptándose al destino de quien fuera, que para eso había nacido la joya literaria, para eso la había fundido en oro la Shikibu al calor de los versos, del amor, de la traición, de la muerte. Un ikiryo lanzado por la autora desde su Heian hasta el fin de los tiempos. Eso era *La novela de Genji* para el que se atreviera o para los indiciados. Un mapa del mundo dibujado cuando el mundo todavía no lo era. Mundo de mundos el Genji. Talismán. Recodo. Jardín. Tesoro del cofre que Japón abría al mundo con un retraso injustificable y una refulgencia enceguecedora. Por ese mundo transitaban no sólo los personajes de su autora sino las almas de los lectores que la novela iba atrapando por los siglos negándoles luego la salida.

Habló entonces Kashiwagi alentado por esta nueva perspectiva de las cosas. Agregaba su parte de la historia, sus números a ese dado que el mentor había echado a rodar desde la mañana. Lo enteró así de la fantástica coincidencia entre Ichika y la niña de la manzana, le contó sin falsas modestias el tratamiento regio del que fuera objeto por parte de su madre y de las demás alumnas del suicida. Copa en mano otra vez brindó para seguir adelante sin dejar que Hayashi lo impidiera con la verborrea a la que tendía después de callarse tanto por tanto tiempo. Era su turno y era fascinante. Habitando el Genji, también Kashiwagi podía sorprender, embelesar y cautivar. Descubrir. Más que el mismo Hayashi, quien en última instancia se presentaba al relato siendo advenedizo por más que 197 volúmenes quisieran otorgarle credenciales. El Fujiwara que tomaba la palabra iba cobrando la legitimidad que le correspondía. Alguna autoridad inexcusable e incuestionable iba guiándole los pasos. Genji, To No Chujo, las princesas, los emperadores, sus mujeres, los bribones y la caterva de personajes circunstanciales cobraban sentido único al entintar el relato de Kashiwagi, dando un colorido rotundamente nuevo a los temas que la pareja venía tratando con una cautela que ya no los amordazaba. Los pasajes literarios conmovían la vida del niño, del joven y del adulto Kashiwagi igual que habían trastornado a su manera la vida áspera del mentor. “El nombre es tu yorishiro”, afirmó lúcido Hayashi en un momento dado. “Ni lo entiendes ni te puedes librar de él.” Era prácticamente lo mismo que le dijera la viuda de Takata valiéndose de referentes distintos al yorishiro, que no le faltaban a la mujer, por cierto. La maestra sabía su juego de

maga, no lo olvidemos. El shinto más primitivo la asistía y podía demostrarlo en segundos si se le daba la gana. ¿Qué no? Entonces algo se presentaba; lo imposible sucedía. Y no una vez sino muchísimas, tantas que al cabo las demás del grupo exigieron a la gorda que parara, pues asustaba a los niños sin enseñarles gran cosa. Ahora que lo pensaba, ella fue la primera en sugerir que había venido a la Tierra para mirar el cielo y desde entonces le entraron en la vida los astros, los cálculos, las partículas, las ondas gravitatorias, la materia oscura y su luz enrevesada. Le contó también al maestro el alivio que representó salir del encierro en casa para asistir a la escuela común. Le hacía ilusión relacionarse con otros muchachos en un contexto normal, pero la escuela pública no fue la respuesta a dicha necesidad. Los compañeros, siempre pendientes de las diferencias, convirtieron su inteligencia privilegiada en un anatema. En menos de un año se integró mejor a una escuela especializada en niños como él. La verdad es que la escuela era un estorbo. Habría llegado igualmente lejos estudiando por sí y apoyándose en uno que otro conocedor. Hayashi lo entendía, aunque la escuela pública en los años previos y posteriores a la guerra no era semejante a la que Kashiwagi atacaba. En justicia, ambos sistemas habían logrado detectarlos para aprovechar el potencial. Eso sí: Kashiwagi parecía impulsado por sus dotes mientras que Chushiro las empujaba. La cuna imponía diferencias que ni el genio terminaba de subsanar. "Haga lo que haga lo haré viniendo de donde vengo", sentenció Hayashi con ese toque de rencor social que mal disimulan quienes vienen desde abajo.

—La suerte es el oro del universo, sensei.

—Abunda por todas partes. Tanto hay en el cosmos que no sabemos de dónde puede venir. Y aquí migajas —repuso Hayashi insistiendo en la queja fundamental.

Pero pronto dejaron atrás el escollo para solazarse en su respectivo despertar al mundo mediante la ciencia. "A mí me sacó del Genji y a usted lo metió en él." La paradoja dejó meditabundo a Hayashi, pero no lo suficiente como para desoír los pormenores de una vida que se le iba extendiendo enfrente como un paisaje llano. El gremio, los celos inevitables de sus protagonistas, la competencia furibunda por la publicación, los plagios y las limitaciones obvias de ciertos colegas los tuvieron ocupados hasta que, luego de un silencio inusitadamente largo y rompiendo con el tono desenfadado que adquiría la conversación, Hayashi preguntó cauto si el invitado querría familiarizarse con la traducción que el monje erudito había realizado invirtiendo años de trabajo. Las notas eran un deleite a pesar de no haber sido completadas,

lo que no obstaba pues la traducción íntegra se explicaba por sí sola teniendo el lector la talla y los antecedentes de Kashiwagi. Era su decisión, su derecho como cabeza del genuino clan Fujiwara ahora que su padre estaba muerto. En un instante se le vino encima a Kashiwagi esa parte de la vida que creía enterrada en la infancia. Alrededor de veinte años había invertido en hacer las paces con su historia y ahora le proponían romper el armisticio. Sintió que los inciensos de la viuda Takata se le metían por la nariz como antes en la sala de la casa. Las nueve letras del nombre se le revolvieron por la impresión. Una cosa era conocer al yorishiro y otra meterse con el mensaje de los siglos. Si es que lo era el texto ése. Porque vadeando entre mil veranos cualquiera pudo arrancar una esquirla al genio de Shikibu para hacerse pasar por ella. Ni el filólogo mejor calificado podía estar seguro de que *Esfumado…* era un camelo o lo contrario. La superstición, los deberes de clase, el recato, el azar o el capricho podían ser argumentos para clasificarlo en uno u otro sentido. A decir verdad, algo en él se tambaleaba. Un "sí" entrañaba la posibilidad de abrir la caja de Pandora, como lo había hecho sin querer el rabanero con Hayashi. El "no" revelaba un miedo que Kashiwagi había negado sistemáticamente para distinguirse de su propio padre: ¿estaba a la altura de su nombre o la sangre Fujiwara había diluido rojos hasta confundirse con el agua? Hayashi le dio tiempo para pensar. Entendía el dilema a pesar de serle ajeno el asunto de la sangre. Para él, abrirle la posibilidad a Kashiwagi equivalía a cerrar el propio ciclo. Si alguna cuenta debía arreglar el alumno consigo mismo o con Rokujo o con el kami o con Shikibu, la decisión le correspondía. Hayashi había tomado las suyas para bien o para mal. Ahora le tocaba facilitar la decisión ajena nada más. Desde hace años sospechaba que Kashiwagi diría "sí" y estaba dispuesto a aguardar un poco más para constatarlo. Al verlo titubear supo que era uno de los suyos, un cómplice más de Shikibu y su creación o de Genji y su invento, porque nadie puede estar seguro de quién originó a quién, si el resplandeciente a su autora o la autora al resplandeciente. Existiendo o no, Murasaki Shikibu sugería que el creador y la creación eran lo mismo, igual que el descubrimiento y el descubridor pensando en la ciencia o el traidor y la traición hablando de inopias. El quién y el qué se sellaban con el mismo cuño. La moneda estaba en el aire igual que el gato de Schrödinger en la caja. Los desenlaces coexistían en un estado de superposición indeterminada. Después de tanto calcularlo, el pobre Kashiwagi aceptó sin saber muy bien por qué. La suerte estaba echada. El mundo volvía a rodar en su sentido inalterable como si el futuro mismo no hubiera dependido por

un instante de Fujiwara. Se arrepintió sin expresarlo igual que sucedía siempre que aceptaba compenetrarse en algo.

Hayashi se incorporó, fue hasta el telescopio, espió por el ocular, ajustó una perilla de movimiento fino, constató la mejora y se dirigió a la puerta de la biblioteca seguro de que el invitado lo seguía. La noche cerrada daba a la vereda una sobriedad inquietante. La fiesta de colores, aromas, zumbidos y vientos se amalgamaba en una negrura casi completa a no ser por los destellos de dos linternas *yamadoro* que alguien había encendido en previsión. El camino a la terraza pareció doblemente largo a Kashiwagi. En un momento se imaginó perdiéndose en la negrura del jardín estacional para eludir lo pactado y sonrió sabiéndose incapaz. Volteó hacia el punto en que estaba la hokora y extrañó poder echarle un vistazo, así fuera a la distancia. El yorishiro dormía a juzgar por la falta de viento. La terraza le velaba el sueño como una vieja que teje en paz para el nieto favorito. Conforme Hayashi encendía las luces, la casa fue revelándose inusualmente vacía. Ni Yumiko ni la criada estaban a la vista. ¿Seguiría Manami vagando por el jardín? La pregunta en sí lo hubiera ofendido el día anterior, pero ya no se parecía al de antes. Ya no creía en lo mismo. Si alguien hubiera preguntado a Kashiwagi en qué consistía el cambio diría que la balanza dejaba de inclinarse por el libre albedrío para hacerlo en favor del determinismo. En cualquier caso, el Kashiwagi de esa noche se sentía más entero que el de antes no obstante el miedo, al menos hasta que su anfitrión sacó de por ahí los vasos que Manami les sirviera cuando el sol caía a plomo todavía. "¿Algo de comer?", preguntó ese Virgilio mostrándole una bolsa de frituras abierta que no estimuló los antojos del visitante. Contento con la negativa, Hayashi echó a andar, subió las escaleras, avanzó por un pasillo no muy largo rematado en una puerta de cedro y se detuvo frente a ella en busca del manojo de llaves que lo acompañaba a todas partes. Buscó la indicada, la introdujo en la chapa y al girarla adentró a Fujiwara en una aventura que parecía diseñada para él por alguna voluntad indefinible. La temperatura era unos cuatro grados menor a la ambiental en esa habitación mediana, elegante con su tatami y los cinco cojines de paja de arroz que la adornaban. No tenía ventanas ni otras puertas salvo las de un gran armario que ocupaba el flanco derecho por entero. Vuelta al llavero y entonces supo Kashiwagi por qué tanto alboroto con el estuche del koto de Manami. Si por él fuera se hubiera puesto a acariciarlo en el instante. Costaba quitarle los ojos de encima a esa pieza monumental adornada con tres garzas: dos en vuelo y otra que miraba desde un nido mucho más cerca del suelo. "La música en

volandas", se dijo Kashiwagi fascinado por la escena, pero el encanto se acentuó cuando el mayor abrió el estuche. En nada semejaba el instrumento a su habitáculo. Era de una sencillez flagrante, convincente. La laca estaba deslucida en donde el roce era costumbre; nadie había hecho por repararla. Afortunadamente. Los puentes de marfil contrastaban bellamente con la pintura estropeada haciéndola lucir como carey y no como la madera de paulonia imperial con que estaba hecho en realidad, mucho más vieja ya que el árbol mismo cuando fue cortado para elaborar la joya.

—Cuatro siglos dando voz a lo que un hombre no puede expresar de otra manera, porque la música subsana parte de esa mudez fundamental que nos machaca.

—Para mí es el número. Me ha dado voz tantas veces que ya ni estoy seguro de existir si no me explico la realidad contando. Nada existe sin su número, sin la cantidad que lo define. Es la red perfecta de la existencia. Si no se puede contar, no se comunica el sentido, no se comparte, no existe.

—¿Y desde cuándo distinguimos entre la música y los números? No me vengas con…

—Ya, ya. El mecanicismo es una amenaza para la gente como yo y un asidero para quienes se parecen más a usted.

—Todavía te piensas que somos distintos. Es la edad.

—El argumento irrebatible.

—Desde que el hombre es hombre y contando. Hay que echar mano de él antes que el interlocutor. Es la regla de oro —se inventó Hayashi divertido al tiempo que cerraba el estuche de las garzas. Acarició el pico de una de las dos que volaban y se quedó pensando en las implicaciones de que el estuche fuera más nuevo que el instrumento, como un alma vieja en el cuerpo joven o igual que los nombres añejos se incrustan en los cuerpos nuevos. Como una posta. Como un insulto. Como lo precedente a lo venidero.

—¿Ya se olvidó de quién me obligó a desconfiar de las "reglas de oro"? Le soporté hora y media de regaño el primer día en que trabajamos juntos.

—Exageras, Kashiwagi. Pero lo entiendo. Es una forma de vivir para quienes se aburren la mayor parte del tiempo.

—Exageras, Chushiro. Pero lo entiendo. Es una forma de vida para quienes no encuentran satisfacción en la justa dimensión de las cosas.

—Exageramos porque no entendemos absolutamente nada, porque no existe una justa dimensión de las cosas.

—O porque somos la gran exageración de lo vivo.

—Su excentricidad. El hombre es la excentricidad de la vida. Me gusta. Me gustan las cosas sin centro. El cielo. El infinito. El vacío. El aire y el agua.

—El Genji. Sin su muerte, la obra carece de centro. Es la rueda sin el eje.

Hayashi ya no respondió al último retruécano de Fujiwara. Devolvió el estuche a la repisa baja en que lo había encontrado y luego se encaramó en un banco para retirar la pieza de seda negra que protegía al arcón de cedro. La talla era perfecta con su roble al centro y tres personajes bajo la copa, todos bailando una ronda alrededor del tronco y tomados de las manos con criaturas reconocibles unas y fantásticas las otras. En un extremo de la tapa tres mujeres acompañaban la danza, dos con un solo koto y una con flauta y tamborín en simultáneo. Hayashi bajó del banco para permitir que su invitado subiera en su lugar. Al acercarse, Kashiwagi sintió el aroma clásico del aceite esencial de cedro que conservaban todavía algunos de los muebles de época más preciados para su familia. Era increíble que el arcón conservara ese perfume después de siglos, probablemente. Y ya viéndolo en detalle era más increíble todavía que ni un defecto menor se le encontrara a la madera. Era bien sabido que pocas resistían a los insectos mejor que el cedro libanés, pero ¿ni un hoyuelo de polilla en el baúl? ¿Ni una grieta diminuta por resecamiento? La densidad del grano era admirable. Kashiwagi quiso tocar la reliquia para cerciorarse de la tersura que sus ojos le afirmaban, pero lo contuvo el buen juicio y la belleza arrolladora de las tallas femeninas, las que compartían un solo koto. El rostro de una parecía dirigirle una mirada no necesariamente halagüeña, mientras que la otra evitaba las distracciones centrándose en el instrumento como si no existiera otra cosa en ese mundo. Porque el koto no era un objeto sino una idea en movimiento constante a pesar de su quietismo, como la frase musical colgada del pentagrama o las letras refundidas en sus hojas de papel haciéndose las distraídas. Por un momento lo más primitivo de Kashiwagi temió quitarle los ojos de encima a la talla hostil, mas no era para tanto. Otras dos figuras de las que danzaban alrededor del árbol daban la impresión de mirarlo, una femenina y otra zoomorfa, con patas de equino y pico de limícola. Ambas llevaban los pechos desnudos para dejar clara su condición independientemente de los caprichos.

—Ayúdame a bajarlo —dijo Hayashi rompiendo el encanto de la primera vez al que se abandonaba Fujiwara mientras le ofrecía un par de guantes blancos de fieltro quedándose otro para él. Luego de

enfundárselos, Hayashi acercó una silla y entre los dos bajaron lenta y cuidadosamente ese primor tallado. Pesaba tres veces más de lo que habían anticipado y ya visto en el suelo lucía más pequeño que en las alturas del armario. Tendría unos ochenta centímetros de largo por sesenta de ancho y ninguna cerradura visible protegía el acceso—. Los candados estaban en el arcón que lo contenía. Nos fascina jugar a las cajas chinas cuando se trata de enigmas. No podemos resistirnos. Pásame el luxómetro —pidió Hayashi señalando el aparato que estaba a unos centímetros del invitado. Se aseguró de que los niveles lumínicos continuaran en el rango adecuado y, complacido con la lectura, propuso contar hasta tres para levantar la tapa del arcón simultáneamente—. Vamos. Con mucho cuidado, por favor.

Dejaron la tapa encima del tatami y volvieron al armario para regodearse en las entrañas del baúl. Los cilindros del *emaki* original habían sido desmontados para facilitar el acceso al rollo, que estaba protegido por una seda originalmente roja. "Sólo un vistazo para convencerte de lo dicho", advirtió Hayashi retirando poco a poco la tela. Los azules de la escena saltaron como si llevaran mil años acechando ese momento. Un personaje masculino dialogaba con otro de menor edad en tanto una mujer observaba sin ser vista. Igual que ella, los espectadores mirábamos a hurtadillas, pero desde lo alto, abusando tal vez de la prebenda que nos otorgaban al poder espiar la escena como si el techo no estuviera. Kashiwagi sintió que lo atrapaban con las manos en la masa haciendo algo indebido. ¿Quién era él para mirar cosas así? Un Acteón frente a Artemisa. Un hombre anonadado igual que aquél. Temió por un instante acabar convertido en el venado que recibiera la furia de la diosa y apartó la vista obligado por esa apariencia de vida que cobraban los objetos de valía extraordinaria, impropia, sacrílega. Entonces vino la náusea y tuvo que salir volando del armario para evitar un episodio deleznable. Se tapaba aún la boca mientras buscaba angustiado un baño o un bote de basura o una ventana que diera al exterior para vaciarse, cuando el malestar se esfumó tan rápido como había llegado. Se dio unos segundos para estar seguro y disculparse con Hayashi. Con un gesto dio a entender el viejo que la disculpa era innecesaria y empinó su vasito de sake como poniendo un ejemplo que Kashiwagi debía seguir sin pensárselo dos veces. Lo hizo y se sintió aliviado al constatar que la náusea no volvía. Seguro de la mejora se acercó de nuevo al arcón para ver un poco más de su contenido. Hayashi ya había devuelto la seda decolorada a su lugar original y nada se podía ver así. Estaba a un tris de reclamarle al maestro un poco más de tiempo

para regodearse cuando éste explicó que la manipulación directa de la reliquia era un crimen. Mejor le mostraría las copias del rollo y del documento. Habían hecho tres y él tenía el juego que correspondía al monasterio.

No se podía pedir más a los encargados del trabajo: las copias eran casi perfectas y se habían instalado en sus cilindros de exhibición como lo estaba el original en el momento del hallazgo.

—Sabiendo el Genji de memoria la aventura es todavía mayor por el cotejo instantáneo que eso nos permite, aunque la versión nos resulta hoy tan deslumbrante que las coincidencias importan la mitad que las diferencias. Ayúdame —pidió Hayashi para regresar la tapa labrada a su sitio original. Hecho lo anterior se organizaron para devolver el pesado objeto a la repisa del armario. Agitados por el esfuerzo, los físicos se recompusieron tras unos minutos de descanso en los cojines. Entonces Hayashi se excusó, salió un momento y volvió a la cámara climatizada con una gran carpeta forrada en piel negra—. Aquí tienes. No te olvides de que eres un privilegiado al tener acceso a este diamante. Te pido que dejes los papeles tal como los encuentras. El traductor es quisquilloso y no sabe que consulto el documento cada que se me da la gana. Le gusta trabajar el texto a mano, así que no hay versión mecanuscrita, pero su letra es previsiblemente buena y no tendrás problema para entenderla.

Kashiwagi se dio un tiempo largo para revisar el exterior de la carpeta. Cuando se disponía a abrirla, el anfitrión se dirigió a la puerta del cuarto advirtiendo que estarían pendientes por si llegaba a necesitar cualquier cosa. "Es tu casa", remató antes de salir cerrando la puerta tras de sí. Habían transcurrido unos veinte años desde que hiciera de lado todo lo relacionado con el Genji por salud mental. El cambio fue un respiro de proporciones desconocidas para el muchacho. La burbuja educativa y vital en que se había criado se rompía al fin para entregarlo a la ciencia. Pez en el agua se sintió Fujiwara al cotejar el mundo de antes con el renovado. En el primero, todos miraban al pasado para buscar sentido al hoy, mientras que en el nuevo la mirada se orientaba a lo futuro por sistema. La recreación del pasado cedía la estafeta a la imaginación de lo futuro. Es francamente difícil exagerar la trascendencia de este cambio para un adolescente como el que había sido Fujiwara. Acostumbrado a partir desde muy atrás para acceder al hoy, se sintió ligero al emprenderla con el mañana partiendo del presente. Libre. No obstante, la vida pasada regresaba esa noche mostrando una tenacidad inconcebible horas antes. Genji surgía de su esfera atemporal con las redes intactas y ahí estaba Fujiwara enredándose

en ellas como siempre. Si se concentraba podía sentirlas ciñéndole los brazos, la cintura, las piernas. Su apretura lastimaba, pero la familiaridad empezó pronto a jugar su papel haciendo las cosas más llevaderas. Un vacío le nació en el estómago al abrir la carpeta, encontrándose el titular que cientos de miles o más extrañaron sin remedio:

42
Esfumado entre las nubes

El centro de la novela se le entregaba. El ombligo. Leyó cuatro veces esas dos líneas brevísimas y hasta la quinta oportunidad se aventuró más allá. Temía no reconocer el estilo o tener que formularse mil preguntas para poder asimilarlo al menos como un engaño aceptable, pero no fue así. Al contrario. Desde la cuarta línea se encontró con una fórmula que Murasaki Shikibu utilizaba constantemente para dar contexto temporal a la novela: los festivales recientes o inminentes. El ánimo carnavalesco de escenas similares, sobre todo en la primera parte de relato, la más luminosa, lo secuestró infundiéndole una dicha que sólo el recogimiento nocturno de la observación astronómica podía emular. Una soledad dichosa, o mejor, una dicha solitaria lo adentraba en ese territorio conocido y desconocido a la vez. A ojos vistas se notaba que la narración provenía de una línea argumental perdida, pues daba continuidad a un episodio en que Genji y Kashiwagi discutían violentamente, lo que contrastaba con las versiones llegadas a nosotros en que el príncipe enfrenta a su engañador con disimulo, solvencia moral y seguridad. La humillación de Kashiwagi es apenas menor que su vergüenza al verse descubierto. Incapaz de asumir su falta, el primogénito de To No Chujo busca en el campo el consuelo imposible y se pone a discutirlo franca y apasionadamente con un esquilador que encuentra de camino al festival en turno para mercar su lana cruda. El tipo es simpático, ocurrente y se da a manipular a Kashiwagi olfateando una ganancia. Lo convence con malas artes de la necesidad de vengarse y se propone como brazo ejecutorio. O más bien a su mujer, quien ofrece sus servicios como experta envenenadora al primogénito del principal Fujiwara del imperio. Alentado por la belleza seductora de la mujerzuela, Kashiwagi acepta continuar con el plan: ningún sistema mejor y más seguro que el arquero de la muerte, un hongo que va del blanco al ocre y que produce sólo un ligero malestar pasada la ingesta. Los síntomas fatales se manifestaban tres días después y ya no era posible revertirlos o

atenuarlos con el vómito, por ejemplo, o con los antídotos tradicionales. La celosa Rokujo se ve obligada a actuar para advertir a Genji, su enamorado, de la traición que prepara Kashiwagi. Lo logra mediante la posesión de la Tercera Princesa quien se debilita hasta fallecer a pesar de los cuidados, mas no sin antes revelar al resplandeciente los pormenores del complot para aniquilarlo. Genji traza un plan para dar su merecido al traidor en los funerales de la Tercera Princesa y entonces, por supuesto, la broma de la vida encontraba la manera de meter el pie en la situación con la primera laguna del texto. Diablos, diablos y más diablos. Kashiwagi ardía en fiebre a mitad de la lectura, pero no era consciente de ello. Las palabras daban la impresión de andarle por el cuerpo luego de alterar el entendimiento. En marabunta. Quiso sacudírselas, pero sabiéndolo inútil ni siquiera lo intentó. Los corchetes que contenían el aviso de la laguna se le quedaron mirando a ese lector enfermo de involucramiento y se compadecieron sin poder hacer nada por él. Tardó más de lo previsible en continuar con la lectura. Era cual si las ideas se fueran acumulando entre los corchetes mientras Kashiwagi se encargaba de despacharlas una a una, en orden, sin prisa. Sólo así pudo comenzar a hacerse una idea justa de lo que se le desplegaba enfrente. Le faltaban elementos para afirmarlo, pero intuía que la pieza estaba integrada por fragmentos de diversa procedencia que se unían para dar sentido en general. Y no es que faltara unidad en el relato o que el estilo cambiara sensiblemente; la variable se encontraba en el ritmo de la prosa. Éste sí denotaba más de una intención que el copista del documento no pudo o ni siquiera intentó unificar. Se trataba del párrafo más largo de cuantos había leído hasta ese momento y sabiendo que las parrafadas eran una ocurrencia posterior a la redacción probable de la copia, temió que el traductor le estuviera jugando una pasada, tal vez sin querer. El caso es que ningún otro párrafo lo dejó pensando tanto y tan hondo. Por un instante consideró la idea de bajar él solo el arcón para hacer un cotejo del pasaje contra el original que supuestamente se conservaba en él, mas pronto recuperó el sentido común y desechó el plan con cierta desilusión. Pensó luego en consultar el cuerpo de notas que Hayashi mencionara, pero no logró encontrarlas en la carpeta. Lástima. Le costó un esfuerzo considerable aquietar la andanada de ideas y preguntas para concentrarse de nuevo en su lectura. La reinició dos veces y falló. A la tercera pudo seguir.

La sensación de estar ante un fragmento de fragmentos ya no se repitió. Los giros, la adjetivación, el ritmo, la acción y sus elementos constitutivos volvían al cauce de su río con una uniformidad y una

claridad expositiva inverosímil tratándose de una primera versión al japonés moderno. Fujiwara hubiera dado mucho por tener ahí junto al erudito del monasterio para enfrascarse en la discusión del original. Levantó la vista del papel constatando inútilmente que estaba solo. Sí. Su soledad era acentuada por el silencio dominante en esa casa. Todo callaba. Todo esperaba. Imaginó que la habitación climatizada era el arcón aguardando a ser abierto y que él era realmente el alma de Kashiwagi que lo habitaba. Por condena. Eternamente. El cedro añosísimo y su perfume le trasminaban la piel incorporándolo a esa realidad alterna que nada le pedía a la de todos los días a no ser por una pizca de coherencia. Deseaba intensamente que las luces se apagaran para terminar de abducirlo a ese pasado que no se cansaba de contarle una versión extraordinaria de sí mismo cuando creyó escuchar un sonido debilucho por ahí, al otro lado de la puerta. Aguzó el oído, pensó haberse equivocado, pensó además en un par de tonterías que lo hicieron reírse de sus expectativas y volvió a la lectura por tres segundos cuando mucho. Entonces sí tuvo la certeza de que un rumor atípico vagaba en los pasillos de esa noche especialmente oscura, especialmente profunda en que se adentraba. El rumor se hizo un poco más intenso y paró en seco. Kashiwagi vio la sombra de unos pies que aguardaban al otro lado de la puerta. Se puso nervioso. La fiebre no ayudaba a pensar con claridad. Entonces la puerta se abrió lentamente. Yumiko asomó cauta, como si fuera una madre que se presenta a medianoche en el cuarto del bebé para cerciorarse de que las cosas estén bien sin despertarlo. Sus ojos revelaron sorpresa al encontrarse con los de Fujiwara, quien no logró decir palabra que justificara su presencia a esa hora y en esa parte de la casa. Lo intentaba por segunda vez, pero Yumiko dio a entender con un ademán que las explicaciones estaban de más. Entró al cuarto, cerró la puerta tras de sí, se dirigió al armario y salió de él cargando el famoso estuche de las garzas. Lo dejó en el tatami para ponerse a buscar algo en la única cajonera que adornaba la habitación. Sacó dos velas rojas. Encendió una y con la flama prendió el pabilo de la otra para luego adherirlas a un plato pequeño con la cera derretida. Entregó la luminaria improvisada a Kashiwagi, caminó hasta el interruptor y apagó las luces. Yumiko tomó asiento en el cojín que estaba enfrente del invitado, sacó el koto excepcional de su encierro, se tomó su tiempo para afinarlo y pulsó una de las trece cuerdas dejándola vibrar lo más posible. El sonido se extinguió y pasaron ocho segundos para la llegada de otro semejante. En fa.

Alguna deidad amable convenía en quitarle la soledad de encima a

nuestro Kashiwagi. Y de qué manera. La palabra hablada no tenía absolutamente nada que hacer ahí y bien se guardó de interrumpir la escena que transcurría como sacada sin gran esfuerzo de las páginas del Genji. La confusión, el entorno, lo narrado, lo imprevisto, la belleza y esa paz acompañada sumieron a Fujiwara en un ensueño venido de Heian a nuestros tiempos. Hubo instantes en que fue otro, Genji mismo, To No Chujo, Kashiwagi incluso convirtiendo a Yumiko en la dama que la imaginería fuera necesitando. En un giro demencial creyó advertir a Rokujo entre las princesas que se le adentraban a Yumiko en el concierto. Yugao, la Tercera, la dama Murasaki y hasta la fea Suetsumuhana parecían corroborar que sí, que por ahí andaba la vengadora escondida entre las otras. Aviesa. Rencorosa. Como el hada malévola que tuerce las cosas en el viejo cuento de Talía, la durmiente. Así anidaron cien arquetipos y un concierto en el cuerpo de Yumiko. La novela, las religiones que la contextualizaban, su anacronismo, los wakas, los jardines, el lujo florido, los colores, ciertas aves, este viento del norte o aquél que apenas corre, la lluvia de entonces, las hogueras, el agua, las dulzuras del amor y algunas hieles se iban enredando en las notas de Yumiko que bien podían ser las de Manami o el susurro de Benzaiten. Y todo ello a la luz inestable de las velas que redibujaban el rostro de la joven cientos de veces por minuto insistiendo en lo difícil que era fijarlo en la memoria sin hacer esfuerzos. En todo caso, los de Kashiwagi empezaban a dar frutos, pues las facciones de Yumiko retozaban por ahí en su cabeza poniéndole cara a las heroínas mientras continuaba una lectura menos honda pero más ancha. El vínculo que los unía venía de lejos para repartirse entre los dos, para bifurcarse luego de ser uno durante tanto tiempo. A no ser por el mundo que los rodeaba, uno hubiera creído que la escena flotaba al garete en el espacio iluminada por una dupla de soles.

La segunda laguna fue menos frustrante que la primera. El contexto ayudaba a intuirle las aguas y la música de fondo le iba trazando orillas. Era como si la historia estuviera feliz de alcanzar su destino, los oídos precisos, el alma indicada. Miró a su alrededor en el momento en que el relato comenzaba a oscurecerse y entonces Yumiko cambió el tono general de la interpretación, como si conociera al detalle el argumento de lo que leía Kashiwagi para sí. Antes de devolver la mirada al texto espió una vez más el rostro de la joven y al fin logró encontrarse de frente con su mirada. Ella le sonrió sin sonreír, a puros ojos, igual que la madre solía hacerlo con Hayashi. "De tal palo…", comenzó a decirse Fujiwara interrumpiendo la frase a medio camino por una repulsa

natural al lugar común. Ninguno rompía aún el contacto visual que a su modo pulimentaba la escena. Cuando al cabo lo hizo Kashiwagi fue para reanudar la lectura en voz alta compartiendo la historia en plenitud, esa historia que les pertenecía por un derecho imprescriptible. Las palabras, esas mariposas buscaflores aleteaban atraídas por la luz de las velas, pero en el momento indicado, antes de que se inflamaran, Yumiko las salvaba con uno o dos vibratos que volvían a encarrilar el cuento. Él, ella, la música y las letras, cuatro formas de contener lo vivo que por un momento accedían a compartirlo todo, a fundirlo en otra cosa distinta que se elevaba más, que funcionaba mejor, que calaba fuerte, adentro. El hoy bailaba con cientos de miles de ayeres; la danza iba tendiendo puentes, empedraba los caminos que ambas almas recorrían sin calzas, enredándose con los vestigios de tantísimas otras que les salían al paso como si ellos fueran un desfile que los demás vieran pasar desde sus ventanas, como si los lectores de los últimos mil años hubieran esperado vidas para integrarse con el paso de esos dos a la verdad, a la versión que el texto originalmente les negara. La sensación de abrirse paso en el tiempo, de explorarle los polos a esa gigantesca historia mutilada, orientaba las baterías de ambos en la dirección precisa. Sin verse nunca antes de ese día, tanto él como ella sentían que al fin los iluminaba la luz correcta, la que mostraba los colores verdaderos de las cosas. Por supuesto que el camino estaba bordeado de incoherencias, de preguntas, de claridades que instantáneamente arrojaban sombras nuevas, pero descifrarlas sería ya trabajo de otros. Porque el Genji había dispuesto siempre y siempre dispondría de exploradores para ensancharse, para convertirse en lo conducente, en lo necesario. Sus lagunas, pensadas por la historia para dotar al relato de un vigor que de otro modo no tendría, parecían resignadas a secarse eventualmente. Ya se formarían otras nuevas para los Kashiwagis y las Yumikos de los tiempos venideros. Porque el Genji, a su edad, sigue ventilando asuntos pendientes y adaptándose a las formas, usos y costumbres que se le presenten. Porque el Genji es un mar que sabe anegar a los hombres, un mar que sabe de islas, de peces y de olas. De redes. Mar-deseo. Mar-carencia. El que va de las tormentas a las calmas llenándose de ríos y sobrevolado por gaviotas. Por garzas. Porque Genji es el mar y la música su canoa.

Y remaron por quién sabe cuánto, por quién sabe dónde. Ella por la derecha y él por la izquierda. O viceversa. En boga larga. En boga lenta. Llegaban a ninguna parte cuando el relato les dio en pleno rostro con la traición de Kashiwagi. La mujer del esquilador había logrado infiltrarse entre el servicio del palacio de Genji. El duelo por la Tercera Princesa era

reciente y nadie sospechó de la mujer que parecía tener experiencia de sobra como pinche en la cocina. Mientras tanto, Kashiwagi creía enloquecer con las linduras que Rokujo le enviaba desde la muerte hacia la vida. Su círculo más íntimo lo escuchaba hablando solo por las noches y ni pegando la oreja a la puerta podían hacer sentido de lo que decía. No lo tenía más que para él. Enterado por terceros de la desgracia que acechaba a Kashiwagi, Genji decide presentarse sin avisar en casa del moribundo. La entrevista se desarrolla entre los estertores de Kashiwagi, los rezos inútiles de los monjes y la ira medio arrepentida del príncipe resplandeciente. De pronto, es Rokujo quien le roba la voz al traidor Kashiwagi y lo usa largamente para reclamar al amante insensible lo que las mujeres saben reclamar luego de habérselo callado un tiempo indeciblemente largo. "Pronto nos veremos", sentencia el onryo de Rokujo dejando en paz a Genji y a su verdugo, quien en un arranque de arrepentimiento confiesa a su protector (que Genji lo era) la trama del hongo. A su entender, la viuda del esquilador le había molido al arquero de la muerte con el guiso de venado y verdolagas que tanto le había gustado el día anterior. "Nada puedes hacer ya. En un día o dos te elevarás igual que bruma. Dolerá." La confesión enmudece a Genji. La muerte le andaba por las venas preparándole la puesta final, la definitiva. "Quizá no duela tanto", opone el príncipe y se aleja del lecho en que agoniza su queridísimo, su entrañable Kashiwagi. El asesino le mira la espalda al partir. El asesino.

La sentencia tarda más de lo habitual para ser ejecutada. En algo se entretiene el hongo arquero y su tardanza redobla el padecer de Genji. ¿Sería cierto lo que dijo Kashiwagi o hablarían las fiebres por su boca además de la pérfida Rokujo? Lo mismo daba ya. Después de las confesiones truculentas el desánimo era tal que ya ni hizo Genji por cobrárselas a la envenenadora de la cocina. Esperó su momento tocando el koto a solas en un pabellón aislado del palacio. Día y medio se escuchó la despedida por los jardines aledaños sin que el principal quisiera permitir la entrada a nadie, ni a los más cercanos. Luego, mientras se disculpaba por enésima ocasión con la memoria de su padre, el emperador, por una falta equivalente a la de Kashiwagi acaecida en épocas de juventud, Genji sintió un tremor en el párpado izquierdo y supo que el momento postrero había llegado. Unos instantes más tarde el mismo párpado dejó de temblar. La parálisis se extendió rápidamente a la mitad del rostro. El miedo quiso entrometerse, pero Genji estaba acostumbrado desde niño a no temer. Miedo no. ¿O sí? No. Que no. Y esperó tranquilo a que su alma negociara los últimos momentos de los

días. Era de mañana. Genji tenía frío, pero optó por no cubrirse. Se fue buscando el calor que el sol recién salido parecía escatimarle. Entre las nubes.

Kashiwagi interrumpió la lectura en este punto a pesar de que aún faltaban varios folios de escritura apretada por revisar. La nueva versión de los hechos lo tenía casi enmudecido. Incapacitado. Agradeció que Yumiko continuara tocando sin pedirle cuentas de la emoción que lo embargaba. En cierta forma, era como seguir leyendo el documento invaluable. La continuidad que era capaz de brindar el instrumento competía con las capacidades de la palabra misma. Preciso, contundente, el koto le explicó a Kashiwagi las últimas líneas de su propia historia, el desenlace de su cuento. Yumiko, la narradora, precisó, contrapunteó, se desdijo y replanteó hasta que no hubo más y la habitación climatizada volvió a acallarse. Cuánto deseó Fujiwara estar en su departamento para echarse de lado y dormir por días olvidándose de Hayashi, de su hija y de esa historia que lo tenía cogido de los pelos desde quince horas atrás. Falso. Desde mucho antes. Desde antes de nacer tal vez. Quizás el castigo por la culpa añeja que señalaba el documento consistiera en ir descubriendo la propia infamia, de siglo en siglo, hasta que el mundo y su Genji dejaran de existir. Cuantas veces fuera necesario. Hasta la saciedad.

Yumiko, pensativa, dejó correr la noche unos momentos más. Estaba inmersa aún en los delirios de la música, de la historia que el desconocido de junto compartía con ella por un derecho que los antecedía a ambos. ¿Desconocido? Casi se ríe Yumiko al darse cuenta de que nadie, ni remotamente, sabía tanto de ella como Fujiwara, sobre todo ahora que el papá lo había puesto al tanto de la historia y sus entresijos. Respiró hondo para calmar la inercia que seguía palpitándole en el pecho. Insistió para después ponerse a limpiar sus propias huellas dactilares del puente del instrumento con la manga del vestido. Al darse cuenta de su ligereza, enmendó de inmediato y se puso a guardar la reliquia en el gozoso estuche de las aves. Cuando todo estuvo a punto, dejó el tesoro en el armario y salió de la habitación climatizada disimulando las emociones que le entrechocaban en el pecho. Fujiwara la miró irse y estuvo a punto de rogarle que no lo hiciera, que no lo dejara ahí entre las velas con esos papeles importantes tirados frente a él esperando a ser reordenados y puestos en su carpeta como si nadie los hubiera tocado, como si el culpable no los hubiera manchado con los dejos de su culpa. Reordenó el legajo como se lo indicara el mentor antes de dejarlo solo, puso la carpeta sobre la cajonera y esperó a que el

anfitrión volviera para despedirse.

Pasaron veinte minutos sin que Hayashi o la hija aparecieran en el cuarto climatizado. El aura del concierto empezaba a diluirse con la luz de aquellas velas cuando Kashiwagi decidió encender la luz eléctrica. El hoy volvió a ser hoy en un instante. Se miró las manos en busca de algo nuevo, distinto al día anterior y le sorprendió no hallarlo a flor de piel. De pronto sintió la necesidad de verse en un espejo, de lavarse la cara, los dientes y meterse en cama dos o tres días con las cortinas echadas para ponerse a pensar. Como si le hiciera falta. Como si de algo le sirviera esa costumbre tan reiterada que ya ni la notaba. Como si abrazarse a las ideas fuera un equivalente viable al abrazo genuino. Rio de sus chiquilladas, se alisó los pantalones, extinguió las velas rojas y abrió la puerta para ir en busca del anfitrión. Las luces estaban apagadas. El silencio era tan recio que no le permitía escuchar absolutamente nada. El humo de los pabilos recién extinguidos lo alcanzó por la espalda cual si se negara en redondo a dejarlo ir. "¿Doctor Hayashi? ¿Yumiko?", aventuró Kashiwagi intuyendo que no obtendría respuesta. La soledad de esa casa ajena lo agitó de repente. Se le vino a la cabeza un episodio absurdo de la infancia y logró espantarlo a tiempo. Necesitaba aire fresco, pasos de banqueta, luces de ciudad. La luz de la habitación climatizada le permitió llegar a la escalera sin encender otras luminarias. Hacerlo sin permiso era invasivo, sobre todo tratándose de las áreas privadas de la casa. Abajo era otro cuento. Encendió las luces y a la distancia vio una silueta sentada en un sillón de la terraza. Parecía absorta en la negrura del jardín, casi total a no ser por las dos linternas yamadoro que seguían encendidas por el camino que llevaba a la biblioteca.

—¿Doctor? —insistió Kashiwagi.

—Se fue —dijo la encorvada permaneciendo inmóvil en la veranda. En su regazo se recostaba Yumiko pero Kashiwagi no lograba verla desde el pie de la escalera.

Nunca se volvió a saber de Chushiro Hayashi. La ausencia, nacida la noche de ese día inusitadamente largo, cubrió con un manto violáceo el mundo de aquellos tres que imaginaban el curso del Kamo en la negrura de enfrente. La criada rompió el silencio antes que los otros dos para decirles muy tranquila que el señor se había metido en el jardín con el juego de llaves sonándole en las manos. Ella lo había seguido con la mirada hasta donde era prudente, "allá por la capilla". En efecto, los cerrojos de la hokora estaban descorridos. Hayashi había dejado los candaditos junto a la puerta abierta formando fila de cuatro. En la

capilla, el pedestal de madera extrañaba su roca con forma de oso. En lugar de ella, Kashiwagi encontró un sobre rotulado con su nombre. También faltaba la famosa vertedera del arado.

La carta era larga y el contenido corto: el solitario genial se negaba a renunciar a su soledad. El retiro, la edad de la niña y la llegada de Kashiwagi le liberaban manos y pies por vez primera desde que la guerra lo dejara ir la noche aquella de los bombardeos. Igual que entonces caminaría hasta dar con un destino, el que le cupiera en el cuerpo después de tanta rareza. Sí: el plan era buscar una cumbre alta, tenderse en la hierba y ver el cielo hasta quedarse dormido. "Sabes todo de mí, Kashiwagi. Hijo. El resto puede contarlo mi Yumiko. Si lo deseas y sabes ganarlo, el corazón gigantesco de la niña puede ser tuyo. Lo mereces y ella te merece también. Dense la mano y caminen callados por el jardín. Bailen. Beban. Teman juntos porque la vida es temible aunque se haga la inocente. Yo los dejo solos. La piedra viene conmigo. Es mi compañera. Los dejo en paz. La paz. Al fin."

La tragedia familiar se hizo pública dos días más tarde. Siendo quien era, la falta de Hayashi en circunstancias semejantes llevó a una búsqueda intensa que no fructificó. Los investigadores aceptaron que no contaban con una sola pista para seguirle los pasos, a no ser por el vago testimonio de un mamporrero retirado que declaró haber visto a un hombre mayor saltar por los límites del jardín y echarse a correr torpemente con una bolsa grande colgada de la espalda. Lo vio irse por el puente del río luego de descansar unos minutos recargado en el parapeto. Miraba sobre sus hombros cada diez o quince pasos para verificar que nadie lo siguiera. Imposible no fijarse en un tipo así. Era todo. Ni la foto en los medios pudo más que eso. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. O una nube de su cielo.

Las consecuencias de la desaparición empezaron a anunciarse a las pocas horas de ocurridos los hechos. Kashiwagi, exhausto como si viniera de caminar un mes sin descanso, se encerró a rumiar cada palabra, cada nota de ese encuentro por tres días y tres noches seguidas. A solas. En su departamento. Con el teléfono desconectado y las luces apagadas la mayor parte del tiempo. Lamentaba haber dejado pasar la oportunidad de preguntarle tantas cosas al maestro, pero ¿cómo podía saber de sus planes? Así pasaban las horas entre culpas, especulaciones y hallazgos derivados de aquel día. El principal, Yumiko, iba ganando terreno a los demás. En ocasiones, al cerrar los ojos tendido en el sofá, Kashiwagi repasaba los pasajes de *Esfumado…* con las notas musicales que les daban sentido. Bendijo una vez más su memoria fotográfica al

ser capaz de reproducir el capítulo completo incluyendo la banda sonora que la experta en música de los días más viejos le adosara. Paradójico, maldecía que la misma memoria perfecta le fallara al remembrar la cara de Yumiko. Sabemos que la suya no era de las que se entrega a la primera, pero no pensó Fujiwara que las facciones de la dama se le fueran a hacer del rogar en tan poco. Y conforme se le borraban crecía una angustia por redibujarlas. La extrañaba.

Con más preguntas que respuestas se presentó Kashiwagi en la casa del distrito de Minami. A diferencia de la mañana en que había transcurrido la primera visita, el cielo estaba encapotado y la enredadera roja de la entrada parecía quejarse por la falta de sol y por la ausencia de su anterior propietario. La encorvada tardó en abrirle. Al verlo puso cara de alegría y lo invitó a pasar diciendo que Yumiko seguro lo recibiría a pesar de la tristeza. "Lo da por muerto. Yo no creo. Al señor, me refiero", alcanzó a aclarar la sirvienta antes de verse interrumpida por la voz de la muchacha que preguntaba desde dentro de la casa si quien llegaba la buscaba a ella. La mujer dejó a Fujiwara cambiándose los zapatos en el genkan y se fue por ahí a dar cuentas a la joven. Al minuto se presentó Yumiko con un kimono blanco también pero más formal que el de la ocasión anterior. Lucía demacrada. Se le notaba en las facciones que había llorado largamente la decisión de su padre. Los párpados inflamados la delataban. "Estoy muy sola. Gracias por venir", dijo a manera de saludo inclinándose ligeramente para luego pedir al visitante que la siguiera por el camino lateral que llevaba a la veranda.

El durazno y el cerezo hacían por tocarse pero sin ánimo de fiesta, afectados también por la grisura y por la ausencia de Hayashi, su dueño, su protegido. Pasaban de las once de la mañana cuando la encorvada les llevó el servicio del té y un plato con galletas de arroz fritas. La mujer trató de quedarse por ahí para advertir el tono general de la conversación, pero ni Yumiko ni su visita abrieron la boca mientras ella estuvo rondándolos. Tenían tanto que decirse, tanto que aclarar y ninguno se animaba a ser el primero en hacerlo.

—¿Hay noticias? —preguntó Kashiwagi más por romper el hielo que por verdadera curiosidad. Conociendo al doctor Hayashi sabía que la respuesta a esa pregunta sería negativa. Si el viejo quería ausentarse sin que lo encontraran sería prácticamente imposible seguirle los pasos. Su capacidad de planeación y máxima atención a los detalles constituía un capital de trabajo reconocido en buena parte del mundo académico y no sólo en la Universidad de Kioto, por lo que era improbable que hubiera dejado cabos sueltos de consideración.

—Las hay, pero no son las que esperaría en mi situación. Desde que el Primer Ministro pidió celeridad a los investigadores de la Agencia Nacional de Policía, el jefe de grupo me reporta diariamente antes de las nueve de la mañana como si yo lo mandara. Pobre. Hacen lo que pueden. En estos días se dedicaron a revisar las cámaras de seguridad de aeropuertos, estaciones de autobuses, trenes, casetas de peaje y demás puntos interesantes para un prófugo de sí mismo.

—Pierden el tiempo. No conocen a tu padre.

—Nadie lo conoció en realidad. Ni sus amistades del monasterio se esperaban esta jugada. Chushiro Hayashi, el perseguidor de enigmas, terminó convertido en uno, si me permite utilizar el verbo "terminar" con cierta holgura, porque si algo le reprocho a papá es que me haya dejado la vida en suspenso. Estoy asida a la hebra de su probable reaparición y no puedo soltarla. No sé si podré algún día. Es desesperante. Desde que se fue, cada mañana empiezo por preguntarme si debo usar vestidos de luto o comportarme como si fuera a regresar a la hora de la comida. Hasta ahora he elegido lo segundo.

—Y has elegido bien. Tu padre vive. No es de los que se cortan las venas.

—Mi padre flota. No está ni vivo ni muerto. Es como el gato en la caja.

—No lo tomes a mal, pero hay momentos en que envidio su decisión. En el fondo, muchos quisiéramos ser capaces de hacer lo que ha hecho él.

—Es lo mismo que dice Ichika, pero se engañan. El desapego no garantiza la libertad por más que todos los budismos de las islas insistan en el detalle —sentenció Yumiko procurando dominar las lágrimas que se le agolpaban en la garganta.

—Tendríamos que estar en su pellejo para saberlo. Pero no, Yumiko. No te tortures pensando en el desapego. Lo suyo es otra cosa. Otro llamado.

—Un llamado que sólo pudo dirigirte a ti, el único a quien consideraba su igual. A mí me amaba por exclusión, por representar lo que él no era. En el fondo mi pobre papá nunca se tuvo mucha estima que digamos. Vivió su fama asumiéndola como un error colectivo y no como la celebración de su individualidad. Ahí me tienes otra vez hablando de él en pasado. A cada rato me sorprendo en falta.

—Me pasa lo mismo. El presente no se entiende con la ausencia.

—Nada. Llevo días tratando de convertirlo en futuro y no se da. Lo de mi padre es como un presente que no pasa, que no termina de

suceder. ¿Puedo confesarte algo personal?

—Me haría inmensamente feliz que lo hicieras —respondió Kashiwagi conmovido por esa propuesta trivial en apariencia.

—Envidio el puente que te une a mi padre.

—Tú eres ese puente —soltó de repente Kashiwagi arrepintiéndose al momento de haber dicho lo que dijo.

Yumiko desvió la mirada con un pudor que estremeció al visitante. Se dio un tiempo largo para meditar la respuesta y al final prefirió acallarla. Pasó entonces a quejarse por lo bajo de que Hayashi no se hubiera despedido formalmente, en una carta aunque fuera. La de la capilla estaba dirigida a él y ninguna otra nota se encontró Yumiko para ella. Eso la desolaba. Más todavía: al comenzar la revisión de los papeles en el estudio, se encontró con que el papá los había organizado para Kashiwagi. Los proyectos que se le habían quedado en el tintero, las hipótesis valiosas, los cálculos truncos que alguien especial debía completar por el bien de todos y hasta unos apuntes para optimizar la operación del telescopio halló Yumiko en los primeros días de adentramiento, todo ello etiquetado para el otrora asistente igual que si fuera un legatario. Ni una instrucción estaba dirigida a ella. El hombre de ciencia había impuesto orden a su mundo antes de echarlo por la borda y ese mundo no incluía a la hija. Al enterarse Kashiwagi de las ideas que atolondraban a la muchacha estuvo cerca de reír. Se contuvo de mala gana y trató de manipular un poquito a la sentida diciéndole que el papá había hablado de ella prácticamente todo el tiempo. Y de la madre, claro. El tema de la ciencia se había abordado tangencialmente. En verdad se equivocaba Yumiko sintiéndose desplazada por esa otra. La mujer se sonrió complacida sabiendo que el buen Kashiwagi le mentía. Lo hacía tan mal que daba confianza el saberlo. Yumiko le tocó el antebrazo por unos segundos y ese contacto le aseguró a la visita, no que le creía, sino que valoraba su esfuerzo por hacerla sentir querida.

El gesto allanó el camino hacia una relación más personal. Por supuesto que las revelaciones de Yumiko se le quedaron prendidas a Kashiwagi. Si de él hubiera dependido, en ese mismo momento habría comenzado a ocuparse de la herencia intelectual de su maestro, pero no era un hombre insensible que antepusiera sus deseos a las formas. Además, los deseos iban cobrando, precisamente, formas que antes no conocía y sin darse cuenta se iba dejando llevar por ellos. Por inexperiencia. Por ingenuidad. O por un instinto que empezaba a descollar después de habérsele dormido treinta y tantos años. Aferrado a esta novedad, se propuso enterarse bien de lo que ya sabía y aprovechó la

mención a Ichika para indagar por esos rumbos tan centrales en la vida de Yumiko Hayashi, hija de tigresa.

El recurso funcionó. La joven fue llenado los huecos de la historia que el padre le refiriera. La Compañía de Oso y sus integrantes se iban revelando como una fuerza excepcionalmente poderosa en la vida de Yumiko, mucho más de lo que podía entresacarse con base en la versión de Hayashi. El grupo de seis o siete miembros había crecido desde los tiempos de Manami hasta llegar a la treintena, aproximadamente, y esto sólo en la rama de Kioto. Ichika Goto había ido imponiendo por las buenas una versión cada vez más recalcitrante del arte antiguo y de lo femenino, sin erigirse en lideresa formal del grupo pero actuando como tal sin duda alguna. El *Genji monogatari* seguía siendo un centro de gravedad para ellas y la máxima fuente de inspiración y conocimiento, pero ya no era la única. Contraviniendo las ideas férreas de su abuelo, el suicida, Ichika amplió los horizontes del grupo proponiendo el estudio de la obra de otras grandes, como los 240 poemas romántico-filosóficos de Izumi Shikibu, su diario, el de Sei Shonagon, el de Michitsuna No Haha y la apasionada poética de Ono No Komachi, todas ligadas de una u otra manera a Murasaki Shikibu y a la famosa lista de las 36 poetas japonesas principales elaborada por Fujiwara no Norikane en la era Kamakura. Incluso se había coqueteado con la idea de incluir en los estudios a poetas chinas y coreanas de otras épocas, pero hacerlo equivalía ya a faltarle al respeto al ortodoxo profesor de literatura y hasta Ichika tenía sus límites. Lo que no había cambiado era la dimensión místico-religiosa que atribuía el grupo a la literatura femenina del periodo Heian. Al contrario más bien. Lo dicho por Yumiko, y su forma de decirlo, sugería una secrecía acerada en la que Hayashi no había hecho hincapié. Previsiblemente, lo ritual le iba ganando terreno a lo académico por acomodarse mejor a la naturaleza femenina y a los signos de los tiempos, pero esto de ninguna manera constituía una corrupción de los intereses originales sino que reflejaba una mera adaptación a las tendencias de la modernidad. O por lo menos así defendían su causa las mujeres de la compañía en boca de Yumiko. Eran su familia alterna, la única que le quedaba. Les debía una forma de ver la vida que terminaba siendo el escudo más eficiente contra la molicie masculina, "contra su ignorancia", refrendó casi molesta Yumiko dándose autoridad con el gesto de la mano derecha y su dedo índice enarbolado.

—Cierto que Ichika tiende a los extremos por las peculiaridades de su carácter. Sin embargo, te cuentas entre los pocos hombres que le merecen, si no respeto como tal, sí algo de buena voluntad por ser quien

eres, porque tu existencia, tu viabilidad, proviene del genio inusitado de Murasaki Shikibu en la misma medida que la nuestra. Eso te hermana a nosotras, Kashiwagi. Además, tu nombre y circunstancia le son familiares, quizá desde antes de que lo fueran para ti. El círculo de estudio que giraba alrededor de tu madre fue un precedente importante para la Compañía del Oso. El modelo de estudio grupal surgido de la sala de tu casa fue adaptado para servir a los intereses de la compañía. El alma del viejo maestro de literatura ronda tu infancia y mi adolescencia por distantes que parezcan a primera vista.

—No sé si compadecernos o felicitarnos.

—Tú no sabes felicitarte y a mí me cuesta trabajo. Nos queda la conmiseración —bromeó en serio Yumiko lanzándole a su visita un guiño especialmente calculado para agradar sin dar pie a familiaridades excesivas.

La falta de Hayashi dominaba el ambiente con su peso muerto, con su vacío. Sin importar el tema que se tratara el centro de gravedad era la ausencia. Lo que no estaba determinaba a lo que había permanecido y la sensación general tendía al inmovilismo. Porque cuando alguien trascendente falta al grupo sin estar aniquilado sólo queda la espera y ésta va inventándole las reglas a un juego que ya no existe ni puede existir ni existirá si el ausente no vuelve, si no recapacita, si la vida no le regresa la facultad de compartirse con los otros, de afectarlos para bien o para mal con su presencia. El barullo de lo vivo lo reclama y lo yerto se opone impidiéndolo todo, robándole centro y dejando nada. Y en esa nada nos quedamos suspendidos, inmóviles, ingrávidos, hasta que las ganas de lo vivo empiezan a rondar una vez más esos vacíos. Hay que llenarlos de nombres, de verbos. Apalabrarlos. Resurtirlos con esa dotación de cosas que vienen y van de la realidad a la imaginación y viceversa. Y así, sin querer, sin saber ni cómo ni por qué procuramos llenar el hueco del que se fue para no volver. Ingrato. Injusto. Insensible. Impensable es el vacío que Kashiwagi subsanaba estando ahí. Igual que Yumiko. Entre los dos repoblaban esa isla desierta que les heredara la exuberancia de Hayashi, el mirador de cielos.

—¿Te gustaría conocer a Ichika? Ella estaría dispuesta si se lo pido yo. Hay una cuestión importante que me gustaría tratar con ambos. Nos atañe a los tres.

—No tengo idea de qué pudiera ser, pero cuenta conmigo. Para lo que sea.

Yumiko no esperaba menos de Kashiwagi Fujiwara y quedó complacida con su disposición. Ya le avisaría ella por teléfono si la otra

osa estaba de acuerdo.

Se despidieron con la sensación de que el mundo podía volver a girar de un momento a otro. Los grises de la pérdida anunciaban la posibilidad, la simple posibilidad de un reverdecimiento y esto fue suficiente para modificarle el talante a los involucrados.

Dos semanas después volvió Kashiwagi a la casa de Minami. A pesar de que ya era la tercera visita, persistía la sensación de estar lidiando con algo nuevo. Yumiko le abrió la puerta igual que el primer día, mas no por casualidad, sino porque la encorvada debía arreglar asuntos personales en el villorrio natal. Vestía ahora sí con el lujo que exigía su elegancia natural y la coincidencia dotaba a la mujer de un magnetismo que Fujiwara no había notado antes. Las amplias mangas de los cinco uchikis que Yumiko llevaba sobrepuestos denotaban celebración, algarabía con un toque de sensualidad. Sin querer y a cuento de nada, Kashiwagi deseó que el día se le convirtiera en noche para gozar de los vestidos de Yumiko a la luz de las velas. La seda brillaba sin deslumbrar. La caída hacía evidente que los vestidos eran de la más alta calidad. El hilado no presentaba fallas. Costaba mucho trabajo contenerse y no tocar, no acariciar ese lujo que abrumaba al entendimiento medio burlándose de la razón. Pero el lujo tan llevado y tan traído lucía francamente miserable, poca cosa, despreciable, comparado con el negro cabello de Yumiko. La visita se dio cuenta hasta entonces (hombres, hombres) de que en las dos ocasiones anteriores la hija de Hayashi llevaba el cabello recogido en alto con un moño, como acostumbraban hacerlo las jóvenes solteras proclives a la tradición. Qué diferente era mirarle la caída desde la cabeza hasta la cintura en completa libertad, como una cascada que se viste de negro para pasar la noche desapercibida. Siendo de día dominaba el arrobo, esa estela que va dejando al pasar lo que se sabe bello, pero de noche el pelo muy largo y suelto, a la *taregami*, solía recordarle a Kashiwagi esas apariciones maliciosas de los cuentos, las que suelen hacerse pasar por lo que no son para lograr sus fines. Igual que ellas, Yumiko fascinaba con un dejo de amenaza; el resquemor venido de su peinado enamoraba. Como la seda. Como el encaje. Como la piel.

El ánimo de fiesta invadía también la planta baja de la casa. El pasillo lateral que llevaba a la veranda estaba adornado con flores blancas y amarillas. Su fragancia se mezclaba con el incienso Nippon Kodo ya estando cerca del jardín. A su entrada, el durazno y el cerezo emulaban las galas de la dueña con el colorido de sus listones y el retintín de cascabeles que les colgaban. Cada rama tenía el suyo provisto además de

alguna concha, de cierta piedra, de algún objeto que, combinado con el color, el cascabel y el ánimo del viento formaban un lenguaje universal e indiscernible a la vez, capaz de comunicarlo u ocultarlo todo, según las conveniencias.

Mirando todo esto tan tranquila en la terraza, acostumbrada a ello como un perro a su dueño, aguardaba Ichika Goto con cara de pocos amigos y vestida con un kimono formal de hombre, completamente negro a no ser por tres insignias bordadas en hilo de oro. Kashiwagi reconoció al momento la del clan Fujiwara y la de la Compañía del Oso, esto gracias a la descripción que Hayashi le hiciera de la segunda. La tercera representaba a una mariposa sobrevolando un trébol, motivos más bien genéricos cuyo diseño específico no aludía a un clan particular hasta donde sabía el recién llegado. Al verlo venir, Ichika se incorporó, esbozó algo semejante a una sonrisa, inclinó la cabeza a manera de saludo y revisó de pies a cabeza a Kashiwagi sin molestarse en disimular. "Perfecto", dijo al cabo y tomó de una silla cercana un envoltorio mediano que ofreció a Fujiwara sin agregar palabra. Se trataba de un kimono idéntico al de Ichika.

—Es nuestro regalo de bienvenida —aclaró Yumiko emocionada por la escena.

—Casi nunca se le entrega a un hombre. No fue fácil convencer a las de Kobe; las de Tokio apoyaron la idea. Esto te convierte en una especie de miembro honorario, lo que no significa nada en especial, pero te faculta para escuchar —interpuso Ichika con cierta calidez que no alcanzaba a serlo—. Anda, póntelo por ahí para empezar la fiesta —agregó la mujer señalando en dirección al baño de visitas.

—Obedezco sin rechistar —contestó Kashiwagi inclinándose ante Ichika en gratitud para luego irse al tocador con el regalo bajo el brazo y de muy buen humor por el detalle. La hosca le agradaba, aunque le hubiera costado trabajo señalar exactamente por qué.

Las ropas dieron al encuentro el toque de intimidad que a todos hacía falta para romper el hielo. Evidentemente complacida con el aspecto del único varón de la terna, Ichika dejó a un lado la aspereza inicial y se dijo contenta de verlo después de tantos años, en circunstancias tan distintas y luego de las muchas referencias positivas llegadas a ella a lo largo de los años.

—El respeto del que goza tu madre en la compañía no es gratuito. Su visión ha permeado en nosotras y la consideramos una hija predilecta de Benzaiten. El privilegio te llega por extensión, Kashiwagi. Me siento honrada.

—El honor es mío —repuso halagado Fujiwara inclinándose frente a la mujer que le daba la bienvenida. Notó que en sus vestidos había un bordado de serpientes blancas que no aparecía en las ropas que recién le habían entregado y mencionó el hecho con tal de hacer conversación.

—No hay hombre que quiera llevarlas puestas. Son las acompañantes de la diosa. Sus bendiciones se multiplican si llegan a aparecerse en sueños. Mejor todavía si lo hacen bailando al ritmo de una biwa. Yo las soñé siendo una niña. Es mi primer recuerdo.

—Mi madre las soñó una vez —intervino Yumiko—, días antes de conocer a mi papá en la Facultad de Ciencias. Llevaban el ritmo de la biwa y la miraban fijo.

—En la bonita versión de Chushiro Hayashi. Dudo que tu mamá haya dicho algo semejante.

Los dos ausentes irrumpieron así en el convivio. La simple mención fue como el anuncio de su llegada. La muerta y el desaparecido saludaban a su manera a los tres que les quedaban en la casa del jardín maravilloso. Los cascabeles pendientes de las cintas de colores resonaron entre las ramas del durazno, del cerezo, dando expresión al vientecillo que les acariciaba recurrente esa mañana. Después de unos segundos, el viento amainó silenciando a los cascabeles.

—Y ahora un segundo y último regalo para Kashiwagi Fujiwara, nada menos —añadió Ichika ofreciendo al físico un *cassette* sin retractilar—. La madre de esta niña tuvo un don para la biwa que sólo puede venir de Benzaiten. Dejó una grabación comercial en compañía de otras dos que no le daban batalla y se hizo famosa en el país con ese solo disco. Los planes para el segundo nunca llegaron a completarse. El caso es que por bueno que sea el disco no le hace la menor justicia al genio de su madre. Qué va. Quienes sabemos de estas cosas hondamente tenemos muy claro que lo mejor de su música se daba en la improvisación y hubo una en el Lago Biwa que nos marcó a todas para siempre. Se festejaba a la diosa, igual que hoy. Una compañera grabó la sesión sin que las ejecutantes se enteraran. No sabes cuántas veces hemos agradecido su idea. Lo de esa mañana fue un milagro que sólo hemos compartido entre las nuestras. Y contigo a partir de hoy. Tienes suerte. Los Fujiwara siempre la tienen.

Kashiwagi se quedó sin palabras. Quiso enterar a las otras dos de que conocía lo ocurrido aquella mañana en la Isla de Chikibu, pero hacerlo en ese momento era casi insolente. La grabación constituía prueba firme del genio inigualable de Manami, ni dudarlo, pero también demostraba por una vía alterna que la historia de Hayashi tenía visos de verdad. Las

escenas que éste le refiriera se le vinieron encima. Las abluciones rituales, el olor a pastel con cebolla, el cabello en volandas sin viento que lo volara y otros detalles le sobrepoblaron la imaginación con el cassette entre las manos. Lo miraba fijamente Kashiwagi como si en esa portada genérica sin rótulo o título pudiera concentrarse la esencia de la historia que iba envolviéndolo como seda a la oruga. Supo que llegaría un momento en que el capullo se cerraría a su alrededor para convertirlo en quién sabe qué cosa. Se estremeció y sintió una necesidad urgente de irse a casa para escuchar, para ensoñar a Manami igual que lo hiciera su mentor por años, pero no dio con un pretexto plausible que se lo permitiera en ese momento. Insistía en buscarlo cuando Yumiko le puso enfrente la funda de un disco de vinilo en que se mostraban las fotografías de tres mujeres jóvenes. Kashiwagi volvió a estremecerse al reconocer inmediatamente a la mujer que le rondara con la bebida en un descuido de Hayashi durante el día que hemos narrado al detalle. La falda negra y plisada se movió de lado a lado en su imaginación. Efectivamente, los ojos sonreían sin que la boca lo hiciera en consonancia. Hayashi tenía razón. Algo felino rezumaba esa tigresa y ese algo pervivía en Yumiko matizado.

—Una fotografía mediana para una ejecutante soberbia. Ya verás de lo que era capaz esa mujer cuando se dejaba llevar. Su música tiene mucho de plegaria. Manami era una de esas personas que en verdad saben rezar y esa virtud se asomaba en todo lo que hacía.

—Es curioso, pero siendo mi papá el mayor fanático de mi madre, nunca quiso escuchar su copia de la cinta.

—Yo lo entiendo. Es como tratar de saciarse mirando la vieja fotografía de un platillo que ya te has comido —ironizó Ichika.

—Es lo que tenemos. No es poca cosa.

—La estela de las cosas idas —elaboró Ichika ausente—. Como tu padre.

La gratuidad del comentario dejó mudos a los otros dos. Por instinto, Kashiwagi quiso defender a Yumiko de la ligereza, pero no encontró la forma de hacerlo con decoro y claudicó. Si en ese triángulo había alguno que no tenía derecho a opinar sobre el pasado remoto, ese alguno era él. Además, la anfitriona no parecía haberse molestado con la imprudencia. Tomó la cinta de las manos de Fujiwara y fue a meterla en un reproductor medio escondido más cerca de la cocina que de la terraza.

La grabación presentaba altibajos en el volumen. El ruido ambiental se entrometía, pero no alcanzó a ahogar la sutil introducción con que

alguna de las ejecutantes iniciaba el concierto. Al tercer compás advirtió Kashiwagi que las secuencias era las mismas con que Yumiko acompañara su lectura en la habitación climatizada la noche de la desaparición. Más aún, pudo recordar a la letra el pasaje que leía cuando la hija de Hayashi se le unió aquella vez sumándole notas a las palabras. Era evidente que Yumiko conocía de memoria la improvisación del Biwa habiéndola tocado para él sin que lo supiera en el momento. La vivencia de Hayashi y de Manami se correspondía con la de Kashiwagi y Yumiko casi exactamente a no ser, claro, por el contexto tan distinto que los rodeaba. En nada semejaba la isla a la casa del astrónomo, pero la transposición funcionaba. ¿Por qué? ¿Para qué? Las preguntas le rondaron en la cabeza por unos segundos pero pronto demostraron ser una reacción inicial y quedaron en nada. Ichika cerró los ojos, respiró hondo y resbaló un poco por la silla para gozar cómodamente. De cuando en cuando se le escapaban murmullos que bien podían ser solfeo, apuntes críticos o fragmentos de algún pasaje que Kashiwagi no lograba identificar. Cuando al fin lo hizo quedó sorprendido. Los murmullos de Ichika eran el texto del capítulo que le habían permitido leer la noche aquella. Una vez identificados, Kashiwagi pudo anticipar cada palabra, cada oración. El viento reaccionó y se puso a soplarle a los listones del cerezo y el durazno. Cascabeles. Músicas. Todo traspuesto. Todo empalmado. Era la vida haciendo cabriolas para un público cautivo.

Conforme pasaban los minutos fue reconociendo Kashiwagi el sello de cada ejecutante. Los cuatro wakas que cada una había elegido para la presentación eran una referencia muy útil para identificar sus intervenciones, pero el estilo personal las diferenciaba mejor incluso que las voces con que recitaban los versos. El ímpetu de Manami arrollaba a las otras dos. Los contrastes musicales nacían de una profunda convicción que faltaba a las compañeras de Kobe y Tokio. El instrumento mismo ofrecía sonoridades que parecían inventadas para acentuar las delicadezas de Manami. El viejo koto estaba en las manos precisas. Algo en Kashiwagi se resistía a aceptar que la música de la tigresa era infinitamente superior a la que Yumiko le reprodujera en la habitación climatizada la noche de la desaparición. Ambas eran diestras, por supuesto, pero Manami estaba tocada por los velos de la divinidad. Imaginó Kashiwagi la emoción que una escena semejante habría provocado en su madre o en la viuda de Takata, por ejemplo. La pericia francamente inhumana que la deficiente grabación les retrataba constituía un nuevo punto de inflexión para los conocedores de la biwa

y de la pretendida sonoridad antigua. Ichika, arrobada como si escuchara el concierto por primera vez, había dejado de musitar los raros pasajes de la traducción para comentar suavemente aspectos técnicos avanzados que el astrónomo jamás hubiera detectado por sus medios. Su guía dio una nueva dimensión a la música que inundaba la terraza y con ello dotaba de sentido a las escenas que Hayashi describiera de la fiesta en el lago. De pronto, Ichika volvió a recitar entre dientes algunos pasajes irreconocibles hasta que dos oraciones peculiares llamaron la atención de Fujiwara: pertenecían a los fragmentos inclasificables que Manami había escrito con la letra de Hayashi la noche de su aparición inesperada en el monasterio y figuraban en la carta explicativa que Jo había dirigido a su maestro, la que le había permitido leer la tarde inaugural en la biblioteca. El hecho lo distrajo del concierto mismo extraviándolo en especulaciones vagas que llegaron a un fin abrupto cuando Ichika le dijo al oído que su padre, Tadao, y su marido, Sasuke, tenían cada uno una copia del rollo ilustrado y otra del texto en hiragana de *Esfumado…* pero las copias caligráficas y la traducción diferían. El documento original tenía tres versiones distintas de la muerte de Genji, no una. El erudito había dejado la traducción de una versión, la de la envenenadora, a Hayashi, dando las otras dos a su padre y a su marido. Las ilustraciones del rollo coincidían hasta el mínimo detalle. El encargado de la traducción había muerto dos meses antes de la desaparición de Hayashi y no se encontraron sus notas a las traducciones, indispensables para revisarlas a fondo. ¿Cuál de las tres muertes de Genji era genuina? ¿Lo era alguna? Las ilustraciones del rollo no aclaraban el misterio, pues reproducían escenas compartidas por las tres copias divergentes. Las posibilidades eran infinitas. Hayashi, Yumiko y ella se habían propuesto llegar al fondo del asunto por el bien de todos y cuando decía "todos" lo decía en serio. Entre esas tres muertes de Genji podía hallarse la verdadera, la que Murasaki Shikibu planeó para su príncipe resplandeciente de ser el caso. Era riesgoso sacar a relucir el hallazgo en medios académicos para dirimir el problema, así que debían actuar con sus medios. De requerir la asesoría de expertos, tendrían que hallarlos en el extranjero siendo discretos al máximo. Quién sabe cuánto tiempo les llevaría desenredar la madeja, pero así fuera el resto de la vida, el esfuerzo valía la pena. Por su formación tan atípica, tan especial, Kashiwagi Fujiwara podía ser clave para dirimir las cosas. Hayashi había insistido en ello por propia voz y también hablando como ikiryo en el cuerpo de su hija. Varias veces. Sí. Lo sucedido con Manami se repetía ahora con Yumiko. Era una maldición.

A veces hablaba él y otras intervenía Rokujo. Ya sabía Kashiwagi a qué se refería ella. Era una locura. Era una pesadilla que terminó por precipitar el retiro de Hayashi.

—No sé qué te contó ni me importa averiguarlo, pero se resistía a involucrarte hasta que no fue posible mantenerte al margen. Él mismo se lo exigía cuando hablaba por boca de la hija, y si en lugar de él entraba Rokujo la exigencia se redoblaba. Si quieres mi opinión, en el fondo se avergonzaba de abrir este capítulo de su vida a un colega de tu talla. ¿Pensarías que estaba loco, que el retiro le había afectado la cabeza? Lo dudó años y al fin se decidió a hablar contigo. Debe haber sido tremendamente difícil para un solitario empedernido como él —especuló Ichika buscando a Yumiko con la mirada. Al no encontrarla, insistió cuidando menos el volumen de su voz—. ¿Estás con nosotras más allá de la ropa, Kashiwagi Fujiwara? Te necesitamos. Y hablo por Yumiko, por Sasuke, por Tadao, por Jo y por el ciego que no te quiere. Yo pienso que está celoso —añadió Ichika distrayendo a Fujiwara con esa última frase.

Ni sí ni no. Fujiwara omitió la respuesta y se entregó al concierto con una dedicación que hasta entonces le había resultado imposible. Ichika no volvió a interrumpirle el gozo ni con rumores ni con apuntes técnicos ni con peticiones extraordinarias. Se sumó al disfrute ineludible que el sonido de las tres ejecutantes iluminadas le planteaba sabiendo que entre ellas tocaba un espíritu afín a los inmensos atributos de Benzaiten: la música, las letras y el paso disperso pero recurrente de los cometas que de vez en cuando transitaban por el cielo. Meteoros.

La nota postrera se extinguió y vinieron los aplausos. Conforme estos se diluían Fujiwara alcanzó a escuchar chapaleos. Las abluciones. Hubiera dado cualquier cosa por echarse desnudo al Biwa en ese momento. Le clavó la mirada a Ichika y dijo que sí. Ella se despojó entonces de cualquier reserva y lo abrazó llamándolo hermano, hermano querido. “Ohaguro se pondrá feliz al enterarse. Yumiko, quise decir.”

No era la primera vez que Kashiwagi escuchaba el término, mas el brío de Ichika, su redoblada buena voluntad y la intromisión gozosa de los cien cascabeles que parecían dar voz al durazno y el cerezo, hicieron que el detalle quedara confundido con otros muchos que surgieron en aquella mañana de reconocimiento franco. A decir verdad, la introducción del sobrenombre había sido opacada por la revelación casi inocente de que Yumiko sufría episodios de naturaleza semejante a los de su madre. La tristísima posibilidad de que una patología disociativa fuera la causa verdadera de los trances referidos por Ichika, ensombreció

momentáneamente el ánimo de Fujiwara, trayéndole a mientes los sucesos que su maestro le narrara antes de diluirse en la noche aquella. Aunque no fue sencillo en principio, el invitado disimuló su resquemor hasta que el disimulo se fue volviendo olvido. La inercia del concierto, la encantadora agudeza de Yumiko y un inesperado sentido del humor que asomaba de pronto entre los rigores de la invitada ayudaron a que las inquietudes cedieran. Y justo cuando la risa de los tres coincidió un instante, Kashiwagi advirtió de reojo que a la beldad de la casa le faltaba un diente, el segundo premolar del lado izquierdo para ser exactos. La minucia le descompuso el contento sin que supiera bien a bien por qué. Transcurrió cierto tiempo sin que Yumiko volviera a reír con la naturalidad indispensable para constatar la anomalía, pero al fin volvió la sonrisa amplia gracias a una ocurrencia improvisada por el propio interesado. No se equivocaba. ¿O sí? Sí y no: a la siguiente oportunidad se dio cuenta de que el diente no faltaba sino que parecía ausente por oscuro. Un destello de la pieza reveló el error de Kashiwagi para dejarlo pensando en qué sentido tenía el diente negro en una boca pulcra y bien cuidada. Entonces recordó un libro que la viuda del almirante solía mostrarles a cuento de cualquier cosa durante las clases que impartía en la casa familiar. En las últimas páginas, a modo de apéndice probablemente, aparecían cuatro ilustraciones de figuras femeninas con los dientes renegridos. "Ohaguro", memoró reproduciendo fielmente la pronunciación artificiosa de la maestra Takata. Por más que la expositora insistiera en que los conceptos de belleza eran variables como el carácter de los hombres o el clima de montaña, el Kashiwagi niño sentía repulsión al imaginar que una boca como esas se le acercara con la intención que fuera… y hasta ahí dejaba llegar a su imaginación pues la sola idea de un beso, por ejemplo, lo estremecía hasta la náusea. Nada semejante ni mucho menos le inspiraba Yumiko. Lo suyo aquel día fue una curiosidad genérica que, llegado el momento de la despedida, se había convertido ya en curiosidad malsana. Las excentricidades que iban aflorando en el discurso de Ichika se sumaban a las que Hayashi relatara durante la larga conversación final con el discípulo y el resultado era tan paradójico como la personalidad del maestro, pero sin esa sensación inconfundible que deja el peligro al ser disimulado.

Fue la misma Yumiko quien propuso a una hora prudente que la tertulia siguiera en otra ocasión (la semana entrante, ¿por qué no?) en el ya famoso establecimiento que dirigía el marido de Ichika en el barrio de Gion.

—La gente más interesante acude los jueves y mi papá es el más

interesante de ellos. Sabe de ti, se llama Tadao y es tan buen conversador como mi esposo. Hace tiempo que quieren conocer al roble de esta historia. ¿Te parece si nos vemos el jueves próximo?

—Me parece.

—A las diez en El Puente de los Tiempos. A esa hora empiezan a llegar los viejos jazzistas de la ciudad que se han apropiado del lugar; si están de vena suelen improvisar hasta las tres o cuatro de la mañana. Es todo un espectáculo verlos y escucharlos siempre que los tragos no empiecen a pasarles la factura. Después suelen volverse insolentes, lo que no es raro tratándose de artistas —remató Ichika al tiempo que guiñaba un ojo a su nuevo amigo.

—Los físicos son peores —agregó de buena gana Yumiko con una sonrisa que recordó al visitante el premolar ennegrecido.

—Pero más guapos y eso ayuda —interpuso Kashiwagi con el tono justo para caer en gracia.

Diez minutos más tarde el invitado dejaba de serlo. Yumiko y la otra despidieron a Fujiwara en la puerta de la casa y volvieron a meterse en ella dejándolo allí solo, confuso, pero satisfecho por algo que no llegaba a identificar claramente. Llevaba los nuevos vestidos en un envoltorio bajo el brazo y su segundo regalo, la grabación del Biwa, en un bolsillo del saco que recién se había comprado para la ocasión. Se quedó parado viendo la trepadora roja que cubría la entrada sin saber bien a bien qué hacer con el resto del día. La reunión había terminado prematuramente y algo en él se rebelaba ante la idea de volver a casa. Echó a andar por esa calle tan bella como desolada y sonrió al comparar su marcha con la de un perro callejero que avanza velozmente hacia ninguna parte. Lo importante era alejarse de la entrada evitando que sus amigas pudieran verlo ahí, patético, ocioso. Alcanzada la primera esquina se volvió y pudo ver a la distancia que una camioneta verde se estacionaba frente a la casa de Hayashi. Cinco mujeres jóvenes y una señora de cierta edad bajaron del vehículo y esperaron a que les abrieran la puerta casi en el mismo lugar en que Fujiwara se encontrara minutos antes. "Osas", pensó el astrofísico. Dos de ellas cargaban refractarios y las demás llevaban consigo estuches tallados en maderas finas pero de ningún modo comparables al celebrado estuche de las garzas. Qué va. Estos eran mucho más pequeños, ideales para las flautas shakuhachi, por decir. Se desanimó al colegir que los listones, los cascabeles y los demás adornos de la casa de Minami estaban pensados para una celebración que no necesariamente era la suya. ¿De dónde había sacado que el ánimo de fiesta estaba dedicado a él? Se sonrió por tan ingenuo y reinició la

marcha para evitar que las mujeres se fijaran en su presencia. Reían.

Era sábado, el mejor día para pasearse por el barrio de Gion que tan oportunamente había traído a cuento Yumiko. "Allá ellas y su fiesta", se dijo Kashiwagi con un toque de despecho antes de doblar la esquina más próxima a la casa de la hiedra roja.

El calor empezaba a descomponerle el ánimo cuando se encontró por el camino un parque poco concurrido aún en fin de semana. Fujiwara notó que a tiro de piedra había una banca cubierta por la sombra de un tilo mediano y enfiló ahí con la intención de hacer el vago un buen rato entreteniéndose con la gente que pasaba por la acera de enfrente. En esas estaba cuando advirtió que, detrás de los peatones, relucían los escaparates de una librería que parecía importante a juzgar por los muchos que entraban y salían. El diseño de sus vidrieras le llamó la atención por la original disposición de los ejemplares. Habían pasado meses desde su última visita a una librería y, como buen lector que era, no quiso resistirse a la tentación de echar un vistazo al menos. Dejó atrás la banca, atravesó la calle, miró los aparadores sin encontrar nada interesante y se adentró en el establecimiento intuyendo que encontraría algo importante que no buscaba. Al principio creyó equivocarse. Ninguno de los títulos le llamaba la atención. Prácticamente todos los libros en la sección de ciencias estaban dedicados a la divulgación. No es que esperara otra cosa, pero una vez más reprochó a los editores la creciente tendencia a banalizar los grandes temas con tal de ampliar su cuota de mercado y una vez más concluyó que no había opción para la mayoría de ellos si querían sobrevivir a la crisis permanente en que la industria editorial decía encontrarse desde que tenía memoria. "Plañideras", se inventó airado cuando un niño de siete u ocho años se estrelló con su pierna por ir distraído hojeando un libro de Tintín. Fujiwara se disculpó con el pequeño por pura bonhomía aún sin tener la culpa del encontronazo y se quedó pensando en Mitsuhirato, el personaje japonés que aparece en *El loto azul*, su favorito entre los títulos de la serie. Los enormes dientes del personaje le daban miedo siendo un crío. Se sonrió al recordar el detalle y entonces vio que al niño le faltaba uno de los incisivos. El detalle le hizo pensar en el premolar de Yumiko. Acarició la cabeza del pequeño y se dirigió a la sección de libros de arte con la idea de encontrar alguna obra sobre gráfica antigua que pudiera ilustrar o mencionar el tema del ohaguro. El encargado de la sección se le quedó mirando sin entender bien a bien a qué se refería Kashiwagi. "Déjelo así", concluyó desanimado el astrofísico creyendo que el importante hallazgo que no buscaba se le ponía difícil aquel día. Se

encaminaba a la salida cuando vio que en una de las islas de exhibición se apilaban unos diez ejemplares de un volumen inusualmente grueso: *El mar de la fertilidad*, la obra postrera de Mishima. "Helo ahí", murmuró Fujiwara al recordar el parentesco que Hayashi mencionara entre el monje Jo y el escritor. Habían pasado años sin que el físico se adentrara seriamente en una obra literaria. No lo lamentaba. Al contrario tal vez si se piensa en el hartazgo que le había provocado la obsesión del círculo familiar por las letras antiguas, pero algo le aseguraba que la ficción era lo indicado para la tarde de ese día. Entonces sintió el alivio que únicamente brinda la elección justa, la única entre tantas cuando las cosas importan. Pagó gustoso y volvió a la calle con la sensación de hallarse cerca de sí mismo, de estar en la ruta correcta que algo o alguien le trazaba. Unas cuadras más adelante constató que así era: El Puente de los Tiempos. El letrero luminoso parecía llamarle, como el parque, como el libro. Calculó las posibilidades de haber dado con el negocio del padre de Ichika sin proponérselo y se echó a reír cuando ya estaba cerca de llegar al resultado, inverosímil por supuesto, tomando en cuenta que ni siquiera se había mencionado la ubicación del establecimiento a no ser por la vaga referencia a Gion. El calor no cedía y en vista de ello Kashiwagi se inventó una sed oportunísima que le permitió llegar al Puente de los Tiempos con cinco días de antelación a la cita programada.

Esperó veinte minutos para conseguir un lugar en la famosa barra antigua, pero la espera fue más que placentera al poder ir y venir entre las maravillas que adornaban el lugar. A golpe de vista pudo constatar que buena parte del mobiliario y los adornos eran piezas de época únicas en perfecto estado de conservación. Varias de ellas lo conmovieron profundamente, en especial un teléfono de baquelita prácticamente idéntico al que tenía en su casa, aquel regalo de la madre que nadie había entendido pero que había fascinado a Kashiwagi. Y ni hablar de una fuente de piedra que, a juzgar por los motivos, debía de pertenecer al periodo Edo. Cuatro representaciones de Buda alternaban con elefantes deformados para ajustarse a la forma original de la piedra. La miraba embelesado cuando un empleado le avisó que su sitio en la barra estaba listo al fin. Se separó lastimosamente de su piedra, pensó en el yorishiro, lo olvidó, ocupó su lugar, pidió un negroni sintiendo placer con el solo hecho de pronunciar el nombre de la bebida y esperó a que su elección estuviera a la altura pues nunca la había probado. Decidió entretenerse releyendo la contraportada de su nuevo libro. Al acabar siguió con las primeras líneas del prefacio. Comenzaba el segundo

párrafo cuando un hombre que se dirigía al área de servicios vio de reojo el título que secuestraba la atención de Kashiwagi. Sin pensarlo dos veces fue hasta donde estaba el barman, aguardó a que el empleado terminara de elaborar la bebida y él mismo se encargó de llevarla a su cliente.

—Espero que le guste y aprovecho para presentarme: Sasuke Goto. Propietario —dijo el hombre inclinándose levemente en señal de respeto.

—Yo soy Kashiwagi Fujiwara, y quiso la suerte, señor Goto, que llegara yo a su negocio por azar habiendo estado con su esposa Ichika hace apenas un par de horas. Hay cosas inexplicables. Suceden a diario —abundó Kashiwagi poniéndose de pie para poder inclinarse y devolver así el saludo con la cortesía requerida.

Goto invirtió algunos segundos en hallarle sentido a la situación. Su mirada fue y vino del rostro de Kashiwagi a la portada del libro en dos ocasiones sin poder articular una respuesta coherente. Más que la referencia a su mujer le anonadaba tener enfrente a Fujiwara con la obra que había sido piedra de toque en su historia personal. Las conjeturas y las emociones fueron haciendo las paces conforme la sonrisa del empresario se ampliaba. Aunque seguía sin comprender, supo de inmediato que aquél no era un encuentro corriente y sin mayor explicación pidió amable al recién llegado que lo acompañara a su "divisadero", un tapanco que casi no se distinguía desde la barra. Su ubicación era ideal para enterarse discretamente de todo lo que sucedía en la planta baja sin ser intrusivo para la clientela. Accedieron a la plataforma por una escalerilla rescatada de un naufragio más o menos reciente.

—No es la ruta más cómoda para subir, pero un acceso mayor habría destruido el equilibrio del primer piso afectando además buena parte del escenario, que ya de por sí es pequeño —aclaró Goto apuntando con el índice de la mano derecha hacia el extremo norte del local. Una discreta batería chapada en madera fina quedaba casi oculta por los platillos que, desde el tapanco, semejaban una especie de paraguas broncíneo que protegía al instrumento. El cableado, los tripiés, un amplificador Marshall, tres bancos de altura y el infaltable entarimado negro completaban el escenario que, en plena luz del día, parecía curarse la resaca de la noche anterior. La música popular grabada que animaba el bar a aquella hora contrastaba fuertemente con el rincón descrito y llevó a que Fujiwara pensara en el juego de aguas de dos mares que se niegan a mezclarse.

—Ya me ha enterado Ichika de que los jueves se le llena el negocio de músicos. De hecho, mi cita formal con ella… con ellas… con usted también, creo, quedó firme para el jueves siguiente y heme aquí adelantado a los hechos por pura casualidad. Lo celebro, Sasuke san, por tener la oportunidad de conocerle cuanto antes —afirmó el astrónomo al tiempo que uno de los meseros se las arreglaba para llegar al tapanco sosteniendo una charola con entremeses variados mientras se asía al pasamanos de la escalerilla con la mano libre. Al verlo, el patrón fue a ayudarlo librándolo de la charola para después dar algunas instrucciones que Fujiwara no pudo escuchar. El hombre asintió y se fue por donde había intentado llegar sin lograrlo del todo.

—Y dígame, señor Fujiwara, ¿cómo es que un hombre de su edad pide un negroni para dedicarse a Mishima, al *Mar de la fertilidad* precisamente? —inquirió Goto pasando por alto las cortesías del recién llegado.

—Lo de la copa es puro esnobismo. El libro fue un impulso que ni pude ni quise resistir. Acabo de comprarlo en la librería esa que está frente al parque, a unas cuadras de aquí. Un colega muy querido mencionó al autor en una conversación importante que no he podido sacarme de la cabeza y pensé que siempre es un buen momento para retomar la lectura de nuestro héroe… de la ficción en general.

Goto se acarició el mentón como suelen hacerlo los hombres que han usado barba mucho tiempo, achinó los ojos y al fin pareció animarse a decir lo que quería. Empezó a hablar, titubeó y recomenzó para darse tiempo de organizar las ideas.

—¿No será Chushiro Hayashi el colega al que alude usted, el padre de Yumiko?

Fujiwara asintió humillando la mirada para ocultar las emociones que comenzaban a rebelársele en el pecho, gesto que fue interpretado como un sí por Sasuke.

—Discúlpeme si mi comentario fue imprudente. La desaparición de Hayashi es una tragedia para todos los japoneses. No, qué va: para cualquiera —acotó el mandamás del bar deteniendo la vista por instinto en el entablado que atrajera la atención de Fujiwara unos segundos antes.

—Hay hombres que dejan huecos universales.

—Mishima. Hayashi —aventuró Goto.

—La pluma y los astros.

—La Tierra y el cielo —completó el anfitrión dando inicio a un breve paréntesis que llegó a su fin cuando Sasuke confesó por primera

vez fuera del círculo más íntimo su pasión fundamental, vitalicia, esencial por la vida y la obra de Mishima, tema que, como sabemos, mantenía a buen recaudo por precaución—. Ni siquiera Ichika sabe que cuatro meses antes de que empezara a rondarme la idea del negocio éste me detuve a descansar un momento en el parque que menciona, en una de las bancas desde las que se distingue la librería. Por impulso fui y compré las cuatro novelas en un solo volumen, como el suyo. El gran maestro se había ido unos años antes y esos eran los últimos folios de su legado. Los administré con una disciplina admirable y al terminar volví a empezar con tal de engañarme y no hacer las paces con el hecho que no, ya no habría más belleza dolorida como la que ese hombre especial nos dio a su costa. Le pasa a todos los que escriben. Dicen hacerlo a costa de sí mismos. Pueden ser tan petulantes, pero por supuesto que no era el caso de Yukio. O no sé. Hombre hermoso —declaró Sasuke medio angustiado por el aliento que su comentario iba tomando y decidió frenarlo antes de que la emoción le tirara de la lengua.

—Lo que hubiera dado por conocerlo personalmente.

—Lo mismo pienso yo —mintió Goto sintiendo un dejo de culpa que no logró identificar hasta horas después del encuentro—. Pero ¿sabe, Fujiwara san? Quien lee a los buenos de verdad termina por conocerlos personalmente. Es la tragedia de la autoría, una especie de desnudez permanente, irresoluble. Pero ya me entrampo y cuando me pasa no paro de hablar. Vaya anfitrión le ha tocado. Ni siquiera ha probado su copa.

El trago le supo mal, no por una preparación deficiente sino por el recuerdo que la desaparición de su maestro le dejaría de por vida cada vez que alguien brindaba por el motivo que fuera. Hábil conversador y profesional de las relaciones públicas desde que había adoptado la identidad empresarial, Goto advirtió la incomodidad de su interlocutor e hizo por cambiar el tema retomando el encuentro con Ichika que éste esgrimiera como tarjeta de presentación a su llegada. Estando a medias la intentona, Fujiwara tomó el envoltorio que cargaba desde su visita a la casa de Minami y lo puso sobre la mesa compartida con el dueño. Las ropas que Ichika le regalara como muestra de buena voluntad fueron reconocidas al vuelo por su esposo confirmando una amistad que no por novísima tenía algo que envidiar a las longevas. El vínculo, ese nexo que comunica una existencia con otra, el puente que va del tú al yo sorteando la indiferencia original, iba consolidándose sin que los conversadores tuvieran noción de los subproductos que el encuentro posibilitaba.

—Es usted un hombre con suerte. Para que las señoras de la Compañía obsequien uno de estos es indispensable haberse ganado su respeto, lo que no sucede muy a menudo tratándose de varones. Sería usted el tercer o cuarto caso, y el primero que no estuviera relacionado con la necesidad de sacarle algo a un patronato o a alguna cartera abultada con debilidad por los donativos artísticos o la conservación.

—¿Las hay todavía? —bromeó Kashiwagi sin que la ligereza incidiera en el discurso del otro.

—Yo obtuve un regalo semejante al permitir que las estudiosas sesionaran aquí cuando el negocio se cierra al público. Entre las tres de la madrugada y la una de la tarde del día siguiente, el lugar les pertenece si les viene en gana. O el domingo a cualquier hora. No lo usan con la frecuencia que yo quisiera, pues en la universidad les cumplen todos sus caprichos, pero si algo les impide practicar allá, o si prefieren una sesión más íntima, más recogida, vienen y se encierran desde unas pocas horas hasta varios días si se presenta un fin de semana largo de esos en que no conviene ni abrir los negocios por quedarse la ciudad medio vacía.

—Tengo la impresión de que ahora mismo transcurre una de esas sesiones en casa de Hayashi. De Yumiko, corrijo. Al encontrarme con ella y con su esposa, vi que el jardín de la casa estaba adornado para algún tipo de fiesta que, sospecho, comenzó cuando yo recién salí. Doblaba apenas la esquina de la calle cuando vi una camioneta verde que se estacionaba enfrente. Bajaron unas cinco cargando instrumentos y comida.

—Seis, querrá decir. Para sesionar solemnemente deben estar las ocho principales. Si mi mujer y la suya estaban ya esperándolas…

—Soy soltero todavía.

—¿Cómo dijo? Ah, sí, la soltería —mencionó casual Goto fingiendo una breve distracción para restar importancia a lo dicho. Luego, sin dar tiempo a que se gestara una reacción de Fujiwara, continuó muy calmo sin retomar la feliz condición y mudando el tema con una liviandad rayana en la frescura—: ¿Llegó a mostrarle el doctor la copia del monasterio?

Si el tácito emparejamiento con Yumiko tomó a Kashiwagi por sorpresa, este giro inesperado le socavó en el pecho una suerte de vacío. La desfachatez de Goto al proponerle un tema delicado a unos minutos de haberlo conocido, era un gesto de muy mal gusto en el mejor de los casos y una flagrante imprudencia en el peor, una que bien podría tener consecuencias graves si las personas o autoridades equivocadas llegaban a enterarse de los hechos relacionados con el manuscrito. Entonces le

asaltó una duda básica: ¿eran ciertos los pasajes que tan vehementemente le narrara su maestro? Lo excepcional era la regla en la vida y la obra de ese hombre y excepcionales habían sido también los pormenores de aquella conversación tan larga que de pronto había quedado trunca por la huida, no, por la disolución, no, por la incorporación de Chushiro Hayashi a la nada en que quiso convertirse aquella noche. ¿Por qué creía a ciegas el físico joven a su vieja contraparte? ¿En qué clase de juego, de situación enrevesada se estaba metiendo? La verdad era que Goto le inspiraba confianza. El sobresalto a consecuencia de la pregunta persistía, mas la mirada calma de Sasuke y su franqueza fueron menguándole la suspicacia a Kashiwagi, lo que no derivó en que el físico bajara la guardia sino al contrario. Respiró hondo para dar dramatismo a su réplica, bebió un buen trago del negroni, fingió catar sus bondades y, devolviendo la mirada a Goto, dijo con una calma idéntica a la de éste:

—Me confunde. No sé a qué se refiere. Lo digo sinceramente.

—Me gusta la gente sincera y no dudo que usted lo sea buena parte del tiempo, pero en este caso tengo mis dudas. En su lugar también mantendría las reservas —aceptó Sasuke Goto matizando la acusación de falsía entretejida a su comentario con excelente disposición de ánimo.

Cuando se limpiaba los labios con una servilleta, Kashiwagi se fijó en que ésta llevaba impresa la silueta de un animal bajo el nombre del negocio. El hecho empezaba a darle vueltas por la cabeza cuando Goto retomó el hilo de su discurso luego de arrugar la servilleta dejándola de lado. Kashiwagi tardo más de lo normal en retirarle la vista a la pieza que, desechada, hacía imposible la identificación de la silueta. Encontró otra igual a un lado de los entremeses y sí, el oso de la compañía hacía las veces de logotipo en un juego de imágenes incongruente para el observador casual, pero no para alguien enterado de los nexos entre el grupo y la historia. Distraído por la bagatela, pretendió atender a lo que Goto explicaba sin captar de inmediato el sentido de sus palabras.

—…a nadie sorprendió el que Hayashi insistiera —comentó Sasuke captando ahora sí en pleno la atención de su interlocutor—. El argumento era irrebatible: sólo alguien con una prestancia intelectual como la suya podía ayudarnos, ya no a resolver, sino a plantear el acertijo que tenemos entre manos. Las tres versiones del libro 42 halladas junto al rollo ilustrado en el arcón habían sido escritas por la misma mano, aunque las divergencias entre el estilo y la manufactura del soporte, del papel, indican que nuestro supuesto original es a su vez copia de algún texto todavía más antiguo del que no tenemos indicios hoy. Tal vez algún día aparezca por ahí la referencia que permita

solventar las dudas. El caso es que tenemos tres versiones en hiragana, redactadas a inicios del siglo XII con buena probabilidad. Nada comparable a esto ha surgido en la exégesis del Genji. Y para pensarlas, para escudriñarlas, contamos con el rollo, la referencia en común. Quienquiera que haya tenido la idea del arcón resguardando los 54 libros más el rollo y las tres muertes de Genji, sabía lo que estaba haciendo. A Hayashi no le convencía la teoría de que el dueño original del arcón hubiera tenido intenciones conservacionistas en el sentido moderno. Era ingenuo pasar por alto el hecho de que el arcón de cedro libanés se encontró junto a otros tesoros en el sentido tradicional. Las copas de cristal y las armas finas indicaban la posibilidad de que simplemente se quisiera poner a buen resguardo lo más valioso de algún patrimonio antiguo. La idea de que el arcón era una cámara del tiempo destinada a la posteridad causaba escozor a Chushiro. "Dejémonos de cuentos a la Disneylandia y pensemos como adultos", dijo una vez ya con el ánimo exacerbado por las discusiones que parecían no tener fin. Tenía razón: los monjes, Tadao y yo nos dejábamos llevar por emociones que bien podían tacharse de hollywoodenses. El que el traductor original hubiera fallecido sin dejar rastros de las notas en que había trabajado tan arduamente, era un elemento capital para la pesquisa, claro que sí, pero no definitorio y mucho enfatizó ese punto Hayashi. Sin la colección completa que requisaron a nombre del emperador (vaya usted a saber si fue el caso), no hay manera de cotejar y quizá nunca la haya. Claro que sabemos un poco más que al principio, pero las dudas han crecido a un ritmo muchísimo mayor al de las certezas. De cada certeza, Fujiwara, surgen tres dudas y así no podremos esclarecer medianamente ni la "G" del Genji. Su saber, su pericia, Kashiwagi, proviene de la más exquisita línea de pensamiento que es posible hallar en este universo tan amplio. Ichika y usted, cada uno a su manera, estuvieron expuestos al influjo del hombre especial, el gran entendedor. Me refiero al viejo profesor que inspiró la cofradía de su madre; fue el motor que sigue moviendo esta maquinaria. Era un genio igual que usted, pero inestable, violento y sin linaje. Las pasiones se le desbordaban. Los alumnos lo gozaban en la misma medida en que su pobre familia lo sufría. Todo eso quedó atrás. Que al fin descanse en calma uno de los grandes maestros que estas tierras han visto desde que les nació el sol en las montañas. Usted, Fujiwara san, es su heredero más filoso, la estrella, digamos para estar en consonancia con su natural y el de Hayashi. Tadao, Hayashi, los monjes, las mujeres y yo formamos una parte de la ecuación; usted la otra. Juntos podemos desanudar esta madeja por el bien de todos. Es como si

la misma Murasaki lo pidiera, como si fuera Genji el promotor de este entusiasmo que no cede. O mejor: es como si la belleza en sí, la que comparten un colibrí, el Monte Fuji y un waka perfecto, necesitara manifestarse de un modo nuevo por alguna razón que está más allá del entendimiento. A esta edad me va pareciendo que todo lo trascendente queda más allá de mi entendimiento. Ojalá me equivoque. Sólo pido llegar a saberlo cuando me llegue la hora. Y bien, querido Kashiwagi: con un contexto bien distinto al de hace unos momentos insisto en preguntar si llegó el doctor a mostrarle la copia del monasterio. Dijo que lo haría y es importante saberlo antes de enterarlo del contenido de las otras dos versiones. Por azares del destino, como dicen los afectados, se quedó en el monasterio la versión que luego fue a parar a casa de Hayashi; la segunda, la versión del incendio, quedó en mis manos por voluntad de un hombre deslumbrante; la tercera está en posesión de mi suegro Tadao, a quien ya le he mencionado. Una de estas tres, o las tres en simultáneo, contienen el secreto de la muerte de Genji. Suponemos, porque Ichika mantiene neciamente la bonita pero estrambótica teoría de que la falta de un Genji muerto sólo denota la eternidad que Murasaki Shikibu presagiaba a su relato. El cuerpo del resplandeciente dejaría de resplandecer, sí, pero no su historia. Ésa es eterna. Ésa no se esfuma. La historia permanece cuando la carne ya se ha ido. Mire usted, que parece haber nacido de este cuento, si hay coherencia en lo que digo, en lo que intuyo. ¿Quiere que le traigan otro trago? —interpuso de repente Goto.

Kashiwagi negó con un ademán cansino sin levantar la vista del *Mar de la fertilidad*, que seguía encima la mesa. Empezaba a hundirse en una confusión que, por momentos, le recordaba el caos de aquel día vivido en compañía de Chushiro Hayashi. Claro que el maestro le había mostrado la versión del monasterio, sí. Y claro que tenía una opinión al respecto, pero aquél no era el momento de extenderse. El trago le había sentado mal a Fujiwara por hallarse en ayunas todavía y él no era de esos que habla cuando no está seguro de lo que quiere decir. Mejor dejar para otra ocasión más propicia eso de la opinión, para el jueves, por ejemplo, en compañía de Ichika y Yumiko. Hacía una década que Fujiwara no escuchaba buena música en vivo y la que se improvisaba en El Puente de los Tiempos prometía, si daba crédito a las palabras de Ichika. De acuerdo. A las seis. Y partió con el libro y la ropa bajo el brazo, como había llegado.

*

Faltando cuatro minutos para la hora acordada se presentó Kashiwagi en la entrada del local. No era sencillo llegar a la puerta pues una veintena de clientes potenciales esperaban el acceso. La mayoría pasaba de la treintena y estaba compuesta por hombres esencialmente. El recién llegado sintió alivio al notar que se había vestido correctamente para la ocasión. Terminaba de cerciorarse cuando apareció Goto mirando su reloj de pulso. Eran las seis en punto. El dueño buscó en la concurrencia y rápido distinguió el brazo de Kashiwagi entre los varios que procuraban llamar su atención. Sonrió, dio algunas instrucciones al encargado de mantener el orden en la entrada y volvió al interior del Puente… Al poco tiempo sintió el físico que alguien llamaba su atención tocándole el hombro izquierdo. Al volverse pudo reconocer al mesero que lo atendiera unos días antes. "Por aquí, señor Fujiwara", indicó el hombre echando a andar en dirección a un callejón que franqueaba la entrada principal. Era el acceso de servicio y el mesero se disculpó sobradamente por hacerle entrar de esa forma.

—Cada jueves es lo mismo, señor, aunque hoy la gente ha llegado una hora antes por los rumores.

—¿Qué rumores? —preguntó intrigado Kashiwagi mientras seguía al hombre entre cajas de bebida que se apilaban en el traspatio.

—Desde ayer nos avisó un cliente regular que, si salían bien las cosas, vendría hoy acompañado por un tal Pastorius, el bajista de un grupo con nombre americano que está de gira por el país. Dicen que es el mejor del mundo. A ver, porque aquí se reúne la crema, señor. Por este mismo pasillo he conducido a Akiyoshi, a Watanabe… Imagínese qué honor para alguien como yo. Cualquiera puede ir y comprar un boleto para sus conciertos, pero no cualquiera es testigo de lo que pasa aquí. El sitio le recuerda a uno la sala de su casa, la compañía de los amigos, la camaradería. Y cuando esta gente está a gusto algo le pasa, señor. Algo único. Las improvisaciones que he visto valen oro —dijo muy orgulloso el empleado franqueándole el paso por una puerta maltratada que llevaba a un costado del pequeño escenario ya descrito en la anterior visita de Kashiwagi. La elegante batería daba la impresión de estar vestida para una noche de gala. A dos metros de ella, recargado contra el amplificador Marshall, descansaba un curioso bajo eléctrico sin trastes que atrajo la atención de Fujiwara. Pensaba en acercarse para revisarlo mejor cuando la sonora voz de Goto le dio la bienvenida a sus

espaldas. El dueño lucía más joven bajo la luz artificial. Si no calculaba mal, Ichika era por lo menos diez años menor, pero por alguna razón la diferencia de edades no parecía exagerada o fuera de lugar.

El mesero aguardó a que terminaran las cortesías de rigor y al cabo indicó a señas la ruta más corta a una zona en que había tres mesas reservadas. Entonces intervino Goto corrigiendo al empleado: "a mi tapanco", aclaró sin más dejando al mesero con cara de confusión. "Es muy raro", dijo el hombre discretamente cuando Fujiwara pasó a su lado siguiendo ahora a Sasuke Goto. En efecto. Mientras ascendían penosamente por la escalerilla del naufragio, el dueño aclaró sin necesidad que, aparte de su mujer y suegro, sólo él había subido al tapanco en los años que El Puente de los Tiempos había estado funcionando.

—Prácticamente vivo aquí y aunque no lo crea por el tipo de vida que llevo, soy un solitario convencido. Es mi nido del águila y sólo en él estoy a mis anchas. Todos tenemos uno. Hayashi lo tenía en su observatorio. Muchas veces le pedí conocerlo, pero no tuve suerte. Sé por Yumiko que la suya fue mejor y, francamente, le envidio.

—Tiene usted razón: mi fortuna es envidiable, pero la mitad de ella se debe a que soy astrónomo, astrofísico como él. Nos entendíamos sin hablar.

—Hasta que le dio por hacerlo el día ése, según Yumiko.

—Vaya que lo tiene informado —repuso Kashiwagi ya instalado en el tapanco y sin advertir que a sus espaldas cuchicheaban Yumiko e Ichika.

Ambas bebían Medias de Seda a pesar de no ser el tipo de mujeres que se ajustan a las modas. El tono rosado que la granadina daba a la bebida parecía trasminar a las mejillas de las señoras, a las de Yumiko en especial. Ese toque de color ajeno matizaba el natural indistinguible de su rostro, el que tanto inquietaba a Kashiwagi por la volatilidad de los rasgos. Pero no esa noche. El rostro perfectamente oval, casi pálido, terso, era idéntico al de Manami, o al que su memoria le atribuía partiendo de los pocos segundos que viera al espectro en casa de Hayashi y de la foto que ilustraba el disco de las tres ejecutantes que habían participado en las fiestas del Biwa. Era la primera vez que la veía engalanada al estilo occidental y para nada echó de menos la indumentaria tradicional que la joven utilizara en las otras ocasiones. La frescura de la muchacha hipnotizaba. Sus ojos parecían decidirse entre la mirada franca y la levemente huidiza, como saben hacerlo por instinto las mujeres que quieren gustar. En comparación, Ichika lucía tosca pero

llamativa a su modo, gracias a una mascada muy hermosa que llevaba al cuello y a un maquillaje discreto que realzaba las facciones sin exagerar. Sonreía ampliamente al igual que Yumiko. Cuando Fujiwara se daba a comparar la sonrisa de ambas, vio que el negro premolar de la muchacha ya no era el único: el del lado contrario también estaba oscurecido al grado de pasar por hueco. El efecto ya no engañó a Kashiwagi como la primera vez. Supo de inmediato que algún proceso atípico y ciertamente cuestionable había seguido su curso. La nueva simetría era preferible al desequilibrio que un solo premolar entintado daba al conjunto, pero la idea en sí, simétrica o no, era repulsiva a fin de cuentas. El anacronismo lastimaba al cebarse en esa cara de primor excepcional. La impresión fue tal que Fujiwara permaneció unos segundos mirando fijamente sin saludar, detalle que no pasó desapercibido ni a Yumiko ni a su íntima amiga Ichika. Las sonrisas de las dos se esfumaron por lo pronto, mas no así el buen humor y la disposición que animaba al cuarteto en esa noche distinta.

—Sólo falta mi padre —interpuso una Ichika apologética entre saludos.

La explicación quedó a medias ya que en ese momento un hombre mucho más arrugado que viejo se sentó en el banquillo de los tambores y, tras ajustar velozmente el entorchado de la tarola, dio inicio a una serie de tresillos que, al aumentar la velocidad, se convirtieron en un rol perfecto, uniforme. Platillos. Dos. Tres y cuatro. Entonces el rol se fue transformando en una síncopa de dos cuartos que el bombo acentuaba en el momento justo cada cuatro compases. Luego de hacerlo por segunda ocasión, el baterista derivó su invento hasta convertirlo en un fraseo típico de las calles de Nueva Orleans. Ah. Qué dinamismo en el toque lograba el viejo, si es que lo era. Acentuaba con movimientos muy exagerados pero pertinentes en el contexto introductorio. Él era el encargado de que la fiesta se echara a andar y vaya que lo lograba. De inmediato se encendió el local. Cuando la ovación estaba en su pico los acentos de tarola se movieron al único tom de aire con que contaba la batería y luego a los dos de piso. Las variantes del hombre eran infinitas. Ni repetía ni se engolosinaba en complejidades estúpidas. La velocidad subía. Las almas se aligeraban como dispuestas al vuelo. Cuando ya no se podía más, cuando el largo cabello del tipo parecía ir a desprendérsele del cuero, remató en los platillos pequeños y pasó al más grande sosteniendo tresillos rapidísimos que excedían la pericia de nueve de cada diez profesionales. Más de un minuto duró el frenesí. Entonces se le unió una flauta transversa invisible desde el tapanco, pues era

ejecutada más cerca de la barra que del escenario. El clásico *Cherokee* irrumpió en el local y los conocedores ovacionaron. 240 pulsaciones por minuto. ¿Más? Increíble. La pieza era velocidad pura, vértigo que sólo unos cuantos, los mejores, alcanzaban. El efecto de la dupla no podía durar mucho sin la asistencia de un bajo que complementara la sección rítmica o de algún otro instrumento que tomara la estafeta de la improvisación. Pero el relevo no acudía y la tensión llegaba a su máximo. Entonces se sumó una trompeta muy tenue, disimulada, huidiza, disfrazada de algo semejante al resquemor. El sonido también provenía de la barra invisible. Aumentaba. Invadía. ¿Huidiza? De huidiza nada. La trompeta montaba ya en *Cherokee*, volaba, gritaba, acallaba la provocadora para luego retomar el grito, la queja, la mofa. El protagonismo trémulo de la flauta quedaba ahora en segundo plano acentuando en dos y cuatro los juegos a que se entregaba el de la batería en connivencia con el metal. El discurso resultante, el relato del binomio, se apartaba de sí mismo para volver al poco tiempo en ciclos predecibles con variantes a veces obvias y otras casi atemorizantes por la audacia. El baterista clavaba los ojos en el invisible de la trompeta como si fuera un cazador acechando a la presa. "Espera, espera", parecía advertir el del pelo largo y las arrugas prematuras al invisible de los brillos, porque llegado ese momento la trompeta era un brillo, un resplandor sonoro. Destellos. Mira tú. Ahí. Todos miran. Todos voltean. *Cherokee* duele, *Cherokee* anima, *Cherokee* agita. Mira cómo aplauden. Escúchales los gritos. Fujiwara sonreía de oreja a oreja feliz de ver sólo parte de la escena. Yumiko lo vio emocionarse como el niño que jamás dejaría de ser, tan igual a su padre pero hermoso, con una belleza que parecía venirle de antiguo o haber estado reservada para él durante siglos. Ichika no era inmune al encanto, pero hacía un esfuerzo grande por vadearlo. Goto, que sabía de tensiones, las constataba con el aplomo de quien sabe lo que hace, de quien no se deja llevar tan fácil como los otros, como la trompeta que, arrollada por el empuje del baterista y su frenético retintín en el platillo de 22 pulgadas, daba la impresión de estar ahora lamiéndose las heridas por no haber estado a la altura, por faltarle el aliento. Era difícil saber si la trompeta esperaba para rehacerse o si de plano se rendía. En esas pensaba Fujiwara cuando lo distrajo una ovación generalizada en la planta baja. Los ojos coincidían en un punto que, de nuevo, no era visible desde el tapanco. Goto puso una mano en el hombro de su invitado. Cuando Kashiwagi se volvió se dio cuenta de que el dueño apuntaba en dirección al Marshall, donde un hombre delgadísimo con rasgos occidentales, cabello largo y playera verde se

daba a manosear el bajo sin trastes. Giró hasta el mínimo la perilla del volumen para conectar el instrumento sin que el ruido fuera a interrumpir a los afanosos de *Cherokee*, pulsó cuatro veces una cuerda y dos otra de menor calibre pegando la oreja a la bocina del amplificador para cerciorarse de algo secreto, de cierta intimidad que el bajo le rezongaba mediante el Marshall. La ovación se había extinguido pero los remanentes del aplauso seguían ahí. El baterista miraba ahora al del pelo largo y lacio con la misma intensidad que antes dedicara al invisible de la trompeta. Contento con lo que el instrumento y su amplificador le contaban, sabedor de la tensión que se generaba, decidió romperla muy discreto, con un roce prácticamente inaudible de las cuerdas. Inaudible, sí, pero cierto, sólido, acentuado por movimientos de cadera entre obscenos y aceptables que fueron descargando la tensión hasta que el sonido del bajo barrió con el local haciendo que la pieza cobrara arrestos, empuje. Lo que antes era provocación, era ahora disidencia. La cadera seguía jugando a los calores mientras los dedos del portento iban y venían a velocidad inverosímil, imposible, absurda. La música en sí parecía rebasada, muy próxima a una debacle por paroxismo. Sin la flauta transversa que había huido hace un buen rato y sin el descaro sibilante de la trompeta, era el baterista quien mantenía el espíritu de las cosas sobre ese escenario mínimo. Y es que John Francis Pastorius III sobrevolaba la pieza jugando a las escalas imposibles, delineando sonoridades que invitaban a la cercanía, a la aproximación. Era como si el flaco extrovertido, bailador, sinuoso, medio fantasmal por inverosímil, dijera a voz en cuello que sí, que había llegado su hora, que todos los presentes se acercaran a escuchar, a vivir, a proponerse las cosas más importantes ahí mismo, sin recatos, sin cortapisas, sin ambages. Hasta lo más complejo era posible porque la cadencia lo quería, porque Pastorius lo deseaba. Algo divino tenía el flaco. Divina locura la suya. Divina propuesta. La perdición. El paraíso. Y todo con un bajo, el de Pastorius, el que los dioses ponen muy de vez en cuando en las manos indicadas, con intenciones seguramente aviesas porque aviesa tiene que ser tanta belleza cuando carga como ariete, cuando azota, cuando agita así, idiotizando, iluminando. Todo a la vez. Superpuesto. Paralelo. Sincrónico. Indeterminado e indeterminable pero asequible. Porque a fin de cuentas, sea lo que sea, salvaje o no, indómita o no, infinita o no, pura o impura, la belleza arrolla, la belleza impone, la belleza acalla. Te desdice, te exhibe y te agobia. Te somete y si resistes insiste. Buscabullas. Captora. Íntima del arte por proximidad, por origen, por destino, esa bella hacía y deshacía en El Puente de los Tiempos como una de esas

mujeres que a besos domina, que define, que solventa. Es una loca que sabe de ruinas. Es una roca que se parte. Es el sol que la reseca. La belleza. Ahí tendida como leona que cuida su charco. Y de pronto se va. Ni siquiera se despide. El del bajo la invitaba, la desnudaba para el resto y luego la dejaba ir sin más, pudoroso, irresuelto. El flaco callaba. El viejo prematuro remataba. Ya. Eso que era ya no es. Eso que mueve ya se aquieta. Es el sonido de las aguas que vuelven a su fuente para brotar de nuevo cuando les venga en gana. Bravo.

Los cien o ciento veinte que llenaban el bar aplaudían, silbaban, gritaban el nombre, su apellido de latinajo. Los más lo hacían de pie. Jaco agradecía sin exageraciones pero visiblemente emocionado, como si lo dominara la perplejidad de haber logrado lo inhumano una vez más sin tener idea de cómo. Artista puro, se contentaba con los hechos irrebatibles de su genio rehuyendo las explicaciones por desconocimiento e incapacidad. Oculto detrás de su arte, el artista oteaba el mundo con la incredulidad de lo genuino, de lo irrepetible. Con su inocencia. Porque no hay arte sin inocencia originaria igual que no existe la música sin el silencio antecedente, entremezclado, incorporado. Sin esa inocencia, sin la humildad que suele hacerla de escudera, el artista se apaga. Es la nada.

—Ichika tuvo la idea de regalar los tres primeros tragos a los viejos músicos que se reunían en la barra los jueves por la noche y mire usted los resultados. Cada que viene a la ciudad uno de sus conocidos les da por traerlo aquí a divertirse. Lo de esta noche es excepcional. Creo que no necesito aclararlo —dijo Goto al oído de Kashiwagi, quien se distraía justamente analizando los sutiles movimientos que los dedos de Yumiko ensayaban sobre la mesa como si ésta fuera el instrumento en que la guapa improvisaba con el bajista.

—¿Pero quién diablos es ese hippie descarado? —se preguntó a sí mismo Kashiwagi sabiendo que Goto lo escuchaba.

—¿Seguro que no tienes idea? —respondió críptica Yumiko saliendo a medias del estupor, pues sus manos continuaban explorando las ideas musicales que Pastorius dejara sobre la mesa.

—Ni él mismo lo sabe. O lo sabe muy bien —intervino Goto—. Es jovial, narcisista, inestable, bebedor, peligroso, amable, imprevisible. Zawinul, el líder del grupo, lo sufre como no tienes idea… hasta que lo goza. Entonces él, igual que los demás, se pliega ante el genio del chaval. No tiene límites o nadie se los ha encontrado todavía. Hace lo que quiere. Son muy pocos los que viven así y no debe de ser fácil. Ayer lo conocí; tiene esa chispa disipada y tristona que se le notaba a Parker

cuando lo fotografiaban distraído con sus trajes baratos no siempre impecables. Anda por el mundo como si viviera una vida equivocada, la de otro, la que añoramos los simples mortales sin tener idea de lo que entraña. O sufre o goza, sin puntos intermedios, y va del sufrimiento al gozo en un suspiro. Ese tránsito que para los demás es paulatino, asimilable, es para el jovencito un salto al vacío. Mis amigos de la barra lo esperaban hace meses con el boleto pagado para el concierto que dio ayer y hasta tuvieron el detalle de comprar uno para mí. Estoy en deuda con ellos. Lo que acaban de ver es una ocurrencia comparado con lo que hizo anoche o con lo que hará al rato. Todo puede suceder cuando a Pastorius le da la gana, cuando se divierte, cuando bebe la cuarta, la quinta, la décima cerveza, cuando fuma el porro o se entierra un pico, lo que sucede un día sí y al siguiente, ¿por qué no? Es imposible no quererlo a los diez minutos de convivencia. Tiene un extraño sentido del humor que parece abrirle brecha. Le gusta todo. Escucha cualquier tipo de música con idéntico placer. La toca toda. La entiende. Fíjense en el vínculo que desarrolla con el bajo, no sólo al tocar sino antes y después. Le habla, lo consulta, le reclama. Es su mujer, su hijo, su padre, una religión que se hace pasar por oficio. Les decía que lo de ayer fue formidable. El baterista le dio la entrada igual que éste hizo hoy sin que Jaco reaccionara. Zawinul empezaba a angustiarse temiendo un episodio difícil y de pronto el bajo rugió cual si fuera pulsado en una cueva. Quién sabe qué hace este hombre, pero de que le ha enseñado al instrumento un nuevo lenguaje, no me cabe duda. El genio había hallado el motivo perfecto para extenderse y este motivo era un *casatschok*. Así nada más. Porque sí. Porque Pastorius tenía ganas de fundir el blues con el funk con la música tradicional ucraniana. Conducente, ¿no? La misma cara que ustedes ponía el pobre Zawinul pegado a sus teclados al verlo saltar imitando a un cosaco no muy diestro mientras llevaba el ritmo a cabezazos y el público enloquecía. Los inventos del tipo hacían reír y gritar a los más, en tanto que otros abrían la boca y los ojos en silencio. A mí me dio por bailar con lágrimas de alegría e incredulidad. Nada de eso era posible quince segundos antes y ahí estaba Pastorius haciendo posible lo imposible, como lo hacen sin querer esos gigantes que vienen al mundo a enseñarnos cómo, cuándo y dónde hallar la flama creativa de los hombres, su instancia divina. El casatschok se convirtió en una improvisación de 44 minutos que al público nos pareció de cuatro. Bailaba, saltaba, arrojaba el bajo al aire y lo volvía a atrapar como un niño que juega solo a la pelota. Mírenlo: ahí va de nuevo.

Pastorius se había puesto una gorra feísima que combinaba bien con la playera verde y los jeans zarrapastrosos. Apretaba el cuerpo del bajo a su pecho. A señas llamó al mesero y éste le trajo pronto una cerveza de lata envuelta en una servilleta de tela blanca. Prefería beber directo de la lata cuando se sentía en confianza. Empinó el codo para luego exclamar "¡kanpai!" con alegría de chicuelo.

Algo en el brindis estremeció a Kashiwagi. El tono de voz quizás. Entonces Pastorius se sentó en el suelo colocando el bajo sobre sus piernas como si fuera una guitarra de regazo. Luego de una pausa bien calculada, arrancó la pieza con notas familiares para quienes departían en el tapanco. Los cuatro pensaron que Pastorius se adentraba en un clásico que no lograban identificar, pero no. Ichika fue la primera en codear al marido extrañadísima. Cuando Goto se disponía a atender a su mujer, Yumiko volteó a su vez confundida. Kashiwagi tardó mucho más que los otros en darse cuenta de que Pastorius interpretaba nota a nota el principio del concierto de Manami en el Biwa, el que recién escuchara con Ichika y Yumiko en la casa del observatorio unos días antes. Su regalo. En ese momento Jaco hizo una pausa dramática de las que tanto le gustaban y se puso a recitar el waka propicio, el que tanto trabajo le había costado elegir a la tigresa: *La flor que te ha seducido…*

El fraseo en japonés antiguo dejó mudo a la mayoría por simple desconocimiento. Los cuatro del tapanco dejaron de mirarse y volvieron a fijar la atención en el raro del pelo largo que, nota a nota, desgranaba la añosa improvisación de Manami con la vista fija en el tapanco. En Kashiwagi para ser más precisos. Los de abajo trataban de averiguar a quién veía el portento y supusieron con toda lógica que Yumiko, la bella Yumiko, era el objetivo. El tono romántico del waka se prestaba a confusión, pero en nada confundía a los directamente interesados. Goto, quien conocía la historia del aquel evento pero no la recordaba, creyó también que Pastorius coqueteaba con la hija de Hayashi y dijo algo ocurrente para distraer a Kashiwagi, pero éste ni lo escuchó por embeberse en las excentricidades venidas desde abajo. "Kanpai, tigresa", murmuró el astrofísico en respuesta tardía al brindis del prodigio. En ese momento el bajista volvió a concentrase en su instrumento, lo tomó por el mástil como es común hacerlo, se puso de pie y fue a internarse por los vericuetos de la pieza a su manera y no a la de Manami. El Puente de los Tiempos lo era en realidad. Lo antiguo se tallaba con lo nuevo yendo y viniendo de una orilla a la otra como si se pudiera, como si el tiempo fuera sólo una premisa que no importa, que no corta, que no alarga, que no achata, que no impide, que no mata. Como si el tiempo fuera, sí, un

puente diseñado para andarle por encima a las aguas de los años. A su modo. A su ritmo.

Aplausos. Más aplausos. Que viva. El entusiasmo desbordaba a pesar de que el alcohol no había tenido tiempo de repartir sus paliativos. Ichika se sumaba a la ovación cuando vio que su padre espiaba desde abajo tratando de ubicar a la grey del tapanco. Consultó rápido con el marido y éste propuso a los otros bajar para reunirse con Tadao y presentarse ante Pastorius y sus amigos de la barra. Qué mejor. Tú primero.

Bajaron por la escala, razón no declarada por la que Ichika y Yumiko solían ir al bar de Goto en pantalón y no con falda. Al pie los esperaba Tadao gustoso. Se presentó con esa mezcla de formalidad y frescura que daba sello a su persona y acordaron ir a apersonarse con el señor del pelo lacio y largo. El dueño y Kashiwagi abrieron paso para los demás. Con tal de no perder a Yumiko que le seguía entre el gentío, Fujiwara le tomó la mano en un gesto de esos que no tienen idea de sus alcances. Los clientes regulares de la barra antigua recibieron a Goto y a los suyos con los brazos abiertos. Kashiwagi se animó y fue el primero en acercarse a Pastorius, quien veía el escenario a la distancia con la nostalgia del que quisiera regresar siendo que apenas se ha ido. Preparaba una ocurrencia para agradar al músico cuando éste le dijo que más le valía casarse con su hija. Kashiwagi quedó mudo y luego se puso a tartamudear sin soltarle la mano a Pastorius. Los que habían captado el comentario supusieron que se trataba de una broma incomprensible y fingieron entenderla para no quedar al margen. Qué noche delirante.

El bajista soltó la mano de Kashiwagi para tomar la nueva cerveza que el barman le ponía al alcance envuelta en otra servilleta blanca. El tipo era uno de esos que mudan la expresión al mirar un trago asequible en las inmediaciones y lo mismo le pasaba con la atención. Ahora atendía en toda regla y tres minutos después pensaba ya en otra cosa que nada tenía que ver con la anterior. Inconsecuente por irse distrayendo a cada momento, Pastorius obtenía en el escenario la coherencia que se le negaba fuera de él. La música le daba estructura a esa personalidad que parecía derrumbarse si no estaba apuntalada por el mástil de su instrumento. Pero el arte no siempre es confiable y el músico se negaba a verle la cara oscura por elección, igual que los padres enamoriscados de sus criaturas eligen pasar por alto las faltas evidentes para la mayoría. Lo hacía por amor, ese amor que Jaco aceptaba con todas sus consecuencias mientras que otros, menos audaces, buscaban en él sólo las mieles. En un abrir y cerrar de ojos entendió Fujiwara la diferencia capital entre ese

hombre y el resto: nada esperaba a cambio de su entrega, ni reciprocidad ni nada semejante. Era la ligereza que a él le había faltado desde que era niño, la que le habían robado en la sala de su casa al despojar al arte, al Genji, de su dimensión más íntima, la lúdica, la que se va ocultando entre las arrugas del tiempo dejando su sitio a los temas serios, los grandes, los eternos. Pastorius se entregaba a ciegas mientras que Fujiwara calculaba, calculaba, calculaba las posibilidades de esto y aquello, sus bondades, sus riesgos, sus bemoles. El hippie no. A ese le habían enseñado a vivir en otra parte, en lo más remoto de los bosques, entre brumas. En cambio, a Kashiwagi se le había metido en la cabeza que la bruma existía únicamente para ser disipada, que el arte estaba en el mundo para solventarse, por decirlo de algún modo, como si fuera un acertijo que carece de sentido faltándole la solución. En Pastorius el arte no planteaba nada; las hipótesis estaban de más, lo mismo que las comprobaciones o las equivalencias. Qué pobre se sintió el físico comparado a ese Pan de nuestros tiempos. Era tieso, aburrido, obtuso junto al libérrimo Pastorius que celebraba las bromas, que brindaba mientras Kashiwagi pensaba, pensaba y pensaba en vez de bailar. Calculaba en vez de bailar. Huía. Porque el cálculo y la idea son retruécanos concebidos para quienes temen la danza. Hayashi, el viejo de los instintos acerados, lo sabía. El mentor venía de regreso cuando el tonto Kashiwagi apenas iba. Así de ingenuo y bobalicón se sintió el astrofísico comparado con Pastorius, el iluminado, el que daba la impresión de haber nacido para bailar desnudo bajo la lluvia, para abrazarse a los árboles cuando las cosas no resultaban como él quería. El músico representaba esa pulsión que Hayashi echaba de menos en Fujiwara. Por eso el baile aquella tarde. Por eso la sonrisa que el viejo esgrimía al verlo danzar con Yumiko-primor, con Yumiko-flor, con Yumiko-ave. Kashiwagi cerró los ojos en medio de la algarabía y Yumiko supo tomarle la mano como había hecho él casi espontáneamente hacía un rato.

—Quiero bailar —dijo ella más con los ojos que con los labios.

—Y yo —respondió él con su silencio.

Se retiraron del Puente de los Tiempos sin que nadie, salvo el hippie, los viera perderse entre la gente. Ni antes ni después volvería el músico a encontrar a una belleza como esa, con dos dientes pintados de negro para dejar en claro quién sabe qué. Entonces se le vino a mientes un viejo solo de trompeta de… ¿Armstrong? Daba igual. Pastorius se acercó al trompetista que hace un rato participara en la frenética *Cherokee*, le dijo algo al oído y eso bastó para que el hombre se dirigiera al

entarimado. Respiró hondo antes de llevarse la trompeta a los labios. *When You Are Similing…* Dios, dios dios. Pastorius vio su bajo tendido encima del Marshall y fue a bailar con él al centro del escenario. Era el amor personificado.

*

Hablaron lo mínimo, evitaron las promesas y fingieron angustiarse por la inminencia de un amanecer que ya no cazaba bien con los anteriores. Algo sutil y esquivo les impelía a meditar las cosas en soledad, pero ninguno hubiera estado dispuesto a aceptarlo en ese momento. Achacaron la culpa a las obligaciones y se despidieron sin saber ya bien a bien qué demonios hacer consigo mismos. A solas empezaron a sentirse algo más anchos y poderosos que antes. Sin embargo, ni la anchura ni el poder reconfortaban. Incapaces de lidiar con la nueva situación y sin siquiera saberlo, se refugiaron en lo cotidiano.

La distancia medianera entre la facultad de ciencias y la sede de las osas se interpuso entre ellos como se había interpuesto entre Hayashi y Manami antes de conocerse. Las aguas de ambos estaban ya revueltas y, no obstante lo anterior, Yumiko y Kashiwagi se afanaban por escindirlas siendo ya demasiado tarde. Creían actuar con madurez y achacaban a la prudencia lo que en realidad era producto del miedo. Yumiko temía forzar las cosas como sentía que lo había hecho su padre. No estaba segura de que Fujiwara se hubiera acercado a ella sin mediar la voluntad del viejo y la bagatela la tenía en ascuas. Enamorarse así, creía, era enamorarse entrampada, enamorarse de la red que algo inherente a la vida le arrojaba. Temía enamorarse de un personaje, porque eso había sido Fujiwara años y años: el personaje de una novela muy antigua que un buen día iba y tocaba la puerta de la casa. ¿Cómo creer en algo así? ¿A dónde conducía el enredo? La mujer que era Yumiko buscaba un futuro en los requiebres de la trama, pero cada que pensaba haberlo hallado se le volvía a escapar entre las manos. Fujiwara, adepto incurable a las certezas, las buscaba donde fuera sin mucho éxito que digamos. Su temor era distinto por centrarse en la vivencia de Hayashi. Igual que el otro sabio, Kashiwagi era proclive a comportarse como idiota si sentía su libertad amenazada, una libertad áspera, inútil, era cierto, pero que valía la pena defender en aras de… en aras de… ¿la ciencia? Sí, en aras de la ciencia por ejemplo. Y demás. Agotados los argumentos, Kashiwagi se reía de su absurdo comportamiento y pasaba a ocuparse del trabajo

académico. Lo malo de este sistema es que el trabajo, aunque lo parezca, no es eterno y solía dejarle al brillante demasiadas horas libres. Ni la música, ni los paseos ayudaban. Una le remitía al baile de la biblioteca y a las extrañezas de Pastorius, mientras que los paseos terminaban mágicamente en uno de tres sitios: la casa de Minami, el parque de Gion o El Puente de los Tiempos. No se atrevía a tocar en la casa ni a entrar en el negocio, por lo que sólo le restaba sentarse en la fría banca del parque. Y leía a Mishima para convencerse de que su barca se orientaba en la dirección correcta o en cualquier dirección que no llevara a los mismos lugares o a las mismas ideas de las que pretendía alejarse.

Era domingo por la mañana. Lo supo al despertar y sin tener que abrir los ojos para constatarlo. Solía permanecer así durante algunos minutos, calculando la hora exacta a partir del mucho o poco esfuerzo que le costara adaptarse a la vigilia y poniendo atención a los ruidos provenientes de la calle. "No más de las siete", se dijo con menos confianza de la habitual, sabiendo que los domingos podían embaucarlo con su tendencia a prologar la madrugada innecesariamente. Al abrir los ojos constató en su reloj de pulso que el domingo lo había engañado: las seis de la mañana con dos minutos. En estricto sentido había tenido razón, pues no pasaban de las siete, pero era extraño fallar por un margen tan amplio. La regularidad en los patrones de sueño, sumada a la extraordinaria agudeza del oído, solía bastarle para inferir con exactitud lo que ese domingo nuevo le escatimaba. El día anterior había agotado el trabajo administrativo pendiente y del intelectual, el que verdaderamente importaba, se ocupaba lo menos posible desde que Hayashi eligiera perderse. Las notas que el profesor le dejara en el estudio de su casa, según afirmaba Yumiko, podían contener líneas de investigación valiosísimas para él. A pesar de ello, la joven no parecía demasiado interesada en darle acceso al material. De hecho, desde el episodio de Pastorius ni él ni ella habían entrado en contacto, lo que no necesariamente le inquietaba siendo que apenas había transcurrido una semana desde la noche en el bar. O bueno, un poco sí, pero la inquietud se diluía en la paz de ese paréntesis autoimpuesto tácitamente por la pareja. Eso le gustaba creer a Fujiwara, mas el gusto le duraba nada porque la inquietud le volvía pronto, muy a su pesar, puntual. Entonces se levantaba de la cama como impulsado por un resorte, animoso, decidido a quién sabe qué diablos pero decidido. Igual cada día desde el domingo pasado. Ya decíamos que los paseos sin rumbo solían acabar en la casa de la hermosura, en el negocio de la amiga o en el parque susodicho, y quiso Fujiwara que el paseo dominical de aquella mañana

terminara en la banca desde la que se lograba ver el aparador de la librería.

Leyó hasta las nueve menos cuarto y cerró el libro ya cansado por una lectura que no llegaba a secuestrarlo. Gion entero parecía un desierto. Pensaba Kashiwagi en la mejor opción para desayunarse cualquier cosa cuando vio que una camioneta verde circulaba a baja velocidad por la calle que se le tendía enfrente. Reconoció el vehículo que viera estacionarse afuera de casa de Yumiko cuando ésta le presentara a Ichika. Aunque tenía sus dudas, apostaba a que la camioneta estaba llena. ¿Qué hacía el grupo por ahí en un domingo, tan temprano? Intuyó que parte de la respuesta podía encontrarse en El Puente de los Tiempos. Caminó desde la banca hasta la calle para cerciorarse de que la camioneta no se había desviado de la ruta probable. Qué razón tenía: desde el parque vio que el vehículo se estacionaba a un par de cuadras cortas, justo frente al establecimiento de Sasuke Goto. Medio oculto tras un poste que ni la mitad de su anchura disimulaba, Kashiwagi aguardó a que las mujeres descendieran de la camioneta. Costaba trabajo estar plenamente seguro a la distancia, pero Fujiwara contó a ocho sin poder afirmar que Yumiko o Ichika estuvieran entre las contadas. Lo dio por hecho y se fue acercando conforme las mujeres desaparecían en el interior del bar-tienda de antigüedades. El lugar había perdido lustre con la llegada del día. La soledad contrastaba dolorosamente con el barullo de la última vez. Se quedó mirando el acceso cerrado durante un par de minutos con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y sin tener idea de qué hacía ahí. La sensación de extrañeza era la misma de los días recientes, pero acerada por la presencia de las osas. Todas adentro y él afuera. Solo. Excluido. El despecho creció muy lento para poder irse confundiendo con sentimientos más nobles, pero al cabo se impuso su naturaleza confrontativa disfrazada de mera curiosidad. Por curiosidad, pues, se asomó Fujiwara al callejón por el que había entrado en la segunda visita al lugar y vio que la puerta de servicio parecía estar abierta. Alguien la había dejado entornada creyendo cerrarla. La posibilidad de ver sin ser visto se le antojó deliciosa. Irresistible. Casi sexual. Tuvo entonces la misma sensación que siendo adolescente mientras espiaba a alguna mujer de la familia. El estremecimiento nacía en la boca del estómago y electrizaba el bajo vientre. Apretó las nalgas por instinto, aguantó la respiración sin motivo alguno y empujó la puerta procurando que las bisagras no fueran a delatarlo. Estaban aceitadas. Quiso volver a entornar la puerta para dejarla tal como la había encontrado, pero

entonces el cierrapuertas automático decidió funcionar correctamente dejándolo encerrado en el bar ya que la entrada de servicio requería de una llave para ser abierta desde adentro o desde afuera. El interior estaba oscuro por carecer de ventanas que permitieran la entrada de luz natural, pero por fortuna la oscuridad no era completa. Desde el fondo del pasillo en que se encontraba se distinguía una luz mortecina, matinal, medio indecisa a levantarse en día de asueto. Caminó hacia ella cuidando de no hacer ruido. El piso de cemento colaboraba en el sigilo y se felicitó por ello Kashiwagi recordando el escándalo que producía el entablado del tapanco cada vez que alguien le caminaba aunque fuera un paso. Calladito. Así.

Decidió esperar escondido hasta cerciorarse de que nadie aparte de las osas se encontraba en el sitio. Luego se aseguró de que, por la razón que fuera, no se interesaran en la zona de servicio. Paró la oreja y alcanzo a escuchar rumores que luego quedaron acallados por el ruido de varias sillas que se quejaban al ser arrastradas a una hora tan temprana. Risillas. Murmullos. Una voz principal se destacó repentinamente indicando a las demás que era momento de contar. "¡Noventa y nueve!", exclamó la voz que esta vez sí pudo identificar Fujiwara. Era la de Ichika, previsiblemente. El resto de las mujeres coreó el número y así empezó un conteo regresivo irregular, defectuoso, alrededor del cual se iban entretejiendo sonidos varios, algunos de sobra conocidos y otros muy peculiares. Afinaban. Había cuando menos dos flautas y otro aliento que Fujiwara no pudo identificar de oído, pues nada de lo que escuchaba podía mirar sin arriesgarse a ser visto. También escuchó crótalos y un címbalo que de seguro era pequeño. Y dos kotos. Los instrumentos iban poniéndose a punto como si trataran de alcanzar algún acuerdo, paulatina y exhaustivamente. A los pocos minutos encontró Kashiwagi un patrón reconocible en la cuenta regresiva imperfecta: las osas se saltaban los múltiplos de cuatro. Tratándose del nueve, todas salvo una alteraban la pronunciación del número para alejarla de connotaciones funestas inducidas por la semejanza fonética con otros términos oscuros. La práctica venía de antiguo y algunas de sus peculiaridades pervivían aún en el imaginario de los japoneses supersticiosos o de los practicantes del shinto primitivo. Los instrumentos dejaron de afinar cuando la cuenta llegó al diecisiete. Todos menos los kotos, cuyo sonido era lastimoso habiéndose habituado Kashiwagi a la interpretación excepcional de la tigresa y su pintita. Ninguno estaba en manos de Yumiko. Ni para afinar era ella tan mediana. Qué va.

El conteo se acercaba al final cuando Fujiwara se atrevió a echar un

vistazo para constatar que sólo él estaba en el bar además de las mujeres. Como sospechaba a partir de los resplandores, habían dejado apagada la iluminación general encendiendo exclusivamente el reflector central del escenario. Terminada la cuenta, la intensidad lumínica fue aumentando casi imperceptiblemente. Siete de las ocho formaban corro alrededor de Yumiko mientras ella se balanceaba sentada en el piso con las piernas cruzadas; descansaba las manos sobre las piernas y por todo vestido llevaba una mascada blanca atada al cuello. Era la única desnuda. Las demás vestían con ropas semejantes a las que había recibido el astrofísico como regalo. Siete velas rodeaban a las mujeres iluminándolas como si fueran un ciento con su luz rojiza, danzarina, viva a tope comparada con la blanca del reflector que iluminaba sólo a Yumiko. Una de las mujeres marcaba el ritmo con un aplauso sin importar que la cuenta regresiva hubiera alcanzado el cero. Los crótalos le respondían y el aplauso inauguraba un nuevo compás. Ese patrón tan básico fue mantenido por varios minutos hasta llegar a abarcarlo todo. Aplauso, crótalos, aplauso. Los demás sonidos que de vez en cuando intervenían dejaron de hacerlo por completo callando nada más, expectantes. Entonces Ichika entró en el campo visual de Kashiwagi para acercarse a la desnuda con un cuenco metálico entre las manos. De latón o bronce quizás. Lo dejó en el suelo, agregó un polvo negro sacado de un frasco pequeño como muestra de perfume fino y otros elementos que no lograba distinguir. Fueron cinco. Removió con una vara de bambú ridículamente larga, tomó un pincel caligráfico también hecho con bambú, hundió la punta en la mezcla y se acercó a Yumiko diciéndole algo ininteligible para el espía. La joven abrió la boca e Ichika trabajó en ella moviendo el pincel apenas, cuidadosa, reconcentrada. Daba la impresión de ser un dentista afanoso poniendo el ejemplo a sus alumnas. Cuando los arreglos parecieron listos, Ichika dejó el pincel en una estera colocada a un lado de Yumiko y tomó otro más grueso cuya punta remojó en un preparado distinto que Fujiwara no había visto hasta entonces. Levantó el nuevo pincel y trazó en el pecho de la guapa varios caracteres unidos entre sí que Fujiwara asumió como alguna suerte de escritura *sōsho,* prácticamente ilegible en circunstancias normales y más aún a la distancia. La tinta, de consistencia especial y aplicada con sumo cuidado, se adhería a la piel de la joven sin escurrir o desdibujarse en lo más mínimo. Perfecta. Como la espalda de Yumiko. Tal para cual. Ella, inmóvil, mantenía una mano pegada a su muslo izquierdo y la otra sobre su propia boca, como si se arrepintiera de haber dicho algo impropio. Tenía los ojos abiertos y en su mirada podía advertirse algo similar al miedo, pero sin la

incertidumbre por lo regular aparejada a este bribón. Ichika puso el pincel en la estera y una osa desconocida para Kashiwagi repitió el procedimiento con un pincel nuevo de grosor idéntico al anterior. El trazo, también continuo y de interpretación prácticamente imposible, le adornaba ahora el costado, bajando desde las inmediaciones de la axila hasta la cintura. Así, la parte izquierda del costillar quedaba marcada en juego con la marca primera del pecho. La dama era un lienzo, sí, y más que eso a juzgar por las lágrimas que comenzaron a escurrirle sin que ella hiciera por enjugarlas. Temiendo que el llanto arruinara el trazo primero, el del pecho, fue Ichika hasta la llorosa y le secó el rostro justo a tiempo para evitar un borroneo. Una tercera osa le dibujó a Yumiko otra inscripción que bajaba de la axila opuesta por el costillar derecho hasta la inminente curva de la cintura. Luego vino una que le escribió en la espalda, desde la nuca hasta los lindes de las nalgas. Fujiwara imagino ser esa tinta adosada a la piel que aprendiera a acariciar pocos días antes. Las demás le dibujaron a Yumiko en las piernas y desde el ombligo hasta el pubis la última de ellas. Cuando terminó la del pubis el resto se acercó a la joven que, poniéndose de pie, miraba ahora el techo con la boca entreabierta. Ahora sí se llevaría Kashiwagi una estampa de ese rostro antes huidizo como liebre. Los ojos se le entrecerraban a Yumiko. Resistía algo parecido al sueño pero más gozoso, de pie, arrobada. Entonces la criada de Hayashi entró en la escena inesperadamente, se acercó a la esterilla sobre la que descansaban los siete pinceles recién utilizados por las osas, la enrolló con los implementos de escritura dentro y salió del cuadro mientras las siete cófrades principales se acercaban a la mujer-lienzo. La rodearon. Ichika puso la mano en el esternón de Yumiko y la arrastró lentamente desdibujando el trazo perfecto que ella misma había hecho en su amiga. Igual lo hizo cada una de las otras con el propio trazo dejando a la bella embarrada de negro por todas partes salvo el rostro. Y luego cantaron bajito, reconcentradas, cual si supieran que el intruso atisbaba con la ilusión de hallarle sentido pleno a lo que únicamente lograba intuir. El canto terminó y cada osa recitó algunos versos de corte bucólico que en nada cazaban con el contexto descrito; al finalizar, Ichika remataba diciendo “Ohaguro”. Cuando la última hizo lo propio, las ocho más la criada parecieron salir abruptamente del trance grupal y se dieron a los abrazos, las sonrisas. Conversaban ahora como amigas que se encuentran en un café para ponerse al día luego de años. Yumiko era una más, de vuelta a este mundo, plena, renegrida, ostensiblemente feliz. Desnuda entre sus iguales. Desinhibida. Se abrazaron con la entintada y luego entre ellas.

Las ropas de la Compañía quedaron hechas un desastre equivalente al de la piel de Yumiko. La sirvienta trajo una bata y la echó sobre los hombros de su patrona. Ninguna se limpió. Apagaron las velas, recogieron lo que habían traído consigo, discutieron brevemente algo relacionado con el desayuno y se fueron a otra parte con la solemnidad trastocada en una cosa más ligera, más amable.

Kashiwagi se quedó inmóvil viendo el escenario desierto con la luz del reflector dándole en el centro sin sentido alguno. Cavilaba estupideces cuando la luz se apagó dejándolo en una oscuridad total debido a la falta de ventanas o tragaluces. El sonido del interruptor hizo eco en el nuevo pero hondo vacío que se cebaba en El Puente de los Tiempos. Una puerta se cerró alebrestando por enésima ocasión ese silencio que intentaba echar raíces para solventar el resto del domingo. Sobrevino la nada.

El absurdo de la situación se le reveló intempestivamente a Kashiwagi. Ahí estaba como si fuera un ladrón en el negocio de su amigo Goto, solo, aturdido, enceguecido. Pensó en correr tras las osas pero así, a oscuras, no llegaría a ninguna parte sin lastimarse. Pensó también en aceptar su culpa y gritar a las mujeres que ahí estaba, que no lo dejaran, que le abrieran, mas no lo hizo por un pudor idiota que le complicó las cosas lo indecible. Se acercó a tientas a un muro cualquiera con la esperanza de encontrar algún apagador. No tardó en hacerlo pero se le fue el alma al piso cuando descubrió que ni apagaba ni encendía el artilugio ese. La energía eléctrica había sido desconectada por las cófrades a su salida. ¿Qué hacer? Trató de volver por donde había venido en busca de la entrada de servicio. Lo logró tras mucho esfuerzo y constató lo que temía, eso que nosotros ya sabíamos: que la puerta de cierre automático era intratable e infranqueable sin su llave. "Maldita", espetó dándole una patada suave al portón para no ir herirse con su bobería.

Decidió calmarse y meditar la forma de salir. Cualquier idea se dificultaba por la falta de energía eléctrica y por su conocimiento incipiente del sitio, pero al hacer un esfuerzo recordó el teléfono de baquelita, el que se parecía al regalo de su madre. No estaba lejos de la barra, junto a la fuente de piedra, la de los elefantes y los budas. Ésa era mucho más fácil de encontrar a tientas que el teléfono en sí y se entregó a buscar dándose casi por vencido luego de un largo rato. Por fin dio con la superficie áspera de la linterna y palmo a palmo rebuscó hasta sentir el viejo teléfono. Mierda, carajo, mierda… El aparato no estaba conectado. Era un adorno que para nada le servía. Domó la frustración

en pos de una claridad que ni así llegaba. Entonces se acordó de que arriba, en el tapanco, había un teléfono común sobre el escritorio de Sasuke. Se concentró unos segundos para formarse una ruta hasta el tapanco a partir de lo visto en sus visitas anteriores y logró encontrar la escalerilla náutica que hacía de acceso a la oficina. Hasta ese momento recordó que aún cargaba el libro de Mishima, mismo que le estorbaba para ascender por la escala. Lo echó al suelo haciendo un ruido muy molesto y subió al tapanco de Goto. "A la izquierda, la mesa", se dijo. "Por allá quedaba el escritorio", continuó señalando con el dedo índice de la mano izquierda la dirección a seguir, como si le diera instrucciones a algún forastero extraviado. Y allá fue. Y encontró el teléfono. Tomó el auricular para comprobar que el aparato funcionaba independientemente de la energía eléctrica central y se dispuso a marcar sin estar seguro de a quién llamaría. ¿A Goto? ¿A Yumiko? ¿A Ichika que unos días antes le diera su número siendo la amiga que ya era? Se burló de sí mismo pesando en las explicaciones inverosímiles que tendría que dar a Goto o a cualquiera, devolvió el auricular a su sitio y se dispuso a trazar un plan sensato que no le exigiera ponerse en ridículo.

A no ser por el foquito verde que se prendía al activar el teléfono, no disponía de ninguna fuente de luz que verdaderamente le permitiera accionar en la oscuridad. Forzando la memoria recordó que uno de los viejos jazzistas de la barra, el que se mostraba más zalamero con Pastorius, había comentado a Goto en son de broma que el bajista estaba tan loco que no era prudente dejarlo cerca de las cerillas. El tipo se refería a una gran copa de cristal en que se guardaban las cajitas de cerillos para los fumadores. El bajista, muy decente, había pedido permiso de llevarse dos o tres para su colección personal. "La copa entera si quiere", había respondido Goto con una sonrisa de anfitrión que ni mandada a hacer para esa noche. Tan menudo giro en aquella conversación bastó para animar a Fujiwara. No le agradaba la idea de descender a oscuras por la escala, pero de cualquier manera tendría que hacerlo para salir del encierro, así que puso manos a la obra. Estaba a punto de bajar el primer peldaño cuando escuchó el sonido de lo que parecía ser un manojo de llaves. Fujiwara quedó petrificado sin tener idea de qué hacer. Unos segundos más tarde, alguna de las llaves abrió una puerta que franqueó el paso a la luz natural. Por la ubicación del reflejo asumió Kashiwagi que el recién llegado entraba por la puerta principal y no por la de servicio como había hecho él. Se quedó inmóvil por el espanto. El pie derecho buscaba algún peldaño sobre el que apoyarse cuando volvió a encenderse el reflector central del escenario y

algunas luces en la planta baja. Y él ahí en la escalera como un ladronzuelo sorprendido en el acto. Reaccionó luego de unos instantes y volvió al tapanco mirando ahora sí por todas partes en busca de un lugar para ocultarse. La vuelta de la luz matizaba el horror a hallarse descubierto, lo que le permitió pensar. Allá por la mesa de reuniones estaba una gaveta de buen tamaño tras la que podría ocultarse espiando la planta baja sin ser visto. Se cuidó muy bien de no delatarse con los chirridos del entarimado y en unos segundos quedó oculto por el mueble. Al asomarse cuidadoso vio la copa grande con su dotación de cerillos publicitarios. Se congratulaba por la buena memoria cuando vio a un hombre que bien podía ser Goto caminado por la planta baja del bar. Era Goto. El dueño vestía informal comparado con la noche de Pastorius o con la visita previa. Desde arriba lo vio caminar directamente hacia la escala. De pronto, Sasuke se detuvo al pie de la misma y miro largamente un punto determinado en el suelo. Parecía extrañado. Se acuclilló y permaneció así unos veinte segundos, demasiados en realidad para levantar cualquier cosa que estuviera fuera de sitio. Cuando Goto se incorporó tenía entre las manos el libro de Mishima, el que Fujiwara había arrojado al suelo para liberarse las manos y ascender por la escalera al tapanco. "Estúpido", se reprochó mentalmente sin poder creer en la magnitud de su descuido.

Goto se quedó pensando un buen rato dando vueltas al ejemplar entre las manos. Lo abrió en las primeras páginas y empezó a hojearlo con un aire ausente y el ceño fruncido por la intriga. Entonces volteó de lado a lado levantando un poco la cara. Olfateaba. Las velas de las osas apestaban el local con su tufo a pabilo extinto. Goto colocó *El mar de la fertilidad* sobre la linterna de piedra con los elefantes y subió ágil hasta su oficina de altura. Kashiwagi apretó los párpados de miedo cuando el hombre le pasó a medio metro de camino al escritorio. El escándalo de la duela lastimaba los oídos en medio de aquel silencio dominical. Por suerte duró poco, sólo lo indispensable para que Goto ocupara su sitio de lugarteniente. Desde el escondite y gracias a los efectos que la poca luz generaba, notó Kashiwagi ciertos rasgos en Sasuke que le recordaban otro rostro como venido de más lejos. Locuras; pasadas de mal gusto orquestadas por el miedo, por la angustia. Y es que la angustia de Fujiwara se multiplicaba, como es lógico suponer. Por momentos tenía la impresión de que la gaveta se encogía exponiéndolo penosamente. Por fortuna, Goto no dirigió ni una vez la mirada en dirección a la cajonera que lo ocultaba. Se dedicó en principio a escribir en hojas sueltas que tenía en el escritorio. Luego tomó el pesado juego de llaves que Fujiwara

había escuchado y, eligiendo una entre tantas, la insertó en la cerradura del cajón ubicado a su derecha. Una vez abierto, metió la mano hasta el fondo buscando a ciegas algo que parecía eludir los esfuerzos del propietario. A juzgar por el súbito cambio de expresión, Goto había logrado su objetivo. Entonces un panel de madera ubicado a espaldas del dueño se escindió del resto que adornaba el muro. Su disposición hacía prácticamente imposible notarlo si el panel permanecía cerrado. Sasuke fue hasta el escondrijo y metió en él medio cuerpo al menos estirándose para alcanzar algo que Fujiwara no lograba distinguir. Muy grande debía ser el hueco, mucho más de lo que podía adivinarse desde la cajonera-escondite. Pasados unos instantes, Goto alcanzó lo que buscaba extrayéndolo con cierta dificultad por el desequilibrio que la postura le imponía. La carpeta era idéntica a la que Hayashi le enseñara en la habitación climatizada de su casa, la que contenía la traducción. Volvió al hueco para extraer tres volúmenes con la enorme y pesada pinta de los diccionarios exhaustivos y se puso a trabajar yendo de los papeles a los libros y viceversa, sin distraerse ni un minuto durante las dos horas que permaneció ocupado en la faena.

El hambre espoleaba ya la paciencia de Fujiwara cuando Goto cerró la carpeta dejándola sobre el escritorio antes de volver al escondrijo. Esta vez se adentró aún más en el hueco para sacar una caja rectangular de gran tamaño. La cargaba con una deferencia ridícula por afectada, caminando lentísimo, como si en vez de caja llevara a una criatura de brazos que por ningún motivo querría despertar. La puso sobre la mesa, retiró la tapa y extrajo poco a poco una espada soberbia. La empuñadura era tan hermosa como la hoja misma, obra de un artesano excepcional sin ninguna duda. Entonces le vino otra vez la corazonada esa de la familiaridad, la que inspirara primero el rostro de Goto y ahora la empuñadura de esa obra de arte. Estaba cierto de que la había visto en algún otro lugar, en otro tiempo, pero no dio ni con el sitio ni con el momento justo. A su bendita memoria fotográfica le daba a veces por olvidar los contextos y esto enfurecía a Kashiwagi, malacostumbrado a hacer con la cabeza prácticamente cualquier cosa que la vida o el capricho le exigieran. Por supuesto que podía equivocarse mediando la distancia que mediaba, pero era improbable.

Tres o cuatro minutos después de sacar su tesoro, Goto lo devolvió a la caja tras limpiar su empuñadura cuidándose de tocar la hoja. Volvió al hueco, metió el estuche trabajosamente y luego hizo lo propio con la carpeta y los libros. Cerró el panel, volvió al escritorio, cerró el cajón y tomó el gran manojo de llaves antes de bajar por la escala para irse.

Kashiwagi se emocionó al notar que Goto olvidaba cerrar con llave el cajón del escritorio desde el que accionara el mecanismo de apertura, pero no dejó que la emoción lo distrajera. Siguió muy atento la ruta de Goto para deducir por dónde buscar los interruptores de la energía eléctrica y esperó a que las luces se apagaran. Cuando esto sucedió y luego de escuchar que la puerta de servicio se cerraba, emprendió el camino hacia los cerillos de la barra, lo que resultaba mucho más fácil habiendo visto recientemente la ruta entera desde la atalaya. En cuanto los tuvo en la mano se sintió poderoso. El fuego. Esperó una media hora por si Goto regresaba. Él mismo, Kashiwagi, era parte de ese silencio poderoso, lleno de nada, inquietante, enfermizo por ensimismado. Casi le dolió tener que espantarlo al encender la cerilla. Era como escindirse de un apéndice oscuro que le venía creciendo a la par de la curiosidad esa mañana. Esa tarde más bien. Si no calculaba mal, debían ser las dos o dos y cuarto. Extinguió la cerilla y sacó otra de la cajita sin encenderla inmediatamente. Por supuesto que lo importante era salir de ahí, pero pudiendo alumbrase la urgencia era menos. Además, algo le decía que ya no sería interrumpido si optaba por quedarse un rato más. Confió en su instinto y se propuso encontrar la caja de encendido general para moverse a gusto por el sitio. La puerta de servicio, la del cerrador automático, era del tipo cuya cerradura suele abrirse con un botón desde el interior. Las luces encendidas le permitirían buscar en forma y no a palmos. Sí. Era buena idea, creyó. La curiosidad se iba combinando con el miedo y generaba un vértigo a medias delicioso y a medias espantoso. Dominaba la delicia cuando Fujiwara encontró el famoso interruptor central del Puente de los Tiempos. Se armó de valor y lo accionó. El reflector del escenario que alguien había dejado encendido imprudentemente volvió a las andadas e iluminó el espacio ahora vacío de Pastorius y de osas. Ni el Marshall estaba por ahí en domingo. Cuatro o cinco luces aisladas se encendieron en simultáneo a la del reflector y alumbraron lo suficiente para moverse por ahí con libertad. Logrado el objetivo, fue Kashiwagi a treparse por la escala y sin pérdida de tiempo se dejó caer en la silla que antes ocupara Goto, la del escritorio. No se equivocaba: el cajón estaba abierto. Se animó a encender la lámpara de mesa para hurgar a sus anchas. Papeles, unas llaves, implementos de escritura, bobadas. Metió la mano hasta el fondo del cajón imitando a Sasuke y luego de buscar unos segundos sintió la cajita con el botón. Al pulsarlo se abrió el panel obediente. Fujiwara tomó la lámpara de mesa y estiró su cable al máximo para alumbrar el hueco. No era tan hondo como pensara. Si Goto se metía casi entero al escondite era porque su

altura era menor a la del físico. Tomó la carpeta y se propuso espiar el contenido en el escritorio.

La letra era igual a la de los papeles revisados en casa de Hayashi. De hecho, aunque no podía afirmarlo con seguridad, la tinta era de un color semejante. Al empezar la revisión de los escritos no le cupo duda: la misma mano había redactado ambos legajos. La principal diferencia era que en la casa estaba además el texto original que aquí faltaba, por no hablar del arcón y su rollo. La traducción al japonés moderno daba la impresión de estar terminada y no a medias como la otra. Las correcciones eran pocas, muy dispersas. Feliz con su descubrimiento, se adentró Kashiwagi Fujiwara en esa segunda versión extravagante de *Esfumado entre las nubes*.

Al encabezamiento le faltaba el número del capítulo. El título era el mismo, pero no el waka con que abría el apartado. Ése no lo conocía Fujiwara. Aludía a las semejanzas entre la bruma, ese humo de agua y el que viene del fuego. "Uno alivia y otro mata", concluía el poema liminar para dar paso a una versión fascinante. Ni rastro del esquilador y la envenenadora se encontró Kashiwagi por ninguna parte. Desde el inicio de su lectura advirtió diferencias de estilo sutiles que, sumadas, dejaban claro que la mano redactora de ambos textos era distinta, pero que ambas trataban de imitar un estilo en común. Los fraseos tenían aliento semejante, pero la sintaxis variaba, o eso creía el furtivo lector sin poder estar seguro por carecer de la fuente original. La incertidumbre quedaba compensada por la seguridad de que el traductor era la misma persona o el mismo copista en el peor de los casos. Así pues, sin el original era imposible cotejar aspectos filológicos o estilísticos, lo que permitió que el lector furtivo se internara a sus anchas en la historia.

Destacaba la cercanía de este relato con la línea argumental de la novela que conocemos. Al principio. Genji, por ejemplo, vuelve a su natural amable, sutil, esquivo, enemigo de la confrontación directa y más aún tratándose del roble. Corrobora con argucias sus sospechas de traición, pero no se permite una acción inmediata. Él sabe de fallas y la edad le permite comprender mejor los desmanes del joven y atormentado primogénito de To No Chujo. La novedad se centraba en Rokujo. Su onryo se ceba en un criado del círculo más íntimo de Kashiwagi y de esta manera la muerta que vive puede encarar al traidor, achacarle la infamia cometida con la Tercera Princesa. Lo hace en términos que hieren en lo más profundo al roble, como el rayo que calcina lo que encuentra a su caída. Tan herido queda Kashiwagi, que a mano limpia se desquita con el criado pretendiendo asestarle a la

Rokujo, que ya está cerca de volverlo loco. El criado queda exangüe. Apenas respira mientras los moretes le van entintando el rostro. Vaya. Era la primera vez que encontraba una violencia semejante en el Genji, si es que en realidad el fragmento era parte de la novela. ¿Kashiwagi ensuciándose las manos para tomarla personal contra un criado? La incoherencia lo puso en guardia durante unos diez minutos que invirtió en estudiar el aliento de las frases. Éste no cambiaba para adaptarse al tema. El desarrollo, la disposición de los elementos, el ritmo era típico de la mitad primera del Genji. De nuevo, resultaba imposible aseverarlo con mayor certeza sin disponer del original, mas el recuerdo de lo leído en casa de Hayashi podía servir de referencia. Así pues, salvado a medias el obstáculo de la violencia, el Kashiwagi de nuestra historia leyó cómo el personaje homólogo echa a correr internándose en el bosque cual si huyera de la culpa, de la vergüenza. Aturdido, medio ausente, vaga por ahí con la intención de perderse para siempre, de acabar consigo mismo, pero hacerlo así, sin dar la cara, era un oprobio más para el ofendido y para el propio Kashiwagi. Cambio de planes. La luna le allana el camino hasta el palacio de Genji. Se las ingenia para entrar a la propiedad por el área del pozo, la que mejor conocía y la menos vigilada siendo que lindaba en parte con la espesura y en parte con una barranca prácticamente inaccesible. La luna se parapeta tras las nubes como negándose a alumbrar cosas así, como trazando una línea divisoria entre sus luces y las sombras del traidor. Genji, que cada vez duerme menos, se entretiene en el pabellón más aislado de la casa. Solo. O no tanto: con su koto. Pareciera que, sin saberlo, Genji reprochara al roble por medio del koto, como si los actos de Kashiwagi fueran indignos hasta de la palabra hablada. Las notas hieren al furtivo igual que flechas. Esa música de Genji repite hasta el hartazgo que ya se quiere ir, que ya basta, que ya no, que la vida es larga y la alegría muy corta con el paso de los años. El culpable de buena parte de esa miseria fundamental observaba a su mentor, a su protector convertido en víctima. La imagen del gran hombre quebrado se prende al alma traidora. La amargura del príncipe se iba sumando a la desdicha de Kashiwagi. Dos riachuelos derivaban en el mismo estero. Entonces las aguas se desbordaron y el dolor fue inmanejable. Si algo de humanidad le quedaba al roble, si algo de decencia podía ofrecerle al otrora resplandeciente en compensación por tanta inmundicia, era hora de hacerlo. Ya. Respiró hondo, traspuso el umbral de la puerta y se quedó ahí parado sin poder articular palabra luego de pensarlo tanto. El estado lamentable en que se encontraba, la evidente agitación y la deshora indicaron a Genji que era el momento

indicado.

—Llegaste. Te llamaba con la música. La vieja Rokujo me enseñó a hacerlo. Sólo funciona por las noches.

—Hay cosas así. Parece que yo fuera una de ellas —repuso Kashiwagi mirándose las calzas para no lidiar en pleno con los ojos del príncipe. Estaban enlodadas. Nada dijo el otro. Su silencio detenía la noche, el vuelo de la luna. Hasta la luz de dos antorchas parecía quieta, como haciéndose la muerta. Y nada dijo porque las cosas se habían dicho entre ellos mucho antes de que Kashiwagi se presentara. Rokujo, los sueños, los acertijos con que los videntes respondían a las preguntas concretas y el instinto acerado de Genji, todo confabulaba para acusar justamente al hijo mayor de To No Chujo, nada menos.

El culpable cayó de rodillas ante el príncipe, quien no dejaba de tocar el koto sobre un tatami primorosamente ornamentado en su perímetro. Fuera de la estera, la decoración era genérica. El efecto general añadía peso a la figura de Genji, recubierta por siete uchikis de colores oscuros pero bien diferenciados, ideales para andarse por la noche en plenilunio. Hasta ellos extendió el brazo el recién llegado. Acarició la mano izquierda del ejecutante dando a entender que se sometía a su voluntad, fuera la que fuera. Y quiso llorarle para dejar claro que la pena era un fardo mas no, no pudo lograrlo.

Sólo entonces acalló el koto. Los tres plectros de marfil con que el príncipe pulsara las cuerdas quedaron olvidados en el tatami cuando su mano acudió a la del roble en reciprocidad. Lo miró fijo y con un esbozo de sonrisa dio a entender que perdonaba la bajeza. El perdón antecedía a todo esto, pero eso no lo supo Kashiwagi.

Genji se incorporó con una torpeza que el roble le desconocía. Los años. Quedó de pie viendo al suplicante con dulzura y luego impelió a que éste se incorporara también. Lo abrazó. Kashiwagi correspondió al abrazo pletórico por la muestra de cariño, de comprensión, de grandeza espiritual. Quedaron fundidos por largo rato. Entonces el roble quiso abundar en los motivos y demás, pero no le fue posible porque Genji apretó el abrazo sin dejar que el otro se moviera, sin dejar que se explicara. Sin dejarle respirar en forma. Confundido, Kashiwagi hizo por librarse y fracasó. Lo intentó con todas sus fuerzas y éstas redoblaban las de Genji que, a pesar de sus cuarenta y tantos años dominaba fácilmente al mocetón. Entonces el resplandeciente pateó la lámpara que los alumbraba. El fuego mordió la esterilla haciéndola arder y lo mismo sucedió al koto, todo esto en un instante y sin que el culpable pudiera librarse del abrazo. Las llamas avivadas alcanzaron el papel del muro más

cercano y el horror se manifestó cual si llevara siglos tratando de expresarse. "Bum", tronó algo haciendo que la lengua de fuego ascendiera por una columna; de ahí al travesaño mayor. El instinto hizo que Kashiwagi tratara de librarse una última vez, pero ni con toda su fuerza logró abrirle los brazos al captor. La apretura y el humo le impedían respirar, ver con claridad. A su alrededor comenzaban a caer pedazos de techumbre encendidos. La incipiente llovizna de aquel fuego presagiaba una tormenta abrumadora por definitiva, por la justedad de los hechos que la originaban. Y fue esta justicia fundamental la que doblegó al más joven de los dos que se abrazaban. Y ya no resistió el abrazo del príncipe resplandeciente y se propuso resplandecer junto a él por siempre, como si sus cuerpos estuvieran destinados a fundirse en una tea. Sus miradas se encontraron, se entendieron y se despidieron en un instante. Qué ligeros. Mira cómo sube ese humo que nace de ellos luego de que el travesaño principal les cayera encima como una maldición. Se esfuman. Yo los veo igual que tú enredándose en el azul bordado de blanco.

Los ojos se le anegaban a Kashiwagi Fujiwara. Camelo o no las páginas se le metían en la entraña recordándole el drama de Hayashi, sus cuentos, la partida. El joven y el viejo dirimían coincidencias y diferencias igual que la pareja del relato. La vida, siempre ilustrándose a sí misma en connivencia con el arte, muchas cosas a los cuatro les sabía. "El fuego", pensó Kashiwagi mirando las cajitas de cerillas que descansaban sobre el escritorio de Goto cuando una voz conocida preguntó como si nada: "¿Le ofrezco un café, señor Fujiwara o prefiere algo más fuerte?"

Goto lo miraba desde una de las mesas cercanas al escenario. Embebido en la lectura, Kashiwagi ni cuenta se había dado de que el dueño había fingido irse por la puerta de servicio permaneciendo dentro y escondiéndose cerca del interruptor principal. Por supuesto que el libro de Kashiwagi había dado la señal de alarma. Unas horas antes no estaba donde Goto lo encontrara y una simple revisión le aclaró que era el ejemplar que Fujiwara llevara consigo durante la primera visita al Puente… (la ubicación de la etiqueta, el mismo precio, un doblez idéntico para marcar el avance de lectura). Además, estaba seguro de que ni su esposa ni las osas llevarían una novela de novelas a sus cónclaves dominicales. Con la paciencia que le había faltado a Kashiwagi para asegurarse de estar solo, Goto esperó a que el intruso saliera de su escondite cerciorándose así de las intenciones que lo movían. Estuvo a punto de desvanecerse cuando recordó haber dejado abierto el cajón

derecho del escritorio y más aún cuando vio que Fujiwara salía de su escondite tras la gaveta y se dirigía a él para rebuscar en su interior. Quiso evitarlo, pero luego de pensarlo mejor se contuvo rojo de ira por su descuido y por el descaro que el invasor se permitía. Lo hecho hecho estaba, por mucho que le doliera esa violación a lo más íntimo que tenía. Y no pensaba en el texto del Genji, sino en su secreto de la espada. Kashiwagi era muchas cosas menos tonto, y si se ponía a revisar el hallazgo de la caja era probable que terminara por reconocerla, lo mismo que a su rostro, pero esto le preocupaba menos ya que la edad, el peso, la barba y demás ayudaban a disimular su verdadera identidad. Qué mala idea había tenido al sacar la espada original de su casa para llevarla al negocio. Le parecía mucho más seguro y mira tú el resultado. Por otra parte, Kashiwagi era un íntimo a su modo. Tadao, Ichika, Hayashi, Yumiko y los monjes pensaban que ya era hora de integrarlo al grupo en toda regla, pero él no estaba seguro. Las reticencias cedieron durante el encuentro primero y sin motivo alguno. Con sólo verlo, Goto sintió un alivio generalizado que no esperaba y, sabiendo confiar en sus instintos desde niño, se relajó dispuesto a aceptar lo inevitable.

Transcurrió un minuto sin que ninguno añadiera al intercambio. Ya aliviado del sobresalto y dispuesto a aceptar las consecuencias del allanamiento, Kashiwagi respondió con calma que prefería un café. “Sin azúcar”, añadió antes de que el dueño se incorporara de su asiento para dirigirse a la escalera marina y reunirse con el intruso en el tapanco. Guardó silencio mientras reordenaba los papeles que Kashiwagi había estado revisando. Los devolvió a la carpeta con cuidado y fue a meterlos en su panel de seguridad. Una vez despejado el escritorio, fue hasta su querida cafetera Hario y se entretuvo en la preparación de la bebida. Fujiwara hizo por alejarse para no estorbar, mas Goto lo detuvo con un ademán teñido de impaciencia. Nada se dijo hasta que el café estuvo a punto, lo que requirió más de la cuenta siendo que para calentar el agua Sasuke usaba un mechero, a la antigua. El resultado solía estar a la altura del café que tanto le gustaba, el de Jamaica, si lo había, y si no esa variante llamada Geisha que, curiosamente, nada tenía que ver con Japón.

—Tiene cuerpo a pesar de la suavidad y los sabores explotan. La cepa es de origen etíope y fue estabilizada en Ecuador —aclaró Goto innecesariamente sin que Fujiwara encontrara nada que agregar. Tras unos segundos de gracia, el intruso añadió sin convicción:

—Si se trata de mundanidad, es un hecho que no estoy a su altura.

—No se haga el ingenuo, Fujiwara. La mundanidad me da lo

mismo. Lo interesante es la sofisticación y eso le sobra. O dígame si no cómo es que prefiere pasar los domingos metiendo las narices en mi versión del capítulo fantasma. Ahora que lo he descubierto dígame por favor qué opina de esto que nos traemos entre manos, Kashiwagi. He esperado su opinión por años, aunque usted ni en cuenta.

Nuestro roble perdió entonces hasta el mínimo rastro de timidez. Le bullían en el alma las teorías, las dudas, los comentarios críticos a ciertas decisiones que lamentaba en la traducción aún sin conocer el original. Se explayo en éste y aquel punto. Puso un ejemplo y luego otro para ir convenciendo al erudito en que se había convertido Goto con el paso de los años. No era lógico que tal y cual siendo que esto y lo otro. "Piénselo, Sasuke", interponía de vez en cuando Fujiwara. La frasecita se fue convirtiendo en muletilla que, sin quererlo, iba dejando en claro a Goto quién era quién tratándose de la exégesis de Genji. Para explicarse mejor iba tomando ejemplos de las mejores traducciones al japones moderno, señalando debilidades y alguna que otra fortaleza. Trajo a cuento la versión de Wiley, sacudiéndole la entraña para extrapolar conclusiones deslumbrantes que ni por la mente le habían cruzado al otro. Hablaron luego de la versión del monasterio, la que Fujiwara había leído en casa de Hayashi. El original de este episodio, el del incendio, presentaba giros idiomáticos confusos que no abundaban en el otro. En aquel caso, el problema mayúsculo eran los verbos transitivos y las lagunas. "Putas lagunas", acentuó Kashiwagi sin fijarse bien a bien en lo que decía por tener la cabeza puesta en un orden de ideas distinto, más hondo, más exigente. Mejor hablar claro: sospechaba que en la versión aquella habían intervenido otras manos muy juiciosas.

—¿Las de Yumiko? ¿O fue Ichika?

—Se equivoca de cabo a rabo, Kashiwagi —le espetó Goto contento de atrapar en falta al prodigio que se le mostraba sin recato, con una suficiencia cercana a la petulancia en algunos momentos—. Fue Hayashi.

Hayashi. El nombre quedó flotando en el aire y ambos conversadores parecieron seguirlo con mirada ausente, indecisa, cual si valoraran la pertinencia de internarse por el tema espinoso de la desaparición. Lo vadearon felices y abundaron en su celo anormal por la perfección. "Sospecho que usted es peor que su maestro. Un par de horas y mire nada más la vapuleada que me ha puesto tan tranquilo. Es lo que esperaba de usted. Lo que esperábamos."

El reproche hizo que Fujiwara fuera más cuidadoso con sus palabras. Lo último que deseaba era herir a Goto, quien ya se le iba perfilando

como uno de esos encuentros que se dan poco en la vida. El café que los hombres compartían luego de mucho esperar al artilugio del mechero era un símil de lo que antes ocurriera con el texto de por medio. Años y años de pensar en el mismo tema cada uno por su lado y ahí estaba el fruto: hablaban la misma lengua. Lo que en el primer encuentro pasara por simple afinidad se había convertido en algo sólido e independiente. Los solitarios se reconocían. O mejor: Goto se familiarizaba mientras Kashiwagi sí que reconocía. Conforme avanzaba la tarde, el rostro de Sasuke adquiría matices familiares cuyo origen no podía identificar claramente Fujiwara. El gesto con que a veces lo escuchaba, los pómulos que se perdían en una barba no muy poblada, el arco de las cejas… En eso pensaba el roble cuando el propio ejemplar del *Mar de la fertilidad* atrajo su atención. Goto lo había subido al tapanco dejándolo a un lado de la cafetera japonesa. La foto de Mishima ocupaba una buena parte de la contraportada y fue en ese momento que Fujiwara pudo atar los cabos sueltos que lo inquietaban. El legendario, su foto en el periódico, los extremistas que lo acompañaron aquella mañana trágica en el Campo Ichigaya, la empuñadura de la espada que unas horas antes había extraído Goto del escondite, las constantes menciones a la Tatenokai que aparecían en periódicos y revistas, todo se fue entretejiendo hasta dibujar el rostro y la circunstancia del hombre que tenía enfrente. Quitando la barba quedaba Koga. La revelación dejó a Fujiwara sin aliento y con los ojos en redondo. Hiroyasu Koga. Y una vez sabido el nombre hartas piezas del rompecabezas ése empezaron a hallar su lugar, su contexto. Recapitulando, algunos comentarios aparentemente aislados de Hayashi tuvieron un sentido vago, suficiente para tirar del hilo y desenredar la madeja. Ya habría tiempo para ello. ¿Se equivocaba? No era probable. Lo que hubiera dado por meterse al hueco de la pared y sacar la espada de su caja. Necesitaba acariciarla si en verdad era la hoja particularísima que había cortado el cuello de Mishima. Por los cielos. Qué locura. Se debatió fuertemente entre revelar o no sus sospechas a… Goto, digamos. Las certezas. El parentesco de Yukio y Jo que Hayashi mencionara daba sentido, fondo a esa historia rara, venida de muy lejos para llegar justo ahí, al tapanco entarimado tan único como el hombre que tenía enfrente. Mientras éste se dedicaba a rellenar las tazas, Fujiwara decidió que era imprudente y hasta grosero encarar al dueño con preguntas, pero nada de malo veía en lanzar una moneda al aire. Con la taza entibiándole las manos y asegurándose de que Goto lo notara, Kashiwagi se incorporó para acercarse a su libro, acarició con el índice el pseudónimo del autor antes de mencionar lo difícil que era

olvidar las portadas de los periódicos de aquel noviembre de 1970.

—La del *Japan Times* se me quedó grabada, con la foto de Mishima dirigiéndose a los soldados y la de sus acompañantes siendo detenidos justo debajo.

—Sólo Ogawa aparecía en la foto de la detención. Fue el primero en entregarse —corrigió el aludido—. Lo tengo tan presente como usted. A mí se me pegaron las imágenes de la cabeza cercenada. Me doblan de pena hasta hoy. De incredulidad —agregó astutamente Goto enturbiando el asunto que entre líneas le planteara Fujiwara. Sin embargo, el físico comprendió que era mejor respetar los territorios personales que nadie le había invitado a recorrer y notó que Sasuke agradecía la idea implícitamente.

Hablaron unas tres horas más compartiendo un plato de galletas saladas y otro con cacahuates. Nada más hizo falta a esos dos que sentían haberse conocido desde siempre. Quién sabe. A las siete y media salió Fujiwara por la puerta de servicio y no pudo creer que el mismo domingo siguiera delineando aquella jornada. Hay días más largos que otros. Más anchos.

*

Kashiwagi Fujiwara invirtió los siguientes diez días en la redacción de una ponencia que debía leer en un simposio anual organizado por la Facultad de Ciencias. No era un hombre acostumbrado a engañarse; tenía claro que con uno de esos días le hubiera bastado para cumplir sobradamente por tener ordenadas las ideas, pero le dio por volver a revisar cada uno de los problemas planteados una, dos, cinco o diez veces, las que fuera con tal de evadir un encuentro recapitulativo con Yumiko. La intimidad estrenada la noche esa de Pastorius tejía su red en torno a la pareja, mas ninguno de sus miembros quería allanarse sin más a esa nueva realidad que se desarrollaba independientemente de ellos. El paréntesis que ambos se inventaban les brindaba la sensación de ser ellos quienes llevaran las riendas de su vida, esa cabalgadura bronca, imprevisible, jactanciosa. Así, él con la ponencia y ella entretenida en ciertos planes con las osas, la pareja creyó interponer una distancia plausible en los primeros estadios de la relación, idea enternecedora por ingenua, pero justificada si se toma en cuenta que ninguno de los dos tenía experiencia en asuntos de pareja. Eso sí: igual que cualquier otro novato en esas lides, ambos tenían la impresión de llevar la sartén por el

mango. Vaya madurez. Vaya recato. Pero no. A otros con el cuento prudencial. La verdad era que Yumiko y Kashiwagi tenían miedo y punto. Miedo liso. Miedo llano. Tan simple y tan obtuso como el miedo a la oscuridad, a lo desconocido. La pareja se regía en este estadio por las pequeñas supersticiones que sobrevienen a quienes no se conocen lo suficiente para amarse como se aman. Inseguridades al fin, dan a los implicados un asidero irreal pero eficiente.

La ponencia fue la más debatida en el simposio y la única que en realidad despertó pasión en los participantes. Orgullosos del audaz Fujiwara, los colegas físicos se alinearon con sus posturas enfrentando a los de formación matemática, conservadores por natural y reacios a la novedad. El caso es que el evento vino y se fue dejando a Kashiwagi con una carga de trabajo menor a la habitual y con el alma retacada de asuntos emocionales por atender. No había forma de esquivarlos por más tiempo. Hacerlo era insultante para ella. Para él.

Yumiko estaba en las mismas, pero ni por equivocación se planteaba tomar la iniciativa para un reencuentro. Sabía muy bien en qué territorios se movía su Kashiwagi pero del territorio propio, ese que debía dominar a ciegas, sabía más bien poco. Algo en su interior era consciente del tránsito que se operaba mas no lograba la joven ponerle nombre a los impulsos, a los temores, a las dudas que se replanteaba en cuanto las daba por resueltas. El embrollo que se le presentaba era más complejo por estar envuelto en la breve pero rotunda ausencia del otro. A no ser por las ocho ceremonias especiales que realizaron las osas en aquellos días, la inquietud hubiera terminado por arrollar a Yumiko igual que lo hacía con Kashiwagi cuando ya no había simposio que le sirviera para evadirse. ¿De qué? ¿De lo que más deseaba? ¿Sabía siquiera que lo deseaba? El señor de los astros sufría para responder preguntas sencillas que Yumiko apenas llegaba a plantearse. Las de ella eran de naturaleza distinta y se relacionaban con la ambigüedad de Kashiwagi más que con la propia. Al carecer de referentes concretos en lo sentimental y sin alguien que hiciera las veces de guía por faltarle la madre, Yumiko se enredaba sola en la red ya mencionada. Le costaba trabajo apoyarse en Ichika, pues sentía que la amiga era igual de inexperta por haberse ido a casar con Goto sin conocer a otro. Además, la osa era hosca y Yumiko delicada. Se adoraban, sí, pero sus naturalezas antitéticas eran obstáculo para una intimidad gozosa como la que Yumiko necesitaba. En ese sentido, la criada fue más útil que la amiga, pues tenía sus historias a cuestas, algo de malicia y una mundanidad que sin ser grande era muchísimo mayor a la de la joven. Su picardía

ocasional podía resultar incómoda a Yumiko, pero ella la aceptaba intuyendo que a pesar del mal gusto la sirvienta la ilustraba. A ella le hacía preguntas impensables para la otra y las respuestas, crudas pero sabrosas y medio fiables, solventaban mejor la inexperiencia. ¿Qué opción tenía siendo que el papá, único referente masculino, era atípico y ya no estaba? De su relación con la tigresa la hija tenía un esbozo apenas, y las líneas generales de éste no eran buenas pues estaban marcadas por las dudas del papá respecto a la paternidad y por el celo enfermizo que Hayashi ponía al defender su hipotética libertad, temas que había abordado por desahogo con su Yumiko siendo ésta una adolescente de trece años, sin volver a tocarlos, pero dejando una impresión indeleble en la hija.

Kashiwagi empezaba a sentirse ligero por no cargar ya con la dichosa ponencia cuando, al mover unos papeles de su escritorio, salió a relucir la carta que Hayashi le enviara con sus datos personales. Su primera reacción fue mirar el teléfono de baquelita, igual que lo había hecho el día en que arribara el sobre que ahora tenía una vez más entre las manos. Se le hizo chusco imaginar que era Hayashi quien le exigía ser un caballero y llamar a su pequeña. Ni hablar. La idea le produjo un contento delicioso que no tenía sentido resistir. Marcó el número. Yumiko se sobresaltó al escuchar el llamado. Sabía que era él. Aguardó seis timbrazos para no delatar impaciencia y respondió fingiéndose indiferente. Un minuto con treinta y ocho segundos más tarde acordaron verse al día siguiente.

Llovía desde la noche anterior. El fango le manchaba los zapatos a Fujiwara. Era cosa de tiempo para que se le mojaran los calcetines, pero tenía la esperanza de llegar a casa de Yumiko antes de que fuera demasiado tarde. La esperanza fue en vano. Tenía los pies empapados cuando ella le abrió personalmente. La sirvienta estaba indispuesta con una fiebre que iba y venía por las tardes, pero ahí estaban el calzado de repuesto y los calcetines secos por si quería cambiárselos. Kashiwagi fue efusivo al agradecer el detalle; Yumiko correspondió con una sonrisa larga y bien meditada que dejó frío al recién llegado: los ocho dientes frontales del maxilar superior estaban teñidos de negro. La impresión dejó mudo a Fujiwara. Y no sólo eso, sino que la boca se le fue abriendo como si fuera un idiota mientras se le iba borrando la sonrisa a la anfitriona.

—¿Pero qué hiciste? —reventó Kashiwagi con la intemperancia de un marido, sosteniendo un calcetín mojado con una mano y uno seco con la otra.

—Lo debido. Lo que quiero. Lo que soy. Si te gusta, bienvenido. Si no, ahí tienes la puerta y vete —contestó desafiante, altanera y bien plantada la muchacha con un genio distinto al de las ocasiones anteriores.

Fujiwara pensó en irse, pensó en quedarse, ideó una respuesta airada, la descartó, diseñó una disculpa, se la tragó, miró el calcetín mojado, lo arrojó al piso, lo recogió, volvió a ponérselo, se calzó y se fue por donde había venido metiendo los pies en los charcos casi adrede, salpicándose, pateando el agua enojado consigo mismo y con ella, claro, por atreverse a eso justamente echando a perder esa belleza que Kashiwagi asumía como propia siendo ajena todavía. Su petulancia insultaba mucho más que los dientes de la niña, pero no estaba en condiciones de entenderlo. Lo peor de la hombría le hablaba en ese instante y el tonto de Fujiwara le prestaba oído. El argumento era viejo como la ilusión de poseer lo bello; ese impulso atávico se manifestaba igual que en sus mejores tiempos, sin diluirse, con la fuerza del primero que se le rindiera al llevarse una concha rosa, por decir, o un cuarzo deslumbrante. Alguien, alguna vez, quiso aferrarse al canto, a los colores de algún ave anonadante y para lograrlo utilizó una jaula. El paliativo funcionaba: por momentos, la idiota mente humana se creía el cuento de la posesión, de que lo bello deambulaba por el mundo para ser tomado por sus esclavos, por sus acólitos, para ser incorporado en el propio ser enriqueciendo la pobreza originaria por mera observación. Por admiración. Por contacto. La belleza subsana, sí, enredándose en ese intangible al que llamamos alma, pero no sabemos cómo y simplificamos resumiendo el impacto en el tener por ahí cerca ese objeto, esa pasión que inspira y arroba. La belleza. Lastima si se le mira de cerca o por un tiempo largo sin parpadear. Se mete por donde puede y circula igual que sangre llevando y trayendo alegría, desdicha y todo lo que oponiéndose entre sí ilustra por contraste. Se le tiene y en ese momento se nos va. Es el ave que no sabe quedarse entre las manos de nadie, el canto que no sabe de encierros ni de rejas. Es el arte que después de tanto supimos nombrar, cultivar, ennoblecer, cuantificar. Es el arte que al gustar de su etiqueta se convierte en un atributo más de la belleza creyendo encarnarla toda. Contenerla. El arte. Ese receptáculo de abrumadora lindura, de abrumadora hondura, de abrumadora contundencia que no sirve para nada y que sin embargo salva, y sin embargo cambia, y sin embargo ensancha. Eso, justamente, es lo que se le iba a Kashiwagi cual si huyera de esos dientes. Lo negro, siempre montándose en lo blanco, insultaba, distraía con su toque de

encubrimiento. La presencia de lo claro compitiendo con la ausencia de lo oscuro. Uno lleno y el otro vacío. Y Yumiko vaciándose la boca se había vaciado de otras cosas que ni podía nombrar el insultado Kashiwagi. El idiota.

Para ella el asunto era otra cosa. La contraria. Yumiko misma era una flor dispuesta para la mariposa-belleza. La belleza venía y se le posaba y volvía a irse por el simple hecho de estar viva. La clave estaba en la quietud, en la inmovilidad, pues la belleza es espantadiza, amiga de la serenidad aunque se le asocie con el ímpetu pasional por desconocimiento, por facilismo. ¿Es la fuente el agua que brota, el hueco en sí o la fusión en una de ambas cosas? Esta cuestión se la planteaba Yumiko casi a diario pero en términos distintos. Siendo la música el punto de partida, se preguntaba si el instrumento, el ejecutante y el resultado podían aquilatarse por separado sin alterar el todo, porque la música es un todo si le cabe la belleza. Porque lo bello universaliza lo particular, multiplica, moviliza. Pone al alcance de la mano lo que antes era ajeno, distante. Es el ave y no la rama. Es el vuelo y no las alas. La belleza, ese mirar venir y mirar pasar, es transcurso y lo que transcurre por natural no para y lo que no para jamás se posee. Se le ve pasar, decía. Y se le extraña el resto de la vida. Se le espera por si acaso vuelve. Y es que una vez experimentada la belleza la vida entera se convierte en la esperanza de su vuelta. De ahí la obsesión que provoca cuando se viste de amor, de lujo, de brillo, de centro, de palabra. De canto. La palabra y el canto. Lo profano y lo sagrado divididos por un soplo que no existe. Lo contrario del vacío que del vacío depende. Oscuridad al cabo, pero oscuridad generadora. Boca negra de la que brotan sonidos y silencios armónicamente distribuidos en el tiempo. Música. Boca negra de la que brotan significados y significantes. Lenguaje. La música y el lenguaje: un ave con distintas alas. Vaya obsesión con las aves, con los vuelos, con los nidos. El origen. Para Yumiko la boca era un nido y vaciarlo, oscurecerlo, era condición necesaria para generar. La cueva, el capullo, el vientre, lugares oscuros ideales para lo que se gesta, para lo que se viene, para lo que se alista. La boca. Diente a diente fue llenándose la boca de negro, o vaciándola, mejor, y cada vez fue sintiéndose más plena. Al hablar notaba una claridad más próxima al canto que al discurso común. Si alguien preguntara a Yumiko sobre el origen de esa magia se sorprendería: venía de lejos y se llegaba hasta nosotros montada en el ohaguro. Cosa de hembras, además. De hembras encumbradas, leídas, orgullosas. Las mejores. Ellas inventaron la estafeta y las demás el cambio de manos. Poco a poco, ese hilo conductor de las hembras

peculiares se fue llenando de abalorios. Teñirse los dientes era sumarse a las cuentas de ese collar exquisito, escandalizar con la sonrisa, en silencio. Una sutil oposición al mundo de los hombres fue aparejada a la costumbre y quizá por ello los varones trataron de prohibirla pero ya era tarde. Los siglos de cuidadosa manipulación femenina no habían transcurrido en balde. El ohaguro vinculaba hembra con hembra igual que los afeites, los perfumes y los hombres. A todas les pertenecía, a todas les atañía aunque sólo unas cuántas lo supieran. En los círculos de tendencia mistagógica, como lo era cada vez más la Compañía del Oso, se tenía por heroínas a las que aceptaban encarnar esa antigualla en tiempos modernos. El descrédito, el rechazo y el aislamiento a que la práctica conducía en nuestros días redoblaba el valor del sacrificio. Cada sede de la compañía había elegido a una afortunada tomando en cuenta el origen, la alcurnia, las dotes y la disposición. Si la señalada estaba de acuerdo, lo que no siempre sucedía, se consultaban los calendarios antiguos para establecer fechas ideales y empezaba el proceso, diente a diente, hasta completar los ocho frontales del maxilar. De las tres elegidas, sólo Yumiko había tenido los arrestos para completar el teñido de los ocho dientes. La jerarquía que eso le daba en el grupo se sumaba a la de ser hija de Manami, la prodigiosa. Así pues, la estatura espiritual de Yumiko aumentaba exponencialmente entre las cófrades, convirtiéndola en el eslabón principal de esa cadena femenina, en la representación de un ideal como lo era la exuberancia en las venus paleolíticas, por ejemplo. De ahí que el nombre de la joven, aunque viable, tuviera que cambiarse para seguir nominándola. Porque el nombre es destino y el de ella, el de Yumiko ya se desdibujaba para empezar a convertirse en Ohaguro. Nada más honroso para una mujer de su estatura, de su clase. Para una mujer simple y llanamente. La reacción patética e infantiloide de Kashiwagi era un insulto en el contexto de Yumiko, la pataleta de una masculinidad vulnerada, raquítica, primitiva. La sofisticación que Fujiwara exhalara se apagaba de un soplido a los ojos de Yumiko. Qué pena. Lo de menos era que el pobre no entendiera, pero entendía y eso era lo grave. Anteponía sus apetitos a la cadena de perfeccionamiento que Yumiko encarnaba. Hombre al fin, no sabía ser otra cosa. Porque ante los ojos femeninos de las osas, ser varón cancelaba de facto cualquier otra posibilidad mientras que nacer hembra las potenciaba. Por eso nacían varones de las mujeres y no mujeres de los varones. Más clara ni el agua. Pretenciosos. Estafadores. Ciegos. Decepcionantes. Mira qué chatos son si se encabritan y siempre están encabritados. Todo el año. Por todo y por nada. Enternecen, eso sí, pero la ternura vale poco si

esconde control, ventaja, ruina o desprecio, mercancías comunes para la masculinidad ñoña de los días que corren.

Ohaguro. Qué palabra. Un flujo. La técnica en sí era ya un vaso comunicante entre las más antiguas y las de ahora. Pensar en la primera era extraviarse en los motivos, en las raíces. Y luego la segunda, alentada quizá por la promesa casi cierta de una dentadura invulnerable y por esa magia que en lo oscuro halla el centro de la luz. Porque el centro del ohaguro es la nada y de ahí se viene todo hecho palabra. Del no ser a lo que es en un soplido, en el aliento generador. De lo más hondo, del centro de la dama a las afueras. Centrífuga era el ohaguro para las nobles que lo adoptaban. Las mejores. Ni duda. Kiritsubo, Kokiden, Fujitsubo, Aoi, Yugao, Rokujo, Suetsumuhana, Murasaki, la Tercera Princesa, la autora misma, todas en algún momento de la historia, en algún momento de su larguísima existencia, habían sido representadas con la sonrisa negra al menos una vez. El texto ni lo menciona, pero el atributo se fue imponiendo en el imaginario. Por supuesto que no era lo más común ser representada a media sonrisa. No. Casi siempre, casi todas tenían la boca cerrada como un botón de flor. De no ser así, el ohaguro era el camino. Si había sonrisa, la plástica japonesa la retrataba negra en casi todos los casos. La costumbre, la belleza, la duración de los esmaltes y demás factores fueron dándose la mano conformando una cadena humana desde allá hasta aquí. La resistencia. En eso se fue convirtiendo el teñido de los dientes. Cosa análoga sucedía con la escritura. Cosa de hembras. La sonrisa y la escritura como punto de partida. Insurrectas, insumisas, taimadas, afectando sumisión se rebelaban. Pensar en la primera, en efecto, era extraviarse. Pensar en la última, en Yumiko, era encontrarse. La osa era el último eslabón de esa cadena de orgullosas, de plenas, de sabihondas, y de pronto viene el idiota Kashiwagi a meter la cuchara en esa sopa, a derramarla. Viene y le reclama aquello que más la enorgullece. Imaginen. Años preparándose para esto y el otro a opinar calcetín en mano, tan hosco, tan simple. Y pensar que se le tenía por iniciado…

La decepción de Yumiko fue honda, ancha y larga. El reclamo obró lo mismo que un quiebre de lanzas. Ni una palabra más salió de la boca negra dedicada al roble. "Vete" fue la última. La postrera. La definitiva. Ni pintada para una despedida abrupta. Y Kashiwagi se fue creyendo que pronto la volvería a ver, que se le pasaría, que era cuestión de tiempo. Ay, Kashiwagi: el genio más tonto del mundo. En eso quedó convertido desde que se marchó airado por la ofensa imaginaria.

Tardó semanas en darse cuenta de su error, aunque haberlo hecho

antes nada hubiera enmendado. Herida en lo más hondo, Yumiko se fundió en Ohaguro incorporando el dolor a la personalidad recién gestada, esa en la que no cabía Fujiwara. La nueva realidad azotó al físico sacudiéndole el marasmo emocional en que se encontraba. Sucedió una tarde al dejar la oficina. El viento lo despeinó y en ese instante un vacío repentino lo dejó helado. Era como si la racha se hubiera llevado consigo el aplomo, la solvencia. Terminaba de reacomodarse el fleco cuando la ola se le vino encima: cinco semanas desperdiciadas, cinco semanas sin hacer acto de presencia, sin hablar, sin unas flores o unos chocolates o algunas frutas que enmendaran. Y creyendo que cada día lejos de ella lo ponía más a salvo cuando lo cierto era al contrario. Cinco semanas cavando la tumba de lo suyo tan campante, dando clases, calculando gis en mano o en su casa con la música bien alta. El bajo de Pastorius resonó en su cabeza y luego vino la voz de aquella noche: "Cásate con mi hija". Era cómodo barrer la frase debajo de la alfombra, dejarla por ahí tendida para ponerle atención más tarde. Tarde. Demasiado tarde.

Eran las ocho de la noche. Las calles de Minami estaban solas como de costumbre. Fujiwara maldijo la necedad de Hayashi en el sentido de no tener ni timbre ni campanilla. Golpeó la puerta para hacerse oír por la criada o por Yumiko pero nadie le hizo caso. Media hora después se retiró cabizbajo y con dolor en la palma de la mano mientras una vecina lo miraba alejarse derrotado. La sirvienta estaba atenta, con la oreja bien parada, y al notar que ya nadie llamaba fue a avisar a la señora que el escandaloso se había ido. Estaba hecho. Lo peor había pasado. Yumiko se pasaba el trago amargo pero la amargura perduraba en Fujiwara. Esa no se la quitaba nadie. Ni nada.

No había forma de contentarla. Si la llamaba por teléfono, éste repicaba sin que nadie levantara la bocina por orden expresa de Yumiko. Si se apersonaba, la vecina volvía a ser testigo de su marcha. Cuatro veces lo vio irse con las manos en los bolsillos. Daba pena. Tampoco las cartas ni los regalos subsecuentes zanjaron el embrollo. Ya no. Ya nada. Lo que hubiera dado Fujiwara por verle otra vez los dientes negros a Yumiko. A Ohaguro. Entiende, Kashiwagi, entiende. Pero no quería entender ni entendería.

Entonces probó suerte rondando a Ichika en El Puente de los Tiempos. Por supuesto que se le colmaba de atenciones en cada visita, pero en cuanto Kashiwagi trataba de dar el paso hacia el tema que realmente le preocupaba, Ichika lo evadía. Al tercer intento se dio por vencido. Daba pena mirarlo solo en la barra manoseando inútilmente su ejemplar de Mishima. El separador ni se movía. Goto, enterado de la

ruptura desde el primer momento, tuvo que ausentarse para cerrar la compra de varios objetos extraordinarios y fue hasta su regreso que lo encontró desastrado en la visita más reciente. De inmediato lo hizo pasar al tapanco, cosa a la que no se había atrevido Ichika sin el permiso expreso de su marido. Fujiwara sabía lo que esto significaba y agradeció a Sasuke recibirlo de buena gana. La amistad era incipiente pero sólida, sobre todo a partir del segundo encuentro, el de la sorpresa. Éste había permitido que el vínculo entre ellos fuera independiente del que pudiera unirlo a Ichika (y a Yumiko por extensión). La experiencia compartida en el análisis del capítulo fantasma hermanaba al dueño y al suplicante en que se había convertido Kashiwagi. Por cierto, ese aire de súplica se esfumaba al ascender por los peldaños de la escala. Algo del orgullo herido se recuperaba al subir. En el tapanco, con la duela antigua chirriándole bajo los pies, la dignidad volvía. A veces ni se mencionaba al Genji, pero en otras la discusión prendía y duraba horas. Ni siquiera Ichika sabía del cajón o del panel secreto, lo que daba a Fujiwara una estatura diferente a la de cualquier otro en el ánimo de Goto. Eso sí: por muchas horas que sumara ese par ensimismado, ni una vez mencionaron a Yumiko. Ella, igual que el capítulo faltante que acaso no faltara, parecía esfumarse entre las nubes sin que Fujiwara, Ichika o Goto pudieran evitarlo.

Harto de esperar frente a la casa o en el parque a que apareciera la famosa camioneta verde con la mujer de la sonrisa negra, Kashiwagi se apersonó en el bar una noche de jueves fingiendo interés por los músicos de la barra. El pobre no engañaba a nadie y menos a Goto, quien fue a rescatarlo de una conversación muy mala con el trompetista retirado. Ya instalados en el tapanco, negroni en mano, Goto rompió la regla no escrita y mencionó a Yumiko como si nada primero y muy serio ya después. La noticia le había llegado vía Ichika, obviamente:

—Yumiko tiene tres meses de embarazo. Nada te pide, pero tienes derecho a saberlo. No la busques. Es todo.

—¡Pero cómo esperas que…!

—Es todo —repitió Goto contundente dejando callado el ímpetu herido de Fujiwara.

Así nada más.

*

No hubo ruego que la doblara. Llegó un momento en que las osas

hablaron con ella muy seriamente, pero ni el grupo más cercano la hizo reconsiderar. Y menos Tadao o Goto, que con la etiqueta masculina prendida al cuerpo defendían su jerarquía. En el fondo, ningún hombre podía liberarse de la masculinidad para abordar el problema que fuera por concebir la feminidad como un vacío a ser llenado eventualmente, por necesidad, para subsanar una carencia. Los mejores se daban cuenta de ello mientras que el resto, ni idea. La hembra-receptáculo que dominaba el imaginario varonil percudía las intentonas de mutuo reconocimiento, cierto, pero tampoco fueron eficientes las cófrades, decíamos. Quizá la única que verdaderamente influía en Yumiko era la criada. Un ligero patetismo entintaba el asunto visto desde fuera, pero desde la intimidad la cuestión se justificaba. La mujer ejercía de madre sustituta desde la muerte de Manami y, por mucho que Hayashi tratara de evitarlo, el nexo era indisoluble. Ahora que estaban solas, la dependencia era mayor que antes, lo que no necesariamente era nocivo. Al contrario. La mujer, rústica, sí, palurda, a veces, era honda a su manera. En sagacidad competía, pero no era esa la virtud que más la acercaba a su patrona. La frialdad era su fuerte. A la hora de optar, de decidir, de valorar justamente un problema, nada que no fuera el asunto principal la distraía. Este atributo, nimio a primera vista, había sido instintivo en sus inicios, pero la humilde mujer advirtió su potencial desde muy joven. El sentido común y una peculiar capacidad de análisis desnudaban los problemas hasta dejarlos en cueros. Nunca se distraía o se iba por las ramas, a no ser que la cuestión tuviera visos románticos. Ahí sí perdía piso y se daba a ensoñar, pero de no ser el caso la objetividad dominaba. Sea como fuere, terminaba por llegar al fondo de las cosas y ese siempre era un buen punto de partida. Identificado el quid, era persistente como un depredador. Sabía derivar del centro las consecuencias accesorias. Sabía preverlas, anticiparse y por ello sus puntos de vista solían resultar más útiles que los de la mayoría. Más si se piensa en las osas que, por ilustradas o ambiciosas que fueran, tendían a la dispersión por sus amplios intereses y por conformar un grupo amplio. La sirvienta era otra cosa. Era un mundo en sí para Yumiko, un mundo paralelo con escasas pero muy importantes coincidencias. La niña y Hayashi eran su vida. Los conocía mejor que nadie y les había aplicado su sistema calladita por décadas. El doctor le costaba trabajo, pero Yumiko era transparente. Los amaba, por supuesto, pero el amor no obstaba para el reconocimiento. En su imaginario, querer y pensar eran cosas distintas, excluyentes. Llevada al extremo la idea derivaba en tonterías y precisamente por ello la criada se frenaba en seco al sentir

que un tema central se le iba de las manos. Jamás perdía de vista el objetivo y ese tipo de temperamentos son diamantes para los que tienden a lo contrario.

Para Yumiko en nuestro caso, quien ya no era llamada así por el círculo cercano a partir de su renacimiento, del teñido del diente octavo. Desde entonces fue Ohaguro y el cambio de nombre trajo consigo una personalidad más fuerte e independiente que no escapó a la filosa percepción de la sirvienta. El rito de paso (el ohaguro lo era) lo había sido en buena medida también para la criada. Un nuevo yo se le imponía para conducir a la niña, que tampoco era la misma. Analizó hasta el cansancio cada ademán, cada giro, y logró al cabo familiarizarse con la nueva joven, la huérfana de facto, la viuda de facto, la madre de facto. Una isla le parecía Ohaguro. Una isla encantada a la que sólo ella tenía acceso. Su niña… la vida antes que fallarle. Ohaguro lo sabía y confiaba en ella más que en su propio padre. Qué razón había tenido. Hayashi no era de fiar en el fondo. "Nació hombre el pobrecillo", solía decir la criada genuinamente conmovida como si justificara una travesura del destino. Ella era una de las pocas que reía cuando alguien tocaba el tema de la masculinidad a partir de la envidia femenina. Ni por equivocación la había sentido. Al contrario: los hombres le agradaban por la franqueza esencialmente pero los compadecía. Eran esclavos con todas sus prebendas y ella se sentía libre por muy criada o mujer que fuera. Esta libertad esencial la diferenciaba de las otras. Ella lo sabía muy bien y tenía claro que, si la vida le había dado un encargo, éste consistía en comunicar esa libertad a las demás. Una heroína a su manera se consideraba la señora, paladín de la condición femenina aun careciendo de una formación sólida, o tal vez a causa de ello.

La gravidez de la patrona la obligó a replantearse seriamente las cosas. Nunca pensó que la otrora Yumiko llegara a verse en una situación como esa, sola, preñada, huérfana, desilusionada, pero lo más grave era el temor inarticulado de que se repitiera el ciclo trágico de Manami embarazada. La criada había vivido desde adentro la difícil relación de Hayashi y la tigresa, sus incongruencias, los delirios. Sabía más que la propia Ohaguro de sí misma por conocerle el contexto. Por observación. La tigresa había llegado a tenerle infinita confianza y por ella supo de lo sucedido la noche del monasterio y de los otros incidentes relacionados con la personalidad desdoblada. La naturaleza estrictamente racional de la mujer no ponía en duda lo sucedido, qué va. Rokujo era el onryo y Hayashi el ikiryo, sí, pero ahora estaba Kashiwagi y venía el niño, que era varón seguro. Se lo dijo la tigresa en sueños y

para la mujer los dichos de Manami eran ley. La noche del sueño aludido transcurrió en un duermevela exasperante. De la vigilia al sueño y de vuelta. Aguas revueltas corrían en su cabeza cuando esa pasión suya por las ideas centrales se desbocó hasta dar con una. El peligro estaba en Kashiwagi. Algo le decía que el terror de Hayashi a la paternidad, a la pérdida de libertad, podía replicarse en el discípulo del doctor. En el fondo, ese terror había sido la piedra de toque en la desgracia. De ahí el ikiryo que, desprendiéndose de Hayashi en el momento oportuno, flagelara a su mujer. Estaba consciente de que la situación difería enormemente de la original por faltar el padre de la criatura, pero eso no impedía que los peores instintos del guapete se soltaran el pelo. O los instintos de quienes lo habitaban, pues algo muy hondo en la mujer, algo que escapaba a sus intentonas racionales, le hablaba regularmente de que todos somos muchos, de que nuestro yo era un mosaico definido por los equilibrios o desequilibrios del tropel que vive dentro. Los habitantes esos —vivos, muertos, humanos, animales y hasta la esencia de los objetos inanimados— podían determinarnos. De por qué elegían vivir aquí y no allá, en nosotros y no en otros, esos eran secretos que a nadie se le revelaban. Menos a ella, con su humildad serena. Sin embargo, la idea de las tantas fuerzas que estiran y aflojan para conformar el carácter le servía como herramienta de inducción y confiaba plenamente en ella. La eficacia estaba probada. Esta fragmentación de la personalidad ajena le valía para establecer los orígenes específicos de problemas también específicos y, en consecuencia, su probable solución. Y funcionaba. Aislar cada elemento del todo equivalía a resolverlo en esa psicología somera, eficaz, sabrosa. Pero nos desviamos. Mejor volver a la temida fobia de Hayashi por la paternidad y su posible réplica en el alumno.

Los temores de la criada estaban fundados y eran idénticos a los de Kashiwagi. El dolor a causa de la separación, del rechazo, se combinaba con la certeza de ser tratado injustamente. Cualquiera podía haber resbalado como él en una situación semejante. Es más: lo contrario sería sospechoso. Y por más que la buscaba no podía encontrar en los hechos la carga insultante que la joven no quería disculpar. El rencor, apéndice inútil, es un mastín que tira dentelladas a la nada. De vez en cuando se alcanza la cola y vuelve a lo mismo. Era como si Ohaguro girara alrededor de un centro elusivo y Kashiwagi insistiera en acompañarla sin lograr seguirle el ritmo ni poder anticipar sus virajes. La impredecible se le escapaba al hombre de ciencia, a ese amante de la predictibilidad que para sentirse seguro se proponía hallarle trayectorias definidas a los

impulsos de la vida. Pero ni Yumiko ni Ohaguro, siendo dos o siendo una, podían anticiparse como la vuelta de un cometa. Ni fijar su posición podía en este estado de las cosas, lejos de ella, vituperado por una falta menor, por una estúpida reacción instintiva.

El caso es que revertirla fue imposible. Después de mucho intentarlo le quedó claro al amante que Ohaguro lo había echado para siempre, que en los dientes había hallado un pretexto endeble para alejarlo. La desesperación inicial se fue convirtiendo en despecho y al mes devino en resentimiento puro. Entonces Fujiwara se cansó de darle vueltas a su dama. Un día decidió no volver a rondarla. Ya estaba bien de hacerle a la princesa inalcanzable. Si quería estar sola con el hijo, allá ella. Nadie podía reprocharle inacción. Los involucrados aplaudieron sus esfuerzos sin poder influir en la reacción de la joven. Nadie la entendía. Acaso la criada, pero más por fidelidad que por convicción. Luego de mascar lo sucedido concluyó que en el fondo su protegida deseaba un hijo y no un marido. Tenía derecho a ello, pero ¿qué sentido había tenido enterar de las cosas a Fujiwara? Los motivos no aparecían por ningún lado. Por momentos daba la impresión de querer torturarlo, de castigarle alguna acción que sólo ella y él conocían. Así de atarantada terminó siendo la reacción a ojos de la sirvienta, de Goto. Tadao no se metía e Ichika era una tumba. Se fue quedando solo Fujiwara en la reconquista de quien no quería ser reconquistada. Ella ganaba.

La ganadora pasó el segundo trimestre del embarazo en una casa de campo perdida en las afueras de Uji, cerca del río. Igual que el Genji de la novela, se aislaba en esas tierras huyendo de cosas muy concretas y de otras que no identificaba bien. Por supuesto que la sirvienta la acompañaba. Uno de sus primos le había conseguido la casa, que en realidad era una granja humilde con su dotación de cabras, gallinas y un caballo que relinchaba a deshoras todas las noches. Por su culpa despertaba Ohaguro y se volvía a dormir a los dos o tres minutos luego de refrendarle las buenas noches a su nonato. Lo mismo al día siguiente. Nadie las visitaba por ignorar su paradero. Ése era el plan. Les funcionaba.

El de Kashiwagi no exigía un entorno pastoril. Primero pensó en visitar a la familia y quedarse por allá unas semanas, pero la convivencia con su madre lo disuadía. La mujer necesitaba más apoyo cada vez por un Alzheimer galopante y no quiso Kashiwagi verse obligado a atender a nadie cuando no podía ni atenderse a sí mismo. Se le presentó una opción más atractiva mientras conversaba con un colega manco en la cafetería de la universidad: el observatorio de Ishigakijima, dependiente

del Observatorio Astronómico Nacional de Japón, promovía sus instalaciones entre los facultativos de las principales casas de estudio. Los esquemas de colaboración incluían una estancia máxima de seis semanas con media pensión incluida si el proyecto de trabajo lo justificaba. El prestigio profesional de Fujiwara iba en aumento. El heredero intelectual reconocido tácitamente por Hayashi recogía los frutos de la colaboración: en un día le respondieron que sí, que el telescopio principal con sus veinte metros de radio quedaba a su disposición. Hizo los arreglos para ausentarse, empacó una maleta demasiado pequeña para una estancia tan larga y se fue sintiendo que al fin podía respirar a sus anchas.

La idea había sido buena. Lo supo en cuanto dobló por el estrecho camino ascendente que llevaba al observatorio. Las llantas derrapaban sobre la hierba húmeda que tapizaba los costados de la vía. El silencio era tan delicioso como el olor a romero que flotaba en el aire sin que el astrofísico pudiera ubicar la fuente. Qué le importaba si el mundo quedaba a sus pies y el cielo estaba más cerca. Deseó hondo que llegara la noche para habitarla ahí, arriba, lejos del suelo, y entonces recordó el observatorio de Hayashi y su ambiente de ínsula extraña. Era la primera vez en días que pensaba en el ausente y con su recuerdo volvía necesariamente el de la hija. Hizo por alejar los espantajos, lo logró y entonces vio la cúpula principal naciendo entre los árboles. En el asiento del copiloto se paseaba *El mar de la fertilidad* con el separador inamovible. Ahora tendría el tiempo y el ánimo para leer. A su manera, Kashiwagi sustituía la presencia de Goto con la novela de novelas. Un amigo por otro. Sonrió contento por la ocurrencia y enseguida se le borró la sonrisa al recordar el exhorto de Pastorius que, en el contexto actual, más que intrigar insultaba. Curioso: le costaba más trabajo olvidarse del Puente de los Tiempos que de su propia casa o circunstancia. Al diablo con el bajista, la novela y el críptico Goto. Estaba de buenas el roble Fujiwara.

El asistente que el observatorio le asignara se despidió a las siete de la noche. Su labor introductoria había durado día y medio y ya no era tan necesaria como al principio. Kashiwagi estaba familiarizado con la mayor parte del instrumental y la operación del telescopio en sí no presentaba dificultades técnicas extraordinarias. Respiró hondo y se entregó al extravío.

Nada lo distrajo hasta las cuatro de la mañana, el punto en que la noche se arrepiente de serlo, la hora más solitaria del hombre. La hora de la paz. La del concierto. El último reporte meteorológico anunciaba

horas tranquilas, pero se equivocaba. Del poniente fueron llegando algunas nubes que dificultaban la observación directa. Se lamentaba Fujiwara cuando un rayo impactó el observatorio cimbrándolo todo. Algunos cristales saltaron por los aires y las luces se apagaron luego de titilar lastimosamente. Ni una gota de lluvia acompañaba al rayo o al menos eso parecía desde el interior. Era una tormenta seca, tan rara por estos rumbos que no se recordaba un reporte semejante desde que el telescopio se construyera. De eso se enteró después Fujiwara. En el momento se limitó a extrañarse. Esperó unos segundos a que el generador se encendiera, pero o no estaba disponible o le fallaba el encendido automático. Se le vino encima otra vez la oscuridad aquella de su intrusión en El Puente… la necesidad de andarse a tientas en un lugar prácticamente desconocido. Por fortuna, el cielo no terminaba de encapotarse y la luna le permitió acercarse a uno de los cristales estrellados con relativa facilidad. La noche era tibia, sin rachas. Fuera del rayo y de los cristales esparcidos por el suelo, la calma continuaba como si jamás la hubieran interrumpido. Tan plácida era la noche que ni los grillos la estropeaban. Fujiwara extendió el brazo sacándolo por una de las ventanas rotas para constatar que no llovía. Entonces, como si el cielo quisiera dejarlo bien claro, sobrevino un segundo rayo que volvió a impactarse por ahí cerca. Las probabilidades de que algo semejante ocurriera dos veces seguidas eran de una en varios millones, pero la cuestión estadística dejó de interesarle en cuanto advirtió el fuego. A diferencia de la yerba que vadeaba el camino, la de la cima estaba seca y prendió en un dos por tres. La furia repentina de las llamas hizo perder un tiempo valioso a Kashiwagi. Cuando reaccionó, éstas habían crecido varios metros y ya iluminaban las inmediaciones de la ventana. Espantado por la llamarada hizo por alcanzar el otro extremo de la sala, pero resbaló con los cristales rotos yéndose de bruces. La cabeza golpeó el suelo y la noche se le fue entre fulgores.

El incendio se extinguió solo ocho minutos después de comenzar. La hierba alta que lo alimentara se consumió rápido y el camino que dividía la espesura del edificio hizo las veces de brecha cortafuego. El caso es que las llamas ya no apremiaban cuando el asistente y otros alarmados se encontraron con Fujiwara en la sala de operación. Recuperaba la conciencia con dificultad al tiempo que se arrancaba pedacitos de cristal que se le habían incrustado en la palma de una mano. El asistente estaba genuinamente preocupado por su estado de salud, pero Kashiwagi se sentía bien en realidad. La cabeza se le iba asentando y nada parecía fuera de lugar a no ser por el chichón que le crecía en la frente. Las

heridas en las manos eran menores, pero daban a la escena un dramatismo singular por las manchas rojas que al incorporarse iba dibujando Fujiwara sobre el piso. Ya de pie entendió que no pasaba nada, que las manos exageraban y que la hinchazón de la frente era más bien anecdótica. Le acercaron una silla, un vaso de agua y un trapo mojado para limpiarse la cara y las manos. El asistente se emocionó al verlo bien y le dio un rápido abrazo celebratorio que Fujiwara rechazó como si le quemara. El pobre se arrepintió y ofreció disculpas de inmediato. Kashiwagi lo miraba fijo con los ojos irritados. Parecía furioso y por unos instantes el asistente temió una reprimenda, pero no fue así. El herido se iba calmando. La respiración le volvía a los cauces.

Los testigos de la recuperación ni idea tenían de lo que atravesaba el pobre Fujiwara. En su imaginario el fuego era el mismo del capítulo perdido que leyera en El Puente de los Tiempos. El pabellón de Genji ardía y éste impedía el escape con un abrazo férreo. De ahí el ímpetu excesivo que Kashiwagi pusiera en rechazar el del asistente. El roble confundía los abrazos, los humos, mas poco a poco regresaba la coherencia.

Nunca antes había pasado algo así. Sin una gota. Menos mal que las cosas quedaban en nada. El asistente acompañó a Fujiwara hasta la estancia que se le había asignado, una muy íntima y acogedora. Ahí le prometió estar pendiente, se aseguró por tercera o cuarta ocasión de que el invitado estuviera en sus cabales y sabiéndolo fuera de peligro lo dejó a solas. Eran las cuatro y media de la mañana.

Se le respetó el sueño hasta las doce del día. Una empleada llamó a su puerta ofreciéndole un desayuno ligero que Fujiwara aceptó de mil amores. En la charola, junto al vasito con jugo de naranja, encontró una nota doblada con un mensaje. Era de Goto. Que por favor llamara. Que algo había ocurrido. Que era importante. La charola quedó olvidada sobre la mesa de noche mientras Fujiwara se preguntaba cómo es que no le habían dado antes el recado. Reconoció el número privado de Goto, tomó el teléfono de la habitación y marcó sabiendo que, de ser el caso, el amigo le respondería directamente en el tapanco. Nada. Volvería a intentar luego de adecentarse. Vaya que le hacía falta. La imagen que le devolvía el espejo era patética. Hinchazones, restos de sangre. Las manos le dolían más que el chichón. Decidió bañarse con agua fría y ya sintiéndose mejor insistió. Goto respondió y sin perder tiempo lo enteró de lo sucedido en Uji: el fuego inició cerca de las cuatro. De no ser por la alarma del caballo es muy posible que Ohaguro hubiera quedado atrapada por las llamas. Tuvo suerte, pero no así la pobre criada. El

fuego le tiró una viga encima, la principal de la casita. Al llegar la ayuda ya nada pudieron hacer por ella. Después del amanecer rescataron el cuerpo, o esa cosa negra que había quedado en lugar de la mujer. Ohaguro estaba inconsolable y a salvo ya en su casa con Ichika. Tadao se ocupaba en persona de los trámites y averiguaciones que exigía el deceso de la empleada allá en Uji. La criatura estaba a salvo, igual que la madre. La criatura.

Kashiwagi se estremeció al oír el relato de lo sucedido. Los incendios coincidentes lo dejaban pasmado, sí, pero era estúpido ocuparse de esas tonterías siendo que Yumiko, embarazada de su hijo, había estado en peligro fatal.

—¿Está bien Yumiko? Jura que no me estás engañando.

—Ilesa. Yo no miento —recalcó Goto con un toque de severidad.

—Perdona. Dije por decir.

—Descuida.

—Por aquí no han estado las cosas muy bien —agregó Fujiwara, deseando al cabo que su comentario cayera en oídos sordos. Era de mal gusto ponerse a hablar de lo suyo cuando la tragedia se cebaba en otros —. Si me apresuro, mañana mismo podría estar en Kioto. ¿Puedo ser útil entretanto?

—No. No es necesario que vengas. Ohaguro quiere estar sola y pidió explícitamente que no se te avisara. Yo pensé que lo correcto era enterarte.

La aclaración de Goto lastimó muy hondo a Fujiwara. El dolor de la frente y las manos se hizo más patente, como si fuera un reflejo del que le crecía por dentro. El fallecimiento de la mujer tenía de sobra para cimbrarlo, pues le había tomado cariño sincero, pero la insistencia de Yumiko en mantenerlo alejado, incluso en circunstancias como esas, ofendía.

—Entiendo. Agradezco tu amabilidad, pero no comprendo a Ohaguro. Es injusta.

—Sí.

Y nada más quiso agregar Goto. Unos segundos más tarde Fujiwara se dio cuenta de que su amigo había cortado la comunicación. Se quedó con el teléfono pegado al oído mucho después de que la llamada concluyera. Pensaba en desoír la advertencia para apersonarse en Minami, pero dominó el impulso. ¿Qué sentido tenía ir a donde no se le requería? Al colgar la bocina supo que era indispensable encubrir el dolor con dignidad. Si la bella quería estar sola, si él le representaba un estorbo, mejor se quedaría a estorbar inocentemente por ahí en el

observatorio. Le quedaban varias semanas por delante y el aislamiento le vendría de maravilla. Igual que a Yumiko, según le contaban. Y si a ella le daba por olvidarlo a la fuerza, él también podía intentarlo. Tomó *El mar de la fertilidad* y leyó el resto de la tarde internándose en la obra como no lo había logrado hasta entonces. Al caer la noche tomó un analgésico que lo ayudó a dormir hasta el día siguiente. Le hacía tanta falta… Yumiko. El sueño le importaba nada.

Sin embargo, el paso de los días obró su magia. Si ella no lo quería cerca, él tampoco haría por acercársele. Ya estaba bueno de humillarse. Si deseaba criar al hijo sola, allá ella. A él nada lo ataba, salvo un amor que a Yumiko le daba igual o peor. Imaginó a la hija de Hayashi echando lo suyo a las llamas, las mismas que se hicieran con el alma de la criada. Después de tantos fuegos, Kashiwagi fue entendiendo que lo suyo, eso que lo unía a Yumiko, se había consumido sin remedio. Las cenizas fueron quedando por ahí como los vidrios rotos del observatorio luego de los rayos esos tan extraños.

La estancia siguió de acuerdo con lo planeado. Ya no surgieron contratiempos ni imprevistos de consideración. El programa de trabajo llegó a su fin y Fujiwara regresó a Kioto una semana antes de lo previsto. Se quedó en su apartamento unos días para meter orden en ciertas notas prometedoras y siguió con la vida ordinaria creyendo que la otra se extinguiría por ahí tirada. Las clases en la universidad, los congresos, los proyectos urgentes y los aplazables fueron urdiéndole la vida a modo. Las extravagancias de Yumiko quedaron confinadas en una burbuja que flotaba a la par del mundo, en paralelo. Las de Ohaguro.

Con el cambio de nombre llegó una solemnidad que prácticamente aniquiló el natural de la joven. La mirada se le endureció, las líneas de expresión cercanas a la boca se pronunciaron. Nacía una versión estricta y prematuramente ajada de sí misma. El embarazo le embellecía esa suerte de severidad emergente dándole una autoridad, un peso específico sacado de quién sabe dónde pero evidente. Ichika notó el cambio al encontrarse con ella en Uji, al día siguiente del drama. Una de las osas que la acompañaba le apuntó muy quedo que Ohaguro clavaba la mirada distinto, con una suficiencia que antes le faltaba. Era cierto. Medía sus palabras como siempre, pero éstas acarreaban un peso específico que antes no tenían. Era como si lo dicho hubiera sido meditado por meses antes de salirle hecho palabra. La frescura se extrañaba, pero la hondura era mayor. Quizá fuera la falta de sonrisas. Crónica. Previsible y no por ello menos triste, en franco contraste con la alegría novísima que le crecía en el vientre. Cuando nadie la veía,

desnuda en el cuarto de baño por las mañanas o ya entrada la noche, Ohaguro se miraba en el espejo, esbozaba la sonrisa negra y se acariciaba la panza dos o tres minutos. Esa era toda la alegría que se permitía, en secreto, privada, exclusiva. Marginal.

El regreso a la casa de Minami amplificó la ausencia de la criada en una proporción casi intolerable para Ohaguro. Ichika ordenaba las cosas hasta donde podía. A veces trataba de consolar, pero procuraba no insistir demasiado en ello. El caos provocado por la ida de Hayashi se sumaba a la muerte de la criada dejando en la propiedad un aire de abandono que amenazaba con arraigar. El jardín, tan cuidado, tan acotado, comenzaba a desbordarse por no contar el jardinero con la guía meticulosa del doctor, quien lo seguía por ese paraíso dando instrucciones precisas que el hombre jamás se atrevió a cuestionar. Sin el patrón, el del jardín se sentía perdido. Sin la criada, la casa entera perdía el ritmo. Una capa muy delgada de polvo empezó a acumularse en el que fuera el estudio de Hayashi pero esa daba igual por no verla nadie. Lo grave se iba notando en la sala, en el piso superior, en la habitación climatizada o en la veranda. El polvo, esa desolación que vuela y se posa, sentaba sus reales por todas partes. A una semana de la vuelta y con Ichika ocupada todavía en el replanteamiento de la vida doméstica, Goto y Tadao se apersonaron en una visita de cortesía que también lo era para verificar el estado de cosas. Y éste no era muy halagüeño, pues Ohaguro se negaba a que una nueva empleada viviera de planta en la casa. Impensable. Tampoco aceptaba la ayuda desinteresada de las osas. No. Sólo Ichika le importaba y sólo ella tenía entrada. Lo mejor era contratar a una empresa que se ocupara de la limpieza dos veces por semana. La supervisión del jardín la haría ella personalmente como antes lo hiciera su padre, por muy embarazada que estuviera. La comida no le preocupaba.

Al décimo día se fue Ichika. Hacer más era invasivo. La casa estaba en orden, los polvos retirados y el jardín sometido. Al despedirse con un abrazo largo, Ichika notó el silencio imperante y se dio cuenta de que Ohaguro ni siquiera había mencionado el koto, esa tabla de salvación que flotaba siempre a su alrededor. Tampoco se mencionó a Kashiwagi por más que su nombre sobrevolara la casa y el jardín de Minami como un incienso quemado en otra parte, en otro tiempo. La señora Goto dio la espalda a su amiga y tres pasos después se volvió para referirle una última nimiedad pero ya no quiso extenderse. Ohaguro estaba sola, irremediablemente sola.

No obstante, la soledad era ligera o le pesaba menos que la

compañía. De hecho, jamás se había sentido tan acompañada, tan plena. El inocente que le flotaba dentro obraba una magia desconocida hasta entonces, llenándolo todo, coloreándolo como un sol nuevo que fuera a revivir los tonos, los matices, las sombras. La intimidad que la partida de Ichika les regalaba era un bien indispensable para esos dos. Lo supo nada más cerrar la puerta. Se llenó los pulmones a tope, aguantó unos segundos y exhaló. El alivio fue inmediato. Con la cara recompuesta subió las escaleras, entró a la habitación climatizada, tomó la carpeta con la traducción y se fue con ella al estudio del papá. Quitó estorbos de la mesa de trabajo, apartó los cúmulos que el desaparecido le legara a Fujiwara, los botó por ahí y en su lugar puso los materiales de trabajo con que el traductor del monasterio se ocupaba en sus visitas. Entonces se dirigió al otro extremo de la biblioteca-observatorio-estudio quedando frente al librero dedicado al Genji. Revisó el lomo de los 196 volúmenes que en él se alineaban y eligió los indispensables para darse a la tarea. Luego fue a buscar el consejo de la cafetera y el aparato no se hizo del rogar. Preparaba su respuesta cuando la aguja del tornamesa se refregó contra el disco de Armstrong, el mismo de la otra vez, la del baile. *When You're Smilin…* Ohaguro bailó sola, todo lo sola que puede bailar una mujer encinta. La pieza terminó y ella fue a servirse el café ya listo. Lo pensó mejor, devolvió el café a la jarra y se olvidó de él internándose en el Genji.

*

Jo y el ciego quedaron extrañadísimos cuando Ohaguro les anunció que ella se encargaría de la traducción remanente y del cuerpo de notas. Ya lo hacía desde una semana atrás y las cosas marchaban mejor de lo previsto. La tarde anterior había solucionado dos problemas muy graves, pero no abundó en los detalles. Se extendió, eso sí, en lo que consideraba un abuso del traductor, "una de esas licencias que sólo permiten lo inadmisible", sentenció Ohaguro muy firme. Ningún error parecido se permitiría ella. Ya se pondría en contacto de ser necesario. Los esperaba pronto de regreso. O no: ella los visitaría en el monasterio cualquiera de estos días. Lo más conveniente era el encierro. Ni dudarlo. Hasta la vista, Jo. "Saludos a la cabra", agregó despidiéndose con la mano derecha. Los dientes negros se insinuaban entre labios. Era difícil aceptar que aquel gesto era sonrisa.

La joven Hayashi se responsabilizó por los materiales originales. Los

monjes, conociendo su capacidad y preparación, dejaron en sus manos la tarea que se había autoasignado. A cambio de la confianza, sólo pedían que en la discusión sobre el trabajo participara Jo cada semana, como lo venía haciendo antes de que Hayashi se esfumara. "Cada mes", precisó Ohaguro sintiéndose liberada. En cuanto se supo sola, volvió a la mesa de la terraza y arrasó con los dulces que los monjes habían llevado como regalo de cortesía. Al terminar el último, se chupó la punta de dos dedos y fue a vérselas con el relato de la envenenadora, el más complejo desde el punto de vista estructural. Las lagunas, dos ilativos muy cuestionables que cambiaban el sentido del pasaje y algunas barbaridades del traductor o traductores le dieron quebraderos de cabeza tan fascinantes que apenas salió del estudio en los primeros días. Luego de ducharse y sacar cualquier cosa del refrigerador o la alacena, volvía a internarse por el caminito que tantísimas veces había recorrido su padre. Llegado el mediodía, se paseaba ausente por el jardín y luego invertía una media hora en mirar el Kamo. Era todo. El resto del tiempo lo pasaba embebida con los textos, la música y la soledad fructífera que se iba construyendo. Si el cansancio se entrometía, ella se echaba en el sofá a dormir, feliz como una niña por no tener que cambiarse de ropa para el descanso. Ni se acordaba de su recámara ahora que la casa era toda suya. El contraste con la otra vida crecía todos los días. El peso extraordinario que la convivencia con Hayashi daba al cotidiano quedó abolido. Su rigor, la inflexibilidad, las extravagancias, los arranques de iracundia que nadie más que ella y la ahora difunta criada le conocían, fueron dejando paso a un ritmo de vida casi natural, casi silvestre. El sueño y el hambre se fueron adaptando a la nueva realidad, al contento que la propiedad estrenaba como si fuera un vestido de domingo. Nunca una mujer estuvo más contenta de estar sola. Su felicidad irradiaba.

Ichika, la única que podía interrumpir el aislamiento sin echar a perder las cosas, la visitaba una vez a la semana llevándole víveres y discos nuevos que compraba a espaldas del marido y de las osas. Él estaba obsesionado por el jazz y, aunque jamás lo aceptaría, su afición ya le iba opacando el gusto por cualquier música. Las osas no salían de la antigua y los instrumentos de época, ejes de sus vidas, sí, pero estas dos buscaban a escondidas otros más dinámicos, más divertidos, menos formales. Igual que chiquillas se reían por lo bajo, cantaban a voz en cuello los temas de moda en un inglés machacado pero vibrante. Su travesura equivalía a abrir una ventana luego de un encierro largo. La luz y el aire transformaban. La alegría. Ya desahogadas, ya bailadas, las furtivas comían algo sencillo y entonces se ponían a discutir el tema

central, el eterno. Si Ohaguro se encargaba de la versión envenenada, Ichika tomaría en sus manos la del incendio. Su bagaje no era menor al de la amiga y en muchos sentidos se acercaba al del propio Kashiwagi. Los hombres se habían asignado la tarea de traducir, de comentar las maravillas y eso no era ni justo ni deseable siendo el Genji labor de mujeres, de pioneras.

Los hallazgos no se hicieron esperar. El ojo femenino arrojaba una luz distinta. Además, conforme los trabajos avanzaban, se iban dando cuenta de que su colaboración terminaba por ser más eficiente que el sistema de sus contrapartes masculinas. Ni Hayashi con su capacidad absurda daba la talla que la labor exigía. Kashiwagí sí. Él compartía destino con ellas. Lo tenían claro pero ni siquiera lo mencionaban por razones obvias. El proscrito Kashiwagi era una presencia indiscutible, calificada, necesaria en muchos sentidos, una presencia cada día más fuerte a pesar del esfuerzo que ambas ponían en acallarla. Lo lograban, sí, a un precio alto que ambas estaban contentas de pagar.

Del embarazo hablaban poco. El niño (porque sería varón, sin duda) era testigo mudo e involuntario de aquello que se fraguaba. O más. Si de la nada surgía una idea prometedora, una solución acertada o un argumento irrebatible, las amigas se lo achacaban al nonato. La broma se fue asentando. Al mes de implementarla, la criatura exigió un nombre. El referirse a ella —a él— con eufemismos se iba volviendo ridículo e inoperante, pues el pequeño hacía las veces de impulso creador personificado y lo personificado no lo es con un apelativo genérico. Aunque jamás lo discutieron, sabían que el nombre del padre quedaba descartado, ya fuera por las animadversiones de Ohaguro o por la amenaza fantasmal de Rokujo. Hartas de andarse por las ramas, una de esas tardes las mujeres jugaron a bautizarlo. Cada una propondría un nombre hasta tener el ideal. ¿Listas? Ohaguro lo pensó unos segundos y dijo "Daichi" en voz alta. Ni idea del porqué. La otra guardó silencio y asintió. "Daichi Fujiwara", murmuró como si el nombre y el apellido se le escaparan, lo que Ohaguro resintió hondo. El roble seguía allí aunque lo negaran, aunque lo barrieran bajo el tatami. Negarlo era tonto, pero lo intentaron. Daichi esto, Daichi lo otro. Daichi por aquí, Daichi por allá. ¿Qué diría Daichi si te oyera? Dice Daichi que a bailar y a bailar iban las dos muy obedientes. Sin el apellido el nombre propio era inofensivo. Aparejarlo al Fujiwara daba una sensación de peligro en abstracto, como cuando se es muy niño y se tiene cerca un cuchillo filoso. Mejor dejarlo en paz.

Llegado el sexto mes del embarazo, Daichi era un personaje en toda

regla. Si alguien extraño al par de osas las hubiera escuchado conversar en un día cualquiera seguro que terminaría confundido buscando alrededor al Daichi ése, tan oportuno, tan furtivo, según se requiriera. A su manera, Daichi nacía antes de nacer. Se conformaba. Y su conformación era un acto de fe, un elemento necesario a la empresa de esas dos tan dedicadas a lo suyo, tan sabihondas.

Así pues, Ohaguro, Ichika y Daichi se adentraban en ese Genji paralelo. Sus cotejos, los debates serios y una capacidad de exploración filológica que iba creciendo a la par de la criatura, fueron definiendo los litorales de esas islas desdibujadas por el tiempo. Aunque el trabajo avanzaba rápidamente, faltaban elementos para afirmar o negar que las islas pertenecían al mismo archipiélago. Sí, por supuesto que las sospechas se multiplicaban, pero lo disponible no bastaba para establecer posturas sólidas. Si se lo proponían, cualquiera de las dos podía argumentar convincentemente en un sentido o en otro, lo que era mala señal. Faltaba un contrapunto y creían saber en dónde hallarlo. La versión de Tadao permanecía guardada en su caja fuerte. De entre los involucrados, era el único que se sentía incapaz de contribuir. Su humildad, ya famosa desde que iniciara la amistad con Mishima, se había convertido en elemento definitorio de su personalidad. Hombre de medios, sabía que su papel en el mundo era ponerlos a disposición de otros mejor dotados. Lo suyo era la riqueza y sabía torcerle el brazo. No obstante lo anterior, Tadao era un hombre sensible y cultivado a su manera. Sus lecturas no apabullaban, pero el buen gusto y la erudición en el campo de las antigüedades lo habían convertido en uno de los coleccionistas más respetados del país. Su pasión por las artes decorativas podía jugar un papel importante en esa indagatoria comunal, pero desde las gradas, por decir. Contento con su papel de agudo observador y de eventual facilitador que hasta el momento no había sido requerido, Tadao sabía que tarde o temprano intervendría en las discusiones. Nadie como él para detectar cualquier incongruencia o anacronismo en los mobiliarios, vestidos, enseres menores, joyas y demás bellezas colaterales, pero ni su amadísima Ichika lo convencía a meterse en pleno. "Tu humildad es un pretexto apolillado", le dijo ella una vez y la bobada lo dejó pensando. Su alma de anticuario y la polilla no cazaban. La hija tenía un punto. Le dio vueltas y se percató de que lo suyo, a pesar de los avances en la traducción de la tercera versión, no estaba relacionado con los textos sino con el rollo ilustrado, del cual existían tres copias exactas. Una de ellas estaba en su poder, como sabemos.

Tocar ese apéndice del Genji era volar entre los tiempos, transitar el

puente, como sugería su yerno al explicar el sentido del nombre que le diera a su negocio. Aunque la seda en que se pintaban las escenas era de manufactura reciente, la técnica utilizada por el copista se aproximaba mucho a la original. En la preparación de las tintas negras se habían seguido fórmulas chinas que estuvieron en uso desde el siglo VIII cuando menos, y hasta la mitad del XII. La antigua religión favorecía la inclusión de cenizas de hueso de ave, por ejemplo, pero esto terminaba por afectar la adherencia, no a la seda, pero sí al papel *washi* de fibra larga, por lo que la fórmula fue prescindiendo de ese ingrediente y de otros análogos. Mishima había insistido en que se usara el preparado con la ceniza de hueso. La adherencia no interesaba en una copia y la seda conservaba bien ese tipo de tinta. Se menciona el detalle para ilustrar el esmero con que trabajó el copista. Cada elemento parecía estar en su lugar al desplegar la primera escena. Las líneas negras se agrisaban en los bordes, pero el problema no era de la tinta sino de los pinceles y solía presentarse cuando por descuido se aumentaba la proporción de cola de caballo en elementos confeccionados principalmente con pelo de cabra. La falta era menor, pero ponía en guardia los sentidos del obsesivo Tadao. Lejos quedaba la humildad cuando el ojo entrenado se ponía a la obra. El hombre y su lupa penetraban en las fibras, develaban pigmentos, combinaciones. El azul que daba tono a la primera escena había sido acondicionado con aciano y no con mora o arándano como era costumbre. Rozó la esquina superior izquierda con la yema del dedo meñique y revisó largamente los corpúsculos que se le adherían a la piel. Tal como lo adelantaba: tres azules integraban el índigo y dos eran modernos. Cualquier avezado distinguía entre los brillos. Era tan obvio. Eso sí: los polvos de oro y plata estaban exquisitamente aplicados. El difuminado valía lo suyo; era obra de un artesano curtido y no de un discípulo cualquiera. Hora y media después dejó en paz los asuntos meramente técnicos para pasar al análisis micrométrico de cada artículo representado. La casa, sus proporciones, la distribución del mobiliario y la perspectiva eran correctas. Un rectángulo negro en el piso de la supuesta alcoba representaba al hueco en que solían colocar el brasero con el carbón encendido, pero no se veía una mesa de estilo *hori-gotatsu* ni las mantas necesarias para que el brasero funcionara. Lástima: un vistazo a éstas podría haber zanjado las cosas por el mero estampado, si lo había. El caso es que la falta de mantas podía significar o que el sistema como tal todavía no estaba en marcha o que la época del año no exigía calefacción. Sea como fuere, el análisis de Tadao era todo lo exhaustivo, rico y generador que podía ser sin tener a mano el original,

pero en procurárselo ni pensaba el coleccionista temeroso.

Milímetro a milímetro fue escudriñando la imagen inaugural del rollo sin hallar elementos inquietantes. Se disponía a manipular los cilindros de madera laqueada para dar paso a la segunda escena cuando advirtió algo peculiar en la cajita abierta que contenía la piedra de tinta usada por Genji. Tomó la lupa y se fijó bien en los motivos de la caja, muy pequeños como para opinar en firme pero suficientes para meterle dudas. Parecía ilustrada con tres aves de pico largo, dos volantes y una en tierra, cigüeñas o garzas. Era imposible saberlo sin verles bien el cuello y la escala lo impedía. La cuestión no era menor tomando en cuenta que un gran número de ilustraciones posteriores al siglo XIII adoptaban a las aves para representar pasado, presente y futuro. Con el paso de los años, el motivo terminó por simbolizar no el tiempo solamente sino a Genji mismo. La abstracción había derivado en el personaje denotando su eternidad. Era importantísimo determinar si las aves ilustraban la abstracción o si denominaban a Genji explícitamente. La minucia representaba un salto de siglos en la concepción gráfica del relato, pero era imposible dirimir la cuestión sin elementos de apoyo que, por cierto, Tadao no encontraba. La humildad esencial del acucioso achacaba la falta a sus carencias formativas. Otros mejor preparados encontrarían los vasos comunicantes que él descontaba por ceguera e ignorancia. Tendría que hallarlos, estuvieran donde estuvieran.

Así fue recorriendo las escenas de ese documento fantástico, salpicado de oro, plata, fantasía, cuento, mentira, verdad y hondura. Cada duda, cada reticencia, cada matiz era registrado para su eventual análisis. El documento llegó a las treinta y siete páginas escritas a mano con letra menuda. Terminada la tarea e incapaz de sumar a lo investigado, Tadao habló de sus esfuerzos a la hija. Por supuesto que lo hizo en términos derogatorios que Ichika supo desechar por conocer bien al papá. La sola revisión a vuelo de pájaro dejó a la mujer con la boca abierta. La erudición era pasmosa. Era nadie para afirmarlo, pero ni el instinto más granado, el de Mishima quizá, le competía a esa pasión vitalicia por los objetos antiguos, a esa penetración que indagaba los orígenes como una raíz va por el agua. El cerro de dudas que el documento planteaba daba un giro a la investigación y el giro dejaba a todos expuestos. Lo aportado por Ohaguro exigía un replanteamiento y lo mismo sucedía con la traducción de Ichika. Lo sensato era hablar con el marido e involucrarlo de nuevo. Goto se había hecho a un lado confiando en las capacidades superiores de su mujer y llevaba tiempo sin dedicarse al documento del incendio. Quedó atónito con la “humilde”

aportación de Tadao. Entre Ichika, Ohaguro y el coleccionista lo hacían parecer aficionado. Y es que eso era a fin de cuentas. Medio descorazonado, aceptó que su nivel no alcanzaba para competirle a los otros tres. Si algo podía aportar lo haría con gusto, cómo no, pero a la distancia. Prudente. Sugería poner al tanto a Ohaguro y programar una reunión entre los cuatro para discutir las cosas bajo la nueva perspectiva. La propuesta fue bien recibida y la cita se programó para una semana después en casa de Ohaguro. Nadie lo mencionó, pero si alguien tenía los tamaños para opinar era Kashiwagi. Si el viejo maestro de literatura, el neurótico, siguiera vivo… La hermana de Ichika residía en Sicilia distanciada de la familia. Se había casado con un italiano y abjuraba de todo lo relacionado con el ilustradísimo abuelo. Ichika se escribía con ella de vez en cuando y en caso de ser necesario, su ayuda podía venirles bien, pues la mujer conocía el tema sobradamente. Ya se vería.

El encierro y el trabajo le habían cambiado el semblante a Ohaguro. Los dientes negros aportaban su extrañeza pero el cambio iba más allá de lo cosmético. Sus palabras tenían un peso específico nuevo. Tal vez era el tono, la parsimonia o la forma de sostener la mirada como decidiendo eternamente si el interlocutor merecía un esbozo de sonrisa. Tardaba unos segundos de más en dar inicio a cualquier respuesta, en contestar a los exhortos, y lo hacía a ojos fijos. La diminuta fracción de tiempo ensanchaba su personalidad, sobre todo ahora que evitaba recogerse el cabello. Muy negro, le caía hasta media espalda. Estaba decidida a no cortarlo más. La combinación con los dientes era perfecta cuando estos se dejaban entrever. El rostro blanqueado acentuaba el efecto general, indefinible en sí pero semejante al proceso de años que lleva a una muchacha a convertirse en mujer entera. Y todo ello en meses, meses que por cierto ya se insinuaban debajo del kimono *hikizuri*.

Tadao la imaginó vestida con cinco o seis uchikis de colores bien pensados, entrelazados, coludidos. Las ropas así dispuestas conducían un diálogo alterno al de las palabras poniendo de manifiesto el humor general de la dama, su disposición, los alcances de su ánimo. El buen entendedor sabía entonces a qué atenerse y el intercambio iniciaba con el tono más conveniente. Pero no. El elegante kimono de Ohaguro no se expresaba en términos tan concretos. La ambigüedad de la indumentaria moderna diluía esa introducción callada, esa bienvenida. “Signo de los tiempos”, se dijo el coleccionista feliz de que nadie pudiera escuchar el lugar común.

Los otros visitantes se entretenían en cuestiones muy distintas. A Ichika la incomodaba fuertemente la presencia de los hombres en ese

territorio tan suyo, tan femenino a pesar de tener el sello obvio de Hayashi. Él no contaba para ella y menos ahora que se había largado. En el fondo, de los cuatro, era Ichika la más indignada por la desaparición del doctor, la que menos se la esperaba por creer conocerlo cuando ni siquiera lo intuía. A diferencia de ella, Goto y Tadao sabían que Hayashi era un hombre de distancias, un atribulado capaz de sentirse ligero a solas nada más. Su nivel intelectual lo situaba muy por encima de ellos y algo en la actitud del astrofísico se los refrendaba a cada momento, incluso cuando fingía no hacerlo. Nadie lo externaba, por supuesto, pero con su sola existencia, con su capacidad ridícula, Hayashi ofendía. El único que se elevaba a alturas semejantes era Kashiwagi. El proscrito. Tadao lo sospechaba por referencias indirectas pero Goto, habiendo conversado con él extensamente, lo tenía claro. Sólo él merecía a ojos del genio; sólo él tenía la capacidad para recibir la estafeta. Por mucho que le desagradaran los sesgos de la vida, no tenía más que aceptarlos.

En un momento dado, la reunión careció de alcances. El hueco dejado por Hayashi era mayor a lo esperado y nadie de entre ellos tenía los tamaños para llenarlo. El que podía, faltaba. O casi, porque había otro que quizás podía también pero aún no conocía la luz ni el aire ni otras menudencias del día. A éste sí lo identificaba Ichika la mar de bien: Daichi. Las mujeres lo introdujeron como si fuera otra visita y los hombres se enteraron del nombre con naturalidad fingida. Se alegraban de que Ohaguro hubiera resistido el impulso de ponerle Kashiwagi al pequeñito. Gente cabal, se negaba a creer en el asunto de Rokujo u otros equivalentes, pero al paso de los años las versiones fantasmales de la historia habían calado incluso en ellos y eso que ni idea tenían de las revelaciones que Hayashi había confiado a Fujiwara. Lo que sí sabían por boca del propio Kashiwagi, era lo sucedido en Ishigakijima. Los incendios colindantes del observatorio y la granja de Uji echaron a rodar todo tipo de ideas que a fin de cuentas ninguno quiso abordar. Eso sí: se extrañaba a la criada. Sus cenizas estaban en la biblioteca esperando que los familiares más cercanos fueran a recogerlas, pero luego de meses seguían ahí y seguirían. Qué buena mujer. No era tan mayor la pobrecilla.

Ohaguro habló por largo rato sobre las posibilidades del texto al que había dedicado su tiempo desde la tragedia de Uji. Se felicitaba por no haber llevado consigo los materiales importantes hasta allá, pues seguro se habrían perdido entre las llamas. Era curioso: la sirvienta le había aconsejado dejarlos en casa y Ohaguro, extrañamente, acostumbrada a mandar y no a obedecer, le hizo caso. De no ser por ella, la fallecida,

estarían lamentando y no tramando. Luego de suspirar habló de la soledad generadora a la que se había entregado para trabajar, una soledad que sólo admitía a Daichi. Y a Ichika de vez en cuando. El esfuerzo recompensaba. Modificaba. Ella no era la misma que al adentrarse en la traducción. Rito de paso, la versión de los venenos la había dejado entre extasiada y meditabunda. Le preocupaba la naturaleza de las lagunas. Parecían omisiones voluntarias disfrazadas de arbitrario. Se presentaban justo en los momentos álgidos abarcando justo lo que convenía abarcar, ocultando justo lo que convenía ocultar y exponiendo justo lo que convenía exponer. El azar no tenía que ver en ello y como prueba esgrimió dieciocho argumentos duros. Independientemente de su valor, independientemente del origen, independientemente de la autenticidad, la variante tóxica era un distractor, un brillante señuelo diseñado para interpretarse junto a las otras dos versiones halladas en el monasterio. Lo supo en cuanto discutió con Ichika el contenido de la segunda versión, la del incendio. El análisis conjunto de las piezas sugería tal o cual situación, mientras que hacerlo por separado cambiaba radicalmente las conclusiones. Vaya, vaya. ¿Qué pasaría cuando cotejaran ambos textos con el de Tadao? ¿Por qué se negaba el padre de Ichika a escudriñar el contenido? Nadie se negaba a nada, respondió molesto el humilde, sólo que él no era la persona ideal. Y probablemente tampoco lo fueran ellos, tan imbuidos en una historia herrumbrosa, insostenible, milenaria. Quizá ni cuenta se habían dado pero el Genji los desbordaba con sus subterfugios y la causa principal del desbordamiento era la cercanía. Todos, de una u otra manera, se habían acercado a los apócrifos (hasta ahora lo eran, aunque doliera) con suficiencia, esperando encontrar en los documentos las cosas que echaban en falta en la vida diaria, las que debían complementarlos. Este modo de proceder denotaba inmadurez, infantilismo. Eran niños tratando de demostrar que eran muy vivos y los más vivos de entre ellos ya ni estaban. Hayashi y Fujiwara valían más que todos ellos sumados. Sí. Sabía que era de mal gusto la mención y pedía disculpas por ello a la anfitriona, pero las formas no podían sustituir a la verdad, o no por mucho tiempo sin que el entramado se viniera abajo. Si en verdad les interesaba indagar por el bien de todos (y al decir "todos" se refería al mundo, al porvenir entero), debían pedir opiniones expertas, reconocidas. Obrar de otra forma era complacencia y hasta ese momento habían sido muy complacientes. ¿O no?

—Dime, Sasuke, si me equivoco. Tu historia te liga, pero no eres quién para contarla. Se te atraganta. Eso no es ni bueno ni malo en sí,

pero resulta inconveniente en nuestro contexto. Tú, Ichika, mi tesoro bronco, antepones lo justo a lo verdadero porque te has habituado a la lucha de género y el Genji no es eso. No sé qué será, pero eso no. Tu punto de partida es un distractor, igual que la versión del veneno como propone Yumiko. Ohaguro, corrijo. Ohaguro Hayashi. El dolor, los deseos, el futuro incierto, la soledad, las muertes, el abandono, la desilusión… brillas, primor, pero no es tu mejor momento. El ohaguro expone tu visión del mundo y es anonadante. A mí me dejas perplejo y que levante la mano el que no esté en las mismas. ¿Ves? Tu momento llegará, aunque tengo la impresión de que tardará más de lo que crees. Entiendo que Kashiwagi ha perdido su lugar en este barco (falta que Daichi opine, creo yo) —deslizó Tadao con malicia calculada—, pero entonces busquemos el consejo de los más dotados, los más estudiosos. Sólo así terminaremos por sacar algo valioso de las joyas que manoseamos hoy sin el pudor que exigen. Ah, y si piensan echarme la culpa por no manosear mi versión lo suficiente igual que ustedes, ahí la tienen. Hagan con ella lo que quieran. Mi aportación a este enredo, les decía, mi consejo no solicitado, es que busquen especialistas de fuera para evitar fugas de información y que estos no se conozcan entre sí o se conozcan mínimamente. Trabajando por separado, sin prisas, nos darán elementos para rearmar el rompecabezas. Suponiendo que exista. Aprovechemos esta tarde para convertirnos en adultos, para meter distancia entre nuestras necedades personales y los hechos, entre nuestras fobias y los hechos, empezando por ti, Ohaguro, mi entrañable y admirada Ohaguro. Tu padre estaría conmigo. Yo lo sé, aunque ustedes lo conocieran mejor. Y antes de devolverles la palabra que les secuestré, ofrezco una disculpa por tocar fibras sensibles. Alguien tenía que hacerlo —subrayó Tadao interviniendo por última vez en este punto del debate.

El regaño inesperado los puso a cavilar unos minutos. La acusación de puerilidad no era gratuita y todos resentían, cada uno en proporción, a su manera. La verdad incomodaba; pecaba de suelta. Los exhibía. Como los niños sorprendidos en falta, desviaban la mirada, mordisqueaban una uña o tamborileaban sobre la mesa deseando que el tiempo transcurriera más rápido de lo normal.

—En la Universidad Femenina de Konan hay un grupo que trabaja con instituciones europeas desde hace años —intervino Ichika rompiendo el silencio que ya se tornaba incómodo.

—Las radicales —escurrió Goto arrepintiéndose del comentario en el instante.

—Sabemos que prefieres a los de Waseda. Te gustan dóciles, amor

—se burló Ichika del marido—, pero las feministas tienen lazos mucho más fuertes con sus iguales de buena parte del mundo. Llevan las cosas más allá de la simple colaboración. Y son discretas.

—Lo que tanto gusta a tus amigas —reviró Sasuke medio ofendido por la agresividad de su mujer y por la muy sutil referencia a los orígenes de la Tatenokai, detalle que nadie advirtió salvo el implicado.

Por un momento se tuvo la impresión de que el intercambio terminaría en pleito conyugal, pero ambos supieron contenerse. Ohaguro aprovechó esa paz incipiente para proponer una nueva ronda de té, de café o de algo más fuerte si a alguien le apetecía. Los tres invitados optaron por la última opción lamentando que Ohaguro no pudiera acompañarlos. La salud de Daichi era primero. Cuando las copas se sirvieron, Tadao brindó por el nonato en términos que emocionaron a las mujeres y Goto levantó el vaso para hacerlo en nombre de Hayashi, a quien extrañaba genuinamente.

Así, con los ánimos relajados y el criterio mejor dispuesto, empezaron a divertirse sin dejarse llevar. La casa estaba de luto por la criada y todos lo tuvieron en mente al negarse a un tercer trago, detalle que Ohaguro agradeció en silencio y que permitió devolver la reunión a los cauces originales. Tadao tenía razón: era infantil y hasta morboso limitar el asunto a los involucrados. Corrían el riesgo de caer en una especie de solipsismo y eso era, justamente, complacencia, como acusaba el padre de Ichika. El reto estaba en indagar con celo y discreción, sin dejar entrever los motivos. Las actividades regulares de la Compañía del Oso servirían para disimular la intención y el alcance. Con la debida prudencia, estarían en condiciones de avanzar sin poner en riesgo el proyecto por una fuga de información. "Mucho cuidado", reiteró Goto. Si llegasen a sospechar en la Casa Imperial, por ejemplo, quién sabe en qué terminarían las cosas. Todo por lo bajo. Todo con tiento. Todo bien acordado entre ellos. Tales fueron los inicios del plan que echarían a andar un par de semanas más tarde con la visita de Ichika a sus iguales de Konan. Goto se negó a ser el enlace con Waseda. Pretextó falta de tiempo sin que nadie le creyera y al fin aceptó introducir a Tadao con personajes clave que podían ser útiles. Éste se mostró contento con la idea y se ofreció a abrir brecha en el mundillo de los anticuarios, bastante más sinuoso e inquietante de lo que Ohaguro, Ichika y Goto sospechaban. Sólo él tenía los medios y las conexiones para internarse por ahí. Era riesgoso, pero siendo Tadao quien era, el peligro se minimizaba. Ohaguro tomaba nota mental de los compromisos. La sonrisa era amplísima cuando anunció que hablaría con los monjes (ya

nadie se acordaba de ellos) y que le sería fácil aprovechar la influencia que su maestría en el koto y el ser hija de Manami le había granjeado entre las osas de Tokio y Kobe. Les escribiría esa misma noche si los demás estaban de acuerdo. Era imprudente programar visitas en el séptimo mes del embarazo, pero la carta allanaría el camino a la colaboración.

A trompicones y plagado de ocurrencias nació el proyecto aquel día. Ninguno imaginó el largo tiempo que llevaría conseguir los objetivos, si acaso. Los imponderables, las desavenencias, las distancias, las reservas confabulaban al margen de esos cuatro. No, de esos cinco, pues cuando Ohaguro despedía a sus invitados acariciando ausente la hiedra roja de la entrada, Daichi se hizo escuchar en boca de la madre. "Ya viene", soltó la joven llevando las manos al vientre y torciendo el gesto con una mezcla de dolor y angustia que pronto se extendió a los demás. La fuente estaba rota.

*

El perinatólogo evitó andarse por las ramas y, a falta de marido, terminó sincerándose con Tadao: poco más de la mitad de los prematuros extremos llegaban a sobrevivir con los cuidados actuales. La estadística hablaba de 58 por ciento, pero él sabía por los colegas y por otras fuentes confiables que la cifra se elevaba a 63 por ciento si las madres estaban sanas y eran menores de 30 años. En resumen, tenían buenos motivos para ser optimistas a pesar del peligro. Cuatro horas después nació Daichi sin llorar, serio, colorado, hasta formal, como si fuera un adulto presentándose antes de tiempo a una celebración importante. Setecientos ochenta gramos pesó el chiquillo. Era doloroso ver su pecho diminuto subir y bajar haciendo por el aire en la incubadora. El pañal más chico le tapaba el pecho llegando cerca del cuello. Tenía el cabello escasísimo y medía lo que un plátano promedio.

Ichika, Goto y Tadao miraban enternecidos desde atrás del vidrio que aislaba el cunero. El médico les hablaba sin que ninguno pusiera atención de verdad. Entonces cambió el tema por uno eminentemente práctico y preguntó cómo registrar provisionalmente al bebé.

—¿Con el apellido de la madre?

—No. Se llama Daichi Fujiwara —sentenció Goto con una contundencia que dejó perplejos a los demás. Ichika trató de oponer algo, pero la mirada severa del marido la contuvo.

Cuando el médico se fue Goto dijo que Kashiwagi era el padre, gustara a quien gustara, y que él era su amigo. Les dio la espalda y se dirigió a la sala de espera anticipando una reacción airada que no llegó. A los pocos minutos se le acercó la esposa y, dándole un pellizco cómplice en el muslo, inició el reclamo sin que Goto cediera. ¿En verdad pensaban mantener a Kashiwagi al margen? Eso era indecente, por decir lo menos. El desdén que brilló en los ojos de Sasuke al achacar indecencia desarmó a su esposa. No era el lugar para discutir algo así.

La primera noche de internamiento transcurrió sin novedad tanto para el bebé como para la madre. A la mañana siguiente, Ohaguro despertó con el trajín de las enfermeras que se alistaban para servir el desayuno. Siendo sábado, no extrañó a la joven que ninguno de sus amigos la acompañara a hora tan temprana. Así estaba bien. No necesitaba a nadie salvo a Daichi. La imposibilidad de tener consigo al pequeño la desquiciaba, pero se cuidó bien de que el personal médico lo notara. Las últimas noticias eran alentadoras: el niño se fortalecía y nada extraordinario se había presentado. Nada extraordinario… la frase la hizo reír. Se vio tendida en la cama del hospital, sola, deseando con locura el contacto de un hijo que luchaba por el aire dos pisos abajo. Él y ella. El binomio fundamental se replicaba una vez más. Todo lo humano cabía en esos dos que, aún sin conocerse, se conocían de la vida entera.

La madre cerró los ojos para concentrarse en la criatura y darle los buenos días, pero volvió a quedarse dormida por unos minutos. El segundo despertar fue menos calmo. La jefa de enfermeras del turno matinal se presentó charola en mano y esperó a que el asistente le despejara la mesa de noche. Al hacerlo, un fólder azul se le cayó de las manos y fue a parar al suelo desperdigando los papeles de internamiento. El hombre se disculpó con la jefa y se puso a reordenar nervioso el contenido de la carpeta. Entonces Ohaguro notó que en uno de los documentos manipulados por el asistente aparecía con toda claridad el nombre de Daichi Fujiwara subrayado con tinta roja para destacar en el encabezado. Confundida, formuló una pregunta que ni la jefa ni el otro lograron entender. Los balbuceos eran típicos en las parturientas más sensibles a los analgésicos, por lo que no concedieron importancia al sobresalto de la paciente. Ésta procuraba darse a entender, pero comprendió que no lo lograría en ese estado y fingió volver a una calma que ya no tenía cabida en esa mañana. El apellido le hacía eco en la cabeza mientras ella dilucidaba quién diablos podría haber metido su cuchara de esa forma en un asunto tan íntimo y

trascendente. La falta de respeto se le ensanchaba cuando vio entre brumas una silueta que le pareció familiar sin saber por qué. Estaba de pie en el umbral de la habitación y tenía un ramo de flores silvestres en las manos. Flores blancas. Goto era más bajo y Tadao más ancho. Imaginó la hija que el padre regresaba y la sola idea le impidió pensar con claridad por varios minutos. Entretanto, la silueta se hizo a un lado para permitir que el asistente y su jefa salieran del cuarto. Ya a solas, Kashiwagi se acercó dubitativo aprovechando la confusión que anonadaba a Ohaguro. Sus ojos se encontraban pero las almas todavía no tenían nada que decirse. Las aclaraciones pendientes eran tantas… entreverlas la indispuso. Poco a poco se libró del malestar y en un momento dado se dijo que siendo tantas lo mejor era obviarlas. Sí. La dicha fluyó libre entonces y arrasó con las reservas, con los terrores. Fujiwara era un hombre hermoso y las flores lo embellecían todavía más. Él pensaba de ella algo equivalente. La sonrisa negra le parecía la más amplia, la más luminosa, la que prometía, la valedera.

—Es chiquitito, como así —dijo Kashiwagi ilustrando a la mamá con un ademán difícil de interpretar a causa de las flores.

—…

El silencio calmo de Ohaguro fue respuesta suficiente. Una paz inesperada la recorrió cambiándole la vida. Al cabo, la mamá volvió a hundirse en un sueño del que no fue necesario despertar porque al abrir los ojos Fujiwara seguía ahí.

*

Nunca se reconciliaron formalmente. La minuciosa descripción de Daichi que el papá emprendió secuestró el corazón de Ohaguro de una vez por todas. A instancias de la parturienta, Fujiwara abundó en los detalles rebosante de amor, de ternura.

Quedaba poco de las dudas que lo habían abrumado meses enteros. Informado personalmente en la universidad por Goto e Ichika, Fujiwara salió corriendo al estacionamiento olvidando el saco en que se enfundara por la mañana. Por supuesto que los amigos le previnieron de las posibles reacciones de Ohaguro, pero nada parecía importarle a ese hombre renovado hasta lo más hondo por la llegada de su relevo en la Tierra. Si ella estaba dispuesta o no, le daba igual. Daichi bastaba. De camino al hospital se cruzó con una famosa juguetería y no quiso resistir el impulso de comprar el primer juguete del niño. Desde la entrada

misma le salió al paso un cohete espacial tan detallado que Fujiwara lo quiso para sí. Compró dos y luego fue a buscar unas flores que halagaran a la mamá. Una hora después de recibir la noticia, Fujiwara llegaba al hospital. Se desconocía. El bebito era ya el centro de su vida. Los miedos relamían su derrota tirados en el piso. Ni quien echara un lazo a los bribones.

Le costó trabajo dejar el cohete en el maletero y no llevarlo consigo como muestra de cariño. Pasaban de las nueve. No. Casi las diez ya. El retraso en la juguetería le pareció de una frivolidad exasperante. Su hijo lo esperaba y él se le hacía del rogar. La sensación de urgencia fue cediendo mientras aguardada el ascensor. Al salir de él ya no quedaba nada. El mirador del cunero estaba casi vacío a esa hora de la mañana. Sólo una mujer de cabello blanco pegaba la cara al vidrio. Kashiwagi hizo lo propio y no tardó en encontrar la cuna trece: apenas se veía la piel traslúcida del niño entre aparatos que le mantenían con vida. Habría dado la suya ahí mismo si fuera necesario para salvar al chiquitín, al inocente. El último Fujiwara de ese linaje tan antiguo luchaba por sobrevivir y él era testigo. Se dirigió a su hijo en términos muy firmes para explicarle su lugar en el mundo. Ya iría entendiendo lo que significaba el apellido en su contexto de un milenio. "Bienvenido", remató el papá al tiempo que la mujer del pelo blanco se retiraba del cunero. La falda negra plisada bajaba de la rodilla. Fujiwara se estremeció y le aclaró al chiquillo que la vieja de la falda era su abuela y que el abuelo materno era el hombre más brillante que la vida le había puesto en el camino. "Será tu orgullo y el orgullo de los tuyos hasta que el mundo termine. Es una estrella". Sonrió levemente imaginando las objeciones del vanidoso Hayashi y replanteó las cosas para no contradecirlo. "Viejo necio", murmuró con un toque inofensivo de venganza que pareció hacerle gracia al recién nacido. El flamante papá besó a su niño en la imaginación y lo dejó en brazos del destino sabiendo que el suyo se había replanteado ineludiblemente. En paz con el niño y con buena parte de su historia personal, Kashiwagi se dirigió a la habitación de Ohaguro para arreglar las cosas. Al verla en la cama la supo dormida pero no pudo evitar imaginársela muerta. Aguantó las ganas de llorar y entonces ella abrió los ojos. Le dolió figurarse que no lo reconocía.

Mes y medio tardó Daichi en elegir entre la vida y la muerte. La esperanza y su rival alternaron durante este tiempo hosco, abrasivo, pendular, que se abrió ante la pareja como un paréntesis largo destinado a no cerrar. Los padres supieron aprovecharlo para meter orden en una

relación inmadura como la cría. Había tantas cosas que decidir, tanta vida a reconformar… La de Kashiwagi estaba patas arriba. Apenas había vuelto a su apartamento luego de la reconciliación. El trabajo, las visitas al hospital y la atención a decenas de cuestiones pendientes surgidas del parto prematuro lo ocupaban de la mañana a la noche. De no ser por Ichika se las hubiera visto negras, sobre todo durante los cuatro días posteriores al nacimiento, mismos que Ohaguro pasó recuperándose en el hospital. Cuando la mamá fue dada de alta, Ichika supo retirarse y dejarlos a su suerte. La nueva vida se le planteaba a esos dos en un lenguaje que luchaban por descifrar sin tener un referente. O casi, porque Daichi, con sus tres cuartos de kilo y sus cinco días a cuestas, asumía el papel rector de la historia.

Lo principal estaba decidido cuando el bebé entró por vez primera a la casa de Minami, a las ocho semanas de edad. A pesar de que ya habían reparado en ello desde su regreso como pareja, un aire sombrío dominaba la casa a falta de la sirvienta. El abandono relativo se había acumulado en los rincones y daba la impresión de ser más grave de lo que era en realidad. El trabajo de la criada había sido tan bueno que nunca nadie se fijaba en él, pero ahora las cosas eran distintas y su mano se extrañaba grandemente. Por fortuna, los recién nacidos saben ponerse a la obra en casos semejantes y Daichi daba la impresión de haber nacido para ello. Desde el primer berrido la casa entendió quién mandaba y no era el roble. El bebé iluminaba, redefinía, remarcaba con su simple estar ahí. Los papás se fascinaron con esta capacidad innata y optaron por obedecerla. Las sillas, las mesas, los adornos, los tapetes, exigían una disposición nueva para servir al chiquillo por esto o por lo otro: el polvo, el viento, la luz por las mañanas o la proximidad de la cocina, del baño, en fin, que los arreglos no paraban. Y si esto sucedía a lo inanimado, podemos imaginar el impacto que Daichi tenía en la pareja. Los restructuraba.

Pasado un mes, el vuelco era más que evidente: Kashiwagi se las arreglaba más o menos en el papel de señor de la casa, pero le faltaba la convicción de un marido. Hombre de personalidad ancha, definida, tenía la impresión de transitar por un camino ajeno. El mundo de Hayashi se insinuaba por todas partes y, por mucho que lo compartiera en lo profesional, la realidad doméstica era otra. Los senderos del jardín, sus divisiones estacionales, los caprichos de las especies que en él convivían y hasta el amorío entre el cerezo y el durazno se avinieron bien a los nuevos tiempos, pero no sucedía lo mismo en el estudio-observatorio-biblioteca. Esa parte de la casa resistía los aires de

bienaventuranza que el niño traía consigo. Hipersensible a este tipo de ocurrencias, Ohaguro se anticipó sacando del estudio todo lo relacionado con la traducción del veneno para llevárselo a la habitación climatizada. Cuidó de no meterse con los papeles del papá, los que éste había ordenado para su sucesor de facto olvidándose de ella. Varón, siempre varón, Hayashi había sobrellevado el feminismo de Manami, de Ohaguro y de las osas. En el fondo, la hija sospechaba que lo movía el amor y no la convicción. Algo semejante resentía en Kashiwagi, mas no lograba formularlo con una claridad equivalente. Era un hombre-isla, igual que el papá, pero daba la sensación de flotar en un mar desconocido. Sus paseos por el jardín tendían a ser cada vez más largos y nunca derivaban en sesiones de trabajo puro y duro en el observatorio. La convivencia con Daichi era la propia tratándose de un niño de pocos meses y la relación con Ohaguro era delicada, sensata, prudente. Sin embargo, a las seis de la mañana Kashiwagi estaba listo para irse a la oficina, siendo que los colegas no se presentaban sino hasta las diez. Regresaba cumplido el trabajo y los encargos para dedicarse a la familia, pero de repente le mudaba la expresión y, tras una disculpa, se perdía en el jardín hasta altas horas de la noche. Las primeras veces Ohaguro fue a buscarlo encendiendo las lámparas de piedra que Hayashi repartiera por el jardín, pero al hallarlo notaba en Kashiwagi un desencanto que se aprestaba a disimular. Si había dejado tranquilo a Daichi, se sentaba junto a su pareja tratando de conversar, mas la conversación se apagaba en los descuidos, como si el responsable la hubiera dejado bajo la lluvia. Ella hizo lo posible por secar esa pólvora mojada, pero las exigencias del niño y de la casa lo dificultaban. Sin la sirvienta y negándose Ohaguro a conseguir otra, el trabajo doméstico la rebasaba. Un día se sentó a pensar las cosas recargada en el cerezo. Concluyó que si la depresión posparto existía (su entusiasmo por Daichi era tal que no lograba concebirla), ésta se había cebado en Kashiwagi. Fuera del retraimiento nocturno en el jardín y de la aversión no declarada por la biblioteca, el papá se mostraba razonablemente cariñoso. ¿Para qué reclamar si lo bueno superaba en diez a uno a lo dudoso? En toda relación surgían zonas grises que terminaban por destacar los colores más vivos si se manejaban con inteligencia. Ohaguro, aunque inquieta, creyó andar por el camino correcto y obvió la situación esperando a que pasara por sí sola.

Y sí: hasta cierto punto la reacción de Fujiwara provenía de un decaimiento generalizado cuyo origen podía rastrearse hasta el nacimiento de Daichi. Sin embargo, asumir que el enturbiamiento era una especie de depresión posparto resultaba simplista. Por supuesto que

el Fujiwara hombre resentía los cambios acarreados por la paternidad, pero éstos no le agobiaban *per se*. Al contrario: Daichi era una bocanada de aire fresco con una capacidad regeneradora desconocida hasta entonces. El problema de fondo venía de más lejos, desde aquel día definitorio en compañía de Hayashi. La carta de Jo que el profesor leyera a su otrora asistente mientras Yumiko espiaba se le metía a Kashiwagi entre ceja y ceja. La recordaba casi toda menos un pasaje que escuchó mal por distraerse con un movimiento raro en cierta ventana de tamaño peculiar. Las revelaciones del monje sobre lo sucedido la noche del extravío de Manami retornaban con vigor redoblado. Verdad o patraña, el caso era que Kashiwagi respiraba tranquilo sabiendo que el niño se llamaba Daichi. La maldición del roble quedaba acotada a su entender, pero las cosas cambiaban tratándose del onryo esgrimido por Jo para justificar las desgracias de Manami. Las fobias de Hayashi, sus carencias, dispararon las alarmas de los religiosos en aquella ocasión y las disparaban también ahora en Fujiwara. Era como si el tono general de la carta permeara su vida cada vez que se internaba en el observatorio, colgándole los milagritos de Hayashi. La sensación arrancó el día en que la pareja se apersonó en la casa luego de la estancia de Ohaguro en el hospital. Daichi seguía en cuidados intensivos así que no contaba todavía para paliar la desolación general. Ohaguro se ocupaba en la despensa cuando a él le dio por meterse al estudio. Al encender la luz vio los papeles que Hayashi le heredara. Encima de la pila, cerca de otros documentos que Ohaguro usaba para la traducción, vio la carta aquella. La reconoció por el color de la tinta que rotulaba el sobre y por la letra inusitadamente pequeña del redactor. Al tomarla sintió un frío que le recorrió la espalda. Buscó los pasajes más absurdos, los que abordaban las incursiones de Hayashi en la tigresa, y al encontrarlos releyó buscando algún detalle que se le hubiera escapado en la lectura antecedente. La memoria le engañaba invirtiendo el orden de dos oraciones y suprimiendo palabras aisladas en otras tres, pero no había omisiones de importancia, nada que justificara esa creciente inquietud relacionada con el episodio. Ahondaba en esas aguas cuando escuchó que Ohaguro se acercaba al estudio. Apenas tuvo tiempo de esconder la carta entre otros papeles.

*

En cerca de tres meses el bebé había ganado el peso y la fuerza

suficiente como para celebrar en forma su llegada. No era correcto dejar pasar más tiempo ni en casos excepcionales. Con estos y otros argumentos insistió Ohaguro en celebrar el *omiyamairi*. Aunque no los mencionó en la discusión inicial, Kashiwagi sabía que la presión por la ceremonia venía de las osas y de los monjes, que sin conocer al niño ya se ocupaban de su bienestar espiritual. Los asuntos religiosos tenían cada vez menos peso en Fujiwara, si es que todavía conservaban alguno. El campesino que habitaba lo más recóndito de Hayashi estaba ausente en el discípulo y su mujer resentía esta diferencia como insensibilidad. Las distintas perspectivas se convirtieron en obstáculos que Ohaguro logró desarticular con puro comedimiento. A fin de cuentas, el astrónomo cedió a la propuesta de una ceremonia íntima: la familia más cercana, los Goto, Tadao, las osas… y ni siquiera tenían por qué ir hasta el monasterio: la capilla del jardín funcionaba perfectamente por estar consagrada a Benzaiten, independientemente de su tamaño.

El círculo íntimo fue creciendo hasta abarcar otros no tan íntimos ya, pero igualmente importantes. La madre de Kashiwagi, afectada de sus facultades mentales, como ya apuntábamos, fue invitada junto con la viuda Takata y otros integrantes del círculo de estudio que gozaban de salud y cabalidad. Además, se incluyó en la lista a una mujer de la universidad de Konan que sólo Ichika conocía. ¿De qué se trataba? Esto lo supo Kashiwagi siendo ya un hecho. El que no se le consultara en algo tan principal le agrió el carácter por días. La tendencia a evitar la biblioteca que Ohaguro le notara en los primeros tiempos, se invirtió de súbito. La semana anterior al evento, cuando más se necesitaba su ayuda, la pasó Fujiwara metido en la universidad o en el estudio. Respondía a su mujer con monosílabos y evitaba el contacto visual como si fuera un adolescente y no un hombre de familia.

La madre de Kashiwagi se hospedó en la ahora casa de su hijo acompañada por la viuda y por una enfermera que se ocupaba de ambas mujeres. En la habitación climatizada se adaptaron las cosas para recibir a Jo y al ciego, quienes sabían lo que se guardaba en ese cuarto y estaban dispuestos a respetarlo. Daichi, el centro y causa eficiente del jolgorio, era todo sonrisas a pesar de la edad. Balbuceaba dando la impresión de participar en las conversaciones de la familia. Es más: si se fijaban, el niño esperaba su turno como un adulto para intervenir. Esa y otras gracias se fueron sumando en los días precedentes al omiyamairi.

Los últimos preparativos comenzaron antes del amanecer. Los monjes se dedicaron a adornar la capillita con los típicos listones, cascabeles y ciertas flores tomadas de los macizos más próximos. El ciego

se ocultó entre el follaje para consagrar a solas una rama de *sakaki* y colgarle papelitos de colores. Entre las cosas que imaginaba vívidamente estaban las florecillas amarillentas de esta especie sagrada que cohabitaba en los bosques de robles. Una sensación de alegría lo invadió al manipular la rama, tanto que el hombre empezó a cantar las fórmulas de la ceremonia como si ésta ya hubiera comenzado. A los kami les gustaba asentarse en las ramas de sakaki; entonar así predisponía favorablemente a las divinidades. Ocurrencias. Imprevisible como siempre, el ciego robaba cámara con sus extravagancias pero nadie lo resentía. Le faltaban la cabra y un tornillo, pero le sobraba hondura, sensibilidad y oficio. Por eso se limitó Kashiwagi a sonreír benévolo al verlo manotear en las inmediaciones de la capilla. La luz de la mañana le daba un aspecto inquietante. Retiró los cuatro candados de la hokora, dejándola abierta para la ceremonia. Unos instantes después, llegaron los invitados más puntuales.

La viuda de Takata estaba exultante y su emoción trasminaba al ánimo de la amiga. Mientras una saludaba tratando de ponerse al día en segundos, la madre de Fujiwara se confundía pensando que el celebrado era su hijo y no su nieto. La enfermera ya lo había notado por la insistencia de la mujer en referirse a Kashiwagi cuando debía decir Daichi. Ninguna aclaración pudo convencerla. Resignados, la dejaron ser con sus ideas y entonces ella pareció feliz de comportarse. Reconocía a quien nadie pensaba que lograra recordar y olvidaba a los más cercanos o los trataba como si fueran los mismos de veinticinco años antes. Traspuestos, el presente y el pasado se le encaramaban con una naturalidad fascinante. En un momento dado, se le acercó Ichika para presentarla con su hermana. Avecindada en Sicilia, visitaba a los suyos por primera vez en años. La acompañaba su hija, una belleza de cuatro o cinco añitos con rasgos occidentales que revolvía el italiano con un japonés trompicado. En el universo atrabiliario de la anciana, Martina, que así se llamaba la niña, era la nieta y no la bisnieta del erudito. En ese orden de ideas, la mamá debía ser hija del viejo y, por lo tanto, la madre de Kashiwagi se puso a preguntarle por su admiradísimo papá igual que si estuviera vivo. ¿Andaba por ahí el maestro? ¡Le daría un gusto enorme saludarlo!

—Ah… míralo, muy guapo el viejo con su cara de malo y los libros bajo el brazo —observó inesperadamente la enferma haciendo por llamar la atención del hombre con la mano derecha. Nadie estaba en donde se supone que debía de estar el maestro; los mayores supieron disimular, pero no así la niña, quien se puso a reír por las caras que,

supuestamente, hacía el viejo para divertirla.

—¡Parece conejo! —remarcó Martina festejando las gracias del ausente, ante lo cual la mamá optó por ir a buscarle un refresco a la chiquilla.

Le daba ésta el primer trago a la bebida cuando empezó la ceremonia con un agradecimiento formal a los dioses por permitir el nacimiento de Daichi Fujiwara. "¡Kashiwagi!", interpuso muy molesta la mamá del anfitrión sin poder creer que Jo se equivocara en algo tan principal. La enfermera dijo algo al oído de la vieja y ésta pareció serenarse.

El oficiante pasó a rogar por la buena salud de la criatura mientras el ciego movía la rama de sakaki haciendo sonar los cascabeles. Jo se caló el sombrero ritual y repitió el nombre del niño y el de sus padres de frente a la hokora.

—¿Pero qué le pasa a ese tipo? —se quejó por lo bajo a su enfermera la mamá de Kashiwagi.

—Es demasiado viejo como para hacer bien las cosas —improvisó pobremente la encargada alejando a su paciente de la primera fila para evitar una escena.

La anciana seguía discutiendo cada vez más lejos de los oficiantes cuando Kashiwagi notó que dentro de la hokora, sobre el pedestal de madera, descansaba el yorishiro como si fuera un invitado más. Él mismo había comprado nuevos candados por no tener las llaves de los viejos y al desmontarlos el día anterior verificó el contenido de la capilla. Por supuesto que nada fuera de lo normal había advertido y ahora… esperó a que los listones se movieran, a que el viento soplara inexplicablemente, a que alguien hablara con una voz que no le correspondía, pero nada sucedió. Jo y el ciego seguían con lo suyo, la mamá escandalizaba y los invitados fingían demencia cuando Kashiwagi se acercó a Ohaguro señalándole el detalle. Ella no le respondió, pero su silencio se fue convirtiendo en respuesta. "Déjalo ya", parecía indicarle la mamá haciendo eco de los balbuceos de Daichi.

Entonces Jo hizo una pausa para encender incienso y continuar con la bendición de los palillos cortos, de un rollo impreso con parte de la liturgia y de otros presentes menudos que tradicionalmente se entregan a los padres del festejado. El humo fue ligero en los primeros instantes de su vuelo, pero luego se tornó más denso. Le daba en la cara a Fujiwara y éste se movió para evitarlo, pero de nada le sirvió. El humo lo seguía antes de irse a revolver con lo demás, o esa impresión le dio al papá. Apretó los párpados sin notar alivio mientras buscaba un pañuelo en el bolsillo de su pantalón. Nunca lo olvidaba. Ohaguro le ofreció uno de

los desechables que llevaba consigo para atender al bebé. Kashiwagi lo tomó sin llegar a utilizarlo. Se lo guardó en el puño y lo apretó mientras recordaba un episodio de libanomancia mencionado en algún documento de época. Su caso parecía fortuito pero la referencia lo distrajo de la ceremonia. La voz de Jo y el incienso eran lo mismo. Lo perseguían. Acorralaban. Ambos le entraban en el pecho dejando una carga pesada ahí dentro. Significaban. Igual pasaba con las imprecaciones de la madre. La enfermera hacía por tranquilizarla, pero cada vez se ponían peor las cosas. Kashiwagi esto, Kashiwagi lo otro. Nunca antes se había puesto violenta, pero el tono iba subiendo, el rostro se le congestionaba. Disimulando, el ciego se apartó paulatinamente de la consagración para acercarse a la señora Fujiwara e imponerle las manos, la derecha en el pecho y la izquierda en la espalda. La señora se tranquilizó lo bastante como para referirle al ciego sus agobios. Se puso a hablarle al oído con ojos de espanto que reparaban cada vez más en Fujiwara. Cuando la mamá terminó, el ciego clavó las cataratas en el hijo y luego le hizo señas para que se aproximara. En cuanto Kashiwagi estuvo a su alcance, el ciego le tomó el antebrazo como si lo viera. "Es la misma de siempre. Ya no sabe ni lo que quiere pero todavía es peligrosa. Los celos la matan. Se enreda en ellos como una fiera en las redes. Ya no puede seguir así pero tampoco de otro modo…" Kashiwagi le tapó la boca al ciego. Ya. A callar. Jo seguía la retahíla estirando el disimulo. La mamá de Kashwagi, muy molesta con el hijo, se puso a reclamarle la grosería como lo haría al reprender a un adolescente difícil. A su derecha, Ohaguro apretaba los labios ocultando la sonrisa negra, el tema del que nadie hablaba incluso teniéndolo enfrente. Daichi se puso a balbucear en tanto el ciego retiraba lentamente la mano que le callaba la boca. Los ojos le bailaban por nistagmo y el efecto daba miedo. Harto de soportarlo, Kashiwagi desvió la mirada y ésta fue a parar al rostro de Takata. La viuda del almirante parecía formarse una opinión desfavorable a la distancia cuando el viento reaccionó por fin corriendo en racha. Ahora sí resonaron los cascabeles con las hojas y las ramas del jardín. Las puertas de la hokora daban contra el marco y el ruido sumó al sobresalto vital que padecía Kashiwagi en esos momentos. El yorishiro, la madre, Takata, la bisnieta del suicida, la sala de la casa, el jardín, la capilla, el roble, la terraza, las rachas, los ojos-catarata, los crematorios, el koto, Rokujo, el sake, las osas, Daichi, el resplandeciente, las faldas plisadas, la traición, el veneno, los bailes, los incendios, Murasaki, las cerezas de Yamagata, los silencios de Hayashi y hasta el Kamo se unieron a esa caterva que urdía para

cebarse en Fujiwara. El cuento imposible de Hayashi le estallaba ahí, en la cara. Las palabras se incrustaban como esquirlas y él podía sentirlas en el rostro, en las manos y en los pies, como sucede con los vientos más fríos. Estaba herido, grave, mas no sabía ni en qué parte del cuerpo buscar la herida para intentar sanarla. La historia esa lo envolvía. Acaso al inicio pasara por cobijo pero ahora semejaba más bien un sudario. Asfixiaba. Le faltaba el aire. Hizo por cogerlo y nada. La angustia fue creciendo hasta nublarle la vista. Vaya momento para perder, para extraviarse. Los cálculos de la vida entera le fallaban. Esas matemáticas no cuadraban con las otras. "Maldita la hora", pensó sin referirse a nada en específico y entonces, cuando la escena exigía un desmayo, fue Ohaguro quien se derrumbó. La hermana de Ichika alcanzó a evitar que el bebé terminara en el suelo quitándoselo de los brazos en el último momento.

La sorpresa devolvió el sentido a Fujiwara robándolo a Ohaguro, como si la coherencia no alcanzara para dos. Ella despertó parloteando incesantemente sobre las cerezas de Yamagata. Que si esto, que si lo otro, que si eran las mejores, que si no… Por favor, Ohaguro. Por Yumiko. Por tu padre que en algún lugar está mirando. Por Daichi, pues. Ni el niño pudo con ella. Ay, ese rostro inasible volvía a la huida. Es que no sabía hacer otra cosa. Lo peor de Manami se le vino encima. Jo se afanaba. El ciego seguía culpando a Fujiwara con la mirada fija en un sitio en que éste ya no estaba. La vertedera del arado aparecía y desaparecía en el interior de la hokora, tocando casi una pata del tripié sin que nadie se diera cuenta. "No, no: esa no es de Yamagata", aclaraba Ohaguro sin que nadie cuestionara.

*

La debacle cogió a todos por sorpresa. En retrospectiva, cada uno tenía elementos aislados para dudar del juicio de Ohaguro pero ninguno logró la claridad para sumarlos. La tragedia se había urdido en las narices de los involucrados y ellos, chatos, ciegos, sordos, prefirieron internarse en un misterio literario. Los niños jugaban a las pistolas y las pistolas se les disparaban. Así de idiota se les representaba lo sucedido. Objetivamente nadie tenía la culpa y, sin embargo, todos eran culpables por omisión.

El psiquiatra de Ohaguro era más cauto al asignar las culpas. Prefería callarlas a exhibirlas y esto tuvo un efecto pacificador en el círculo

íntimo de la joven. De hecho, al cerrarse las puertas del pabellón psiquiátrico con ella dentro, Tadao, Goto e Ichika sintieron un alivio que no se atrevieron a comentar abiertamente. Lo mismo sucedía a Kashiwagi pero el solipsismo y su papel en la historia tendían a aislarlo. Además, los aspectos prácticos de la vida nueva exigían una disposición también nueva en el hombre de ciencia que, de buenas a primeras, se convertía en padre soltero. Él, que no estaba seguro de querer un hijo, lo tenía en los brazos y ni siquiera contaba con la criada para salir del atolladero. Curiosamente, fue Jo quien más lo apoyó durante los tiempos que siguieron al omiyamairi. El internamiento de Ohaguro se prolongaba y el monje supo ver cuán frágil era la disposición de Kashiwagi tras la aparente estolidez. Lo acompañó a lo largo de las primeras semanas, las más duras por tener el papá que rearmar su vida alrededor del niño en una casa que no le pertenecía en toda regla, en una situación que no llegaba a comprender del todo. Entre los dos fueron metiendo cordura por el bien del niño, por el bien de ese Daichi fabuloso que con su kilo y medio movía montañas. Y es que una montaña parecía la tristeza que arrastraba Fujiwara creyendo que no se le notaba.

La de Ichika era igual de honda. Sabía que el monje se ocupaba de las cuestiones más apremiantes y que Fujiwara contaba con los medios para hacer frente a la situación, por difícil que se pusiera. Asumir responsabilidades en el cuidado de la criatura era impropio si el papá no lo pedía. Y aunque lo pidiera: por estrecha que fuera la convivencia, Kashiwagi no era familia en sentido estricto y eso daría lugar a habladurías. Goto lo señaló desde el principio dibujando así una tenue línea divisoria que Ichika no debía cruzar por prudencia, respeto y espíritu práctico. Las aguas tendrían que regresar a su nivel por medios regulares, a su tiempo.

La verdad es que nunca regresaron. La vida de Kashiwagi se había torcido irremediablemente con la crisis de Ohaguro. Cuántas veces se puso a meditar el astrofísico si la muerte de la joven habría sido más llevadera que su estropicio. El ir y venir de su cordura emborronaba la realidad de Kashiwagi tanto como la de su pareja. Sin saber a qué atenerse por la volatilidad de los pronósticos, las decisiones más importantes quedaban para después. Hoy se tenían esperanzas que mañana se descarapelaban. La idea de llevarle al niño para acelerar la recuperación falló de plano, pues Ohaguro volvió a la obsesión de las cerezas apenas vio a Daichi. Jo se quedó hablando con ella mientras Fujiwara regresaba al coche con el niño en los brazos. ¿Cómo explicarle

las cosas cuando tuviera edad para entenderlas? ¿Cómo explicar esa lejanía insalvable entre la madre y el mundo? Las visitas no parecían tender los puentes necesarios para traer a la muchacha de vuelta a su margen del río. Kashiwagi y el bebé por un lado y la madre por el otro. El tenor general de los días venideros era todo menos halagüeño. Ellos ahí y ella por allá.

Nada se ganaba cerrando los ojos. Lo de Ohaguro era un viaje sin retorno. Ya. "Mejor acéptalo. No cuentas con ella ni vas a contar." A Jo le molestaban las evasivas. El médico principal sugería que este estado de cosas podía prolongarse indefinidamente y la idea helaba a Fujiwara, pero helarse ni solucionaba ni facilitaba. Hoy mejor, mañana peor. Hoy una chispa, mañana nubarrones. Por difíciles que fueran las cosas, tenía que tomar una decisión. La idea de meter a una extraña en la casa de Minami para cuidar a Daichi le molestaba profundamente a Fujiwara. Por si fuera poco, la relación con la casa no era tan sencilla: requería tanto trabajo como el bebé, como Ohaguro, como la universidad. Luego de pensar bien la situación, Jo se armó de valor y le propuso a Kashiwagi un arreglo que podría funcionar por un tiempo al menos, el necesario para estabilizar las cosas: ellos podían cuidar al bebé en el monasterio durante la semana haciendo los asuntos más llevaderos. La idea de tener un niño en la montaña llenaba de ilusión a Jo. Era como participar de un cuento antiguo. Si al chiquito le faltaba media madre, tendría papás de sobra. Un mes o dos. Lo que fuera necesario. Por ellos no quedaba.

Kashiwagi sintió un vacío en el estómago. Las pocas semanas de convivencia diaria con Daichi lo habían transformado en un hombre nuevo, pero ni ese hombre tenía por ahora la compostura, la cabalidad que el bebé requería. Pensándolo mejor, el apoyo de los monjes en una etapa tan crítica permitiría solventar las cuestiones legales que se iban apilando en la espalda de Kashiwagi. La declaratoria de ausencia de Hayashi se complicaba ahora que Yumiko quedaba incapacitada pues era ella quien promovía la causa. Dado que Fujiwara había desoído el inverosímil consejo no pedido de Pastorius, su relación legal con Yumiko era bruma. En resumen: él, padre reconocido de Daichi, debía continuar con la declaratoria de ausencia de su mentor, con el juicio de interdicción de Yumiko y, una vez solventados estos asuntos, pasarían a la sucesión como tal. Los recursos en juego eran sustanciosos y su correcta administración indispensable. Los dineros de la tigresa, los de Hayashi y la casa de Minami integraban un patrimonio considerable que recaía en el bebé; aunado a los recursos nada despreciables de la familia Fujiwara podía garantizar el futuro del niño. Por supuesto que este

entramado legal llevaría años para desenredarse, pero plantear las cosas bien era indispensable si se querían reducir los tiempos al mínimo y extender los beneficios. Los abogados, la tristeza, la soledad, la evidente dificultad de los tiempos venideros y una necesidad imperiosa por reconstruirse sin saber qué quedaría de él pasada la reconstrucción, llevaron a que Kashiwagi diera el sí a la propuesta de los monjes. Apenas lo hizo se sintió traidor con el chiquillo, pero entre eso y confiarlo a una nana en solitario elegía lo primero. Ni dudar. Desde el viernes por la tarde pasaría a recoger a Daichi al monasterio para devolvérselo a esos padres putativos y amorosísimos el lunes siguiente por la mañana. Tadao, Goto e Ichika tenían sus opiniones, pero las guardaron para sí con tal de ayudar al amigo.

El esquema funcionó mejor de lo previsto. Poco a poco se le fueron asentando los dolores a Kashiwagi Fujiwara. Sólo el proveniente de Ohaguro parecía acrecentarse. Con o sin el niño, las visitas en el psiquiátrico representaban un escollo para él. Alentadoras durante la primera media hora, solían complicarse de repente por cualquier nimiedad. Entonces Ohaguro se descomponía y lo mejor era pasar a otra cosa, calmarla hasta la siguiente visita. Y así de una semana a otra. Era como haberla enterrado sin tierra, como tenerla sin tenerla ya. Era como si estuviera sin estar. Ni presencia ni ausencia. Un ulular. Una hoja de otoño en caída. Eso era Ohaguro. Los médicos decían que le daba por bailar en ocasiones pero esto no lo vio jamás su Kashiwagi. Ni su Daichi, que crecía guapo, travieso y vivaracho como el Fujiwara de cepa que era. La dignidad.

Los fines de semana fueron convirtiéndose en una aventura para el papá. Con Daichi bien sujeto a su sillita del auto, la emprendía Kashiwagi de regreso a Kioto cada viernes. El bebé parecía entender la dinámica, pues no resentía ni cambiaba su forma de ser. Recibía muy contento al papá y muy contento se lo devolvía el lunes a la universidad y a las obligaciones. Su departamento de soltero ya era historia. Luego de unos días de sana indecisión, el roble había optado por trasplantarse definitivamente a la casa de Minami. Era lo más lógico desde el punto de vista financiero, por supuesto, mas no lo más sencillo. La casa solitaria era un animal distinto, como un perro-lobo que al vérselas por su cuenta va recuperando al lobo por no servirle el perro de gran cosa. Una suerte de autonomía daba sello a la casa, como si ésta se negara a plegarse ante Fujiwara, como si algo en el estuco o en las vigas se le rebelara. Goto, con quien Kashiwagi seguía departiendo en el tapanco, solía decirle que la propiedad era de esas que no saben estarse sin

hembras. El Puente de los Tiempos se portaba igual cuando Ichika se ausentaba. Sasuke decía por decir y su contertulio lo sabía, pero eran tantas las ganas del amigo por suavizarle las horas que de vez en cuando se le anegaban los ojos a Fujiwara por los detalles, por la calidez. Goto era experto en soledad forzada. La había sufrido en carne propia durante el lapso transcurrido entre su excarcelación y el matrimonio; tenía claro que las garras de la puta eran largas, afiladas. Por eso las limaba si podía, para que el amigo sintiera que la vida continuaba. Su esfuerzo sumaba al de los otros, pero era la luz de Daichi la que a fin de cuentas lograba iluminarlo todo a su llegada. La casa, tan viva, tan reacia, le abría los brazos como eligiendo a su legítimo propietario. Kashiwagi lo notaba, sonreía maravillado y se dedicaba a gozar con la propiedad ese principio generador.

Sus efectos se redoblaban cuando padre e hijo entraban a la biblioteca-estudio-observatorio. El sitio, hermoso pero un tanto lóbrego por su ubicación entre lo más espeso del jardín y por el contexto de la desaparición, recobraba el natural dichoso en instantes, como sucede cuando se abren las cortinas en los espacios que llevan a oscuras más tiempo del debido. Las ganas de todo que el niño mostraba invadían los estantes, las mesas, los libros. El resto de la casa los dejaba en paz estando ahí. Como si fueran suplicantes de tiempos idos, el niño y el papá iban al recinto por un amparo que siempre se les concedía. La pasaban tan bien que terminaron poniendo la cuna del niño junto al sofá del buen Hayashi y así, salvo por los paseos en el jardín, pasaron sábados y domingos felices en donde el abuelo solía serlo también.

Si los demás los visitaban, cosa que ocurría casi todos los sábados y algunos domingos en el caso de Goto, se les recibía en la terraza o a la sombra del durazno. Kashiwagi extendía un mantel muy grande sobre el pasto y se tiraba con Daichi y las visitas a jugar en él. Esas minucias iluminaron paulatinamente los grises del roble. Los negros también. La vida seguía igual que todos los días, mes a mes. Daichi crecía.

El punto flaco de los nuevos tiempos seguía siendo la convivencia del niño con su mamá. Las visitas en el pabellón rendían a lo más una hora de trato ya que luego de la primera, como se apuntaba, la paciente tendía a encerrarse en sí misma y ya nadie lograba descorrer el cerrojo. Dado lo anterior, y tomando en cuenta que el equipo médico seguía ajustando la proporción de ansiolíticos y neurolépticos obteniendo resultados prometedores, el psiquiatra en jefe sugirió que fuera la paciente quien saliera a convivir con su familia. La vuelta transitoria a sus terrenos podría tener un efecto benéfico. Con la ayuda de una

enfermera era posible que la madre y el niño empezaran a vincularse en un contexto doméstico y no hospitalario. El sentido común y el apoyo especializado podían lograr avances considerables.

La propuesta convenció a Kashiwagi. Se dispusieron las cosas para recibir a la dueña de la casa un viernes por la mañana. A las once traspuso el muro de hiedra roja sentada en una silla de ruedas que no necesitaba. Regresaba al universo que la había visto crecer. Ichika y Goto la esperaban con Fujiwara. Si la reacción era favorable, Kashiwagi iría al monasterio por el niño dejando a la mamá al cuidado de los otros. Ya se vería si funcionaban los planes.

La enfermera transmitía confianza. Ohaguro lucía calma y bonita a pesar de no usar ni pizca de maquillaje. Su lozanía parecía redoblada, pero esto quizás era efecto de la excelente disposición de Kashiwagi, de los amigos y hasta del cerezo y el durazno, pareja esa tan reacia a dejarse frecuentar por alguien que no viniera al caso. Veinte meses atrás, esos guardianes del jardín estacional supervisaban la llegada de Fujiwara igual que ahora recibían a la dueña. Siendo febrero, las bellezas de la sección primaveral empezaban a insinuarse, pero no lo hacían en pleno. De alguna manera, el despertar del jardín armonizaba con los nuevos tiempos de sus paseantes: la mañana prometía, mas nadie sabía ni cuánto ni qué.

Ohaguro oteaba los alrededores con curiosidad indecisa. Sus ojos iban de un lado a otro sin poder estarse fijos más de unos instantes. Unos diez minutos después de su arribo, la dueña clavó la vista en los macizos de tulipanes rojos que adornaban la base del cerezo y pareció sentirse a gusto en su compañía. Dio a entender que deseaba estar cerca de ellos y quedó contenta cuando la enfermera la dejó al pie del árbol. Una cobija azul le cubría las piernas. La joven jugaba con el dobladillo haciendo caso omiso de lo demás, incluyendo los susodichos tulipanes que antes la habían entusiasmado. El dobladillo se prestaba a ser su mundo, su escapatoria, el refugio. En él se ocultó la dueña más de una hora. Ni una vez levantó la mirada de la tela. Los amigos procuraban atraerla con recursos facilones que fallaron miserablemente en incorporarla a la convivencia. Sin embargo, las cosas parecían marchar bien. Ella estaba tranquila. Una sonrisa dibujada apenas en el rostro de Ohaguro daba esperanza a los reunidos. Si las cosas seguían marchando por ese rumbo, era muy posible que el arribo de Daichi tuviera un efecto positivo en la mamá.

Jo y el ciego recibieron a Kashiwagi al pie del risco que demarcaba los límites de las tierras monacales. Se extrañaban los gladiolos púrpura,

tan exuberantes en otras épocas del año, pero pronto dejó Kashiwagi de echarlos en falta, pues los púrpuras del vestido de su niño opacaron la memoria de los otros. Ni compararlos. Los monjes se habían puesto a trabajar en las ropas de gala con el amor de cien madres. Daichi dormitaba. Sus manos se cerraban en dos puños chiquitos que parecían llevar en sí algo valiosísimo que el bebé jamás soltaría. Luego de los saludos el papá acomodó al niño en la silla de viaje, insistió en que los monjes le acompañaran en la visita sabiendo que se negarían y se alejó feliz de viajar a solas con el bebé por esa ruta que les pertenecía de algún modo.

Ichika los recibió en la puerta encargándose de la pañalera mientras Kashiwagi llevaba al pequeño cuidando de no despertarlo. Nada más llegar al jardín, los ojos de Daichi se abrieron solos como indicando que había llegado el momento esperado. ¿El momento para qué? Nadie lo sabía ni importaba. El niño daba la pauta con una alegría purísima que repercutió en todos los presentes. No, no en todos: en Ohaguro no. Ella seguía viendo el dobladillo de la cobija con la misma fruición de antes. Desalentado por la reacción inicial, Kashwagi insistió acercando a Daichi lo suficiente para entrar en el campo de visión de la madre. Entonces, los brillos primorosos de los vestidos confeccionados por los monjes obraron su magia. Ohaguro salió del ensueño que la secuestraba esbozando ahora sí una sonrisa completa. Cuánto deseó Kashiwagi que fuera Yumiko y no ésta la sonriente. Los dientes le daban un aire siniestro en franco contraste con la viveza de los vestidos, pero daba igual si la madre y el niño se entendían. Ohaguro hizo por tocar la cara de su niño pero se arrepintió a medio camino, como si de pronto hubiera recordado que ella no era quién para palpar algo tan valioso, tan delicado. La reticencia enterneció a Kashiwagi, quien tomó la mano derecha de la joven y la condujo hasta la mejilla regordeta del bebé. Al contacto, la madre y el hijo rieron. La sincronía, perfecta, rutilante como la felicidad que coordinaba, allanó el camino hacia un reconocimiento prometedor. Ohaguro y su cría restauraban un vínculo dañado mas no roto, pues las ligaduras de la sangre no terminan de romperse jamás. Se gozaban con una naturalidad, con una franqueza que hizo llorar a Ichika, quien se apartó para no molestar con su efusión.

Media hora después, Daichi gateaba por la sábana haciendo como que huía de la mamá. El juego dejó a todos boquiabiertos no sólo por la renovada disposición de Ohaguro sino por la soltura con que el bebé gateaba a sus siete meses de edad. El ánimo era inmejorable. Incluso la enfermera participaba del beneplácito general cuando a Goto se le

ocurrió cantar *Sakura sakura*, famosa canción tradicional infantil que describe la llegada de la primavera con las flores del cerezo cubriendo los campos hasta el horizonte. "¿Es niebla o son nubes?", se preguntaba el cantor improvisado cuando cayó en cuenta de lo que estaba haciendo sin querer. Para entonces, Ohaguro había vuelto a callar igual que el resto. Y lo que temían se concretó sin que tuvieran que esperar demasiado: la retahíla obsesiva de las cerezas de Yamagata volvió a cebarse en Ohaguro cambiando el tono de la reunión en un tronar de dedos. Goto de plano se ausentó de tanta vergüenza que sentía. Se necesitaba ser muy descuidado, por no decir tonto, para hacer algo así. El pobre se reprochaba a cierta distancia del grupo cuando Ohaguro rompió a gritar manoteando como si se defendiera del ataque de un ave imaginaria. Ichika levantó a Daichi y se lo llevó a la terraza mientras Kashiwagi y la enfermera hacían por tranquilizar a la enervada. El episodio llegó a su fin poco después sin mayores consecuencias a no ser, claro, por el fracaso del experimento en sí. A la semana siguiente del día que nos ocupa, replicaron la experiencia pero Ohaguro ya no necesitó de la imprudencia de Goto para extraviarse en ese mundo suyo. El tercer sábado decidieron omitir la sábana y demás sin poder evitar la reacción anticipada: la esperanza se esfumaba de la historia como un Genji entre las nubes.

Seis semanas después del experimento fallido, un médico somnoliento que llevaba el fleco demasiado largo comentó a Kashiwagi sobre un par de hipótesis prometedoras que relacionaban los fármacos antiepilépticos de segunda generación con mejoras sustanciales en padecimientos relacionados con el lóbulo frontal. Los datos de las investigaciones, aunque incipientes, permitían anticipar un éxito mediano al menos si en el coctel medicamentoso se sumaba el litio en dosis menores a los 0.7 miliequivalentes por litro de sangre. ¿Estaría de acuerdo en permitir un sesgo experimental en las dosis administradas a la paciente? Fujiwara ya se iba acostumbrando a tomar decisiones trascendentes que difícilmente le correspondían al no estar formalmente casado, pero las autoridades del nosocomio dieron por hecho que el visitante era un marido o alguna otra cosa facultada para decir sí o no a algo tan principal. El sí fue casi automático considerando que los antiepilépticos habían sido estudiados con rigor por décadas. Tres semanas más tarde, los resultados hablaban por sí solos: Ohaguro se mostraba alerta, cooperativa. Para sorpresa del personal encargado, había aceptado unirse a la terapia grupal que se ofrecía en la institución. Costaba trabajo que tomara sus medicamentos, pero la resistencia era menor. Un día cualquiera pidió a Kashiwagi que le volviera a llevar a

Daichi. Lo extrañaba más de lo imaginable. Nunca antes había hablado del niño espontáneamente. La solicitud era un paso gigantesco en sí misma, un indicio de que los nexos con la realidad tendían a renovarse, pero el día en que Fujiwara se apareció con la criatura, el aislamiento de Ohaguro volvió a ser la regla. Ni echando mano de los recursos más eficientes lograron que la joven reaccionara favorablemente. Nada de nada. Las esperanzas chocaban con la pared de siempre. Sin embargo, el experimento tuvo efectos positivos, marginales, sí, pero interesantes. El ajuste de la dosis multiplicó los beneficios y en un mes Ohaguro se parecía más a Yumiko que a la dolorosa caricatura de sí misma en que se había convertido. Las facultades seguían siendo limitadas pero la estabilidad duraba días. Los arranques desesperados e intempestivos eran rarísimos ya. En su lugar, la enferma dedicaba horas y horas a mirarse en un espejo de mano irrompible. De cuando en cuando se ponía a recitar pasajes del Genji o tarareaba piezas clásicas para koto. Era innegable que nacía una viabilidad remota. Tangible. Kashiwagi la esgrimió como argumento y logró que el cuerpo médico autorizara una estancia de dos semanas en casa de la paciente, siempre y cuando se aceptara la supervisión diaria de un psiquiatra elegido por los facultativos. Si la casa de la interna estaba a menos de cinco kilómetros del psiquiátrico, Ohaguro era elegible para ser considerada en el programa de atención externa.

Kashiwagi regresó a su ahora casa con la sensación de haber sido engullido por ella desde la primera cita con Hayashi. Trasponer los límites impuestos por la hiedra roja equivalía a adentrarse en un territorio fantástico, autosuficiente, caprichoso. Algo en él insistía en que la idea era buena para el desarrollo de Daichi. Si la madre se comportaba, su presencia sería mejor que la ausencia. Los tiempos eran otros —lo son cada día— y las piezas del rompecabezas que ocupaban a Fujiwara comenzaron a encajar. El juicio de interdicción avanzaba. El juez había autorizado la tutela provisional a Kashiwagi luego de darle muchas vueltas al asunto. Siendo padre de Daichi y no habiendo otra persona mejor facultada o dispuesta que él, se le dio preferencia. Una tutela oficial acarreaba más problemas que ventajas, por lo que se otorgaron los poderes dando inicio a una etapa nueva. Por otra parte, el batiburrillo en que se había transformado la declaratoria de ausencia de Hayashi daba visos esperanzadores. Éstas y otras circunstancias se engastaron en una idea que iba cobrando forma por sí sola, como impulsada por una inercia desconocida.

El estatus laboral de Fujiwara le hacía candidato a un año sabático.

Por lo regular, este tipo de prebendas se concedían para trabajar en instituciones hermanas y proyectos concomitantes. Estirando las cosas por aquí y por allá, se podía justificar un año dedicado a la revisión de los papeles que el astrofísico legendario había legado a su discípulo. La ocurrencia tenía lo suyo: nadie como Kashiwagi para esa labor fundamental; además, seis de las hipótesis de su maestro podían replantearse justificando los puntos discutibles. Si convencía al comité de la facultad podía desarrollar estas ideas en casa, en el observatorio del mismo Hayashi para ser precisos. Si a la propuesta sumamos la innegable carga sentimental que todo lo relacionado con Chushiro traía consigo, podemos imaginar que no fue muy difícil lograr la aceptación del comité especializado. Se jugaba el todo por el todo: si quedaba alguna esperanza real, Kashiwagi buscaría tomarla al vuelo teniendo el tiempo para dedicar a Daichi y a Ohaguro. Todo el necesario. Su apuesta podía costarle en lo académico, pero jamás se perdonaría no intentarlo.

Una mañana plomiza vio salir a Ohaguro del pabellón infame con la promesa de una vida mejor. O mejor, de una vida nada más. La mirada que diera sello a la belleza de la joven era muy otra. El cabello era más largo. Contrastaba su negrura con la palidez natural acentuada por el encierro. A pesar de ella, Ohaguro se negó en redondo a mostrarse en público sin blanquearse la cara a la usanza tradicional. Para ello exigió polvo de salvado de arroz y perlas naturales molidas. Estos y otros ingredientes procurados por Ichika le permitieron sentirse cómoda y guapa por primera vez en meses. La pobre se mostraba nerviosa por la posibilidad de fallar en una intentona que no entendía cabalmente pero sí por instinto. Estaba dispuesta a dar lo mejor de sí, igual que Kashiwagi, sin que ninguno de los dos estuviera muy seguro de lo que esto significaba. Estaban juntos. Temían.

Los miedos se desperdigaron por los rincones en espera de tiempos mejores. La realidad, por extraño que parezca, superaba las expectativas. Ohaguro se mostraba dócil. Tras objetar la administración cotidiana de sus medicamentos, como suelen hacerlo de cajón los pacientes psiquiátricos, dejó de hacerlo sorprendiendo gratamente a los supervisores del hospital. El niño era el facilitador y la convivencia su segundo. El recurso de la sábana bajo el durazno probó su eficacia en los días más soleados. Por las tardes o en los nublados, la familia se enclaustraba en el observatorio. El refugio del misántropo lo era ahora para los tres que quién sabe por qué razón se sentían más cobijados ahí que en el resto de la casa. El piso superior lo visitaba Kashiwagi

ocasionalmente. Eso sí: jamás descuidó al niño y mucho menos lo dejó a solas con Ohaguro. El asunto pintaba bien, pero los excesos de confianza podían ser fatales.

Igual que pasa con cualquiera de los rigores, el simple paso del tiempo bastó para relajarlos. Por ejemplo, si antes el papá llevaba consigo al niño hasta para ir al baño o cocinar, ahora se permitía dejarlo con la madre unos minutos para solventar lo cotidiano. Una mañana, Kashiwagi estaba de malas por la falla evidente de una mejora instalada en el telescopio del observatorio. La novedad de los rayos infrarrojos para detectar distintas longitudes de onda no daba los resultados ofrecidos por el fabricante. Costando lo que costaba, la actualización traía más problemas que beneficios. De esto se quejaba Kashiwagi en voz alta cuando de pronto reparó en que Ohaguro no le contestaba. Llevaba media hora trabajando en el desperfecto. Según él, porque al echar un vistazo al reloj se dio cuenta de que había pasado el doble de tiempo sin que se percatara. Ahí estaba Ohaguro entretenida con un libro ilustrado. Bajó del observatorio para acariciarle el cabello y revisar el pañal de Daichi, pero pasada la caricia no encontró al niño en la cuna del estudio. El sobresalto estuvo atenuado por el hecho de que la mamá había estado con él todo el tiempo. O eso creía, porque al hacer memoria se dio cuenta de que al enfrascarse con la actualización de la mejora su mujer jugaba al solitario. No la recordaba libro en mano ni yendo por ahí a conseguirlo. Tonterías. El niño no estaba. Lo buscó debajo los muebles que podían ocultarlo y en el espacio libre que dejaban tres de los libreros por lo bajo. El rostro se le congestionó del miedo. Preguntó a Ohaguro con un tono de voz que congeló a la mujer por la urgencia implícita. Muda, acompañaba la desesperación de Kashiwagi con la mirada. El otro iba y venía haciéndose una idea de dónde podía estar Daichi. Entonces se dio cuenta de que la puerta del estudio no estaba cerrada sino entornada. Corrió a verificar si el pequeño había salido a gatas pero no. ¿Qué diablos pasaba? El absurdo ganó terreno y Kashiwagi empezó a llamar a Daichi por su nombre, como si la criatura fuera a responder. En lugar de ello, Ohaguro contestó desde dentro del estudio con voz meliflua: "Aquí no está", alargando la "a" final como si la respuesta estuviera dirigida a niños pequeños enfrascados en algún juego de ronda o escondite. De repente, su visión tiñó las cosas de rojo, como si el mundo fuera puesto de buenas a primeras bajo un cristal de ese color. Hasta las plantas del jardín enrojecían. Todas. Era el miedo jugando con la paleta del sinsentido. Luego de regresar a la biblioteca y constatar que Ohaguro seguía con su

libro, se aventuró más lejos. Temía que el niño se metiera alguna planta a la boca y lo buscó debajo de las que le parecieron más peligrosas. Desesperado, llegó al recodo que derivaba en el cuerpo principal del jardín y al mirar hacia la izquierda notó un destello en el suelo cercano a la hokora. Extrañado, corrió a ver de qué se trataba. Uno de los cuatro candados relativamente nuevos, los que había adquirido por la falta de llaves que abrieran los originales poco antes del omiyamairi, estaba tirado en el pasto. Los otros tres yacían desperdigados ahí cerca, como si alguien, después de abrirlos, los hubiera desechado sin fijarse ni en dónde ni cómo. Procuraba hacer sentido de las cosas antes que exaltarse pero la situación se salía de las manos. Se preguntaba qué diablos hacer cuando escuchó una risa infantil en las inmediaciones. Volteó de lado a lado sin ver a Daichi. La risa volvió a escucharse. Kashiwagi sintió un estremecimiento que lo recorrió de los pies a la cabeza. La risa provenía de la capilla. Corrió a la hokora y, al abrir la puerta, vio al bebé encaramándose en el tripié de madera. Estaba ileso y hasta divertido. Ni la piedra ni la vertedera enrarecían aún más ese asunto por demás sospechoso. Preocupante. Tomó a Daichi y lo apretó suavemente a su pecho. El aliento dulzón del bebé le devolvió la vida.

Hecho a la idea de no saber qué había sucedido en realidad, volvió con la criatura al estudio. Ohaguro levantó la vista del libro. Era un ejemplar de gran formato con láminas en color. Sobre la página impar estaba el llavero de los candados, que recordaba al de Hayashi. Al recoger las llaves vio que estaban sobre una ilustración que mostraba el trazado de la ciudad en los tiempos de Genji. Conocía bien una prácticamente idéntica en la que no había vuelto a pensar desde niño. El trazado lo maravillaba. Heian-kyo cabía como mano en guante entre el Katsura y el Kamo. Ése debía ser el quiebre del río que se veía desde el límite del jardín otoñal. A la derecha del mapa, figuraban los nombres de los distritos antiguos. Al retirar las llaves vio que debajo de ellas se encontraba el distrito de Rokujo, en la mitad izquierda de la ciudad, bordeando el costado norte del mercado oriental. La simetría perfecta del trazado perdió sentido conforme el vacío se iba apoderando de Fujiwara. ¿Sabría Hayashi que la casa estaba justo en el antiguo distrito de Rokujo? Conociéndolo, la pregunta estaba de más. “Viejo necio”, murmuró tomándose las cosas por el lado bueno. Buscaba un pañal limpio cuando Ohaguro se puso a recitar los distritos de norte a sur, como si fuera una escolar que cita en orden los planetas del sistema solar: Kitanoche, Ichijo, Nijo, Sanjo, Shijo, Gojo, Rokujo, Shichijo, Hachijo, Kujo. Pausa y vuelta a empezar. La rima asonante daba una

cadencia agradable a la voz. El instinto musical de la joven la llevó a modificar ligeramente la acentuación de los distritos cuatro y siete, con lo que la recitación se convertía en una cantaleta. Y la cantaleta no paró. Daichi dormía profundo y ella seguía. Kitanoche, Ichijo… Sentada en el suelo, Ohaguro comenzó a balancearse de atrás a adelante marcando el ritmo como un metrónomo. Kitanoche…

Donde antes hubo cerezas quedaron los distritos. La obsesión la secuestró hasta las once de la noche, hora en que Ohaguro se quedó dormida para alivio de Kashiwagi. Recogía el desorden más evidente del estudio cuando la joven despertó retomando la recitación en el distrito en que la había dejado. Ni una dosis extra de risperidona mejoró las cosas. Al romper el alba, Tadao acudió al llamado. El uno se ocupó de Daichi y el otro de Ohaguro. Cuando todos estuvieron en el auto, llevaron al niño con los Goto y a la madre al hospital.

La crisis tardó en remitir, pero los ojos de Ohaguro ya no volvieron a ser los mismos. Daban la impresión de estar insertos en un rostro que no les correspondía de origen. El médico recomendaba los paliativos de siempre esquivando hábilmente la prognosis, como suelen hacerlo los psiquiatras. Tenían que esperar y de ahí no lo sacaban. Al mes autorizaron una nueva salida al círculo familiar que terminó también antes de lo previsto en circunstancias parecidas que ya no cogieron desprevenido a Kashiwagi. Algo le decía que éste sería el tenor definitivo de las cosas: la coherencia alternando con su rival en un ciclo infinito de miseria. Ahora bien, ahora mal. Y en el centro de la indecisión el pobrecillo Daichi viendo confundido la llegada y la partida de la madre en esa vida suya que cada vez era más consciente de lo que pasaba a su alrededor.

*

Inquisitivo y extraordinariamente capaz, el nieto de la tigresa pintaba para tigre. Su alegría natural, su excelente disposición y la sonrisa conquistaban a las primeras de cambio pero, conforme el tiempo transcurría, el niño iba mudando este natural por otro más reservado. A cada internamiento de la mamá correspondía una fracción del cambio señalado. Por supuesto que la criatura preguntaba por la madre, pero sólo lo hacía una vez sabiendo que debería esperar mucho para volver a verla. Eso de los viajes recurrentes ya lo iba dejando más inquieto que tranquilo. No obstante, la templanza del niño dominaba ese juego en

que se adentraba mitad a sabiendas y mitad a ciegas, como suelen hacerlo por instinto los chicos más dotados.

A los cuatro años, Daichi leía fluidamente y se sabía de memoria unos treinta poemas clásicos de la tradición japonesa. Sus habilidades caligráficas eran menos destacadas que su comprensión lectora, pero tampoco lo hacía del todo mal para su edad. Eso sí: nada disfrutaba más que quedarse junto al padre en el observatorio mientras éste se ocupaba de la cúpula celeste. Se quedaba dormidito ahí junto a Kashiwagi, muchas veces en el piso y otras sentado en su regazo. Eran tan unidos como el sol y su periplo.

"Tal para cual", se dijo orgullosísimo Fujiwara mientras acababa de peinar a Daichi. La gomina destacaba el parecido entre el niño y el papá. Todo estaba listo para el primer día de clases, excepto Kashiwagi, quien vivía uno de esos días en que a la vida le da por echarle a uno en cara cualquier cosa sin mediar provocación. Los años de convivencia irrestricta terminaban. De no ser por Daichi, el dolor lo habría arrollado igual que un alud a la plántula de un roble.

Los viejos abanicos

El dolor se le notaba aquella mañana en que llevó al seriecito a la escuela por primera vez. La señorita Nyoko, la que ayudaba a los niños que no sabían ponerse solos el uniforme, se ajustó el moño amarillo que llevaba en el peinado y, con toda la discreción de la que fue capaz, admiró la guapura clásica de Fujiwara. Su soledad, notoria a metros de distancia, se le apareció a la joven como un fantasma que rogaba ser ahuyentado. Era un hombre mayor para ella y casado de seguro. Nyoko creyó echar sus fantasías en saco roto sin imaginar que el saco no lo estaba. Distraída por el trajín de la mañana ya no vio a Fujiwara alejarse cabizbajo entre el resto de los padres. Ninguno de los dos sabía que comenzaba una vertiente nueva de la historia, la que por fin ataría las manos a la soledad casi crónica de Kashiwagi, pero el cariño que se fraguaba no es asunto nuestro salvo para señalar que Daichi también se benefició con el encuentro. Nyoko era buena como el sol y, a la larga, el niño agradecería su llegada igual que el padre.

La estabilidad que la muchacha trajo consigo dio frutos inesperados. Daichi volvió a sonreír con la naturalidad incuestionable del primer año. Sus dotes iban sumando a un temperamento dulce, ocurrente, divertido y hondo si se lo proponía. Las matemáticas le importaban un comino. A él le apasionaban los seres vivos. Todos. Los del jardín, los de la escuela, los del parque, el zoológico y el arte. Estos últimos le robaban el aliento por la plasticidad que no hallaba en los otros. El elefante era el elefante, sí, pero visto en los libros grandes, los coloridos, sus atributos terminaban por ser más penetrantes gracias a la paleta, la habilidad y la imaginería de los artistas. Por supuesto que los asuntos teóricos lo dejaban indiferente aunque Kashiwagi hiciera por interesarlo en la teoría. Con la poesía era otra cosa: si en ésta o aquella antología se encontraban una mención al animal que fuera, en especial si el tono era irreverente, Daichi se ponía con el pincel a inventarle variantes a lo descrito por los versos que Nyoko o Kashiwagi le leían a diario en voz

alta, igual que en su momento lo hicieran Coraline y su hermana Marion. El arte, ese punto de fuga infinita, se apegaba a las necesidades más íntimas.

La amable dulzura de Nyoko, el instinto para satisfacer las necesidades de sus favoritos y un trato suave, asequible, discreto, permitieron que la joven se adentrara en los afectos no sólo del papá y el niño, sino del círculo inmediato convirtiéndose en un elemento estabilizador, en un punto de referencia innegable, fuente de equilibrio, de mesura y de otros atributos que no abundaban en el grupo. Entre los vínculos que la educadora iba estableciendo, el más hondo, el más desconcertante también, fue el desarrollado con Ohaguro. Las señoras se toleraron en principio y después se fueron queriendo hasta volverse amigas. Muy amigas. Si Nyoko estaba por ahí, el mal de Ohaguro remitía casi mágicamente. Entonces la mamá de Daichi era la que el niño no había conocido, la que había enamorado a Kashiwagi en media mañana o menos. Esto permitió que la convivencia fuera del hospital se incrementara mientras los episodios críticos disminuían. Era delicioso ver a esas dos enfrascarse en conversaciones de horas con sus tazas de té, sentadas en el jardín o la veranda. Reían, cuchicheaban, se rellenaban las tazas con una disposición inédita entre supuestas rivales. Si llegaban a callar, que sucedía, se quedaban las dos viendo el Kamo muy a gusto con el niño por ahí cerca. Los sobresaltos que antaño estuvieran a la orden del día, eran ya tan raros que hasta su recuerdo se iba volviendo artificial, difícil de aceptar en el nuevo contexto. Si antes se rompía la convivencia doméstica a causa de alguna extravagancia o sinsentido, las estancias de ahora terminaban con una civilidad encomiable: Ohaguro esperaba el momento ideal para comentar a la amiga que ya iba siendo hora de volver al pabellón. Entonces Nyoko disponía las cosas para que la enferma volviera a donde debía estar sin tardanza. La alternancia de los ciclos de crisis y remisión era menos abrupta, menos dolorosa, pues Ohaguro parecía anticipar los episodios difíciles advirtiendo de su inminencia. Así, Daichi resentía lo menos esos dolores que no le correspondían a edad tan tierna.

Kashiwagi también se benefició de forma inesperada: la costumbre esa tan rara de habitar en el estudio con Daichi quedó borrada. Nyoko fue reinstaurando el uso normal del resto de la casa, con lo que se liberó a la biblioteca-estudio-observatorio de faenas que no le correspondían por naturaleza. Kashiwagi volvió a enfocar las baterías al sitio justo y pronto surgieron avances trascendentes en sus investigaciones, ligados siempre a los chispazos geniales de Hayashi, esa herencia que no paraba

de rendir frutos. Liberado parcialmente de la responsabilidad por Daichi y Ohaguro, Fujiwara retomó la docencia en el posgrado. Algún dique había cedido y las aguas del presente volvían a correr libres. Los aires refrescaban. Era como si las ventanas de la casa de Minami se abrieran simultáneamente, como si las cortinas todas se descorrieran a media mañana. Era la luz.

La nueva realidad se impuso así a aquella otra, la decrépita. Daichi era espontáneo, juguetón, sorprendente y hermoso, la mariposa del jardín; Kashiwagi sonreía casi todo el tiempo, incluso estando solo; Nyoko y Ohaguro convivían como hermanas perfectamente avenidas; Ichika terminó por vencer los celos que la recién llegada le inspirara con la ayuda del buen Sasuke, tan dado a observar las relaciones a distancia para saberles más. Tadao, el más reservado, se hizo a un lado discretamente conviviendo cada vez menos con el grupo. Tal vez fuera la edad, mayor a la del resto, o su natural escepticismo. El caso es que se le trataba menos sin que su ausencia preocupara. La pasión por las antigüedades lo llevaba de feria en feria, de una colección a otra, viajando por todo el país y muchas veces al extranjero. En cierto sentido, él sí se resistió a los nuevos aires prefiriendo los antiguos. Era su prebenda y se le respetaba. Faltaba más. Y hablando de respeto, los monjes fueron ejemplares. En cuanto la situación doméstica de Fujiwara empezó a normalizarse, supieron hacerse a un lado resistiendo la tentación de apegarse al niño más de lo indispensable. Los nexos entre los monjes y el chiquillo eran indelebles. Lo aprendido a esos hombres santos en la crianza paralela de los primeros años le templó el carácter y le ajustó las miras. Algo en la conformación de Daichi aprendió a detectar lo mejor de cada cual, adaptándolo a sí mismo con tiento, con paciencia, y esto le venía de los religiosos, esos padres putativos con que Daichi contó cada que los necesitó, cada que quiso. Bendito Jo. Bendito el ciego de la cabra.

Si en algo estaban de acuerdo cada una de estas almas semejantes y disímbolas a un tiempo era en que convenía mantener lo más posible este estado de las cosas. Sin decirlo abiertamente, se fue marginando por instinto lo relacionado con el Genji. Ni Ohaguro lo retomaba. Acaso una vez sospechó Kashiwagi que la corriente venida de mil años atrás seguía fluyendo subterránea en esa historia, y fue cuando descubrió a Nyoko retocándole el ohaguro a Ohaguro en la habitación climatizada. Casi nunca entraban en ella y la escena lo puso en guardia, pero al paso de los días nada empeoró y Fujiwara fue restando importancia al asunto hasta arrumbarlo, porque eso de olvidar no se le daba.

Así las cosas, el ambicioso proyecto de traducción de los rollos fue quedando rezagado, al menos como tentativa grupal. Con el paso del tiempo, la escisión entre el universo de Shikibu y el de Daichi pareció entera. Ya nadie se ocupaba de ella cuando, seis años después, estando a punto de cumplir Daichi los 11, el niño y su padre regresaron a la casa luego de un viaje relámpago para visitar a la abuela paterna. El Alzheimer había drenado el alma de la anciana hasta desaparecerla casi por completo. Del nieto no tenía ni idea y del hijo apenas se acordaba una que otra vez, por lo que el talante general de Fujiwara era sombrío. Mientras bajaba las maletas del auto llegó Nyoko a saludarlo con un beso rápido. Hablándole en voz baja le pidió que se acercara sin hacer ruido a la terraza. Kashiwagi asió la mano de su niño y, luego de pedirle silencio a señas, se dirigieron al interior cruzando la estancia. ¿Qué hacía ahí el estuche abierto? ¿Y el koto? ¿A quién se le ocurría? El señor de la casa aguzó el oído y escucho que allá a los lejos resonaba el viejísimo instrumento. Sintió ganas de llorar con la sola idea de que la esencia de otros tiempos regresara. Se tragó las ganas. El regusto era ferroso.

—No la reconozco. Dijo que su papá había vuelto para pedirle que tocara. Corrió arriba, sacó el estuche y se puso a afinar, o eso creo. El sonido es espantoso, como si estuviera roto —advirtió Nyoko con el rostro desencajado.

—Los muertos no vuelven —les aclaró Daichi sin que los adultos se lo esperaran.

Por supuesto que al niño se le había contado una versión atenuada de los hechos y entre las atenuaciones figuraba la muerte de su abuelo Chushiro. El papá y la madrastra ignoraron el comentario deseando que Daichi fuera por ahí a jugar o a entretenerse en otra cosa, pero conociendo al chico estaban seguros de que ya no dejaría el tema en paz. A veces era como esos perros que muerden y no sueltan ni haciéndoles palanca en el hocico. Al momento supo Daichi que algo le ocultaban, se tornó receloso y adelantó a los adultos de camino a la hokora. Al término de la carrera vio a su mamá tendida en el pasto con el camisón desarreglado. El hombro izquierdo de la prenda se había deslizado por el brazo y se le veían los pechos. La escena caló en Daichi con fiereza. Los pezones de la mamá, nunca antes entrevistos ni imaginados, azotaron al hijo peor que una bofetada. ¿Qué le pasaba? ¿Qué tenían de especial las cerezas esas? ¿Por qué insistía?

—Ven conmigo, avispita. Son cosas de adultos y no…

—¿Por qué me tratan como si fuera estúpido? No creo serlo más que ustedes —espetó el niño indignadísimo dejando helados al padre y la

madrastra, lo que se iba haciendo costumbre.

Una cosa llevó a otra y al día siguiente Daichi estaba al tanto de la parte menos cenagosa de su historia. Mentirle a alguien como él a la edad que tenía era estúpido, efectivamente. Sabía de la inestabilidad de la madre, pero nunca había sido testigo de ella en toda su crudeza. Al contrario. Para el niño, el desequilibrio era una posibilidad, una latencia mas no una entidad real como lo fue a partir de ese día.

Algo semejante sucedió con el misterio del abuelo. Daichi fue atando cabos conforme pasaban los años. El cuento que le recitaran de niño se caía a pedazos conforme iba preguntando por éste o aquel detalle que no cuadraba. Con una sagacidad muy por encima de su edad, cotejó datos sacados a los monjes, al papá, a la madrastra y hasta a la madre, la más difícil de sondear a pesar de su estado, pero la más dada a la extroversión si se tiraba la hebra correcta. Por ella supo del trabajo que el abuelo había dejado pendiente y, lo principal, la forma en que lo había hecho. La revelación de que ese ídolo que entre todos le habían ido fabricando podía seguir vivo cogió desprevenido al niño. A nadie comentó sobre lo averiguado con la madre y, sin llamar la atención, se puso a revisar una tarde los papeles de Hayashi que el papá conservaba arriba, en el observatorio. La gaveta que los contenía jamás había tenido llave por no interesar a nadie, salvo a Kashiwagi. Las fórmulas, las hipótesis de trabajo, los cálculos más prometedores aparejados a dichas hipótesis y algunas disertaciones no relacionadas integraban el grueso de los datos. Observaba el niño esa forma peculiar que tenía el abuelo de trazar el número siete, con la vírgula exageradísima cruzando el tallo del numeral hasta tocar a los números adyacentes, cuando notó que, a un lado de la gaveta, en una caja que debía contener papelería en blanco a juzgar por los rótulos, había cientos de cartas con las que no se había topado en sus exploraciones por la casa. No estaba de más echar un ojo, pensó el niño con la tarde entera por delante. Nyoko estaba en la cocina instruyendo a la nueva sirvienta y el papá no llegaría hasta después del anochecer. Podía curiosear a sus anchas un par de horas, si es que encontraba algo que valiera la pena. Las primeras cartas lo desilusionaron: habían sido enviadas por colegas de diversas partes del mundo y trataban exclusivamente de cuestiones profesionales. La mayor parte estaban en inglés, y habían sido clasificadas por Kashiwagi según el remitente y el año de redacción, si lo había, pero quedaban muchos otros sobres sin ordenar. Al buscarles timbres que pudieran tener impresas figuras de animales interesantes, vio seis que no tenían sellos. Una de ellas era especialmente gruesa y estaba en un sobre en blanco. Era la carta de Jo a

Hayashi, esa en la que detallaba los delirios de Manami en su huida nocturna al monasterio. La leyó completa entendiendo menos de la mitad, pero sabiendo casi por contacto que la carta incluía la clave para entender lo que no entendía. Al terminar la lectura, sintió un vacío en el estómago. Se dio unos minutos para meditar y consideró más atinado explorar antes las cosas con Jo directamente. La relación con el líder del monasterio era semejante a la de un hijo con su padre. Si Daichi formulaba sus preguntas cuidando de no ofrecer a Jo salidas fáciles, el monje respondería con la verdad. Era su sello. Además, Daichi se había convertido en la persona más querida para el religioso. Y no era el único seducido por su personalidad magnética. En las visitas el niño llegaba al monasterio como si fuera el dueño y dedicaba tiempo a cada residente, aunque fuera un poco. Cada cual tenía su estilo y siempre eran afectuosos, joviales. Conocía sus recovecos principales, al igual que los de los vetustos edificios, en especial los de las partes bajas, pues a las más altas nunca le llevaban por seguridad, pero ya se las arreglaría para visitarlas. El caso era que, si era cauto, podía sacarles también a ellos esto o lo otro. Ahora le importaba averiguar de los abuelos y de todas esas cosas extrañas a que Jo se refería en su carta. Otro de los sobres sin sellos contenía menciones de un traductor a cierto capítulo faltante del Genji. Ochenta por ciento de la carta aludía a cuestiones técnicas aburridísimas para Daichi, pero dos o tres minucias le hicieron levantar las antenas. ¿De qué se trataba todo eso? Daichi sabía del Genji por la escuela, como cualquier otro niño de su edad, pero conocía sólo las líneas generales y algunos wakas famosos. ¿Fantasmas? ¿Rokujo? A Daichi le pareció un nombre muy feo. La cuestión le fue enturbiando el ánimo por su complejidad y extravagancia. Harto de confundirse, dejó las cartas tal como las había encontrado y se fue por ahí con la cabecita girándole en círculos cada vez más amplios. Preguntas y más preguntas. Algo le decía que era mejor tratar de responderlas sin cuestionar abiertamente. El investigador nato que habitaba en Daichi despertaba. La inestabilidad de la abuela era semejante a la de la madre, sobre todo a la de aquel día en que le había visto los pechos. Comenzaba a despedirse de la niñez y la vida adulta se le presentaba como un acertijo incomprensible pero emocionante. El instinto le decía que acababa de hallar un filón valioso, pero siendo el niño que era no logró convertir esas intuiciones en propósitos formales típicos de los adultos. Se conformó con esperar el momento indicado para sondear a Jo y luego meditó si valía la pena adelantar algo por su cuenta. El librero del Genji se le vino a mientes. Habiendo tanto que ver en todas partes jamás había explorado esa

sección de la biblioteca. Era un buen momento para hacerlo, se dijo, y la emprendió con los ejemplares más grandes, los ilustrados, esperando secretamente encontrar animales fabulosos en sus pesquisas.

Así empezó la relación del niño con el enigma. Era un juego que se le planteaba en términos muy serios, pero un juego al fin. Optó por jugarlo a solas y ya sintiéndose empapado iría con Jo. Conforme iba percibiendo la naturaleza de ese universo mágico, ilógico, como emborronado por los límites de la imaginación, fue perdiendo fuerza el propósito inicial de encontrar sentido a la carta del monje. Se iba enamorando sin darse cuenta, igual que sucede con las grandes pasiones en la vida. Los intereses personales que movían la inmersión del niño fueron generando otros nuevos que en nada se parecían a los originales. Estos devaneos, naturales en un chico que se lanzaba sin salvavidas a esas aguas hondas, turbulentas, de espumas infinitas, se sumaron al hecho de que Daichi abordaba las cosas según le iban llegando. Su compresión estaba impedida por el ánimo silvestre que le empujaba y por la reticencia natural a leer la obra en sí, tan larga y compleja como una enciclopedia entera a ojos de un menor. Y aburridísima, a juzgar por el tono de las primeras líneas. Eso sí: las ilustraciones de ese mundo inexistente que flotaba en la modernidad le maravillaron. Había de todo en esa colección de referencias nuevas. Los paisajes, las situaciones, los personajes y decenas de animales que se encontraba en el camino le fueron adentrando en esos dominios que no entendía ni necesitaba entender para que la experiencia fuera gozosa. De algún modo, las ilustraciones derivadas de la novela sustituían al cuento en sí y, siendo los materiales tan abundantes, tan atractivos, y sus técnicas de ejecución tan variadas, la representación acabó por sustituir a lo representado. Era como reinventar el cuento. Eventualmente Daichi leería la obra como bien cabe imaginar, pero para entonces el Genji ya existía en él como una versión ilustrada que ni el original podía igualar por sí mismo. Su amor por las artes gráficas nació en esos días y nunca murió.

Daichi se dejaba llevar por los atisbos de esa pasión vitalicia cuando Kashiwagi lo encontró sentado en el suelo, con el mismo libro ilustrado que la madre consultara el día en que su bebé había aparecido inexplicablemente en la hokora. Más aún, se daba a consultar el mapa de la ciudad antigua en tiempos de Genji, ese sobre el que Kashiwagi había encontrado las llaves de los candados. Señalaba con su dedito la columna de los distritos.

—Mira, papá: si éste es el palacio del emperador y el Kamo va por aquí, nuestra casa debe estar justo en este punto —exclamó Daichi con

el entusiasmo desbordado por los frutos incipientes de su investigación. Fujiwara no se lo esperaba y tardó unos segundos en hacer sentido de lo que el niño le manifestaba.

—¿Y de dónde te viene el interés por este cuento tan viejo? —improvisó Kashiwagi con tal de darse unos segundos para reflexionar.

—De las cartas —contestó el niño con toda naturalidad señalando la cúpula del observatorio.

Kashiwagi tardó unos segundos en hallarle sentido a la aclaración del hijo. Ni se acordaba de que ahí arriba, en la cúpula, estaban algunas de las cartas personales de Hayashi. Las había separado del resto por no contener información relevante desde el punto de vista profesional. Ya había un editor interesado en la correspondencia y Fujiwara no quería que el material delicado se fuera a confundir con el publicable, esto a pesar de que las negociaciones por el epistolario eran incipientes. Entonces recordó el papá la extensa carta de Jo y otros documentos que preferiría discutir con Daichi unos diez años más tarde, si acaso.

—Es una falta leer las cartas de otros sin permiso —improvisó malamente Fujiwara.

—Ni modo que se lo pida al abuelo. Mamá dice que no está ni muerto ni vivo.

Ni muerto ni vivo. La frase caló en Fujiwara. Cuánta razón tenía el niño. Su maestro era una paradoja viviente, lo mismo que el Genji y cualquier otra obra de arte superviviente a su época. Igual que Yumiko en Ohaguro o aquel Kashiwagi en éste. Lo muerto vivía. Perduraba. Resistía haciéndose pasar por vida eludiendo la desintegración. Era vida quieta. Ruido acallado. Una cosa encaramada en otra hasta fundirse en una sola, como sucedía con la novela cada vez que se encontraba un nuevo adepto, un exégeta, un estafetero. El arte no es más que eso: la capacidad que la belleza tiene para montarse en los vivos y seguir de frente. Porque la belleza huye de la muerte igual que la vida. Porque igual que la vida, ni le entiende ni quiere entenderle a esa otra, a la segadora, a la dura, a la postrera. Va la vida por ahí conteniendo a su rival y viceversa. Lo busca a derecha e izquierda sin acordarse de que la lleva dentro. Y desde entonces llevó Daichi al Genji en el alma, encaramado, fingiéndose ausente, fingiéndose vivo, haciéndose el muerto pero adosado, pegado, untado a la piel igual que lo había hecho mil años con mil ingenuos de mil calañas. Mil historias cuando menos. Mil intrigas. Qué mil ni qué diantres. Más que mil por mucho. Mil por mil y así hasta el fin del hombre, de sus tiempos. Es la vida poniéndole trampas a la fría. Mil trampas. Escollos. Mil.

Fujiwara se enterneció al ver a su chiquito lidiando con el destino como si se tratara de un juego. Se vio a sí mismo, a Hayashi, a la tigresa, a Yumiko, al trío del Puente…, los perseguidos y los perseguidores, todos vehículos de la obra, porteadores. Como heraldos iban anunciando su paso por el siglo en curso hasta llegar al otro y al otro y así. El mensaje de las eras transitaba por venas nuevas cual si fuera una genética y lo era a su manera. Porque el hombre no lo es sin el arte que lo encarna. Y el arte sin adeptos es una risa extraviada. Una broma sin gracia, sin víctima. Pura farsa.

—¿Rokujo es una bruja? —preguntó Daichi luego de mucho pensarlo, sacando al papá de las especulaciones que lo distraían.

—No precisamente, avispita. Te lo explicaré lo mejor que pueda —advirtió Fujiwara disponiéndose a adentrar a su cachorro en el territorio que él mismo habitara desde la infancia sin terminar de conocerlo bien. En un papel cualquiera dibujó una línea y con esa herramienta se dio a explicar el paso del tiempo, los siglos, las obras, la esencia perdurable de los hombres. "Hace unos mil años", dijo, y el universo Heian se abrió al niño como si fuera el cofre de un tesoro. Ni una vez lo interrumpió Daichi con alguna fruslería o aclaración. Se embebía con la boca entreabierta. De vez en cuando miraba la ilustración de la vieja Heian-kyo como si tratara de orientarse para no perder el hilo y volvía a mirar al papá con una avidez formidable. El ciclo reiniciaba.

*

Daichi Fujiwara se aferró a la hebra descubierta aquel día en compañía de su padre. Algo íntimo, personal, inmutable se le iba comunicando. Esa historia era la suya, aunque hubiera nacido un milenio antes que él. Le estaba destinada por derecho. Por prosapia. Tardó casi un año en leerla, pero lo hizo a conciencia para un muchacho de su edad. Lo curioso del asunto era la sensación de conocer la novela de antemano. Su descubrir era recordar. Lo comentó a la madre en los jardines del pabellón psiquiátrico mientras Kashiwagi revisaba las cuentas pendientes en el área administrativa. Desde ese momento, madre e hijo compartieron una intimidad que iba más allá del vínculo filial. Las visitas de Daichi se hicieron más frecuentes ahora que tenía edad para ir solo si quería. Además, la propia Ohaguro iba extendiendo sus estancias en casa al no pedir la vuelta al psiquiátrico tan pronto como antes. Hasta un mes llegó a pasar la mamá con su familia sin

recaídas o eventos sospechosos. El diagnóstico preciso, las dosis ideales y una convivencia cada vez más estrecha fueron clave para ir disipando las sombras que se proyectaban en Ohaguro y en su círculo íntimo. Así, mientras caía un chaparrón que parecía cebarse en casa de los Fujiwara, Ohaguro pidió al hijo que la acompañara al cuarto climatizado. Con pompa y circunstancia tomó el estuche precioso y lo abrió para mostrarle a su vástago el koto. Ese koto-primor. El koto-dulzura. Óyelo, amor. Ponte aquí y ponlo acá. Hazme caso, loco. A tu derecha. Toma un plectro y pulsa sólo una cuerda, la más fina. Así. ¿Oyes la respuesta? Afinar es ponerse de acuerdo, avispita, advertirle al instrumento que la cosa va en serio. Y como la música y el trazo son manifestaciones distintas de lo mismo, pasaban del koto al pincel y las tintas con naturalidad. Entonces sí que la avidez del niño descollaba: en cuanto salían los papeles de dibujo, los pinceles de pelo de cabra y la piedra de tinta, Daichi se mostraba en su elemento. Parecía Ohaguro la alumna y el otro el maestro. Opinaba, ejecutaba, mostraba la mejor forma de hacer las cosas. El natural del trazo que vivía en el niño era feliz alternando con la pericia musical de la madre. Los canales de comunicación entre el niño y la mujer, entre la madre y el hijo, entre la literatura y la pintura, entre el pasado y el futuro, entre la locura y la coherencia se abrían de par en par dispuestos a la vida nueva, a un entendimiento distinto que rebozaba viabilidad. Y Daichi fue en esos años el joven más feliz del mundo, pues sentía que había recuperado aquello que el psiquiátrico le arrebatara el día mismo de su bautizo, según le habían contado ya. Su historia iba tomando cuerpo por más que lo revelado fuera etéreo, abstracto, nebuloso. La mancuerna con la madre sería eterna. A esos no los separaría ni el papá ni la enfermedad ni Nyoko ni el Genji. ¿Verdad, mamá? Dame la mano. Te ayudo.

Entre el papá y ella hicieron de referente para el niño. La madrastra supo hacerse a un lado tratándose de ese submundo tan peculiar en el que era una extraña. Ella se encargaba de lo cotidiano y los otros de lo excepcional. Esta suerte de arreglo mantuvo firme la excelente relación entre la enferma y la nueva señora de la casa. En sus estancias, por prolongadas que fueran, Ohaguro fue respetuosa y respetada sin servirse de su mal como pretexto. El fino instinto desarrollado por ella para anticipar los episodios descorazonadores de su enfermedad, permitió que las crisis más o menos recurrentes transcurrieran en el pabellón, con lo que se fue formando una burbuja protectora que Daichi iba requiriendo cada vez menos.

Cumplidos los quince años, Daichi mostraba una madurez más que

suficiente para sobrellevar el delicado trato con la madre. La visitaba tres días a la semana, dos de ellos a solas y los sábados acudía acompañado por el papá, la madrastra o ambos. En estas ocasiones, la enferma los recibía en el jardín si el clima se prestaba, pues no era raro que la familia coincidiera con los Goto o con alguna otra de las osas dificultando la estancia en la sala de convivencia o en el cuarto. Así, un sábado cualquiera en que Ohaguro se mostraba especialmente risueña y guapa, llegaron a visitarla los Goto, como sucedía una vez al mes por lo menos. Daichi los conocía por haber acompañado varias veces al papá mientras conversaba con Sasuke en el tapanco del bar, pero no recordaba a Tadao, quien se unió esa vez a la hija y el yerno. Hacía tanto que no veía a Ohaguro. Se disculpó por no visitarla más seguido. En desagravio, bromeó Tadao, le traía un regalo excepcional que había encontrado muy cerca del Monte Kobushi, en casa de una anciana acumuladora que guardaba maravillas en su ático por haber estado casada con un coleccionista de cierto renombre. Sacó una cajita de cartón de lo más corriente. Al abrirla, retiró una capa de algodón mostrándole a Ohaguro un juego de tres plectros digitales para koto. Las piezas, talladas en marfil, estaban prácticamente intactas. A reserva de confirmarlo por medios más certeros, el regalo tenía unos siete siglos. Si alguien merecía esas joyas era Ohaguro por ser el complemento ideal para su talento y para el famoso koto antiguo: ningún entendido podía olvidarlo luego de tenerlo entre las manos. La interna se quedó pasmada. Daba la impresión de no atreverse a tocar las maravillas. ¿Creía Tadao que aún podían usarse? ¿Convenía hacerlo? Estaban tan sólidas como el día de su talla. Bajo el microscopio se revelaban las tramas lineales casi perfectas, con poco desgaste. “No creo que se hayan usado más que esporádicamente. El tono sugiere que han estado lejos de la luz la mayor parte del tiempo. Por el tamaño, sospecho que fueron pensados para una mujer. Anda, pruébatelos.”

Ohaguro estuvo a punto de negarse, pero lo pensó mejor y se caló el mayor de los plectros en el dedo pulgar. Ni mandado a hacer. Los otros se ajustaron a los dedos medio e índice con idéntica precisión. “Lo sabía”, dijo Tadao ufano al constatar que eran justamente de su talla. El conocedor infalible hacía de las suyas una vez más. Parecía feliz con el contento de Ohaguro. Nada le gustaba más a Tadao que ser causa eficiente de emociones indelebles. A un lado de la mamá, Daichi miraba el regalo en espera de ponerle las manos encima. Sus dedos eran más gruesos, pero no mucho. Mientras aguardaba, le dio por preguntar para que la impaciencia se le notara menos. ¿Cómo saber si era marfil y no

hueso común? ¿Serían chinos, japoneses o coreanos? ¿Se podía afirmar con seguridad? Las respuestas sólidas de Tadao dejaban en claro que el hombre sabía de lo que estaba hablando y que callaba muchísimo más de lo que expresaba. Parco a menos que se le requiriera, el coleccionista advirtió el interés genuino de Daichi y así surgió una amistad improbable por la diferencia de edades. Al poco rato de conocerse, el par se fue a sentar a una banca un tanto alejada de los demás. Conversaron hora y media, tiempo suficiente para que Tadao se maravillara con la erudición que el muchacho iba desarrollando. El instinto que demostraba al preguntar le recordaba al filoso Hayashi; si las respuestas no eran convincentes sobrevenía una discreta andanada de objeciones más cercana al temperamento de Kashiwagi que a los desplantes del abuelo. Daba gusto atestiguar la feliz combinación de aquellos dos en éste.

Al final de la conversación, cuando Tadao elaboraba la hipótesis del origen local de los plectros, citó una ilustración de época realizada sobre seda con colores básicos y tinta negra. Ahí se veían uñas idénticas en las manos de una ejecutante. Obviamente que esto no era prueba plena de nada, pero ayudaba a discernir. Daichi se quedó pensativo y torció la conversación llevándola a las cualidades de la seda para retener pigmentos comparada con otras fibras y con la madera. Sabía que eso dependía de los pigmentos, sí. Era obvio. ¿Duraban más los vegetales que los minerales? De nuevo, según la urdimbre y la trama, la calidad y las habilidades del artista, etcétera. El caso es que jamás imaginó Tadao que el adolescente tuviera la penetración mostrada para valorar hasta los aspectos más sutiles de la plástica. Si era capaz de esto a los quince años, también existía a posibilidad de que el joven tuviera talento para la creación. Entonces se enteró Tadao de los años que llevaba el nieto de Hayashi viéndoselas con los pinceles y la caligrafía. Vaya garbanzo de a libra. Y ni cuenta se daba el escuincle de las dotes que tenía. Si trazaba como hablaba, cuidado.

—Con los años he ido reuniendo piezas únicas. Cuando tengas tiempo ve a mi casa para que te las muestre y poder seguir con la conversación.

—¿Mañana? —reviró instantáneamente el animoso Daichi.

Tadao se convirtió a partir de entonces en el Virgilio que el joven Fujiwara necesitaba para adentrarse en serio en el universo de la pintura antigua. Las artes decorativas que apasionaban al guía iban completando una formación que paulatinamente trasminó a las delicadezas del Genji. El proyecto que la enfermedad de Ohaguro había dejado trunco fue

reviviendo conforme ambos intercambiaban inquietudes, conocimientos. Al cabo de once visitas a la formidable residencia de Tadao y luego de consultar con los involucrados, el coleccionista se animó a exponer los pormenores del hallazgo del monasterio. Al escuchar el relato, Daichi ató cabos que fueron dando sentido a lo que antes de eso era sólo información aislada. Hasta esa época se le abrieron las puertas del armario principal en la habitación climatizada, el que se mantenía bajo llave. Daichi sabía que ahí se guardaban cosas importantes, pero asumió que estaban relacionadas con Hayashi o la tigresa, según lo sugerido vagamente por el papá. La verdad lo deslumbró a golpe de vista. Los azules de la primera escena representada en el rollo lo sedujeron como si fueran ojos de mujer y en ese instante supo que su vida estaría dedicada en muy buena medida a solucionar ese misterio que los siglos le ponían en entre manos. Para él no había física, astronomía o negocio que lo distrajera. La única condición que Kashiwagi opuso para la puesta en marcha del plan fue que no sufriera el desempeño académico de Daichi, pero eso se daba por descontado. Jamás había llevado a casa nada que no fueran las notas más altas y ni siquiera estudiaba. Era todo un Fujiwara.

Luego de varios años encajonado, el documento de treinta y siete páginas que redactara Tadao con sus observaciones volvió a la luz. Fue Ohaguro quien se lo dio al hijo luego de enterarse con gran contento de los planes. Tadao lo recordaba, sí, pero no pensó que su análisis pudiera convertirse en el punto de partida. O tal vez. En casos como ése, si los había, solían concurrir la experiencia y el conocimiento de varios. Él ponía la suya en lo respectivo a las artes decorativas, pero en otros rubros su autoridad era nula. Algo semejante sucedía en el caso de Ohaguro, quien escuchaba con gran atención e intercambio entre Tadao y Daichi en los jardines del pabellón psiquiátrico. El Genji era tan grande de origen y había crecido tanto a lo largo de un milenio que ya nadie podía abarcarlo entero. Por eso la diversificación que se proponía en el plan de entonces. Obviamente, la situación era distinta y deberían adaptarse.

Kashiwagi vio con buenos ojos el renacimiento del proyecto de traducción. Estaba inmiscuido en un programa importante con el Instituto de Ciencia Espacial y Astronáutica de Japón y no había manera de que pudiera colaborar directamente, al menos por ahora, pero sí podía sumarse a la planeación, así que entre el papá, el hijo, la madre y Tadao trazaron las líneas principales de ejecución y, con base en ello fueron definiendo acciones concretas. En principio, el análisis debía subdividirse por especialidades: la poética del Genji exigía un

conocimiento muy concreto, lo mismo que la prosa; para lo relacionado con los elementos cotidianos, Tadao se bastaba, pero no conocía a quien tuviera los tamaños para la explorar por sí mismo los laberintos de la ilustración. Ya verían por dónde buscar. El plan original de acudir a los contactos de las osas seguía siendo viable, pues no había forma de igualar la pasión de las feministas tratándose de la Shikibu. Lo más importante por ahora era ser pacientes, avanzar milímetro a milímetro, sin tregua. El mundo era más ancho que Japón y si era necesario lo recorrerían buscando a las personas ideales.

Conforme definían las estrategias, Ohaguro fue mostrándose como la ideal para coordinar los esfuerzos generales. Tenía la visión global para tejer las redes sin que el asunto se les fuera a salir de las manos con las consabidas autoridades japonesas. Propuso que los asignados a cada área de investigación trabajaran por separado el tiempo necesario hasta que los aportes pudieran ser integrados. Ella daría la cara a los elegidos para cada labor y coordinaría con precisión milimétrica cuidando de no hacer ruido en los círculos especializados. Daichi movería los hilos que la mamá no podía mover por su situación con la ayuda de Tadao. El empuje del joven y el tiento del viejo combinaban a la perfección. Entre los dos contaban con los recursos para solventar las actividades. Los de Tadao bastaban por lo pronto y Daichi entraría en posesión de los suyos en pocos años, lo que no obstaba para nada, pues Kashiwagi, administrador designado para su hijo, estaba más que de acuerdo con los planes. El punto de partida se había fijado. El resto se iría decidiendo sobre la marcha. Brindaron por la empresa con tres jugos de naranja que Daichi trajo de la cafetería. Cuando el brindis parecía terminado, Tadao se refirió a Hayashi y a Mishima, los grandes ausentes del entramado. A su salud.

Los oficios de Ohaguro con las osas y los círculos feministas dieron sus primeros frutos pocos meses después. Los nombres de catorce mujeres y tres hombres conformaron la lista inicial de candidatos expertos. Ohaguro fue reuniendo la información que Daichi le procuraba sobre cada uno. Estudiaba sus logros e imaginaba sus capacidades. Cuando los datos le parecían bastantes y si el candidato prometía, se incluía su nombre en una segunda lista. De los diecisiete quedaron siete japonesas nada más. Algunas de ellas eran conocidas en el círculo de las osas, por lo que Ohaguro pidió la opinión de Ichika, quien se tomó su tiempo para expresarla. No le gustaban las candidatas. Se había puesto a leer sus principales trabajos publicados y ninguna le impresionaba. Las ideas de unas eran refritos de lo expuesto por las otras

y ninguna destacaba por la agudeza o la originalidad. Descorazonada, Ichika hizo por contactar a los viejos miembros del círculo de estudio en que se habían formado Kashiwagi y ella. Se le ocurrió escribir a su hermana. No la veía desde el omiyamairi de Daichi, pues había vuelto a Italia con su simpática hija, pero nunca se sabía de dónde podía surgir el nombre indicado. La hermana respondió mencionando el nombre de un catedrático siciliano cuya reputación crecía en los círculos especializados. Su conocimiento de la poesía clásica era insultante y de unos diez años a la fecha, se dedicaba a la poesía oriental casi exclusivamente. Estaba cerca de publicar el primer tomo de su traducción al italiano del Genji y ya había revuelo entre los intelectuales italianos, franceses, suizos e ingleses, a quienes había consultado a lo largo de la investigación. Martina lo conocía personalmente, aunque hacía muchísimo tiempo que dejara de verlo. Hasta donde sabía, estaba ligado a las radicales de Konan desde el punto de vista formativo y académico. "No sé si eso sea bueno o malo", remató con tono de sorna la madre de Martina al final de su mensaje. Se llamaba Damiano Castiglione y no era tan viejo como podía suponerse, lo que bien podía convertirse en una ventaja tomando en cuenta la edad promedio de los eruditos japoneses, "tan dados a morirse dejando a medias sus investigaciones", ironizó.

Las feministas de Konan corroboraron lo dicho por la madre de Martina abundando en las virtudes del tal Castiglione, lo que era extrañísimo tratándose de un varón. La agudeza del siciliano era fascinante y su extranjería, lejos de afectar, terminaba siendo una gran ventaja por la frescura de sus puntos de vista e inclinaciones. Los nacionalismos le tenían sin pendiente. Para él sólo existía la literatura. Adjunta a la respuesta, enviaron una serie de artículos de Castiglione que habían sido traducidos al japonés y publicados en medios locales especializados. También le mandaban una lista no exhaustiva de sus principales colaboraciones en revistas italianas y una bibliografía general. Sus *Ensayos reunidos* eran deleitosos y buen ejemplo de sus capacidades. En unos días le enviarían la traducción inglesa de los mismos. "Es el prodigio de la universidad de Catania."

Ohaguro y Daichi devoraron los ensayos y, convencidos del potencial, encomendaron su lectura a Tadao y Kashiwagi. Éste se prendó de la sensibilidad poética del italiano. Sin protagonismos, se mostraba exhaustivo mas no recalcitrante. Tenía un don para la literatura comparada, por supuesto, pero era nada junto a su intuición en el análisis de la genjiana. Se plegaba a las interpretaciones tradicionales de los waka si los argumentos le convencían, mas no temía apartarse de la

academia, lo que era una ventaja. De hecho, la grandeza de Castiglione derivaba de ese espíritu independiente, cuestionable por momentos pero nunca desbocado. El tipo sabía su cuento, su valía, y no se avergonzaba de demostrarla. "Qué le vamos a hacer si el hombre es italiano", concluyó Tadao luego de debatir algunos excesos de la estrella siciliana. Ohaguro asintió y dio por hecho que Damiano era el candidato óptimo para la investigación poética. Ya le escribiría ella cuando hubieran elegido a los demás.

De los cuatro implicados en la etapa de planeación, sólo Tadao tenía una idea justa de lo difícil que sería encontrar un experto en el área pictórica. El texto de la novela exigía un conocimiento especializado que muy pocas personas reunían, por lo que el espectro del cual elegir era relativamente pequeño. Sin embargo, al tratarse de la pintura y la ilustración, las opciones se multiplicaban hasta abrumar. Las técnicas de ejecución, sus incontables variantes y derivaciones a las artes decorativas habían llevado a una especialización que no convenía a los objetivos del proyecto. De querer ser exhaustivos, tendrían que contar con el consejo de al menos cinco expertos y eso aumentaba las posibilidades de una fuga de información. Además, a diferencia de las cuestiones puramente filológicas y lexicológicas, en el caso de la pintura y las artes decorativas entraba en juego un factor distinto al académico: el tráfico a nivel nacional e internacional. El movimiento de las piezas, ya fuera legal o ilegal, hacía imposible el rastreo de datos por medios tradicionales. Al seguir la pista de un juego de té ilustrado, por ejemplo, se lograba establecer la procedencia y dos o tres etapas subsecuentes, pero de pronto los objetos se esfumaban y ni los investigadores más acuciosos lograban dar con ellos. Así, se hacía imposible verificar las descripciones escritas con los objetos en sí o con fotografías o elementos de diferenciación más confiables. Por si este problema no bastara, los expertos descollantes en estos rubros no se encontraban en las aulas sino entre los marchantes de arte antiguo, abundantísimos en Japón y en el mundo entero. Sus redes, intrincadas como un sistema de raíces, estaban diseñadas precisamente para confundir, para desviar, para hundirse en la oscuridad hasta perderse. El extravío era el objetivo, si no principal, sí secundario para los traficantes ilegales. Sus expertos en autentificación estaban comprometidos no con la verdad, sino con tal o cual organización. Consultar era advertir a los rivales, a los más competitivos, rapaces y ambiciosos. Además, la falsificación era un cáncer que multiplicaba por mil las pistas falsas, la pérdida de tiempo. Y falsificadores habían existido en todas las épocas. Si era complejo

descubrirlos en obras más o menos recientes, la tarea se hacía prácticamente imposible tratándose de obra dudosa de épocas más lejanas, pues las piezas iban adquiriendo una suerte de legitimidad alterna dada su antigüedad y no el origen, lo que terminaba por empantanar cualquier línea de investigación prometedora. Los pigmentos, su composición, la fuente de los mismos, los vehículos de las obras (lienzos, tablas, cerámica, metales, vidrio), su valor intrínseco, su valor de mercado, la dificultad de llevarlas de un punto al otro, las policías, los coleccionistas y sus obsesiones, hasta la vanidad de los ladrones profesionales entraba en juego para valorar las cuestiones más nimias, como un tipo de laca. Por suerte, el colmillo de Tadao había crecido acostumbrado a este tipo de contradicciones y tenía una idea primordial de cómo enfrentarlas. Sus contactos y experiencia le permitían sortear los obstáculos principales pero llegado un cierto punto, sus problemas eran idénticos a los de la mayoría, estuvieran en el bando que estuvieran.

El coleccionista fue adentrando a Daichi en este tipo de complejidades relatándole historias tan inverosímiles como los objetos que las inspiraban. Muchos de ellos formaban parte de la colección particular de Tadao, a la que tenían acceso sólo cuatro personas: él mismo, Ichika, Goto y ahora Daichi. Cinco décadas había invertido en el arte de dominar sus impulsos, su vanidad, el entusiasmo desmedido que la belleza inspira con su proximidad. Desde los veinte años se había propuesto reunir la colección entre la cual se paseaba con un placer desconocido para los legos y ya le faltaba poco para llegar a los setenta. Cincuenta años sin resbalar, sin irse de la lengua, sin sugerir incluso a los más queridos y admirados la verdadera composición de su tesoro personal, integrado por delicadezas legales e ilegales, genuinas y dudosas. Aquí una taza impecable, pequeñita, y allá un biombo discreto pero de valor incalculable. Tres veces lo que valía la casa daría la persona indicada a cambio de ésta, de aquella pieza. Pero no. Tenía sus reglas: jamás permitir que lo gobernara la avaricia y afectar lo menos a terceros involucrados, que siempre los había si las piezas eran importantes. Las herencias, los legados, las cuitas familiares, las rupturas entre socios, amigos, amantes, las separaciones, los divorcios, la cárcel, las confiscaciones, las envidias y la suerte se combinaban con mil factores más de los que un coleccionista debía cuidarse. Tadao lo había logrado. Al participar en el proyecto de traducción y autentificación del capítulo faltante y su rollo ilustrado arriesgaba más que cualquiera de los otros, lo que no importaba demasiado sabiendo que al hacerlo cumplía con los

deseos más profundos de Mishima, el amigo con quien accediera a alturas que muy pocos conocían. El iluminado. Departir con la figura, verle los poros, las arrugas, la expresión limpia y suspicaz a un tiempo, el cuello medio torcido de la camisa, esas venas… las minucias crecían en idéntica medida que su fama, su celebridad, su trascendencia. Y él, el humilde Tadao, lo había atestiguado todo sin merecer ni una décima parte del honor. Tantísimo a cambio de nada le había dado Mishima y ahora debía compensar. Esa era la razón principal que lo movía aparte del amor a la hija, al yerno. Hayashi le inspiraba admiración irrestricta por los dones y capacidades, pero no cariño y algo parecido le sucedía con Kashiwagi. Por Ohaguro sentía ternura y hasta un poco de lástima, a lo que no era muy dado Tadao precisamente por su humildad natural. No obstante, Daichi lo doblaba con su curiosidad, su simpatía, sus dones. Le gustaba ver en él al hijo que nunca había tenido ni deseado hasta entonces. La inteligencia del muchacho, ostensible desde los primeros años, lo iba conquistando con cada comentario, con las gracejadas que se permitía de vez en cuando siendo Tadao un hombre esencialmente adusto. Si Daichi fuera el nieto, su felicidad sería completa, mas lo feliz nunca lo es por entero y el coleccionista estaba muy consciente de ello.

Sin embargo, cualquiera que lo hubiera visto arribar al principal evento de exhibición e intercambio de antigüedades en Japón, celebrado anualmente en un lujoso hotel de Tokio y sus inmediaciones, habría dado por hecho que Tadao y Daichi eran parientes cercanos, si no es que padre e hijo. Así de contento, de pleno se veía el serio acompañado por el joven. Sus conocidos de años señalaban la locuacidad, el entusiasmo redoblado del que Tadao hacía gala. Felices compartieron sus paseos entre los casi 300 000 objetos de todo tipo que allí se exhibían o mercaban, desde enseres menores hasta piezas de valor incalculable. Entre los cientos de ferias y eventos similares que se organizaban en Japón por aquellos años, el que nos atañe era el principal en cuanto a la representación gráfica. Las pinturas, los grabados, y sus manifestaciones derivadas a los objetos de uso cotidiano, convertían al evento en uno de los principales a nivel internacional.

Los entendidos de buena parte del mundo se reunían en los bares y restaurantes del hotel, prolongando la experiencia cuando el horario de exhibición llegaba a su fin. En uno de estos locales cenaban Tadao y Daichi luego de la jornada inaugural cuando vieron pasar a una pareja estrambótica que robó su atención. No cabía duda de que eran extranjeros. Se parecían, aunque siendo justos las diferencias eran

muchísimo más ostensibles que las semejanzas. De hecho, nadie podía parecerse al más joven de los dos, con ese tamaño descomunal, con esa gordura. Acaso los más grandes entre los luchadores de sumo le competían al fenómeno, pero no los que él conocía por los medios y las publicaciones que le caían en las manos sin ser aficionado a los deportes. El gigante pasó junto a la mesa llevando un platón de carnes frías que parecía suficiente para todos los comensales del restaurante, unos diez. La impresión era tal que nada se dijeron Tadao y Daichi por unos minutos. Cuando el menor apuntaba algo al fin, Tadao lo interrumpió diciendo que ya se sabía de ellos, que no podía equivocarse. Desde unos tres años antes se venía hablando de la colección excepcional que un armador noruego había ido integrando a lo largo de su vida. Tan importante era el acervo pictórico que ya se construía un museo para albergarlo. Museo aparte, se rumoraba que el hijo, un monstruo de 200 kilos, alto como un librero, poseía una colección aún más exquisita que la del padre. La erudición del gordo, su instinto, sus relaciones, eran tema de conversación entre los coleccionistas europeos, norteamericanos y japoneses. Compraba bien y vendía mal por su aversión al desprendimiento, pero sus recursos se lo permitían. Los del padre, más bien, aunque su suegro, se decía, era diez veces más rico que el armador. Vete a saber habiendo tanta mentira, tanta envidia en esos círculos.

Pensaba Daichi en la dificultad que el grandote habría tenido para hallar una pareja cualquiera, ya no digamos acaudalada, cuando Tadao, luego de forzar la memoria unos minutos, dio con el apellido del armador. Rudi. Sí. Algo Rudi. Con eso le bastaba para ir a presentarse. Aguardó a que terminaran de cenar para interrumpirlos, lo que sucedió cerca de dos horas después de su llegada, pues el gordo regresaba a la barra del bufete después de vaciar los platones y su apetito no menguaba. El señor Rudi, muy grande también comparado con la media japonesa, esperaba a que el hijo se saciara bebiendo la tercera taza de café. Era un hombre paciente acostumbrado a tolerar los excesos del joven, que podía meterse media barra de pan blanco en la boca sin mayor esfuerzo. Ni Tadao ni Daichi habían visto jamás dedos tan gruesos como los de Sevri. Parecían…

Fujiwara intentaba dar con la palabra exacta cuando Tadao se levantó de la silla con la intención de presentarse. “Déjame a mí. Quédate pendiente por si te llamo”, apuntó. En ese momento, Sevri cedió al antojo que ya lo distraía desde la mañana y se fue por ahí a conseguir un pastel de queso tipo nube, famosos por la ligereza y por temblar como si fueran de gelatina. El papá quedó solo en la mesa, en

espera de la cuarta taza de café.

—El señor Rudi, de Noruega, supongo yo.

—Desde pequeño —reaccionó el armador al tiempo que se incorporaba de la silla para saludar.

—Mi nombre es Tadao Ono y soy capaz de cualquier barbaridad si una pieza me lo exige. De usted se dicen cosas parecidas y no quise perder la oportunidad de saludarlo personalmente.

—Un apellido difícil de olvidar… Alguno de mis conocidos lo ha mencionado. ¿Gusta sentarse con nosotros?

—Sólo si me permite invitarles la cena.

—Me parece un exceso, señor Ono, pero con gusto le acepto uno de esos whiskies locales que son tan buenos como los escoceses.

Tadao llamó al mesero y pidió una botella de Hibiki. Mientras la esperaban, Sevri regresó para informar al papá que iría a la calle por el famoso pastel. Ahí cerca vendían uno extraordinario. Se presentó con el ánimo de no interrumpir y se fue por donde había venido robando las miradas de los comensales. Tadao se quedó viendo su propia mano cuando la de Sevri ya lo había soltado. Apenas le abarcaba tres dedos con ella.

—Pero usted tampoco está solo, Tadao… ¿Puedo llamarle por su nombre de pila? No quisiera faltarle y es tan fácil hacerlo siendo un extranjero.

—Me honra que lo haga, señor Rudi. Si no le molesta, me gustaría presentarle a mi sobrino —comentó Tadao haciendo una seña discreta a Daichi, quien se dispuso a unirse con los otros dos.

Sevri no regresó a la mesa. Estaba a punto de hacerlo cuando vio que el papá seguía acompañado y se disculpó a distancia por medio de una seña. Mejor llevarse el pastel al cuarto para comerlo a gusto. Al advertir que el monstruo ése no volvía, Daichi se disculpó dejando solos a los dos mayores. Ninguno trató de retenerlo.

El Hibiki tenía un regusto que hacía pensar en los whiskies artesanales de las islas Orcadas y eso puso de buenas al armador. Por importante que fuera su colección pictórica, lo suyo era la talla en madera. El padre había tallado, lo mismo que el abuelo y el bisabuelo. Era el origen de todo. El astillero mismo derivaba de la pasión por la madera. Las planchas de impresión antigua tenían alma. De eso estaba seguro por haber tenido entre las manos una pieza de Moronobu dos años antes en esa misma exposición. Ofreció un dineral y ni así se la vendieron por ser una *shunga* extraordinaria del xilografista. ¿Para qué la ofrecían si no deseaban vender en realidad? Era más fácil tratar con los

rusos para esas cosas. La mención a estos dio pie a una pausa que Tadao aprovechó para empinar el codo y el señor Rudi para arrepentirse por irse un poquito de la lengua.

—La cuestión es acercarse a los japoneses indicados. Los hay de todo tipo si se sabe buscar, algunos muy útiles —sugirió Tadao para corresponder en cierto modo a la confidencia de Rudi.

—Me interesan los más serios y flexibles. Si mi hijo los aprueba, yo no tengo nada que oponer. En ciertos asuntos quien decide es él. Tiene un instinto… Si mi colección es lo que es, se lo debo en buena medida. Ah, pero tratándose de placas de impresión su opinión me importa un rábano —alardeó el armador tratando de recordar la palabrita que los japoneses usaban para brindar sin dar con ella.

Media botella más tarde, Ono y Rudi caminaban juntos por los pasillos de la exhibición. El noruego se tambaleaba un poco y seguía al japonés con un aire absorto, fijándose en una que otra pieza sin prestar verdadera atención a ninguna. Luego de unos minutos, llegaron a un puesto en que nada se exhibía. Los dos que jugaban al Go dejaron de hacerlo en cuanto vieron a Tadao. La solicitud por atenderlo era excesiva. Parecían nerviosos y Tadao no hacía por relajar la tensión sino al contrario. Su tono era enérgico. El señor Rudi era un amigo personal que los visitaba desde Noruega. Les pedía que lo atendieran como si se tratara de él mismo. ¿De acuerdo? Los marchantes asintieron mostrando sus respetos al armador. Ahí tenía sus datos. Una llamada y ellos irían a verlo para ayudarle en lo que fuera, a la hora que fuera, como si se tratara del señor Ono.

El noruego quedó profundamente agradecido. Tenía unos días disponibles y bien podía invertirlos en algunas pinturas del "mundo flotante", como se conocía a la xilografía japonesa de una determinada época. O en otras obras de importancia. Su hijo Sevri tendría la última palabra.

La amistad entre el japonés y el noruego fue tan sólida y productiva como lo había sido la del armador con su ahora consuegro, el ruso Plotnikov. Año tras año, los amigos se encontraban en la exhibición con un abrazo y una botella de Hibiki. Ni Sevri ni Daichi volvieron a estar en los encuentros, pero participaban activamente tras bambalinas. Era lo mejor para todos.

De este modo se cruzaron los caminos de Daichi y el gigantesco. Con el tiempo se confirmó lo dicho por el señor Rudi y por tantos otros que empezaban a hablar de él: Sevri tenía un conocimiento excepcional que igualaba a los expertos japoneses en su propio terreno y no

desmerecía tratándose de los mejores en cualquier parte del mundo. A pesar de no conocerse personalmente por culpa del pastel-nube, Daichi siguió la pista del gordo extraordinario encontrándole cada vez mayor viabilidad para el proyecto que lo ocupaba. A Ohaguro le fascinaba la obstinación con que Sevri se ponía a la obra una vez fijados los objetivos que fueran y Tadao destacaba por encima de todo su vinculación con grupos y personas de interés por medio mundo. Si optaban por él a fin de cuentas para encargarse de lo pictórico y si el encargo le interesaba genuinamente, se abrirían puertas que de otro modo permanecerían cerradas. La familia de la esposa tenía las llaves para abrirlas, y aunque rara vez se refería el señor Rudi a su nuera, el peso de los Plotnikov era evidente.

*

Marion fue la última en ser detectada por el radar de Fujiwara. El nombre salió a colación en un correo electrónico que Ohaguro recibió de una de las principales de la Compañía del Oso, la bisnieta de Kiuchi Teoko, cofundadora de *Seito*, la revista feminista ya citada que había hecho y hacía época en Japón trabajando desde la Universidad de Waseda. Este grupo había revisado la trayectoria de más de cien aspirantes europeas eligiendo por mucho y sin dudar a Marion de La Rochefoucauld como la mejor de todas para internarse en el *Eiga Monogatari*, explorando a fondo la posibilidad de que Emon Akazome, la conocida poetisa Heian, participara en la redacción de la primera parte de esta novela colectiva. El año que pasó estudiando con ellas dejó en claro que la elección había sido de lo más afortunada, tanto que Marion fue propuesta para integrar el comité de selección en los tiempos venideros. El trabajo de la francesa había dado una nueva estatura a la Universidad de Lille entre los centros de educación superior japoneses. De ese tamaño era su competencia, su fiabilidad, su dedicación. Con el irrestricto y justificado apoyo de las feministas, el trabajo de Marion fue publicado en dieciocho revistas de once países, todo en año y medio. La reputación crecía a la par de sus capacidades. Eso a todos les quedaba claro y Ohaguro no era la excepción. A la señora le sobraban credenciales para el encargo.

Sin embargo, la aptitud académica quedó un tanto relegada luego de que Daichi emprendiera su primer viaje de recreo a Europa, mismo que por supuesto aprovechó para extender sus indagaciones sobre los

candidatos. Las amistades que el señor Rudi les iba poniendo sobre la mesa brindaban una ayuda inestimable en la valoración. Una de estas personas fue quien lo alertó de la extraordinaria competencia de la hermana de Marion en lo referente a la estampa. En unos años se había convertido en la máxima autoridad y encargada de facto de la ingente colección del Instituto de Bellas Artes. Nadie la conocía mejor que ella. Desde muchos puntos de vista, Coraline podía resultar tan útil como Marion. No obstante, su papel central en los archivos artísticos de la nación francesa la ponía en la mira de la Dirección General de Seguridad Exterior, de sus "corresponsables honorables", tan celosos como ineficientes en la detección de redes de tráfico internacional. Debían ser cautos, pero valía la pena correr los riesgos. En cierto sentido, contar con una hermana era contar con la otra. Ya vería Daichi la forma de aprovechar el potencial de ambas. Sumadas al genio de Sevri, las hermanas constituían un activo fabuloso que no podían desaprovechar.

El joven Daichi aprovechó también el viaje para explorar dos centros de investigación psiquiátrica descollantes en el tratamiento de la bipolaridad del tipo uno. Aunque los episodios críticos de la mamá se habían reducido considerablemente con los micro ajustes de las dosis medicamentosas, la intensidad de los mismos preocupaba. Los delirios comenzaban con un retoque minucioso del ohaguro, señal inequívoca de una crisis psicótica en puerta. Hasta tres meses de tratamiento especializado se requerían para devolverle la operatividad y no se lograba este objetivo sin aumentar considerablemente las dosis de ciertos medicamentos que arruinaban la vida de la enferma. El mundo se transformaba entonces en un gris acromático. La apatía lo invadía todo y hasta responder un saludo se volvía imposible. Era preferible morir a vivir en ese estado, una mala simulación. "Eso no, Daichi. No mi amor. Mejor ayúdame a morir. Te lo pido en serio. La pastilla roja me cancela el alma, me la embota. Las voces huyen pero sólo queda el silencio y no se puede vivir del silencio." Casi a diario le rogaba al hijo con argumentos similares que se iban volviendo insoportables.

En una de estas crisis Kashiwagi se desahogó con un colega tímido y bienintencionado que lo remitió a un conocido en la Facultad de Medicina. Éste le habló de un tratamiento experimental que se iba documentando en Ámsterdam y Bruselas. Los trabajos eran coordinados por una fundación que recibía dineros de tres fideicomisos académicos, uno de ellos japonés, lo que facilitó el contacto con las cabezas del proyecto. Ohaguro era candidata al tratamiento, pero la supervisión del

mismo le exigía vivir ya fuera en Holanda o en Bélgica por dos años. "Imposible", se dijo Daichi al salir de la entrevista con los principales de la rama holandesa, pero la idea le siguió revoloteando por ser la única que ofrecía la esperanza de una vida llevadera en casos desesperados como el de su madre. ¿Por qué no?

Kashiwagi no quedó muy convencido por los argumentos de los holandeses, pero nada mejor pudo poner sobre la mesa cuando se discutió el problema en la casa de Manami. Acudir a tratamientos alternativos le descomponía el ánimo, pero más se lo descomponía la mirada hueca de Ohaguro y el abatimiento general de su hijo, quien se iba echando sobre los hombros un peso demasiado alto como para llevarlo a solas. Era obligación de Kashiwagi ayudar con la carga; por supuesto que contaba con él. "Y conmigo. Para lo que sea", apuntó Nyoko antes de retirarse de la biblioteca dejando solos al padre y al hijo.

—Eres un hombre afortunado —comentó Daichi enternecido por la buena voluntad de la madrastra, quien iba dejando de serlo para convertirse en una especie de hermana.

—Tú no tienes motivo de queja —respondió Kashiwagi tendiendo a Daichi una carpeta azul.

Al abrirla, el hijo leyó la sentencia definitiva del juicio de desaparición de persona de Chushiro Hayashi. El patrimonio del abuelo le correspondía formalmente. Éste se sumaba al de la tigresa, que había llegado a sus manos por vías extrajudiciales gracias a la visión de Hayashi y de los monjes, que operaron por debajo del agua para evitar la fiscalización de los recursos.

—Eres más rico que yo, avispita —bromeó el papá, pues hacía poco menos de un año que el Alzheimer había robado a su madre la capacidad de deglutir, llevándosela a la tumba en menos de una semana, con lo que Kashiwagi Fujiwara era, ahora sí en pleno, la cabeza del clan milenario en su rama principal. Ni siquiera él sabía que su padre, fenecido mucho antes que la madre, había dispuesto un fideicomiso para garantizar el futuro de su esposa enferma. Apocado en casi todo, el hombre no lo era en lo financiero y la sorpresa fue mayúscula, igual que lo había sido en su momento la fortuna del papá de la tigresa. El fiduciario, siguiendo instrucciones precisas, había canalizado una fracción de los recursos para solventar los gastos de atención médica y hospitalaria sin alertar de la existencia misma del fideicomiso, truculencia innecesaria que dio mil placeres secretos al buen señor Fujiwara, quien murió sonriente imaginando el júbilo de su hijo único al enterarse. "Nunca fui tan brillante como tú, pero puedo ayudar a que

brilles tranquilo." Así terminaba la nota manuscrita del papá que el funcionario del banco le entregó en plena diligencia judicial. Pero eso no era todo. El discreto señor Fujiwara había movido los hilos durante más de diez años para que la viuda de Takata, sin hijos ni familia cercana, heredara a su Kashiwagi la fortuna del almirante. La opción era que el dinero se lo quedara el estado, lo que jamás ha sido aliciente para nadie, por lo que no costó demasiado convencer a la ricachona.

—Ya se te va poniendo cara de avaro. La Takata acabó con lo bueno que había en ti —bromeo en respuesta Daichi al tiempo que cerraba la carpeta azul con una sonrisa que había aguardado años para ser esbozada.

—Quedan restos, hijo. Por cierto, llevo ya algunos meses dándole vueltas al asunto de las casas y ahora que eres dueño de ésta en la que vivo, me parece que debemos poner orden entre los dos, pues lo mío terminará por ser tuyo.

—¿Qué propones?

—Deshacernos de lo que no vale la pena para concentrarnos en lo que sí. Mi idea es capitalizar las propiedades para diversificar, pero eso es aburrido como la suela de un zapato. Lo divertido sería convertir este paraíso de tu abuelo Chushiro en el sueño de los que nos han antecedido. Hagamos de la casa el verdadero palacio Fujiwara. Ya pones caras y ni me has escuchado bien.

—Te escucho, pues.

—Uno de los vecinos, el de los perros babeantes, me dijo que el ayuntamiento planea cambiar los deslindes a la orilla del río y cabe la posibilidad de que se vendan unos miles de metros cuadrados de esos que permanecen sin fincar entre el río y las propiedades que miran al Este, como la nuestra. Si nos avivamos, podemos comprar unos cuatrocientos metros para crear el jardín de invierno al que tu abuelo le hacía el feo por pura necedad. Además, he decidido renovar el observatorio, y para que los nuevos equipos quepan, se debe modificar la estructura de la cúpula y parte del estudio. Si nos ponemos de acuerdo, tal vez convenga que tú y tu mamá se salgan un tiempo que bien podrían pasar en Ámsterdam atendiéndola. Si sabes organizarte puedes sacar jugo de la situación mientras yo me encargo aquí. Es una posibilidad real. Piénsala.

Daichi la pensó y con el paso de los días la idea del papá fue adaptándose a las necesidades de todos los involucrados, como suele suceder con las ocurrencias que están destinadas a convertirse en realidad. El discreto hotelito en que se había hospedado en la capital

holandesa le había robado el corazón por la ubicación inmejorable y la sencillez. Van Gelder, se llamaba. Podría buscar un arreglo de larga estancia con los dueños. Según lo discutido con los médicos holandeses, Ohaguro pasaría dos semanas internada con ellos y una fuera para valorar los resultados en un ambiente más parecido al cotidiano que al del hospital. El joven que era Daichi se ilusionó con esa vida. Se imaginó investigando sin prisas en todas esas fuentes que la vieja Europa le guardaba. Podía viajar solo mientras la mamá estuviera internada o con ella si su estado lo permitía; era cuestión de conseguir una buena enfermera. Y trabajaría en las traducciones que los otros llevaban avanzadas.

A Ohaguro le fascinó la idea. En los periodos de remisión de la enfermedad tenía una claridad completa de su situación y le gustaba colaborar para hacerle más ligera la carga a Daichi. Aportó algunas de las mejores ideas al plan general, estudió a fondo la oferta de los holandeses, se entusiasmó con ella y besó a Daichi en la frente al despedirlo en su segundo viaje a Europa. Cada día se ponía más guapo. Más que Kashiwagi incluso, lo que no era poco. Su Fujiwara lo era en toda la extensión de la palabra.

Tadao lo acompañó esta vez. Luego de un par de días recorriendo el Rijsmuseum y los más de ochenta anticuarios ubicados en el Spiegelkwartier, el coleccionista partió a Tromsø para reunirse con el señor Rudi, quien lo había invitado a quedarse en su casa de madera y cristal para hablar de arte, su juego, su vicio, su apuesta. Las cartas cruzadas entre esos dos habían sellado una amistad improbable dadas las diferencias de carácter. Como fuera, el humilde y el vehemente congeniaban en tanto Daichi se empleaba en sondear al hermano de la dueña del Van Gelder, quien se encargaba del día a día en el hotelito. Conforme hablaban, iba quedando en claro que la situación financiera era endeble, lo que dificultaba un acuerdo tan largo. Es más: los acreedores estaban a un par de meses de hacerse con el Van Gelder, cuya localización privilegiada era un anzuelo para los inversionistas. Por mera casualidad, ¿no estaría el señor Fujiwara interesado en el hotel como inversión? La oportunidad era inmejorable y los hermanos Van Gelder preferían mil veces que el edificio quedara en manos particulares y no en las de algún fondo buitre con capital qatarí. ¿De cuánto estaban hablando?

La propuesta informal se fue haciendo más atractiva conforme Daichi estudiaba el fondo del asunto. Pasada la gran crisis inmobiliaria mundial, el mercado europeo se ajustaba a la baja por primera vez en

décadas. Esta situación casi paradójica tenía tintes de provisionalidad, sobre todo en fincas de alto valor comercial como lo era el Van Gelder. Si con la propuesta económica el señor Fujiwara garantizaba conservar el nombre del establecimiento por veinte años, existían buenas probabilidades de alcanzar un acuerdo.

En días se hizo Daichi con la información más trascendente. Era un hecho que el valor comercial en la zona de Damrak no había bajado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, a no ser por los dos años anteriores. Los esfuerzos de las autoridades por blindar la economía local llevaron a plantear estímulos fiscales que durarían tres años más. Por si fuera poco, las tasas de cambio debilitaban al dólar frente al euro, lo que favorecía una tendencia alcista del yen. La ocupación hotelera se mantenía por las nubes. El gentío que desfilaba por los embarcaderos veinticuatro horas al día daba buena cuenta de ello. Con los datos más importantes en la mano, Daichi calculó que el metro cuadrado del hotelito estaría subvalorado en alrededor de 16 por ciento. Quizá dieciocho. Con las tasas de interés japonesas crónicamente bajas y hasta negativas en muchos casos, la oportunidad de negocio era atractiva.

Una semana después de la partida a Tromsø, Daichi se encontró con Tadao en el aeropuerto de Schiphol. Bajo el brazo llevaba un plan de negocios más o menos serio que entregó al coleccionista. Entre bocadillos veganos y jugos energéticos le comentó a grandes rasgos sus hallazgos. "Piénsalo en el avión. Si le ves futuro, los Goto podían estar interesados." El celo de Daichi era enternecedor. Hasta el nombre para la posible sociedad comercial les proponía: Inmobiliaria del Oso. Tadao se divirtió con la ocurrencia y prometió leer el documento en el avión. Se despidieron con la idea de reunirse unos días después en Kioto, cuando Daichi terminara de atender sus asuntos.

La propuesta entusiasmó a Goto tanto como a Tadao. Hombres de negocios, le hallaron viabilidad al plan sin darle muchas vueltas. Kashiwagi parecía algo más reacio, pero no atinaba a esgrimir un buen argumento en contra a no ser por los gastos que el nuevo telescopio y la remodelación le acarreaban. Ichika terminaba de formarse una opinión y aprovechó los días consultando a gente bien informada de la universidad. Con la debida asesoría legal bien coordinada entre algún despacho holandés y el de los abogados de Tadao, el negocio pintaba. La última en dar su opinión fue Ohaguro, aunque ella pensó que era la primera en hacerlo. La mujer era pura sonrisa al entrever la aventura. Se imaginaba a Daichi caminando con ella en un campo de tulipanes y, aunque la imagen era pedestre, la hacía soñar despierta. También la

ilusionaba un cambio de aires pues el pabellón psiquiátrico, su segundo hogar, le venía aburriendo de un tiempo para acá.

Cinco meses después de empezar las negociaciones, la Inmobiliaria del Oso se convirtió en dueña del Van Gelder. Daichi Fujiwara, su gerente general, entregó a la madre las tijeras con que ésta cortó el listón inaugural dando inicio a una celebración bastante animada en el comedor del hotel. La sobrina de los anteriores propietarios, una belleza altísima con un mechón cuyo color cambiaba dos veces al mes, fue contratada por Daichi para la administración general y para ayudarlos a sortear los problemas relacionados con la idiosincrasia, que no eran pocos al inicio de la operación. La muchacha era de una eficiencia extraordinaria y se llevaba de maravilla con Ohaguro, quien coordinaba los planes de remodelación de las áreas comunes con la misma solvencia del hijo.

A Daichi le preocupaba la excitación que le iba notando a su mamá desde los preparativos para el viaje. El psiquiatra de cabecera le había dado indicaciones para enfrentar una eventual crisis, previsible dada la intensidad emocional que la mudanza implicaba. La coordinación entre la clínica japonesa y los holandeses había sido fluida, por lo que Daichi se sentía a cobijo en lo referente a la salud de Ohaguro, pero nada lo preparó para la escena con que se encontró una tarde en el comedor de Van Gelder, único lugar fuera de las habitaciones que iba quedando disponible durante la remodelación: la del mechón le renovaba el ohaguro a la patrona. Fascinada, la joven se adentraba en esa tradición tan extraña que no le sorprendía. Daichi palideció cuando su madre le presentó a la muchacha como si fuera otra. “Saluda a tu prima, avispita; yo la veo más guapa cada día.” Y de ahí no la sacaron por algún tiempo. La sierpe de la locura se enseñoreaba. Hija de puta.

*

El invierno holandés cumplió la amenaza que los médicos anticiparan desde las reuniones informativas. Conforme el día se iba acortando, la melancolía de Ohaguro se ensanchaba adentrándola en un ciclo depresivo cuyos estadios iniciales hacían temer lo peor. Una noche, poco después del cambio de personal en las instalaciones del psiquiátrico, la enfermera en turno halló a Ohaguro sentada en el suelo de su cuarto de baño. De alguna parte había obtenido un cuaderno y, lo más grave, un lápiz bicolor con el que podía lastimarse. Dibujaba la

misma silueta cuatro veces en cada hoja para luego arrancarla del cuaderno y echarla por donde fuera hecha bolita. La mitad del cuaderno estaba ya desperdigado. Y fumaba como loca usando el lavamanos como cenicero. ¿De dónde había sacado el encendedor y la cajetilla? Las cajetillas, pues la enfermera contó cuarenta y siete colillas con dos o tres caladas cada una. Encendía, dejaba el cigarrillo al borde del lavabo, trazaba un par de siluetas iguales, daba una segunda calada, dibujaba un poco más y encendía otro cigarrillo olvidando que el anterior aún humeaba. Los detectores de humo habían fallado y ella, la enfermera, había fallado triplemente al permitir que la paciente se hiciera con el lápiz, el encendedor y los cigarrillos a deshoras, pues se permitía fumar, pero nunca en las habitaciones ni dándose fuego a solas. El expediente de la japonesa no mencionaba el tabaquismo. Jamás se había mostrado interesada en fumar durante las terapias grupales y ahora esto. La enfermera se hizo a la idea de una severa reprimenda, pero la prefería a alterar la escena para dulcificar su pifia. La supervisora era inflexible y prefería la sinceridad a la eficiencia incluso, así que luego de quitarle el bicolor y el encendedor a la paciente, fue a reportar los hechos cargada de vergüenza. Nunca se tuvo en claro de dónde había sacado Ohaguro los objetos peligrosos. El reporte completo llegó a oídos de Daichi el día siguiente. Hasta la duda le ofendía: por supuesto que no había sido él quien le llevara cosas así a la mamá en las visitas diarias. Y no. Tampoco tenía idea de qué era eso que la enferma dibujaba obsesivamente. Daba igual. El caso de Ohaguro revelaba fallas inaceptables en la seguridad y se tomarían medidas. Se le aseguró que la situación no se repetiría y, en el fondo, Daichi quedó contento por la sinceridad de los responsables.

Tres días más tarde, cuando ya nadie pensaba en el incidente por faltarle consecuencias, llegó al Van Gelder un sobre de papel manila que Kashiwagi enviaba al hijo. Contenía unas veinte fotografías que mostraban los avances en la remodelación de la casa de Manami y un plano trazado a mano ilustrando grosera pero eficientemente la disposición del terreno ya teniendo en cuenta el nuevo deslinde. En el mapita se veía una marca cerca del lugar en que se encontraba la hokora. El papá tenía la idea de construir una nueva capilla que albergara a la original en su interior protegiéndola así de los elementos. Si la idea gustaba a Daichi, le adjuntaba un diseño bastante original que Jo y el ciego proponían. Podía consagrarse el día mismo de la fiesta de inauguración. Claro, sí, estaba bien. Si a Kashiwagi le parecía, él estaba de acuerdo. Qué ganas iba a tener de pensar en esas bagatelas cuando la mamá estaba en las que estaba. La carta de Kashiwagi terminaba con un

plan de obra y una fecha tentativa para la ceremonia de consagración e inauguración. Pensaba en poca gente, los de toda la vida y tal vez las osas principales. ¿Le convenía la fecha para acompañarlos? De no ser así, el ciego proponía seis días favorables de acuerdo con los calendarios más antiguos que guardaban en el monasterio. La segunda opción prometía mejores augurios que las demás. Daichi calculó la diferencia horaria pensando en llamar al papá. Pulsaba el cero cuando se acordó de las siluetas que dibujaba Ohaguro en su obsesión. Eran prácticamente idénticas al diseño de los monjes. Encontró divertida la coincidencia y siguió marcando el número de la casa. Ocupado. Lo intentó de nuevo. Otra vez. Se daba por vencido cuando la sobrina de los Van Gelder le avisó que su padre le llamaba por la línea del conmutador. Corrió a atender la llamada en la recepción sintiendo una urgencia particular. Justo le llamaba en ese instante por la línea privada, dijo Daichi recién terminado el saludo. Qué casualidad, sí.

—Hay malas noticias —interrumpió Fujiwara siendo muy poco amigo de los rodeos. Al no tener respuesta, continuó—: el ciego está muerto y Jo se muere. Los embistió un camión de carga cuando viajaban en su camioneta.

—No pudo ver la desgracia que tenía enfrente —soltó Daichi refiriéndose al ciego.

—Nos pasa a todos, avispita. Tal vez nos esté pasando ahora y ni cuenta nos damos.

Daichi comenzaba a desgranar esa suerte de orfandad que el accidente de los religiosos le adelantaba. Las escenas de aquella vida infantil entre inciensos, flautas, tamborines y cantos se le vinieron encima como una jauría hambrienta. Qué lejana era la dicha. Vaporosa. Impar.

Jo siguió los pasos al vidente, su compañero, unos días después de la llamada. Por fortuna, Daichi, su adorado bribonzuelo, como solía llamarlo, alcanzó a despedirse de él en una cama no muy limpia del hospital más cercano al lugar del accidente. Intubado, el monje le dirigió una mirada de explícita alegría para luego apretar su mano. El joven Fujiwara apretó en respuesta cuidando de no lastimar a Jo. Los dedos largos, delgados, nudosos del viejo monje recordaban a la peculiar variedad de juncos que se alineaban en la orilla norte del arroyo, el que corría paralelo al bosquecillo del adivino. Al irse el principal del monasterio, resonaron los cascabeles pendientes de esos árboles sagrados que ya nadie cuidaba. La cabra, triste, desencajada, se dio a balar como loca por la soledad que la embargaba. Y no pudo con ella. La

encontraron muerta al pie de un roble no tan viejo con un ojo abierto y el otro cerrado, como si alguien todavía la usara para medio ver un futuro que ya no importaba.

Kashiwagi y Daichi pasaron juntos una semana memorable. Nyoko los dejó a solas aprovechando para ir a visitar a su familia. El padre y el hijo vagaron por el jardín estacional igual que en los viejos tiempos, cuando ambos eran mucho más jóvenes. El menor ni caminaba todavía. En brazos se lo entregaban los monjes cada viernes y en brazos lo metía el papá a la biblioteca-estudio-observatorio del abuelo. ¿Se acuerdan? Cogidos del brazo entraron los dos a ese refugio y allí durmieron como en los viejos tiempos también, echados en el sofá y en un tapete. Conversaban hasta quedarse dormidos y al despertar comían cualquier cosa. Nada les faltaba y, al mismo tiempo, parecía faltarles todo por estar Ohaguro lejos igual que Jo, que el ciego, que Hayashi, la tigresa o Yumiko. Los Fujiwara, siendo quienes eran desde hace tanto, reconocían instintivamente ese tenerlo todo necesitando nada. Sabían vivir en las alturas bastándose a sí mismos, en las cimas que se habían construido con un ahínco formidable a lo largo de siglos y siglos y siglos. Su linaje había logrado sobrevivir lo mismo que el Genji como si la obra y el apellido fueran por el mundo tomados del brazo igual que esos dos, el padre y el hijo. Ni idea tenían de lo venidero, pero algo en ellos lo reconocía. Algo impelía a mirar de frente hasta que no hubiera nada que mirar por ninguna parte. Llegado ese momento, tal vez, la historia de Genji y la de los Fujiwara pudiera escindirse aunque… no. Ni así.

Kashiwagi se despidió del hijo en el aeropuerto de Narita. Poco antes de desaparecer por la sala de embarque, Daichi se volvió y dijo al papá que podría ser buena idea usar las piedras de la ermita en que dormía el ciego para construir la hokora que albergara a la original. Era un justo homenaje al vidente y nada perderían los monjes cediéndoles algunas rocas.

—Y la cuerda con que ataba a su cabra, si es que la guardaron. O una pezuña del animalito —añadió Daichi sin haber pensado antes en algo semejante—. Podemos guardarla en la capilla original con algo de Jo.

—Sus cartas. La carta larga, quizá —propuso Kashiwagi con aire ausente antes de añadir que preferiría quemarla antes. Las cenizas bastaban.

Se entendían con el mínimo gesto, con dos o tres palabras, con una inflexión. Al verlo alejarse, Kashiwagi sonrió aliviado recordando el hecho de que su muchacho cargaba un nombre diferente al suyo, un

peso distinto. Rogó porque siempre, siempre fuera ligero.

La tarde de ese mismo día la pasó Kashiwagi en otro aeropuerto, el de Osaka. El vuelo de Nyoko llegó con un retraso aceptable que le permitió al marido leer tranquilo una revista especializada que solía llevar consigo en el auto para situaciones semejantes. Esperar sin distraerse le iba resultando insoportable conforme pasaban los años. Su mujer lo había hecho notar unos meses antes con esa voz cálida, tersa, veraniega, como diseñada para dar buenas noticias. De no ser el caso, la voz de Nyoko adquiría visos amenazantes derivados de la calma, de la ecuanimidad. La dicción perfecta, el volumen por debajo de la media ponía en guardia a cualquiera que la conociera medianamente. Lo dicho esa tarde y la forma de decirlo en cuanto se subieron al coche puso en alerta a Kashiwagi: la mujer de la falda plisada se le había aparecido en sueños en siete de las ocho noches que había pasado con la familia. Era sólo una imagen que de pronto aparecía reflejada en los espejos, en las jarras, en los vidrios. Una vez la vio enredada en las cortinas como si la espiara desde ahí. Ni una palabra. Ni un parpadeo. Era inquietante pero no peligrosa. Podía seguir durmiendo si se lo proponía.

—Anoche quise soñarla y ya no estuvo. Me desperté a las tres de la mañana, abrí los ojos y sin ver nada le dije en voz alta que era bienvenida, fuera quien fuera. La falda se parecía a la que ya hemos discutido en otras ocasiones pero ella era muchísimo más vieja.

Kashiwagi le dio vueltas a la respuesta durante medio minuto. Cuando la tenía en la punta de la lengua, dio marcha atrás:

—El telescopio nos tuvo ocupados casi todo el tiempo. Corregimos el cálculo de la razón focal para evitar distorsión en las fotografías. A fin de mes quedará listo.

—Los felicito. Se queda una mucho más tranquila —contestó Nyoko con un dejo de ironía que Kashiwagi prefirió ignorar.

La puesta del sol retozaba con dorados, escarlatas y morados cuando Nyoko soltó la mano del marido. La belleza era refugio suficiente para ambos.

*

La semana memorable de Daichi y Kashiwagi había servido también para adentrarse en la habitación climatizada. El papá mostró al hijo lo mucho que cabía en ella y explicó la mayoría con todo el detalle de que fue capaz. El rollo fabuloso, las tres versiones en hiragana, las

traducciones de las dos primeras y los esbozos de Tadao a la tercera los ocuparon una noche completa. Encontraron largos fragmentos en que Ohaguro proponía mejoras a los esfuerzos parciales de Tadao. Ya las estudiaría a fondo el hijo. Ahora importaba decidir qué iban a hacer con las copias del monasterio. Los religiosos supervivientes ignoraban lo relacionado con los objetos ocultos bajo el entarimado y ninguno tenía el tamaño para entender sus verdades, si lo eran. La madeja de este asunto difícilmente se prestaba a desenredos, pero de ser el caso devolverían lo suyo al monasterio en un contexto distinto que ya no entrañara riesgos. La confianza de Jo estaba bien depositada en manos de esos dos, los Fujiwara.

Era casi de mañana cuando el hijo preguntó al padre qué planes tenía para el koto antiguo y el estuche de las garzas. No los había. Metieron los plectros digitales que Tadao diera a Ohaguro en una bolsita de seda negra y los ataron a la cola del dragón, como se llamaba tradicionalmente al extremo más voluminoso del instrumento. Ya lo decidiría la propietaria cuando estuviera en condiciones para hacerlo. La Compañía del Oso tenía los medios para mantener la joya, pero algo en el celo de las osas hizo pensar a aquellos dos que el instrumento quedaría a mejor resguardo en la colección de algún museo importante. O en el monasterio de los otrora monjes guerreros de Hiei. Era una posibilidad nada más.

Daichi aterrizó en Schiphol a las seis de la mañana. Se sentía descansado a pesar de no haber dormido en el vuelo. Tres horas más tarde se presentó en la clínica tan fresco como si hubiera dormido en el Van Gelder. Ohaguro comía su avena con esa expresión de felicidad injustificada que adoptaba estando a solas. La llegada del hijo le justificó al punto la bienaventuranza. La luz del sol volvía a entibiarla como era debido. "¡Avispita!"

Daichi le contó lo sucedió poniendo de su cosecha aquí y allá. El contento de la madre justificaba los adornos. Todos estaban bien, mintió Kashiwagi reprimiendo la culpa que el ocultar la muerte de los monjes le acarreaba. Ya tendría tiempo para contarle del accidente. Ahora no, mamá. Déjame abrazarte, acariciarte la cara, las manos, esas manos que saben de música tanto como el alma. Dime si te ha faltado algo. ¿Nada? A ti nunca te falta nada si yo estoy cerca. Es halagador que puedas vivir de tan poca cosa. Dulzura. Es tu sonrisa de cosmos. La infinita. Tu cara la ronda y se posa alrededor de la boca como una parvada cansada en torno al ojo de agua luego de volar semanas. ¿Sabes? Sólo cuando estás contenta, indeciblemente contenta, quedo seguro de que vives y

entiendes el presente. Sin esa garantía queda la duda pero hoy no. ¡Si vieras cuánto te extrañamos en el jardín, en la biblioteca, en la habitación climatizada! El koto está bien, exactamente igual que como lo dejaste pero con los plectros guardados en el estuche. Nadie le pulsará las cuerdas si no lo permites. Ni hablar. Tú tranquila. Así. Ya. Dame la mano otra vez para que me calme, para contarte del jardín. Ya está nivelado y se puede caminar del otoño al invierno por un sendero provisional. En febrero se sembrarán las plantas que el abuelo nunca quiso agregar. Los inviernos dan miedo conforme se envejece, sí. Lo creo, mamá. Ya me llegará la hora de temerles y entonces estaré seguro de que no mientes. Por favor. Tú nunca mientes si se te escucha atentamente. En eso y más te pareces al Genji. Por cierto, abejita, traigo conmigo tus notas a la versión tercera por si quieres trabajarla en estos días, pero antes debo consultar con el médico. Ya sé que no te gusta pero las reglas son las reglas. Come un poco de fruta. Las peras se ven muy buenas. No, mamá. De esas no hay. Yamagata está a medio mundo de distancia. Anda: dame un beso y yo te lo devuelvo multiplicado por tres como cuando era niño. Ese juego era el más divertido. Yo también te quiero y te extraño. Vengo mañana temprano. Yo le digo. Yo te la saludo. Sí, mamá. Es la más guapa de la familia. "Aunque no lo sea", pensó al despedirse. Su mejilla olía a polvo de arroz, ése que las señoras venían utilizando para blanquearse el rostro desde cinco mil años atrás.

Al salir el hijo de la estancia, Ohaguro tomó el sobre con las notas. La transcripción del original tercero estaba entre ellas. Deseó tener un lápiz para entregarse a la tarea ahí mismo, pero algo tan sencillo como eso les estaba vedado sin la supervisión correspondiente, en especial tras el episodio del bicolor. La trataban como si fuera una niña estúpida o una criminal peligrosa. ¿Quiénes se creían? Y quedó enfurruñada sin manifestarlo hasta después de la cena. Entonces lloró sola, retirada de ese mundo que parecía no quererla como antes, como a otros. ¿De dónde el castigo?

*

Pasaron tres meses antes de que la nueva vida adquiriera visos de normalidad. Ohaguro parecía adaptarse a la rutina de ir y venir entre la clínica y el Van Gelder según reaccionaba al tratamiento. La paulatina aclimatación de la madre al entorno europeo fue permitiendo la de Daichi, mucho más compleja teniendo en cuenta que, en última

instancia, estaba solo en un país radicalmente distinto. Lo cotidiano acarreaba para él complejidades que la madre ni sospechaba viviendo en su burbuja. La administración del hotel, abrumadora en las primeras semanas de la estancia holandesa, comenzaba a darle un respiro gracias a la empleada del mechón. Sin ella las cosas habrían tomado el doble de tiempo generando dos veces más problemas, sobre todo en lo referente a la remodelación y al trato con las autoridades. Los Van Gelder ayudaban con su consejo y fueron trascendentales para guiarle los pasos a Daichi en ese entorno ajeno que, precisamente por su extrañeza, resultaba generador.

Retomar la investigación fue una bocanada de aire fresco para él. El abanico de posibilidades que la ciudad ofrecía se multiplicaba considerando la facilidad de desplazamiento a otros países y centros de estudio. Cada visita, cada entrevista, cada mañana pasada entre libros, expertos, láminas y tintas, lo dejaba pensando hondo en las vicisitudes del proyecto, en su viabilidad. Una decena de personajes se le fue apareciendo conforme agotaba los consejos de Tadao, muchos de ellos derivados de su intercambio constante con el señor Rudi. A fin de cuentas, por mucho que fuera y viniera de Holanda a Francia, a Inglaterra, a Italia, a Noruega, los nombres en que se insistía eran más o menos los mismos: Castiglione, La Rouchefoucauld y Rudi. Los otros que aparecían salían del horizonte de Daichi a las primeras de cambio, unos por salud, otros por compromisos previos y los más por una suspicacia que no lograban espantarse. Imposible culparlos si se toma en cuenta que Daichi, luego de las averiguaciones, dejaba los comunicados en manos de la madre. Para los legos, era esa extraña de los dientes negros quien procuraba, dirigía, entretejía. La estratagema desviaba la atención de Daichi en esas etapas iniciales y, además, incluía una cota de misterio difícil de ignorar.

El juego fascinaba a Ohaguro, la involucraba todavía más de lo que estaba y, sobre todo, la distraía de los pesares, de la caída. Sus estancias en el Van Gelder las dedicaba casi enteramente a supervisar la remodelación de su apartamento y a dar cuenta de los avances del hijo en la investigación. Al hacerlo, era imposible inferir que la señora estaba aquejaba por un mal psiquiátrico grave. Nada se le notaba. Al contrario: se mostraba incansable, entusiasmada, ocurrente, profunda. Daichi entendió entonces por qué había quedado prendado Kashiwagi en un solo día, según presumía la madre. Haciendo lo que le gustaba era triplemente guapa, triplemente aguda, y cinco veces más tolerable que estando en la clínica. Sí, posiblemente fuera el tratamiento lo que en

verdad estaba haciendo efecto sin que los avances en las nieblas del Genji tuvieran incidencia. Quién sabe, pero ella sonreía distinto, caminaba distinto. Las cosas prometían cuando decidieron al fin establecer contacto con nuestros conocidos y con otros cuya colaboración, decíamos, no fructificó. Tres de los cinco finalistas aceptaron laborar en la conseja, cada uno guiado por sus intereses, por la curiosidad, hermanastra del deseo que sabe engatusar tan bien como éste. La terna trabajaría coordinada sin saberlo. Ohaguro daría la cara y Daichi movería los hilos de acuerdo con ella y los de Kioto.

El engranaje ya no se detuvo. Los planes detallados de Daichi sirvieron sólo como punto de partida, pues la misma inercia iba produciendo resultados y señalando las piedras a voltear, las rutas a seguir. Los hallazgos de uno modificaban el plan de trabajo de los otros. Un par de veces al mes Daichi escribía un informe pormenorizado que Tadao, Goto y Kashiwagi comentaban largamente. A veces Ichika intervenía en alguna apostilla, pero su participación se fue tornando anecdótica. Le molestaba que los varones hubieran tomado el mando de facto, mas no dio con argumentos convincentes para ventilar la frustración. Allá ellos. Los implicados ni se percataron del cambio, salvo por Ohaguro, quien notaba en sí un malestar parecido que tampoco externó.

La secrecía del trabajo conjunto planteaba cada vez más dificultades. Por carácter, por la naturaleza de la encomienda, era Sevri el que más sabía del plan general. Estos datos se iban sumando a la perspicacia del gordo y, con el paso del tiempo, su papel en la trama fue adquiriendo una relevancia mayor. Él no estaba atado a una forma de vida en la academia, como sucedía con Marion y Castiglione. El dinero no era un móvil, por lo que actuaba con mayor independencia. No tenía idea de que Tadao, el japonés amigable, estaba detrás de las propuestas de Ohaguro. Respecto de Daichi, no le había puesto los ojos encima a pesar de haber desayunado a pocos metros de distancia en la feria de antigüedades de Tokio. Esto permitió que el joven rondara sus territorios con mayor libertad, atreviéndose a indagar entre los conocedores de la impresión por plancha de madera sin tener que extremar las precauciones. Su gusto y experiencia en la caligrafía oriental le dotaba de un conocimiento complementario al del noruego y, por ello, sus intereses solían entrecruzarse. De hecho, habían coincidido en una conferencia impartida en París por Coraline. La hermana de Marion era todo un activo con su erudición en la estampa antigua. Al final del evento, Sevri formuló tres preguntas interesantísimas que exigieron

respuestas largas y complejas de Cora. Daichi se dio cuenta de que el gigante enmascaraba hábilmente los intereses que en verdad lo movían. El tipo era tan sagaz como Tadao decía. Su corpachón y su simpatía terminaban por elaborarle una coraza durísima de horadar. Era indudable que el monstruoso había ido aprendiendo a distraer con su monstruosidad. Se ganaba la voluntad de la gente, la atraía a su órbita y entonces no soltaba, como un sol que se entretuviera en conseguir planetas que lo acompañaran en la vastedad que los hados le endilgaban. Muestra de ello fue la cantidad de asistentes que lo rodearon al finalizar la conferencia, mayor a los que se acercaban a Cora siendo protagonista. Daichi no fue el único en fijarse en el detalle. También llamó la atención de un individuo discreto que grababa la conferencia de Cora y tomaba fotografías con el aire de documentar para la prensa. No tenía gafete y despertó las sospechas de Daichi cuando fotografió tres o cuatro veces al grupo que se centraba en Sevri y sólo una al de Coraline.

La cabeza de Sevri sobresalía unos treinta centímetros por encima de las otras, lo que hacía sencilla la tarea de seguirle la ruta. Daichi lo vio disculparse con alguien que se perdía abajo entre el resto de la gente. Enseguida buscó a Cora y echó a andar hacia ella. Cuando estaba a unos metros, una belleza espectacular se le unió, con lo que Sevri pareció cambiar de planes. Tadao le había contado lo hermosa que era la esposa de Sevri, pero verla inesperadamente casi lo hace tropezar. El grandote torció la ruta y se alejó con la rubia. Pensaba Daichi en las mejores crepas callejeras de la zona cuando vio que el fotógrafo raro, el que no tenía gafete, se ponía a seguir a la pareja cuidando de guardar la distancia sin perderlos. Era Luc Masson pretendiendo no serlo. El tipo se detuvo junto a una columna y fingió atarse las agujetas mientras Sevri atendía a un hombre que se desvivía por mostrar respeto ante el enorme y su mujer. Llevaba una boina color camello; dudaba entre quitársela y dejársela puesta por el nerviosismo que le producía el encuentro. La distancia impedía escuchar lo que decía, pero era evidente que le costaba hacerse entender con el noruego y no con la mujer, por lo que terminó extendiéndose con ella mientras el otro se distraía girando la cabeza de lado a lado como si fuera la cúpula de un faro y sus ojos la linterna. Todos a su alrededor esperaban un descuido para echarle un vistazo a la torre humana.

Las ganas de otra cosa se cebaron en Daichi y optó por irse a saciarlas. El gigante le daba qué pensar. Su plan de trabajo era pura ambición entrecruzada con nervio y genio. Al principio lo cambió tres veces, siempre con argumentos irrebatibles. Y esa misma noche de la

conferencia lo cambiaría por cuarta ocasión. Las razones esgrimidas no serían tan contundentes, pero si los gastos no aumentaban, lo mismo daba que Sevri indagara en Noruega, París o Rusia. Porque a Rusia lo llevaba una vez más la nostalgia de la esposa y la conversación, bastante larga, que sostuvo esa noche en un café con el nervioso de la boina.

—Mire, señor Rudi, señora: déjeme ponerle las cosas muy claras. Ustedes son familia de Bogdan Plotnikov y por ese solo hecho estoy yo para lo que usted me necesite. Cualquier cosa. De cualquier estofa —enfatizó al tiempo que dejaba la boina en paz sobre sus piernas. Livia suspiró aliviada—. Soy un hombre serio que le debe todo lo que es a la benevolencia de don Bogdan. Él salvó a mi padre de una manera y con una elegancia que está de más relatar. A sus órdenes, pues, don Sevri, señora Livia.

—Me recuerda al mejor Peter Lorre —apuntó Sevri muy en serio a pesar de que el comentario podía interpretarse como una burla.

—Y lo que falta. Quedará encantado cuando conozca a mi gente en Moscú. Yo estaré ahí esperándolos cuando ustedes quieran.

—Por mí mañana si me los presenta en el Café Pushkin —bromeó en serio el noruego recordando las vidrieras del lugar, tan bellas como para adornar las galerías de un museo principal.

De ese hilo tiró Sevri hasta encontrarse en los sótanos de un palacete en ruinas a las afueras de Moscú. El dueño parecía de setenta años, pero en realidad se acercaba a los ochenta. Tenía la piel verdosa y el ojo izquierdo le lloraba sin motivo aparente. Se limpiaba los lagrimones con un pañuelo desechable que mantenía en la mano derecha todo el tiempo. El color de su espesa pelambrera recordaba el tono camello de la boina, ideal para ocultar las canas del traga años. Pasado el saludo, esperó hasta que se le hablara para decir algo, costumbre que había arraigado en él desde su nombramiento como encargado de bodega de obra en la Galería Tretiakov, más de cincuenta años antes. Jubilado hace un lustro, el experto se había refugiado con su colección personal en esa casa destartalada, grande y segura por la disposición y por el moderno sistema de alarmas que la protegía. Dedicaba la mayor parte de su tiempo a los objetos principales de la colección, inusualmente grande para un hombre de escasos medios verificables, a la autentificación de piezas y a la asesoría de su ambigua clientela. Por los sótanos de su palacete habían desfilado los objetos más deslumbrantes, los traficantes más reputados, los coleccionistas más exigentes y hasta algunos policías de la vieja guardia familiares con los engranajes íntimos de la maquinaria.

Luego de explicarle a grandes rasgos las características del rollo ilustrado y habiéndole mostrado un juego de estupendas fotografías, Sevri dedicó dos horas a cuestionar al lacrimoso. ¿Qué podía decirles sobre la obra así, a golpe de vista? ¿Sabía de alguna pieza semejante que, estando relacionada con la novela, mencionara o ilustrara la muerte de Genji por veneno o un incendio? Además de lo obvio, ¿podía iluminarlos sobre tal o cual aspecto técnico? ¿Se le ocurría un referente que pudiera ser útil? Cualquier cosa, por vaga que fuera.

El lloroso se daba su tiempo para responder. Antes de abrir la boca, parecía calcular el peso específico de cada palabra. Estaba acostumbrado a temer y la cautela era una segunda piel. Si Sevri lo ponía a prueba a base de preguntas, el experto probaría a Sevri a base de respuestas. Terminado el juego introductorio, el bodeguero pasó los dedos entre su tupida cabellera y, medio intimidado por la talla del noruego, procuró ser útil.

Trabajaba ya en las bodegas del Tretiakov. Faltaban unos años, dos tal vez, para que su jefe dejara el puesto por presiones sindicales, cuando un desconocido los abordó a las puertas del museo una tarde muy fría. El hombre vestía de civil, pero afirmaba ser un monje del Monasterio de San Pantaleón, el penúltimo en jerarquía entre los veinte ubicados en el Monte Athos. Él y otros tres rusos se encargaban de la excepcional biblioteca, con sus 25 000 ejemplares impresos y sus cerca de mil quinientos manuscritos, griegos o serbios en su mayoría. El higúmeno del monasterio daba fe de su dicho en una carta autógrafa que estaba dispuesto a mostrarles en un ambiente más íntimo. En quince minutos podía explicarles las cosas. No más que ese tiempo le pedía al jefe y al final éste decidió volver a la bodega para atender al visitante. Abreviando una historia digna de una novela entera, el hombre explicó la penosa situación económica por la que atravesaba el monasterio. Para solventarla, se había pedido a los encargados rusos que eligieran las piezas más valiosas que no tuvieran relación directa con la cristiandad para ponerlas a la venta en el mercado que se interesara por ellas. ¿Se explicaba? Por supuesto que el jefe de la bodega lo entendía. Todo quedaría entre ellos. El emisario de San Pantaleón inició entonces una explicación fascinante de once objetos únicos que más bien parecía una conferencia magistral. Sus pretendidos quince minutos se transformaron en horas inolvidables para el asistente. Uno de los objetos en venta tenía una procedencia disparatada que el de la piel verdosa nunca olvidó. En 1915, relató el monje encubierto, llegó a manos del mismísimo Silvano un presente enviado por un religioso encumbrado. El virtuoso,

destinado a convertirse en santo, recibía un emocionado recuerdo de otro monje destinado a convertirse en lo contrario. Se habían conocido mendigando por los caminos de Salónica alrededor de 1890. El diablo en ciernes se llamaba Grigori Iefimovich Rasputín y en ese momento era el personaje más temido de la santa tierra Rusa. Entre los muchos objetos que llegaron a la residencia imperial de Tsárskoye Seló en calidad de botín de guerra durante la guerra ruso-japonesa, se encontraba un juego de abanicos antiguos preciosamente ilustrado con escenas de un relato muy antiguo. En su encuentro fortuito, Silvano había mencionado la extraña costumbre de algunos religiosos excéntricos de las tierras orientales (los komuso) que solían llevar la cabeza cubierta con una canasta para ocultar el rostro atacando al ego. Grigori, por la razón que fuere, nunca olvidó la mención, y al ver en los abanicos la imagen de un campesino llevando una cesta en la cabeza, recordó el encuentro y se le ocurrió enviarlos al conocido, cuya fama crecía más allá del Athos. Silvano era analfabeta, pero su discípulo, ayudante y eventual hagiógrafo, Sofronio, era todo lo contrario. Experto en literatura rusa, se interesó grandemente por la historia de los abanicos, uno de los cuales, estaba seguro el bodeguero, representaba por un lado la escena en que aparecía el de la canasta y por el otro una casa en llamas, siendo el fuego un motivo rarísimo en la plástica de aquellas regiones por considerarse premonitorio de la desgracia. Los abanicos (¿seis, ocho?) narraban un capítulo específico de la novela y no fueron interesantes para la Tretiakov, pero sí para un cliente muy puntilloso que pagó una cantidad respetable por el juego sin fijarse gran cosa en la procedencia fantástica e inverificable. Unos quince años después, el bodeguero había vuelto a ver el juego de abanicos promovido por el monje encubierto. Estaban montados en un biombo primoroso y formaban parte de una exposición itinerante que los herederos del comprador ruso organizaban para celebrar la memoria del coleccionista. Era todo. Los datos de la familia costarían a Sevri dos mil dólares y no se garantizaba absolutamente nada.

Así comenzó la saga de los abanicos. Su búsqueda terminó implicando a Bogdan, a la hermana de Livia y a otros personajes tan oscuros que no hay luz suficiente para iluminarlos en este relato. Una vez localizados, Sevri negoció infructuosamente con la propietaria. De vender, nada. Tras mucho rogar y luego de caerle bien a la arisca, obtuvo su permiso para fotografiar los abanicos. No podía tocarlos y menos separarlos del biombo, lo que era una tristeza por mostrar los abanicos el lado en que no aparecía el fuego, precisamente. Hasta ahí llegaba la

buena voluntad de la dueña y no tenía caso seguir insistiendo.

Las fotografías eran oro molido. Sevri las amplificó y se puso a estudiarlas por tres semanas en el estudio de su casa. Comparó, cotejó, imaginó, consultó. El gordo se paseaba por el bosquecillo que rodeaba el lugar con la lupa en la mano; buscaba la luz más adecuada para sacarle información a los colores, a las técnicas, a los motivos. Por suerte, la sesión fotográfica le había permitido observar en vivo las joyas y así obtuvo una idea muy clara de los materiales, de la confección y de los pigmentos. A su juicio, las varillas eran la clave para establecer la fecha de elaboración. A la segunda semana de análisis confirmó sus sospechas: los abanicos se habían fabricado unos cien años antes de haber sido pintados. Esto lo demostraba un rojo desvaído que en su base se tornaba azul y no magenta o amarillo. El pigmento había empezado a utilizarse en el siglo XIII en la China meridional pero su uso se extendió en Japón hasta inicios del XIV. Las incongruencias entre la base material de los abanicos y los pigmentos hacían más que probable el estar frente a una falsificación de época, una excelente, por cierto, y muy valiosa.

El reporte de Sevri entusiasmó a los de Ámsterdam y a los de Kioto por igual. Tadao corroboró los dichos del noruego estudiando las fotos que les enviaba. Las conclusiones eran exactas. Acaso dos de las hipótesis secundarias podían debatirse pero, en general, el ojo educado del gigante conducía por buen camino.

Con unos días de diferencia llegó también el primer reporte de Marion, mucho menos concluyente que el del otro por saber la francesa la tercera parte del plan general en comparación con el noruego. Su caminar a ciegas era fértil, por supuesto, no tanto por los hallazgos en sí como por la calidad del contexto que aportaba. El informe de la francesa ocupaba cuarenta y cuatro cuartillas apretadas que el grupo tardó varios días en asimilar. Las cuestiones filológicas eran casi incomprensibles para el grueso, pero no para Kashiwagi, quien las desgranó hasta hacerlas asequibles a los demás. Los argumentos de la francesa le recordaban las clases de Takata, con esa insistencia obsesiva en la interpretación mistagógica del texto, plausible en lo tocante a ciertas ramas extremas del shinto, pero endeble en contextos más generales. Esto lo dejaba muy claro Marion y procedía a explicar sus ideas una a una, apoyándolas en una bibliografía exhaustiva que incluía las aportaciones de sus contactos entre las feministas japonesas. Luego de los generales, la señora de La Rouchefoucauld se internaba en las honduras de la versión venenosa. Dos anacronismos le daban motivos de duda: un detalle en la descripción de los carruajes y otro relacionado con un elemento del

tocado de cierta cortesana. Pero lo más interesante se relacionaba con la descripción del brebaje. El texto abundaba más de lo necesario en su elaboración, exceso en el que prácticamente nunca incurría la Shikibu. El instinto de la autora para equilibrar la prosa y mantener el flujo narrativo contrastaba con ese fragmento casi técnico. Suspicaz hasta la médula, Marion cotejó los elementos principales de la descripción con el tratado de herbolaria más conocido en la China antigua y encontró coincidencias fascinantes en los métodos de elaboración, en la dosis y en el orden de incorporación de cada ingrediente al bebedizo. Era indudable que el tratado chino había sido la fuente básica del fragmento, lo que hacía sospechoso el documento entero por no hallarse una sola referencia local. O casi: metida ya de lleno en la historia de la toxicología, Marion encontró un detalle fascinante que anclaba el relato a la realidad japonesa de la época como ningún otro: la mención al paso de un extracto de crisantemo, cardiotóxico de origen local que no aparecía en fuentes hebreas, egipcias o chinas, base de todas las demás. La primera mención en la literatura especializada era casi paralela a la fecha de elaboración probable del documento. Aunque el uso del extracto se desaconsejaba por ser menos eficaz que el confiabilísimo arsénico, la envenenadora del cuento lo consideraba una opción seria, llegando a pensar en una combinación de venenos para aumentar la eficacia. La falsa idea de la potenciación era tachada de "moda inútil" por una fuente anónima en un documento aislado del Archivo Nacional, lo cual fue un buen punto de referencia para establecer la cronología.

Por otra parte, el análisis sintáctico y semántico de la versión del incendio revelaba que la misma mano había redactado los dos documentos con una probabilidad altísima. Era absurdo pensar en que la autora del Genji hubiera dejado para la posteridad dos versiones de algo tan principal en la novela. El punto fue devastador para Ohaguro, quien ya sospechaba lo afirmado por Marion debido a dos inflexiones verbales peculiares e idénticas que había discutido con Ichika unos meses antes de la desaparición de Hayashi. Ella fue quien sugirió triangular el hallazgo con Castiglione y, sorpresa: en tres de los 795 wakas del Genji, el erudito italiano halló construcciones equivalentes a las sospechosas. En suma, las peculiaridades no excluían la autoría de Shikibu, pero quedaba pendiente la cuestión del porqué redactar dos versiones de lo mismo. Dos, porque el texto restante en el documento, la versión tercera cuya traducción había quedado en manos de Tadao, era completamente distinto.

De menor extensión, con una tendencia a la elipsis que recordaba los primeros capítulos de la novela y ciertos pasajes de los libros de Uji, el fragmento tercero era congruente al cien desde el punto de vista filológico. Su contenido no guardaba relación con el de los otros dos, pues se trataba de una especulación de corte intimista, florida y sutil. La acción era escasa y la especulación abundante. El cansancio de Genji semejaba una niebla matutina que tarda cada día más en disiparse, como aferrándose a la tierra de la que debe separarse, lo quiera o no, tarde o temprano. Entonces, escabulléndose del palacio en una noche sin luna por un reducto medio secreto que no era vigilado por la guardia, el príncipe resplandeciente toma el camino hacia el monte Minago con su disfraz de hombre raso. Igual que la neblina, va ascendiendo conforme el sol se levanta. Una osa y su osezno lo miran pasar a la distancia. Es como si las nubes lo acompañaran en la subida escoltándolo por esa ruta sin sendero. Los pies se sienten ligeros, el pecho muy ancho, la cabeza bien plantada y el corazón emocionado. Nunca imaginó la despedida como algo tan gozoso, tan limpio. En las alturas, en la soledad, no cabía la enfermedad convulsa, bruta, denigrante, ni la tristeza que venía embargándolo desde hace tanto. Por más que las buscara, no había señas de traición ni recuerdos de sus damas. Era como si la novela de su vida se fuera despojando de los personajes, de los ambientes, de los tonos en cada paso hasta ir dejando la página en blanco. El vacío. El vacío concreto de las nubes iba a su lado igual que un perro pastor junto al rebaño. Ya cerca de la cima, la neblina lo cubre por completo. La vida se pone en blanco, igual que la página. Mira y mira y no hay colores ni nada que se parezca al mundo. Es como quedarse ciego pero no a oscuras. ¿Vivía o moría? Trató de sentarse en la hierba y ya no pudo. Flotaba. Se esfumaba entre las nubes. Al disiparse la neblina el resplandeciente ya no estaba.

En este relato simple había más Genji, más Shikibu, que en todos los venenos o fuegos del mundo. Marion no encontraba contradicciones o anacronismos en la prosa. El ritmo y el tono recordaban flagrantemente los pasajes melancólicos del exilio en Uji. Y, por los motivos que fuera, estaba segura de que el autor o autora de las otras dos versiones nada tenía que ver con la mano que esfumara al príncipe en la montaña. Más que esto fue imposible averiguar. Ni los contactos de Sevri ni el ahínco de Marion ni el instinto de Castiglione sirvieron para hallar piezas concurrentes. Fuera del motivo de las nubes, tan universal como las flores en la poesía de todos los tiempos, no encontraron antecedentes o coincidencias de peso a no ser por el rumor constante que daba fe

supuesta de la existencia de *Esfumado*… A reserva de dar con nuevos elementos que apuntaran en una dirección específica, Marion consideraba cerrada su investigación luego de consultar disimuladamente con su hermana Coraline, la asesora en quien más confiaba ella y media Francia. "No hay más, querida." Así cerró Marion el correo que acompañaba a su reporte.

La frasecita se le clavó en el corazón a todos los involucrados. Ichika sintió gran desilusión sabiendo que la ruta quedaba bloqueada, al menos para ellos. Tal vez en el futuro algún chispazo de Castiglione o del gordo volviera a impulsar las cosas, pero dicho escenario era tan improbable como hallar un fragmento firmado por Shikibu. El ascenso al monte Minago parecía el fin del camino, no sólo para Genji, sino para todos ellos. La novela se había ido apoderando de buena parte de su vida y luego, con el desapego natural a las obras cumbre, los dejaba ahí, silentes, confundidos. Solos. Redomadamente solos.

Por instinto, Ohaguro procuró dejar una ventana abierta a la esperanza que se le escapaba. ¿No creía Daichi que el haber trabajado por separado podía haber conducido a omisiones, a descuidos? Ella, que había coordinado los comunicados, sospechaba que una reunión de los tres principales podía dar frutos inesperados. Después de tanto esfuerzo, ¿qué podía perderse? La segunda etapa de la remodelación les permitiría tener el hotel para ellos solos. Así nació la idea de la reunión en el Van Gelder. Les tomó su tiempo cuadrar las agendas de los expertos pero, luego de unos meses, Castiglione llegaba a Schiphol con cuatro días de anticipación a la fecha programada y un dolor de cabeza exasperante.

*

El apartamento de Ohaguro ocupaba los dos últimos pisos del hotel. La remodelación daba cuenta del exquisito buen gusto de su dueña y de los afanes del hijo por cumplir los deseos de la madre. En un día soleado, la vista era sencillamente espectacular llegando hasta el horizonte por los cuatro rumbos y sus laterales. De hecho, una rosa de los vientos estilizada a la oriental y con los nombres en hiragana adornaba el techo de la estancia ocupándolo por entero. Pintada con dorados, rojos y negros sobre fondo blanco, deba la impresión de cernirse sobre los ocupantes de la sala y el comedor como si fuera un presagio ambiguo. Sus tonos aludían a los amaneceres en Japón y los atardeceres holandeses, muy distintos entre sí, según Ohaguro, pero

complementarios.

—Si se abren las cortinas a la hora del ocaso, especialmente durante el verano, los colores del exterior penetran en la estancia y hacen juego con los ocres del piso, los muebles y el techo. El efecto es puro solaz. El artista proponía instalar una claraboya en el centro de la rosa. Imagínense: sería como poner lentes de sol al Moisés de Miguel Ángel. Daichi tuvo que frenarlo en seco —comentó Ohaguro mientras servía el tercer café a Sevri, quien se había presentado unos veinte minutos antes de la cita por descuido. La taza se perdía entre las manos del noruego y daba la impresión de ir a desaparecer en cualquier momento.

—O como instalar una pirámide de cristal en la entrada del Museo de Louvre —agregó Sevri ventilando la aversión que la novedad arquitectónica le había inspirado desde que fuera anunciada.

—Ay, mi amor, no sueltas el tema ni la taza —intervino Marion, quien recién llegaba a la cita y buscaba algún perchero para colgar su abrigo—. Pareces judío con el caso Dreyfus.

—Eres la única persona que me hace pensar en despedirme a la hora del saludo —reviró el gordo al tiempo que se ponía de pie para dar un abrazo a su amiga.

Daichi se divertía con las improvisaciones de aquellos dos mientras la madre miraba a la francesa entre los brazos de aquél, pronta a la desaparición igual que la taza unos instantes atrás. Una idea muy parecida cruzó por la mente de Castiglione al aparecerse en la puerta de entrada que, todavía abierta luego de la llegada de Marion, permitía ver el abrazo de los viejos amigos. La fraternidad de aquellos dos exacerbaba por contraste el retraimiento del siciliano, quien daba la impresión de querer ocultarse tras la carpeta que llevaba consigo para ilustrar la exposición de esa mañana. El olor a café excepcional y el "sálvame Damiano" que Marion le lanzó a modo de saludo estando aún entre los brazos de Rudi, hicieron que el recién llegado se olvidara de la timidez para reír de la ocurrencia. Ya más relajado, se puso a comentar la excepcional vista de 360 grados y lo bien que iba la rosa de los vientos en el techo. Pensó en comentar un error muy obvio en la versión hiragana del norponiente, pero era de mal gusto y prefirió desviar la atención de sí mismo abundando en la calidad de los brocados que pendían de las cenefas, belgas sin lugar a dudas y de la mejor confección disponible, sin repeticiones en los motivos ni discordancias de calidad entre el fondo y las figuras principales. La liviandad de los brocados se emparejaba de maravilla con el peso muerto de los cortinajes, evidente a pesar de permanecer descorridos. Una obra de arte, sin duda. Ohaguro,

feliz de que alguien reconociera su pericia en la selección del brocado, sonrió en agradecimiento. Costaba creerlo, pero la negrura de los dientes realzaba la belleza de la mujer que, dicho sea de paso, lucía radiante bajo la luz matinal.

Cuando todos ocuparon su sitio alrededor de una gran mesa de centro, Daichi se presentó al fin como hijo de Ohaguro y procedió a explicar la intención que animaba el encuentro. Para ello fue necesario adentrarse en algunas cuestiones específicas relacionadas con el rollo ilustrado y con las tres versiones halladas en el monasterio del monte Hiei. El cuidado con que Daichi expuso el tema correspondía a la delicadeza de la información. Cualquier exceso haría peligrar años de esfuerzo, de disimulo, y así lo explicó el joven Fujiwara anticipando una disculpa por no poder abundar en detalles que despertaran la curiosidad de los expertos. La advertencia tuvo efectos dispares siendo casi redundante para Sevri, medio novedosa para Castiglione, quien ya había adivinado los generales del proyecto por la inusual insistencia en las nubes, y alarmante para Marion, pues el énfasis en la cautela le recordaba el episodio del agente de la seguridad francesa y su hermana, el que ésta le había referido en el hotel tan mono que estaba a espaldas de la Ópera de París. Si algo compartía el trío aquel de eruditos, era la emoción abstracta de rozar un misterio milenario, de olfatear la solución ahora que estaban seguros de formar parte de un entramado más amplio. El trabajo de cada uno, la información que se reservaban en aquella reunión atípica, iba cobrando una nueva dimensión conforme descubrían los alcances de la trama. El cerebro de los tres se aceleraba. ¿En verdad estaban cerca del secreto? ¿Existía *Esfumado entre las nubes* o algo equivalente que diera cuenta de la muerte del héroe? Castiglione sintió que se le formaba un nudo en la garganta. El recuerdo de aquel fin de año amargo como alcaloide lo cimbró de la cabeza a los pies. Vivía en simultáneo la frustración por la falta del capítulo y la felicidad que la perspectiva de resolver el acertijo le inspiraba. Atrapado entre emociones dispares, escuchó a Daichi mencionar como si tal la cosa al mentado profesor suicida del que le había hablado Martina. El corazón le latió deprisa en un instante. Para colmo, el japonés aludió al contacto con la descendencia del maestro mencionando específicamente a la nieta e incluso a la bisnieta.

Las sienes empezaron a palpitarle. Por interesante que fuera lo que decía el anfitrión, él ya no podía atenderlo. La angustia de la vieja pérdida se le renovó como una culpa olvidada que vuelve para hacerse justicia. Pensaba en excusarse para buscar la compostura en otra parte

cuando una punzada lacerante estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. La cefalea instantánea terminó por descorazonarlo. Se disculpó al borde del llanto, fue a meterse en el cuarto de baño que encontró cerca del pasillo distribuidor y ya sintiéndose seguro sacó la libretita para anotar los datos de la crisis. Luego de pensarlo bien, se decidió por un opioide suave que no afectara mucho su lucidez durante la exposición venidera, pero de nada valían las precauciones si ya no había lucidez que proteger. Toda se la robaba Martina y su regreso intempestivo, porque eso representaba la noticia de esa mañana para el profesor: un regreso al que él renunciara veinte años atrás para mantener la cordura, o esa cosa que lo ataba con la realidad aparente y que la falta de Martina amenazara desde esos días, los del romance. "Te pido que no me busques", recordó. "Te pido que no me encuentres", quisiera haberle respondido para evitarse un momento así. Y en Ámsterdam, precisamente, entre todos los lugares del mundo. Respiró hondo varios minutos y algo semejante a la calma empezó a anunciarse en la expresión del rostro. Dobló la dosis del analgésico previsto, se la pasó con agua de la llave, se lavó la cara y volvió a unirse al grupo que lo esperaba por cortesía sin adivinar el infierno íntimo que revivía en el profesor.

La lividez de Castiglione alarmó a Ohaguro, quien se había puesto a encender cuatro cirios aromáticos ubicados bajo cada uno de los rumbos y temió por un momento que el olor pudiera empeorar los síntomas del profesor, pero éste le confirmó con un gesto que no tenía problema con las velas. Eran un pobre sucedáneo de los inciensos más finos, pero no estaban mal. Algo así pensó Castiglione mientras Daichi retomaba el hilo de su exposición para hacer una breve e innecesaria presentación de cada uno, cediendo al fin la palabra a Rudi, quien por la naturaleza de su investigación tenía más que aportar comparado con los otros dos.

Intenso, teatral por momentos, Sevri relató las peripecias que lo habían llevado a conocer al de la boina camello y luego al bodeguero de la Tretiakov. Se había puesto de pie para hacerse oír y al hablar iba dándole la vuelta a la mesa de centro, dedicando unos segundos a fijar la vista en cada uno para medir las reacciones y dosificar el relato. El histrión que vivía en él deseó que fuera Coraline y no Marion quien se contara entre sus escuchas. Deslumbrarla hubiera sido el mayor aliciente, pero se conformaba con secuestrar la atención de la francesa, principalmente, pues notaba la distracción de Castiglione por conocerlo mejor que a los demás. Los anfitriones le tenían sin cuidado en ese momento por conocer sobradamente lo que el noruego relataba, pero su forma de hacerlo hacía que Daichi y Ohaguro gozaran el cuento del

gordo como si lo escucharan por primera vez. Los detalles más sabrosos afloraban por aquí y por allá dosificados con una pericia envidiable. Diez minutos más tarde, cuando los analgésicos de Castiglione comenzaban a arrullarle la cefalea, la atención de todos hacia el noruego era completa, pero: ¿era verdad todo eso que escuchaban?

La cuestión del rollo ilustrado cogió desprevenidos a los dos que nada sabían del asunto. Al notar el interés por la cara de extrañeza que ponían, Sevri redobló sus esfuerzos por aderezar la aventura. Ni falta que hacía en realidad. Marion se embebía en los detalles y Castiglione medio ensoñaba los azules primordiales que refería el noruego, los polvos de oro y plata, la técnica magnifica. La retórica del gigante tenía un efecto hipnótico que se acentuó conforme se acercaba al punto culminante, al menos para Castiglione: la existencia de tres versiones que bien podían ser *Esfumado entre las nubes*. Marion se llevó ambas manos a la boca, como si debiera reprimir una reacción venida de muy hondo. Ella era quién más y mejor conocía los tres relatos, pero el rollo hacía de contrapunto. El pobre Castiglione tenía una idea más borrosa de las cosas, no tanto por los analgésicos sino por ser el menos informado. Los cientos de poemas que le habían enviado para el análisis, para el cotejo, le fueron hablando con un lenguaje distinto. Las diferencias ostensibles entre estos y aquellos wakas cobraron sentido en segundos. La insistencia de Ohaguro en determinados temas, el desinterés por otros muy puntuales, el sigilo estricto y otros misterios le fueron hablando al oído al siciliano. Las consecuencias de lo expuesto por el grande eran tantas y tan hondas que escapaban a Castiglione en idéntica medida que a Marion. Imaginaban las consecuencias de eso tan importante que se traían entre manos, cuando Daichi cogió un sobre y extrajo un juego de fotografías idéntico al que Sevri había utilizado en el curso de sus averiguaciones. Las puso en la mesa de centro frente a la mirada incrédula de Castiglione, quien pensaba apenas en coger las fotos cuando Marion se le adelantó. Su rostro lo decía todo: tenía la boca entreabierta y los ojos entornados para concentrarse. El profesor espiaba las fotos como mejor podía tratando de ser prudente. Algo en él se sentía ofendido por la información escatimada. ¿Desconfiaban de él y no de los otros? Un fugaz acceso de celos lo puso a la defensiva, pero Castiglione se dio cuenta a tiempo y pudo disimular la reacción. Las brumas eran más densas que al principio, lo que para él constituía una advertencia, un aviso. Era tan difícil guardar las apariencias cuando la mitad de su persona era un volcán a punto de explotar, pero lo hizo: con delicadeza le quitó las primeras fotos a la francesa y ésta le dejó hacer con la mirada

perdida al norponiente. Las fotos le modificaban de plano dos puntos de vista trascendentes y la erudita procuraba replantearse las conclusiones que diez minutos antes le parecían irrebatibles. Cuando los dos terminaron de ver el juego de fotografías, Ohaguro las recuperó para extenderlas de nuevo sobre la mesa de centro cuidando de no alterar el orden de las escenas representadas. Las dieciocho fotos enumeradas cubrían el tablero casi por entero dejando apenas espacio para las tazas, los vasos y los ceniceros que ninguno utilizaba. Entonces Daichi encendió un cigarrillo. El sonido del encendedor los devolvió a la realidad que se les planteaba en los términos del sueño, igual de arbitraria, así de indecisa, viable e inviable en simultáneo.

Sevri aprovechó estos momentos de desconcierto para escurrir un par de hipótesis descabelladas que no terminaban de dejarlo en paz y dio la palabra a Marion sin que ésta lo esperara. Si alguien entre ellos tenía la autoridad para hablar de las versiones, era la francesa, quien se puso a agradecer mientras ordenaba las ideas. Luego suspiró y se puso a delinear los territorios que las muertes de Genji abarcaban siendo por mucho la más exhaustiva, la más pedagógica si se le comparaba con el noruego. Entretanto, el profesor Castiglione guardaba un silencio respetuoso que no se interrumpió en las poco más de dos horas que duró la exposición. Las ideas lo recorrían como si fueran escalofríos, concretas, rápidas, estremecedoras, ingentes, pero ni así dijo lo que hubiera podido decir. Halló errores, sí, y algunos muy obvios en lo dicho por Marion. Se trataba de asunciones clásicas de los círculos feministas que no valía la pena atacar por ser puramente anecdóticas. En lugar de hacerlo, Castiglione sacaba la libretita y fingía tomar notas cuando en realidad registraba el tiempo que los dos analgésicos tardaron en dar cuenta del dolor. Las brumas que le provocaban también merecían registro fiel y se puso a describirlas en detalle hasta que Marion dejó atrás el tema del incendio para centrarse en la versión más pura, la del monte Minago. Los venenos y los fuegos palidecieron frente a esta versión serena, delicada, ambivalente, anticlimática. Su extensión facilitaba la lectura y Marion procedió a ilustrarlos declamando el texto con una soltura deliciosa. A ratos luchaba con líneas que terminaba por traducir al japonés moderno o de plano usaba el francés para expresar lo más puntual. Cuando terminó, las lágrimas de Castiglione corrían cara abajo llegando incluso a la barbilla sin que el profesor las detuviera. Así de ausente y recogido se encontraba luego de esas líneas mágicas que le dejaban el alma como postrada. Había problemas, por supuesto, mas lo capital estaba en su sitio. Era la primera vez que el hueco miserable en la

historia de Genji le parecía solventado. Sintió que era testigo de un momento principalísimo en la historia de los hombres, un momento del que se hablaría por mil años o más. La frustración brutal al conocer la omisión era nada junto al contento, junto a la gracia plena que la lectura de *Esfumado*… le dejaba. Pensó en Burton y su *Libro de las mil y una noches*, en los hallazgos de Qumran. Y ahí estaba él participando de ese episodio igualmente valioso, único, trascendental, con el rostro empapado de emoción y reverencia. Entonces, cuando todos esperaban su reacción erudita, airada, emotiva, convincente, Castiglione se limitó a tomar la mano de Marion besándola suavemente para decirle al cabo: "He aquí una mano digna de la Shikibu. Yo le agradezco, señora."

Ohaguro guardaba silencio con las manos pegadas al pecho. Los labios le temblaban un poquito, como flamas apenas avivadas por un aliento próximo. A sus espaldas, Sevri contenía unas ganas de cantar que prácticamente lo enmudecieron de tan intensas. Daichi sonreía imaginando la cara que pondría el papá al conocer las conclusiones de Marion, similares a las que Hayashi había entrevisto desde el principio del cuento sin darle tantas vueltas como los cinco que se reunían ahí. Las versiones del veneno y del incendio le chocaban por el efectismo. En cambio, el ascenso al Minago lo dejaba en paz por ser un final abierto, dulce. Hubiera dado mucho el nieto por conocer a fondo al loco del abuelo.

Las nubes venidas del mar iban encapotando el mediodía de la ciudad y no había uno sólo entre ellos que no pensara en el Genji del ascenso. Entonces Sevri retomó la palabra abruptamente. Reconoció que la versión del monte Minago era entrañable y difícil de horadar por medios filológicos o historiográficos. Si las teorías de Marion se confirmaban, quedarían pocas dudas de que estaban ante una versión única y coherente del siglo XII. Sin embargo, la calidad del contenido, su justeza, los ritmos y todo lo que se quiera era insuficiente si no contaban con una mención, una sola frase que aludiera al episodio aunque fuera tangencialmente. En mil años nadie había dejado ni registro ni sospecha de que existiera algo parecido a la subida del Minago, a no ser por el título, el *Esfumado entre las nubes* tan llevado y tan traído. ¿Qué posibilidades existían de que el texto fuera genuino sin que nadie, jamás lo hubiera referido? Tan bueno era que la omisión afrentaba y hacía sospechar lo peor: quizás una mano diestra lo ideara para satisfacer el hueco que la falta de la muerte dejaba en la novela. Un divertimento muy lúcido y antiguo tenían entre las manos sin otra cosa que lo fundamentara. Hasta debajo de las piedras buscó Sevri y empezó

en ese momento a enumerar las fuentes a las que había acudido en busca de un refrendo, de alguna minucia esperanzadora. Nada. En cambio, el oscuro ex bodeguero de la Treviakov lo había puesto sobre aviso respecto de un juego de abanicos venido del Monte Athos en que se representaban escenas que muy bien podían ser del Genji. En uno de los abanicos, se representaba una casa en llamas. Las pinturas eran más recientes que los abanicos mismos y por eso estaba Sevri seguro de que eran una extraordinaria falsificación de época. "Si lo piensan bien, el que alguien haya conseguido un juego de abanicos que ya era bastante viejo por ese entonces para pintarle escenas con técnicas y pigmentos antiguos, habla de una necesidad de empatar la realidad con otra cosa, con una versión que de seguro ya revoloteaba por ahí haciendo ruido entre los entendidos." Pasó el noruego a explicar que las fotos obtenidas mostraban ocho abanicos fijados a un biombo sin que la escena de la casa en llamas fuera visible. "Así comenzó a rodar esa pelota", dijo mientras recogía las fotos del rollo para colocar las del biombo de los abanicos.

En tanto lo hacía, Castiglione aprovechó para preguntar a Daichi sobre la familia del profesor suicida. "Todo un personaje. Su nombre salió a relucir un par de veces en las investigaciones. ¿Sabes cómo puedo contactar a la familia?" Por supuesto. Su padre y Ohaguro los conocían bien. Entonces Sevri volvió a la exposición para explicar la rara degradación del pigmento sospechoso, la edad de las varillas y muchísimos otros datos técnicos que justificaban la edad de los objetos. Y luego se adentró en esa procedencia fantástica que iniciaba en los campos de batalla de la guerra ruso-japonesa para derivar en Rasputín y sus buenos amigos del Athos, del monasterio de San Pantaleón para ser exactos.

Las fotos fueron pasando de mano en mano. Uno de los abanicos, el primero del juego probablemente, tenía una inscripción borrosa que bien podía interpretarse como un encabezado: el número cuarenta y dos. Marion palideció al coincidir con las sospechas de Sevri pero era imposible confirmarlas sin tener a mano los abanicos. Las fotografías eran insuficientes. Se hacían todos a la idea de una espera larga para dar al fin con la solución, si es que ésta existía, cuando Sevri los tomó por sorpresa.

—Yo no tengo la paciencia infinita de Castiglione, de Marion o Daichi, así que opté por comprar el nombre de la dueña al bodeguero y fui hasta ella con una oferta difícil de rehusar. La rehusó y al duplicarla se avino mejor al dicharacho popular. El biombo podía quedárselo por

ser una ocurrencia de mal gusto que nada valía. Si el de la gorra camello se comprometía a sacar los abanicos del país entregándolos en Europa, el negocio estaba hecho. Mi segunda exigencia era que, antes de pagar, se me permitiera verlos sin estar fijados al biombo. Si efectivamente estaba la casa en llamas, el trato era un hecho. La dueña tenía sus dudas por no estar segura de que los abanicos resistieran la manipulación, pero una revisión del bodeguero nos dejó más tranquilos. Procediendo con el cuidado indispensable, no tendrían problemas en retirarlos del biombo. La mujer se acariciaba la nuca cuando al de la gorra camello se le ocurrió hacer un comentario mencionando a mi suegro como si nada. El recurso funcionó: la dueña de los abanicos se me quedó mirando de arriba a abajo incrédula de que yo pudiera estar casado con una de las Plotnikov y aceptó estrechándome la mano mientras se enredaba enviando un saludo muy respetuoso al papá de Livia. Su gente procedería a separar los abanicos en presencia del bodeguero, quien entre discurso y discurso me sacó siete mil dólares más por su asesoría. Los rusos pueden ser desesperantes —terminó Rudi yéndose a buscar un poco más de café para rellenar su taza por octava ocasión.

—No, no, no, Sevri. Al demonio con tu cafecito. Dinos ya si hallaste el incendio detrás de los abanicos —explotó Marion cansada de los artificios de su amigo.

—Sí.

Y nada agregó mientras se servía como pitorreándose de la impaciencia de Marion. Luego de un sorbo, regresó a su sitio bajo la mirada expectante de todos los presentes, pues ni Ohaguro ni Daichi conocían este giro de la historia, el de la compra. El noruego se había cuidado bien de mencionarla en sus informes. Y tampoco hablaba en ellos de la corroboración del incendio.

—¿Y fuera de esa respuesta tan amplia y satisfactoria podemos saber algo más? ¿Nos ilustrarás con una foto siquiera? —preguntó Marion conteniendo su irritación ante la insolencia del coleccionista, que ya le iba cayendo pesada.

—No.

Los cuatro se miraron entre sí como organizando su reclamo. Daichi le dio voz a fin de cuentas.

—No estamos para juegos, señor Rudi.

—Ni yo. Simplemente les respondo con la verdad. No tengo fotografías del incendio. Dispongo de algo infinitamente mejor: los abanicos. Me los entregaron ayer por la mañana embalados en cajas de abrigos. Entraron por Rotterdam confundidos entre pacas de ropa

usada. El riesgo fue grande, pero no sufrieron daños. No podía dejarlos en manos de una ignorante si podían terminar como regalo para el amor de mi vida —confesó Sevri recordando la puerta amarilla sin timbre ni campana que se le había abierto tras decir la frase mágica: "Soy amigo de Bogdan".

Ohaguro intentaba decir algo, pero las palabras se le atoraban en la garganta por una angustia creciente. Marion codeó a Castiglione como pidiendo una explicación que el profesor no podía darle. Con el abanico la versión del fuego adquiría una legitimidad que ni el estilo, la belleza o la serenidad del tercer relato podían igualar. Todos lo sabían pero no atinaban a expresarlo. Daichi se acercó a Sevri y le propuso ir a buscar sus tesoros a donde los tuviera. ¿Estaban en el cuarto? "Desde anoche", le respondió a Fujiwara dirigiéndose a la puerta. El par se fue del penthouse dejando a los demás en ascuas. Ohaguro era la más confundida a juzgar por sus reacciones, por el nerviosismo con que retorcía las manos. Miraba alrededor como si su hijo y el gigante pudieran volver por cualquier otra parte que no fuera la puerta de entrada. Castiglione quiso acercarse pero Marion se le adelantó permitiéndole seguir el hilo obsesivo de sus pensamientos, que no estaban en el abanico sino en el recuerdo de Martina, en la portada de las garzas, en la adoración de los jureles, en la escollera. Las faldas del Vesubio le importaban mucho más que cualquier incendio o que las nubes del Monte Minago. Volaría desde Ámsterdam a Tokio en cuanto le fuera posible para hablar con Kashiwagi Fujiwara. El nombre se le hinchó en el pecho. Invocaba.

A su vuelta, Sevri y Daichi se encontraron con un Castiglione absorto en el paisaje oriental de Ámsterdam. Ensoñaba con las manos metidas en las bolsas del pantalón. Las pastillas provocaban accesos de placer que nacían en la base del cuello para extenderse en todas direcciones estremeciéndolo, extraviándolo en los canales que se internaban por el laberinto urbano y éste entre las nubes. Marion conversaba muy bajito con Ohaguro sin estar segura de entenderla, pues la mujer de los dientes negros metía el nombre de Rokujo en la conversación sin que éste viniera a cuento. Al ver que Daichi y el gigante regresaban, pareció recuperar la compostura y los instó para que se apuraran a desembalar esos tesoros. Disimulaba.

Sevri repartió guantes y mascarillas por si acaso. La temperatura era estable y conveniente en el apartamento. Los cirios aromáticos producían muy poco humo y aunque el hecho molestaba al gordo no justificaba su extinción gracias al aire acondicionado. Fujiwara despejó la

mesa una vez más para que el noruego pusiera la caja encima. Lo hizo con un cuidado extremo, como si trajera en brazos a un recién nacido que hubiera tardado muchísimo en dormirse. Entre el anfitrión y el coleccionista levantaron la tapa de la caja con gran cuidado. Los envoltorios se sucedían: primero los papeles arrugados, luego el plástico alveolar, los gruesos cartones y al final las telas protectoras sujetas con perfiles de espuma. Para retirarlos, pidieron ayuda a Castiglione. Entre los tres fueron desenvolviendo el primer abanico. Estaba extendido, por supuesto. Parecía que lo hubieran fabricado el día anterior. Marion deseó que Coraline pudiera verlo. Sevri también se emocionaba. Imaginó el colorido original de la pieza y no pudo creer que lo conservara prácticamente como al principio. Seguro que los abanicos habían estado a resguardo antes de ser expuestos en el biombo. Por suerte, quienquiera que los instalara había cuidado de no maltratar los objetos, fijándolos profesionalmente con materiales adecuados que no los afectaron durante el proceso de separación.

Los cinco fueron acomodándose alrededor de la mesa de centro. Estiraban el cuello para mirar los detalles que el primer abanico de la serie les mostraba. Ahí tenían el encabezado borroso y Daichi fue contundente: a golpe de vista notaba que la tinta negra del trazo era un ejemplo temprano de sumi-e. Su densidad, la aplicación en un solo movimiento de izquierda a derecha, el degradado, su transparencia progresiva y el giro del pincel para rematar la figura en su base hacían muy posible que el autor fuera un calígrafo local formado entre los chinos. Si tuviera que apostar, diría que la tinta era de hollín de pino, con un alto contenido en resinas típico de las tintas producidas en Nara. El adherente animal daba un brillo que, si Daichi estaba en lo cierto, venía a deslumbrarlos luego de ser aplicado en el siglo XIV con maestría.

—Los adherentes podían oler mal durante mucho tiempo si no se agregaba algún aromatizante, casi siempre almizcle o esencia de durazno. Para la negrura ésta tan honda, se extraían los aceites del pino en una lámpara votiva encendida frente al buda, técnica que llegó para quedarse luego de surgir en el templo de Kofuku-ji. A reserva de constatarlo con aumentos, la pincelada conserva una densidad magnífica que suele encontrarse en los trabajos tempranos del templo. Sí: yo apostaría por el último cuarto del siglo XIV —concluyó Daichi sin dirigirse a nadie, como solía hacerlo estando a solas en el estudio de Minami.

—Pero yo nunca he visto un encabezado semejante. Es un contrasentido. Le falta la sutileza —aportó Sevri acariciándose la barba rala.

—Las intenciones son más difíciles de valorar que las técnicas. Todos lo sabemos —intervino Castiglione apoyando a su manera las certezas de Daichi.

—Es imposible afirmar que el encabezado fue trazado por la misma mano que iluminó el abanico pero, en todo caso, no fue agregado mucho después que los colores principales. La degradación es continua y la descamación de la tinta coincide con la de los rojos, casi siempre minerales y con preponderancia de cinabrio —afirmó Fujiwara dando paso a un silencio grave que se prolongó durante unos minutos. Pensaban. Se excedían. Controlaban sus propios excesos para replantearlos y vuelta al inicio.

—¿Es éste el del incendio? —aventuró Marion rompiendo esa calma absorta, extraviada, elongada.

—Eso dijeron.

La respuesta dio paso a otro silencio con tintes de anticipación. Sin hablarse, Sevri y Daichi se acercaron a la pieza. El bastidor provisional en que viajaba estaba pensado para permitir una manipulación cuidadosa y no fue difícil voltear el abanico.

El fuego.

Marion fue la primera en disculparse. Los sollozos se le escapaban al andar por el pasillo en dirección al cuarto de baño. Deseaba hablar del tema incesantemente, pero con Cora. De pronto el círculo experto le resultó asfixiante. Algo parecido sucedió a Daichi al tener que dominar el impulso de tocar las flamas. Los amarillos, los rojos eran precisos y preciosos. Quemaban. El resplandeciente daba la espalda al fuego con una resignación inconmovible. En un extremo del abanico, una mujer espiaba tras un arce japonés de hojas purpúreas, lo que aseguraba estar frente a un paisaje otoñal. En el extremo opuesto, equilibrando la escena, aparecía una osa japonesa con su osezno, detalle de un buen gusto extraordinario. La media luna se dibujaba en el pecho de la madre, que miraba al detentor del abanico y no hacia el fuego como cabría esperar.

—El oso —señaló Ohaguro tocando casi al animal con la punta del dedo y visiblemente emocionada. Daichi tomó la mano de la madre y la retiró del abanico como quien pone en su lugar a un niño sin hacerlo patente a los demás.

—¡La osa del relato! —exclamó Sevri estremeciendo a Ohaguro por la sorpresa, el volumen y el tono de la reiteración. El gordo era todo menos delicado y eso desagradaba en el fondo a Ohaguro.

Marion, quien volvía del baño recompuesta, escuchó al vuelo la

mención a la osa y corrió a cerciorarse del descubrimiento. Era difícil creer que un elemento del tercer relato, el del Monte Minago, saliera a relucir precisamente en la representación del fuego, base del segundo relato. La coincidencia parecía demasiado buena como para ser real. Al corroborar el dicho de Sevri, la francesa recitó de memoria el breve fragmento en que se mencionaba a una osa y su cría en la versión de las nubes. La coincidencia se le atoraba en la garganta, pero esta vez logró dominarse mejor que antes y no fue necesario ausentarse de nuevo.

El fragmento puso en alerta a Castiglione, quien le clavó la mirada a Marion con una seriedad casi amenazante. El dolor regresaba cual si deseara intervenir en la discusión luego de ausentarse contra su voluntad.

—¿Podrías repetir el fragmento? —pidió Castiglione sintiendo un vacío desagradable en el estómago. Luego de escucharlo a ojos cerrados para no distraerse, aguardó cerca de un minuto entrecruzando ideas. Había pasado por alto un detalle de la primera lectura de Marion por estar absorto en Martina.

—¿Y bien? —apuró Marion.

—Todo apunta a que el texto fue compuesto unos ciento veinte años después de lo que creíamos y eso arruina las concordancias. Quienquiera que lo haya escrito quiso atribuirle una antigüedad mayor a la real y resbaló con el detalle del oso.

—¿De dónde sacas eso, Damiano? —inquirió Marion entre intrigada y preocupada.

—Del sustantivo. El género se intuye por el contexto y jamás se habría hecho referencia en el mundo antiguo a una osa, a un oso hembra, para ser más claro, antes del siglo XVII. Permíteme, no me interrumpas —exigió el profesor a Sevri, quien ya increpaba sin saber a dónde se dirigía el erudito italiano—. El caso del oso es único y debe tratarse con pinzas. Es el animal ambiguo por excelencia. Hay referencias aisladas (cuatro que yo sepa) que hablan de su capacidad de mudar el sexo durante la hibernación. Si a esta capacidad inaudita que le atribuyeron los chinos sumamos la idea de que entiende el lenguaje humano a pesar de no poder hablarlo, llegando incluso a saber si se le critica, podemos entender el temor reverencial con que se le trató en las viejas poéticas y literaturas. Atribuir femineidad a un oso macho era afrentoso, peligrosísimo, tanto como para temer un ataque el resto de la vida. Por eso se evitaba sugerir el género de un oso y se ponía un cuidado extraordinario en ello. Hacerlo podía traer consecuencias funestas. Los ainus que viven al sur de Sapporo siguen derivando

costumbres de este miedo, acrecentado por la media luna que el oso japonés lleva en el pecho, símbolo de las deidades femeninas. De ahí que las mujeres no puedan cazarlo, pero sí interpretarle designios como chamanas. Hasta el oso macho es hembra en el fondo, pero decirlo insulta y maldice. Así fue hasta bien entrado el siglo XVII, con la llegada de la escuela Obaku del budismo japonés; en sus liturgias ya se menciona el cubil de la osa como elemento generador. Yo no conozco un solo caso en que se sugiera la femineidad de un oso en un contexto ajeno al carnaval. Y aun así se consideraba de mal agüero. Dudo que la autora del Genji ignorara una convención de esta naturaleza. Su obra no apunta a la transgresión religiosa. Al contrario: los calendarios sagrados, sus fechas propicias son puntos de referencia sólidos. Obviamente se puede argumentar que estamos ante un error de copia. En todo caso, quedamos justo en donde estábamos al principio. Si alguien sabe de un verso, de una línea cualquiera que me contradiga, aquí estoy para escucharlo.

—Tiene razón, Daichi —agregó Ohaguro en murmullo—. Por eso la compañía limitó la expresión de su nombre a contextos neutrales o masculinos aun siendo nosotras puras hembras. Se hizo siempre que fue posible aunque ya nadie sabía bien por qué. Acaso mi madre… o las de Kobe. Una de ellas defendía lo inteligente que había sido ocultar lo femenino, insertarlo en la masculinidad del oso para alterarla de fondo.

Sevri se puso a inventar contrargumentos que no calaban más que en su desilusión. Daichi miraba hasta donde las nubes lo permitían sabiendo que el relato tercero, el esperanzador, se vaciaba de esperanzas. Castiglione y su maldita erudición echaban todo a perder. Algo en el último de ese linaje genuino de los Fujiwara quería reprocharle al siciliano, enfrentarlo, desmentirlo. Pero su decepción era broma comparada con la que invadió a Ohaguro. La justa observación del profesor cayó como un telón muy negro en el escenario de esa vida trémula. ¿Quién se creía Castiglione para decir cosas así siendo extranjero? Algo equivalente sugirió Marion aferrándose a la felicidad plena que sintiera un poco antes, la que necesitaba comunicar a la hermana con especial urgencia. ¿Y ahora qué le contaría?

Incapaz de tolerarse por más tiempo, Ohaguro se separó del grupo principal, tomó una de las velas aromáticas y dio flama a la tira de brocados belgas que Castiglione admirara a su llegada. Hayashi había mantenido en secreto la piromanía de la tigresa y la tigresita no le iba a la zaga. Sólo Tadao y Kashiwagi se habían enterado a raíz del incendio en Uji, aquél en que muriera la criada. La policía había sospechado de

Ohaguro, sobre todo por el hecho de que la fallecida presentaba niveles inusualmente altos de piretrinas en la sangre. El embarazo de Ohaguro, sumado a la falta de elementos sólidos para emprender una investigación, llevó a que la policía cerrara el caso declarándolo accidental. Cuando las cosas se calmaron, Tadao estimuló el olvido de los agentes con una buena cantidad en efectivo que podía bastar "luego de tantas molestias".

El fuego devoró los encajes con el apetito de una bestia y en segundos pasó a dar cuenta de las gruesas cortinas que rodeaban el mirador. El fuego se propagó por los cuatro puntos cardinales que la rosa de los vientos señalaba desde el techo como si advirtiera que eso de quedarse en el centro no era la mejor idea. Daichi tardó en reaccionar y cuando lo hizo ya nada tenía sentido a no ser por la huida. Tomó del brazo a la mamá y la arrastró consigo hacia la entrada. Ella se negaba a seguirlo y gritaba pidiendo auxilio haciendo por regresar a la sala. La sacó sin miramientos y entonces apareció Marion entre la humareda que ya dificultaba la visión en torno a la puerta. Padecía un ataque de tos que la doblaba. Al poco tiempo salió Castiglione apagando a manotazos una manga de su chaqueta que se había prendido por tener demasiadas fibras sintéticas. Dieciocho segundos más tarde, una de las vigas principales que sostenía el techo por el perímetro se vino abajo bloqueando la salida.

Marion fue la única testigo del incidente pues los demás ya bajaban por las escaleras de emergencia huyendo de lo peor mientras ella seguía luchando con la tos. Había inhalado más humo que el resto y el pecho le ardía. Se disponía a huir cuando Sevri la llamó desde el hueco que se abría entre el piso y la viga caída. Era obvio que el gigante no cabía por la rendija. Ni siquiera intentó salir. Cuando Marion le prestó un instante de atención vio que el gordo le acercaba la caja del abrigo mal cerrada, con los materiales del embalaje saliendo por los costados.

—Es para Cora.

Las últimas palabras de Sevri se le clavaron en el corazón a nuestra Marion. Lo miró entre el humo, tomó la caja y echó a correr escaleras abajo. Los demás esperaban a unos metros de la entrada del Van Gelder. La del mechón azul se explicaba con algún agente; Ohaguro callaba mirando las aguas, tomada del brazo de su Daichi entrañable. Cómo lo amaba.

Castiglione vio crecer las llamas en los dos últimos pisos del Van Gelder y supo que su amigo, el gigante, no saldría. Lo recordó cantando Barcarola tan bien como el mejor. La escena estaba cargada de ironía.

Creyó percibir una voz de cuento entre las sirenas y los gritos. Deseó que fuera cierto, cerró los ojos y entonó: “Bella noche, oh, noche de amor”.

Benzaiten

Las aguas, el transcurso, la alternancia, los discursos, la música, la respiración, la juventud, las estaciones y todas esas cosas que mudan constantemente, que nacen para fluir y que sin el flujo mueren, pactaron un momento de quietud para postrarse ante Benzaiten. La noche, diseñada para albergar a lo que importa, tiró las riendas de la luna y la paró en seco con ánimo de reclamo. Ya. No hay astro exento en la bóveda celeste, ni río que pueda reptar disfrazado de serpiente ni dragones aleteando por el aire quieto, raído. Nada caía ni volaba. Nada iba ni venía ni flotaba ni se hundía. Las cosas estaban donde estaban, eran lo que eran, lo que siempre habían dicho ser, lo que parecían.

La diosa de la biwa, la de la sonrisa sugerida, la propiciatoria, gustaba de vivir en la nuca de una oca y casi nunca se metía con lo demás. Dejar ser, dejar pasar, dejar fluir. Lo contrario violentaba las reglas de la vida. Los oficios, los destinos, las fortunas, las miserias, los dolores, los amores, los delirios y las penas aguardaban con los ojos bien abiertos el menor gesto de Benzaiten, el menor indicativo, la sombra de una ruta.

Entonces, a espaldas de la luna se dibujó un arco azulado, frío. La cauda del cometa era muy larga, ni más ni menos que el cabello suelto de la diosa. Los quietos, los silentes se abrumaron de belleza. Enmudecidos, aguardaron a que la señal se perdiera por ahí como una fantasía infantil, como una promesa rota. Sucedió. El fluir volvió a las andadas y poco a poco fue semejando al de antes pero nuevo. Niños, mujeres, hombres, plantas, animales, lo vivo estaba de vuelta hasta que la Grande quisiera. Con tu venia, Señora.

Cuatro noches después de la quieta se vio en las islas una lluvia de estrellas. Una pastora viuda la miraba sentada en una piedra. El rebaño estaba a cobijo en el establo. El aire olía a magnolia-tulipán y la mujer rogaba porque el evento fuera venturoso. La soledad le roía el alma. Ni el perro le quedaba por haberlo sepultado con el marido. Los recuerdos

la vencían cuando notó que uno de los brillos, lejos de extinguirse, se avivaba. Crecía. Ni tiempo tuvo de gritar pues el meteoro se estrelló cerca del granero cimbrando la tierra y dejándola muda.

La pastora no era la única aterrada. Atisbando entre las plantas, una osa y su cría se recuperaban del susto. Ya que no estaba el perro, acechaban al ganado de la viuda, pero ahora sólo les preocupaba el incidente. El relumbre dejó a la madre como hipnotizada hasta su extinción. Decidió irse y el osezno la siguió en la retirada. Mejor buscar sustento en otra parte, al otro lado de la montaña.

Envalentonada por el amanecer, la viuda se acercó al lugar de la caída. En el centro del pequeño cráter, medio enterrada, una piedra extraña brillaba como si la hubieran forjado los herreros y no el cincel de los canteros. La desenterró con las manos y al instante le vio forma conocida. Obligada a decidir, quiso la viuda que el meteorito fuera un augurio benévolo, prometedor. Los osos, si se les respetaba, respetaban la vida humana también. Se llevó la piedra a su casa y luego fue al cráter para hacer una ofrenda. Pedía marido y se le concedió. Iniciaba la historia del yorishiro.

*

Muy lejos de esas montañas, una mujer se preguntaba por los motivos de Benzaiten para adornar la noche de ese modo, con esa solvencia. No halló la respuesta pues creía que las luces extraordinarias tenían nada que ver con ella y pasó a ocuparse de alguna menudencia. Se equivocaba la dama Murasaki. No era común, pero en ocasiones sucedía.

Nota del autor

Salvo el relato de la toma del Campo Ichigaya y un par de detalles menores, los hechos atribuidos a Mishima y a Hiroyasu Koga son ficticios.

Fuera de los datos generales (lugar y fecha de nacimiento, año de ingreso a la universidad, a las fuerzas armadas, fecha del retiro) y de algunas referencias que se ajustaban de maravilla al esquema de la obra, nada en el personaje de Chushiro Hayashi tiene relación con la persona, con el protagonista de la astrofísica japonesa del siglo XX. Sucede que al explorar muy por encima esos territorios hallé su ficha biográfica y luego una fotografía suya que, extrañamente, no he vuelto a encontrar. Su rostro, adusto, alargado, era el que yo le había supuesto a mi personaje y me puse a escribir con sus facciones en mente. Ya luego vería si le cambiaba el nombre o los méritos a mi invención. Por lo pronto, me servía. Meses después lo pensé y no pude llamar a mi personaje de otro modo. Preferí hablar del asunto en una nota antes que cambiar el nombre a mi Chushiro Hayashi. El fragmento ya no podía existir sin él; tan incrustado estaba en el autor y en el cuento que ya era parte de su esencia. Mis disculpas a la memoria de Chushiro Hayashi (1920-2010), prócer, por las peripecias que se le inventan a su homónimo en esta novela.

Las citas y referencias a *La novela de Genji* siguen la excelente versión castellana comentada y anotada por Xavier Roca-Ferrer (editorial Destino), y la clásica traducción al inglés de Arthur Waley (Tuttle).

«El mensaje de las eras transitaba por venas nuevas cual si fuera una genética y lo era a su manera. Porque el hombre no lo es sin el arte que lo encarna.»

Tres expertos en literatura y gráfica japonesa llegan a Ámsterdam para participar en una reunión, convocada por una extraña mujer que lleva los dientes teñidos de negro, a la antigua usanza japonesa. La vida de cada uno ha estado regida de una u otra manera por la *Novela de Genji*, obra maestra escrita por Murasaki Shikibu hace mil años. A la mitad de este relato, su protagonista, Genji, el príncipe resplandeciente, muere sin que el lector sepa cómo o por qué, lo que constituye uno de los grandes misterios de la literatura. Entonces, en un monasterio localizado en las montañas aledañas a la ciudad de Kioto, aparece una nueva versión muy antigua que incluye los 54 capítulos de la novela más un documento peculiar con tres versiones distintas de la muerte de Genji. ¿Será alguna de ellas la versión original de Murasaki Shikibu? ¿Cómo saberlo?

En *Las muertes de Genji*, Vicente Herrasti adentra al lector en el mundo fascinante de la Shikibu. La aventura conduce a Países Bajos, Italia, Noruega, París y, por supuesto, a Japón, dejando claro el tremendo influjo que una obra de arte universal puede ejercer en la vida de los hombres.

© Carmen Quintanilla

Vicente Herrasti (Ciudad de México, 1967). Narrador, traductor, ensayista y editor, ha escrito las novelas *Taxidermia* (CNCA, 1995), *Diorama* (Joaquín Mortiz, 1998; Muchnik Editores, 2000), *La muerte del filósofo* (Joaquín Mortiz, 2004; Alfaguara, 2008) y *Fue* (Alfaguara, 2017). Ha traducido, entre otros, a Herman Melville y a Edwin Muir. Ha sido traductor residente en la Universidad de Glasgow, becario del British Council, del Scottish Arts Council, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en la categoría de «Jóvenes Creadores», y del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Penguin Random House Grupo Editorial

Las muertes de Genji

Edición en formato digital: abril, 2023

D. R. © 2023, Vicente Fernández Herrasti
Esta novela fue escrita, en parte, gracias al apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

D. R. © 2023, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-383-139-0

Composición digital:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Las muertes de Genji

Esfumado entre las nubes

El Puente de los Tiempos

Doy para que des

Un libro para adultos

Cerezas de Yamagata

Los viejos abanicos

Benzaiten

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos